DORIAN LYNSKEY

EL MINISTERIO DE LA VERDAD

UNA BIOGRAFÍA DEL *1984* DE GEORGE ORWELL

1984, de George Orwell, se ha convertido en un relato definitorio del mundo moderno. Su influencia cultural puede observarse en algunas de las creaciones más notables de los últimos setenta años, desde *El cuento de la criada* de Margaret Atwood hasta el hito televisivo Gran Hermano, mientras que ideas como «policía del pensamiento», «doblepensamiento» y «Newspeak» están arraigadas en nuestro lenguaje.

El Ministerio de la Verdad traza la vida de uno de los libros más influyentes del siglo XX y una obra que es cada vez más relevante en esta tumultuosa era de «noticias falsas» y «hechos alternativos».

Dorian Lynskey investiga las influencias que confluyeron en la escritura de 1984, desde las experiencias de Orwell en la Guerra Civil española y en el Londres de la guerra hasta su fascinación por la ficción utópica y distópica. Lynskey explora el fenómeno en que se convirtió la novela cuando se publicó por primera vez en 1949 y las formas cambiantes en que se ha leído desde entonces, revelando cómo la historia puede orientar a la ficción y cómo la ficción puede influir en la historia.

Dorian Lynskey

El ministerio de la verdad

Una biografía de *1984* de George Orwell

ePub r1.0
Titivillus 24.03.2025

Título original: *The Ministry of Truth: The Biography of George Orwell's «1984»*
Dorian Lynskey, 2019
Traducción: Gema Facal Lozano
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Lucy, Eleanor y Rosa

«Es una triste observación sobre nuestra época que nos parezca más fácil creer en las distopías que en las utopías: las utopías solo podemos imaginarlas, las distopías ya las conocemos».

MARGARET ATWOOD[1]

«Había la verdad y la mentira, y aferrarse a la verdad, aunque fuese en contra del mundo entero, no era sinónimo de estar loco».

GEORGE ORWELL, *1984*[2]

Introducción

Diciembre de 1948. En una isla remota, un hombre está en la cama delante de una máquina de escribir intentando terminar el libro que más le importa. Está muy enfermo. Conseguirá terminarlo y, un año más tarde, morirá.

Enero de 2017. En Washington D. C., ante una multitud más pequeña de lo que le gustaría, otro hombre jura el cargo de 45.º presidente de Estados Unidos. Más tarde su secretario de prensa dirá que ha sido «la mayor audiencia en una investidura [¡y punto!] tanto en el país como en el resto del mundo[3]». Cuando se le pide a la consejera del presidente que justifique semejante mentira, responde que son «hechos alternativos[4]». Durante los cuatro días siguientes, las ventas del libro del primer hombre aumentarán un 10 000 % en Estados Unidos y se convertirá en el *best seller* por excelencia.

Cuando el 8 de junio de 1949, en el ecuador del siglo XX, se publicó en el Reino Unido *1984*, la novela de George Orwell, un crítico se preguntaba si un libro tan oportuno seguiría teniendo la misma influencia en las generaciones venideras. Treinta y cinco años más tarde, cuando el presente alcanzó el futuro imaginado por Orwell y el mundo no era la pesadilla que él había descrito, los críticos volvieron a anunciar que la popularidad del texto decaería. Han pasado otros treinta y cinco años desde entonces y *1984* sigue siendo el libro al que recurrimos cuando se mutila la verdad, se distorsiona el lenguaje, se abusa del poder y queremos saber hasta dónde puede llegar todo esto. Estamos en deuda con alguien que vivió y murió en otra época, pero fue capaz de identificar estos males y tuvo el talento necesario para presentarlos en forma de novela, una novela que Anthony Burgess, autor de *La naranja mecánica*, describió como «un código apocalíptico de nuestros peores miedos[5]».

1984 no solo ha vendido cientos de miles de ejemplares, también forma parte del imaginario de innumerables personas que no lo han leído. Las expresiones y conceptos acuñados por Orwell siguen siendo básicos en el

discurso político y conservan su fuerza tras décadas de uso y abuso: la nuevalengua, el Hermano Mayor[6], la Policía del Pensamiento, la habitación 101, los Dos Minutos de Odio, el doblepiensa, las nopersonas, los agujeros de la memoria, la telepantalla, el 2 + 2 = 5 y el Ministerio de la Verdad. Todo un año estuvo marcado por el título de esa novela y el término «orwelliano» ha convertido el nombre del autor en sinónimo de todo aquello que él odiaba y temía. La novela ha sido llevada al cine, a la televisión y a la radio, se han hecho versiones para teatro, ópera y *ballet*. Ha dado pie a una secuela (*1985*, de György Dalos), una versión posmoderna (*Orwell's Revenge: The 1984 Palimpsest* [La venganza de Orwell. El palimpsesto de 1984]) y multitud de réplicas. El periodo de escritura de la novela inspiró la película de 1983 de la BBC *The Crystal Spirit: Orwell on Jura* (El espíritu cristalino. Orwell en Jura) y la novela de Dennis Glover *The Last Man in Europe* (El último hombre en Europa), de 2017. La influencia de *1984* se aprecia en novelas, películas, obras de teatro, programas de televisión, cómics, álbumes musicales, anuncios, discursos, campañas electorales y revueltas. Hay quien ha pasado años en la cárcel solo por haberla leído. No existe ninguna otra obra literaria del siglo pasado que haya tenido tal ubicuidad cultural y haya preservado su fuerza. Algunas voces críticas, como Milan Kundera o Harold Bloom, afirman que en realidad *1984* es una mala novela, con personajes pobres, una prosa monótona y una trama inverosímil, pero ni con esas han conseguido restarle importancia. Como señala el editor de Orwell, Fredric Warburg, su éxito ha sido extraordinario «a pesar de que es una novela que no pretende agradar y no es realmente fácil de entender[7]».

Todo artista sabe que puede ser malentendido: es el precio que pagar por una inmensa popularidad. *1984* es muy conocida, pero no todo el mundo la conoce bien. El libro que tienes en tus manos pretende equilibrar esta situación y explicar de qué trata la novela de Orwell, en qué circunstancias se escribió y cómo ha influido en el mundo, ausente ya su autor, durante los últimos setenta años. Una obra de arte nunca es solo aquello que pretendía su creador, pero en este caso vale la pena revisar las intenciones de Orwell (a menudo ignoradas o tergiversadas) para entender el libro como tal y no como un cajón de memes. *1984* es al mismo tiempo una obra de arte y un medio para entender el mundo.

Este libro trata, por tanto, de la historia de *1984*. Se han escrito varias biografías de George Orwell y algunos estudios académicos sobre el contexto intelectual de su novela, pero nunca se han intentado aunar ambos enfoques en una única narración, en la que se exploren también las repercusiones del

libro. Me interesa la vida de Orwell principalmente para arrojar luz sobre las experiencias e ideas que alimentaron esta pesadilla tan personal en la que se destruye de forma sistemática todo lo que él valoraba: la honestidad, la honradez, la justicia, la memoria, la historia, la transparencia, la privacidad, el sentido común, la sensatez, Inglaterra y el amor. Comenzaré por su decisión de ir a luchar en la guerra civil española en 1936, porque en España fue consciente por primera vez de cómo la conveniencia política corrompe la integridad moral, el lenguaje y la propia verdad. Le acompañaré en los bombardeos alemanes de Londres, la Home Guard (Guardia Nacional), la BBC, los círculos literarios de Londres y la Europa de posguerra, hasta llegar a la isla de Jura, donde escribió su novela, para desmontar así el mito de que *1984* es un largo lamento desesperado de un hombre moribundo y solitario incapaz de enfrentarse al futuro. Quiero llamar la atención sobre lo que estaba pensando Orwell y cómo llegó a pensarlo.

Si tardó tanto en escribir *1984* es, entre otras cosas, porque la novela sintetiza ideas que desarrolló a lo largo de casi toda su carrera literaria. En ella, se condensan años de reflexiones, escritos y lecturas sobre utopías, superestados, dictadores, prisioneros, propaganda, tecnología, poder, lenguaje, cultura, clase, sexo, el mundo rural, ratas y mucho más, hasta el punto de que a menudo resulta imposible atribuir una frase o idea concreta a una única fuente. Orwell nunca dijo mucho sobre la evolución de la novela, pero dejó un rastro documental de miles de páginas. Aunque hubiese vivido algunas décadas más, *1984* habría supuesto el final de una etapa: como escritor, habría tenido que empezar de nuevo.

En la primera parte, contaré la historia de Orwell y el mundo en el que vivía: las personas a las que conoció, las noticias y los libros que leía. También dedicaré tres capítulos a algunas influencias cruciales para *1984*: H. G. Wells, *Nosotros* de Evgueni Zamiatin y el género de la ficción utópica (y antiutópica). Orwell estaba familiarizado con todos los libros, obras de teatro y películas que cito, a menos que indique lo contrario. La segunda parte analiza la vida política y cultural de *1984* desde la muerte de Orwell hasta nuestros días. En el camino nos encontraremos con Aldous Huxley y E. M. Forster, Winston Churchill y Clement Attlee, Ayn Rand y Joseph McCarthy, Arthur Koestler y Hannah Arendt, Lee Harvey Oswald y J. Edgar Hoover, Margaret Atwood y Margaret Thatcher, la CIA y la BBC, David Bowie y la serie *El prisionero, Brazil* y *V de Vendetta, La naranja mecánica* e *Hijos de los hombres*, Edward Snowden y Steve Jobs, Lenin, Stalin y Hitler. A lo largo del texto, a veces expreso abiertamente la relación existente con la

situación política actual, pero otras veces permanece implícita. No quiero estar machacando todo el rato a los lectores, pero conviene tener presentes a nuestros gobernantes.

Un breve apunte sobre terminología: «orwelliano» tiene dos significados opuestos; por un lado, las obras que reflejan el estilo y los valores de Orwell; por otro, los acontecimientos reales que amenazan dichos valores. Para evitar confusión, solo usaré el término en su segunda acepción y recurriré a «al estilo de Orwell» para la primera. En inglés, la novela se ha publicado con dos títulos: *Nineteen Eighty-Four* en Inglaterra y *1984* en Estados Unidos. Prefiero el primero, ya que considero que tiene más peso.

«Orwell alcanzó el éxito porque escribió exactamente los libros debidos exactamente en el momento debido», afirmó el filósofo Richard Rorty[8]. Antes de publicar *Rebelión en la granja* y *1984,* Orwell era conocido en los círculos políticos y literarios británicos, pero no era ni de lejos famoso. Ahora sus libros nunca están descatalogados, ni siquiera aquellos que él mismo desestimó como experimentos fallidos o de baja calidad, y podemos leer todas y cada una de las palabras que escribió, gracias al hercúleo trabajo editorial del profesor Peter Davidson: los veinte volúmenes de las obras completas de George Orwell *(The Complete Works of George Orwell)* contienen casi nueve mil páginas y dos millones de palabras. En 1949, los lectores de la primera edición de *1984* solo tenían acceso a una pequeña parte de lo que conocemos en la actualidad.

Como soy consciente de que Orwell elegía minuciosamente lo que compartía con su público, me he sentido un poco culpable al leer todo lo que escribió. A él le habría avergonzado ver reeditadas casi todas sus publicaciones periodísticas, por no hablar de sus cartas personales. Pero todo ello tiene valor. Incluso cuando estaba enfermo, saturado de trabajo o quería estar escribiendo cualquier otra cosa, su mente no paraba de buscar pequeños consuelos y soluciones a grandes problemas, muchos de los cuales alimentaron *1984*. Incluso cuando se equivocaba, algo que pasaba con frecuencia, sus equivocaciones resultan sinceras e interesantes precisamente porque se negaba a modelar sus opiniones en función de una ideología o línea política. Tenía justo aquello que elogió en Charles Dickens: una «inteligencia libre[9]». No fue, ni mucho menos, el único genio (también quiero destacar a algunos de sus coetáneos menos conocidos), pero sí fue el único escritor de su época que hizo tantas cosas tan bien.

Cyril Connolly, amigo del colegio de Orwell, recuerda que «había algo en él que hacía que quisieses caerle mejor[10]». Lo mismo ocurre con sus obras y lleva a sus admiradores a buscar su aprobación, aunque sea imaginaria. Yo no tengo intención de santificar a un hombre que miraba con escepticismo a los santos, las utopías y la perfección en general. Solo siendo franco con sus equivocaciones y defectos (como solía serlo él) podré explicar tanto al hombre como al libro. A pesar de que su prosa crea la ilusión de que Orwell era un tipo decente y sensato que te estaba contando una verdad evidente que tú ya presentías pero aún no habías aceptado, en realidad él también podía ser impulsivo, exagerado, irritable, corto de miras y perverso. A pesar de sus imperfecciones, valoramos a Orwell porque estaba en lo cierto respecto a los aspectos principales del fascismo, el comunismo, el imperialismo y el racismo, en una época en la que muchas personas que tendrían que haber sido conscientes de muchas cosas no lo fueron.

Orwell sentía que vivía en una época maldita. Fantaseaba con otra vida en la que se pudiese pasar los días trabajando en el jardín y escribiendo obras de ficción en vez de verse obligado a convertirse «en una especie de panfletista[11]»; pero eso habría sido un desperdicio. Su verdadero talento consistía en analizar y explicar un periodo turbulento de la historia de la humanidad. Puede parecer que sus principales valores (honestidad, honradez, libertad, justicia) son vagos y no significan mucho, pero durante la época más oscura del siglo XX Orwell lidió sin descanso con sus implicaciones, en público y en privado. Él intentaba decir siempre la verdad y admiraba a todo aquel que hiciera lo mismo. Si algo se basaba en una mentira, por conveniente y seductora que fuese, no podía tener ningún valor. Además, intentaba entender siempre sus pensamientos y el porqué de esos pensamientos: nunca dejaba de replantearse sus opiniones. En palabras de Christopher Hitchens, uno de los discípulos más elocuentes de Orwell: «No importa lo que piensas, sino *cómo lo piensas*[12]».

Quiero ofrecerle al lector una imagen precisa de la postura de Orwell respecto a las cuestiones fundamentales de su época, así como explicar su evolución en el tiempo; pero no pretendo saber lo que él habría pensado sobre el Brexit, por ejemplo. Algo así solo se podría afirmar haciendo una selección de citas que rayaría en el fraude. Recuerdo haber escuchado en 1993 al primer ministro conservador John Major utilizar la frase de Orwell «las solteronas que van a misa en bicicleta, a recibir la sagrada comunión, en las brumosas mañanas de otoño[13]» como si no formase parte de *El león y el unicornio*, una apasionada defensa del socialismo. El hecho de que los responsables de

InfoWars, una página web conocida por difundir escandalosas teorías conspirativas, citen a Orwell de forma rutinaria pone de manifiesto que el doblepiensa es algo muy real.

Una novela que reivindican socialistas, conservadores, anarquistas, liberales, católicos y libertarios de toda clase no puede ser solo, como afirmó Milan Kundera, «un pensamiento político disfrazado de novela[14]». Está claro que no es una alegoría precisa, como *Rebelión en la granja*, en la que cada elemento encaja con un clic en el mundo real. La prosa diáfana de Orwell esconde un mundo de complejidades. *1984* suele describirse como una distopía. También es, en diferentes grados que podrían discutirse, una sátira, una profecía, una advertencia, una tesis política, una obra de ciencia ficción, una novela de suspense, un libro de terror psicológico, una pesadilla gótica, un texto posmoderno y una historia de amor. Mucha gente lee *1984* de joven y la novela le marca (porque ofrece más sufrimiento y menos consuelo que ningún otro texto escolar), pero casi nadie se siente motivado a redescubrirla de adulto. Es una pena. Resulta mucho más rica y extraña de lo que seguramente recuerdas y te animo a leerla de nuevo. Hasta entonces, puedes encontrar un resumen del argumento, los personajes y la terminología en el apéndice de este libro.

Me topé con *1984* por primera vez cuando era un adolescente que vivía en un área suburbana al sur de Londres. Como dijo Orwell, los libros que lees de joven te acompañan siempre. Me resultó impactante y cautivador, pero estábamos casi en 1990, cuando el comunismo y el *apartheid* estaban tocando a su fin, reinaba el optimismo y el mundo no parecía especialmente orwelliano. Incluso después del 11 de Septiembre, la relevancia del libro seguía siendo relativa: se solía citar en relación con el lenguaje político, los medios de comunicación o los sistemas de vigilancia, pero no como algo relevante a un nivel global. La democracia estaba en auge e internet se consideraba algo positivo.

Sin embargo, mientras planificaba y escribía *El Ministerio de la Verdad*, el mundo cambió. La gente empezó a hablar con inquietud de las turbulencias políticas de la década de 1970 o, peor aún, de las de los años treinta. Las estanterías de las librerías se llenaron de títulos como *Así termina la democracia,* Fascismo. Una advertencia, El camino hacia la no libertad *y* La muerte de la verdad[15], en las que se cita a Orwell. Se reeditó *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt (anunciada como «la versión no ficción de *1984*»)[16] y *Eso no puede pasar aquí*, una novela de 1935 de Sinclair

Lewis sobre el fascismo en Estados Unidos[17]. La adaptación televisiva que hizo Hulu de *El cuento de la criada*, la novela de 1985 de Margaret Atwood, resultó tan alarmante como si fuera un documental. «Antes estaba dormida —dice Defred, el personaje interpretado por Elisabeth Moss—. Así es como permitimos que sucediese[18]». Bueno, pues ya no estábamos dormidos. Eso me recordó algo que había escrito Orwell en 1936 sobre el fascismo: «Pretender que el fascismo no es más que una aberración que pronto desaparecerá por sí sola equivale a soñar un agradable sueño del que se despertará bajo los golpes de una porra de goma[19]». *1984* es un libro pensado para despertarte.

1984 fue la primera novela distópica escrita a sabiendas de que la distopía era una realidad: había existido tanto en Alemania como en el bloque soviético, donde se había obligado a hombres y mujeres a vivir y morir entre sus muros de hierro. Puede que esos regímenes ya no existan, pero el libro de Orwell sigue explicando nuestras pesadillas, aunque estas cambien de forma. «Para mí, es como un mito griego, puedes hacer con él lo que quieras, sirve para examinarte a ti mismo», me dijo Michael Radford, director de la adaptación cinematográfica de 1984[20]. «Es un espejo —dice un personaje de la versión teatral de 2013, dirigida por Robert Icke y Duncan Macmillan—. Cada época se ve reflejada en él[21]». Según el cantautor Billy Bragg: «Cada vez que la leo, parece que trata sobre algo diferente[22]».

Aun así, es terrible que la novela nos hable tan alto y claro en 2019, y dice mucho sobre políticos y ciudadanos. Aunque sigue siendo una advertencia, también se ha convertido en un recordatorio de esas dolorosas lecciones que el mundo parece haber olvidado desde la época de Orwell, sobre todo las relacionadas con la fragilidad de la verdad frente al poder. No quiero decir que *1984* sea más relevante que nunca, pero no cabe duda de que es más relevante de lo que debería.

Parafraseando a Orwell en *Homenaje a Cataluña*, su libro sobre la guerra civil española: prevengo a todos de mi parcialidad y de mis posibles errores, aunque he hecho lo posible por ser sincero.

PRIMERA PARTE

01
La historia se detuvo
Orwell 1936-1938

«*Vivimos en un mundo en el que nadie es libre, en el que nadie está seguro, en el que es casi imposible ser honrado y seguir viviendo*».

GEORGE ORWELL, *El camino de Wigan* Pier, 1937[23]

En 1936, unos días antes de Navidad, George Orwell, vestido de explorador y con una pesada maleta, irrumpió en la oficina de *The New English Weekly* en Londres y anunció:

—Me voy a España.

—¿Por qué? —preguntó el francés Philip Mairet, director de la revista, un hombre de lo más urbanita.

—El fascismo —respondió Orwell—, alguien debe detenerlo[24].

¿Quién era este hombre de treinta y tres años que estaba en la oficina de Mairet? ¿Qué impresión daba? Medía casi dos metros, calzaba un cuarenta y seis y tenía unas manos grandes y expresivas. Daba la impresión de no saber dónde colocar sus largos brazos. El rostro pálido, demacrado, cansado antes de tiempo, y las profundas arrugas alrededor de la boca le daban un aire de noble sufrimiento que a sus amigos les recordaba a Don Quijote o a un santo del Greco. Sus ojos azul celeste dejaban entrever una inteligencia triste y compasiva. La boca tendía a torcerse con ironía o, si tenías suerte, dejaba escapar una especie de gruñido que pretendía ser risa. Tenía el pelo de punta, como las cerdas de una escoba. Llevaba una ropa andrajosa, que no se amoldaba a su cuerpo, sino que colgaba de él, y lo único que cuidaba con esmero era el bigote. Olía a tabaco quemado y, según algunos, a enfermo. Hablaba en un tono monótono y ronco que pretendía disimular su clase social, pero siempre se acababa colando un rastro de su educación en el elitista colegio de Eton. A primera vista podía parecer algo reservado o distante. Aquellos que le conocían enseguida descubrían su generosidad y buen humor, pero seguían chocando con una barrera emocional. Creía firmemente en el trabajo duro y los placeres modestos. Se acababa de casar con una inteligente

y audaz graduada de Oxford llamada Eileen O’Shaughnessy. Tenía compromiso político, pero no ideología. Había viajado mucho y hablaba varios idiomas. Tenía futuro.

Igual de relevante es todo aquello que no era. Aún no era una figura destacada, ni un socialista comprometido experto en totalitarismos, ni un escritor cuya prosa destacaba por su transparencia. Aún no era George Orwell. España supondría la gran ruptura de su vida, su hora cero. Años más tarde le diría a su amigo Arthur Koestler: «La historia se detuvo en seco en 1936[25]». Se estaba refiriendo al totalitarismo. Y en particular a España. La historia se detuvo y *1984* echó a andar.

«Hasta que tuve treinta años —escribió un Orwell de mediana edad—, planifiqué siempre mi vida sobre la suposición no solo de que cualquier empresa de altos vuelos estaba para mí condenada al fracaso, sino también de que a lo sumo podía contar con que me quedaran muy pocos años por delante[26]».

Nació en la India el 25 de junio de 1903 y le pusieron el nombre de Eric Arthur Blair. Su madre, Ida, que le llevó a Inglaterra un año más tarde, era una mujer inteligente y aguda, medio francesa, que se juntaba con sufragistas y miembros de la socialista Sociedad Fabiana. Su padre, Richard Blair, era un funcionario que trabajaba en el Departamento de Opio del Gobierno Imperial británico. No volvería a formar parte de la vida de su hijo hasta 1912, cuando para Eric sería «tan solo un hombre de edad avanzada y voz carrasposa que solo decía “no[27]”». En *1984*, a Winston Smith le obsesiona haber traicionado a su madre y su hermana en la infancia, pero apenas recuerda a su padre.

Orwell nació en lo que él mismo denominaba la «baja alta clase media[28]», un atormentado estrato del sistema de clases británico que mantiene las pretensiones y modales de los ricos sin contar con su capital y, por consiguiente, invierte prácticamente todos sus limitados ingresos en «mantener las apariencias[29]». Más tarde, sentiría vergüenza, pena y cierto desdén al recordarse a sí mismo de joven como el típico «repelente pequeño esnob[30]», el resultado esperable de su educación y clase social. «El esnobismo, si uno no lo combate incesantemente como una mala hierba que se reproduce, le acompaña a uno hasta la tumba[31]». Entre los ocho y los trece años fue alumno de St. Cyprian, una pequeña escuela privada de Sussex que detestó con fervorosa pasión durante el resto de su vida. «El fracaso, el

fracaso, el fracaso… el fracaso a mis espaldas, el fracaso ante mí. Esa fue, de lejos, la más honda de las convicciones que me llevé conmigo[32]».

En la breve nota autobiográfica que Orwell envió en 1940 para el libro *Twentieth Century Authors* (Escritores del siglo XX), decía: «Estudié en Eton, 1917-1921, porque tuve la suerte de obtener una beca, pero no me esforcé y aprendí muy poco, y no tengo la sensación de que Eton haya sido una gran influencia formativa en mi vida[33]». Aunque seguramente exageró el desprecio que sentían hacia los becados los alumnos de pago, es verdad que era un estudiante mediocre con un fuerte sentimiento de no pertenencia. Aunque le llamaban Bolshie, de «bolchevique», su supuesto socialismo era más una pose que una convicción profunda. Uno de sus compañeros lo recuerda como «un chico siempre enfadado, que siempre pensaba que todo a su alrededor estaba mal y daba la impresión de estar ahí para arreglarlo[34]». Otro lo recuerda como «más sarcástico que rebelde; se apartaba un poco de las cosas para observarlas, siempre observando[35]».

Tras su paso por Eton, Orwell rechazó la oportunidad de ir a la universidad e ingresó en la Policía Imperial de la India en Birmania, donde había crecido su madre: una decisión sorprendente que nunca intentó explicar ni a sus lectores, ni a sus amigos. Orwell dejó de lado sus ambiciones literarias, pero los cinco años que pasó en Birmania le proporcionaron material para una novela decente (*Los días de Birmania*), dos ensayos muy buenos («Un ahorcamiento» y «Matar a un elefante») y la convicción, que ya no le abandonaría hasta su muerte, del valor de lo vivido. A Orwell no le gustaban los intelectuales (una palabra que solía entrecomillar) que se basaban en teorías y especulaciones; nunca se creía algo hasta que, de alguna forma, lo había vivido. «Para odiar el imperialismo es necesario formar parte de él[36]», decía y, aunque es una generalización falaz, para él era verdad. En la obra de Orwell, «tú» muchas veces quiere decir «yo».

Birmania fue como una terapia de aversión. Observar cómo el abuso de poder (y la hipocresía con la que se encubría) corrompía y limitaba a los miembros de la clase dirigente hizo que Orwell se volviese hostil hacia cualquier tipo de opresión y se convirtiese en una especie de anarquista. No le duró mucho, porque no tardó en concluir que era «absurdo y sentimental[37]». Volvió a Inglaterra en 1927 (de permiso, pero ya nunca regresó a Birmania) y «sentía pesar sobre mí una inmensa culpa que necesitaba expiar[38]», que se manifestó en un deseo masoquista de meterse en situaciones desagradables e incluso peligrosas para su vida. «¿Cómo vas a escribir sobre los pobres a menos que te vuelvas pobre tú también, aunque sea temporalmente?», le

preguntó a un amigo[39]. Una bibliotecaria que le conoció en este periodo se dio cuenta de que era «como si estuviera reorganizando su vida[40]».

Él mismo admitía no sentir ningún tipo de «interés por el socialismo ni por ninguna otra teoría económica[41]»; lo que buscaba era sumergirse en el inframundo de los oprimidos, aquellos que al no tener trabajo, propiedades ni estatus están por encima, o, más bien, por debajo del sistema de clases. Por eso mismo, a finales de la década de 1920 se convirtió en vagabundo en Inglaterra y lavaplatos en París. «Este es como un mundo dentro del otro, en el que todos son iguales; una especie de pequeña democracia de la miseria, tal vez lo más aproximado a la democracia que existe en Inglaterra», escribió[42]. Richard Rees, editor de la revista *The Adelphi*, pensaba que Orwell había elegido ese camino «como una especie de penitencia o ablución, para limpiarse la mácula del imperialismo[43]». Esta *nostalgie de la boue*, que anticipa las incursiones de Winston Smith en el distrito de los proles en *1984*, le llevó a escribir su primer libro: las memorias *Sin blanca en París y Londres*.

Publicado en 1933, el libro marca el nacimiento de «George Orwell». Usó un seudónimo porque no quería avergonzar a su familia si el contenido del libro les impactaba o si su carrera de escritor quedaba en nada, pero en verdad nunca le gustó el nombre de Eric y estaba deseando reinventarse. Este nombre, inglés por excelencia, inspirado en el río Orwell en Suffolk, ganó frente a las otras alternativas que se le ocurrieron: Kenneth Miles, P. S. Burton y H. Lewis Allways. Y menos mal, porque «allwaysiano» no habría sido un adjetivo muy elegante.

En 1936 Orwell ya había escrito tres novelas, un libro de no ficción, algunos poemas no muy buenos y una cantidad cada vez mayor de artículos periodísticos, pero todo ello no constituía aún una carrera viable. Se mantenía a flote trabajando como profesor y librero. Ese mismo año, en su tercera novela, *Que no muera la aspidistra*, dibujó un retrato cruel y exagerado de sí mismo. Gordon Comstock es un pobre fugitivo de esa clase media de «buena familia que mantiene las apariencias[44]», no ha conseguido satisfacer sus ambiciones literarias y trabaja en una librería para llegar a fin de mes. «Aún no había cumplido los treinta, pero su deterioro era evidente: muy demacrado y con amargos surcos irreversibles[45]». Su autocompasión, su pesimismo y su misantropía resultan tan claustrofóbicos que sentimos como una liberación que al final capitule ante el conformismo burgués, simbolizado por la planta de la aspidistra. Comstock es un reflejo distorsionado de Orwell: es el hombre

en el que podría haberse convertido si hubiera sucumbido al rencor y a la melancolía.

En enero de 1936, Orwell aceptó un encargo de su editor, Victor Gollancz, un judío socialista, optimista y enérgico, para explorar las duras condiciones que vivía la clase industrial del norte de Inglaterra. Publicada un año más tarde, la primera parte de *El camino de Wigan* Pier es un excelente ejemplo de periodismo de denuncia, que despierta la empatía del lector al intercalar datos concretos en una descripción vívida de los lugares, los sonidos, los sabores y los olores de la vida de la clase trabajadora. La imagen de una mujer arrodillada para desatascar la tubería de desagüe de un fregadero le pareció a Orwell una representación tan indeleble de lo que supone el trabajo arduo, que volvió a utilizarla años más tarde en *1984*. Le impresionó la expresión de su cara: «Ella sabía muy bien lo que le pasaba[46]». Orwell escribió a menudo que un rostro tiene el poder de revelar la personalidad en un sentido profundo, ya se trate de Dickens, Hitler, un miliciano español o el Hermano Mayor. En la Franja Aérea Uno, el equivalente a Gran Bretaña en *1984*, se denomina «crimenfacial[47]» al peligro de adoptar físicamente una expresión inapropiada, que revele tus verdaderos sentimientos, y la metáfora del torturador O’Brien para la tiranía es: «una bota aplastando una cara humana… eternamente[48]».

Aunque es evidente que minimiza los placeres de la vida de clase trabajadora para hacer hincapié en sus dificultades, en la primera parte de *El camino de Wigan* Pier Orwell presenta a los personajes como seres humanos y no como meras unidades estadísticas o símbolos de la masa trabajadora. Por tanto, cuando le dijo a Jack Common, un escritor de clase trabajadora, «me temo que algunas partes son una bazofia[49]», probablemente se estaba refiriendo a la segunda parte del libro, más ensayística. De hecho, más tarde llegó a decir que no merecía la pena ni reimprimirla.

La segunda parte comienza con una especie de memorias, en las que, con una honestidad brutal, rastrea la evolución de su conciencia política. Al afirmar que, desde su nacimiento, «le enseñaron a odiar, temer y despreciar a la clase obrera[50]», convierte implícitamente el libro en un medio tanto de educación como de penitencia. El resto, en cambio, no es más que una polémica confusa. Según Orwell, era evidente que el socialismo era necesario, por lo que su falta de popularidad tenía que deberse a su imagen, que «aleja a la propia gente que debería apoyarlo masivamente[51]» al ocultar sus ideales fundamentales de justicia, libertad y honestidad. Él identifica dos obstáculos significativos. Por un lado, el culto socialista a la máquina, que genera una

visión poco apetecible de «aviones, tractores y grandes y relucientes fábricas construidas de vidrio y cemento[52]». Por otro, la excentricidad de la clase media. Orwell pasa por alto la existencia de socialistas de clase trabajadora y de un movimiento sindicalista, para rescatar sus propios prejuicios excéntricos. Lo que hace es imaginar los pensamientos de un hombre común y criticar todas las obsesiones y fobias que supuestamente hacen que el socialismo no le resulte atractivo a dicho hombre (o no le resulte atractivo a él): los vegetarianos, los abstemios, los nudistas, los cuáqueros, las sandalias, el zumo de frutas, la jerga marxista, la palabra *camarada*, las camisas de color pistacho, los métodos anticonceptivos, el yoga, las barbas y Welwyn Garden City, la ciudad en el condado de Hertfordshire construida de acuerdo con los principios utópicos. Aunque Orwell sostiene que solo está haciendo de abogado del diablo, da la sensación de que se lo pasa mejor insultando a una minoría chiflada de socialistas que defendiendo otras formas de socialismo. Después de eso, concluir el libro con un llamamiento a que «las izquierdas de todos los matices olviden sus diferencias y se unan[53]» resulta excesivo.

Orwell le complicó la vida a Victor Gollancz, que había fundado hacía poco la editorial Left Book Club[54] junto al parlamentario del Partido Laborista John Strachey y el politólogo Harold Laski con el objetivo de promover el socialismo. Laski, el intelectual socialista más influente de Inglaterra, dijo que la primera parte de *El camino de Wigan* Pier era «una loable propaganda de nuestras ideas[55]», pero Gollancz se sintió obligado a escribir un prefacio a la edición del Left Book Club, en el que distanciaba a la editorial de los duros juicios expresados en la segunda parte. En dicho prefacio, Gollancz señala la naturaleza contradictoria de Orwell: «Lo cierto es que es al mismo tiempo un intelectual extremo y un violento antiintelectual. Del mismo modo que sigue siendo (y que me perdone por decir esto) un esnob desagradable que odia cualquier forma de esnobismo[56]». Hasta el final de sus días, Orwell admitió que los microbios de todo aquello que criticaba estaban también en su propio ser. De hecho, era esa conciencia de sus propias imperfecciones la que le protegía de las ilusiones utópicas de la perfectibilidad humana.

Gollancz también acusó a Orwell de no definir en ningún momento su versión preferida del socialismo y de no explicar cómo se llegaría a ella. Según Jon Kimche, compañero de Orwell en la librería y luego editor suyo, Orwell era «socialista por instinto»: «muy respetable pero, en mi opinión, sin consonancia con situaciones políticas o militares complejas[57]». No obstante, por dispersa u obstinada que fuera su crítica del socialismo, sus intenciones

eran sinceras. Estaba convencido de que «ninguna otra cosa puede salvarnos de la miseria del presente y de la pesadilla del futuro[58]» y, si no conseguía persuadir a los británicos de a pie, sin duda alguien como Hitler se aprovecharía de su descontento. El socialismo en Inglaterra «huele a extravagancia, a veneración de la máquina y a estúpido culto a Rusia. Si no se elimina este olor, y deprisa, el fascismo puede vencer[59]».

Mientras escribía esas palabras, Orwell ya estaba haciendo planes para luchar contra el fascismo de forma más directa. Richard Rees, editor de *The Adelphi*, conocía a Orwell desde 1930, pero solo cuando su amigo se fue a España «se dio cuenta de que era alguien fuera de lo común[60]».

«La guerra civil española es uno de los pocos conflictos modernos cuya historia la han escrito con mayor eficacia los perdedores que los vencedores», escribió el historiador Antony Beevor[61]. De hecho, Orwell, el hombre que escribió la memoria más leída sobre ese conflicto (*Homenaje a Cataluña*), luchó con los perdedores de los perdedores: el Partido Obrero de Unificación Marxista, conocido como POUM. Estamos ante una perspectiva muy concreta. El POUM era muy pequeño y tenía poca influencia, era débil en términos militares y estaba mal visto en términos políticos. Los coetáneos de Orwell y más tarde los historiadores aseguraron que el libro ofrecía una imagen distorsionada del conflicto, lo cual era cierto, pero sí que decía la verdad sobre la guerra que vivió su autor.

En febrero de 1936, mientras Orwell estaba en Wigan, en la turbulenta República española, que existía hacía solo cinco años, salió elegido por poco el Frente Popular, una coalición de anarquistas, socialistas, comunistas y republicanos liberales, lo que horrorizó a la Iglesia y al Ejército, pilares del espíritu monárquico reaccionario. El 17 de julio, después de cinco meses de inestabilidad, el general Francisco Franco promovió un golpe de Estado en el Marruecos español y en las islas Canarias, que supuso el inicio de una guerra civil brutal que dividió al país en dos; una guerra que encarnaría la lucha entre el fascismo y el comunismo, tan característica de toda esa década. De inmediato, Alemania e Italia suministraron armas y hombres a los rebeldes de Franco y Rusia, gracias a un mal planteado embargo de armas impuesto por Francia y el Reino Unido, se convirtió en el principal aliado de la República, con fatídicas consecuencias.

Orwell seguía muy de cerca los acontecimientos en España: las páginas finales de *El camino de Wigan* Pier incluyen una referencia a la batalla de Madrid en noviembre de ese año. Fue a España con la expectativa de luchar

contra el fascismo y defender «la honradez más elemental[62]», pero se encontró sumergido en una asfixiante sopa de letras de acrónimos políticos que, para algunas personas, suponía la diferencia entre la vida y la muerte. Es necesario que explique lo que Orwell denominó «una plaga de siglas[63]», pero seré breve. El PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) era la rama catalana del Partido Comunista de España y, con diferencia, la facción mejor armada, gracias al apoyo ruso. Los anarquistas estaban representados por la FAI (Federación Anarquista Ibérica) y la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores). El último primer ministro, Francisco Largo Caballero, provenía de la socialista UGT (Unión General de Trabajadores). Además, estaba el POUM, dirigido por Andrés Nin, de cuarenta y cuatro años: un partido marxista revolucionario del proletariado, en una situación aislada y vulnerable por oponerse a Stalin y haberse distanciado de Trotski. Estas facciones de izquierdas provocaron una guerra civil dentro de la guerra civil. Los comunistas, siguiendo la nueva estrategia del Frente Popular acordada en Moscú (que consistía en una alianza antifascista con los capitalistas), insistían en que ganar la guerra tenía que ser más prioritario que la revolución. Los anarquistas y el POUM sentían que una victoria sin revolución era inaceptable, además de imposible. Eran posturas irreconciliables.

La lealtad de Orwell al POUM resulta, en retrospectiva, típicamente quijotesca. De hecho, más tarde admitió que «no solo no me interesé por la situación política, sino que ni siquiera fui consciente de ella[64]». De haberlo sabido, le dijo a Jack Common, se habría unido a los anarquistas, o incluso a las Brigadas Internacionales, de base comunista, pero otros tomaron la decisión por él. Necesitaba una carta de recomendación para facilitar su entrada en España y se dirigió primero a Harry Pollitt, estalinista hasta la médula y secretario general del Partido Comunista de Gran Bretaña. Pollitt consideraba que Orwell era poco fiable en términos políticos (algo que sin duda era cierto y de lo que se sentía orgulloso) y no se la escribió. Tuvo más suerte con Fenner Brockway, del Partido Laborista Independiente (ILP, por sus siglas en inglés), un partido socialista pequeño e inconformista que seguía la misma línea que el POUM. La suerte estaba echada. Para Orwell, tanto el POUM como el ILP habían demostrado su honestidad y coraje al denunciar los juicios falsos de Moscú.

Esa mezcla de idealismo, ignorancia y determinación que encontramos en Orwell era habitual entre los extranjeros que acudieron a España en 1936. La gran causa de la izquierda en ese momento atrajo a personas de todo tipo:

aventureros y soñadores, poetas y fontaneros, marxistas doctrinarios y frustrados inadaptados. Un voluntario dijo que era «un mundo en el que los solitarios y los desamparados se sintieron importantes[65]». Treinta y cinco mil personas de cincuenta y tres países sirvieron en las Brigadas Internacionales y cinco mil más, en milicias asociadas con los anarquistas y el POUM[66]. También fueron a España más de mil periodistas y escritores, como Ernest Hemingway, Martha Gellhorn, Antoine de Saint-Exupéry o el poeta Stephen Spender, que más tarde escribió: «Fue en parte una guerra de anarquistas y en parte una guerra de poetas[67]». Antes de su llegada, pocos extranjeros conocían la complejidad de la situación política, pero aun así, según el periodista Malcolm Muggeridge, «lo que estaba claro era que en España el Bien y el Mal se habían enzarzado en un violento combate[68]».

Orwell salió de Londres el 22 de diciembre y viajó hacia España vía París. Allí visitó al novelista estadounidense Henry Miller, que pensaba que arriesgar la vida por una causa política era una insensatez e intentó hacerle cambiar de opinión. «Aunque, a su manera, era un tipo estupendo, acabé pensando que era idiota —dijo Miller décadas más tarde—. Era como muchos ingleses, un idealista, pero encima (o eso me parecía a mí) un idealista ingenuo[69]». Orwell cruzó la frontera y llegó a Barcelona el día después de Navidad.

Cataluña era una región casi independiente y orgullosa de serlo, con una larga tradición anarquista. El golpe de Estado de Franco en julio había desatado allí una revolución anticlerical: se habían incendiado muchas iglesias y muchos clérigos habían sido ejecutados. Los burgueses se habían salvado en su mayoría, pero los partidos proletarios habían ocupado bancos, fábricas, hoteles, restaurantes y cines; se habían apropiado de los taxis y los habían marcado con las iniciales de la CNT y la FAI. Franz Borkenau, un escritor austriaco que Orwell conoció y admiró, visitó España en el mes de agosto, justo al final del fervor revolucionario: «Era algo abrumador. Como si hubiésemos desembarcado en un continente diferente a cualquiera de los que nos hubiese sido dado ver con anterioridad[70]». Cyril Connolly, compañero de colegio de Orwell, también lo vivió y la experiencia acabó con su esnobismo, aunque fuese de forma temporal: «Es como si las masas, esa muchedumbre a la que normalmente solo se le atribuye estupidez u opresión, estuviesen viviendo el verdadero florecimiento de la humanidad[71]».

No está claro si Orwell fue a España a luchar y acabó escribiendo, o viceversa. John McNair, el representante del ILP en Barcelona, recuerda que

Orwell entró en su oficina y dijo: «He venido a España para unirme a las milicias en la lucha contra el fascismo[72]», pero en *Homenaje a Cataluña* Orwell sugiere que el periodismo fue primero. Sea como fuere, en pocos días ya había decidido hacer las dos cosas.

Se encontró con «una copia mala de la guerra de 1914-1918, una guerra de posiciones, de trincheras, artillería, incursiones, francotiradores, barro, alambre de púas, piojos y estancamiento[73]». Pasó la mayor parte de los cuatro meses siguientes con la División 29 del POUM en las trincheras del frente de Aragón, que separaban el pueblo de Alcubierre, en manos de los republicanos, de los bastiones fascistas de Zaragoza y Huesca. Las principales preocupaciones de Orwell eran, en orden decreciente, «la leña, la comida, el tabaco, las velas y el enemigo[74]» (este último se situaba bastante más abajo en la lista). Apenas tenían armas y equipamiento rusos, por lo que las milicias del POUM no podían organizar un ataque contra los fascistas. Les faltaban, entre otras cosas, uniformes, cascos, bayonetas, prismáticos, mapas, linternas y armas modernas. El rifle de Orwell era un Mauser de 1896. Le enfurecía esa sensación de parálisis e inutilidad y maldecía el frente porque «allí tampoco ocurría nada», lo mismo que diría más tarde de la deprimente apatía de la familia Comstock en *Que no muera la aspidistra*[75]. Georges Kopp, el robusto comandante belga de su batallón, les dijo a sus hombres: «Esto no es una guerra, es solo una opereta en la que de vez en cuando hay algún muerto[76]». No obstante, en las trincheras Orwell encontró una versión mejorada del igualitarismo liberador que ya había visto entre los vagabundos y que le convirtió en socialista de una vez por todas. «Había respirado la igualdad[77]». Esta experiencia tan concreta le permitió decir más tarde que, a pesar de todo, sus vivencias en España no habían «disminuido sino aumentado mi fe en la decencia del ser humano[78]».

Otro consuelo, menos espiritual, era el chocolate, los cigarros y el té Fortnum & Mason que le enviaba su esposa, Eileen, desde que, siguiendo sus pasos, se trasladó también a España en el mes de febrero para trabajar como secretaria de McNair en Barcelona. Se habían casado ocho meses antes, tras haberse conocido en una fiesta en 1935, y eran, en muchos sentidos, tal para cual. Los dos eran reservados con sus emociones y tenían cierta tendencia a la melancolía, sazonada con un irónico sentido del humor y un espíritu generoso. Compartían la pasión por la naturaleza y la literatura, unos gustos frugales y una clara despreocupación por su salud y su apariencia; era raro verlos sin un cigarrillo en los labios. Ambos tenían fuertes principios y el valor para actuar acorde a ellos. Lo que los diferenciaba era la ambición:

Eileen era una graduada de Oxford muy inteligente que caía bien a todo el mundo y que subordinó sus aspiraciones a las de Orwell, lo que le llevó a abandonar un programa superior en psicología educativa para irse a vivir con él a una casa de campo en el pueblo de Wallington, en el condado de Hertfordshire. Una amiga dijo: «Se contagió de los sueños de Orwell como si fueran sarampión[79]».

En el mes de abril, cuando las milicias avanzaron hacia las trincheras fascistas, Orwell por fin vio algo de acción. Demostró tener mucha entereza, al enfrentarse al fuego enemigo gritando: «¡Venga, cabrones!», a lo que un compañero respondió: «Por Dios, Eric, ¡agáchate!»[80]. Pero durante las largas semanas de estancamiento salía a relucir su lado más excéntrico. Estamos hablando de alguien que se negó a disparar a un fascista en retirada porque el hombre acababa de ir al baño y se le estaban cayendo los pantalones y era, por tanto, «evidentemente un congénere, un semejante. No apetece disparar contra él[81]». El mismo que una vez se sobresaltó tanto al ver una rata que disparó contra ella, lo que alertó al enemigo y provocó un feroz tiroteo que destruyó la cocina y dos autobuses de la milicia[82]. «Si hay algo que odio es que una rata me pase por encima en la oscuridad», escribió, una decena de años antes de que los roedores vencieran la resistencia de Winston Smith[83]. En ocho de los nueve libros de Orwell aparecen ratas.

A pesar de toda la camaradería, a Orwell no le apasionaba el POUM, entre otras cosas por su deseo de llevar siempre la contraria: «En parte porque el aspecto político de la guerra me aburría, arremetí, como es natural, contra la opinión que tenía más próxima[84]». Pero también pensaba que los comunistas tenían un impacto mayor. El cariño idealista que sentía hacia los desamparados se vio superado por su deseo pragmático de que las cosas se hiciesen. Años más tarde seguiría pensando que el POUM se equivocaba al insistir en que el éxito de la revolución conduciría a la victoria.

A finales de abril, durante unos días de permiso que pasó con Eileen en Barcelona, pensó en dejar la milicia y unirse a las Brigadas Internacionales en Madrid, donde estaba la acción. Sus compañeros milicianos le dijeron que estaba loco y que los comunistas le matarían, pero no había quien le hiciera cambiar de opinión. Más tarde se dio cuenta de la suerte que tuvo al cambiar de línea política sin que nadie le denunciara o amenazara. No tenía ni idea de lo peligrosa que se había vuelto Barcelona para la gente como él. Estaba a punto de descubrirlo.

⁎ ⁎ ⁎

Poco antes de que Orwell volviese a Barcelona, Richard Rees pasó por allí de camino a Madrid, a donde se dirigía como conductor de ambulancias para el Ejército Republicano. Nada más conocer a Eileen en la oficina del POUM, Rees interpretó que su comportamiento confuso y distraído se debía a la preocupación que sentía por su marido. Solo más tarde se dio cuenta de lo que pasaba en realidad: «Fue la primera persona en la que observé los efectos de vivir en un clima de terror político[85]».

Franz Borkenau había vuelto a Barcelona en el mes de enero y se había encontrado una ciudad muy diferente a la que dejó en septiembre. Mientras que antes era posible viajar por la España republicana sin que nadie te molestase, ahora no se podía expresar ni la más mínima crítica. «Es una atmósfera de sospecha y denuncia, cuya repelencia es difícil hacer comprender a aquellos que no la han vivido», escribió[86]. El POUM, «en evidente decadencia[87]», había sido acusado de «trotskista», un título que desde los juicios promovidos por Stalin se había convertido en una sentencia de muerte. El hecho de que Trotski hubiese renegado de ellos, apunta Borkenau, era irrelevante: «Trotskista, en el vocabulario comunista, es sinónimo de hombre que merece ser asesinado[88]». En febrero, Yan Berzin, consejero jefe militar ruso de los republicanos, envió un informe sobre el POUM a Moscú: «No es preciso decir que si no se limpia el campo republicano de toda esa escoria, es imposible ganar la guerra contra los rebeldes[89]».

Orwell notó enseguida que «la ciudad respiraba el clima inconfundible de la rivalidad y el odio políticos[90]». La solidaridad revolucionaria se había evaporado: para unos había colas de racionamiento; para otros, diversión en bares y restaurantes abastecidos en el mercado negro. Todo el mundo pensaba que la violencia era inevitable. Un día, en el vestíbulo del hotel Continental, Orwell se presentó al famoso novelista estadounidense John Dos Passos, que había venido a España a rodar un documental con Ernest Hemingway y estaba intentando que alguien le diera noticias sobre el paradero de su traductor, José Robles, que había desaparecido. Dos Passos señaló que Barcelona «tenía un aire furtivo, estaba destrozada, las tiendas cerradas, llena de gente que miraba continuamente por encima del hombro[91]». Mientras bebían vermú en sillas de mimbre, los dos hombres intercambiaron impresiones sobre la importación del estalinismo a España. Para Dos Passos fue un alivio hablar por fin «con un hombre honesto[92]». No era fácil de encontrar.

Según Orwell, «fue solo la chispa que encendió una bomba ya existente[93]», una chispa que saltó el 3 de mayo, cuando los guardias de

asalto, enviados por los comunistas, tomaron la Telefónica, controlada por los anarquistas. Como consecuencia se desencadenaron cinco días y cinco noches de luchas callejeras, que se conocen como las «Jornadas de Mayo». Orwell se pasó tres de ellos apostado con un rifle en la azotea del cine Poliorama para defender los edificios del POUM, al otro lado de la calle. Desde su observatorio podía ver que los comunistas controlaban las calles al este de las Ramblas y los anarquistas, al oeste. Banderas rivales ondeaban en hoteles, cafeterías y oficinas que se habían transformado, de la noche a la mañana, en fortalezas armadas.

El hotel Continental, en la cabecera de las Ramblas, era el único que se consideraba neutral, así que allí se reunió una surrealista comunidad de combatientes, periodistas, agentes extranjeros y algunos camioneros franceses que se habían quedado tirados, todos en busca de alojamiento y comida. Allí fue donde Orwell vio a un ruso obeso conocido por el sobrenombre de Charlie Chan. Este supuesto agente del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), la policía secreta de Stalin, le decía a todo aquel que quisiera escucharlo que el brote de violencia había sido un golpe anarquista para socavar la República y ayudar a Franco. «Nunca había visto a nadie cuya profesión fuese contar mentiras —escribió Orwell—, a menos que incluyamos a los periodistas[94]».

Una vez disminuyó la violencia, dejando tras de sí cientos de muertos, esas mismas mentiras cubrieron las paredes en forma de carteles que decían: «Fuera la careta». En ellos, aparecía una figura que se quitaba una máscara con la hoz y el martillo y revelaba un rostro horrible y desquiciado marcado por una esvástica[95]: ese era en teoría el verdadero rostro del POUM. En *Los días de Birmania*, el corrupto magistrado U Po Kyin convierte al inocente doctor Veraswami en un Trotski (o una primera versión del sacrílego Emmanuel Goldstein de *1984*): «Oyendo lo que de él se decía, cualquiera habría imaginado al doctor como una mezcla de Maquiavelo, Sweeny Todd y el Marqués de Sade[96]». Esa misma suerte corrían los «trotskistas-fascistas» del POUM. Su emisora, Radio Verdad, decía que era «la única emisora que cuenta la verdad, y no invenciones[97]». Pero las invenciones estaban ganando la partida.

A Orwell no le sorprendió que las tensiones entre las distintas facciones hubiesen escalado hasta un conflicto armado. Lo que no pudo prever, ni perdonar, fueron las mentiras que vinieron después. Los comunistas anunciaron que habían desmontado una amplia red de traidores que se comunicaba con los fascistas por medio de emisoras de radio secretas y

mensajes en tinta invisible y que tenía como objetivo asesinar a los líderes republicanos. Eran mentiras tan atroces que la gente pensó que tenían que ser verdad, porque nadie se inventaría algo así. Franco, que se veía beneficiado por la idea de que la República estuviera plagada de espías a su servicio, respaldó esa versión. Se estableció un Tribunal Central de Espionaje y Alta Traición. Se censuraron los periódicos. Miles de anarquistas y sindicalistas fueron detenidos. En las calles, reinaba el miedo y la desconfianza.

Para consternación de Orwell, los periódicos comunistas extranjeros, como el británico *The Daily Worker*, parecían de acuerdo con Charlie Chan. «Uno de los efectos peores que ha tenido esta guerra ha sido convencerme de que la prensa de izquierdas es tan falsa y poco honrada como la de derechas», aunque hizo una excepción de honor para *The Manchester Guardian*[98]. Sería necesario un libro entero para aclarar el asunto y escribió una carta a Gollancz para decírselo: «Espero tener ocasión de escribir la verdad sobre lo que he visto. Casi todo lo que se ha publicado en los periódicos ingleses es una espantosa sarta de mentiras[99]». En territorio franquista era aún peor: allí la prensa afirmaba que las milicias republicanas violaban a las monjas, echaban los cuerpos de los prisioneros a los animales del zoo y dejaban que montones de cadáveres se pudrieran en las alcantarillas. Un periodista estadounidense señaló que el nivel de engaño que se apreciaba en Salamanca, la capital nacionalista, «era casi una enfermedad mental[100]». Para Stephen Spender, cuyo idealismo se evaporó tan rápido que en cuestión de semanas había abandonado el Partido Comunista, la guerra supuso una revelación fundamental sobre la naturaleza humana: «Casi todos los seres humanos tienen una comprensión muy precaria de la realidad. Para ellos, solo son reales las cosas que ilustran sus propios intereses e ideas; el resto, que son de hecho igual de reales, les parecen abstracciones[101]». Él no se consideraba una excepción: «Poco a poco, empecé a asustarme con el funcionamiento de mi propia mente[102]».

Tras la conmoción de las Jornadas de Mayo, era impensable que Orwell abandonase el POUM, así que volvió al frente de Aragón. Pero no por mucho tiempo. Orwell era mucho más alto que el español medio y su cabeza sobresalía por encima del parapeto de la trinchera. Por la mañana, le gustaba levantarse para fumar de pie su primer cigarrillo del día. Cuando Harry Milton, un miliciano estadounidense, le preguntó un día si no le preocupaban los francotiradores, Orwell se encogió de hombros: «No le darían a un toro en un pasillo[103]». Al amanecer del 20 de mayo, un tirador demostró que estaba equivocado, con una bala certera que le dio en la garganta, justo debajo de la

laringe. Orwell pensó que se estaba muriendo. Se salvó por un milímetro: la bala pasó junto a la carótida y solo paralizó temporalmente el nervio que controlaba una de sus cuerdas vocales[104]. Tumbado en la trinchera, con la sangre manando de su garganta, primero pensó en Eileen; luego sintió «una violenta rabia por tener que dejar este mundo, en el que, a pesar de todo, me encuentro muy bien. […] Me desquiciaba aquella estúpida mala suerte. ¡Qué cosa tan absurda!»[105].

Orwell estuvo tres semanas hospitalizado. Por supuesto, la guerra se había acabado para él, pero necesitaba que un médico del frente le firmase el alta. Para cuando volvió a Barcelona, el 20 de junio, el martillo ya había golpeado. Nada más poner un pie en el hotel Continental, Eileen le cogió del brazo y susurró: «Sal de aquí[106]».

La crisis de las Jornadas de Mayo tuvo como consecuencia la destitución del primer ministro Largo Caballero, el único que había evitado que se tomasen duras medidas contra el POUM. Ahora, el POUM era ilegal, algo que no tardaba en descubrir cualquier miliciano que volviese del frente. Georges Kopp, el comandante del batallón de Orwell, fue detenido. Un joven miembro del ILP, Bob Smillie («el mejor[107]», en palabras de Orwell), murió en la cárcel en Valencia, la capital republicana. James McNair y Stafford Cottman, del ILP, tuvieron que permanecer ocultos. Andrés Nin estaba desaparecido y poco después su paradero daría lugar a otra gran mentira. Fue torturado con saña por agentes rusos del NKVD («su cara era una masa amorfa», se afirma en un informe)[108] y luego asesinado, pero unos miembros alemanes de las Brigadas Internacionales se vistieron como agentes de la Gestapo para fingir que lo «rescataban»; de este modo, los comunistas pudieron afirmar que Nin seguía vivo y se encontraba con sus verdaderos amos en Salamanca o Berlín, del mismo modo que en *Rebelión en la granja* se rumorea que Bola de Nieve está con el señor Frederick en Campocorto.

Este periodo en Barcelona fue la única vez que Orwell vivió de primera mano el «clima de pesadilla[109]» que encontramos en *1984*. En medio de ese venenoso caldo de rumores, calumnias y paranoia, «aunque no estuvieses intrigando, el ambiente hacía que te sintieras como un auténtico conspirador[110]». Incluso cuando no pasaba nada malo, la amenaza de que algo iba a ocurrir te atacaba los nervios. La habitación de hotel de Orwell y Eileen fue registrada y se emitió una orden de arresto. Los informes de los agentes del NKVD y su contraparte española, descubiertos en la década de

1980, describían falsamente a la pareja como «trotskistas confesos» que conspiraban con los disidentes de Moscú[111].

Después de tres días y tres noches aterradores, que pasaron deambulando por las calles intentando pasar desapercibidos y durmiendo al raso, él, Eileen, McNair y Cottman consiguieron la documentación de viaje del Consulado británico y pudieron coger el primer tren hacia Francia y hacia la libertad. «Fue todo muy extraño —relató Orwell a su amigo Rayner Heppenstall—. Empezamos siendo heroicos defensores de la democracia y acabamos cruzando la frontera a hurtadillas con la policía pisándonos los talones. Eileen estuvo maravillosa, de hecho creo que hasta disfrutó[112]». Fenner Brockway, que viajaba en dirección contraria para intentar conseguir la puesta en libertad de los miembros encarcelados del ILP, se encontró con Orwell en Perpiñán, nada más pasar la frontera con Francia. «Esa fue la primera vez que le vi realmente enfadado», recuerda Brockway[113].

El odio al fascismo había llevado a Orwell a España, pero se marchó de allí seis meses más tarde con un nuevo enemigo. El comportamiento de los fascistas había sido horrible, justo como esperaba, pero la crueldad y falta de honestidad de los comunistas le impactó. Según Jack Branthwaite, un compañero del ILP, solía decir que «pensaba que lo que se decía sobre los comunistas era pura propaganda capitalista, pero "ya sabes, Jack, es todo verdad[114]"».

«Antes o después —escribió el periodista estadounidense Frank Hanighen —, casi todos los periodistas destinados a España se convertían en alguien distinto al atravesar los Pirineos[115]». Orwell fue sin duda uno de ellos. Dependiendo del momento, su experiencia en España le parecía emocionante, aburrida, inspiradora, aterradora o reveladora. «La guerra de España y otros sucesos de 1936-1937 cambiaron la escala de valores y me permitieron ver las cosas con mayor claridad —escribió una década más tarde, justo antes de empezar a escribir *1984*—. Cada renglón que he escrito en serio desde 1936 lo he creado, directa o indirectamente, en contra del totalitarismo y a favor del socialismo democrático, tal como yo lo entiendo[116]».

Otro ejemplo de su ingenuidad fue pensar que sus viejos compañeros publicarían sus conclusiones. Nada más lejos de la realidad: Gollancz rechazó su libro y Kingsley Martin, editor de *The New Statesman & Society*, rechazó su ensayo sobre la guerra, pero también una reseña de *El reñidero español*, de Borkenau, en la que intentó meter de refilón la esencia del ensayo. Cuando por fin Orwell tuvo la oportunidad de contar su historia, en el *The New*

English Weekly de Philip Mairet, eligió un título mordaz: «Descubriendo el pastel español». «Ha habido una conspiración deliberada […] para evitar que se comprenda la situación de España. Personas de las que cabría esperar mejor criterio se han prestado al engaño sobre la base de que si uno cuenta la verdad sobre España se usará como propaganda fascista[117]».

Lo que le enfurecía no era el crimen en sí (la guerra produce mentiras igual que piojos y cadáveres), sino el hecho de que se encubriera. En el vocabulario de Orwell, las palabras más sucias eran *engaño*, *estafa* y *burla*. Le parecía que la *realpolitik* de Gollancz y Martin sentaba un precedente nefasto. Ocultar la verdad para conseguir algo a corto plazo es como declarar un estado de emergencia: es fácil que una suspensión temporal de la libertad se convierta en permanente. Informar sobre la desagradable realidad de una guerra dentro de otra era una especie de examen y la izquierda procomunista británica lo había suspendido desde el momento en que eligió reutilizar la propaganda totalitaria por simple lealtad. Orwell esperaba más de ellos.

Para él, la verdad importaba incluso cuando resultaba inoportuna (quizá sobre todo entonces). En sus primeras obras de no ficción, había endulzado las anécdotas y omitido hechos incómodos por motivos literarios, pero escribió *Homenaje a Cataluña* con el compromiso de respetar la precisión como una virtud moral. Sin una realidad consensuada, argumentaba, «no puede haber discusión y es imposible alcanzar un mínimo acuerdo[118]». Orwell era consciente de que no siempre se alcanza la verdad objetiva, pero si ni siquiera aceptamos que dicha verdad existe, el panorama cambia por completo. «Estaba convencido de que nunca se escribiría ni podría escribirse una historia fidedigna del conflicto —comentó Orwell años más tarde—. No había cifras seguras ni informes objetivos sobre lo que estaba sucediendo[119]». A eso se refería al decir que «la historia se detuvo en seco», una expresión que se repite en *1984*. Cuando el único árbitro de la realidad es el poder, el vencedor puede asegurarse de que, a todos los efectos, la mentira se convierta en verdad.

Bueno, hasta cierto punto. La mentira del régimen Socing en *1984* parece inexpugnable. Sin embargo, en la realidad, las mentiras suelen resultar contraproducentes. Borkenau se dio cuenta de que los comunistas españoles que empezaron a mentir para engañar a los demás acabaron engañándose a sí mismos. La paranoia tuvo como consecuencia que les cargaran el muerto a otros, se produjeran purgas y decayese la moral, y las exageraciones de la propaganda comunista provocaron errores militares. En Rusia, los mentirosos no tardaron en pasar a ser los calumniados. Casi todos los oficiales rusos

importantes que estuvieron en España acabaron siendo ejecutados o enviados al gulag. Berzin, el consejero militar que recomendó «limpiar el campo» del POUM, fue acusado de espionaje y fusilado en la cárcel de Lubianka, en Moscú.

Gracias a Fenner Brockway, Orwell consiguió encontrar un editor para *Homenaje a Cataluña*: Secker & Warburg, una empresa incipiente de mentalidad abierta y reputación antiestalinista. «Mi intención era buscar y apoyar a esos escritores que querían proponer un programa y dibujar el camino hacia Utopía —escribió en sus memorias el codirector Fredric Warburg—. Pero no tenía certezas sobre qué programa o qué camino nos conduciría a la tierra prometida, lo que fue un punto a mi favor[120]».

Homenaje a Cataluña es el mejor libro de no ficción que escribió Orwell. Publicado el 25 de abril de 1938, tan solo un año después de *El camino de Wigan* Pier, es más sabio, más sosegado, más humilde y más generoso. «Nos muestra el corazón de esa inocencia que late en la revolución, pero también el germen de la mentira que destruye ese corazón más que la crueldad», afirmó Philip Mairet[121]. El tiempo lo ha convertido en un documento esencial de la guerra civil española, pero en su momento era solo un relato más, entre muchos otros, y solo consiguió vender la mitad de su primera impresión de mil quinientos ejemplares. Los comunistas británicos lo criticaron por confuso en el mejor de los casos y, en el peor, por ser un traicionero regalo a Franco. Orwell se mantuvo impasible ante las críticas desfavorables, se alegró de la publicidad que le daban y nunca negó que se trataba de un relato subjetivo: «Vuelvo a prevenir a todos de mi parcialidad y de esos posibles errores, aunque me he esforzado por ser sincero[122]». Como estaba convencido de que había una diferencia real entre la verdad y la mentira y valía la pena defenderla, escribía cartas para quejarse de aquellas reseñas que calumniaban a sus antiguos camaradas. Si en su libro había exagerado su simpatía hacia el POUM era porque nadie más se levantaba en defensa de aquellos que habían sido acusados falsamente. «Si aquello no me hubiera indignado jamás habría escrito el libro», declaró más tarde[123].

Recibió un cumplido que significó mucho para él, una carta de Borkenau, que ahora estaba viviendo en Inglaterra: «Tu libro reafirma una vez más mi convicción de que es posible ser totalmente honesto con la realidad que uno observa, independientemente de las convicciones políticas que se tengan[124]». El respeto era mutuo. Orwell elogió *El reñidero español* («Resulta esperanzador oír una voz humana cuando cincuenta mil gramófonos escupen la misma canción»)[125] y un poco más adelante dijo que *The*

Communist International (La Internacional Comunista) era «el libro que más me ha enseñado sobre el curso general de la revolución[126]». Borkenau había abandonado el Partido Comunista de Alemania en 1929 por oposición a Stalin, había ayudado a un partido antinazi y había desarrollado una primera teoría del totalitarismo: «La civilización está destinada a perecer no simplemente a causa de la existencia de ciertas restricciones en la expresión de la libertad de pensamiento […] sino por la completa sumisión del pensamiento a las órdenes de una oficina central de partido[127]».

Solo hay una persona que dio a entender que Orwell estuvo en algún momento de acuerdo con el comunismo. En la época en la que Orwell vivía entre los pobres de París, a finales de la década de 1920, a veces disfrutaba de la hospitalidad de su tía, Nellie Limouzin, y su compañero, Eugene Adam. Este y su amigo Louis Bannier eran excomunistas y divulgadores del esperanto, un lenguaje internacional idealista que consiguió despertar la ira tanto de Hitler como de Stalin. Más tarde, Bannier dijo que recordaba una violenta discusión entre Adam y el joven Orwell, que «proclamaba que el sistema soviético era el socialismo definitivo[128]». Se trata de una anécdota curiosa, que no concuerda con nada de lo que luego escribió Orwell, pero, sea cierta o no, es probable que su tío fuese el que le introdujo en ese fervor de antiguo comunista.

Muchos de los escritores favoritos de Orwell tras su paso por España eran excomunistas: los austriacos Borkenau y Koestler; el italiano Ignazio Silone; el ruso Víctor Serge; los estadounidenses Max Eastman y Eugene Lyons; los franceses André Gide, Boris Souvarine y André Malraux. Todos ellos habían conocido el comunismo igual que él había entendido el imperialismo: desde el vientre de la bestia. Testimonios como *Retour de l’U. R. S. S.* (Regreso de la URSS), de Gide, o *Cauchemar en U. R. S. S.* (Pesadilla en la URSS), de Souvarine, supusieron para Orwell un primer vistazo al funcionamiento del régimen estalinista. Muchos de los detalles y anécdotas que descubrió allí pasaron luego a *1984*: el culto a la personalidad, la reescritura de la historia, la supresión de la libertad de expresión, el desdén hacia la verdad objetiva, los ecos de la Inquisición, las detenciones arbitrarias, las denuncias y confesiones forzadas y, sobre todo, el sofocante clima de sospecha, autocensura y miedo.

Por ilustrarlo con un solo ejemplo, en la novela de Orwell, Winston Smith descubre una fotografía que demuestra que los supuestos traidores Jones, Aaronson y Rutherford en realidad estaban en Nueva York el día que confesaron estar en Eurasia. Orwell había leído sobre casos similares en los

que una confesión escrita se contradice con pruebas verificables. Un supuesto conspirador fue fotografiado en una conferencia en Bruselas exactamente el mismo día que había «confesado» estar organizando un complot en Moscú. Otro en teoría se había encontrado con Trotski en Copenhague, en un hotel que, como se reveló más tarde, había sido demolido quince años antes de dicho encuentro.

El respeto que Orwell sentía hacia estos escritores no se debía solo a la información que proporcionaban. Sus ataques a Stalin se basaban en la vergüenza personal y una necesidad visceral de liberarse de su credulidad y su complicidad por medio de lo que Orwell llamaba una «literatura del desencanto[129]». En ese aterrador y excitante primer momento de herejía, los antiguos comunistas escribían con una urgencia cautivadora. Además, le parecía heroica su soledad. Muchos fueron rechazados por sus amigos y despreciados por sus editores. Silone, escribió con aprobación Orwell, «es uno de esos hombres acusados de comunistas por los fascistas y de fascistas por los comunistas, un grupo de hombres que sigue siendo reducido pero crece incesantemente[130]».

¿Por qué criticaba Orwell el comunismo con más empeño que el fascismo? Porque lo había visto de cerca y porque su atractivo era traicionero. Ambas ideologías se dirigían hacia un mismo fin totalitario, pero los objetivos iniciales del comunismo eran más nobles y, por tanto, necesitaba más mentiras sobre las que sustentarse. El comunismo se había convertido en «una forma de socialismo que imposibilita la honradez intelectual[131]» y su literatura, en «una maquinaria para justificar los errores[132]». Orwell no conocía personalmente a ningún fascista y despreciaba a los del ámbito público (como el poeta Ezra Pound y Oswald Mosley, fundador de la Unión Británica de Fascistas, al que había visto hablar en Barnsley en 1936: «a pesar de su excelente técnica sobre el estrado, el discurso era una chorrada espantosa[133]»). En cambio, conocía a muchos comunistas. En el ámbito de la intelectualidad literaria, el fascismo se consideraba un vicio sucio, pero el comunismo ejercía «una fascinación poco menos que irresistible sobre todo escritor menor de cuarenta años[134]». Incluso años más tarde seguía enfadado por su hipocresía y en *1984* escribió que las atrocidades de la década de 1930 fueron toleradas e incluso defendidas «por personas que se consideraban ilustradas y progresistas[135]».

Los excomunistas rompieron el silogismo que vinculaba a la izquierda con Stalin: creo en el socialismo; la URSS es el único Estado socialista, por consiguiente, creo en la URSS. Orwell lo refutaba a dos niveles: en primer

lugar, ningún fin, por utópico que sea, puede justificarse con unos medios tan grotescos; en segundo lugar, la Rusia de Stalin no era realmente socialista porque en ella no había ni libertad ni justicia. Pero, al fin y al cabo, él nunca lo había apostado todo, intelectual, emocional y socialmente, al experimento soviético. Los que sí lo habían hecho vivieron una crisis existencial.

Uno de ellos fue Eugene Lyons, un inmigrante judío de origen ruso que creció en los agitados bloques de viviendas del Lower East Side de Nueva York y trabajó como reportero militante para publicaciones socialistas. En 1922, se hizo comunista y renegó de sus amigos más moderados. Entre 1928 y 1934, fue el representante de la agencia de noticias United Press en Moscú, desde donde explicaba la URSS a los lectores estadounidenses. Al principio era un férreo defensor de Stalin y fue el primer periodista occidental en entrevistarlo, pero acabó horrorizado por la propaganda, las persecuciones y la gigantesca falta de honestidad de la que había formado parte. En junio de 1938, Orwell reseñó el épico *mea culpa* de Lyons y podemos asumir que enseguida captó su atención este fragmento que relata los esfuerzos de Stalin para cumplir el primer Plan Quinquenal en tan solo cuatro años:

> La fórmula 2 + 2 = 5 llamó mi atención de inmediato. Me parecía al mismo tiempo osada y grotesca: el atrevimiento, la paradoja y la trágica irracionalidad de la situación soviética, su simplicidad mística, su desafío a la lógica, todo ello reducido a una ofensiva operación aritmética […] 2 + 2 = 5: escrito con luces eléctricas en las fachadas de los edificios de Moscú, con enormes letras en las vallas publicitarias, anunciaba la equivocación intencional, la hipérbole, el optimismo perverso; algo obstinadamente infantil y excitantemente imaginativo[136].

Pocos meses más tarde, el propio Orwell recurrió a esa ecuación absurda. En una reseña de *El poder. Un nuevo análisis social*, de Bertrand Russell, positiva en términos generales, cuestiona la suposición de que el sentido común saldrá victorioso: «El momento actual es especialmente horrible porque no podemos estar seguros de que vaya a ser así. Es muy posible que estemos entrando en una época en la que dos más dos serán cinco si así lo estipula el Líder. […] Basta pensar en las siniestras posibilidades de la educación por radio, controlada por el Estado, y otras cosas parecidas, para darse cuenta de que "la verdad es grande y prevalecerá" es un ruego más que un axioma[137]».

Seguro que Orwell también apreció la descripción que hace Lyons del coste personal de la apostasía. Cuando volvió a Nueva York, a Lyons le costó decidir si decir o no la verdad sobre lo que había visto. Decir la verdad era al mismo tiempo una obligación moral y un suicidio social. Cuando tomó la decisión, Lyons se vio excomulgado y vilipendiado por sus antiguos camaradas. Para aquellos que realmente creían, su denuncia de los crímenes de Stalin era casi una afrenta espiritual y, por consiguiente, imperdonable. «Era culpable de la ofensa más atroz: romper ilusiones nobles», escribió[138]. Las puertas de la mítica Rusia tenían que protegerse a cualquier precio de la terrible realidad. «Había tantos estadounidenses agotados, aburridos o asustados que se habían instalado espiritualmente en esos maravillosos aposentos, que cualquiera que amenazase con sacudir sus cimientos se consideraba un vándalo sin vergüenza. Y quizá lo fuese[139]».

El título del libro de Lyons, amargamente irónico, es *Assignment in Utopia* (Corresponsal en Utopía).

02

Fiebre de utopía

Orwell y los optimistas

«*Qué divertido debe haber sido, en aquellos días optimistas de 1880, trabajar duro por la mejor de todas las causas posibles, y había muchas donde elegir. ¿Quién podía imaginar dónde acabaría todo?*».

GEORGE ORWELL, *The Adelphi, mayo de 1940*[140]

«Un mapa del mundo que no comprendiese la Utopía no sería digno de tenerse en cuenta —escribió Oscar Wilde en su ensayo de 1891 *El alma del hombre bajo el socialismo*—. *El progreso consiste en la realización de Utopías*[141]». En la práctica, Orwell estaba de acuerdo, pero con reservas. Le gustaba la idea de la utopía como inspirador antídoto al pesimismo y la prudencia, pero los intentos de describirla le resultaban aburridos y los esfuerzos por construirla, siniestros. En el número de Navidad de 1943 del periódico *Tribune*, Orwell utilizó el seudónimo de John Freeman para publicar un artículo titulado «¿Pueden ser felices los socialistas?», en el que contrapone la felicidad palpable al final de *Canción de Navidad*, de Dickens, a la poco convincente «felicidad permanente[142]» de las utopías. La razón por la que la gente discute, lucha y muere por el socialismo, afirma Orwell, es la idea de fraternidad, y no por «un paraíso con calefacción central, aire acondicionado y luz de fluorescentes[143]». Por supuesto, se puede y se debe mejorar el mundo, pero nunca se puede alcanzar la perfección. «Todo aquel que intenta imaginar la perfección no hace más que delatar su propio vacío[144]».

Históricamente, la utopía precede a la distopía igual que el cielo precede al infierno. Quizá sea un mérito de la humanidad el hecho de que estuviera diseñando la sociedad ideal mucho antes de imaginar lo contrario. El primer proyecto de este tipo fue *La República*, de Platón, un diálogo socrático que ha sido reconocido como el precursor de *Utopía*, el libro publicado por Tomás Moro en 1516. El neologismo de Moro se basa en el prefijo griego *ou* (no) y la raíz *topos* (lugar): la utopía es un lugar que no existe. No obstante, era fácil

que *ou* se confundiera con otro término griego: *eu* (bueno). Fuera o no intencionado por parte de Moro, la utopía acabó adoptando un significado más específico: el de un paraíso terrenal. En política, se impuso la segunda interpretación, pero en literatura se mantuvo la ambigüedad, por eso Orwell pudo describir *1984* como «una utopía». Él hacía una distinción entre utopías «prometedoras» y «pesimistas», porque no se le habría ocurrido llamar «distopías» a estas últimas. Aunque John Stuart Mill ya había usado el término *distopía* (literalmente «el lugar que no es tan bueno») en 1868, estuvo en desuso durante casi un siglo, eclipsado por la *cacotopía* de Jeremy Bentham («el lugar malo») o la *antiutopía*, hasta que en la década de 1960 se puso de moda. La novela de Orwell se convirtió en sinónimo de una palabra que él nunca pronunció.

Orwell estaba familiarizado con la literatura utópica. Mencionó más de una vez la sátira de Samuel Butler *Erewhon*, publicada en 1872, la fantasía socialista de William Morris *Noticias de ninguna parte*, escrita en 1890, y las muchas contribuciones de H. G. Wells, pero en general opinaba que la ficción que surge de las ideas utópicas no suele ser muy gratificante. «La felicidad es bastante difícil de describir —afirma en su ensayo sobre *Los viajes de Gulliver*—, y los cuadros de una sociedad justa y bien ordenada pocas veces son atractivos o convincentes[145]». En *Sin blanca en París y Londres* considera que la promesa de «alguna deplorable utopía marxista[146]» supone un obstáculo para el socialismo. En el fondo, las utopías le parecían tristes y aburridas y no creía que nadie las desease. «En general, el ser humano quiere ser bueno —escribió en su artículo de 1941 "El arte de Donald McGill"—, pero no demasiado bueno y tampoco todo el tiempo[147]».

Teniendo en cuenta los intereses de Orwell, resulta sorprendente que en su obra no haya ninguna referencia al libro que convirtió la práctica de diseñar sociedades ideales en un fenómeno cultural que arrasó durante los últimos años del siglo XIX. En sus obras completas no hay ni una sola referencia a Edward Bellamy.

En agosto de 1887, Edward Bellamy era un escritor y periodista de Massachusetts poco conocido. Era un hombre de treinta y siete años, serio y de expresión triste, que llevaba un enorme bigote y tenía una fuerte convicción moral. La sufragista Frances Willard lo describió como «silencioso pero observador, modesto pero con un gran dominio de sí mismo, de hablar apacible y amable, pero con una fuerte personalidad y lleno de propósitos[148]». Al observar Estados Unidos de América durante la llamada

Edad Dorada, lo que Bellamy veía era «una nación nerviosa, dispéptica y biliosa[149]», destruida por una desigualdad grotesca. Unas dinastías millonarias controlaban la economía industrial, mientras la clase trabajadora vivía en chabolas infames y se pasaba sesenta horas a la semana en fábricas y talleres insalubres a cambio de un salario exiguo. Los avances de la tecnología producían milagros (la bombilla, el fonógrafo, el teléfono), pero también envenenaban los ríos y ennegrecían el cielo. La economía se tambaleaba bajo los golpes del pánico y la recesión. Una epidemia de huelgas barrió el país por completo.

Para Bellamy, el *statu quo* no solo era injusto, era también insostenible. Pensaba que estaba viviendo un momento crítico y que una gran transformación era inminente, para bien o para mal. El destino de Estados Unidos decidiría el destino del mundo. «Tenemos que ser conscientes de que, si fuera un fracaso, sería el fracaso definitivo —escribió—. No hay nuevos mundos por descubrir, ni otros continentes que nos ofrezcan tierras vírgenes para nuevas empresas[150]».

Ese mismo agosto, Bellamy acabó una novela en la que las turbulencias de la década de 1880 se presentan como la fase precursora, dolorosa pero necesaria, de una utopía socialista pacífica. «Deseo sobre todo que vea la luz lo antes posible —le dijo a su editor—. Ahora es el momento oportuno, o eso me parece, para que una publicación que trata cuestiones sociales e industriales reciba atención[151]».

Efectivamente, eso es lo que ocurrió con su novela, titulada *Mirando atrás* o *El año 2000*. Publicada en 1888, se convirtió en la novela más leída en Estados Unidos desde *La cabaña del Tío Tom* y más imitada que *Jane Eyre*. Como muchos superventas inesperados, el libro de Bellamy sintetizaba las tendencias existentes para sacar provecho de la popularidad de otras visiones utópicas, como *La edad de cristal*, de W. H. Hudson, y de panfletos radicales, como el exitoso *Progreso y miseria*, de Henry George. Según el periodista Henry Demarest Lloyd, en Estados Unidos «todo el mundo hablaba de ella [la novela], hasta los limpiabotas en las aceras[152]». En Gran Bretaña, se convirtió en un tema de discusión tan destacado que en los círculos intelectuales se consideraba un descuido no haberla leído. «Supongo que has visto o leído, o al menos intentado leer, *El año 2000*[153]», le escribió a un amigo el escritor y diseñador socialista William Morris en 1889. En Rusia se vendió muy bien y fue alabada por Chéjov, Gorki y Tolstói, que afirmó que era «una obra extraordinaria, habría que traducirla[154]». Entre sus admiradores estadounidenses se cuentan Jack London, Upton Sinclair,

Elizabeth Gurley Flynn y dos futuros líderes del Partido Socialista. Mark Twain la denominó «la Biblia más reciente y la mejor de todas[155]».

Igual que la Biblia, *El año 2000* atrajo a apóstoles, decididos a difundir las buenas noticias sobre esa forma de socialismo inequívocamente estadounidense, respetable y de clase media, que Bellamy llamaba «nacionalismo». Un converso escribió: «Bellamy es el Moisés de nuestros días. Nos ha mostrado que la tierra prometida existe[156]». En el año 1888, los admiradores de Bellamy fundaron el primer Club Nacionalista en Boston; tres años más tarde, ya había más de ciento sesenta en todo el país y atraían a periodistas, artistas, abogados, médicos, empresarios y reformistas, entre los que se encontraban el comprometido abogado Clarence Darrow o la feminista Charlotte Perkins Gilman. En las zonas rurales, los viajantes vendían el libro puerta a puerta. El recién fundado Partido Populista, que ganó cinco estados en las elecciones presidenciales de 1892, sacó muchas de sus propuestas progresistas de las ideas de Bellamy. Los residentes del centro de Los Ángeles todavía pueden ver con sus propios ojos el poder transformador de *El año 2000*. Para el diseño del edificio Bradbury, donde se grabaría el final de *Blade Runner*, de Ridley Scott, el arquitecto George Wyman se basó en la descripción que había hecho Bellamy de los centros comerciales del futuro.

Justo cuando Orwell estaba comenzando su carrera periodística, la Gran Depresión revivió el interés por las reconfortantes profecías de Bellamy. El presidente Roosevelt leía y debatía sobre su obra y el biógrafo de Bellamy, Arthur E. Morgan, formaba parte de su Gobierno, responsable del New Deal. En 1935, la revista *The Atlantic Monthly* consideró que *El año 2000* era el segundo libro más importante de los últimos cincuenta años y afirmó que solo *El capital* había tenido más influencia a la hora de modelar el mundo. Clement Attlee, líder del Partido Laborista, admitió que su entusiasmo por una «Commonwealth cooperativa» venía de *El año 2000*; además, le dijo a Paul, hijo de Edward Bellamy, que su Gobierno de posguerra era «un hijo del ideal» de su padre[157]. En 1949 el libro seguía siendo tan famoso en Estados Unidos que Harry Scherman, presidente del Book-of-the-Month Club (Club del Libro del Mes), describió *1984* como «*El año 2000* de Bellamy, pero a la inversa[158]».

Puede resultar sorprendente que uno de los libros con más influencia cultural de la historia de la literatura sea tan poco conocido en la actualidad, hasta que empiezas a leerlo. Las historias sobreviven, los manifiestos disfrazados de novela son esclavos de la historia.

Julian West es un aristócrata pusilánime que vive acomodado en un lujo autocomplaciente en el Boston de 1887 y se prepara para casarse con su prometida. Para intentar quitarle el insomnio, un curandero lo hipnotiza y entra en trance en una cámara subterránea insonorizada. Igual que Rip van Winkle, despierta un siglo más tarde en la casa de un tal doctor Leete, que le explica cómo la sociedad ha alcanzado la perfección sobre la base de «la solidaridad racial y la fraternidad humana[159]». Narrada por Julian, la novela es poco más que una serie de conversaciones sobre política. Bellamy reconoció más tarde que había añadido una trama secundaria romántica «con cierta impaciencia, con la esperanza de que así más gente intentara al menos leerla[160]». Teniendo en cuenta que las únicas mujeres con las que se encuentra Julian son la mujer del doctor Leete y su hija, Edith, no se puede decir que tenga al lector en vilo.

Aunque Bellamy predijo de pasada innovaciones como la tarjeta de débito y la radio despertador, no era ni de lejos un Jules Verne. Para que su utopía resultase atractiva «para el pueblo estadounidense, sobrio y con inclinaciones morales[161]», era imprescindible que Bellamy la hiciese muy accesible. Igual que la obra de Louis-Sebastién Mercier *El año 2440*. Un sueño como no ha habido otro, un éxito editorial de la Francia prerrevolucionaria, la utopía de Bellamy tenía una referencia temporal y espacial muy concreta[162]. En un principio, Bellamy quería describir «el palacio en las nubes de una humanidad ideal», pero «tropezó con la primera piedra de un nuevo orden social[163]». En el epílogo a la segunda edición afirma que «busca, con toda seriedad, ser una premonición[164]».

El doctor Leete es una incansable máquina explicativa. En cada capítulo, Julian, como representante del lector del siglo XIX, pregunta cómo ha sido posible tal o cual desarrollo y, afablemente, Leete le responde que es muy sencillo: «todo es la consecuencia lógica de la libre operación de la naturaleza humana, en unas condiciones racionales[165]». Este era el parecer generalizado entre los socialistas de la década de 1880. En su ensayo de 1946 «¿Qué es el socialismo?», Orwell escribió que hasta la Revolución rusa «todo el pensamiento socialista era en cierto modo utópico», porque aún no había sido puesto a prueba en el mundo real. «Solo había que acabar con la injusticia económica, y todas las demás formas de tiranía se desvanecerían también. Llegaría la era de la fraternidad humana, y la guerra, el crimen, la enfermedad, la pobreza y la explotación laboral serían cosas del pasado[166]».

En el mundo del doctor Leete, la igualdad es la llave maestra que abre todas las puertas. El nuevo sistema, que recluta a todos los ciudadanos para un «ejército industrial», hace que no sean necesarios ni abogados, ni legisladores, ni soldados, ni sacerdotes, ni recaudadores de impuestos, ni carceleros. Las mujeres son iguales, aunque están segregadas en su propio ejército industrial. El aire está limpio, el trabajo no supone mucho esfuerzo, las mentiras se han quedado obsoletas y la esperanza de vida supera los ochenta y cinco años. Las personas están en mejor forma, son más amables, más felices y mejores en todos los sentidos. Estos son los típicos elementos de los que se burlaba Orwell en su reseña de la utopía de Herbert Samuel *An Unknown Land* (Una tierra desconocida), publicada en 1942: «la higiene, los dispositivos para ahorrar trabajo, las máquinas increíbles, el énfasis en la ciencia, la sensatez generalizada atemperada por una religiosidad bastante aguada. […] No hay guerras, crímenes, enfermedades, miseria, ni diferencias de clase, etc.»**[167]**. *El año 2000* es uno de esos libros con un largo etcétera.

La visión de Bellamy presenta una omisión insólita. Al poco de despertar Julian, el doctor Leete le lleva a la azotea de su casa y le muestra las vistas. Julian ve kilómetros y kilómetros de bulevares, edificios, árboles, parques y fuentes, todo dispuesto con una increíble armonía, pero no ve ningún ser humano. Es como la maqueta de un arquitecto antes de colocar las figuritas. Cuando por fin aparece la muchedumbre, la prosa se convulsiona de miedo. Bellamy ha acostumbrado hasta tal punto al lector a la plácida eficacia de la sociedad del año 2000 que, cuando Julian se despierta otra vez y se encuentra de nuevo en el Boston de 1887, el horrible alboroto supone una conmoción para los sentidos. Esta secuencia, diseñada para que el presente deje de resultar familiar y empujar al lector a la acción política, revela también que Bellamy era el tipo de socialista paternalista que en teoría adoraba a los trabajadores, pero en realidad, no tanto. Antes de despertarse de nuevo y darse cuenta de que 1887 es la pesadilla y el año 2000, la realidad, Julian retrocede ante «el hormigueo de la miseria humana» que se encuentra ante él**[168]**. Mientras observa con pena sus «máscaras groseras», dice: «Todos estaban muertos**[169]**». Si hay esperanza, no está en los proles.



«La única forma prudente de leer una utopía —escribió William Morris en su cautelosa reseña de *El año 2000*— es entenderla como una expresión del temperamento de su autor**[170]**».

Aunque resulte paradójico viniendo de un reformista, Bellamy confesó sentir una «arraigada aversión al cambio[171]». Bellamy era uno de los cuatro hijos de un popular ministro baptista y una calvinista puritana y pasó casi toda su vida en Chicopee Falls (Massachusetts), una pequeña ciudad antes idílica que se había convertido en un centro neurálgico industrial. Desde las ventanas de la casa de dos pisos de Bellamy, situada junto al río Connecticut, el joven Edward lo veía todo: las fábricas y fundiciones que escupían humo, los viejos bloques de viviendas en los que se hacinaban los obreros inmigrantes y las enormes mansiones de los dueños de las fábricas, que le recordaban a los barones feudales. A los catorce años, tuvo una epifanía religiosa y empezó a ver «el mundo con otros ojos[172]».

Bellamy se topó por primera vez con el socialismo utópico de los pensadores franceses Henri de Saint-Simon y Auguste Comte cuando era un precoz estudiante en el Union College de Schenectady (Nueva York). En 1868, pasó un año en Alemania con su primo William Packer. Allí fue muy consciente del «infierno de miseria que hay debajo de nuestra civilización[173]» y pasó horas y horas sopesando seriamente con William «un plan para equilibrar las condiciones humanas[174]». De vuelta en Chicopee Falls, Edward aprobó su examen de acceso a la abogacía, pero abandonó esa profesión casi de inmediato, después de que lo contrataran para desahuciar a una viuda por impago del alquiler. Se hizo periodista. Se pasó el año 1872 escribiendo para *The Evening Post* de Nueva York sobre argucias políticas y denunciando precarias condiciones de vida. Nueva York era una ciudad difícil y agitada, controlada por el rico e influyente William Magear Tweed, o Boss Tweed, y la maquinaria política tremendamente corrupta del Partido Demócrata, conocida como Tammany Hall. «Difícil vivir así. Ve mucho sufrimiento, se vuelve nacionalista», escribió Bellamy en su cuaderno de notas[175].

La visión de tanta pobreza, tanto en su país como en el extranjero, hizo que se tambalease su fe en Dios y reforzó su determinación de resolver por sí mismo el «misterio» de la vida con una teoría universal que agrupase política, economía, sociedad, arte y religión. Bellamy expuso esa versión mística de socialismo en un ensayo de 1873 titulado «Religion of Solidarity» (La religión de la solidaridad), que sostiene que cada ser humano es una manifestación del «no yo» infinito y la verdadera felicidad solo se puede conseguir anteponiendo los intereses del bien común a los deseos individuales. Quería que los demás también viesen el mundo con otros ojos.

El ensayo de Bellamy coincidió con el pánico financiero de 1873. Durante este primer episodio de depresión del capitalismo industrial, quebraron diez estados de Estados Unidos, cientos de bancos, miles de empresas y más de cien ferrocarriles. La gran huelga ferroviaria de 1877 fue la primera disputa laboral a nivel nacional y se prolongó durante cuarenta y cinco días de disturbios y violencia. Hubo peleas callejeras en Chicago y Baltimore, una masacre en Pittsburgh, se aplicó la ley marcial en Scranton. Incluso cuando la economía repuntó, en 1879, el capitalismo estadounidense seguía siendo muy frágil. En el primer capítulo de *El año 2000*, Julian señala que algunos de sus coetáneos tienen miedo de «un cataclismo social inminente[176]». Esta ansiedad, que se apreciaba en todo el mundo occidental, tuvo como consecuencia un auge de las novelas posapocalípticas, como *Inglaterra salvaje*, de Richard Jefferies, y *The Destruction of Gotham* (La destrucción de Gotham), de Joaquin Miller: eran como las películas de catástrofes de la actualidad, pero en 1880.

Durante la depresión, Bellamy escribió artículos de opinión extravagantes para un periódico de Massachusetts, *The Springfield Union*, y algunos relatos y novelas cortas en los que importaban más las ideas que la caracterización de los personajes. En 1880, Edward y su hermano Charles lanzaron *The Daily News*, «el periódico del pueblo», que cubrió en detalle las disputas laborales. Edward empatizaba con la difícil situación de los trabajadores, pero pensaba que los sindicatos estaban poniendo el listón demasiado bajo. El objetivo tenía que ser un sistema nuevo por completo y no solo un acuerdo beneficioso para algunos grupos de interés. El matrimonio y la paternidad llevaron a Edward a imaginar ese mundo mejor en el que esperaba que viviesen sus hijos. «Cuando me paré a considerar los posibles cambios radicales en la reorganización social —le confió a su cuaderno—, fue de gran ayuda la repulsa que he sentido en el pasado hacia los diferentes planes socialistas[177]».

Bellamy empezó a escribir *El año 2000* en plena histeria anticomunista, la primera que vivía el país. El 4 de mayo de 1886, una bomba mató a siete policías durante una concentración de trabajadores en la plaza de Haymarket, en Chicago. La mayor parte de la violencia de esta época era cometida por el Estado o por matones armados controlados por los poderosos (de hecho, la policía había matado a tiros a varios manifestantes en Haymarket), pero, basándose en unas pruebas que apenas se sostenían, ocho anarquistas fueron condenados. Esto permitió aplicar medidas severas contra los anarquistas, los

socialistas y los sindicalistas. Por consiguiente, para poder tener éxito, cualquier propuesta socialista tenía que sonar lo menos amenazadora posible.

Bellamy, igual que Orwell cincuenta años más tarde, pensaba que el socialismo era un producto increíble que se vendía muy mal. «Por la radicalidad de las opiniones que he expresado puede parecer que soy más socialista que los socialistas —le escribió a su amigo William Dean Howells, también utópico—, pero nunca he podido soportar el término *socialista*. En primer lugar, es una palabra extranjera en sí misma y extranjera también por lo que sugiere. Al estadounidense medio le huele a petróleo, le sugiere la bandera roja, todo tipo de juegos sexuales y un tono abusivo hacia Dios y la religión[178]». (También Orwell se quejó del «olor» del socialismo). En *El año 2000*, el doctor Leete explica que, en la década de 1880, «los seguidores de la bandera roja» indignaron hasta tal punto al pueblo que «hicieron que los mejores proyectos de reforma social no encontraran oyentes[179]». De hecho, revela el doctor, en realidad los monopolios capitalistas pagaban a algunos de ellos para que desacreditaran las ideas radicales con una retórica violenta, lo que lleva a Julian a mencionar la famosa teoría conspirativa de que la persona que lanzó la bomba de Haymarket era en realidad un títere capitalista.

En este clima tan tenso, Bellamy abogaba por la evolución en vez de la revolución. De la misma forma que en sus artículos periodísticos aconsejaba a los reformistas que fueran claros, directos y educados, en sus novelas suavizaba el socialismo hasta que ya no resultaba ni por asomo amenazador. Aseguraba a sus lectores ricos que no tenían que sentirse nerviosos ni culpables, porque también ellos eran víctimas inocentes de «un odioso y horrible error, un craso error de efectos colosales que oscurece el mundo[180]», es decir, el capitalismo. En *El año 2000*, cuando el capitalismo se elimina sin derramar ni una gota de sangre, desaparecen también todas las tensiones entre clases sociales, sexos, razas y religiones, para siempre. Este tipo de afirmación utópica dejaba perplejo a Orwell, que pensaba que una de las grandes falacias de la izquierda era la creencia «de que la verdad siempre prevalece y la de que la persecución se derrota a sí misma, o la de que el hombre es bueno por naturaleza y solo lo corrompe su entorno[181]».

La dramatización que hace Bellamy de esa creencia en concreto convierte *El año 2000* en un argumento político atractivo metido con calzador en una novela plana. En 1888, en Estados Unidos ocurrían incidentes sin parar; en comparación, un futuro en el que lo único que tiene que hacer nuestro héroe es sentarse en una casa bonita y escuchar las explicaciones del doctor Leete

seguro que resultaba muy atractivo. El paraíso es un lugar en el que nunca pasa nada.

* * *

La publicación de *El año 2000* convirtió a un periodista de provincias en uno de los pensadores más famosos del mundo. Los Clubs Nacionalistas editaron decenas de periódicos que dotaron de una estructura intelectual al recién creado Partido Populista (a pesar de que no aprobaba su retórica exaltada, Bellamy fue editor de dos de ellos). En su preámbulo al manifiesto populista de las elecciones de 1892, Ignatius Donnelly afirmó: «Se ha organizado una enorme conspiración contra la humanidad en dos continentes y se está extendiendo rápidamente por todo el mundo. Si no nos enfrentamos a ella y la eliminamos de una vez, tendrá como consecuencia horribles convulsiones sociales, la destrucción de la civilización o el establecimiento de un despotismo absoluto[182]».

Donnelly, un congresista de Minnesota conocido como el «tribuno del pueblo» o el «príncipe de los chiflados», fue uno de los responsables de introducir teorías conspirativas en la política estadounidense. Escribió también una novela utópica, increíblemente sensacionalista, titulada *Caesar's Column* (La columna de César), en la que el paraíso se construye en una Uganda bajo control suizo, mientras el capitalismo estadounidense desaparece entre sangre y fuego; la columna del título hace referencia a 250 000 cadáveres apilados en Union Square, en Nueva York, y recubiertos luego con cemento. En las elecciones de 1886, los populistas apoyaron al candidato demócrata William Jennings Bryan, pero su estilo agitador y demagogo no agradaba a Bellamy. La derrota absoluta de Bryan supuso el fin del momento nacionalista.

No obstante, la influencia de Bellamy sobrevivió al movimiento. Entre los socialistas estadounidenses era más conocido que Marx. Eugene Debs, uno de los fundadores del Partido Socialista de Estados Unidos, afirmaba que Bellamy «no solo hizo que el pueblo despertase, también consiguió que muchos avanzasen por el camino del movimiento revolucionario[183]». Beatrice Webb, de la recién creada Sociedad Fabiana británica, barajó la idea de escribir su propia utopía bellamista, *Looking Forward* (Mirando adelante), y la Sociedad le pidió a Bellamy que escribiese la introducción a la edición estadounidense de los *Fabian Essays in Socialism* (Ensayos fabianos sobre pensamiento socialista). También tenía seguidoras en el movimiento

feminista. Frances Willard bromeaba diciendo que quizá Edward era en realidad «Edwardina»: «una mujer de gran corazón y gran cerebro[184]».

Bellamy murió de tuberculosis en 1898, a los cuarenta y ocho años. Su última obra fue la novela de 1897 titulada *Igualdad*, un ejercicio cuidadoso en el que llena las lagunas que dejó *El año 2000*, y responde a las críticas recibidas. Bellamy se esfuerza en respetar la libertad individual, empoderar a las mujeres y aplaudir los valores estadounidenses y defiende que la igualdad económica es «el único compromiso obvio, necesario y adecuado ante los tres derechos básicos: la vida, la libertad y la felicidad[185]». Para muchos de los posteriores admiradores de Bellamy, *Igualdad* es incluso más relevante que *El año 2000*. Su mejor capítulo («La parábola del depósito de agua») se publicó también como un panfleto y vendió cientos de miles de ejemplares en Rusia. Piotr Kropotkin, el anarquista más famoso del mundo, exclamó: «¡Qué pena que Bellamy no viviera más tiempo!»[186].

En términos literarios, *El año 2000* fue como un diente de león, cuyas semillas se dispersaron y florecieron. El formato utópico popularizado por Bellamy resultó ser muy atractivo para los escritores noveles, ya que no requería personajes ricos en términos psicológicos ni tramas dinámicas. Lo único que tenía que hacer el escritor era transportar a un observador atento a otro lugar (ya fuera con un zepelín, por medio de un naufragio, un sueño o un trance), encontrar un guía con mucho tiempo libre y describir una sociedad acorde a sus creencias políticas. Salieron como setas: escritos de pensadores serios y excéntricos obsesivos, pragmáticos aburridos y profetas de ojos desorbitados, soñadores y chiflados, en los que se trataban todas las obsesiones finiseculares, desde el vegetarianismo a la luz eléctrica, la eugenesia o el imperialismo. Solo en Estados Unidos, se publicaron más de ciento cincuenta respuestas a la obra de Bellamy; muchas de ellas eran homenajes o réplicas directas, con títulos como *Looking Forward* (Mirando adelante), *Looking Ahead* (Mirando hacia el futuro), *Looking Further Backward* (Mirando aún más atrás) o *Mr. East's Experiences in Mr. Bellamy's World* (Las experiencias del señor East en el mundo del señor Bellamy). Algunas eran básicamente fanficción que utilizaba a Julian West para sus propios fines. Incluso el mago de Oz es bellamista, a juzgar por la descripción que hace L. Frank Baum de una sociedad igualitaria en *La ciudad esmeralda de Oz*.

Ya en 1890, un escritor de la revista *The Literary World* se quejaba de que «hay tantos libros sobre el siglo XX y el siglo XXI que el tema no tardará en resultar insoportablemente aburrido[187]». Y eso que la moda acababa de

comenzar. Estados Unidos avanzaba frenético hacia el nuevo siglo y los acontecimientos seguían alimentando ideas desenfrenadas. El pánico de 1893 desestabilizó durante cuatro años la economía. La Exposición Mundial celebrada en Chicago ese mismo año subió los ánimos de millones de estadounidenses, al mostrarles novedades del futuro, como el lavavajillas, la cinta transportadora, la cremallera o la noria. El Juramento de Lealtad a la bandera estadounidense, creado por el ministro baptista Francis Bellamy (primo de Edward), se presentó por primera vez en esa Exposición y también allí el conocido historiador del Oeste estadounidense Frederick Jackson Turner declaró: «Ha llegado el fin de la frontera y, con él, se ha cerrado el primer periodo de la historia de Estados Unidos[188]». Serían necesarias nuevas fronteras: sociales, políticas, espirituales, tecnológicas.

Decenas de escritores quisieron definir un futuro dorado que reflejase sus prioridades políticas. William Morris le comentó a un amigo que había concebido su utopía *Noticias de ninguna parte* como «una réplica[189]» al «paraíso *cockney*[190]» de *El año 2000*. Ambientada en el año 2102, la sociedad ideal de Morris es agraria en vez de urbana, anárquica en vez de centralizada y lo que la mueve es el placer, no el deber. Fue un superventas internacional e inspiró el movimiento urbanístico de la Ciudad Jardín de Ebenezer Howard, pero Orwell no se contaba entre sus muchos admiradores, la consideraba «una especie de versión mojigata de la utopía wellsiana. Todo el mundo es bondadoso y razonable, toda la tapicería es de Liberty[191], pero la sensación que nos deja es la de una especie de melancolía desvaída[192]».

Al igual que *Un viaje a Tierra-Libre*, del economista austrohúngaro Theodor Hertzka, y la trilogía sobre la utopía pastoral de Altruria, escrita por William Dean Howells, amigo de Bellamy, *Noticias de ninguna parte* tuvo un buen número de seguidores. Sin embargo, la mayor parte de las novelas pos-Bellamy tuvieron un impacto bastante limitado.

En su libro *The Human Drift* (La humanidad a la deriva), King Camp Gillette, el magnate de las cuchillas de afeitar, trasladaba a toda la población de Estados Unidos a una ciudad gigantesca, Metrópolis, abastecida por las cataratas del Niágara. En un gesto optimista, cada ejemplar del libro incluía un certificado de afiliación al Partido del Pueblo Unido, una organización real de la que nunca se volvió a saber nada. El empresario de Maine Bradford C. Peck escribió *The World a Department Store* (El mundo, unos grandes almacenes) para promover el movimiento cooperativista. Para J. McCullough, autor de *Golf in the Year 2000, or, What We Are Coming To*

(Golf en el año 2000, o hacia dónde nos dirigimos), la utopía consistía en jugar al golf sin interrupciones. Sutton E. Griggs, ministro baptista e hijo de un antiguo esclavo, autopublicó la primera utopía negra, *Imperium in Imperio*, sobre un régimen clandestino y secreto de afroamericanos en Waco (Texas). En las utopías feministas, como *New Amazonia: A Foretaste of the Future* (Nueva Amazonía. Un anticipo del futuro), de Elizabeth Corbett, o la exitosa *Matriarcadia*, publicada en 1915 por Charlotte Perkins Gilman, no había hombres y, por tanto, no había violencia. Este tipo de utopías hacían creer a los lectores que, por desamparados que se sintiesen en la vida real, un cambio radical era posible.

Por supuesto, las utopías de unos eran las antiutopías de los otros. Como escribió Clement Attlee, «todos seríamos muy infelices en los paraísos de los demás[193]». Para el abogado neoyorkino Arthur Dudley Vinton, el futuro imaginado por Bellamy se parecía más al infierno que al cielo. Vinton escribió una secuela llena de prejuicios (titulada *Looking Further Backward* [Mirando aún más atrás]), en la que el nacionalismo y el feminismo han convertido a Estados Unidos en una nación decadente, frívola y emasculada, que China invade sin mayor dificultad; entonces un desilusionado Julian tiene que echar mano del sentido común de la Edad Dorada para luchar contra el peligro amarillo. Jerome K. Jerome, el autor británico de *Tres hombres en una barca*, escribió una réplica mucho más divertida, el relato breve «La nueva utopía», en el que parodia las ideas de Bellamy, así como su prosa.

—¿Por fin lo han conseguido ahora? —pregunta el impávido narrador después de despertarse mil años más tarde—. ¿Son ahora todos iguales y se ha acabado el pecado y la pena y todas esas cosas?

—¡Oh, sí! —replica su guía, inspirado en Leete—. Verá que ahora está todo en orden. […] No se permite a nadie equivocarse ni hacer tonterías[194].

Los ciudadanos de este mundo completamente uniforme de Jerome («un idioma, una ley, una vida»)[195] tienen números en vez de nombres: una broma que acabaría convirtiéndose en un cliché de la ciencia ficción. En la novela de Orwell, a Winston Smith también se le conoce como «6079 Smith W.».

Las utopías conservadoras soñaban con menos regulaciones, sindicatos más débiles, fuerzas militares y policiales más fuertes y más imperialismo: el destino manifiesto pero a lo bestia. John Jacob Astor, uno de los hombres más ricos del mundo, ambientó *A Journey in Other Worlds: A Romance of the Future* (Un viaje a otros mundos: un romance del futuro) en el año 2000, cuando Estados Unidos, tras haber dominado la mitad del planeta, se lanza a

colonizar el Sistema Solar y rebautiza Júpiter como Kentucky. Ahora muchas de estas novelas resultan una lectura horrorosa. En *Sub-Coelum: A Sky Built Human World* (Sub-Coelum: Un mundo humano construido en el cielo], de Addison Peale Russell, se esteriliza a los «inadecuados» y se mete en la cárcel a las mujeres «impuras» por crímenes como tomar bebidas alcohólicas, silbar o hablar mal. En *A. D. 2050: Electrical Development at Atlantis* (2050 d. C. Desarrollo eléctrico en Atlantis), de John Bachelder, los refugiados de la debilitada sociedad nacionalista de Bellamy huyen a la Atlántida y la transforman en un Estado policial protoorwelliano, en el que se vive bajo una vigilancia constante. William Harben concibió un escenario parecido, pero desde una perspectiva de izquierdas, en *The Land of the Changing Sun* (La tierra del sol cambiante): en la sociedad submarina de Alpha un Gobierno de eugenistas utiliza dispositivos televisivos de escaneo para identificar a los disidentes y recurre a la tortura psicológica para acabar con ellos.

En la obra de Bellamy encontramos incluso un precursor de la Oceanía de Orwell. En la novela corta *Dr. Heidenhoff's Process* (El proceso del doctor Heidenhoff), de 1880, el científico que da nombre al título ha descubierto cómo eliminar los recuerdos dolorosos y borrar los sentimientos de culpa: «La memoria es el principio de la degeneración moral. Un pecado que se recuerda es la influencia más diabólica del universo**[196]**». En su relato «To Whom This May Come» (A quien corresponda), de 1889, aparecen unos felices adivinos que consiguen eliminar el crimen y los engaños gracias a la telepatía, al «rasgar el velo del yo y no dejar ni un hueco oscuro en la mente donde se puedan esconder las mentiras**[197]**»; en comparación, los miembros de la Policía del Pensamiento de Orwell parecen unos aficionados.

Si Bellamy no fue consciente de las implicaciones distópicas de la obediencia unánime a un Estado unipartidista eterno, ni de la posibilidad de que su «no yo» eliminase lo que Orwell llamaba «vidapropia», se debe a su fe inquebrantable en la naturaleza humana y el sentido común. El idealista de finales del siglo XIX tenía una forma de pensar absolutamente pretotalitaria. En *1984*, por medio de O'Brien, Orwell critica la ingenuidad de esa generación: «¿Empiezas a ver ahora el mundo que estamos creando? Es justo lo contrario de las bobas utopías hedonistas que imaginaron los antiguos reformistas**[198]**».

Orwell se burló de los escritos utópicos en numerosas ocasiones. Hacia finales de la década de 1940, sin embargo, muestra cierta compasión hacia las visiones de un mundo mejor propuestas en el siglo XIX, por insulsas o ingenuas que fueran. En 1948, en su reseña de *El alma del hombre bajo el*

socialismo, de Oscar Wilde, opina que las previsiones optimistas de Wilde de que la población se vería liberada por la tecnología y por la abolición de la propiedad privada y pasaría a disfrutar de una vida de realización personal bajo la mirada benevolente de un Estado mínimo «hacen harto dolorosa esta lectura[199]». Wilde estaba terriblemente equivocado, o eso pensaba Orwell. A pesar de ello, valora que le recuerde que el socialismo no tiene por qué implicar campos de trabajos forzados, colas de racionamiento y policía secreta. Las utopías del siglo XIX, escribió, «tal vez exijan lo imposible, y tal vez, habida cuenta de que cualquier utopía refleja a la fuerza las ideas estéticas de su época, resulten un tanto "anticuadas" e incluso ridículas, pero al menos […] recuerdan al movimiento socialista su objetivo original, medio postergado, de la hermandad entre los seres humanos[200]».

Orwell había visto demasiado para ser un idealista, pero no podía evitar sentir ternura, y quizá incluso un poco de envidia, hacia esos soñadores que vivieron en épocas más optimistas.

03

Este mundo en el que nos estamos hundiendo

Orwell 1938-1940

«*El futuro, al menos el futuro inmediato, no está del lado del hombre “razonable”.*
El futuro está del lado de los fanáticos».

GEORGE ORWELL, *Time and Tide, 8 de junio de 1940*[201]

El 22 de mayo de 1938, Orwell escribió una carta a su amigo Jack Common para contarle que estaba pensando en empezar su cuarta novela, aunque las circunstancias históricas no fuesen ideales, ni mucho menos. «Tal como están las cosas, si empiezo en agosto me atrevería a decir que la tendré que terminar en el campo de concentración», decía con su característico humor negro[202].

Le escribía desde Preston Hall, un sanatorio en Aylesford (Kent), al que había ido porque dos meses antes había empezado a toser sangre. El querido hermano mayor de Eileen, Laurence O’Shaughnessy, conocido como Eric, uno de los expertos en tuberculosis más destacados de Gran Bretaña, le diagnosticó una lesión en el pulmón izquierdo y le recomendó el sanatorio, donde O’Shaughnessy trabajaba como cirujano. Durante su estancia de tres meses, Orwell recibió visitantes de todos los rincones de su peculiar vida y de todas las clases sociales. Las enfermeras podían oír un día las aflautadas voces de sus amigos literarios, como Richard Rees y Cyril Connolly, y al día siguiente los acentos de clase trabajadora de los camaradas del ILP que había conocido en España. Henry Miller le mandó una amigable carta en la que le recomendaba dejar «de pensar y preocuparte por los patrones externos[203]»; algo así como si Orwell le dijese a Miller que dejase de pensar en sí mismo.

Una vez cada dos semanas, Eileen le visitaba desde su casa en Wallington, donde tenían un caniche gris. «Lo llamamos Marx para acordarnos de que no habíamos leído a Marx —le contó a una amiga con ironía—, y ahora que lo hemos leído un poco le hemos cogido tanta manía que no podemos mirar al perro a la cara[204]». Decía mucho de sus visitantes

si pensaban que el perro se llamaba así en honor a Karl, Groucho o la tienda Marks & Spencer.

Los médicos de Preston Hall recomendaron a Orwell que pasase el invierno en un clima más amable. Gracias a una donación anónima de trescientas libras del novelista L. H. Myers, los Orwell pudieron ir a Marruecos. Llegaron a Marrakech el 11 de septiembre. A pesar de sus esfuerzos por llevar un diario con sus típicas observaciones precisas acerca de las costumbres locales, a Orwell Marruecos le pareció «un país bastante monótono[205]». Era, por tanto, el lugar perfecto para escribir una novela.

Durante aproximadamente dos años, desde que luchó en una guerra hasta que intentó luchar en otra, Orwell fue pacifista. Le parecía que la versión del antifascismo de la clase dirigente británica no era más que «un mal intento de ocultar un imperialismo belicoso[206]». Es más, estaba convencido de que la guerra derivaría «hacia el fascismo[207]» en Inglaterra: «reducción de salarios, supresión de la libertad de expresión, brutalidad en las colonias, etc.»[208]. En esta época a Orwell le gustaba citar el razonamiento de Nietzsche de que quien con monstruos lucha tiene que cuidar de no convertirse en uno[209]. «Al fin y al cabo, el fascismo es un producto del capitalismo y hasta la democracia más amable puede girar hacia el fascismo llegado el caso[210]», le dijo en una carta de 1937 a su amigo Geoffrey Gorer. Lo expresó aún más claramente en una carta a una lectora: «El fascismo y la llamada democracia son tal para cual[211]». Por eso, firmó un manifiesto en contra de la guerra en *The New Leader*, se unió de forma oficial al ILP y continuó escribiendo ensayos violentamente antibélicos hasta julio de 1939. Incluso pensó en organizar actividades ilegales[212]. En 1938, le dijo a Richard Rees y a su agente, Leonard Moore, que estaba escribiendo un panfleto antibelicista titulado «Socialismo y guerra», pero nunca llegó a publicarse, por lo que la expresión pública más evidente del pacifismo de Orwell (y de las razones en las que se sustentaba) es la novela que escribió en Marruecos.

Subir a por aire trata precisamente de lo que Orwell pensaba que impediría que terminase de escribir esa novela. Los Acuerdos de Múnich se firmaron poco después de su llegada a Marruecos, pero eran solo una forma de retrasar lo inevitable. Más tarde, Orwell declaró que desde 1931 había sido consciente «de que el futuro ha de ser catastrófico[213]» y desde 1936, de que Inglaterra se enfrentaría a Alemania. Más tarde, recordaría «la sensación de futilidad, de esperar en una habitación con corrientes de aire a que empiecen los disparos[214]». A Eileen le divertía su pesimismo y escribió una carta a

Marjorie, la hermana de Orwell, contándole sus planes de construir un refugio antiaéreo en Wallington cuando volvieran. «Pero lo del refugio es solo una distracción; sus especialidades son los campos de concentración y el hambre[215]».

Algunos de los amigos de Orwell atribuirían el desaliento de *1984* a su mala salud, pero esa horrible sensación de impotencia individual está presente en todas sus novelas. Orwell era tan despiadado en sus obras de ficción como compasivo en sus piezas periodísticas. Su protagonista típico es un individuo soso y mediocre que no soporta su papel en la sociedad, intenta oponer resistencia o escapar y acaba exactamente donde comenzó, tras haber perdido la esperanza de que una vida mejor es posible. Todas sus tramas presentan la misma circularidad siniestra. En *Los días de Birmania, La hija del clérigo, Que no muera la aspidistra* y *Subir a por aire*, los personajes acaban derrotados, rotos y alienados, sin necesidad de llegar a los extremos de las descargas eléctricas y la habitación 101.

Por ejemplo, en *Los días de Birmania*, de 1934, el comerciante maderero John Flory es un imperialista atormentado, que vive «en un mundo entontecedor y alienante en el que cada palabra y pensamiento son censurados. […] La libertad de expresión resulta impensable[216]». Las mentiras que se cuentan a sí mismos los colonizadores (que su objetivo es mejorar la situación birmana y no explotar sus recursos) acaban por envenenarlos, pero el desacuerdo secreto de Flory le condena a una vida solitaria y estéril: «vivir hacia dentro es algo que desgasta[217]». En *Que no muera la aspidistra* todo es lúgubre, desabrido y gris, excepto cuando se vuelve estridente e infernal. El poema de su protagonista Gordon Comstock (que Orwell ya había publicado con anterioridad en *The Adelphi*) transforma el Londres de la década de 1930 en un esbozo de la Franja Aérea Uno, con sus carteles desgarrados y azotados por el viento, y el perverso poder que «*celoso y atento, él escrupulosamente espía / nuestros pensamientos, sueños e ilusiones, / escucha nuestras palabras, desgarra nuestras ropas / y traza el mapa de nuestros días*[218]». Este tirano es «el altísimo dios dinero», los «sumos sacerdotes[219]» son el Partido y los «millones de esclavos[220]» son los proles. En *1984*, Winston se siente oprimido por los carteles de propaganda; a Comstock, en cambio, le atormentan las vallas publicitarias: su Hermano Mayor es Roland Butta, el personaje que anuncia ese caldo llamado Bovex. El nombre de la agencia de publicidad en la que Comstock «resume un mundo de mentiras en pocas palabras[221]» suena a movimiento fascista: New Albion.

Como escritor de ficción, Orwell tenía una imaginación limitada y un impulso de acumulación. Sus cuatro primeras novelas son como chatarrerías abarrotadas de preocupaciones varias que no sabía dónde meter. En 1946, el escritor Julian Symons le dijo a Orwell que, aunque como biografía encubierta estaba bien, *Subir a por aire* apenas podía considerarse una novela. Orwell no protestó: «Por supuesto, tienes toda la razón sobre el hecho de que mi carácter se mete continuamente en el del narrador —le contestó—. En cualquier caso, no soy un verdadero novelista[222]». Consideraba que *La hija del clérigo* y *Que no muera la aspidistra* eran «unas chapuzas absurdas que nunca debería haber publicado[223]». Si merece la pena leer sus primeras novelas no es por la trama ni por los personajes, sino por la voz: ese vivaz flujo de opiniones, observaciones, anécdotas y chistes; su convincente forma de expresar una visión del mundo; esa sensación de que el escritor se está quitando un peso de encima.

Subir a por aire es a partes iguales nostalgia y miedo, que se intensifican entre sí. El narrador, George Bowling, es un hombre regordete y convencional que vive en las afueras con su familia y trabaja como corredor de seguros. Un día, mientras camina por Londres, tiene una fuerte premonición de que va a comenzar la guerra y decide ir a pescar a Lower Binfield, el idílico hogar de su infancia en el valle del Támesis. Sus evocaciones largas y entusiastas del paraíso rural son precursoras del «País Dorado» de Winston Smith y, al mismo tiempo, reflejan los propios recuerdos de infancia de Orwell, lo que refuerza la broma mordaz de Cyril Connolly de que Orwell era «un revolucionario enamorado de 1910[224]». Pero la nostalgia, que no es necesariamente revolucionaria, parece justificada en este caso. Si en algún momento se ha podido afirmar que el pasado tenía mejor pinta que el futuro, era en 1938. Y los recuerdos tienen su importancia; en *1984* son tanto espada como escudo. Bowling admite que en su juventud la sociedad era más dura y había más desigualdades, «pero también es cierto que en aquellos años la gente tenía algo que no tenemos ahora. ¿Qué era? Simplemente, que no veían el futuro como motivo de temor[225]».

A Bowling le da miedo el mundo que viene, porque de verdad puede verlo. Mientras camina por las calles de Londres «era como si tuviese rayos X en los ojos»: ve las colas para el pan, los carteles de propaganda y las ametralladoras en las ventanas de los dormitorios[226]. Y, peor aún, imagina también la «posguerra»:

> Este mundo en el que nos estamos hundiendo, este mundo de odio, de consignas. Las camisas de colores, el alambre de espino, las porras de goma. Las celdas secretas donde la luz eléctrica brilla día y noche y donde los policías le vigilan a uno mientras duerme. Los desfiles y las pancartas con enormes retratos, y las multitudes de un millón de personas aplaudiendo a su líder hasta llegar a ensordecerse a sí mismas y llegar a creer que realmente le adoran, mientras que interiormente le odian hasta vomitar[227].

Tras este espeluznante presagio de la Franja Aérea Uno, encontramos la misma advertencia que en *1984*: aquí también pueden ocurrir todas esas cosas «que se dice a sí mismo que solo son una pesadilla o que solo pasan en otros países[228]».

Bowling incluso presencia un ensayo general de los Dos Minutos de Odio cuando va a una conferencia del Left Book Club y escucha a un antifascista hablar con eslóganes mecánicos: «Realmente, es horrible tener delante una especie de organillo humano que le lanza a uno un interminable chorro de propaganda. Las mismas cosas una y otra vez. Odio, odio, odio. Unámonos todos y odiemos a fondo[229]». Lo que le da asco a Orwell no es la postura política (él también era antifascista), sino el tono y el lenguaje. Incluso cuando dejó de lado el pacifismo, siguió desconfiando de cualquier retórica brutal. *1984* sorprende desagradablemente al lector cuando O'Brien, un oficial del Partido Interior que se hace pasar por miembro de la clandestina Hermandad, les pregunta a Winston y a su amante, Julia, si están preparados para asesinar, sabotear, poner bombas e incluso «arrojar ácido sulfúrico a la cara de un niño[230]» para vencer al régimen Socing del Hermano Mayor. Sí, responden sin ningún atisbo de duda. Claro que sí. Más tarde, O'Brien le recuerda a Winston ese momento en el que defendía que el fin justifica los medios. El hecho de que la oposición se llame «Hermandad» hace pensar que no son tan diferentes como a Winston le gustaría creer.

La estancia de Bowling en Lower Binfield resulta decepcionante. Su antiguo paraíso de infancia se ha transformado en ruido y cemento. A Bowling le parece que la modernidad es una plaga y su lenguaje establece un vínculo entre democracia y totalitarismo. El «nuevo tipo de hombres de la Europa oriental […] que creen en las consignas y hablan con balas[231]» se ha modernizado, igual que Gran Bretaña[232]. En el vocabulario de Orwell de la década de 1930, la «modernidad» era tan mala como la «higiene», lo «estéril»

o lo «escurridizo». Estamos ante el capitalismo como distopía: «Celuloide, goma, acero cromado por todas partes, arcos voltaicos brillantes toda la noche, techos de vidrio sobre nuestras cabezas, radios tocando todas la misma música, cemento cubriendo la tierra…»[233]. Se parece mucho a una lista que publicó en *Twentieth Century Authors* en la que enumeraba las cosas que más odiaba: «No me gustan las grandes ciudades, el ruido, los automóviles, la radio, la comida enlatada, la calefacción central ni los muebles "modernos[234]"». Los gustos frugales y anticuados de Orwell implicaban que, aunque tenía en alta estima a los hombres corrientes, despreciaba muchas de las cosas que les gustaban a esos hombres corrientes de la década de 1930.

Hay cosas que a Bowling no le importaría ver desaparecer bajo las bombas. De forma parecida, en *Que no muera la aspidistra*, Comstock teme la guerra y al mismo tiempo la desea, como una purga terrible que borrará del mapa los aspectos más sórdidos de la vida moderna: «Los aviones no tardarían en pasar. ¡Zum, pang! Unas cuantas toneladas de dinamita y la civilización se iría al infierno, al lugar que le corresponde[235]». Se trata del mismo instinto apocalíptico y arrogante que llevó a H. G. Wells a fantasear con un devastador ataque marciano a la ciudad de Woking o a John Betjeman a desear que lloviesen bombas sobre Slough: mejor acabar con todo y empezar de cero. A pesar de sus importantes diferencias, las cuatro primeras novelas de Orwell comparten una fuerte sensación de claustrofobia, corrupción y muerte en vida. Por encima de todo ello, planea el límpido olor del miedo.

«Estamos inmersos en él —afirma Bowling—; es nuestro elemento. Todo aquel que no teme perder su trabajo teme a la guerra, al fascismo, al comunismo, a lo que sea[236]».

* * *

El 30 de octubre de 1938, a las ocho de la tarde según el horario de la Costa Este, CBS Radio llevó a cabo sin darse cuenta un estudio a nivel nacional sobre la psicología del miedo. El episodio de Halloween de *The Mercury Theatre on the Air* era una adaptación de la novela de 1898 de H. G. Wells, *La guerra de los mundos*, realizada por el guionista Howard Koch junto a un Orson Welles de tan solo veintitrés años. Orson Welles no tenía intención de engañar a nadie. «Pensábamos de hecho que los oyentes se aburrirían o enfadarían al escuchar una historia tan poco probable», comentó más tarde[237]. Por si acaso la imagen de unas letales naves marcianas aterrizando en Nueva Jersey no era lo suficientemente inverosímil, Welles añadió un

anuncio al inicio y final de cada mitad del programa, de una hora de duración, en el que se clarificaba que era todo ficción. Pero los boletines de emergencia de la primera parte resultaron muy convincentes, sobre todo teniendo en cuenta que, después de lo ocurrido en Múnich, los nervios estaban a flor de piel.

Algunos oyentes sintonizaron *La guerra de los mundos* en el peor momento, pensaron que era real y entraron en pánico. Los periodistas atormentaron a Welles con rumores de fugas y suicidios, que él no se podía creer. Los periódicos, las estaciones de radio y las comisarías se vieron inundados de llamadas para pedir información. Un presentador de radio de Cleveland fue acusado de «esconder la verdad[238]» por decirles a sus oyentes que no había ninguna invasión. Las reacciones fueron tan extremas e inesperadas que la historia generó más de doce mil artículos periodísticos durante las tres semanas siguientes. A Howard Koch también le pasó factura. A la mañana siguiente, mientras paseaba por Manhattan, oyó de pasada una conversación sobre una invasión y asumió que Alemania había declarado la guerra.

En 1940, Hadley Cantril, psicólogo de la Universidad de Princeton, publicó su obra *La invasión desde Marte*. Estudio de la psicología del pánico. Aunque en ella sobreestimó considerablemente el número de personas afectadas, sus intenciones eran sinceras y los casos de estudio que presentó resultan reveladores. Su equipo constató que las personas más propensas a creerse el programa sin verificar otras fuentes eran aquellas muy religiosas, ansiosas o inseguras en términos económicos, puesto que el programa era una confirmación del miedo y la impotencia que ya sentían. Cantril escribió que «la complejidad de la economía y el gobierno modernos, las discrepancias que hay entre las diferentes propuestas económicas y políticas de los distintos "expertos", las amenazas palpables del fascismo y el comunismo, el desempleo prolongado de millones de estadounidenses; todo ello sumado a otras muchas características de la vida moderna crea un ambiente que un individuo medio no es capaz de interpretar[239]». Uno de los entrevistados afirmó que las noticias reales hacían que fuese fácil creer lo imposible porque «muchas de las cosas que oímos son realmente increíbles[240]».

Orwell opinaba que el libro de Cantril ayudaba a entender los métodos totalitarios. Por un lado, el incidente demostraba el poder de la radio a la hora de manipular la opinión pública, aunque no fuera intencionadamente. Las mentiras de los periódicos, escribió, «alcanzan solo cierta magnitud[241]». La revista *Editor & Publisher* advertía que «la nación al completo sigue

enfrentándose al peligro de unas noticias incompletas, malinterpretadas, difundidas por un medio que aún no ha demostrado tener la competencia necesaria para dedicarse al ámbito informativo[242]».

El estudio de Cantril también puso de manifiesto que el público es irracional y no verifica los datos. «La evidente conexión que existe entre la infelicidad personal y la disposición a creer lo increíble es un descubrimiento de sumo interés —escribió Orwell—. Un estado de ánimo similar ha llevado a naciones enteras a arrojarse en los brazos de un Redentor[243]». Por eso mismo resulta irónico que Hitler, el maestro de las grandes mentiras, entendiese lo ocurrido con *La guerra de los mundos* como prueba de la decadencia de la democracia. La columnista Dorothy Thompson opinaba que el incidente era «la demostración perfecta de que el peligro no viene de Marte sino de la escenificación de la demagogia[244]».

Si Welles había engañado a tantas personas sin intentarlo siquiera, ¿qué podría hacer un mentiroso calculador? Ese es el tema central de la obra teatral de Patrick Hamilton *Luz de gas*, estrenada en el teatro Richmond de Londres el 5 de diciembre de 1938. En este melodrama victoriano, con el que Hamilton tuvo mucho éxito, un marido cruel intenta convencer a su mujer, Bella, de que se está volviendo loca para mandarla a un manicomio; para ello modifica la realidad y le hace dudar de sus sentidos. «No es verdad que la razón le esté fallando, señora Manningham, sino que hay alguien que poco a poco, metódicamente, sistemáticamente, está tratando de hacerle perder el juicio», le dice a Bella un detective de la policía[245]. Orwell comparaba a menudo los efectos de la mentira organizada con los de una enfermedad psicológica; por ejemplo, durante la purga comunista, Barcelona era «como estar en un manicomio[246]». En *1984*, Winston lucha para ratificar su cordura mientras O'Brien insiste en que padece «una enfermedad mental[247]». En *La mujer que no podía morir*, unas memorias que relatan los dos años que pasó a manos de la policía secreta de Stalin (una obra que Orwell conocía pero nunca reseñó), la escritora rusa y mujer de diplomático Iulia de Beausobre resume de la siguiente forma el efecto psicológico del cautiverio en un régimen totalitario: «¿De verdad estoy loca? ¿Están locos ellos? ¿Está loco el mundo entero?»[248]. Por supuesto, la desintegración mental era un efecto intencionado.

El término «luz de gas» o *gaslighting* se introdujo más adelante en la literatura clínica y, por último, en el discurso político. Pero ya era tarde para utilizarlo para describir a Hitler y Stalin: dos personas capaces de hacer luz de gas a un país entero.

Orwell y Eileen volvieron a Londres el 30 de marzo de 1939, dos días antes de que el último republicano español se rindiese. Dejaron el manuscrito de *Subir a por aire* con Gollancz, pasaron tres semanas con Laurence O'Shaughnessy en Greenwich y visitaron al padre enfermo de Orwell en Southwold, una pequeña localidad cercana al río Orwell en Suffolk. Richard Blair murió de cáncer en junio, a los ochenta y dos años. Horas antes de su muerte, Avril, la hermana de Orwell, le leyó a su padre una reseña positiva de *Subir a por aire*: murió sabiendo que al final su hijo había conseguido cierto reconocimiento. La pareja volvió a Wallington a esperar a que llegara esa guerra inminente que Orwell sentía como una afrenta personal y una verdadera catástrofe. Se le ocurrían muchas cosas que hacer, entre ellas escribir una saga familiar en tres partes titulada *The Quick and the Dead* (Los vivos y los muertos), y le sacaba de quicio «pensar que tendré que interrumpirlas y marcharme o acabar en un sucio campo de concentración —le dijo a Jack Common—. Eileen y yo hemos decidido que, si hay guerra, lo mejor que podemos hacer es seguir con vida y procurar que prevalezca la cordura**[249]**».

Las obras que Orwell escribió en este periodo dan la impresión de que era un hombre con una urgente necesidad de aclarar la relación entre el fascismo, el comunismo y el capitalismo. Sin duda, él prefería una cuarta opción (el socialismo democrático) pero no parecía que esa fuese una de las opciones. Justo antes de marcharse a España había ridiculizado «la vulgar mentira, tan popular a día de hoy, de que "el comunismo y el fascismo son lo mismo**[250]**"». Pero, al leer *Assignment in Utopia*, se dio cuenta de que el estalinismo, tal como lo describe Lyons, «no parece muy distinto al fascismo**[251]**».

Había una palabra que conseguía explicar por sí sola la desconcertante similitud entre los dos supuestos enemigos. El concepto de totalitarismo fue desarrollado por sus simpatizantes en la Italia de 1920 (Mussolini lo definía como «todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado**[252]**»), pero pasó al inglés solo con sus connotaciones negativas. En 1940, Borkenau escribió *The Totalitarian Enemy* (El enemigo totalitario), un libro en el que presentaba al nazismo y al estalinismo como las dos cabezas de un mismo monstruo: «bolcheviquismo pardo» y «fascismo rojo**[253]**». Esto contradecía radicalmente una teoría anterior, popularizada por John Strachey en su libro de 1932, *The Coming Struggle for Power* (*La inminente lucha por el poder*), que defendía que el fascismo era «la porra de la clase capitalista» y el comunismo, la única defensa posible**[254]**. «Ambos regímenes, tras originarse

en extremos opuestos, están evolucionando a toda velocidad hacia un mismo sistema: una forma de colectivismo oligárquico[255]», escribió Orwell en su reseña del libro de Borkenau, anticipando así el título del libro ficticio de Emmanuel Goldstein en *1984*: Teoría y práctica del colectivismo oligárquico. «El pecado de casi todos los izquierdistas de 1933 en adelante es que han pretendido ser antifascistas sin ser antitotalitarios», escribió más tarde[256].

La historia no bastaba para explicar lo que estaba ocurriendo: era algo completamente nuevo. «Este libro lleva el subtítulo “Vuelta a la Edad Media” y eso es una injusticia para con la Edad Media —escribió Orwell en una reseña de un libro sobre Franco—. En aquella época no había ametralladoras y la Inquisición era una empresa de aficionados. Al fin y al cabo, Torquemada solo mandó a la hoguera a dos mil personas en diez años. En la Rusia o en la Alemania modernas dirían que no se estaba esforzando lo suficiente[257]».

A las once y cuarto de la mañana del 3 de septiembre de 1939, el primer ministro Neville Chamberlain anunció que el Reino Unido declaraba la guerra a Alemania. El primer simulacro de ataque aéreo de Londres se realizó unos minutos más tarde. Los niños fueron evacuados a zonas rurales. Se distribuyeron máscaras de gas. El cielo de Londres se llenó de globos de barrera; las calles, de sacos de arena. Las luces dejaron de encenderse. «Al avanzar a tientas por las calles oscuras —escribió el periodista Malcolm Muggeridge—, se tenía la sensación de que una forma de vida tocaba a su fin, de que su agradable comodidad nunca volvería. […] Qué difícil era visualizar la existencia de algo en el futuro, qué difícil imaginar que algo fuese a perdurar[258]».

Orwell abandonó el pacifismo. Un par de semanas después de que comenzara la guerra, la escritora Ethel Mannin, que seguía siendo pacifista, escribió a Orwell para felicitarle por el mensaje antibelicista de *Subir a por aire*. Cuando él le respondió diciendo que ahora estaba deseando alistarse y contribuir a la causa, ella se sintió «enfadada y perpleja»: «Pensaba que te parecía una locura todo esto de moler a golpes a los nazis», protestó[259].

Lo que le hizo cambiar de opinión fue el estupor ante el pacto nazi-soviético. El 23 de agosto, el ministro nazi de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, fue recibido en el aeropuerto de Moscú con una ondeante esvástica, mientras la banda de música del Ejército Rojo tocaba la «Canción de Horst Wessel», el himno del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Para Orwell, incluso una Inglaterra imperialista era mejor que una alianza totalitaria. Por extraño que parezca, puesto que era un hombre muy racional,

no atribuyó su epifanía al pacto en sí, sino a un sueño que tuvo la noche antes de que se diese la noticia: «Me enseñó dos cosas: en primer lugar, que debería sentirme aliviado cuando la tan temida guerra comenzara; en segundo lugar, que en el fondo yo era patriota, que no sabotearía ni actuaría en contra de mi propio bando, que apoyaría la guerra, que lucharía en ella si era posible[260]». Abandonó el ILP de inmediato y describió el pacifismo como un intento de conciliación e incluso como una postura «objetivamente profascista[261]» (una acusación que luego tacharía de «deshonesta[262]»). «Los intelectuales que afirman ahora que la democracia y el fascismo son la misma cosa me deprimen muchísimo», le dijo a Gollancz[263]. Al parecer ya no eran tal para cual, eso era ya cosa del pasado.

El Gobierno británico había preparado fosas comunes y ataúdes de cartón para las veinte mil bajas que preveía que se producirían a causa de los ataques aéreos masivos. Pero los bombarderos nunca llegaron. Al contrario, el 3 de septiembre marcó el comienzo de ocho meses de «falsa guerra», una «guerra fría», como la denominó Orwell, acuñando un término que volvería a utilizar más tarde con mucho éxito[264]. A Orwell le recordaba mucho a esos meses largos y vacíos que pasó en el frente de Aragón; y odiaba esa sensación de que no pasara nada. Seis meses más tarde, leyó un informe del proyecto de investigación social Mass Observation que decía que, en general, los británicos estaban «aburridos, perplejos y un poco irritados, pero también animados por la idea completamente equivocada de que la victoria iba a ser pan comido[265]».

Eileen aceptó enseguida un trabajo en el Departamento de Censura del Ministerio de Información y se trasladó a Londres; Orwell se quedó en Wallington sintiéndose inútil. Quería luchar en «esta maldita guerra[266]» pero sus pulmones se lo impedían. Apartado en gran medida del periodismo independiente, se pasó la «falsa guerra» contemplando cómo el mundo se lanzaba de cabeza al abismo.

Resulta difícil separar el verdadero alcance del pesimismo de Orwell de su pasión por las hipérboles negativas. «Yo he descubierto que las cosas que están muy fuera de lo corriente acaban casi siempre por fascinarme aunque al mismo tiempo las odie», escribió en *El camino de Wigan Pier*[267]. Desde *Sin blanca en París y Londres* hasta *1984*, su prosa vibra cada vez que se avecina una catástrofe. Por consiguiente, no sorprende que a Orwell le gustase *The Thirties* (Los años treinta), el «brillante y deprimente[268]» libro de Malcolm Muggeridge. Muggeridge, antiguo corresponsal en Moscú de *The Manchester Guardian*, tenía una forma extravagante de construir sus frases y *The Thirties*

es un relato riguroso y ocurrente de una década bochornosa. «Solo se fija en el lado malo, pero no está tan claro que haya un lado bueno —escribió Orwell en su reseña—. ¡Menuda década! Una revuelta sin sentido que se convierte de pronto en una pesadilla, un pintoresco viaje en tren que desemboca en una cámara de tortura[269]».

La obra de Muggeridge está llena de apreciaciones agudas, pero puede que las que más llamen la atención en la actualidad sean las que apuntan a las consecuencias involuntarias de la obsesión de esa década por acumular datos, en forma de documentales, estudios y encuestas. «Esta ansia de datos y la abundante provisión de los mismos viene de la mano (irónicamente, o quizá inevitablemente) de un ansia de fantasía y una abundante provisión de la misma. […] Podemos asumir que hasta ahora las estadísticas nunca habían tenido tanta demanda y nunca se habían falsificado tan profusamente[270]». La obsesión cultural por los datos incentiva la fabricación de información falsa y, por consiguiente, en lugar de fortalecer la verdad, acaba por producir mentiras más fuertes. Es lo que pasó en Rusia y en Alemania y ocurre también en Oceanía, donde Winston Smith se pasa los días reescribiendo ejemplares antiguos de *The Times* para el Departamento de Archivos. En realidad, en el Ministerio de la Verdad los hechos no importan, pero es necesario que se perciban como algo importante, porque unos recuerdos borrosos y poco fiables no son comparables a la «evidencia».

¿Qué debe hacer un escritor en estos tiempos tan difíciles? ¿Cuál es la respuesta decente ante la desgracia obscena de la guerra? Durante esos meses solitarios en Wallington, Orwell buscaba respuestas. En la pieza que da título a su primera colección de ensayos, *En el vientre de la ballena*, no consigue convencerse a sí mismo, ni mucho menos al lector, de que la indiferencia política de Henry Miller sea admirable (más tarde lo rechaza por «quietismo nihilista[271]»); lo que sí queda claro es que prefiere la humanidad ruda del estadounidense y su falta de impostura a «las etiquetas, los eslóganes, las evasiones» de la intelectualidad procomunista. «Las buenas novelas no las escriben los custodios de la ortodoxia ni quienes andan concienciados al máximo de su propia heterodoxia. Las buenas novelas las escriben los que no tienen miedo[272]». La base del ensayo era la desesperanza y un intento de salvar al menos la integridad de las ruinas de la década de 1930. Cuando todas las opciones son malas, cuando el mundo se adentra «en una época […] en la que la libertad de pensamiento será en primera instancia un pecado moral, y después una abstracción desprovista de sentido[273]», lo mínimo que podemos hacer es elegir ser honestos.

No se debe citar «En el vientre de la ballena» sin señalar que Orwell lo escribió en una época de angustia emocional y búsqueda intelectual. Por ejemplo, en él afirma que «la historia literaria de los años treinta parece justificar la opinión de que un escritor hace bien si se mantiene alejado de la política[274]»; una opinión que él ignoró durante el resto de su vida. Le dedicó el segundo ensayo de ese libro a un escritor que se negaba a esconderse dentro de la ballena. Charles Dickens, escribió, se pone «siempre del lado del desvalido y de los débiles frente a los fuertes» y «siempre está predicando un sermón […] pues la única forma de crear es implicándose[275]». Orwell empatiza con él hasta tal punto que el ensayo acaba por convertirse en un torrente introspectivo. Como crítico literario, le interesaban más los individuos y sus ideas que el análisis textual en sí: ¿qué tipo de persona eran Dickens, Shakespeare o Miller, y cómo veían el mundo? El ensayo termina con su famosa descripción del rostro de Dickens, o su rostro tal y como lo imagina Orwell: «Es el rostro de un hombre que siempre está luchando contra algo, pero que lo hace abiertamente y sin miedo, el rostro de un hombre generoso y airado; en otras palabras, un liberal decimonónico, una inteligencia libre, un tipo odiado por igual por todas las malolientes y alicortas ortodoxias que pugnan hoy por dominar nuestras almas[276]». Es el rostro del hombre, y el escritor, que Orwell aspiraba a ser: en muchos sentidos, un hombre desfasado.

Orwell no podía saber que sus comentarios sobre la ubicuidad póstuma de Dickens serían aplicables en el futuro a su persona: «dudo que nadie que haya leído a Dickens pueda pasar más de una semana sin acordarse de él en uno u otro contexto. Tanto si nos gusta como si no, está ahí, como la columna de Nelson[277]». (La columna tiene un gran poder simbólico para Orwell: en *1984* la estatua del almirante Nelson ha sido sustituida por una del Hermano Mayor). En una charla de The Dickens Fellowship que se celebró en Londres en mayo de 1940, Orwell fue más lejos. Según el informe de la fundación, «sentía que para admirar a Dickens no hacía falta conocer en detalle su obra, ya que se trata de uno de los poquísimos escritores que tienen una tradición que se extiende más allá del ámbito de la literatura[278]». En dicha charla, Orwell mencionó un periodo que pasó en Kent en 1931 trabajando con recolectores de lúpulo que lo sabían todo sobre *Oliver Twist* sin necesidad de haber leído la novela. También sabían que Dickens estaba de su lado. Cualquiera que hable de oídas del doblepiensa o del Hermano Mayor es como uno de esos recolectores de lúpulo.

En mayo, el mismo mes en el que Winston Churchill sustituyó a Chamberlain como primer ministro, Orwell se fue con Eileen a Londres y la pareja se alquiló un ático en el número 18 de Dorset Chambers, en Chagford Street, cerca del Regent's Park. Como necesitaba un salario regular, se convirtió a regañadientes en el crítico teatral de la revista *Time and Tide* y su sentimiento de impotencia e irrelevancia se puso de manifiesto la noche del 29 de mayo. Estaba viendo la obra *Portrait of Helen* (Retrato de Helen), de Audrey Lucas, en el teatro Torch para reseñarla cuando, en el intermedio, un acomodador informó de que la Fuerza Expedicionaria Británica estaba siendo evacuada de Dunkerque. El hermano de Eileen se encontraba en esa playa, atendiendo a los heridos. Orwell se pasó el 1 de junio esperando en las estaciones de Victoria y Waterloo, para ver si O'Shaughnessy se encontraba entre los hombres que volvían de la costa, pero fue en vano. No tardaron en enterarse de que había muerto en la playa francesa horas antes de su evacuación. Eileen, que adoraba a su hermano, se quedó angustiada y demacrada. Le dijo a su amiga Lettice Cooper que durante los cuatro años siguientes dejó de importarle si vivía o moría**[279]**.

El 10 de junio, Italia entró en la guerra del lado de Alemania y los rumores sobre una invasión alemana se volvieron habituales. En Berlín, Walter Schellenberg, *Oberführer* de las SS, empezó a recopilar la *Sonderfahndungsliste GB*, una lista de casi tres mil ciudadanos británicos y exiliados europeos que debían ser arrestados tras la ocupación de Gran Bretaña. En la lista, encontrada por soldados británicos en 1945 y apodada «el Libro Negro», estaban H. G. Wells, Aldous Huxley, Franz Borkenau, Kingsley Martin y Victor Gollancz, pero Orwell no aparecía. Que los nazis no le consideraran aún digno de arresto fue una especie de afrenta para él.

«Todo se está desintegrando —escribió Orwell en su diario—. Me duele estar escribiendo reseñas de libros y demás en estos tiempos, e incluso me irrita que se permita semejante pérdida de tiempo. […] Ahora me siento igual que en 1936, cuando los fascistas se aproximaban a Madrid, pero mucho peor**[280]**».

Por lo menos ahora tenía la opción de levantarse en armas, por así decirlo. Presionado por la prensa y la opinión pública, el Gobierno invitó a los hombres que no podían combatir a prepararse para la invasión y alistarse en los Local Defence Volunteers (Voluntarios para la Defensa Local), organización que luego pasaría a llamarse Home Guard (Guardia Nacional). Orwell se alistó el 20 de junio. Como sargento Blair, reclutó a Fredric

Warburg para su destacamento, en el que había varios refugiados europeos. Sirva para ilustrar cómo una crisis nacional une a las diferentes tribus políticas el hecho de que su oficial a cargo fuese un antiguo miembro de los camisas negras de Mosley.

Orwell no temía la invasión, al contrario, deseaba que ocurriera y confiaba temerariamente en la capacidad de Gran Bretaña para repelerla: «De este modo nos libraremos de una vez por todas de la banda que nos ha metido en este lío[281]». Quijotescamente, veía la Home Guard como una verdadera milicia potencial y escribió una carta a *Time and Tide* en la que compartía algunos consejos de lucha callejera que había aprendido en Barcelona y animaba a los ciudadanos a armarse con granadas de mano, escopetas y equipos de radio. A sus lectores debe haberles impresionado leer a su crítico teatral decir: «ARMAD AL PUEBLO[282]» en el mismo número en el que aparecía una reseña suya de la obra de Reginald Beckwith *Boys in Brown* (Chicos de marrón). Sin ser en verdad consciente de ello, cuando caminaba por las calles de Londres, Orwell se dedicaba a observar las ventanas y se preguntaba cuál sería la más apropiada para colocar una ametralladora. Igual que George Bowling con sus rayos X, Orwell veía la calavera escondida detrás del rostro de Londres, lista para ser revelada. Para Warburg, Orwell era «un hombre de hierro, austero, valiente, implacablemente determinado a destruir a sus enemigos sin miedo ni compasión, si se ponían a su alcance[283]». Pero nunca lo hicieron.

El 20 de agosto, Ramón Mercader, un agente catalán del servicio de seguridad soviético NKVD, se hizo pasar por un trotskista francés, consiguió acceder al estudio de Trotski en la Ciudad de México, sacó un piolet de su abrigo y se lo clavó a Trotski en la cabeza. Al día siguiente, el hereje por excelencia murió en el hospital. El titular publicado en *The Daily Worker* decía: «Muere un gánster contrarrevolucionario[284]».

«¿Cómo se las va a arreglar el Estado soviético sin Trotski? —pensó Orwell—. ¡O los comunistas! Lo más probable es que tengan que inventar un sustituto[285]».

* * *

Ese verano, Orwell esbozó un breve catálogo de literatura distópica en un artículo para el periódico semanal de izquierdas *Tribune*. Tomó cuatro novelas escritas entre 1899 y 1932 (*Cuando el dormido despierte*, de H. G. Wells, *The Secret of the League* [El secreto de la liga], de Ernest Bramah, *El*

talón de hierro, de Jack London, *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley), comparó sus profecías con la realidad del fascismo y llegó a la conclusión de que London era el que más se había acercado a dicha realidad. Dos lectores escribieron para sugerir que esas novelas eran en realidad «proyectos culturales» que daban ideas peligrosas a Hitler o Mussolini[286]. Pero a Orwell ese planteamiento no le convencía: «No creo que nadie tenga que temer que al escribir, por ejemplo, sobre un Estado fascista en Gran Bretaña le esté "metiendo ideas en la cabeza" a algún Hitler local. Las ideas llegarán allí por sí solas, mientras la lucha de clases sea una realidad[287]».

Llama la atención que la única novela reciente que Orwell tuvo en consideración fuese *Un mundo feliz*. Como novelista ambicioso que no había alcanzado aún el éxito, Orwell solía tachar a sus colegas bien de irrelevantes, bien de fastidiosamente doctrinarios. Por eso mismo, pasó por alto un montón de obras de ficción especulativa de la izquierda británica. Algunas de las novelas escritas a principios de la década de 1930, como *Between Two Men* (Entre dos hombres), de Frederick le Gros Clark, y *Purple Plague (Peste púrpura)*, del dirigente del ILP, Fenner Brockway, hacían énfasis en el anticapitalismo. (Vale la pena señalar que en *To Tell the Truth* (A decir verdad), una ocurrente sátira de doble filo escrita por Amabel Williams-Ellis, hermana de John Strachey, aparecen unos personajes secundarios llamados Big Brother y Julia). A medida que la década se fue poniendo más negra, empezaron a centrarse en las cepas locales de fascismo, con obras como *London's Burning: A Novel for the Decline and Fall of the Liberal Age* (Londres en llamas. Una novela sobre el declive y caída de la era liberal), de Barbara Wootton, *Minimum Man: or, Time to Be Gone* (El hombre mínimo o la hora de marchar), de Andrew Marvell, e *In the Second Year* (En el segundo año), de Margaret Storm Jameson[288]. «No me costaba imaginar un fascismo inglés —explicó Storm Jameson— que medio escondiese la brutalidad, retorcido y con una vena de virtud moral metodista[289]». Cuando su libro fue acusado de derrotista, la *Left Review* salió en su defensa: «La novela no pretende ser una profecía, sino una advertencia para los liberales[290]».

Ninguna de las novelas mencionadas resulta tan fascinante y convincente como la visión del fascismo estadounidense de Sinclair Lewis en *Eso no puede pasar aquí*. Aun así, no deja de ser sorprendente que hubiera tantas y Orwell ni las mencionase. Tampoco escribió nunca acerca del ejemplo más destacado, *Swastika Night* (La noche de las esvásticas), de Murray Constantine, pero es poco probable que no la conociese, ya que fue publicada por Gollancz en 1937 y el Left Book Club la reeditó tres años más tarde. En

su reseña de ese año de *Mein Kampf*, Orwell describe la visión del nazismo en 2040 como «un horrible imperio descerebrado en el que básicamente nunca pasa nada, solo se adiestra a jóvenes para la guerra y se reproduce carne de cañón[291]». Podría ser una buena sinopsis de la novela de Constantine.

En el «año 720 después de Hitler[292]» el mundo se divide en dos imperios: el alemán y el japonés. El Imperio alemán está muy estratificado: los «caballeros» representan el Partido Interior y los nazis, el Partido Exterior. Por debajo están las mujeres y, aún más abajo, los salvajes que insisten en seguir practicando el cristianismo. La verdad sobre Hitler y la «guerra de los Veinte Años» se ha olvidado gracias a una guerra contra la memoria. Según la Biblia de Hitler (el único libro que puede tener y leer todo el mundo, aparte de los manuales técnicos), Hitler era un dios rubio parecido a Thor, de más de dos metros de altura; el nazismo es su religión.

Décadas más tarde, la académica Daphne Patai descubrió que Murray Constantine era el seudónimo de la escritora feminista Katharine Burdekin. Y no nos sorprende, cuando leemos ahora *Swastika Night*, porque su teocracia misógina hace que la de Gilead, de *El cuento de la criada*, parezca incluso amable. En ella, las mujeres, a las que ni siquiera se considera humanas, solo sirven para procrear y se las puede violar con impunidad. Aun así, el Imperio alemán se ha estancado y se ha vuelto estéril, porque muchos hombres se suicidan y, por alguna extraña razón, no nacen niñas. Al no ser capaces de conquistarse el uno al otro, los alemanes y los japoneses se encuentran atrapados en una especie de paz paralizante que resulta tóxica para dos sociedades basadas en la gloria militar: justo lo opuesto a los superestados en permanente conflicto de *1984*. «No podemos crear nada —se queja el desilusionado caballero Friedrich von Hess—, no podemos inventar nada: crear no es para nosotros, no necesitamos inventar. Somos alemanes. Somos sagrados. Somos perfectos y estamos muertos[293]». En *1984*, Winston esgrime una serie de argumentos con los que defiende que una dictadura no puede perdurar y uno de ellos es, en esencia, el de Von Hess. Una sociedad basada en el miedo, el odio y la crueldad, dice Winston, «carecería de vitalidad. Se desintegraría. Acabaría suicidándose[294]». O'Brien siempre los rebate.

El motor de la narración también guarda relación con *1984*. Von Hess le cuenta al héroe de Burdekin, un ingeniero aeronáutico británico llamado Alfred, un terrible secreto familiar. El libro prohibido, en el que un antepasado suyo escribió la verdadera historia del nazismo, resulta tan desestabilizador como el de Goldstein. E igual que a Winston le altera

encontrar la foto de Jones, Aaronson y Rutherford, a Alfred le afecta profundamente encontrar una foto que muestra que Hitler no era una deidad aria, sino «un sujeto pequeño, moreno, gordito y sonriente[295]» y que, en el pasado, las mujeres tenían seguridad en sí mismas, eran atractivas y plenamente humanas. «Entre la falsificación de la historia y su destrucción no hay ni el ancho del Imperio», dice Von Hess[296]. El movimiento clandestino de resistencia de Burdekin, igual que el de Orwell, se llama la Hermandad.

Aunque no sabemos lo que Orwell pensaba de *Swastika Night*, sabemos que se vio confrontado con al menos una historia sobre el fascismo en Inglaterra. El 24 de agosto de 1940, vio *Take Back Your Freedom* (Recupera la libertad), una obra de teatro que le pareció «de una sensibilidad excepcional[297]». En 1934, Winifred Holtby, escritora feminista y miembro del ILP, empezó a escribir la obra (titulada entonces *Dictator* [Dictador]), pero murió de una enfermedad renal antes de hacer los cambios que le había solicitado el productor teatral; el dramaturgo Norman Ginsbury fue el encargado de terminarla. Tanto Holtby como Ginsbury demostraron conocer bien el atractivo de los demagogos populistas. El personaje principal de la obra, Arnold Clayton, es un ministro joven, listo y carismático, que dimite del Gobierno y funda el Partido Británico de Planificación, cuyo programa se basa en tres pilares: «Acción. Aislamiento. Orden[298]». A Orwell le pareció «un Hitler más caballeroso o un Mosley más inteligente[299]». Clayton consigue una victoria inesperada al movilizar los impulsos irracionales del mismo público que él detesta. «Lo que necesitamos son sentimientos —le dice a su madre—. La razón divide a los hombres en mil partidos, pero la pasión los une[300]». Como dijo Muggeridge sobre Hitler, «muchos de los que racionalmente lo consideraban inadecuado estaban preparados para seguirle cuando pensaban visceralmente[301]». Una vez en el poder, Clayton se vuelve un tirano que llama a filas a los hombres, prohíbe trabajar a las mujeres, se deshace de sus rivales y mete a sus oponentes en campos de concentración.

A Orwell le gustó la obra por la forma en que retrata a Clayton como un «prisionero del poder[302]», que poco a poco sacrifica su integridad al Plan, el Plan al Partido, el Partido a sus amigos y sus amigos a sí mismo. Es probable que también disfrutase del diálogo más orwelliano de la obra. Durante la campaña electoral, cuatro de los Guardias Grises de Clayton (con un gran parecido a la Gestapo) matan a un manifestante judío y él apacigua los ánimos diciendo que los asesinos eran agentes provocadores que trabajaban para el enemigo. Su madre, que al principio le apoya pero está cada vez más horrorizada, tiene sus dudas.

SEÑORA CLAYTON.— ¿Es eso verdad, lo de los «agentes provocadores»?
CLAYTON.— Ya has oído lo que dije.
SEÑORA CLAYTON.— No me has respondido: ¿es verdad?
CLAYTON.— Es necesario. Y, por tanto, será verdad[303].

En los buenos tiempos, a Orwell no le gustaba Londres, pero su vínculo era muy fuerte en los malos. El Blitz comenzó el 7 de septiembre de 1940 y la verdad es que a Orwell le pareció bastante emocionante. Al puritano que en el fondo era le gustaban las adversidades; el socialista disfrutaba de la solidaridad obligatoria; el hombre de acción se emocionaba con el retumbar de las bombas, el cielo en llamas, los globos de barrera rosados por el reflejo de las llamas, el ritmo extrañamente reconfortante del fuego antiaéreo. Cyril Connolly sospechaba que Orwell «se sentía como en casa durante el Blitz, rodeado de bombas, actos de valentía, escombros, cortes de luz, vagabundos y señales cada vez más claras de un creciente espíritu revolucionario[304]».

Durante la evacuación de Dunkerque, Orwell y Connolly fueron a pasear por un parque y se pararon a observar a los londinenses, que jugaban al críquet y empujaban los cochecitos de los bebés como si no pasara nada. «Seguirán así hasta que empiecen a caer las bombas y entonces entrarán en pánico», predijo Connolly[305]. Pero, como señaló Orwell más tarde, no fue así: «continuaron con el ritmo habitual de sus vidas hasta un punto sorprendente[306]». A veces, Orwell caminaba por Londres y lo que veía era una obstinada normalidad; otras veces, en cambio, parecía que la vida se hubiese roto en mil pedazos y los hubiesen vuelto a pegar formando un mosaico absurdo: Oxford Street desierta y brillante por los cristales hechos añicos; un montón de maniquíes de un centro comercial que, desde lejos, parecían una pila de cadáveres; los animales del Zoo de Londres en venta, porque no tenían suficiente comida para alimentarlos; dos chicas aturdidas, con la cara muy sucia, que le preguntaron a Orwell: «Disculpe, señor, ¿podría indicarnos dónde nos encontramos?»[307]. Una ciudad fragmentada. Una mañana, su buena amiga Inez Holden vio un árbol de Regent's Park cubierto de medias y trozos de seda, del que colgaba también un sombrero hongo sin estrenar: eran los coloridos restos de un hotel que había sido bombardeado la noche anterior. Cuando se lo contó a un amigo, que era un pintor surrealista, él le respondió: «Llevamos años pintando este tipo de escena, pero ha tardado un tiempo en llegar de verdad[308]».

En opinión de Orwell, Gran Bretaña necesitaba un cambio radical de otro tipo. Al ver los llamativos anuncios del metro justo después de Dunkerque, se despertó en él una repulsa apocalíptica digna de Comstock: «Cuántas de esas tonterías barrerá la guerra si resistimos hasta el final del verano[309]». Después de haber probado el pacifismo y haber defendido, no sin conflictos, el quietismo, ahora Orwell ardía en el patriotismo revolucionario. En «Mi país, a derechas o a izquierdas», publicado ese otoño, dibuja una imagen melodramática de las luchas callejeras y las milicias socialistas en el hotel Ritz. En sus diarios se aprecia cada vez más su enfado hacia el egoísmo de los ricos, a los que compara con la aristocracia rusa de 1916: «Por lo visto, nada hará entender jamás a esta gente que el otro noventa y nueve por ciento de la población también existe[310]». En dos contribuciones a *The Betrayal of the Left* (La traición de la izquierda), la antología de ensayos críticos que compiló Victor Gollancz para articular su angustia ante el pacto nazi-soviético, Orwell se hizo eco de la vieja consigna del POUM: «No podemos derrotar a Hitler sin pasar por la revolución, ni consolidar nuestra revolución sin derrotar a Hitler[311]».

Orwell amplió esta idea en su excepcional ensayo *El león y el unicornio. El socialismo y el genio de Inglaterra*. En enero, Warburg había presentado a Orwell a Tosco Fyvel, un escritor sionista de origen alemán, para que hablaran de los objetivos de guerra británicos. Fyvel tenía la idea de encargar una serie de folletos «escritos en un lenguaje sencillo, prescindiendo de la jerga política formal del pasado[312]», y publicarlos como «Searchlight Books», los libros que iluminan. Entre los colaboradores estaban Stephen Spender, William Connor (un columnista del periódico *Daily Mirror* conocido como «Cassandra») y el escritor socialista de ciencia ficción Olaf Stapledon. Después de algunas vacilaciones, Orwell también colaboró. *El león y el unicornio* es sin duda producto de un año muy peculiar, pero es su mejor escrito sobre Inglaterra («una tierra donde priman el esnobismo y los privilegios, gobernada en gran medida por los viejos y los tontos» pero «aglutinada por medio de una cadena invisible[313]»). Es también su defensa más fuerte del socialismo: propone la nacionalización de la industria, unos impuestos progresivos, la abolición de la educación privada y la independencia de la India. Imaginar los horrores del Estado de vigilancia de la Franja Aérea Uno hace que Orwell celebre «la privacidad de la vida inglesa. […] Para un oído inglés, el nombre más odioso de todos es el de Nosey Parker (“metomentodo[314]”)». Según Fyvel, este es «el único libro realmente positivo y optimista que escribió[315]». En su línea divertida e irreverente,

Eileen le dijo a una amiga: «George ha escrito un librito. […] En él explica cómo ser socialista sin dejar de ser conservador[316]».

Orwell estaba convencido de que el desastre de Francia suponía un cambio radical, porque mostraba sin tapujos las debilidades del capitalismo. Por primera vez, una forma inglesa de socialismo (sin mítines, sin uniformes, sin sangre en las calles) no solo era posible, sino también necesaria. Como escribió en un texto para *Tribune* en el que instaba a los lectores a unirse a la Home Guard, «estamos en un periodo extraño de la historia en que un revolucionario debe ser un patriota y un patriota debe ser un revolucionario[317]». Se había alejado tanto de la teoría «fascistizante» de *Subir a por aire* que ahora ridiculizaba a esos «intelectuales más blandos» que afirman que para luchar «contra los nazis tendremos que "volvernos nazis[318]"», como si él nunca hubiese dicho algo así. El Orwell pacifista de 1938 había dejado de existir, era ya una nopersona.

Se vendieron más de doce mil ejemplares de *El león y el unicornio* tras su publicación, en febrero de 1941. «Estamos hablando de alguien que nunca había sido muy patriota ni proimperialista y que, de pronto, expone de una forma muy convincente que esta es una guerra que debemos respaldar —recuerda su amigo Jon Kimche, a quien el libro le sirvió de inspiración para dejar el ILP—. Fue un punto de inflexión para muchos, yo entre ellos[319]». Warburg, por otro lado, opinaba que la visión propuesta por Orwell de un radicalismo con sentido común servía para allanar el camino a una victoria de los laboristas en las elecciones de 1945. El tiempo le daría la razón a Orwell y su idea de la guerra como agente de transformación social. Sin embargo, se equivocaba al pensar que la victoria no era posible sin la revolución. Aunque es cierto que él no era el único escritor que sentía un cambio radical en el ambiente. Después de Dunkerque, H. G. Wells, el envejecido coloso de la literatura eduardiana, declaró: «La revolución ha comenzado en Inglaterra[320]».

En esta época en la que intentaban poner en marcha Searchlight Books, Orwell, Fyvel y Warburg peregrinaron a la casa de Wells en Hanover Terrace, cerca de Regent's Park. A sus setenta y cuatro años, Wells era como un león en invierno, pero en su época había sabido transformar el éxito literario en influencia política mejor que nadie, así que parecía el hombre adecuado al que pedir consejo. Pero el trío de Searchlight se encontró a «un hombre quejumbroso y enfermo. Para Orwell y para mí fue como perder a un héroe de infancia», contó Fyvel[321].

04

El mundo de Wells

Orwell y H. G.

«*A principios del siglo XX, la imagen de una sociedad futura increíblemente rica, ociosa, ordenada y eficiente —un mundo antiséptico y reluciente de cristal, acero e impoluto hormigón blanco— era el ideal de casi todas las personas cultivadas*».

GEORGE ORWELL, *1984*[322]

H. G. Wells se alzaba imponente sobre la infancia de Orwell, como un planeta, impresionante, opresivo, imposible de ignorar. Orwell nunca consiguió superarlo. «Dudo que otro que haya escrito libros entre 1900 y 1920, al menos en inglés, haya influido tanto en los jóvenes —escribió en su ensayo de 1941 "Wells, Hitler y el Estado mundial"—. Las mentes de todos nosotros, y por lo tanto el mundo material, serían sensiblemente diferentes si Wells jamás hubiese existido[323]».

En Eton, Orwell compartía con Cyril Connolly un manoseado ejemplar de una colección de historias de Wells (*El país de los ciegos y otros relatos*) y Connolly recuerda que a Orwell le gustaban «los temas terribles, morales y mórbidos[324]» de los relatos. Durante las vacaciones de verano que pasó con la familia Buddicom en Oxfordshire, leyó con entusiasmo *Una utopía moderna*; Jacinth Buddicom recuerda haberle oído decir que era «el tipo de libro que podría escribir él[325]». De hecho, el primer relato que publicó Orwell, cuando aún estaba en Eton, fue «A Peep into the Future» (Un vistazo al futuro), una historia wellsiana sobre un levantamiento contra una especie de teocracia científica[326]. Estuvo a punto de conocer al gran hombre en persona, gracias a los contactos de su tía Nellie, miembro de la Sociedad Fabiana, pero al final no pudo ser. Según Buddicom, «parecía tan decepcionado que me pregunté si volvería a verle sonreír[327]».

Para un joven ambicioso e inquisitivo como Orwell, los libros de Wells eran dinamita intelectual que hacía volar por los aires las puertas del deprimente conformismo de una infancia eduardiana respetable. Wells, cuyos orígenes eran mucho más humildes que los de Orwell, opinaba que un escritor

podía conseguir cualquier cosa con trabajo duro y fuerza de voluntad. Era un grafómano que a lo largo de su vida publicó más de cien obras de ficción, no ficción e híbridos inclasificables, como si quisiera mover el eje de la Tierra solo con el poder de sus palabras. «Tengo que sobrecargarme de trabajo, con todo lo que eso supone en términos de pérdida de elegancia y acabado, para poder realizar mi obra», escribió[328]. Pero su obra nunca se acababa. Conocido como «el hombre que inventó el mañana[329]», Wells predijo los viajes espaciales, los tanques de guerra, los trenes eléctricos, la energía eólica e hidráulica, los documentos de identidad, el gas tóxico, el Eurotúnel y la bomba atómica y popularizó en la ficción la máquina del tiempo, las invasiones marcianas, la invisibilidad y la ingeniería genética. Fue el escritor más fascinante e irritante de su época y estaba presente incluso en la mente de aquellos que no le soportaban. No es exagerado afirmar que el género de la ficción distópica se desarrolló como lo conocemos porque muchos querían demostrar que H. G. Wells estaba equivocado.

Parece que Orwell hubiese leído todo lo que escribió Wells, había algo de Edipo en su empeño en derrocar a ese «hombre increíble[330]» que había sido tan importante en su juventud. De hecho, él mismo llega a preguntarse si sus ataques son «una especie de parricidio[331]». A partir de *El camino de Wigan* Pier, caricaturiza a Wells como el profeta errante cuyos grandes planes para mejorar la humanidad, impulsados por la todopoderosa máquina, eran cuando menos erróneos y, en el peor de los casos, contraproducentes. «El mundo socialista será, ante todo, un mundo *ordenado*, un mundo *práctico* —escribió con desprecio—. Pero es precisamente esta visión del futuro como una especie de reluciente mundo de Wells la que rechazan las personas sensibles[332]». Desde luego, Orwell la rechazaba y esa visión también se ridiculiza en el libro de Goldstein. En su ensayo «En el vientre de la ballena», Orwell le ataca a un nivel más personal, al mofarse de «los “progresistas”, los que dicen que sí, al estilo de Shaw o Wells, siempre dispuestos a dar un salto adelante con tal de aferrarse a la proyección del propio ego, que confunden con el futuro[333]».

No es ninguna sorpresa que Wells conociese a Orwell, porque Wells conocía a mucha gente: varios primeros ministros británicos, cuatro presidentes estadounidenses, dos jefes de Gobierno soviéticos, Henry Ford, Charlie Chaplin, Orson Welles y a casi todos los escritores que Orwell admiraba. Wells tenía unas ganas insaciables de comerse el mundo. Si conseguía riqueza y reconocimiento, quería más. Si una mujer le amaba, necesitaba que le amase otra (por lo menos). Cuando forjaba una amistad,

muchas veces la estiraba hasta que se rompía. En cuanto se unía a un grupo político, estaba deseando desesperadamente salirse de él. Daba igual dónde estuviera, en términos geográficos, intelectuales o emocionales, Wells siempre quería estar en otra parte, de ahí su entusiasmo por las utopías. El valor de la forma, escribió, «reside en ese respeto por la libertad humana, en esa perpetua necesidad de nuestra naturaleza que la mueve a escapar de sí misma, en esa facultad de resistir a la causalidad del pasado y de acometer, persistir y vencer[334]». Esa era la historia de la vida de Wells.

Herbert George Wells, conocido como «Bertie», fue un niño malhumorado y demandante y, en cierto sentido, siguió siendo así hasta su muerte, a la edad de setenta y nueve años. Su descomunal egocentrismo se compensaba con una comprensión aguda, aunque en general retrospectiva, de sus limitaciones y errores.

Nació el 21 de septiembre de 1866 en Bromley, uno de los suburbios londinenses en continuo crecimiento, hijo de una pareja de criados convertidos en pequeños comerciantes. Consideraba a su padre un fracasado y a su madre, una fanática religiosa, y su relación con sus hermanos mayores oscilaba entre «el resentimiento vengativo y la agresión clamorosa[335]». De niño, fantaseaba con grandes batallas en los campos de Kent, en las que él desempeñaba el papel de dictador benévolo capaz de devolver a las masas al buen camino gracias a su sabiduría y fuerza sin igual. En 1934, sorprendentemente, describió a Hitler como nada más que, «hecha realidad, una de esas ensoñaciones de cuando yo tenía trece años[336]». Rechazó los caminos que habían previsto para él (el conformismo religioso y el negocio de los tejidos) y en 1884 consiguió una beca para la escuela de magisterio de ciencias (Normal School of Science) en South Kensington. Fue su primer logro en el arte de escapar de sí mismo.

Estudiar con el biólogo evolucionista Thomas Henry Huxley reforzó su creencia en el potencial de la ciencia para acabar con los males de la humanidad, pero también le hizo consciente de su fragilidad. La lectura de *Progreso y pobreza*, de Henry George, *despertó* su curiosidad hacia el socialismo. En diferentes proporciones, estos dos intereses guiarían su forma de pensar hasta el final de su vida. Gracias a su encanto, humor, energía y fuerte intolerancia hacia la ortodoxia y la mentira, Well se convirtió en la estrella del club de debate. En una conferencia titulada «The Past and Present of the Future Race» (Pasado y presente de la raza futura) exploró algunas de las ideas que aparecerían más tarde en sus novelas. En esa época, también

empezó a escribir historias sobre el futuro. Los buenos resultados académicos, en cambio, no eran uno de sus puntos fuertes y, después de tres años, tuvo que dejar la escuela con una aplastante sensación de miedo y rechazo. «Había hecho prácticamente todo lo necesario para asegurarme el fracaso y la expulsión, pero cuando estos se produjeron me hallaron sin planes y sorprendido[337]».

Wells se hizo profesor. En 1891, se atrevió a meter un pie en el periodismo con su ensayo «The Rediscovery of the Unique» (El redescubrimiento de lo singular), donde describía la ciencia como «una cerilla que el hombre acaba de encender[338]» que, en vez de mostrar una habitación llena de tesoros, dirige la atención hacia la inmensa oscuridad que hay más allá de su exigua llama. La primera edad de la ansiedad afectó tanto a Gran Bretaña como a Estados Unidos. Durante los últimos años del siglo, muchos escritores se sentían abrumados por la idea de la decadencia y el declive. Antes de convertirse en apóstol del progreso, Wells explotó la vena apocalíptica de su imaginación, con mucho éxito.

En 1895, *The New Review* empezó a publicar por entregas la primera novela de Wells, *La máquina del tiempo*, que enseguida tocó una fibra sensible. *The Review of Reviews* declaró que «H. G. Wells es un genio[339]». Durante más de un siglo los escritores habían transportado a sus personajes al futuro por medio del sueño. Tuvo que venir Wells a inventar la máquina del tiempo y, por consiguiente, el concepto de «viajar» en el tiempo. Como afirma James Gleick en su libro *Viajar en el tiempo*, «cuando Wells imaginó una máquina del tiempo en su habitación iluminada por una lámpara de aceite, estaba inventando también una nueva forma de pensar[340]». También su pesimismo era innovador. El crítico Mark Hillegas dijo que *La máquina del tiempo* era «el primer retrato bien ejecutado y coherente en términos creativos que presenta un futuro peor que el presente[341]». El término *wellsiano* se ha convertido en sinónimo de la fe en una utopía científica ordenada, pero las cuatro obras clave de ciencia ficción que escribió entre 1885 y 1898 (*La máquina del tiempo, La isla del doctor Moreau, El hombre invisible* y *La guerra de los mundos*), por no mencionar escritos como «Una historia de los tiempos venideros», son relatos admonitorios sobre el progreso frustrado, el abuso de la ciencia y el castigo de la vanidad. Wells todavía no era wellsiano.

Su carrera de escritor ya estaba en marcha. «Resulta bastante agradable encontrar un lugar en el mundo después de tantos años de esfuerzo y decepción», le dijo a su madre[342]. No tardó en hacer amigos en el mundo de

las letras, muchos de los cuales también sentían esa inseguridad propia de los forasteros. Ese año pasó la Nochevieja en una fiesta espectacular en la casa que tenía el novelista estadounidense Stephen Crane en Sussex, en compañía de Henry James, Joseph Conrad, George Gissing, H. Rider Haggard y Ford Madox Ford. «Enseguida nos dimos cuenta de que estábamos ante un genio —escribió Ford—. Un verdadero genio. […] Y que todo Londres acabaría postrado a sus pies[343]».

Se ha dicho a menudo que Wells fue la respuesta inglesa a Jules Verne, pero ambos escritores rechazaban esa comparación. «Yo me baso en la física —dijo Verne—. Él inventa[344]». Entre otras cosas, Verne, que era mucho mayor, representaba a una generación más optimista. Wells se expresaba en una época en la que todo el mundo era consciente de que estaban ocurriendo enormes cambios, pero nadie sabía si conducirían al cielo o al infierno. La ciencia podía hacer milagros celestiales o monstruosidades indescriptibles. Los grandes hombres podían ser superhombres benévolos o maniacos obsesionados con el poder. El futuro, por medio de la entropía, nos conduciría a un frío vacío negro pero quizá antes podía llevarnos al paraíso. Wells llenaba la cabeza de sus lectores de maravillas: viajeros espaciales, hombres bestia y hombres invisibles; máquinas del tiempo, máquinas voladoras y máquinas mortales; «un mundo de estrellas frías y enfrentamientos entre dinosaurios», como diría Orwell[345].

Wells asimilaba nuevos conocimientos a una gran velocidad. Aprovechaba una nueva teoría o invención, la combinaba con una de las últimas tendencias en ficción (mundos perdidos, dobles identidades, invasiones externas, científicos locos) y lo enraizaba en el mundo real por medio de algún recurso (una máquina, una puerta, un experimento científico) para transportar a su protagonista desde la Inglaterra victoriana a otra época u otro lugar. «Me había dado cuenta de que cuanto más imposible fuese la historia que tuviera que contar, más común había de ser el entorno», escribió[346]. Un día, mientras paseaba en bicicleta por Woking, comenzó a imaginar trípodes marcianos en la campiña de Surrey y así surgió *La guerra de los mundos*; entusiasmado por la idea, decidió utilizar el barrio londinense de South Kensington como escenario de los episodios más atroces.

Las primeras obras de ciencia ficción de Wells son emocionantes porque rebosan ideas y no mensajes. Su imaginación era demasiado grande y contradictoria como para caer en el didactismo. En una reseña de una obra de otro escritor, daba buenos consejos que más tarde olvidaría: «el filósofo que se disfraza de novelista, violando las condiciones del arte para que sus

dogmas ganen fama, se desacredita a sí mismo y su mensaje[347]». Puede que *La guerra de los mundos* sea una crítica implícita del imperialismo, pero no por ello los lectores la disfrutan menos y el único personaje con un plan definido para el futuro es el artillero, un fanfarrón protofascista que quiere crear una nueva sociedad de «gente hábil y de mente despierta[348]». Las esperanzas de Wells eran tan desmesuradas como sus miedos y en sus primeras obras lucha por reconciliar su lógica con sus pesadillas.

Esa discordancia es especialmente intensa en su novela de 1899, *Cuando el dormido despierte*; en ella, por primera vez, la política tiene más importancia que la ciencia. Wells admitió más tarde que, si lo que buscamos es una lectura fascinante, no está a la altura de sus otras novelas. En 1910 la reescribió, pero estaba saturado de trabajo, lo que le llevó a una conclusión apresurada y a arreglar solo algunos de los problemas estructurales. A pesar de ello, fue durante mucho tiempo una de las antiutopías más influyentes. «Cualquiera que haya leído *Cuando el dormido despierte* lo recuerda —escribió Orwell—. Es una visión de un mundo reluciente y siniestro en el que la sociedad se ha transformado en un sistema de castas y los trabajadores están esclavizados para siempre[349]». La misma palabra otra vez, *reluciente*. En *1984*, se usa para describir tanto al Ministerio de la Verdad como al Ministerio del Amor.

Wells se inspiró en Edward Bellamy y nunca trató de esconderlo. Tanto es así que su dormido, Graham, llega a decir que *El año 2000* «había anticipado de un modo tan extraño esta experiencia[350]». Sin embargo, cuando Graham despierta, después de doscientos tres años dormido, no se encuentra en un paraíso socialista. Londres ha crecido hasta convertirse en una megaciudad de 33 millones de almas: una «gigantesca colmena de vidrio[351]» donde los privilegiados se vuelven fofos en las decadentes «Ciudades de Placer» mientras, por debajo de ellos, las masas se matan a trabajar en unas condiciones miserables. Wells dijo que era «nuestro mundo contemporáneo en un estado de distensión altamente inflamado[352]».

La genealogía de *1984* y de toda la ficción distópica comienza aquí. La función de la tecnología es mantener el control. Las masas esclavizadas llevan uniformes azules como los del Partido Exterior de Orwell y las mantiene en su sitio la Policía del Trabajo. Las guarderías estatales son las que crían a los niños. Los libros se queman, la pornografía prolifera y la lengua inglesa ha sido reducida de forma brutal, los medios escritos han sido sustituidos por fonógrafos y «kinotelefotógrafos», la versión wellsiana de la telepantalla de *1984*. En las calles, Máquinas Parlantes escupen propaganda, anuncios y

«exagerados llamamientos[353]» y los hipnotizadores están preparados para «grabar las lecciones de un modo indeleble […] y, a la inversa, podrían borrarse recuerdos penosos, abandonarse viciosos hábitos, desarraigarse deseos irrealizables. Estaba, pues, en uso una especie de cirugía psíquica[354]». El problema de la «pesadilla del capitalismo victorioso[355]» de Wells es que no es una verdadera pesadilla. Según Orwell, «presenta grandes contradicciones debido a que Wells, en su calidad de apóstol del "progreso", no puede escribir con convicción contra el "progreso[356]"».

Mientras Graham duerme, se convierte en «Dueño de la Tierra», un ser increíblemente rico y cuasi divino, gracias al interés compuesto, y sus administradores, el Consejo Blanco, gobiernan el mundo en su nombre. Su despertar no es casualidad, sino parte de un plan para poner en marcha un golpe de Estado organizado por Ostrog, un hombre fuerte, brutal y nietzscheano que desprecia el socialismo y la democracia y los considera unos «perniciosos sueños del siglo XIX[357]». Antes de decidirse a luchar contra Ostrog, Graham tendrá que superar su admiración hacia esos gobernantes crueles y eficaces y sus maravillosos inventos, y desarrollar un sentimiento fraternal hacia la «enorme muchedumbre[358]». Al descubrir que este Estado tecnológico es incompatible con la libertad, Wells parece tan decepcionado como Graham, y describe el levantamiento de su confuso héroe como «el impulso de una pasión incompetente contra la inevitabilidad de los hechos[359]». El autor le concede a Ostrog un monólogo brillante y malvado:

> ¿Cuál cree usted que es la esperanza de la humanidad? Que algún día surja el superhombre y que el débil sea anulado si no eliminado. El mundo no será nunca dominado por los estúpidos, por los débiles. Estos también tienen un hermoso deber que cumplir: morir. ¡La muerte del fracaso! Es el camino que llevó de la bestia al hombre y que llevará al hombre a algo mejor[360].

Pero Ostrog no es más que una torva versión de ese elitista hábil y antidemocrático que Wells valoraría el resto de su vida. El nombre del personaje alude a Moisey Ostrogorsky, un politólogo ruso al que Wells admiraba. Es como si el escritor no consiguiera decidir si Ostrog era un simple y brutal tirano o un visionario con algo de razón.

A medida que se acercaba el nuevo siglo, Wells identificó un nicho de mercado ideal para un hombre capaz de describir el futuro. «A partir de este año —le dijo a su agente en 1899—, soy el hombre del futuro[361]». El mundo

se adentraba en la época del coche a motor, las películas y los aviones; del socialismo, el feminismo y el amor libre (una causa por la que Wells mostraba un activo interés personal); de turbulencias en todos los ámbitos de la vida. «El viejo orden local está roto o a punto de romperse de un extremo a otro de la tierra —escribió en 1905 en *Una utopía moderna*—, en todas partes los hombres bracean en medio del naufragio de sus convicciones[362]». De la misma forma que había articulado los miedos de la década de 1890, ahora quería expresar las grandes esperanzas de la primera década del siglo XX, y la ficción ya no le bastaba.

Wells consideraba que *Anticipations of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress Upon Human Life and Thought* (Anticipaciones de la reacción del progreso mecánico y científico sobre la vida y el pensamiento humanos) era «la pieza clave de la gran bóveda de mi trabajo[363]». A diferencia de sus novelas científicas, iba a ser una obra sin precedentes, «una sobria predicción[364]» basada en las tendencias contemporáneas: una disciplina que él denominaba «ecología humana». Según le dijo a un amigo, las profecías tecnológicas eran solo un cebo: *Anticipations* había sido «diseñada para debilitar y destruir la monarquía, la monogamia, la fe en Dios y en la respetabilidad, así como el Imperio británico, todo ello simulando ser una especulación sobre vehículos a motor y calefacción eléctrica[365]».

Wells creía firmemente que el progreso científico era incompatible con las estructuras sociales y políticas existentes. Por tanto, la esperanza de la humanidad dependía de un Estado Mundial único gobernado por una élite meritocrática. En *Anticipations* este grupo gobernante se llama la Nueva República, en honor a Platón; más tarde, lo llamó los Samuráis y luego, la Conspiración Abierta. Aunque la idea fundamental se mantenía intacta, Wells iba cambiando de opinión sobre quiénes debían formar parte de dicha élite, cómo debían reorganizar la sociedad y sobre si era posible confiar en que no abusarían de su poder. Joseph Conrad identificó enseguida el principal punto débil de Wells: «En términos generales, opino que el problema principal es que no le da la suficiente importancia a la imbecilidad humana, que es pérfida y traicionera[366]». Wells admite que la irracionalidad existe, pero cree en la capacidad de los grandes hombres para conquistarla y, en última instancia, erradicarla.

La visión de Wells era impresionante (su predicción de tres «coalescencias» multinacionales para el año 2000 anticipa la Oceanía, Eurasia y Esteasia de Orwell), pero estaba convencido de que el principal obstáculo para alcanzar el progreso era la superpoblación, lo que le llevó a un grave

equívoco en el capítulo final, que parece una horrible colaboración entre Malthus, Ostrog y el artillero. Su forma de solucionar el problema de las poblaciones «inferiores», a las que denomina «los pueblos del abismo», es en esencia genocida: «Bueno, el mundo es el mundo, no una institución benéfica, y supongo que tendrán que marchar[367]». La idea de que la Nueva República contaría con «un ideal por el que valdría la pena la matanza[368]» desató las críticas de los lectores, entre los que se encontraban G. K. Chesterton y Arthur Conan Doyle. A raíz de ello, Wells se esforzó por enmendar sus posteriores diseños del futuro. Aun así, para Wells, la humanidad nunca dejó de ser un caos que había que ordenar.

A pesar de su brutal conclusión, *Anticipations* tuvo mucho éxito cuando se publicó, en 1901. De pronto, la consideración que Gran Bretaña tenía del intelecto de Wells era tan alta como la que él tenía de sí mismo. Cuando el crítico y novelista Arnold Bennett, uno de sus mejores amigos, le escribió para decirle que era «uno de los hombres vivos más notables» o un embustero increíble, Wells le respondió: «No hay embuste ninguno. Realmente soy extraordinario[369]». El libro transformó a un novelista famoso en un respetado intelectual público y le abrió las puertas de la flor y nata de la sociedad. Se unió a la Sociedad Fabiana y al club de los Coefficients, un grupo informal de políticos y filósofos. Beatrice Webb, miembro destacado de ambos grupos, opinaba que su presencia era al mismo tiempo enervante y refrescante, por su determinación de acabar con el pensamiento ortodoxo y convertirse en «un explorador de un nuevo mundo[370]».

Aunque *Anticipations* consolidó la reputación de Wells como profeta, le perjudicó como escritor de novelas científicas. Al querer hacer propaganda de un mundo mejor, perdió esa ambivalencia mordaz que hacía que sus primeras historias resultasen tan atractivas, y se fue volviendo cada vez más pedagógico y frío. A lo largo de esa década, exploró varias rutas fantásticas hacia la utopía en *El alimento de los dioses y cómo llegó a la Tierra,* In the Days of the Comet *(Los días del cometa),* The War in the Air *(La guerra en el aire) y* El mundo se liberta *(Una historia de la humanidad),* donde predijo la bomba atómica treinta y dos años antes de que se inventase. «¡Que el cielo nos defienda de sus utopías! —clamaba el crítico de *The Nation*—. Pero nos encantan sus explosiones[371]».

Wells estaba especialmente orgulloso de *Una utopía moderna*, en la que dos hombres que hacen senderismo por los Alpes se encuentran con un universo paralelo gobernado por los Samuráis, un grupo puritano de «nobles voluntarios[372]». El libro es, a cierto nivel, un debate con todos los utópicos:

de Moro a Bacon, de Bellamy a Morris, en el que se riza el rizo de sus «leyes imaginarias adaptadas a personas inverosímiles[373]». Wells buscaba reintroducir la libertad, el individualismo, la privacidad y la diversión en un género conocido por su perfección «extraña e inhumana[374]» y sustituir su tediosa serenidad con un cambio dinámico: buscaba una utopía «cinética», en lugar de una «estática». La novela supone un avance respecto a *Anticipations*, ya que introduce la igualdad de género y raza y recurre a formas más suaves de control poblacional. El universo paralelo concebido por Wells (agradablemente eficiente, «como un motor bien lubricado al lado de una pila de chatarra»)[375] no es un mundo perfecto, solo un mundo mejor. «Habrá un gran número de utopías —concluye—. Cada generación se fabricará una versión nueva de la Utopía, un poco más completa, cierta y real cada vez[376]».

De adolescente, a Orwell le fascinaba *Una utopía moderna*, pero nadie lo habría adivinado al leer lo que escribió más tarde sobre Wells. «Todos queremos abolir las cosas que Wells quiere abolir —escribió en 1943—. Pero ¿hay alguien que de verdad quiera vivir en una utopía wellsiana? Por el contrario, no vivir en un mundo como ese, no despertarse en una zona residencial higiénica, ajardinada y plagada de institutrices desnudas, se ha convertido de hecho en un propósito político consciente[377]». Hitler, en su opinión, era prueba de ello. En vez de paz y placer, el *Führer* le prometió al pueblo alemán «lucha, peligro y muerte[378]» y el pueblo se lo tragó.

Algunos coetáneos de Wells también acabaron frustrados con sus utopías. Joseph Conrad se distanció de él en esta época y dijo: «Hay una diferencia fundamental entre tú y yo, Wells. No te interesa lo más mínimo la humanidad, pero crees que debe mejorarse. ¡Yo amo a la humanidad y sé que no es así!»[379]. Clement Attlee afirmó que Wells era el típico reformista científico, «cuyo peor pecado […] es su incapacidad para hacer concesiones a la idiosincrasia del individuo[380]».

E. M. Forster, por su parte, sintió la necesidad de responder con un relato. En 1909, entre *Una habitación con vistas* y *Howards End*, Forster publicó «The Machine Stops» (La máquina se detiene), una brillante «réplica a uno de los cielos de H. G. Wells[381]». El siglo XX le aterrorizaba, escribió en su diario: «La ciencia, en vez de liberar al hombre […] lo convierte en un esclavo de las máquinas. […] ¡Dios, qué futuro nos espera! Las casitas a las que estoy acostumbrado desaparecerán, los campos apestarán a gasolina y los zepelines harán añicos las estrellas[382]».

Al ser un completo novato en el ámbito de la ciencia ficción, Forster tomó casi todas sus ideas futuristas de libros como *Una utopía moderna, Cuando el dormido despierte* y *Los primeros hombres en la Luna*, pero volvió la imaginación de Wells en su contra. Los ciudadanos del Estado subterráneo de Forster viven en un capullo de alta tecnología, donde la Máquina sagrada les hace llegar todo lo que necesitan (luz, aire, comida, agua, música, compañía). Débiles y pálidos debido a la inactividad, pueden dar conferencias y hablar mediante vídeo con sus «varios miles» de amigos[383] repartidos por todo el mundo: una premonición de YouTube, Skype y Facebook. Sigue habiendo aeronaves, pero pocas personas las usan porque la Máquina ha conseguido que todos los lugares sean iguales: «¿Qué sentido tiene ir a Pekín si es exactamente igual que Shrewsbury?»[384]. Cuanto más poderosa se vuelve la Máquina, más gente depende de ella; cuanto más dependen de ella, más poderosa se vuelve. La tecnología es despótica. «Progreso había pasado a significar el progreso de la Máquina[385]».

Al final, por algún motivo desconocido, la Máquina empieza a fallar, pero las personas están demasiado esclavizadas para protestar. Aceptan bañarse en agua maloliente y comer frutas artificiales podridas hasta el último día, cuando la civilización colapsa. La fábula de Forster sobre la adicción a la tecnología presenta una idea sorprendentemente protoorwelliana. En una sociedad en la que los «hechos terrenales» se consideran execrables, la historia se reescribe *ad infinitum* hasta alcanzar la perfección, gracias a esa generación «completamente gris que no verá la Revolución francesa como ocurrió, ni como les habría gustado que ocurriese, sino como habría ocurrido de haber tenido lugar en la era de la Máquina[386]».

El hecho de que se escribiese un contraargumento tan elaborado es prueba del impacto cultural de Wells. *Una utopía moderna* le dio la suficiente confianza para intentar dar un golpe maestro y transformar la Sociedad Fabiana, que solía defender cambios graduales, en la orden revolucionaria de los Samuráis: fue una «campaña confusa, tediosa, mal concebida e ineficaz» que él mismo consideraría el episodio más vergonzoso de toda su carrera[387]. Si hay algo que Wells nunca aprendió fue a trabajar con otros. En palabras de Webb, «no tiene ni la paciencia ni los buenos modales necesarios para un esfuerzo cooperativo y en este momento su arrogancia probablemente lo incapacita para ello[388]». Igual que Bellamy y Orwell, Wells no aceptaba la versión predominante del socialismo (consideraba que el marxismo «es una debilitadora epidemia mental de rencor[389]»). Por eso, tenía que diseñar su propio «plan para la reconstrucción de la vida humana, para convertir el

desorden en orden, para crear un Estado en el que la humanidad viva de una forma más audaz y bella de lo que podemos imaginar en el presente[390]».

La arrogancia y la impaciencia de Wells sirvieron para inmunizarle contra los virus del fascismo y el comunismo que infectaron a tantos coetáneos suyos en el periodo de entreguerras. Ninguna ideología externa podía competir con los maravillosos planes que tenía en la cabeza.

* * *

Es habitual preguntarse cuál habría sido la reputación de Orwell de haber vivido más de cuarenta y seis años, pero resulta igual de interesante plantearse qué habría pasado si Wells no hubiese vivido tanto tiempo. Según Orwell, «muchos escritores, quizá la mayoría, simplemente deberían dejar de escribir al alcanzar cierta edad. Por desgracia, nuestra sociedad no les permite parar[391]». Pensaba que incluso los mejores escritores solo tienen quince años brillantes y utilizaba la carrera de Wells como ejemplo de ello. Entre *La máquina del tiempo,* de 1895, y *Cuando el dormido despierte,* de 1910, Wells escribió todas las obras que han pasado a la posteridad: las novelas científicas, las utopías más convincentes, las novelas cómicas sobre la frustración de la clase media, como *Kipps* y *La historia del señor Polly*, y el libro que él consideraba su obra maestra: *Tono-Bungay*[392]. Si Wells hubiese vivido lo mismo que Orwell, habría muerto el 19 de abril de 1913, con una reputación impecable. Pero tuvo otros treinta y tres años para equivocarse.

Wells predijo las guerras mundiales, una de ellas iniciada por Alemania, tanto en *The War in the Air* (La guerra en el aire), como en *El mundo se liberta*. Por ejemplo, cuando Ford Madox Ford se alistó y llegó al Frente Occidental, no le impresionó demasiado: Wells ya le había avisado de lo que encontraría. No obstante, en el fondo, Wells no creía que los Gobiernos pudiesen ser tan imbéciles como para dejar que la situación llegara hasta ese punto. Cuando demostraron que sí lo eran, no era capaz de aceptar que la humanidad no recobrase el juicio después de un desastre de esa magnitud. La noche del 4 de agosto de 1914, el día en que Gran Bretaña le declaró la guerra a Alemania, se sentó a escribir un ensayo con un título por desgracia memorable: «The War That Will End War» (La guerra que va a acabar con las guerras).

El conflicto hizo que Wells se viniera abajo, en el plano físico (se le empezó a caer el pelo) y en el mental. «La vuelta a una total cordura tardó en llegar unos dos años», escribió[393]. Se volvió violento y belicoso, hasta el punto de que algunos de sus amigos pacifistas nunca se lo perdonaron. Luego

ofendió también a sus amigos laicos al vivir un corto periodo de conversión religiosa. Se vanagloriaba de haber inventado el tanque de guerra en su relato de 1903 «The Land Ironclads» (Los acorazados terrestres) —hasta que el hombre que lo había inventado le demandó— y le ofendía que el Ejército no quisiera aprovechar al máximo su genialidad. En 1918, lord Northcliffe, dueño del *Daily Mail* y recién elegido director de Propaganda, hizo que Wells se uniese al esfuerzo bélico: le contrató para escribir periódicos falsos que se lanzarían sobre los soldados alemanes para minar su moral. Solo aguantó unas semanas.

Wells era capaz de imaginar las máquinas del futuro, pero no su interacción con la naturaleza humana. Por ejemplo, estaba seguro de que nadie querría participar en una guerra aérea, en la que se ataca sin distinción a civiles y combatientes; pero, en realidad, las naciones demostraron sentirse muy cómodas masacrando inocentes desde las alturas. Entonces pensó que una guerra tan devastadora sin duda provocaría una «ola de sensatez[394]» que acabaría con el militarismo, el imperialismo y la aristocracia y daría lugar a una confederación mundial de Estados socialistas. Por eso, se lanzó de lleno en los brazos del movimiento que buscaba instaurar una Sociedad de Naciones de posguerra, pero, como de costumbre, no pudo soportar lo limitada que resultaba su visión. Una vez más, se sentía como un gigante rodeado de enanos, pero ahora era consciente también de que su poder y reputación estaban disminuyendo. En un ensayo devastador titulado «The Late Mr. Wells» (El difunto señor Wells), el crítico H. L. Mencken concluyó que Wells «sufre un delirio mesiánico y, cuando un hombre sufre un delirio mesiánico, tiene los días contados como artista serio[395]».

La guerra lo cambió todo. Orwell recordaría más tarde que en 1918 «se daba, entre los jóvenes, un curioso odio hacia “los viejos”. Se achacaba al dominio de “los viejos” la responsabilidad de todos los males sufridos por la humanidad[396]». A sus cincuenta y dos años, Wells se podía considerar «viejo». «Mi auge ha llegado a su fin —le dijo a Arnold Bennett—. He estado en lo más alto. Soy el ayer[397]».

No obstante, Wells siempre creyó que podía empezar de nuevo y decidió dejar atrás el hedor de la posguerra escribiendo nada más y nada menos que la historia completa de la raza humana. Lo que le falta de rigor histórico a su épico *Esquema de la historia universal*, de 1920, se compensa con una energía que, como dijo Winston Churchill, empuja al lector desde «las nebulosas a la Tercera Internacional[398]». Para Wells la historia era rítmica, cíclica. Las naciones crecían gracias a la energía creativa de un grupo al estilo

de los Samuráis, se estancaban debido a una burocracia opresiva y, por último, sucumbían a los bárbaros. Wells creía que en ese momento el mundo estaba metido hasta el fondo en la segunda fase y era necesaria una nueva generación de Samuráis para comenzar de nuevo.

Su *Esquema* vendió dos millones de ejemplares solo en Gran Bretaña y Estados Unidos. Con la cuenta bancaria y el ego recuperados, Wells se sentía preparado para comerse el mundo una vez más. Aceptó una invitación del novelista ruso Maksim Gorki, al que había conocido en Nueva York en 1906, para visitar la Rusia posrevolucionaria, un viaje que incluía un encuentro con el propio Lenin. Para su sorpresa, Lenin le pareció un «hombrecillo increíble» con un pragmatismo «muy innovador» para ser marxista[399]. Pero la admiración no fue mutua. Según Trotski, el líder ruso resopló: «¡Menudo pequeño burgués corto de miras! ¡Uf! ¡Vaya ignorante!»[400].

Pero el éxito de *Esquema de la historia universal* no consiguió mitigar la horrible sensación de estar perdiendo el tiempo y malgastando su talento. Metió de nuevo un pie en política (se unió al Partido Laborista y se presentó dos veces al Parlamento, sin éxito), pero eso tampoco alivió su insatisfacción. Su vida amorosa era insostenible: como no era capaz de elegir entre su abnegada esposa, Jane, y Rebecca West, que llevaba muchos años siendo su amante, esta última decidió romper su relación en 1923. En un viaje a Ginebra, Wells se enamoró de una escritora llamada Odette Keun y empezó a pasar periodos con ella en la Riviera francesa, incluso cuando Jane se estaba muriendo de cáncer. Su archienemigo, el aburrimiento, había sido derrotado de nuevo.

No obstante, el tedio era un problema cada vez mayor para sus lectores, sobre todo desde que Wells se obsesionó con la última encarnación de su heroica élite: la Conspiración Abierta. En *Men like Gods* (Hombres como dioses), un periodista estresado rejuvenece al entrar en un universo paralelo perfecto, en el que el Estado ha desaparecido. Vuelve a la década de 1920 decidido a «no descansar hasta que la vieja Tierra sea una ciudad en la que se instale la utopía[401]». En *The Dream* (El sueño), un científico del año 4000 sueña la vida entera de un hombre corriente en el «mundo atenazado por el miedo» de principios del siglo XX[402]. Wells seguía decidido a contar sus sueños (un empeño siempre arriesgado), aunque los lectores preferían sus pesadillas.

En *El camino de Wigan* Pier, Orwell se posiciona en contra de *The Dream* y *Men like Gods*. Era de la opinión de que, al eliminar el dolor y el peligro, las utopías cómodas e infalibles de Wells subestimaban muchas de las

cualidades humanas que el propio Wells admiraba. Para Wells, eran los líderes los que determinaban si las máquinas se usaban para liberar o esclavizar, para crear o destruir. Igual que Forster, Orwell pensaba que Wells no era capaz de aceptar que la propia máquina podía ser el problema: «un enorme y reluciente vehículo que nos conduce a gran velocidad no sabemos a dónde, pero probablemente al mundo acolchado de Wells y al cerebro en la botella[403]». En el mismo capítulo, Orwell elogia *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, por ser «un memorable ataque al más burdo tipo de perfeccionismo. Dejando aparte las exageraciones de la caricatura, expresa probablemente lo que la mayoría de la gente culta opina acerca de la sociedad industrial[404]».

Wells tenía una relación complicada con la familia Huxley: Thomas le había cambiado la vida; el nieto de Thomas, Julian, le había ayudado a escribir en 1929 el manual de biología *La ciencia de la vida*; y el hermano de Julian, Aldous, se burlaba ahora de sus utopías. Décadas más tarde, Huxley dijo en *The Paris Review* que *Un mundo feliz* «surgió como una parodia de *Men like Gods*, de H. G. Wells, pero poco a poco se me fue de las manos y se volvió algo muy alejado de mi intención original[405]».

Un mundo feliz y *1984* son unos extraños gemelos literarios. La mayor parte de los lectores los descubre en la misma época, en una especie de dos por uno de distopías clásicas, y suelen considerarse profecías rivales como si en el mismo momento ambos autores hubiesen recibido el encargo de predecir el futuro y ahora tuviésemos que valorar cuál de los dos lo hizo mejor. ¿El placer o el castigo? ¿El sexo o la muerte? ¿Una dosis de soma o una bota en el rostro? ¿Quién acertó?

Más tarde, Huxley intentó hacer pasar *Un mundo feliz* por una profecía seria, y se aseguró de informar de ello a Orwell: «Siento que la pesadilla de *1984* está destinada a transformarse en la pesadilla de un mundo que se parece cada vez más al que imaginé en *Un mundo feliz*[406]». Pero, en realidad, buscaba ser una sátira, al estilo de Swift. Lo desvela en una carta que escribió desde Francia en el verano de 1931, mientras trabajaba en la novela: «Estoy escribiendo una novela sobre el futuro, sobre el horror de la utopía wellsiana y un levantamiento contra ella. Muy difícil. Apenas tengo imaginación para tratar un tema así[407]». Así que recurrió a la imaginación de otro. *Un mundo feliz* está repleto de las ideas de Wells, presentadas de una forma ridícula o siniestra. Huxley ya se había burlado de los planes de Wells en *Crome Yellow* y *Contrapunto*, en privado le describía como «un hombrecillo bastante antipático y vulgar[408]» y había escrito una serie de ensayos que mostraban

preocupación por el progreso tecnológico. «Los hombres ya no se divierten de forma creativa, al contrario, se sientan y unos artilugios mecánicos los divierten de forma pasiva», se queja en «Spinoza’s Worm» (El gusano de Spinoza[409]). El epígrafe de *Un mundo feliz* es una cita del filósofo ruso Nicolas Berdiaeff: «Les utopies apparaissent comme bien plus réalisables qu’on le croyait autrefois. Et nous nous trouvons actuellement devant une question bien autrement angoissante: Comment éviter leur réalisation définitive…?» (Las utopías parecen más realizables de lo que habíamos supuesto. Y nos encontramos ahora ante una cuestión muy angustiosa: ¿cómo evitar su realización definitiva?).[410]

Huxley escribía desde un mundo distinto al de Orwell. Aunque Mussolini y Stalin ya habían llegado al poder, la era totalitaria aún estaba en pañales. Y Huxley tenía la cabeza en otra parte, no en Europa. En 1926, navegó desde Asia a California y se pasó unas semanas avivando el fuego de su esnobismo mientras exploraba la escena estadounidense en el momento álgido de la era del *jazz*. En el barco, encontró un ejemplar de *My Life and Work* (Mi vida y obra), de Henry Ford, que utilizó como base para la religión mecánica de *Un mundo feliz*: el fordismo. Tenía pensado volver a Estados Unidos algún día, solo «para conocer lo peor, porque es necesario de vez en cuando[411]».

El Estado Mundial de Huxley (que es en sí mismo una pulla descarada a Wells) no se mantiene por medio de porras y látigos, sino de drogas, hipnotismo, entretenimiento y un sistema de castas basado en la ingeniería genética, que va desde la élite alfa-más hasta los trabajadores épsilon-menos. Con sus rascacielos, cremalleras, chicles, «sexófonos» y «feelies» (cines que proporcionaban experiencias audiovisuales, como una versión táctil de las películas), la novela toma mucho de los viajes de Huxley por Estados Unidos, de Los Ángeles como «ciudad de espantosa alegría[412]». Huxley acabaría pasando los últimos veintiséis años de su vida en California, pero su primera impresión fue muy mala: «Todo es ruido y movimiento, como agua que se va por el desagüe[413]». En la novela no se burla solo de Estados Unidos, se burla también de Freud, Keynes y, con su imaginada «Reserva Salvaje», del primitivismo de su difunto amigo D. H. Lawrence. Al invocar en nombre de sus personajes a famosos industriales, marxistas, ateos, científicos, psiquiatras y políticos, Huxley da a entender que todos los grandes hombres y todos los grandes movimientos iban en la misma dirección, una dirección terrible.

El libro se complica aún más por el hecho de que Huxley se sentía atraído por algunas de las ideas que parodia. Al igual que a su hermano Julian, le fascinaba la eugenesia, y la crisis económica que devastó Gran Bretaña

mientras estaba escribiendo la novela le llevó a pensar que quizá valía la pena perder ciertas libertades a cambio de conservar el orden. Como dice Mustafá Mond, interventor mundial de Europa Occidental: «¿De qué sirven la verdad, la belleza o el conocimiento cuando las bombas de ántrax llueven del cielo?»[414].

Orwell admiraba hasta cierto punto *Un mundo feliz*. Tenía buenos recuerdos de cuando Huxley fue su profesor en Eton, en 1918; un compañero aseguraba que Huxley le dio a Orwell «el gusto por las palabras y por su uso preciso y apropiado[415]». Pero a alguien como él, que temía el dolor y recelaba del placer, no le convencía esa tiranía de la satisfacción que se expone en *Un mundo feliz*. «No hay hambre de poder, ni sadismo, ni ninguna clase de dureza —se quejaba en 1946—. Los que están arriba no tienen ningún motivo poderoso para estar arriba, y, aunque todo el mundo es feliz de una manera vacía, la vida se ha hecho tan insustancial que es difícil que tal sociedad pueda mantenerse[416]». En la distopía de Orwell no hay ni libertad, ni felicidad. Nada reluce. Por eso mismo, ambos escritores pensaban que la versión del futuro del otro resultaba inverosímil. Las similitudes son insignificantes, las diferencias, profundas, pero ambos libros coinciden en un aspecto: la condición de los proles.

La descripción que hace Orwell de los proles es el elemento menos convincente de *1984*. No es muy creíble que un régimen obsesionado con el control absoluto permita que el ochenta y cinco por ciento de la población viva fuera del alcance de la Policía del Pensamiento y las telepantallas, ni que los proles sean inmunes al doblepiensa. Como demostraron Rusia y Alemania, el totalitarismo no es posible sin el apoyo de las masas. Lo que hace Orwell es ridiculizar dos sistemas políticos incompatibles: el funcionamiento del Partido representa el totalitarismo; el mundo de los proles es una caricatura de un capitalismo que, aunque más desaliñado, funciona de forma similar a la sociedad de *Un mundo feliz*.

En *El camino de Wigan* Pier, Orwell descartó la teoría del «pan y circo», según la cual el Gobierno británico estaba anestesiando deliberadamente a las masas con comida barata, entretenimiento y bienes de consumo. Si eso ocurría, era, en su opinión, debido a «la interacción natural entre la necesidad de un mercado para los fabricantes y la necesidad de paliativos baratos para la gente empobrecida[417]». Sin embargo, en *1984* sí se trata de una táctica deliberada y, al mismo tiempo, muy efectiva. Se lleva a los proles a un estado de apatía con una dieta constante de películas, literatura barata, pornografía,

horóscopos, fútbol, cerveza, apuestas y canciones sentimentales. Ese es su soma.

El éxito de esta estrategia hace que los proles sean impotentes, pero no despreciables. Orwell no sufría el mismo esnobismo acérrimo que Huxley. Winston llega a pensar que los proles son, de hecho, superiores a los miembros del Partido, no porque sean un potencial ejército revolucionario, como imagina en un principio, sino porque «habían seguido siendo humanos. En su fuero interno no se habían endurecido[418]». No son los muertos. La mujer que cuelga la colada mientras Winston la observa está cantando una canción banal, escupida por un versificador, pero sufre con la humanidad y la pureza de un escaramujo. «Los pájaros cantaban y los proles también, el Partido no[419]». ¿Y de qué trata esa canción aparentemente sin sentido? Del amor, de los sueños y de los recuerdos que no desaparecen. Sin darse cuenta, con este acto humano y sencillo, la mujer corrobora la creencia de Winston: «Si queda alguna esperanza, está en los proles[420]».

Un mundo feliz fue la primera antiutopía que tuvo un gran éxito comercial y su título, que en inglés hace una referencia directa a Shakespeare[421], se hizo tan famoso que se mencionaba a menudo. El diputado laborista Hugh Dalton llamó en broma «un mundo confuso» a un discurso decepcionante pronunciado por Clement Attlee en 1939[422]. Un año más tarde, Malcolm Muggeridge describió el choque entre el nazismo y el comunismo como «un espléndido mundo nuevo y un espléndido mundo viejo que se enfrentan entre sí y blanden, amenazantes, las mismas armas[423]». En *Que no muera la aspidistra*, Comstock imagina una sociedad socialista como «algo parecido al "mundo feliz" de Aldous Huxley, pero no tan divertido[424]». El éxito de la novela sirvió de inspiración para una nueva ola de sátiras futuristas, en la que participó el propio Cyril Connolly, con su travieso relato «Year Nine» (Año nueve), sobre un Estado totalitario en el que el rostro de Nuestro Líder se cierne sobre nosotros desde letreros de neón y los censores militares patrullan las calles eliminando cualquier resto de «arte degenerado[425]» del viejo régimen (como, por ejemplo, las novelas de «Muertowells»).

¿Y qué opinaba Wells de *Un mundo feliz*? Huxley cenó con él en la Riviera poco después de la publicación del libro y escribió «me temo que [al viejo] no le gustó ni un pelo[426]». En efecto. Wells dijo más tarde que la novela había sido «una gran decepción. Un escritor de la talla de Aldous Huxley no tiene derecho a traicionar el futuro como lo hizo en ese libro[427]».

Wells le devolvió el golpe literario: en *The New World Order* (El nuevo orden mundial) afirma que *Un mundo feliz* es «la biblia del refinamiento impotente[428]», y en *The Shape of Things to Come* (La forma de las cosas venideras), el último libro que escribió antes de su extravagante y divertida autobiografía, dice que Huxley es «uno de los escritores reaccionarios más brillantes[429]». Wells presenta su última historia sobre el futuro como un libro de texto del año 2106, que un diplomático de 1933 lee durante un sueño. En él se explica que la «era de la frustración» condujo a una nueva guerra mundial, al colapso económico y a una peste virulenta que dejaron postrada a la civilización. Una élite de aviadores consiguió salvar al mundo del caos e instauró la «Tiranía Puritana». El camarada Ogilvy, el héroe de guerra inventado por Winston Smith, se parece bastante a uno de estos aviadores de Wells: célibe, abstemio, obsesivamente atlético, sin ningún atisbo de alegría. Después de un siglo de este mal necesario, la «dictadura del aire» fue sustituida poco a poco por una pacífica utopía de intelectuales de clase media (todos ellos alfa).

Durante la década de 1920, Wells había hecho un *casting* en su cabeza para seleccionar a los banqueros e industriales que podrían participar en su Conspiración Abierta, pero el crac del 29 y la posterior depresión pusieron de manifiesto que no eran adecuados. Wells pasó a considerarse a sí mismo «un revolucionario ultraizquierdista[430]» y, en 1934, decidió visitar a los dos potenciales arquitectos de un Estado socialista mundial. Se encontró con el presidente Franklin Delano Roosevelt en Washington D. C. y le pareció que era «el instrumento transmisor más efectivo posible para instaurar el nuevo orden mundial[431]». En Moscú, se pasó tres horas intentando convencer a Stalin de que el marxismo era una sandez y de que lo que en verdad quería desarrollar en Rusia era una versión del capitalismo de Estado al estilo del New Deal. Wells ha sido criticado (y con razón) por decir que «nunca he conocido a un hombre más cándido, justo y honesto [que Stalin[432]]», pero su engaño no llegó al nivel del de Beatrice y Sidney Webb o George Bernard Shaw[433]. Wells escribió que la Rusia soviética no era la cosmópolis que esperaba y que se había hartado de que le dijeran: «Venga a vernos dentro de diez años[434]». Eso mismo le habían dicho en 1920. Al final, la realidad es que «Rusia me había defraudado[435]». Una formulación que refleja la sensación de Wells de que la humanidad le defraudaba a nivel personal, a pesar de todos sus esfuerzos por iluminar el camino. Un amigo lo comparó, por su exasperación, con «un contrariado inspector general del universo[436]».

Durante estos viajes, Wells estaba escribiendo un guion de *The Shape of Things to Come* (en España, la película se llamó *La vida futura*) para el productor de cine Alexander Korda. Le gustaba la idea de utilizar el cine como vehículo de sus ideas. El cine de ciencia ficción aún estaba dando sus primeros pasos, el mejor ejemplo hasta el momento era *Metrópolis*, de Fritz Lang[437], basada en una novela wellsiana de Thea von Harbou, la mujer de Lang. A Wells no le halagó el homenaje, de hecho, en su reseña para *The New York Times* le hizo a *Metrópolis* lo mismo que sus marcianos hicieron en Woking: «Nos muestra casi todas las tonterías, clichés, tópicos y confusión sobre el progreso mecánico y el progreso en general, y lo acompaña de una salsa sentimental que es de su cosecha[438]». Identifica «fragmentos deteriorados[439]» de *Cuando el dormido despierte*, pero considera que la visión de Lang de una ciudad vertical basada en la esclavitud ha quedado obsoleta y resulta absurda.

Sin embargo, la película de *La vida futura*, lanzada en 1936, no estuvo a la altura de *Metrópolis* y destaca más por su diseño (por ejemplo, la imagen profética de los bombarderos sobrevolando Londres) que por sus ideas, que consiguieron ofender por igual a comunistas, fascistas, liberales y cristianos. Wells culpó a Korda de que fuese «un desastre de película[440]». Orwell atacó a Wells por primera vez el mismo año en que salió la película, por lo que cuando se queja del reluciente mundo de Wells es probable que tuviera en mente la fría caricatura de *La vida futura*.

Orwell nunca equipara tecnología y progreso. Al contrario, como escribió durante la guerra, «cada avance científico acelera la tendencia que nos conduce hacia el nacionalismo y la dictadura[441]». En una reseña del guion de *La vida futura* se burla de lo que denomina la falsa antítesis que el autor establece entre el científico benigno y el reaccionario belicoso: «Al señor Wells nunca se le ha pasado por la cabeza que sus categorías se han mezclado y puede que el reaccionario usase la máquina en todo su potencial, mientras el científico solo piensa en la teoría racial y los gases venenosos[442]». Esto es un golpe bajo. El inventor del hombre invisible y el doctor Moreau sabía bastante sobre la tergiversación de la ciencia. Aunque está claro que *La vida futura* no contribuyó a mejorar su reputación.

A juzgar por *El camino de Wigan* Pier, si Orwell hubiese escrito una distopía en la década de 1930, probablemente habría sido una sátira contra las máquinas al estilo de *Un mundo feliz*, un ataque contra lo que en una carta de 1933 imaginaba como «una omnipresente conglomeración y fordificación, que reduce a la población a dóciles esclavos de un sueldo», explotados sin

piedad «en nombre del progreso[443]». Pero, exceptuando algunos elementos futuristas, como el enorme Ministerio de la Verdad, la Franja Aérea Uno, sórdida y exhausta, queda muy lejos del mundo de Wells. En *1984*, científicos de bata blanca diseñan telepantallas y helicópteros, inventan nuevas armas, defoliantes y aparatos de tortura, practican cirugías plásticas radicales y trabajan para abolir el orgasmo, pero no hacen nada para mejorar la calidad de vida. En gran medida, la ciencia, igual que la historia, se detiene. Esto, escribe Goldstein, se debe en parte a que «el progreso técnico y científico dependía de la costumbre empírica del pensamiento, que no podía sobrevivir en una sociedad rígidamente reglamentada. En conjunto, el mundo es más primitivo hoy que hace cincuenta años[444]».

Orwell había observado con atención la corrupción científica con Stalin y sobre todo con Trofim Lysenko, el ingeniero agrónomo soviético que desarrolló una teoría marxista pseudocientífica sobre la herencia genética que provocó hambrunas innecesarias y una purga devastadora de cualquier científico que se opusiera a sus teorías. Uno de los últimos libros que leyó Orwell fue *Soviet Genetics and World Science* (Genética soviética y ciencia mundial), en el que Julian Huxley desenmascara la pseudociencia de Lysenko. La ciencia en Oceanía está más en deuda con Lysenko que con Wells, que una vez más subestimó la imbecilidad humana.

Nos acercamos cada vez más al Wells que Orwell conoció en Hanover Terrace: un hombre que reescribía sus viejas ideas, buscaba con desesperación candidatos que liderasen su nuevo orden mundial y estaba afligido por su mala salud, los pensamientos suicidas que le acompañaban y una sensación de derrota permanente. El editor de *The New Statesman*, Kingsley Martin, especuló que «vivía como un fracaso personal el fracaso de la humanidad en la Segunda Guerra Mundial[445]». Durante una gira de conferencias organizada en 1940 para promocionar su última idea (una «Declaración de los derechos del hombre», que no tuvo mucho éxito), Wells conoció al escritor Somerset Maugham; este le vio «viejo, cansado y marchito», superado por las circunstancias: «el río ha seguido su curso y le ha dejado varado en la orilla[446]». La declaración de Wells, que reformuló varias veces entre 1939 y 1944, se considera una contribución pionera al campo de los derechos humanos, pero no se tuvo en consideración hasta después de su muerte. Era como un viejo profeta, pontificando al vacío.

«No tengo grupo, no tengo partido —escribió Wells a un amigo poco antes de la guerra—. Mi epitafio dirá: “Era listo pero no lo suficiente…”. Escribo libros y es como tirar lingotes de oro al barro[447]». Pero sus libros no

eran de oro; ni siquiera eran lingotes. Sus últimos libros eran sobre todo obras breves y apresuradas que fueron publicadas solo por su prestigio pasado. Llevaba demasiado tiempo escribiendo. Wells proyectó todo su pesimismo en una pared de su apartamento de Hanover Terrace, en forma de un mural que representaba la evolución. Al lado del hombre pintó tres palabras devastadoras: «Hora de irse[448]».

05

Radio Orwell

Orwell 1941-1943

«*La propaganda siempre está hecha de mentiras, incluso cuando uno dice la verdad. No creo que eso tenga importancia con tal de que uno sepa lo que está haciendo y por qué*».

GEORGE ORWELL, entrada en su diario, 14 de marzo de 1942[449]

En agosto de 1941, Orwell y Eileen invitaron a cenar a H. G. Wells. Unos meses antes una amiga de Orwell, Inez Holden, había perdido su casa en un bombardeo y Wells le ofreció que se alojase en un piso que tenía junto a su casa. Holden, una bohemia desertora de la aristocracia, había causado sensación en la década de 1920, cuando formaba parte del grupo conocido como los «Bright Young Things[450]». Anthony Powell se la presentó a Orwell una noche en el Café Royal de Londres y la describió como una «excelente compañía[451]», rebosante de opiniones, chismorreos e ingeniosas imitaciones. En 1941, a sus treinta y siete años, era una perspicaz cronista de la Gran Bretaña en guerra en sus diarios y novelas, y fue una fiel amiga de Orwell durante toda la década de 1940. Holden estaba encantada de organizar un encuentro entre dos hombres a los que apreciaba y admiraba; pero dos días antes de la cena, Wells se enteró de que Orwell había publicado un ensayo sobre él en la revista *Horizon* de Cyril Connolly, y consiguió un ejemplar. «Wells, Hitler y el Estado mundial» no le llenó precisamente de satisfacción.

Orwell y Eileen vivían en el quinto piso de Langford Court, un edificio de ocho plantas construido en la década de 1930 en Abbey Road, al noroeste de Londres, que probablemente sirvió de inspiración para las Casas de la Victoria de *1984*. Casi todas las noches se quedaba a dormir en su salón algún amigo que había sufrido las consecuencias de las bombas. Esa noche sus invitados eran Wells, Holden y el famoso y joven crítico William Empson. Wells se guardó el as en la manga hasta que terminaron de cenar. Cuando recogieron la mesa, sacó su ejemplar de *Horizon* del bolsillo del abrigo con gesto amenazador. Como respuesta, Orwell cogió también su ejemplar y lo

lanzó contra la mesa. Los dos hombres se enzarzaron en una batalla campal mientras Empson, que acababa de conocer a Orwell el día anterior, les escuchaba en silencio, ahogando su vergüenza en *whiskey*.

Orwell separaba a los escritores comprometidos políticamente en dos categorías: los que entendían la verdadera naturaleza del totalitarismo (ninguno de ellos era británico) y los que no la entendían. En su ofensivo ensayo, afirmaba que Wells (con su mente racional, científica, insensible a la atracción de la sangre y la tierra) era incapaz de tomarse en serio a Hitler («ese tarado vocinglero de Berlín[452]»). «Wells es demasiado cuerdo para entender el mundo moderno —escribió y lo remató con una curiosa mezcla de admiración y repulsa—, desde 1920 ha desperdiciado su talento matando dragones de papel. Pero qué difícil es, a fin de cuentas, tener talento que desperdiciar[453]».

Orwell estaba orgulloso de su «brutalidad intelectual[454]». A menudo entablaba amistad con personas a las que había insultado antes por escrito, como Stephen Spender, el escritor policiaco Julian Symons o el escritor anarquista canadiense George Woodcock, que lo consideraba «uno de esos seres extraordinarios que se vuelven más cercanos en las disputas[455]». Orwell le dijo a Spender que, cuando conocía a alguien, pasaba a ser «una persona y no una especie de caricatura que personifica determinadas ideas[456]», pero para él era indispensable sentirse libre de expresarse por escrito sin tener que disculparse por ello; por eso mismo, ni se le pasaba por la cabeza que a algunas personas les molestase tanto verse ridiculizadas que llegasen incluso a expresar ese resentimiento cara a cara. Muerte a los ídolos, por supuesto, pero que eso no te impida invitarlos a cenar.

La discusión en Langford Court continuó un buen rato hasta que la rabia de Wells acabó por disiparse[457]. De camino a casa le dijo a Holden que había sido «una noche entretenida[458]». Pero, siete meses más tarde, Wells leyó otro ensayo de Orwell, «El redescubrimiento de Europa. Literatura entre guerras», y le enfureció que dijese que él, Wells, pensaba que la ciencia «puede resolver todos los males que padece la humanidad[459]». En una carta al editor, cuestionó las «generalizaciones ridículas» de Orwell[460]. Fue mucho más directo en una carta que le mandó en privado: «Nunca he dicho eso. Lee mis primeras obras, pedazo de mierda[461]». Y hasta ahí llegó su amistad.

El ofensivo ensayo era la versión impresa de una charla que había dado Orwell en la División de la India del Servicio Oriental de la BBC, donde trabajó entre agosto de 1941 y noviembre de 1943. Igual que Wells en 1918,

ahora Orwell escribía a regañadientes para el Estado. Más tarde diría que fueron «dos años perdidos[462]», pero no debemos tomarlo al pie de la letra. Día tras día, su trabajo le introdujo en el engranaje de la propaganda, la burocracia, la censura y los medios de difusión, que daría forma a su vez al trabajo de Winston Smith en el Ministerio de la Verdad. Además, su producción para la BBC incluye horas de reflexión sobre la guerra, la política, el totalitarismo y la literatura, reflexiones que prepararon el terreno para sus mejores ensayos y sus dos grandes obras de ficción. Para alguien como Orwell, no hay años perdidos.

Durante la primera mitad de 1941, Orwell vagó sin rumbo por la «pesadilla extraña y aburrida[463]» que era Londres durante la guerra. El año comenzó con una nueva ola de rumores sobre una invasión alemana de Gran Bretaña, que llevó al Ministerio de Información a imprimir un folleto en el que se presentaban de forma dramática las consecuencias. *I, James Blunt* (Yo, James Blunt), obra del escritor H. V. Morton, describe la ocupación alemana desde el punto de vista de un viejo común y corriente en un pueblo inglés común y corriente. Después de explicar cómo se ha establecido en Inglaterra el régimen nazi de censura, vigilancia, adoctrinamiento y persecución, James Blunt, un comerciante jubilado, descubre que un antiguo empleado resentido se ha unido a la Gestapo y le ha denunciado por sus comentarios antifascistas de antaño. Morton dedicó su potente relato a «todos los optimistas autocomplacientes e ilusos[464]». En 1943, cuando ya había pasado la amenaza de una invasión, el soldado y abogado Robin Maugham se basó en el formato elegido por Morton (un diario que acaba justo cuando la policía secreta llama a la puerta) para escribir *The 1946 MS*. (El manuscrito de 1946), que describe un golpe de Estado organizado por un héroe de guerra británico en medio de la confusión de la posguerra y el subsiguiente establecimiento de un Estado fascista. Publicado por la editorial War Facts Press, vinculada al Ministerio de Información, el epílogo de Maugham es tan explícito como el de Morton: «Lord Murdoch y el general Pointer no existen. Esta historia se ha escrito para que no existan jamás y los británicos nunca sean esclavos[465]».

Orwell escribió una reseña de *I, James Blunt* («te pone la carne de gallina»)[466] y tenía un ejemplar de *The 1946 MS*. en su amplia colección, así que estaba familiarizado con la literatura moralizadora del tipo «eso podría pasar aquí», pero en ese momento él no se sentía capaz de escribir ficción. «Solo si tu cerebro ha pasado a mejor vida, puedes sentarte a escribir novelas durante esta pesadilla», escribió en abril de 1941[467]. Según Cyril Connolly,

era el sentimiento generalizado: «Vale la pena recordar que la vida que estamos viviendo muchos de nosotros es hostil con la literatura; estamos viviendo la historia y esto significa que estamos con una mano delante y otra detrás y lo que leemos son incontables ediciones del periódico[468]».

Ese sentimiento no tenía por qué ser malo, por lo menos para el periodismo independiente, que era como Orwell intentaba llegar a fin de mes. Las reseñas literarias le daban la oportunidad de analizar los mecanismos del totalitarismo desde todos los ángulos posibles. *An Epic of the Gestapo* (Una epopeya de la Gestapo), el vívido relato que hace sir Paul Dukes de su investigación sobre una desaparición en la Checoslovaquia ocupada por los nazis, describe una sociedad en la que, según observa Orwell, «la costumbre de mentir se ha vuelto tan habitual que resulta casi imposible creer que alguien pueda estar diciendo la verdad[469]». Las estampas de la vida en tiempos de Hitler que presenta Erika Mann en *The Lights Go Down* (Las luces se apagan) le hicieron reflexionar sobre cómo un régimen que parece «tan atroz que nadie en su sano juicio lo aceptaría[470]» pudo conseguir tanto apoyo popular. La emocionante novela conspirativa de suspense *Never Come Back* (No vuelvas nunca), de John Mair, llamó la atención de Orwell como indicio de que «la horrorosa jungla política, con sus reuniones clandestinas, sus torturas, sus palabras clave, sus denuncias, sus pasaportes falsos, sus mensajes cifrados, etc., es ya tan conocida que se puede utilizar como material de literatura "ligera[471]"». Como demostraría *1984*, el secretismo, las mentiras y las traiciones eran ingredientes básicos tanto de la realidad totalitaria como de la ficción que hace que no puedas dejar de leer. Las escenas en las que Winston cree que está conspirando con O'Brien y la Hermandad contra el Partido parecen episodios sacados de una novela de espías.

Además de libros, entre octubre de 1940 y agosto de 1941 Orwell también reseñó muchas películas para *Time and Tide*, aunque llamarle crítico cinematográfico sería muy generoso. No valoraba la técnica cinematográfica ni la actuación de los actores y no sentía ningún respeto por un trabajo del que «se espera que venda su honor a cambio de una copa de jerez del malo[472]». De hecho, manifestaba una clara ojeriza por el cine estadounidense: en una lista de los males de su época, que publicó en «En el vientre de la ballena», las películas de Hollywood aparecen entre las aspirinas y los asesinatos políticos. Según Anthony Powell, Orwell «se aburría con facilidad. Si una conversación giraba en torno a un tema que no le interesaba, no hacía ningún esfuerzo por participar[473]». Y el cine le aburría de verdad, por lo que

algunas grandes películas solo recibieron un vago elogio por su parte, o incluso un franco desdén. *El último refugio*, que ahora se considera un clásico del cine negro, le pareció una simple celebración del «sadismo» y una «oda a los matones[474]».

A Orwell solo le producían curiosidad las películas que decían algo sobre el totalitarismo. Por ejemplo, elogió las partes de *Fugitivos del destino*, una poco memorable película bélica de Hollywood, en las que se recreaba «la atmósfera de pesadilla de un país totalitario, la impotencia absoluta de las personas de a pie, la completa desaparición de los conceptos de justicia y verdad objetiva[475]», es decir, todo aquello que hoy denominaríamos orwelliano. En su opinión, en cuanto el héroe y la heroína conseguían escapar, la película dejaba de tener sentido. Una película creíble sobre la Alemania nazi nunca tendría un final feliz. No se llamaría *Fugitivos*. Fue más amable con *El gran dictador*, de Charlie Chaplin. Aunque Chaplin en privado era un terco defensor de la Unión Soviética, Orwell pensaba que en la pantalla representaba «una especie de esencia concentrada del hombre común, de esa creencia imposible de erradicar de que la honradez está en el corazón de las personas de a pie[476]». A Orwell le entusiasmó la ironía del parecido físico entre Chaplin y Hitler y opinaba que el Gobierno británico haría bien en subvencionar la película y distribuirla como propaganda antifascista, por la capacidad de Chaplin de «reafirmar el hecho, sofocado en el fascismo e irónicamente también en el socialismo [soviético], de que *vox populi* es *vox Dei* y los gigantes son alimañas[477]».

Sin embargo, en 1941 la voz del pueblo no estaba en su mejor momento. La oportunidad revolucionaria que, en opinión de Orwell, había surgido tras la humillación de Dunkerque ya se había desvanecido por completo. Los ricos afianzaban sus privilegios en el mercado negro y el resto iba tirando como podía. Orwell empezó a decir en broma que en menos de un año se ofrecería «sopa de rata» en los menús de los restaurantes; y un año más tarde «falsa sopa de rata[478]». Se dedicó a describir con mucha precisión la vida durante la guerra en su diario y en la «London Letter» (Carta desde Londres) que escribía cada dos meses para *Partisan Review*, una revista neoyorquina, de izquierdas y antiestalinista, dirigida por Philip Rahv y William Phillips. Los ataques aéreos, informó a los lectores de *Partisan Review*, «no dan tanto miedo como podríais pensar, son más bien un incordio[479]». Lo que de verdad le molestaba no era la posibilidad de que una bomba se estrellase contra su tejado, sino las molestias cotidianas que se aprecian también en el primer capítulo de *1984*: los cortes de luz, los cierres de las tiendas, las líneas

telefónicas muertas, la escasez de autobuses, los montones de escombros, el precio de la cerveza. La vida se había convertido en «una pelea continua por recuperar el tiempo perdido[480]». Todo era exasperante. Encendía el fuego con periódicos antiguos, de antes de Dunkerque, y entreveía «los titulares optimistas mientras se elevan convertidos en humo[481]».

El Blitz duró ocho meses, pero a Orwell no le afectó directamente hasta el último momento. La noche del 10 de mayo, la fuerza aérea alemana lanzó ochocientas toneladas de bombas sobre la capital británica; faltó poco para que Eileen y él fueran una baja, una más entre los cientos que hubo. A las dos de la mañana los despertó un estruendo espantoso. Una bomba había alcanzado el edificio de Langford Court; los pasillos se llenaron del hedor a goma quemada y un humo denso y cegador. Con las caras negras de hollín, cogieron un par de cosas y se fueron a casa de un amigo, donde se repusieron con té y chocolate. En *1984* el chocolate tiene un significado simbólico: cuando Julia consigue un poco para Winston, se trata de un acto de amor; cuando Winston se lo roba a su hermana, es una grave traición.

Aunque Londres resistió al ataque alemán, las noticias del continente no eran nada alentadoras. «A mediados de 1941 el pueblo británico ya sabía a lo que se enfrentaba», escribió Orwell más tarde[482]. Las fuerzas armadas de la Alemania nazi ocuparon Grecia y Yugoslavia y el Afrika Korps de Rommel hizo retroceder a los aliados en el norte de África. En la madrugada del 22 de junio, Hitler rompió el pacto nazi-soviético y tres millones de soldados alemanes cruzaron la frontera rusa; a los comunistas que se oponían a la guerra no les quedó más remedio que recular de una forma bastante cómica. A Orwell le divertía contar una anécdota que había oído[483] sobre un miembro del Partido que está en el baño de una cafetería de Nueva York cuando llega la noticia y, al volver, descubre que la línea oficial ha cambiado durante su breve ausencia: quizá sirvió de inspiración para ese orador de *1984* que modifica «su discurso a mitad de la frase[484]».

Los acontecimientos de aquel verano le provocaron una gran desesperanza: «Dentro de dos años o bien nos habrán conquistado o seremos una república socialista luchando por su supervivencia, con una policía secreta y la mitad de la población pasando hambre[485]».

Orwell quería hacer algo más que asistir a los encuentros de la Home Guard, pero ¿qué podía hacer? Su salud no le permitía luchar, ni siquiera ser corresponsal de guerra, y habían rechazado su solicitud para trabajar con el director de relaciones públicas del Ministerio del Aire. Muy mal se tendrían

que poner las cosas para que el Gobierno británico considerase contratarlo, sobre todo debido a sus ideas políticas.

En 1937, la División de la India analizó su obra e identificó «el perfil de un izquierdista obstinado y probablemente también extremista[486]». Pero en 1941 las cosas habían cambiado y la BBC necesitaba el talento de Orwell más de lo que temía sus opiniones. «El Gobierno británico empezó el actual conflicto bélico con la intención, más o menos explícita, de mantener al margen a la intelectualidad literaria. Sin embargo, después de tres años de guerra casi todos los escritores, aunque su trayectoria política o sus opiniones fueran indeseables, han sido reclutados por algún ministerio o por la BBC[487]». Contratar a Orwell no suponía un verdadero riesgo en términos políticos, ya que todas las retransmisiones pasaban una doble censura: una en términos de seguridad, otra en términos políticos. Z. A. Bokhari, responsable de la División de la India, le encargó cuatro charlas sobre crítica literaria para valorar una posible contratación. En «Literatura y totalitarismo», emitido ese mes de mayo, Orwell razonaba que la literatura depende de la verdad emocional y, por consiguiente, no puede sobrevivir en un sistema que mutila la verdad.

> La peculiaridad del Estado totalitario es que, si bien controla el pensamiento, no lo fija. Establece dogmas incuestionables y los modifica de un día para otro. Necesita dichos dogmas, pues precisa una obediencia absoluta por parte de sus súbditos, pero no puede evitar los cambios, que vienen dictados por las necesidades de la política del poder. Se afirma infalible y, al mismo tiempo, ataca el propio concepto de verdad objetiva[488].

El 18 de agosto, Orwell entró en la División de la India como asistente de programas del Imperio, con un generoso sueldo inicial de seiscientas cuarenta libras al año, mucho más que sus ingresos como periodista. Pasó dos semanas en Bedford College, en Regent’s Park, en un curso de iniciación junto a otros nuevos reclutas, entre los que también se encontraba William Empson, que la bautizó como la «Escuela de Mentirosos[489]». Mientras estuvo allí, interrumpió temporalmente su diario de guerra y juró no retomarlo hasta que hubiera algún cambio significativo: «De momento, la victoria no parece estar a la vista. Nos espera una guerra fatigosa, larga y monótona en la que todo el mundo irá empobreciéndose cada vez más[490]». El 23 de septiembre llegó a Portland Place, la oficina central de la BBC en Londres, para empezar a trabajar con Bokhari, bajo la supervisión general del director de

programación, Guy Burgess. Para un individuo autónomo como Orwell, trabajar dentro de una gigantesca burocracia durante la guerra fue una lección invaluable sobre la maquinaria estatal.

En los últimos años, la BBC ha intentado sacar provecho de su relación con Orwell de formas que habrían divertido al propio Orwell. En 2003, para celebrar su centenario, le encargaron a la artista Rachel Whiteread que hiciese una reproducción en yeso de la habitación 101 en su sede, sita en el número 55 de Portland Place, que lo único que pone de manifiesto es lo irrelevante que fue ese lugar para la novela. En 2017, la BBC erigió una estatua de bronce de Orwell frente a sus oficinas centrales, en la Broadcasting House, y un grabado del prefacio inédito a *Rebelión en la granja* («Si algo significa la libertad, es el derecho a decirle a la gente lo que no quiere oír[491]»). Es una buena descripción de lo que no hacía Orwell mientras trabajó en la División de la India.

Empson llegó a decir que los primeros capítulos de *1984* eran casi una «caricatura» de la BBC. Es una exageración desmedida, aunque es cierto que Orwell usó imágenes, palabras, sonidos y olores de su periodo allí para darle autenticidad al puesto de trabajo de Winston. En junio de 1942, la División de la India se trasladó de Portland Place a unos grandes almacenes requisados en el número 200 de Oxford Street, donde los funcionarios trabajaban en cubículos parecidos a los del Departamento de Archivos del Ministerio de la Verdad. El comedor subterráneo, con su distintivo olor a col cocida, también aparece en la novela, al igual que las limpiadoras que cantan por las mañanas mientras barren los pasillos. El edificio del Ministerio de la Verdad («una gigantesca estructura piramidal de reluciente cemento blanco»)[492] es una exageración wellsiana de la sede del Ministerio de Información, sita en la Senate House de la Universidad de Londres, donde trabajaba Eileen. Aunque el Ministerio de la novela es cinco veces más grande, esta torre *art déco* de sesenta y cuatro metros de altura era en aquella época el segundo edificio más alto de Londres y los Orwell lo divisaban desde las ventanas de Langford Court. La dirección telegráfica del Ministerio era MINIFORM, que se transforma en Miniver en la novela. Hay otros vínculos, pero son más débiles. La habitación 101 era una de las salas en las que celebraban reuniones del Servicio Oriental y no era especialmente desagradable. Brendan Bracken, el imponente ministro de Información de Churchill, era un defensor entusiasta del *Inglés básico* de C. K. Ogden, un vocabulario simplificado de tan solo ochocientas cincuenta palabras que H. G. Wells convirtió en el lenguaje universal del siglo XXI en *The Shape of Things to Come*. A menudo se ha

dicho que el *Inglés básico* sirvió de modelo para el léxico aún más simplificado de la nuevalengua («para disminuir el alcance del pensamiento[493]»), pero a Orwell la existencia de un inglés más puro y claro no le parecía maligna de por sí. De hecho, pensaba que podría ser incluso beneficiosa. En 1944, defendió el *Inglés básico* de sus muchos críticos porque en la lengua de Ogden «no es posible hacer una declaración carente de significado sin que sea evidente que carece de significado[494]». Incluso en 1947 escribió: «Hay ámbitos en los que resulta indispensable algún tipo de lengua vehicular y las aberraciones que se usan en la actualidad dejan claro que todavía se puede decir mucho a favor del *Inglés básico*[495]».

Por tanto, el Ministerio de la Verdad no es ni mucho menos una BBC disfrazada. Lo que pasa es que la BBC era el único entorno corporativo que Orwell conocía por dentro. Su trabajo le hizo ver que Gran Bretaña estaba muy lejos del totalitarismo. «Cuanto más crece la maquinaria gubernamental, más se llena de cabos sueltos y rincones olvidados[496]», escribió poco antes de dejar su trabajo. El mero hecho de que le hubieran contratado era prueba de ello. Si hubiese vivido el tiempo suficiente para conocer la verdad sobre su jefe, le habría sorprendido aún más la permeabilidad del Estado británico. En 1951, Guy Burgess desertó y se marchó a Moscú: había sido un espía soviético desde la década de 1930.

En su «London Letter» de abril de 1941, antes de saber que acabaría formando parte de la BBC, Orwell escribió: «Creo que, a pesar de las estupideces de su propaganda extranjera y las insufribles voces de sus locutores, la BBC es muy veraz[497]». No tardó en incurrir él mismo en ambos defectos. Da igual cómo definas una buena voz para la radio, es evidente que la de Orwell no lo era. No ha sobrevivido ninguna de sus grabaciones, pero se dice que era aguda, monótona y, gracias a una bala española, demasiado débil, por lo que apenas se escuchaba en medio del alboroto de un restaurante. Stephen Spender cuenta que una conversación con Orwell era como «abrirte paso entre la niebla londinense[498]». Gran parte de lo que escribió para la BBC fue retransmitido por locutores profesionales. Después de escuchar una de las grabaciones de Orwell, J. B. Clark, director del Servicio de Ultramar, se quejó de que su voz podría llegar a ahuyentar a los oyentes y avergonzar a la BBC, «porque, al elegir una voz tan inapropiada para sus retransmisiones, demostraba no conocer las necesidades básicas del micrófono y la audiencia[499]». Además, la radio era un medio que Orwell no apreciaba demasiado, por ser «inherentemente totalitaria[500]».

A pesar de todo, Orwell tenía una mente ideal para la radio. Cuando Bokhari le pedía que se «estrujase el cerebro[501]», surgía un torrente de ideas que a continuación desarrollaba con sus colegas delante de una jarra de cerveza en los bares cercanos a Portland Place, o con los veteranos de la guerra civil española mientras comían paella y bebían rioja en el restaurante Barcelona del Soho. Siempre le acompañaba la apestosa nube de humo de su tabaco de liar negro, marca Nosegay. Más tarde, escribía esas ideas «a toda prisa[502]».

Con mucha energía, eficacia y buen humor, Orwell hizo de la División de la India una «universidad del aire[503]» sin precedentes. Consciente de que su audiencia de indios cultos cambiaría de emisora ante cualquier atisbo de propaganda británica autoritaria y de que era precisa una celebración más implícita de la democracia, Orwell experimentó con formatos que le hicieron replantearse su hostilidad hacia la radio. «Muy poca gente se imagina que la radio pueda servir para la difusión de algo que no sean bobadas», afirmó en «La poesía y el micrófono». No obstante, «no debemos confundir las capacidades de un medio con el uso que se le da[504]».

Orwell invitó a T. S. Eliot, Dylan Thomas y E. M. Forster a leer sus obras; puso en marcha un relato experimental con cinco autores, entre ellos Forster e Inez Holden; adaptó historias de Wells, Ignazio Silone, Anatole France y Hans Christian Andersen; escribió ensayos sobre Shakespeare, Wilde, Shaw y Jack London; y organizó un espectáculo poético, *Voice*, con invitados como Spender, Stevie Smith y Herbert Read. Fue pionero en utilizar formatos que luego se convertirían en los pilares de la radio, pero no se engañaba a sí mismo sobre su utilidad, sabía que era muy limitada. Su presentación del episodio inaugural de *Voice* sonaba más a disculpa que a celebración: «Me imagino que cada segundo que pasemos aquí sentados en el mundo morirá de forma violenta al menos un ser humano[505]». Aun así, que no se detenga el espectáculo. Disfruten de Wordsworth.

Dos de sus ideas para la radio anticipan el futuro de *1984*: una serie llamada «Glimpses of the Future» (Atisbos del futuro) y otra, «A. D. 2000» (2000 d. C.), en la que unos científicos predicen la situación de la India en los albores del siglo siguiente. Una tercera serie homenajeaba el tipo de textos que Orwell no tardaría en escribir: «Books That Have Changed the World» (Libros que han cambiado el mundo).

El 14 de marzo de 1942, Orwell retomó su diario de guerra por primera vez en siete meses y volvió a escribir sus pensamientos sobre la evolución del

conflicto junto a quejas mundanas sobre el precio del tabaco o la escasez de navajas de afeitar: uno de los tormentos de Winston Smith. Al día siguiente, escuchó una sirena antiaérea, la primera desde el final del Blitz. Hizo como si nada, pero en verdad estaba aterrorizado. Los placeres eran pocos y muy preciados: «Ya ha florecido el azafrán silvestre. Uno parece entreverlo entre una niebla de noticias bélicas[506]».

Otro tema recurrente era su frustración con la BBC: «El ambiente es una mezcla de un colegio femenino y un manicomio, y todo lo que estamos haciendo es inútil, o ligeramente peor que inútil[507]». Esa sí que sería una buena inscripción para una estatua. En junio escribió: «Lo que más sorprende en la BBC […] no es tanto la miseria moral y la futilidad de lo que estamos haciendo como la sensación de frustración, la imposibilidad de hacer nada, ni siquiera una canallada[508]». No obstante, si de verdad hubiera pensado que era un escritorzuelo hipócrita que no hacía nada de valor, se habría marchado mucho antes. Podía confiarle sus dudas a su diario, pero si alguien de fuera le hubiera dicho eso mismo, habría defendido con vehemencia su postura. Según Lettice Cooper, la antigua editora de Orwell en *Time and Tide* y una de las mejores amigas de Eileen, «nunca estaba del todo seguro de si estaba perdiendo su integridad por el hecho de trabajar en la BBC. Creo que, para él, era cuestión de defender lo malo frente a lo peor[509]».

Uno de los que le criticaron fue el anarquista George Woodcock, que aún no era su amigo y le dio un golpe bajo durante un debate sobre el pacifismo organizado por *Partisan Review*: «¡Y ahora el camarada Orwell recupera sus viejas lealtades imperialistas y trabaja en la BBC, organizando la propaganda británica para confundir al pueblo indio!»[510]. Malhumorado, Orwell respondió que no se hacía muchas ilusiones, pero pensaba que «había conseguido que nuestra propaganda fuese algo menos repugnante de lo que habría sido de no estar él». Solo el que está expuesto a diario puede «ser consciente de las porquerías que suele haber en el aire», decía[511]. Su colega Desmond Hawkins creía que lo que dio forma a la propaganda de *1984* no fue la BBC, sino las retransmisiones nazis que tenían que analizar los trabajadores: «Escuchábamos “Germany Calling”, donde encontrábamos todo tipo de tergiversación de la verdad y “doblepiensa”. Veíamos cómo podían utilizarse los nuevos medios de comunicación y hay que tener en cuenta que Orwell, igual que yo, había nacido en un mundo en el que aún no existía la radio[512]». David Astor, el aristocrático editor de *The Observer* que conoció a Orwell gracias a Cyril Connolly, le recuerda barajando la idea de reeditar fragmentos de los discursos de Churchill para que sonasen como si estuviese

declarando la paz, con la intención de demostrar lo fácil que es manipular las grabaciones. «Creo que pensaba que podías usar las máquinas de propaganda para inventar cualquier cosa y hacer que la gente diese discursos que nunca había dado», dijo Astor[513].

Orwell se enfadó mucho más cuando Alex Comfort, el médico y pacifista que alcanzaría la fama en la década de 1970 como autor de *La alegría del sexo*, publicó en *Tribune* un largo poema bajo seudónimo, criticando a los escritores que se habían unido a los esfuerzos bélicos. Orwell replicó con un poema que dejaba clara su postura defensiva y ambivalente respecto a su papel en la BBC:

> No hace falta el ojo de un detective
> y echar un vistazo por Portland Place para pillar a las putas,
> pero hay hombres (admito que no los más escuchados)
> con el doble de tu talento y el triple de tu valor,
> que hacen el trabajo sucio porque hace falta,
> no a ciegas sino por razones que pueden justificar,
> y sentados se quedan esperando y dando al traste con su talento[514].

Esta actitud pública esconde la enorme angustia que le producían los efectos de la guerra a nivel discursivo. «Hoy en día —escribió en su diario—, ante cualquier cosa que se diga o se haga, uno busca enseguida los motivos ocultos y da por sentado que las palabras significan cualquier cosa menos lo que parecen significar. […] Cada vez que hablo con alguien o leo los escritos de cualquiera que tenga algo que decir, noto que la honradez intelectual y la ecuanimidad en los juicios han desaparecido sin más de la faz de la tierra. […] Todo el poder está en manos de paranoicos[515]».

Fue un verano aburrido y húmedo. La madre de Orwell, Ida, y su hermana Avril se mudaron a Londres, para trabajar en la tienda Selfridge’s y en una metalúrgica respectivamente, hasta que Ida murió un año más tarde en el mes de marzo. Eileen fue transferida al Ministerio de Alimentación, donde trabajaba para el Servicio Nacional de la BBC recopilando recetas saludables para un mejor aprovechamiento de la comida. La pareja se mudó de Langford Court a un piso grande y con muchas corrientes de aire en Mortimer Crescent, junto a Maida Vale. «Si George y yo no fumáramos tanto —le comentó Eileen a una amiga—, podríamos permitirnos un piso mejor[516]».

Debido a las limitaciones de tiempo y a cierta monomanía, en la División de la India Orwell solía escoger libros que ya conocía de cabo a rabo y estaban de alguna forma relacionados con el totalitarismo. *Macbeth*, por ejemplo, era «la típica figura del tirano, perseguido por sus temores, odiado y temido, rodeado de espías, asesinos y aduladores, que vivía con un miedo constante a la traición y la rebelión, […] una especie de versión medieval y primitiva del dictador fascista moderno[517]».

También presentó *Los viajes de Gulliver*, un clásico infantil que supone «probablemente el ataque más devastador contra la sociedad humana que jamás se haya escrito[518]». Orwell opinaba que la serie de utopías satíricas escritas por Jonathan Swift en 1726 seguían siendo tremendamente relevantes para la era moderna. En un ensayo posterior dijo que en la tercera parte del libro se vislumbra «con extraordinaria claridad el "Estado policial" infestado de espías, con sus interminables cacerías de herejes y juicios por traición[519]». La máquina de escribir de la Academia de Lagado remite al trabajo de Julia como operadora en el Departamento de Ficción del Ministerio de la Verdad.

La pieza más excéntrica que Orwell escribió para la BBC fue un diálogo imaginado con el fantasma de Swift, en el que Orwell desempeña el papel de optimista cauto y Swift, el de misántropo salvaje. A su versión de Swift no le sorprenden ni Hitler, ni Stalin, ni el Blitz porque el progreso es un timo y lo único que produce la ciencia son máquinas de matar más efectivas. Puede que Orwell estuviese utilizando a Swift para personificar sus impulsos más sombríos y argumentar en su contra. Aunque se había vuelto pesimista, no pensaba que los seres humanos fuesen unas criaturas miserables, inútiles y condenadas al fracaso. «No podía ver lo que ve una persona normal —concluye Orwell cuando se cuelga su línea sobrenatural con Swift—, que vale la pena vivir la vida y que los seres humanos, aunque sean ridículos y sucios, son decentes en su mayoría. Sin embargo, si hubiera podido ver esto no habría escrito *Los viajes de Gulliver*[520]». Como dijo Koestler, «Orwell nunca perdió del todo su fe en los yahoos de rostro huesudo y mala dentadura[521]».

El único momento en el que a Swift le falla la imaginación, en opinión de Orwell, es cuando en la cuarta parte de *Los viajes de Gulliver* intenta imaginar una sociedad ideal y crea a los nobles, impecables y, por tanto, «notablemente aburridos[522]» houyhnhnms. Como sabemos, a Orwell las utopías positivas le parecían intolerablemente tediosas. En su reseña de 1942 de *An Unknown Land* (Una tierra desconocida), de Herbert Samuel, no pudo

evitar atacar de nuevo a Wells: «La petulancia y la tendencia al autoelogio son defectos habituales de los habitantes de las utopías, algo que bien se puede demostrar analizando la obra del señor H. G. Wells[523]».

En la BBC, Orwell también habló sobre Jack London (de hecho, escribió sobre el autor estadounidense media docena de veces). Además de Swift y Wells, pocos libros habían llamado tanto la atención de Orwell como la novela *El talón de hierro*, de 1908, «una profecía extraordinaria sobre el ascenso del fascismo[524]» que en la década de 1930 encontró un nuevo público europeo. Con su tendencia habitual a hablar mal de los libros que más le fascinaban, dijo que era «un libro muy pobre» en muchos sentidos[525], pero al mismo tiempo inolvidable para él.

London, escribió Orwell, fue «un socialista con alma de bucanero y con la educación de un materialista del siglo XIX[526]». Aunque en 1896 se unió al Partido Socialista Laborista de Estados Unidos, London era racista e imperialista, y se guiaba más por la «supervivencia del más apto» de Herbert Spencer que por Marx. Una vez dejó estupefactos a los miembros del Partido, cuando se puso a gritar: «¡Soy en primer lugar un hombre blanco y luego ya un socialista!»[527]. Antes de su conversión política, el autor de *La llamada de lo salvaje* y *Colmillo Blanco* se veía a sí mismo «como una de las “bestias rubias” de Nietzsche, que vagan lujuriosas y conquistan con su sola fuerza y superioridad[528]». Redirigió ese instinto de bucanero, pero nunca lo perdió del todo. En el otoño de 1905, London dio una conferencia sobre la inevitabilidad del socialismo; en ella dijo cosas como: «¡Ustedes han gestionado mal el mundo y ha llegado el momento de que deje de estar en sus manos!», que llevaron a su audiencia, formada sobre todo por neoyorquinos ricos, a reaccionar acaloradamente[529]. Su indignación, unida al fracaso de la Revolución bolchevique en Rusia y la lectura de *Cuando el dormido despierte*, de Wells, le llevó a escribir una pesadilla sobre la brutal represión del socialismo en Estados Unidos.

Entre los posteriores admiradores de *El talón de hierro* encontramos a Eugene Debs, líder del Partido Socialista de Estados Unidos, Aneurin Bevan, político laborista británico, y Trotski, pero, igual que Orwell, ninguno de ellos decía que la novela fuese alta literatura. Al leerla, sentimos, como decía Philip Larkin de la vida, primero aburrimiento y luego miedo. La parte aburrida describe a Ernesto Everhard, un superhombre socialista y viril, claramente basado en London, hasta el punto de que cita sus propias palabras. Las efusivas descripciones de «su cuerpo de gladiador y su genio de águila[530]», expresadas por boca de Avis, la amante de Everhard, son, por tanto, un acto

de autoadoración por parte de London. Su biógrafo, Earle Labor, lo describió como «*1984* si lo hubiese escrito Elizabeth Barrett Browning[531]».

La primera parte parece una conferencia; la segunda es un baño de sangre. Cuando Everhard y su facción socialista ganan las elecciones al Congreso, la oligarquía capitalista contraataca comprando o destruyendo todos los sindicatos laboristas, censurando los medios de comunicación, reprimiendo la oposición política, machacando a la clase media, organizando milicias y usando agentes provocadores para organizar disturbios y actos terroristas que justifiquen la suspensión de la democracia. Como escribió Trotski en 1937, «al leerlo cuesta creer lo que ven nuestros ojos: ¡es justo la imagen del fascismo, de su economía, de sus técnicas gubernamentales, de su psicología política!»[532]. Admiraba la determinación con la que London buscaba «sacudir a todos aquellos adormilados por la rutina, obligarles a abrir los ojos y ver lo que está ocurriendo y lo que está por venir[533]». La novela acaba de golpe con la ejecución entre bastidores de Everhard y el triunfo de la oligarquía, que ha pasado a llamarse el «Talón de hierro». Orwell pensaba que la representación que hace London de la crueldad de la oligarquía, sumada a una creencia casi religiosa en su rectitud, es «uno de los mejores relatos nunca escritos […] sobre la actitud que debe tener la clase dirigente si quiere sobrevivir[534]». En resumen: «Poder. Ni Dios, ni dinero, solo poder».

A Orwell le resultaba imposible adivinar hacia dónde habría evolucionado London en términos políticos de no haber muerto en 1916, a los cuarenta años. Es posible que se hubiese vuelto comunista, trotskista, anarquista o nazi. «A nivel intelectual […] sabía que el socialismo implicaba que los sumisos heredarían la tierra, pero eso no es lo que le pedía su temperamento[535]». Por lo menos, escribió Orwell, no cometió el error de no tomarse en serio a Hitler. Por sus «rasgos brutales[536]» y su «comprensión de lo primitivo[537]», London era «mejor profeta que muchos otros pensadores mejor informados y más lógicos[538]», como Wells. Solo un hombre que mantiene cierta relación con la bestia rubia puede tener una comprensión profunda de la violencia y el poder. Según Orwell, «se podría decir que era capaz de entender el fascismo porque tenía una vena fascista[539]». Es posible que Orwell no hubiera podido imaginar el Ministerio del Amor de no haber tenido él también una vena brutal.

Quizá *El talón de hierro* le sirvió de inspiración para la jerarquía de oligarcas y proles de *1984* y esa imagen, tan característica, de la bota que aplasta un rostro humano eternamente. Orwell la utilizó por primera vez en *El león y el unicornio* y recurre a las botas como sinécdoque de la violencia

estatal casi veinte veces a lo largo de *1984*. No obstante, el mejor regalo que le hizo London a Orwell fue estructural. Tanto *Los viajes de Gulliver* como *El año 2000* presentan un prefacio de un editor ficticio, para que parezcan memorias en vez de novelas, pero London fue más lejos. Estructuró el relato de Avis como «El manuscrito Everhard», un documento que cuenta con introducción y notas al pie, escritas por Anthony Meredith, un historiador que vive en una utopía socialista en el siglo XXVII y considera el texto «la advertencia a esos políticos irreflexivos actuales que teorizan tan convencidos sobre los procesos sociales[540]». Las notas al pie de la novela son en gran medida un recurso para meter con calzador el contexto político en la narración, pero también sirven para explicar que, después de tres siglos, el Talón de hierro por fin fue derrocado y sustituido por la Hermandad del hombre. Un rayo de esperanza frente a la sombría conclusión del libro. El final no es realmente el final.

Esto nos lleva a lo que denomino la «teoría del apéndice».

La última palabra de *1984* no es «FIN». En realidad es «traducción», la palabra que cierra el apéndice «Principios de nuevalengua». Ese apéndice presenta dos rasgos sorprendentes: está escrito en la lengua del siglo XXI (llamada viejalengua) y está escrito en pasado. Lo que hace que se planteen algunas cuestiones apremiantes: ¿quién lo escribió?, ¿cuándo? y ¿para quién?

Hay dos posibles explicaciones. Una es que se trata de la tremenda metedura de pata de un autor que en todos los demás aspectos parece tener un dominio completo de su material y que podría haber añadido sin problema un análisis de nuevalengua al libro de Goldstein. La otra explicación, la teoría del apéndice, afirma que la historia de Winston Smith es un texto dentro del mundo de la novela, escrita por un autor anónimo: eso explicaría la solitaria nota al pie que aparece en el primer capítulo y remite al lector al apéndice.

Lógicamente, esto querría decir que se han recordado todos los hechos con exactitud, que en 2050 la viejalengua no ha desaparecido, que el Socing no duró «para siempre». Dado que el autor del apéndice conoce la historia completa, Winston debe haberse equivocado al pensar que «reducirían el diario a cenizas y a él a vapor[541]». Codificado como un análisis desapasionado y ensayístico de nuevalengua, se trata de una especie de final feliz: una rendija de luz en medio de esa desesperanza monumental. Winston no cree que pueda haber cambio «en nuestra vida[542]» pero se puede imaginar «que incluso dejen tras ellos algún testimonio para que la siguiente generación pueda seguir donde ellos lo dejaron[543]». En la introducción a su

versión teatral de 2013, la primera adaptación en la que se incluyó el apéndice, Robert Icke y Duncan Macmillan comentaron que «desvela con osadía el mecanismo de la novela y plantea cuestiones fundamentales al lector: ¿puedes fiarte de la evidencia?, ¿cómo sabes qué es realmente verdad? y ¿dónde estás tú, el lector, en estos momentos?»[544].

La defensora más famosa de la teoría del apéndice es Margaret Atwood. «Orwell es mucho más optimista de lo que se piensa», dijo en 1986[545]. En una entrevista posterior, añadió que muchas novelas distópicas presentan «un mecanismo de encuadre, algo así como que hace mucho tiempo pasaron todas estas cosas horribles, pero ahora las observamos desde el futuro[546]». El apéndice de «Notas históricas» de *El cuento de la criada* es el mismo tipo de recurso, en él se observa en retrospectiva una horrible tiranía desde el puerto seguro de 2195. «El optimismo es relativo —dijo Atwood—. Los destellos están bien. Ya no nos creemos el "felices para siempre", pero podemos vivir con esos destellos[547]».

Esa es la teoría del apéndice.

Una de las últimas piezas que Orwell escribió para la División de la India fue una dramatización de un relato de 1896 de H. G. Wells titulado «A Slip Under the Microscope» (Una muestra en el microscopio), una desalentadora obra sobre los prejuicios de clase, la burocracia despiadada y la crueldad del destino, basada en las experiencias del autor en la Normal School of Science.

Después de aquella turbulenta cena en Langford Court, William Empson le dijo a Inez Holden que pensaba que Wells se había enfadado porque Orwell había sido grosero; Holden replicó que era porque Wells pensaba que Orwell estaba equivocado. Y tenía razón: Orwell estaba equivocado, o estaba siendo simplista, al caricaturizar al hombre como una eminencia gris autocomplaciente que no sabía a lo que se enfrentaba la democracia. En realidad, Wells era un hombre mayor y deprimido, con impulsos suicidas, y sus visiones utópicas habían sido advertencias más que profecías: la humanidad podía seguir el camino del progreso (prescrito por Wells) o volver al hoyo. Al parecer había elegido el hoyo. En una carta de 1941, Wells le dijo a George Bernard Shaw: «Como pueblo somos una colección de cretinos que nunca aprenden, en guerra con un lunático infeccioso y sus víctimas[548]».

No resulta sorprendente, por tanto, que Wells explotase cuando sentía que alguien tergiversaba su obra. La reputación es algo precioso, frágil, que hay que defender. En su opinión, toda su carrera era ejemplo de «una insistencia clara en la inseguridad del progreso y en la posibilidad de la degeneración y

extinción de los seres humanos. […] Creo que los hombres tienen las de perder, pero, aun así, vale la pena luchar[549]». ¿Cómo era posible, pensaba, que alguien tan inteligente como Orwell no hubiese entendido eso? Al final de esa década, Orwell viviría en sus propias carnes lo que supone que se malinterpreten los aspectos cruciales de tu visión del mundo.

«Lee mis primeras obras, pedazo de mierda».

Cuando «A Slip Under the Microscope» se emitió, en octubre de 1943, Orwell ya había presentado su dimisión a la BBC. «En algún momento de 1944 puede que vuelva a ser medio humano y capaz de escribir algo serio —le escribió a Rayner Heppenstall, un viejo amigo que trabajaba en otro departamento de la BBC—. Ahora mismo no soy más que una naranja pisoteada por una bota muy sucia[550]». Eileen estaba encantada con su decisión. «Considero que trabajar como basurero municipal sería más digno y mejor para tu futuro como escritor», le dijo más tarde[551].

En su carta de dimisión, Orwell insistió en que le habían tratado bien y le habían dejado mucha libertad: «Nunca me he visto obligado a decir en el aire nada que no hubiese dicho como individuo[552]». Es una exageración cortés (poco antes le habían reprendido por meter una crítica a Stalin en un programa de noticias). El motivo principal de su dimisión era la agobiante convicción de que su trabajo era una pérdida de su tiempo y del dinero público. Solo había 121 000 radios en la India, un país con una población de 300 millones, y aquellos que la encendían no tenían el hábito de escribir para dar su opinión. Cuando la BBC organizó una encuesta entre su audiencia, descubrieron que la tasa de satisfacción con los programas de Orwell solo alcanzaba el dieciséis por ciento. Tendría que esperar hasta después de la guerra para descubrir que tenía admiradores en la India. Nunca llegó a ver el informe interno escrito por Rushbrook Williams, director de la División de la India, en el que elogiaba su talento, su ética laboral y su integridad: «Es transparente y honesto, incapaz de ninguna treta, en el pasado le habrían canonizado (¡o quemado en la hoguera!). Y él habría soportado con valentía y estoicismo cualquiera de las dos[553]». En su último día en la BBC, sus compañeros le organizaron una fiesta sorpresa, porque sospechaban que, de haberlo sabido de antemano, no habría acudido[554].

Por lo menos, gracias a su trabajo y al de Eileen, Orwell había visto la maquinaria de la propaganda en acción, y se quedó obsesionado con la producción masiva de mentiras. Igual que ser un imperialista le enseñó a odiar el imperialismo, juntarse con vagabundos y mineros le hizo sentir la injusticia

económica de una forma visceral y luchar en España reforzó su oposición al fascismo y el comunismo, el hecho de trabajar como propagandista, aunque fuese en condiciones relativamente benignas, le dio la autoridad moral para criticar la propaganda con firmeza. En un largo ensayo titulado «Recuerdos de la guerra civil española», escrito en 1942, Orwell pudo entender mejor lo que había visto en España: «por vez primera vi reportajes de prensa que no guardaban ninguna relación con la realidad, ni siquiera la relación que se sobreentiende en una mentira normal y corriente. […] Vi de hecho que la historia se escribía no en función de lo que fue, sino de lo que debería haber sido de acuerdo con las distintas “líneas de partido[555]”».

En su opinión, se trataba de algo nuevo. En el pasado había habido engaños deliberados o sesgos inconscientes, pero al menos se creía en la existencia de los hechos objetivos y la distinción entre lo verdadero y lo falso. Los regímenes totalitarios, en cambio, mentían a una escala tal que hacían que Orwell sintiera que «el concepto mismo de verdad objetiva va desapareciendo poco a poco del mundo[556]». Lo que en 1937 era solo una corazonada se convirtió en una convicción que serviría de fundamento para el Ministerio de la Verdad y de verdadera fuente del poder del régimen Socing: controla «no ya el futuro, sino también el pasado. Si ese Jerarca Máximo afirma que tal o cual suceso “nunca ocurrió”, bien, es que no ocurrió. Si dice que dos y dos son cinco, bien, pues dos y dos son cinco. Esta perspectiva me aterra mucho más que las bombas. Y tras las experiencias de estos últimos años, no es una afirmación frívola[557]».

Es innegable que esta es la base moral e intelectual de *1984*. La guerra del totalitarismo contra la realidad era más peligrosa que la policía secreta, la vigilancia constante o la bota en el rostro, porque en «ese mundo fantasmagórico y cambiante, en el que mañana lo negro puede ser blanco, en el que la climatología podrá cambiarse por decreto[558]» no hay ninguna base sólida sobre la que montar una revolución, no queda ningún pliegue en el cerebro que no haya sido infectado y deformado por el Estado. El poder es lo que elimina la posibilidad de desafiar el poder. Por eso mismo no basta con que O’Brien obligue a Winston a decir que dos más dos son cinco. Solo ha ganado de verdad cuando Winston cree que dos más dos son cinco.

Durante el periodo que Orwell pasó en la BBC, cambió el curso de la guerra. Cuando se presentó el primer día en la «Escuela de Mentirosos» en agosto de 1941, Alemania dominaba Europa y avanzaba sobre Moscú; Japón arrasaba el Sudeste Asiático; Estados Unidos aún no había entrado en guerra. En noviembre de 1943, sin embargo, se había expulsado a las tropas de Hitler

del norte de África y de la URSS, Italia se había rendido a los Aliados y el emperador Hirohito describía la situación de Japón como «verdaderamente grave[559]». Faltaban pocos días para que Churchill, Roosevelt y Stalin se reuniesen en Teherán para discutir los «ámbitos de influencia» de la posguerra: una conferencia que, según el propio Orwell, fue una temprana fuente de inspiración para *1984*. Era solo cuestión de tiempo que Alemania y Japón se rindiesen. La cabeza de Orwell no dejaba de darle vueltas al futuro del totalitarismo, ahora que el fascismo había sido derrotado pero el estalinismo seguía disfrutando de mucho prestigio.

En algún momento hizo un esbozo de *1984*, que entonces se llamaba *El último hombre en Europa*. (Ha sobrevivido un rastro de ese título original en las palabras burlonas de O'Brien: «Si lo eres [un hombre], debes de ser el último. Tu especie se ha extinguido; nosotros somos tus herederos[560]»). Este cuaderno de Orwell no está fechado y es evidente que su contenido se ha copiado de algún borrador previo, pero los estudiosos consideran que data de finales de 1943 o principios de 1944. En él no aparecen aún algunos de los elementos clave de la novela, pero sí está lo esencial (el Socing, la nuevalengua y el doblepiensa), así como el efecto que buscaba conseguir: «la sensación de pesadilla que provoca la desaparición de la verdad objetiva[561]». Otra vez esa frase. El periodo que pasó en la BBC les proporcionó a estas ideas obsesivas cuando menos el tiempo necesario para evolucionar hasta convertirse en conceptos sofisticados.

«Recuerdos de la guerra civil española» se publicó en *New Road* en junio de 1943, pero se omitieron algunos fragmentos cruciales sobre la propaganda y el abuso de la historia. La versión completa no se publicó hasta 1953 y fue una pena porque, además de explicar las ideas que sustentan *1984*, estos fragmentos también constituyen una defensa preventiva del libro contra cualquiera que lo acusase de ser un melodrama histérico. «¿Es tal vez pueril, o morboso, asustarse imaginando un futuro totalitario? —pregunta Orwell—. Antes de descartar ese mundo totalitario y tacharlo de pesadilla que no podrá hacerse realidad, recordemos que en 1925 el mundo en que hoy vivimos habría parecido a cualquiera una pesadilla incapaz de hacerse realidad[562]».

06
El hereje
Orwell y Zamiatin

«*Sé que tengo la mala costumbre de decir en un momento determinado no lo que podría resultar conveniente, sino lo que estimo es la verdad*».

EVGUENI ZAMIATIN, carta a Stalin, 1929[563]

En enero de 1944, un profesor de literatura de origen ruso llamado Gleb Struve llamó la atención de Orwell sobre la existencia de la novela antiutópica *Nosotros*, escrita por Evgueni Zamiatin entre 1920 y 1921. «Me interesa ese tipo de libros e incluso voy tomando notas para uno que puede que escriba antes o después», respondió Orwell[564].

Ese verano, Orwell consiguió un ejemplar de la traducción francesa de 1929, *Nous autres*, y más adelante, en enero de 1946, escribió sobre él en *Tribune* bajo el título «Freedom and Happiness» (Libertad y felicidad). Orwell consideraba que «no es un libro de primera clase, pero es sin duda algo inusual» y sugería que *Un mundo feliz* «tiene que derivar en parte» de él[565]. En una carta posterior que escribió a Fredric Warburg llega a decir que «en parte lo plagia[566]». No era una acusación indignante (Kurt Vonnegut diría algo parecido más tarde), pero Huxley siempre negó haberlo leído. Y Zamiatin le creía, pensaba que el parecido «es prueba de que estas ideas flotan en el aire turbulento que respiramos[567]».

El karma se la devolvió: Orwell también fue criticado y acusado de haber plagiado *Nosotros*. El primero en afirmarlo fue el historiador Isaac Deutscher, que le acusó de tomar prestada de *Nosotros* «la idea de *1984*, la trama argumental, los personajes principales, los símbolos y todo el clima de su narración[568]». Pero esta afirmación presenta tres problemas. Primero, Deutscher exagera los parecidos entre ambas novelas. Segundo, como ya hemos visto, Orwell había escrito un boceto de *1984* meses antes de haber leído *Nosotros*. Tercero, Orwell hizo grandes esfuerzos para que la novela de Zamiatin se volviera a publicar en inglés y animó a sus lectores más de una

vez a «estar atentos a este libro[569]», algo que no se suele hacer cuando tienes intención de plagiarlo.

El concepto de originalidad resulta problemático en el campo de la ficción. No acusamos a cualquiera que escriba sobre un detective brillante y excéntrico de estar copiando a Arthur Conan Doyle. Además, el género de la ficción utópica presenta una serie de temas y motivos recurrentes. Edward Bellamy tuvo influencia sobre William Morris; ambos influyeron en H. G. Wells; Wells influyó sobre Huxley, Orwell y Zamiatin; y todos ellos introdujeron alguna idea, técnica o tono nuevos. Como dijo Morris, cada utopía es «la expresión del temperamento de su autor[570]». A pesar de ello, es imposible leer la extraña y visionaria novela de Zamiatin y no pensar en las historias que se escribirían más tarde, incluida la de Orwell.

Zamiatin dijo que *Nosotros* es «mi obra más burlona y más seria[571]». La novela, que comenzó a escribir en Petrogrado en 1920, a los treinta y seis años, tiene lugar en el futuro, bajo el despotismo ultrarracional del Estado Único, una expresión hiperbólica de la creencia del autor de que la vida urbana «roba a las personas su individualidad, los vuelve a todos iguales, como máquinas[572]». Zamiatin pulió y desarrolló las ideas de Wells y Dostoievski hasta construir un patrón sólido en el que se basan muchos relatos sobre la individualidad frente a la homogeneidad. Con la figura del Benefactor, Zamiatin crea un dictador misterioso y anónimo, que se presenta como protector. Inventó también «cifras» uniformadas identificadas por números en lugar de nombres y un Estado que representa «la victoria de la masa contra el individuo, de la totalidad sobre la unidad[573]». Las cifras viven en edificios de cristal (con lo que se abole la privacidad) y son vigiladas de forma continua por la policía secreta («los Guardianes»), excepto durante la «hora del sexo» obligatoria, que, en un mundo en el que no existe el amor, es organizada por el Estado por medio de un sistema de cupones. Se alimentan de comida sintética, viven en un clima controlado y tienen música predecible, hecha por máquinas (los musicómetros de Zamiatin anticipan los versificadores de Orwell). Zamiatin también crea un ritual diario, la Tabla de los Horarios, una parodia de la doctrina de la eficacia de Frederick Winslow Taylor, el promotor de la organización científica del trabajo. Se trata de una ciudad de cristal rectilínea, modelada según la geometría de Petrogrado, rodeada por el Muro Verde, que la separa de una naturaleza indómita que representa los impulsos atávicos de la humanidad. Zamiatin también recurre al arquetipo del tímido operario que se ve empujado a la rebelión por una mujer sacrílega y cautivadora.

A pesar de su enorme importancia, *Nosotros* no es más conocida porque no es una lectura fácil. La prosa compacta e impresionista de Zamiatin se parece a un cuadro de sus contemporáneos Malévich o El Lissitzky: colores y formas puros. Los pájaros, por ejemplo, son «agudas bandadas triangulares y negras, que descendían con sonidos estridentes[574]»; la risa es «el estallido de cohetes de feria de colores rojos, azules y dorados[575]»; la anatomía se describe como geometría. Zamiatin quería usar un lenguaje acorde a un mundo acelerado. «Cuando nos movemos deprisa —escribió en 1923—, el canon, lo habitual elude nuestra vista; de ahí el simbolismo y el vocabulario inusual, a veces sorprendente. La imagen es nítida, sintética, destaca un solo rasgo: el rasgo que verías desde un coche que avanza a toda velocidad[576]». Buscaba también articular así la mentalidad de su narrador, identificado como D-530. Otros escritores, como Bellamy y Wells, recurrían a un protagonista coetáneo al lector para que actuase como su representante, pero Zamiatin se lanzó de cabeza al futuro y necesitaba un lenguaje nuevo para dar vida a ese mundo nuevo. Más tarde, compararía su escritura con el cine: «Nunca expliqué nada; siempre mostré y sugerí[577]».

D-530 es un matemático que trabaja en el Integral, una nave espacial cuya misión es llevar el Estado Único a otros mundos, y escribe un diario en el que les explica el funcionamiento de esa sociedad a unos lectores que él cree que son como sus bárbaros ancestros. La forma petulante y condescendiente en que habla de la «felicidad matemáticamente infalible[578]» es una parodia del tono evangélico de los guías turísticos utópicos, como el doctor Leete de Bellamy: «Hablar de todo esto me resulta divertido y, al mismo tiempo, difícil[579]». A Zamiatin le gustaba el cuento *La nueva utopía*, de Jerome K. Jerome, y las explicaciones sinceras y orgullosas de D-530 no están exentas de humor, como vemos, por ejemplo, en la famosa tragedia del Estado Único, titulada «Quien llega tarde al trabajo[580]». Sin embargo, lo que acaba documentando es su propio desmoronamiento mental cuando la perfecta ecuación de su vida se ve alterada por la incógnita X y el imposible √-1. A medida que fallan sus funciones mentales, como «una máquina obligada a un número demasiado grande de revoluciones[581]», su relato se ve infectado por recuerdos defectuosos, elisiones, paradojas, dudas y sueños: la «vieja enfermedad[582]» que ha contraído de I-330, una revolucionaria liberada en términos eróticos. La historia que está contando se le va de las manos.

En opinión de Orwell, *Nosotros* tiene «una trama más bien débil y episódica que resulta demasiado compleja para ser resumida[583]». Sin entrar

en muchos detalles, hay una banda de revolucionarios llamados los Mefi, que intentan apropiarse del Integral, destruir el Muro Verde y derrocar el Estado Único, todo ello con la indecisa colaboración de D-530. El Benefactor se defiende por medio de la Gran Operación, un proceso similar a la lobotomía para extirpar la imaginación y hacer que los ciudadanos sean «perfectos como máquinas. El camino hacia la plena felicidad está libre[584]». Al diablo con la sociedad perfecta; lo que se necesitan son cerebros perfectos. El libro acaba cuando torturan a I-330 hasta la muerte, mientras un D-530 pacífico y sonriente insiste en la victoria del Estado Único: «Porque la razón ha de vencer[585]».

El conflicto personal de Zamiatin con el Estado tampoco acabó bien. Para este hombre increíble, que siempre anteponía sus principios a su instinto de supervivencia, *Nosotros* fue sobre todo la novela que hizo añicos su vida. Por eso Orwell la describe como «una de las curiosidades literarias de esta época de quema de libros[586]».

«Es posible que las historias más interesantes y más serias no sean las que he escrito, sino las que me han ocurrido», escribió una vez Zamiatin[587].

Evgueni Zamiatin estaba empeñado en hacerse la vida difícil. Nació el 1 de febrero de 1884 en la pequeña ciudad de provincias de Lebedyan y era un niño solitario al que le gustaban los libros. «Gógol era mi amigo[588]», explicó más tarde, como si no necesitase a nadie más. En 1902, al terminar su periodo escolar en Vorónezh, recibió una medalla de oro por sus logros académicos. El inspector escolar le enseñó un panfleto escrito por un antiguo alumno de Vorónezh que había sido arrestado tres años antes por sus actividades revolucionarias: «Él también recibió una medalla de oro y ¿qué es lo que escribe? Por supuesto, ha acabado en la cárcel. Tengo un consejo para usted: no escriba, no siga por ese camino[589]». Cuando contaba esta anécdota, Zamiatin añadía secamente: «Su advertencia no surtió efecto».

Así es, al menos, como lo cuenta Zamiatin en uno de los tres bocetos autobiográficos que escribió para publicaciones rusas durante la década de 1920. No tiene importancia si la conversación se desarrolló de esa manera. Lo que importa es que esa es la historia que quería contar: la de un hombre que nadaba contra corriente costase lo que costase. Struve aseguraba que era «un eterno rebelde contra el orden establecido[590]».

Zamiatin fue a estudiar Ingeniería Naval en el Instituto Politécnico de San Petersburgo y se encontró una ciudad agitada por las reuniones y manifestaciones radicales. «En aquella época, ser bolchevique significaba

seguir la línea de la resistencia —escribió—, y yo era un bolchevique entonces[591]». En esa década, la policía del zar le arrestó tres veces. Durante un periodo de exilio forzoso de la ciudad, comenzó a escribir ficción. «Si he encontrado mi lugar en la literatura rusa, se lo debo al departamento de la policía secreta de San Petersburgo», diría con ironía más tarde[592].

Durante la Primera Guerra Mundial, Zamiatin era un disidente conocido, pero también un ciudadano valioso, con unas habilidades que Rusia no se podía permitir perder. En marzo de 1916, fue enviado a Gran Bretaña para diseñar y construir barcos rompehielos para la Marina rusa. Encajó bastante bien. Un hombre esbelto, guapo y estiloso al que le gustaba vestir de *tweed* y fumar en pipa y que tenía, o eso pensaban sus amigos, la reticencia emocional de un inglés. Allí escribió *Los isleños*, una sátira afilada sobre el conformismo de clase media. Volvió a Petrogrado unas semanas antes de la Revolución de Octubre[593]. Para Zamiatin, que ya no era bolchevique, fue como si en febrero se hubiera lanzado una bomba y hubiera estado dando vueltas durante ocho meses antes de explotar. «Cuando por fin se disipó el humo de esta tremenda explosión, vimos que todo estaba patas arriba: la historia, la literatura, los hombres, las reputaciones», escribió[594].

Zamiatin tenía una concepción dialéctica de la historia. «Ayer, la tesis; hoy, la antítesis; y mañana la síntesis», escribió en «Tomorrow» (Mañana), un ensayo de 1919[595]. Pensaba que la síntesis política de Rusia, que garantizaría tanto la justicia social como la libertad individual, estaba por llegar. A esto le añadía la idea, del físico alemán Julius Robert von Mayer, de una lucha cósmica entre revolución, fuerza vital y entropía, que tiende a la inmovilidad y la muerte. Para Zamiatin, el dogmatismo era entropía política. «El eterno descontento es lo único que garantiza un eterno avance, una eterna creación —declaró—. Los que mantienen el mundo vivo son los herejes: el Cristo herético, el Copérnico herético, el Tolstói herético[596]».

Zamiatin empezó a relacionarse con un grupo de escritores, encabezados por el crítico Razumnik Ivanov-Razumnik, que se denominaban a sí mismos los «escitas», en honor a la tribu de nómadas que habían vivido en las estepas rusas dos mil años antes. No tardaron en distanciarse porque Zamiatin pensaba que decir que la Revolución de Octubre era la solución definitiva, convertir el bolcheviquismo en una nueva religión, era algo profundamente antiescita. El verdadero escita, insistía, era un rebelde perpetuo que «siempre trabaja pensando en el futuro remoto, nunca en el próximo, y jamás en el presente[597]». Sus palabras resultan al mismo tiempo apasionantes y agotadoras. En medio de una larga y sangrienta guerra civil para defender la

Revolución, casi nadie quería morir por un futuro remoto. Zamiatin se aseguró, por así decirlo, de que la nueva policía secreta bolchevique, la Cheka, le tuviera tanta antipatía como su predecesora zarista. Las revistas que se atrevían a publicar sus artículos combativos y sus relatos satíricos acabaron cerradas. En febrero de 1919, Zamiatin fue detenido, pero consiguió convencer a la policía de que le soltase y consiguió ganarse la simpatía y el apoyo de Maksim Gorki.

Zamiatin había conocido a Gorki al volver a Petrogrado, durante el caos de septiembre de 1917, por lo que siempre le asoció con el sonido de los tiroteos. Con su tos y su bigote amarilleado por el tabaco, Gorki, de cuarenta y nueve años, era el titán de la literatura rusa, idolatrado por su trascendental obra del realismo socialista *Los bajos fondos* (de 1902) y por apoyar desde un principio a los bolcheviques, lo que le valió una temporada de cárcel y exilio. Se enemistó con su viejo amigo Lenin en 1917, pero lo arreglaron al año siguiente y utilizaba su influencia para apoyar a aquellos escritores que vivían una situación más precaria.

Durante la guerra civil, cuando los rusos apenas podían comprar pan y combustible (mucho menos libros), los únicos escritores que podían ganarse la vida eran los de mentalidad propagandística. Lo que hizo Gorki, en palabras de Zamiatin, fue convertirse en «una especie de ministro de cultura extraoficial, que organizaba proyectos públicos para los intelectuales descarriados y muertos de hambre[598]». Gorki era un puente entre los artistas y los burócratas y fundó varias organizaciones, como la Casa de las Artes, un palacio convertido en una residencia de escritores, y el Instituto de Literatura Mundial, una editorial que publicaba traducciones de obras clásicas con nuevas introducciones de escritores rusos. Recibía cientos de súplicas de las familias de los hombres detenidos por la Cheka y muchas veces iba en persona al Kremlin para pedir a Lenin su puesta en libertad.

En 1920, Zamiatin, cofundador de la Asociación Panrusa de Escritores, era el responsable de la sección de Petrogrado. «Si quiere permanecer con vida, el escritor que no puede volverse astuto tiene que arrastrarse a una oficina con un maletín», escribió[599]. Los astutos eran los escritores flexibles en términos ideológicos que seguían la línea del Partido. «En el fondo hay que ser un acróbata[600]», dijo Alekséi Tolstói, un aristócrata que se reinventó con soltura y se convirtió en un astuto adulador. Para Zamiatin esto suponía un suicidio artístico: «La verdadera literatura no puede existir cuando la crean esos oficiales diligentes y de confianza, sino los locos, los ermitaños, los herejes, los soñadores, los rebeldes y los escépticos[601]». Era un hombre

popular («abierto, espabilado, trabajador, de buen trato[602]», según un colega) y una fuente de inspiración para el grupo de jóvenes escritores experimentales conocido como Serapionovy Bratya (Hermanos Serapion). También era un *poputchik*, o «compañero de viaje», término con el que Trotski designaba a los intelectuales que apoyaban los objetivos de la Revolución pero no eran miembros del Partido Comunista. Aunque los compañeros de viaje no eran muy apreciados, al menos eran tolerados… de momento.

Como miembro del consejo de planificación editorial del Instituto de Literatura Mundial, Zamiatin editó y escribió introducciones para varias obras de H. G. Wells y adoraba sus «cuentos de hadas químicos y mecánicos[603]» de una época de aeroplanos y asfalto. Cuando Wells visitó Petrogrado en 1920, Zamiatin hizo un discurso en su honor. En su ensayo de 1922, «H. G. Wells», Zamiatin entendió, a diferencia de Orwell, que los grandes planes de Wells no eran más que un puente que se tambaleaba sobre un abismo de caos y violencia. «La mayor parte de sus fantasías sociales llevan el signo – y no el signo + —escribió Zamiatin—. Sus novelas sociofantásticas son instrumentos para explorar las deficiencias del orden social existente, más que para construir la imagen de un paraíso futuro». Es decir, Wells utilizaba «los oscuros colores de Goya» y no «los colores empalagosos y rosados de una utopía» (con la excepción de *Men like Gods*[604]).

Su ensayo pone de manifiesto que tenía un amplio conocimiento de las utopías y la ciencia ficción, de Bacon a Swift, pero también de obras recientes inspiradas en Wells, como las del checo Karel Čapek (que acuñó el término *robot* en su obra teatral distópica *R. U. R.*, que Orwell admiraba), las del polaco Jerzy Żuławski y las del ruso Alekséi Tolstói. En ese ensayo, Zamiatin solo hace una breve alusión a un libro que sus lectores no podían conocer porque todavía no había sido aprobado por los censores soviéticos (y nunca lo sería): «*Nosotros*, del autor de este ensayo[605]».



No es fácil saber si Orwell tomó sus ideas directamente de Zamiatin o si simplemente siguieron un razonamiento parecido. Describe a D-530 como «una criatura mediocre y convencional, una especie de utópico Billy Brown de la ciudad de Londres[606]», una descripción que se podría aplicar a Winston Smith, pero también a Flory, Comstock y Bowling. Si la Policía del Pensamiento se parece a los Guardianes, ¿no podría ser porque ambas son versiones extremas de la policía secreta rusa? En una época en la que a Stalin

se le llamaba «Uncle Joe» (tío Joe), ¿seguro que fue el Benefactor el que inspiró la figura del Hermano Mayor? Es verdad que la «extraña e irritante[607]» I-330, que fuma, bebe, disfruta del sexo y organiza encuentros clandestinos, sí que parece una precursora de Julia. S-4711, el misterioso jorobado que parece capaz de leer la mente de D-530, desempeña un papel parecido al de O'Brien. Y la forma en que D-530 se rinde al final tiene su eco en el amor que acaba sintiendo Winston por el Hermano Mayor. No debemos olvidar que Orwell escribió un boceto antes de leer *Nosotros*, pero Julia, O'Brien, el Hermano Mayor y la Policía del Pensamiento se le ocurrieron después de su lectura.

Aunque Orwell hubiera tomado de Zamiatin algunas partes de su estructura ficcional, su impulso filosófico era muy diferente. Cuando el Benefactor dice que la gente siempre ha querido «alguien que les diga de una vez por todas en qué consiste la felicidad y que luego les encadene a ella[608]», suena más como el Mustafá Mond de *Un mundo feliz* o como el Gran Inquisidor de *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski, famoso por defender que la pérdida de libertad es un precio que la gente está dispuesta a pagar por la felicidad. Orwell rechazaba esta idea. Cuando Winston imagina que O'Brien va a justificar el gobierno del Partido con el argumento de que «la humanidad tenía que elegir entre la libertad y la felicidad, y que la mayoría prefería la felicidad[609]», es castigado por su estupidez. Los ciudadanos de Oceanía no son ni libres ni felices. La igualdad y el progreso científico, tan importantes en *Nosotros*, no tienen cabida en la dictadura estática y jerárquica de Orwell; la mentira organizada, esencial en *1984,* no era una de las preocupaciones de Zamiatin.

Zamiatin tomó la ecuación 2 + 2 = 4 de otra novela de Dostoievski, *Memorias del subsuelo*, para representar el «muro de piedra[610]» de la racionalidad. El narrador de Dostoievski insiste en su libertad de decir otra cosa: «Después de "dos y dos son cuatro" no queda, evidentemente, nada, no solo nada que hacer, sino incluso nada que saber[611]». Una vez más, Orwell se opone. Cuando uno se enfrenta al misticismo y la locura deliberada, «la libertad consiste en poder decir que dos y dos son cuatro. Admitido eso, se deduce todo lo demás[612]». Para Zamiatin y Dostoievski, la suma más simple se convierte en una jaula; para Orwell, en un ancla. Estas dos visiones del mundo son irreconciliables. Resulta revelador que Orwell se centrase en una nota breve y disonante de crueldad atávica: la Máquina del Benefactor que, en una «celebración de justicia» pública, reduce a los enemigos del Estado a un charco. Lo que Orwell vislumbra en este ritual es similar a lo que le intrigaba

en Jack London: «Esta percepción intuitiva de la cara irracional del totalitarismo (el sacrificio humano, la crueldad como fin en sí misma, la veneración de un líder con atributos divinos) es lo que hace que el libro de Zamiatin sea superior al de Huxley[613]».

Orwell le dijo a Warburg que le parecía que *Nosotros* era «un eslabón interesante en la cadena de libros utópicos[614]». Paremos un momento para seguir esa cadena.

Algunos críticos insisten en que Ayn Rand podría haber escrito su novela *Himno en 1938* sin haber leído *Nosotros*. Cuesta creerlo. Quizá sea coincidencia que se inventase a Igualdad 7-2521, que escribe un diario secreto, y una ciudad resplandeciente y uniformada, los horarios inflexibles, los himnos estatales, la felicidad obligatoria, el interés amoroso angular, la huida al Bosque Inexplorado y la tensión entre el «yo» y el «nosotros»: «el monstruo que gravitaba como una nube negra sobre la tierra y ocultaba el sol a los hombres[615]». Puede que sea solo mala suerte que *Himno* suene como una vulgar versión de una canción hermosa y extraña.

Rand huyó de Rusia en 1926, con veinte años, y se llevó consigo a Estados Unidos un odio al comunismo que la acompañó toda su vida. Escribió *Himno* en tres semanas en el verano de 1937 y dijo que la primera vez que había imaginado «un mundo futuro en el que no existía la palabra *yo* fue cuando estaba en la escuela en Rusia[616]». Rechazada en Estados Unidos, la novela corta se publicó por primera vez en Gran Bretaña y Malcolm Muggeridge escribió en *The Daily Telegraph* que se trataba de «una espeluznante predicción del futuro, […] un grito de angustia tras un exceso de intolerancia doctrinaria[617]».

En una carta a su editor, Rand escribió: «Es tan personal que, en cierto modo, es mi manifiesto, mi testimonio de fe. La esencia de toda mi filosofía[618]». Como consecuencia de su anticomunismo militante, su opresiva sociedad colectivista no podía ser tan avanzada en términos tecnológicos como la de Zamiatin; optó por una tiranía primitiva e inepta, mucho menos inteligente que Igualdad 7-2521. Cuando huye al Bosque Inexplorado adopta el nombre de Prometeo y a él hace referencia el «himno» del título, a su diatriba grandilocuente sobre su propia excepcionalidad y sus planes para construir una ciudad aún más grande que la que ha dejado atrás. Se trata de una reescritura de *Nosotros* como mito capitalista de creación, en el que el paraíso es una zona en construcción. «Para ser libre, un hombre debe

liberarse de sus hermanos —concluye—. Eso es la Libertad. Eso y ninguna otra cosa[619]». El título provisional de la novela era *Ego*.

Rand vendió millones de ejemplares, fundó una escuela de pensamiento político llamada «objetivismo» y tuvo más influencia en la ideología de los políticos que ningún otro novelista del siglo XX, por lo que es probable que los aspectos narrativos de su libro fuesen más imitados que los de *Nosotros*. En *THX 1138*, el primer largometraje de George Lucas, de 1971, un ingeniero con un nombre alfanumérico escapa de una sociedad subterránea estrictamente reglamentada («trabajar duro, aumentar la producción, evitar accidentes y ser feliz»)[620] y se encuentra solo bajo un sol desconocido. Lucas quiso transmitir «la impresión que me provoca Los Ángeles, exagerándola quizá un poco[621]» y darle un giro irónico al ineficiente Estado de Rand: los policías robot abandonan su misión de capturar a THX porque se han pasado de presupuesto. «La idea es que vivimos encerrados en jaulas, pero las puertas están abiertas, lo único que tenemos que hacer es salir», explicó Lucas[622].

No hay ninguna duda acerca de dónde sacó el grupo canadiense de rock Rush la idea de su disco *2112* publicado en 1976 en Anthem Records y dedicado «a la genialidad de Ayn Rand[623]». El letrista Neil Peart dijo que era un ataque contra «cualquier tipo de mentalidad colectivista[624]». En la pista colosal que da nombre al disco, un ciudadano de la despótica Federación Solar descubre una vieja guitarra y, con ella, el desaparecido arte del rocanrol. La misma idea se repite en *We Will Rock You*, el exitoso musical, *kitsch* y distópico, de Ben Elton y Queen. En él, un grupo de rebeldes del rocanrol, los Bohemios, empuñan sus instrumentos contra la corporación Globalsoft, que anestesia a la población de la Tierra (también conocida como el Planeta Ga Ga) con una cultura comercial homogénea, basada entre otras cosas en música generada por ordenador, muy parecida a la de la Fábrica Musical de Zamiatin. Resulta que el talón de Aquiles de Globalsoft es la música de Queen.

Aunque parezca irónico teniendo en cuenta que es una película que se basa en una marca de juguetes, en *La Lego película* también se ridiculiza el capitalismo. La primera secuencia, que muestra el comienzo de un día cualquiera para los habitantes de la sociedad automatizada de Bricksburg, es una versión de las Tablas de los Horarios de Zamiatin («Cada mañana, con la precisión de seis ruedas, nosotros, millones, nos levantamos al unísono, a la misma hora y en el mismo instante. Millones empezamos y terminamos de trabajar al unísono, a la misma hora[625]»), pero en la película la rutina incluye pasar por una cadena de cafeterías al estilo de Starbucks. En

Bricksburg, el equivalente al «Himno del Estado Único» es «Everything is awesome» (Todo es genial), una música animada y fanática. Igual que en *Nosotros*, la película junta a un técnico obediente que se topa con la revolución (Emmet Brickowski), una mujer revolucionaria (Wyldstyle), un dictador (el presidente Business) y la construcción de una superarma (el *Kraguel*) en una historia que promueve la imaginación individual por encima de la felicidad emocional del conformismo (revolución frente a entropía), todo ello construido con piezas de plástico.

El sinuoso camino que conduce de Lenin a Lego ilustra que las narrativas antiutópicas tienen la flexibilidad y la portabilidad de los mitos. No siempre está claro quién leyó qué ni cuándo, y las diferencias a menudo pesan más que los parecidos. Fijémonos en la película *THX 1138*, por ejemplo. Parece que Lucas toma su estructura narrativa de Zamiatin o Rand, las drogas para controlar la mente de Huxley, las telepantallas y el misterioso gobernante divino de Orwell, por no mencionar las ideas sacadas de *Metrópolis*, *La vida futura* y *Alphaville*, la película de ciencia ficción de Jean-Luc Godard. Luego mezcla este mejunje de influencias con la cultura de la década de 1970 en Estados Unidos y lo junta con una considerable imaginación visual para producir una distopía con un sabor distintivo. Por supuesto, también Zamiatin estaba trabajando con material previo. Sus cifras de uniforme azul, sus ubicuos Guardianes y la violenta rebelión en una ciudad de cristal ya aparecen en Wells, sobre todo en *Cuando el dormido despierte* y «Una historia de los tiempos venideros». Pero la historia no acaba aquí: aunque Rand negaba haber leído *Nosotros*, sugirió que Orwell la había plagiado a ella. En la revisión que hizo en 1953 de *Himno* para la primera edición en tapa dura en Estados Unidos, minimizó los horrores del Estado colectivista por temor a «dar a los lectores la impresión de que *Himno* no es más que otra sórdida historia al estilo de *1984* de Orwell (que, por cierto, se escribió muchos años después de que *Himno* se publicara en Inglaterra[626])».

Así que, en vez de entender las ideas distópicas como el resultado de unos genios individuales, las podríamos comparar con las canciones populares, que mutan al pasar de un individuo a otro, y de un contexto político a otro. «Mira todo lo que ha construido la gente —le dice Emmet al presidente Business—. Tal vez te parezca un caos. […] Lo que yo veo es gente que se inspira entre sí, y a la que tú también inspiras. Gente que coge lo que has hecho tú y lo transforma en algo nuevo[627]».

Por mucho que le moleste a Ayn Rand, se trata de un esfuerzo colectivo.

Volvamos a la mesa de Zamiatin en el Petrogrado de 1920. ¿Qué estaba intentando decir? En «Freedom and Happiness», Orwell sugiere que la sátira de Zamiatin, escrita antes del ascenso al poder de Stalin, se dirige contra la Máquina y no contra el Bolchevismo. Sin embargo, según Gleb Struve, el escritor estaba especulando sobre el potencial totalitarista de la Rusia bolchevique, que ya era una dictadura de partido único con una policía secreta fuerte y una formidable maquinaria propagandística: «Su importancia reside en que es más profético que tópico[628]». En una entrevista que dio Zamiatin en 1932 señala que ambos tienen razón: «La novela es una advertencia contra el doble peligro que amenaza a la humanidad: el poder hipertrófico de las máquinas y el poder hipertrófico del Estado[629]».

La paranoia y la opresión que Orwell asociaba con Stalin ya habían echado raíces en Rusia en la época en la que Zamiatin escribió *Nosotros*. En su obra de teatro de 1922 *Los fuegos de Santo Domingo*, Zamiatin utiliza la Inquisición española para hacer una sátira del Terror Rojo; uno de los inquisidores hace un discurso con un regusto orwelliano: «Si la Iglesia me dijera que tengo un solo ojo, estaría de acuerdo, me lo creería. Porque aunque sepa con certeza que tengo dos ojos, sé con mayor certeza todavía que la Iglesia no puede equivocarse[630]». Según el exiliado ruso Marc Slonim, «Zamiatin no podía decir que lo que veía a su alrededor fuera una revolución: la doctrina incrustada en la lava de la revolución, las ejecuciones inhumanas, la disciplina absurda, la creación de ideocracia en vez de autocracia[631]».

Es evidente que para los censores bolcheviques el mensaje de *Nosotros* era inaceptable. No se publicaría en su país natal hasta 1988, cincuenta años después de la muerte de Zamiatin. El provocador título de la novela se burla de ese principio que resumió el poeta proletario Aleksandr Bezimenski: «El "nosotros" colectivo ha acabado con el "yo" individual[632]». Y, lo que es aún peor, Zamiatin cuestiona la revolución. En un pasaje osado, I-330 explica por qué siempre es posible que haya otra revolución, cuando le pide a D-530 que le diga, como matemático, cuál es la última cifra.

> —Pero I… Eso es absurdo. La sucesión de números es infinita, ¿cómo quieres que te diga el último?
> —Entonces, ¿de qué última revolución me estás hablando? No existe ninguna revolución final, las revoluciones son también infinitas[633].

Aquí vemos a Zamiatin, el escita, con su eterno «¿y ahora qué?». Zamiatin citó este diálogo en el epígrafe de «On Literature, Revolution, Entropy, and Other Matters» (De la literatura, la revolución, la entropía y otros asuntos), un impresionante ensayo que escribió en 1923 y en el que aplica su teoría de las revoluciones infinitas a las matemáticas, la física, el arte y la política. Se trata de una idea increíblemente potente y un anatema para los guardianes de la Revolución bolchevique. Incluso Gorki criticó *Nosotros* por ser «irremediablemente mala, completamente estéril. Su ira es fría y seca, como la de una solterona[634]».

Zamiatin se pasó el resto de la década de 1920 con una espada de Damocles colgando sobre su cabeza. Muchos críticos radicales, que le consideraban un contrarrevolucionario burgués, culpable de «ridiculizar y humillar al pueblo de Octubre[635]», estaban deseando verla caer. En 1922, Zamiatin fue uno de los muchos intelectuales detenidos por actividades indeseables y acabó en una celda del mismo corredor de la misma cárcel en la que le habían recluido en 1905. Cuando sus amigos intervinieron para evitar que lo deportaran, se sintió muy decepcionado, tanto que él mismo solicitó oficialmente la deportación, sin éxito. Sabía lo que iba a pasar. En los años siguientes, cumplió sus obligaciones como traductor, editor y profesor. También se aventuró infructuosamente a escribir guiones para la industria cinematográfica, comenzó una novela épica que nunca terminaría y escribió una obra teatral, *Atila*, que se prohibió en todos los teatros. Sus cartas se censuraban, sus artículos eran rechazados por las revistas literarias. El olor a herejía ya nunca le abandonó.

Los horizontes de la literatura rusa se reducían sin parar. Cuando Lenin murió, en 1924, y Stalin (no Trotski) ocupó su lugar, se empezó a mirar con una desconfianza cada vez mayor a los compañeros de viaje. Gorki se pasó casi toda esa década en el extranjero, por lo que no podía ayudar a amortiguar los golpes. En 1925, un grupo de extremistas liderados por el crítico marxista Leopold Averbaj fundaron la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP, por sus siglas en ruso), cuyos escribas de tercera categoría prosperaron a base de denunciar todo aquello que fuese poco fiable en términos políticos y de producir porquerías propagandísticas, como el cerdo Mínimus de *Rebelión en la granja*. Como escribió Orwell, «ciertos temas no se pueden celebrar con palabras y la tiranía es uno de ellos. Nadie ha escrito nunca un buen libro que elogie la Inquisición…»[636]. Esta era precisamente la mentalidad que había ridiculizado Zamiatin en su ensayo de 1921 «Paradise» (Paraíso): «Todos se funden en un gris monofónico. […] ¿Cómo

podría ser de otro modo? Al fin y al cabo, rechazar la banalidad implica salirse de las filas perfectamente ordenadas, violar la ley de la equidad universal. La originalidad es sin duda un delito[637]». Durante el verano de 1928, Zamiatin fue enviado junto a Boris Pilniak, el novelista a cargo de la Asociación Panrusa de Escritores en Moscú, y otros escritores a granjas colectivas para que escribieran obras de ficción inspiradoras sobre la necesidad de acelerar la recogida del grano. La musa nunca apareció.

En diciembre de 1928, el Comité Central anunció el equivalente a un Plan Quinquenal de Literatura. Solo los escritores que celebrasen la «construcción del socialismo» serían considerados verdaderos escritores soviéticos y, evidentemente, Zamiatin no era uno de ellos. «Todo se nivelaba, se igualaba —escribió—. Todo desaparecía en el humo de la carnicería literaria[638]». En privado, Gorki bromeaba diciendo: «En los viejos tiempos, el escritor ruso no tenía que temer más que al policía y al arzobispo; el funcionario comunista de hoy es las dos cosas a la vez; siempre está listo para poner sus patas inmundas en el alma ajena…»[639]. Averbaj, un demagogo calculador cuñado del futuro jefe del NKVD, Guénrij Yagoda, estaba decidido a acabar con los compañeros de viaje de la Asociación Panrusa de Escritores, empezando por los más brillantes. Vio la oportunidad en 1929, el «primer año de una decidida dictadura totalitaria en Rusia[640]», según Hannah Arendt.

Nosotros se había publicado en inglés, en checo y en francés, pero Zamiatin había rechazado todas las propuestas para publicar el original ruso. En 1927, sin su permiso, un grupo de expatriados liberales de Praga publicaron extractos en ruso en la revista *Volya Rossii* (La Voluntad de Rusia). Zamiatin les pidió a los editores que no lo hicieran; le ignoraron. Parece que esto no le importó a nadie en Rusia hasta agosto de 1929, cuando la Asociación Rusa de Escritores Proletarios descubrió esta publicación no autorizada (o quizá la redescubrió en el momento más oportuno). Pilniak también se encontró en una posición vulnerable porque unos exiliados en Berlín habían publicado su novela *El año desnudo*. La asociación los acusó a ambos de colaboracionistas y la *Gaceta Literaria* publicó telegramas en los que se les atacaba por ser contrarrevolucionarios burgueses y desleales.

La sección de Moscú de la Asociación Panrusa cedió a la presión de inmediato, expulsó a Pilniak y censuró a Zamiatin. Este señaló con frialdad que, si tenían algún problema con *Nosotros*, deberían haber tomado cartas en el asunto seis años antes, cuando había leído algunos fragmentos de dicha novela en uno de los encuentros literarios de la asociación. El 22 de septiembre, la sección de Leningrado de la asociación celebró una reunión

especial para investigar la publicación de *Nosotros*. La sala estaba tan llena, por curiosidad hacia el asunto Zamiatin, que tuvieron que echar a todos los que no fuesen miembros de la asociación. Zamiatin no estaba presente, pero se leyó su declaración de que no había participado en el incidente del *Volya Rossii* y muchos escritores le creyeron, muchos de los que le apreciaban y admiraban desde hacía años; pero en ese clima terrorífico era más fácil denunciarlo de todas formas. Víctor Serge, revolucionario y antiestalinista ruso, escribió con desprecio: «mis amigos escritores votaron contra sus dos camaradas todo lo que les pidieron, a reserva de venir después a pedirles perdón en la intimidad[641]». Aunque no se acusó a Zamiatin de colaboracionismo activo, la asociación lo condenó por no haber sido capaz de repudiar «las ideas que se expresan en la novela y que nuestra opinión pública considera antisoviéticas[642]». Así que lo del *Volya Rossii* D había sido solo un pretexto, *Nosotros* era un delito en sí mismo. Zamiatin, disgustado, se salió de la asociación, justo antes de que se purgase en su totalidad, se rebautizase y, más tarde, se destruyese. En su carta de renuncia, repite los detalles del caso en unos términos al estilo de Orwell: «Los hechos son obstinados, más obstinados que las decisiones. Cada hecho se puede confirmar por medio de documentos o personas. Quiero poner en conocimiento de mis lectores estos hechos[643]».

Al borde del suicidio, Pilniak se retractó de sus supuestos pecados de forma tan exagerada y se humilló hasta tal punto que acabó siendo uno de los escritores más ricos de Rusia en la década de 1930. Zamiatin, en cambio, se mantuvo firme. «El delito de Zamiatin fue mantener su independencia intelectual y su integridad moral —escribió el periodista antiestalinista estadounidense Max Eastman en su obra *Artists in Uniform* (Artistas de uniforme)—. Como artista, se negó a acatar órdenes de una administración política[644]».

Y pagó por ello. Los libros de Zamiatin dejaron de publicarse y se quitaron de las estanterías de las librerías, y sus nuevas obras fueron rechazadas sistemáticamente. La *Enciclopedia de literatura soviética* dice que *Nosotros* es «una injuria infame contra el futuro socialista[645]». Un crítico de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios listó sus pecados: «Una desconfianza total y absoluta hacia la Revolución, un escepticismo concienzudo y persistente, una desviación de la realidad, un individualismo extremo, una actitud claramente hostil hacia la cosmovisión marxista-leninista, la justificación de cualquier "herejía", de cualquier protesta en

nombre de la propia protesta, [y] una actitud hostil hacia los aspectos de la guerra de clases[646]».

En junio de 1931, aún más desmotivado por una colitis crónica, Zamiatin le dio a Gorki una carta para que se la entregase a Stalin, en la que solicitaba permiso para marcharse de Rusia. Teniendo en cuenta lo delicado de su situación, la carta era muy desafiante. En ella dice que solo volverá a Rusia «en cuanto sea posible […] servir a la literatura con grandes ideas sin tener que actuar de lacayo de gente insignificante[647]». Básicamente, escribe, se había publicado su «sentencia de muerte[648]»: si no podía escribir en Rusia, tampoco podía vivir allí.

Stalin era un hombre veleidoso y a veces perdonaba la vida a ciertas personas, sobre todo artistas, por razones que solo él conocía. Aceptó la solicitud de Zamiatin. En noviembre, se marchó de su patria para no volver.

Zamiatin tenía la intención de marcharse a Estados Unidos para escribir guiones para Cecil B. DeMille, pero nunca llegó allí. Se asentó en París, donde él y su mujer llevaron una vida solitaria y sin recursos. Evitaba a los muchos exiliados rusos de la ciudad y se negó a convertirse en una estrella excomunista. Como le había dicho a Stalin, «sé que aquí, debido a la costumbre que tengo de escribir según lo que me dicta mi conciencia y no por mandato alguno, me han proclamado como un escritor de derechas, mientras que allí es probable que tarde o temprano y por esa misma razón me tilden de bolchevique[649]». Sin mucho éxito, escribió algunos relatos, novelas, obras teatrales, ensayos y guiones cinematográficos. Un proyecto para llevar *Nosotros* al cine se vino abajo y el único guion suyo que llegó a la gran pantalla fue una adaptación francesa de *Los bajos fondos*, de Gorki, con la que Jean Renoir ganó muchos premios en 1936.

Gorki nunca llegó a verla. Murió el 18 de junio de 1936, para decepción de muchos[650]. Dos años antes, Wells se había vuelto a encontrar con él y se sintió consternado: «No me gustó hallar a Gorki en contra de la libertad. Me hizo daño[651]». En cambio, Zamiatin, en un obituario muy afectuoso, insistió en que había sido una fuerza protectora para muchos escritores vulnerables, entre los que él se incluía: «Decenas de personas le deben la vida y la libertad[652]».

Mientras, en Rusia, amigos y enemigos de Zamiatin caían como moscas. Su antiguo camarada escita Ivanov-Razumnik pasó varios años en las cárceles de Moscú. La RAPP se cerró en 1932. «No quedó nada que recordase su reinado —escribió Eugene Lyons en *Assignment in Utopia*—, excepto un

montón de declaraciones y las cenizas de los artistas a los que habían llevado al suicidio o destrozado en el potro de la persecución[653]». El torturador de Zamiatin, Leopold Averbaj, fue detenido y ejecutado en 1937, seguido de su cuñado, Yagoda. Pilniak (que una vez le dijo a Víctor Serge: «no hay un solo adulto inteligente en este país que no haya pensado que podía ser fusilado…»)[654] fue acusado de ser un espía japonés y ejecutado en 1938. En la Rusia de Stalin siempre había alguien más astuto que tú. La nueva doctrina literaria, el «realismo soviético», era en esencia una forma de ficción utópica. Como señaló el periodista estadounidense Louis Fischer, su objetivo era «tratar el presente como si no existiera y el futuro como si ya hubiera llegado[655]».

Al parecer, Orwell no sabía casi nada de la vida de Zamiatin. Si hubiese sabido más, si hubiese leído *Nosotros* una década antes, es posible que hubiese visitado al escritor ruso cuando pasó por París de camino a España. Una conversación con él podría haber acelerado su comprensión de Rusia y su interés por las antiutopías. Aunque quizá entonces ya era demasiado tarde. Zamiatin estaba muy enfermo con angina de pecho. Poco después del amanecer del 10 de marzo de 1937 (cuando, como escribió en *Nosotros*, la luz era «oro cálido rosado y translúcido[656]»), el corazón le dejó de latir. Tenía cincuenta y tres años. Un pequeño grupo de amigos le enterró bajo la lluvia. En Rusia, apenas fueron conscientes de su muerte.

Los ciudadanos del Estado Único de Zamiatin podían elegir entre una libertad dolorosa y caótica o la felicidad mecánica de la obediencia absoluta. Él, igual que Orwell, en verdad nunca pudo elegir. Era tan obstinado como los hechos.

07
Verdades incómodas
Orwell 1944-1945

«*Tan pronto como aparecen el miedo, el odio, los celos y el culto al poder, se pierde el sentido de la realidad*».

GEORGE ORWELL, «Notas sobre el nacionalismo», 1945[657]

Orwell nunca disfrutó tanto la escritura de un libro como la de *Rebelión en la granja* durante el horrible invierno de 1943-1944. Cada noche, cuando se iban a la cama en el número 10a de Mortimer Crescent, le leía a Eileen lo que había escrito durante el día y lo comentaban. A la mañana siguiente, cuando iban a tomar café a Selfridge's, ella compartía las mejores partes con sus compañeras del Ministerio de Alimentación. Les decía, con orgullo justificado, que era lo mejor que había escrito nunca. Era como una flecha, con la punta envenenada. Pero las verdaderas dificultades, y Orwell era consciente, estaban por llegar. «Estoy escribiendo una pequeña sátira que quizá te entretenga cuando se publique —le dijo a Gleb Struve—, pero, como no es muy correcta en términos políticos, no estoy seguro de que alguien la vaya a publicar. Puede que eso te dé una pista sobre el tema[658]».

Pudo escribir *Rebelión en la granja* gracias a que tenía un horario mucho mejor. De un plumazo, dejó la BBC, abandonó la Home Guard y, el lunes 29 de noviembre de 1943, se unió a *Tribune*, donde empezó a trabajar tres días a la semana como editor literario y escritor de la columna de opinión «A mi antojo». Fundado en 1937 por los diputados Stafford Cripps y George Strauss, en un principio el periódico *Tribune* había apoyado a Stalin, pero cuando, en 1942, la dirección pasó a manos de Aneurin Bevan, conocido como «Nye», ya se había convertido en un instrumento de la izquierda laborista no comunista y se encontraba en la situación poco habitual de criticar tanto a Stalin como a Churchill. Orwell dijo que era el único periódico semanal que hacía «un verdadero esfuerzo […] por combinar la política socialista radical con el respeto por la libertad de expresión y una actitud civilizada hacia la literatura

y las artes[659]». Bevan, el hijo increíblemente inteligente y combativo de un minero galés, era el único político al que Orwell de verdad admiraba. El respeto era mutuo.

Orwell era demasiado blando para ser un buen editor literario. Pagaba a escritores en apuros por artículos que no podía publicar por falta de espacio o que ni siquiera consideraba dignos de ser publicados, porque sabía que el dinero supondría una enorme diferencia en su apretada economía. Si alguien se quejaba de que sus cajones estuviesen llenos de manuscritos caros y sin publicar, se defendía diciendo que eso es lo que pasa cuando conviertes a un escritor autónomo en editor: «Es muy parecido a sacar a un preso de su celda y hacerle director de la prisión[660]».

Por otro lado, Orwell era un excelente columnista. Después de haberse pasado años metiendo a hurtadillas sus opiniones en reseñas y programas de radio, por fin podía publicar cualquier cosa que se le pasara por la cabeza, ya fuese el racismo, la propaganda y la libertad de expresión o el maquillaje, la observación de aves y el precio de los relojes. Los temas más sombríos se mezclaban con adivinanzas, chistes y apuntes de cultura general. Orwell tenía una opinión sobre casi cualquier cosa sobre la faz de la Tierra y vale la pena leerlas, aunque no estés de acuerdo, como les pasaba a muchos lectores del *Tribune*, que lo decían alto y claro, y a menudo. Michael Foot, un futuro diputado laborista que formaba parte del consejo de *Tribune*, dijo que «A mi antojo» era «la única columna que se ha escrito en Fleet Street [sede habitual de la prensa británica], donde su autor va a la oficina cada semana con la intención deliberada de ofender al mayor número de lectores posible[661]».

«A mi antojo» era un Orwell sin filtros, que plasmaba sus pensamientos en el papel con una fluidez llena de confianza y afecto. Amigos como Tosco Fyvel, su antiguo colega de Searchlight Books, veían a veces publicadas las mismas frases que habían escuchado días antes. Algunas de ellas volvieron a aparecer otra vez en *1984*, por lo que «A mi antojo» puede considerarse una especie de taller previo a la novela. En una columna, describe la radio como si fuera una telepantalla: «una especie de mundo totalitario en sí mismo, un rebuzno propagandístico que se les lanza día y noche a aquellos que no pueden escuchar nada más[662]». En otra, recuerda la primera noche del Blitz, cuando conoció a un joven pintor pacifista que estaba convencido de que sería capaz de capear una ocupación alemana y mantener su integridad intacta. «La falacia es pensar que bajo un gobierno totalitario, en el fondo, en tu interior, puedes ser libre. […] Fuera, en las calles, los altavoces rugen, las banderas ondean en los tejados, la policía se pasea de aquí para allá con sus metralletas,

el rostro del líder, de más de un metro de ancho, te fulmina con la mirada desde los carteles, pero allí arriba, en el ático, los enemigos secretos del régimen pueden exponer sus pensamientos con total libertad[663]». Se trata de una falacia que refutaría abiertamente en *1984*, donde el cuarto sobre la tienda del señor Charrington es un santuario que acaba convirtiéndose en una trampa. «Nos resulta intolerable que pueda existir un pensamiento erróneo en el mundo —dice O'Brien—, por muy secreto e impotente que sea[664]».

La renovada autoridad y claridad que alcanza la prosa de Orwell a partir de 1943 se aprecia también en sus ensayos y reseñas de libros. A su mente pugnaz le atraían los escritores con los que pensaba que valía la pena discutir: H. G. Wells, Henry Miller y también James Burnham.

Tranquilo y cosmopolita en persona, pero inflexible sobre el papel, Burnham era un profesor de Filosofía que había sido uno de los principales trotskistas de Estados Unidos hasta que el pacto nazi-soviético y una agitada discusión pública con Trotski provocaron el colapso definitivo de su ya inestable fe en el marxismo. La mente metodológica de Burnham necesitaba un sistema global para explicar el mundo, por lo que se vio obligado a buscar un sustituto al marxismo. Aunque muchos editores rechazaron su manuscrito y los críticos le atacaron con saña, la jeremiada que Burnham terminó en 1941 (titulada *La revolución de los directores*) se convirtió en un inesperado superventas, que la revista *Fortune* describió como «el libro publicado en lo que va de año que más debate ha suscitado con diferencia[665]». El libro se basaba en dos suposiciones: que la democracia capitalista no sería capaz de sobrevivir a la guerra y que el socialismo no podría sustituirla. El futuro iba a ser un enorme Estado centralizado gestionado por «directores»: técnicos, burócratas, administrativos, etc. Aunque la tesis de Burnham no era del todo nueva (Orwell la comparó con la de *El estado servil*, el «profético» y polémico libro de Hilaire Belloc publicado en 1912[666]), tocó una fibra sensible.

Burnham escribía como si los demás análisis estuviesen empañados por la emoción y solo él pudiese ver claramente la realidad. «La teoría de la revolución de los directores no se limita a predecir lo que puede ocurrir en un futuro hipotético —afirma con su prosa pedante y en cierta medida exasperante—. La teoría es, para empezar, una interpretación de lo que ya ha sucedido y está sucediendo[667]». Cualquiera que pensase otra cosa «vive en el mundo de los sueños, pero no en este planeta[668]». El propio Wells advirtió personalmente a Burnham de los peligros de lanzar profecías con arrogancia

(al fin y al cabo, él era un experto en eso), pero Burnham no era el tipo de hombre que acepta un consejo.

En enero de 1944, cuando Orwell escribió por primera vez sobre Burnham, la primera predicción a corto plazo de *La revolución de los directores* (que Alemania primero conquistaría Gran Bretaña y luego machacaría a Rusia) ya había saltado por los aires. Orwell pensaba que Burnham había metido la pata porque sobreestimaba la perdurabilidad del totalitarismo y, al mismo tiempo, subestimaba la fuerza de la democracia debido a su desprecio por el «hombre común[669]»: si Hitler se hubiese visto obligado a prestar atención a la opinión pública, nunca habría invadido Rusia. Orwell acusó a Burnham de «intentar difundir la idea de que el totalitarismo es inevitable y, por eso mismo, no debemos hacer nada para evitarlo[670]». Burnham envió una arrogante queja a *Tribune*, en la que se defiende de la misma forma que Orwell se defendería más tarde en el contexto de *1984*: «Yo nunca he dicho que el "totalitarismo sea inevitable". Lo que he dicho, y lo que creo, es que el totalitarismo es algo probable en las principales naciones. ¿Puede entender el señor Orwell la diferencia que existe entre ambos juicios?»[671]. Pero estaba siendo un hipócrita y Orwell tenía citas para demostrarlo. «Todos podríamos ser verdaderos profetas si se nos permitiese cambiar nuestras profecías después de los acontecimientos», respondió con brusquedad Orwell[672]. El Hermano Mayor puede hacer que se modifique cualquier viejo discurso «para que predijese lo que había ocurrido en realidad[673]», pero Burnham no podía borrar la evidencia de sus meteduras de pata.

Durante los tres años siguientes, Orwell fue una piedra en el zapato de Burnham, hasta el punto de que el estadounidense llegó a quejarse de que «este asunto de Orwell se ha convertido en una especie de plaga internacional[674]», pero Orwell nunca se habría molestado en escribir miles de palabras sobre las ideas de Burnham (en *Tribune*, *Polemic*, *The New Leader* y *Manchester Evening New*) si no le hubiesen parecido fascinantes. La dificultad residía en separar sus elogios de sus insultos. Según Orwell, *Los maquiavelistas* es «una pieza de una perversión superficial[675]»; el ensayo «Lenin's Heir» (El heredero de Lenin), publicado en *Partisan Review*, parece «sugerir que Stalin merece admiración[676]»; y su veneración por el poder hace que Burnham siempre se acabe equivocando. «Burnham percibe esta tendencia y decide que es imparable —escribió Orwell en su ensayo de 1946 "James Burnham y la revolución de los directores"—, al igual que un conejo

fascinado por una boa constrictor decidiría que esta es el animal más poderoso del mundo[677]».

No obstante, las ideas de Burnham se colaron en la imaginación de Orwell, por mucho que su intelecto las rechazase y, precisamente por eso, relaciona *La revolución de los directores* con las pesadillas imaginarias de *Nosotros, Cuando el dormido despierte, El talón de hierro* y *Un mundo feliz*. La visión de Burnham de un mundo tripolar («tres grandes superpotencias […] que se dividen el mundo, están en una guerra perpetua entre ellas y mantienen a la clase trabajadora en una sumisión permanente», como lo resume Orwell[678]), es sin duda un esbozo de Oceanía, Eurasia y Esteasia. Es posible que Orwell de verdad pensase que el «imperio esclavista, enorme, invencible e imperecedero[679]» de Burnham era una quimera, igual que la afirmación de que la política no es más que la lucha por el poder, pero así es Oceanía. Goldstein, el «traidor primigenio[680]», puede estar modelado en base a Trotski (cuyo nombre era Lev Bronstein), pero su «Capítulo III: La guerra es la paz» está más en deuda con Burnham que con Trotski y su *Revolución traicionada*. Orwell pensaba que, entre los revolucionarios, «el deseo de una sociedad justa siempre ha ido de la mano, con fatales consecuencias, con la intención de mantener el poder en sus manos[681]». Sin embargo, en el mundo del «¿y si?» de *1984* se ha eliminado el deseo de una sociedad justa: «Nadie instaura una dictadura para salvaguardar una revolución, sino que la revolución se hace para instaurar una dictadura[682]». Orwell no estaba de acuerdo con Burnham, pero se aseguró de que O'Brien sí lo estuviese. En ocasiones, el escritor («Ninguna teoría, promesa, moralidad, ni la buena voluntad, ni la religión, pone límites al poder»)[683] y el personaje («No nos interesa el bienestar ajeno, sino únicamente el poder. Ni la riqueza, ni el lujo, ni la longevidad, ni la felicidad: solo el poder en estado puro»)[684] son casi intercambiables.

Orwell estableció una conexión crucial entre la hipótesis de las superpotencias de Burnham y su propia obsesión con la mentira organizada. ¿Puede haber un ambiente mejor para reescribir la realidad que un Estado cerrado cuya única relación con sus vecinos es de naturaleza bélica? En *1984*, «cada uno de ellos es en realidad un mundo separado, en el que puede llevarse a la práctica con seguridad casi cualquier perversión del pensamiento[685]». En mayo de 1944, un lector del periódico *Tribune* llamado Noel Willmett escribió a Orwell para preguntarle si pensaba que el totalitarismo podría establecerse en Gran Bretaña. La meditada respuesta de Orwell, en la que se aprecia la influencia de Burnham, es un embrión de *1984*: «Si llegara el

mundo que temo, un mundo en el que solo hay dos o tres enormes superpotencias incapaces de conquistarse entre sí, dos más dos podrían ser cinco si el líder quisiera, […] pero, por supuesto, el proceso es reversible[686]». De ahí la importancia de describir el peor escenario posible: «Si uno se limita a proclamar que todo va bien y no señala los síntomas más oscuros, lo que está haciendo es abrirle la puerta al totalitarismo[687]». Algo parecido a lo que expresó Burnham en una carta que envió enfadado a *Tribune*: «solo si sabemos con claridad absoluta que el totalitarismo es algo probable y conocemos su desarrollo […] podremos vencerlo o evitarlo[688]».

En 1944, el mercado de las advertencias estaba en alza. «Solo si reconocemos a tiempo el peligro podemos tener la esperanza de conjurarlo[689]», escribió el economista austriaco Friedrich Hayek en *Camino de servidumbre*, otro éxito inesperado que se convertiría en un texto sagrado de los conservadores del mercado libre. El diagnóstico que hace Hayek del totalitarismo es en ocasiones increíblemente parecido al de Orwell, pero Orwell no estaba en absoluto de acuerdo con la afirmación de Hayek de que la versión laborista de la organización centralizada es «la fuente de mortal peligro para todo lo que un liberal tiene por valioso[690]». Orwell hizo una reseña de *Camino de servidumbre* junto a *The Mirror of the Past, Lest It Reflect the Future* (El espejo del pasado, para que no refleje el futuro), del diputado laborista y procomunista Konni Zilliacus: «Ambos escritores están convencidos de que la política del otro conduce directamente a la esclavitud y lo alarmante es que puede que ambos tengan razón[691]». Los peligros del colectivismo ya estaban más que demostrados, pero, en su opinión, el fundamentalismo del libre mercado de Hayek implicaba «una tiranía probablemente peor, por ser más irresponsable que la tiranía del Estado[692]». ¿Peor? Es mucho decir, teniendo en cuenta que viene del autor de *Rebelión en la granja*.

Como estaba obligado por contrato a darle a Victor Gollancz la primera opción de publicación de sus novelas, Orwell le avisó de que *Rebelión en la granja* es «desde tu punto de vista, del todo inaceptable en términos políticos (es anti-Stalin[693])». Gollancz le pidió leerla de todas formas antes de decidir. El editor escribió a Leonard Moore, agente de Orwell, para decirle: «Soy sumamente crítico con muchos aspectos de la política soviética, tanto exterior como interior: pero no podría publicar (como anticipó Blair) un ataque general de esta naturaleza[694]». Como salta a la vista, Gollancz sigue insistiendo en utilizar el nombre de nacimiento del autor. A la editorial

Nicholson & Watson también le pareció de mal gusto atacar a un aliado. Al editor Jonathan Cape le encantó el libro, pero se sintió obligado a pasárselo a un amigo que trabajaba en el Ministerio de Información, porque le preocupaba que atacar a Stalin perjudicase los esfuerzos bélicos. El funcionario le dijo que así era, sin ninguna duda, por lo que Cape prefirió dejarlo correr. Al parecer, Cape no se había dado cuenta de que *Rebelión en la granja* trataba específicamente de Rusia. ¿Y en serio tenían que ser cerdos?, ¿no había otro animal? «Pienso que la elección de los cerdos como casta dirigente ofenderá sin duda a muchas personas, y en especial a los que sean algo susceptibles, como son indudablemente los rusos[695]». A Orwell le pareció hilarante su respuesta. Le dijo a Inez Holden: «Imagínate al viejo Joe (que no sabe ni una palabra de ninguna lengua europea) sentado en el Kremlin leyendo *Rebelión en la granja* y diciendo: "Esto no me gusta ni un pelo[696]"».

El siguiente en recibir el manuscrito, que ya se encontraba en un estado bastante lamentable, fue T. S. Eliot, de Faber & Faber. Eliot lo comparó positivamente con *Los viajes de Gulliver*, pero tanto Geoffrey Faber como él consideraban que no era «el punto de vista adecuado desde el que criticar la situación política en este momento[697]». George Woodcock se lo llevó a sus colegas anarquistas de Freedom Press, pero aún no habían perdonado a Orwell su ataque contra el pacifismo. En Estados Unidos también fue rechazado por una docena de editores, entre ellos Angus Cameron, el editor procomunista de la editorial Little, Brown and Company. Entre tantas y tan variopintas objeciones políticas, Orwell agradeció la sencillez de la de Dial Press: no hay mercado para historias de animales.

Llegado a este punto, Orwell estaba ya bastante desmotivado y pensó en autopublicar *Rebelión en la granja* como un folleto de dos peniques con la Whitman Press, una imprenta artesanal anarquista dirigida por su amigo el poeta Paul Potts. Llegó incluso a escribir un prefacio, «La libertad de prensa», sobre el poder oculto de la censura no oficial: «Para silenciar ideas impopulares y dejar en la oscuridad hechos incómodos, no se precisa ninguna prohibición oficial[698]». Pero el prefacio no se publicó hasta 1972 porque al final Fredric Warburg, que ya antes había rescatado *Homenaje a Cataluña*, le ofreció cien libras de adelanto (solo si conseguía encontrar el papel necesario para imprimirlo). Haciendo oídos sordos a las objeciones de su esposa y algunos colegas, la valiente decisión de Warburg convenció a Orwell de permanecer junto al editor porque «sabía que cualquiera que se arriesgase a publicar este libro se arriesgaría a cualquier cosa[699]».

En sus memorias, Warburg se pregunta en un tono melodramático qué habría pasado si él no se la hubiese jugado. «Puede incluso que, si *Rebelión en la granja* hubiera fracasado, la moral de Orwell se hubiese resquebrajado. ¿Y entonces?… Quizá nunca hubiera existido una novela llamada *1984*[700]».

La publicación de *Rebelión en la granja* se retrasó por varios motivos, entre ellos porque un ataque aéreo destruyó las instalaciones de Warburg ese verano. En junio, la Luftwaffe comenzó a acribillar Londres con misiles V-1, conocidos como «bombas volantes», en represalia por los ataques de la Real Fuerza Aérea de Gran Bretaña sobre Alemania. H. G. Wells los llamaba los «robots bomba[701]». Inez Holden escuchó a una mujer aterrorizada decir que los misiles eran los fantasmas de los pilotos de la Luftwaffe asesinados en la batalla de Inglaterra[702]. Un V-1 cayó en el piso de los Orwell mientras ellos estaban fuera, lo que les obligó a mudarse a la casa vacía de Holden en Marylebone; más tarde se asentaron en la que sería su última casa en Londres, en el 27b de Canonbury Square, Islington. Orwell consiguió rescatar un montón de libros de los escombros y también el manuscrito «bombardeado» de *Rebelión en la granja*[703].

Hacía poco tiempo que Orwell era padre. Él pensaba que era estéril (aunque nadie sabe en qué se basaba para afirmarlo)[704] y le pidió a la cuñada de Eileen, Gwen O'Shaughnessy, que trabajaba en un consultorio médico en Newcastle, que organizase una adopción. Formar una familia había sido una prioridad para Orwell, más que para Eileen, pero el bebé de tres semanas (llamado Richard Horatio Blair, en honor al fallecido padre de Orwell) recibió de inmediato el cariño de ambos. Su plan era mudarse al campo en cuanto acabara la guerra: «Odio Londres —le dijo Orwell al escritor de novela policiaca Julian Symons—. Me encantaría marcharme, pero está claro que no es posible marcharse mientras a tu alrededor están bombardeando a la gente[705]».

Ahora que la guerra entraba en la recta final, la cabeza de Orwell empezaba a pensar en la «posguerra», pero primero tenía que hacer borrón y cuenta nueva y admitir sus errores: su última «London Letter» es una confesión exhaustiva (hasta un punto masoquista) de su incapacidad como profeta. En ella cita una decena de predicciones erróneas que muestran que había estado «sumamente equivocado[706]» respecto a la supervivencia del pacto nazi-soviético, la caída de Churchill y la probabilidad de que la guerra llevase a Gran Bretaña bien hacia el fascismo, bien hacia el socialismo. No se había esforzado lo suficiente en identificar y superar sus sesgos y prometía

hacerlo mejor en el futuro. «A mí me parece muy importante que nos demos cuenta de nuestros errores, y que los admitamos. Hoy en día, la gente, cuando se demuestra que sus predicciones no han sido acertadas, se limita a afirmar con descaro que sí estaban justificadas y a meter los hechos con calzador si hace falta. […] Yo creo que es posible ser más objetivo de lo que somos casi todos nosotros, pero eso implica un esfuerzo moral. Uno no puede escapar de sus sentimientos subjetivos, pero sí puede ser consciente de ellos e indulgente con los mismos[707]».

A finales de 1944, Londres era una ciudad abatida, malhumorada y harapienta, golpeada por un último ataque desesperado de Hitler. Los nuevos misiles balísticos V-2 (como las «bombas volantes» de la Franja Aérea Uno) hacían que los londinenses sintieran nostalgia del terrible chirrido de los V-1, ya que al menos servía para ponerles sobre aviso. «Cada vez que uno explota, oigo hablar sombríamente de lo que pasará la próxima vez —escribió Orwell en su columna "A mi antojo"—. Pero si preguntas quién luchará contra quién cuando comience la guerra que todo el mundo espera, nadie es capaz de dar una respuesta clara. Se trata de la guerra en abstracto: al parecer la idea de que los seres humanos pueden comportarse con cordura ha desaparecido de los recuerdos de mucha gente[708]».

Le afectó mucho un informe del proyecto de investigación social Mass Observation, publicado en 1943, en el que se afirmaba que el cuarenta y seis por ciento de los londinenses estaba convencido de que sin duda habría una Tercera Guerra Mundial y otro diecinueve por ciento pensaba que era una posibilidad real. La mayor parte creía que tendría lugar en los veinticinco años siguientes[709].

En septiembre de 1944, Orwell escribió un brillante ensayo para *Tribune* sobre su amigo Arthur Koestler. Si James Burnham proporcionó a Orwell la superestructura geopolítica de *1984*, Koestler, con su obra maestra de 1940 *El cero y el infinito*, le proporcionó la atmósfera. La novela se desarrolla en una cárcel y si de algo sabía Koestler era de celdas.

Nacido en Budapest en 1905, Koestler era un aventurero incansable que fue encarcelado por primera vez en febrero de 1937, cuando era reportero del *New Chronicle* en la guerra civil española. Sus jefes no lo sabían, pero desde hacía seis años era miembro del Partido Comunista alemán y había trabajado para la red de organizaciones fachada de Willi Münzenberg, propagandista de la Comintern. En Sevilla, los fascistas mantuvieron a Koestler confinado en solitario durante noventa y cuatro días, bajo la amenaza continua de ser

ejecutado. Esta cercanía a la muerte desencadenó una epifanía espiritual que resquebrajó su fe en el comunismo. Tras ser liberado gracias a una campaña internacional, Koestler abandonó el Partido Comunista un año más tarde, durante un encuentro en París en el que citó a Thomas Mann: «Una verdad perjudicial es mejor que una mentira útil[710]». Más tarde se compararía a sí mismo con un alcohólico que vuelve de «un fin de semana perdido en utopía[711]». Para articular su desilusión, empezó a escribir *El cero y el infinito* (que en un principio llevaba el título de *The Vicious Circle* [El círculo vicioso]). Las escenas de cárcel se basan en sus propias experiencias en Sevilla y en las de su amiga Eva Striker, que había sido encarcelada en Moscú con la falsa acusación de planear el asesinato de Stalin. Pero aún le quedaban más celdas por visitar[712].

Cuando estalló la guerra, Koestler vivía en París; se consideró que era un extranjero indeseable y fue enviado al campo de internamiento de Vernet. Fue liberado durante un breve periodo, el tiempo justo para acabar la novela y enviar el manuscrito a Londres, antes de ser detenido de nuevo tras la invasión alemana de Francia. En noviembre de 1940, escapó a Inglaterra, donde fue encarcelado una vez más por su condición de extranjero ilegal: el día que se publicó *El cero y el infinito* Koestler estaba confinado en solitario en la prisión de Pentonville. En 1931, Orwell había conseguido que le detuviesen a propósito para ver una celda, pero le soltaron enseguida y el único recuerdo que le resultó útil para la escritura de *1984* fue el hedor de un baño roto. Por eso mismo, las descripciones que hace Koestler de sus encarcelamientos, basadas en la realidad, fueron de un valor incalculable para las escenas del Ministerio del Amor. Como también lo fue su percepción de la cárcel mental del totalitarismo.

«¿Quién puede olvidar la primera vez que leyó *El cero y el infinito*? —se pregunta Michael Foot—. Sobre todo para los socialistas es una experiencia indeleble. Recuerdo haberla leído en una sola noche, horrorizado, sobrecogido, fascinado[713]». Koestler ofrece una posible solución al misterio de los juicios de Moscú: ¿por qué tantos miembros del Partido Comunista confesaron haber cometido crímenes contra el Estado, firmando así su sentencia de muerte? O todos ellos eran culpables de sus cargos (imposible), o cedieron por torturas (inadecuado) o, como defiende Koestler, todos esos años de lealtad inflexible habían anulado su creencia en la verdad objetiva: si el Partido necesitaba que fuesen culpables, entonces lo eran. Como exclama Parsons en *1984*: «¡Pues claro [que soy culpable]! No pensarás que el Partido iba a detener a un inocente, ¿no?»[714]. En Oceanía no hay leyes, solo

crímenes, y no se distingue entre acto y pensamiento. Por eso mismo, Winston puede confesar los cargos inventados de espionaje, malversación, sabotaje, asesinato, perversión sexual y mucho más y creer en cierto sentido que de verdad es culpable. «Todas las confesiones que se hacen aquí son ciertas —afirma O'Brien—. Hacemos que lo sean[715]». Igual que en la Rusia soviética. Con Stalin, escribió Orwell en su reseña de 1941 de *El cero y el infinito*, «a uno no lo encarcelan por lo que hace, sino por lo que es o, más bien, por lo que se sospecha que es[716]».

El protagonista de Koestler, Rubachov, es un oficial soviético de alto rango que es detenido durante una purga; esto le lleva a pensar que él mismo ha enviado diligentemente a la muerte a miembros inocentes del Partido. De la noche a la mañana, pasa de ser verdugo a víctima por capricho del Número Uno, el enigmático e infalible sustituto de Stalin cuyo rostro se ve en todos los muros. A Stalin no le bastaba con eliminar a sus enemigos, necesitaba su confesión y arrepentimiento para destruirlos moralmente y confirmar así su victoria sobre la realidad. «El horror que emanaba de él [del Número Uno] consistía, sobre todo, en la posibilidad de que tuviese razón —escribe Koestler—, y de que todos los que él había asesinado se vieron obligados a reconocer, aun con la bala en la nuca, que era posible, después de todo, que él tuviera razón[717]». El oficial soviético Gueorgui Piatakov, ejecutado en 1937, dijo que el verdadero bolchevique «está preparado para creer que lo negro es blanco y lo blanco es negro si el Partido así lo requiere, […] no queda ni una partícula dentro de él que no esté vinculada al Partido, que no le pertenezca[718]».

A Rubachov le llevan a una cárcel donde las luces están encendidas día y noche y le interrogan sin descanso en un proceso que en Rusia se conoce como la «cinta transportadora». Primero le interroga su antiguo amigo Ivanov, y luego Gletkin, un *apparatchik* más joven y más fanático. Orwell dijo que este último era «un espécimen casi perfecto del gramófono humano[719]», libre de cualquier recuerdo del viejo mundo. «Los Gletkin no tenían nada que borrar; no necesitaban renegar de su pasado, puesto que carecían de él», escribe Koestler[720]. También en *1984* los jóvenes son los ciudadanos más fanáticos: «Era casi normal que los mayores de treinta años temieran a sus propios hijos[721]». El personaje de la hija de Parsons, que denuncia a su padre a la Policía del Pensamiento, quizá se inspiró en Pávlik Morózov, el comunista de trece años que supuestamente fue asesinado por su familia en 1932 por haber denunciado a su padre a la policía secreta; más tarde fue glorificado como mártir en la propaganda soviética. En la Franja

Aérea Uno, donde se canta «*Bajo las ramas del castaño / te vendí y me vendiste / ahí están, y aquí estamos / bajo las ramas del castaño*[722]», la delación se promueve como una virtud. La familia no es nada en comparación con el Estado.

El viejo amigo de Evgueni Zamiatin Razumnik Ivanov-Razumnik conoció a miles de prisioneros en los años que pasó en las cárceles de Moscú, pero solo a doce que se negasen a confesar[723]. A ellos los torturaban físicamente, pero a Rubachov no, a él lo desarman de forma puramente psicológica. Molesto por un dolor de muelas, por la falta de tabaco y la mala conciencia, va perdiendo poco a poco la base moral e intelectual que le permite oponer resistencia. La lógica del Partido al que ha servido con lealtad dice que no existe el «yo», solo el «nosotros» colectivo, el propio Partido, que representa a la Historia y nunca se equivoca. «¿Cómo iba a equivocarse un cerebro colectivo e inmortal? —se pregunta Winston Smith—. ¿Con qué patrón externo podía uno contrastar sus juicios?»[724]. Si no hay equivocaciones, puesto que son imposibles, el Partido tiene que eliminar cualquier evidencia contradictoria, de forma que solo den fe del vacío las débiles marcas rectangulares en las paredes y los huecos en los estantes de las bibliotecas. «Rubachov hizo notar a Arlova que ya solo faltaba publicar una nueva edición corregida y revisada de la colección completa» de los números atrasados de todos los periódicos[725]. Orwell transformó la broma de Rubachov en el trabajo de Winston Smith.

Por supuesto, al final Rubachov confiesa. Y, por supuesto, muere. Pero no le derrotan del todo. El objetivo último del Partido es colonizar el cerebro y acabar con lo que Orwell llamó «crimental». «Perseguíamos los gérmenes del mal no solamente en los actos de los hombres, sino también en sus pensamientos. No admitíamos la existencia de ningún sector privado, ni aun en el cerebro de un individuo», escribe Rubachov[726]. Pero él avanza hacia su muerte con la cabeza llena de pensamientos heréticos sobre la corrupción de la Revolución y ese «sentido oceánico[727]» místico que trasciende a todo. Koestler fue más amable que Orwell. Permitió que, a pesar de su desintegración pública, las víctimas de Stalin no se rindieran en privado. O’Brien parece estar describiendo esta escena en *1984* cuando dice que «incluso la víctima de las purgas rusas podía llevar la rebelión oculta en el interior del cráneo mientras recorría el pasillo esperando la bala». Eso no pasa en Oceanía: «Nosotros hacemos que el cerebro sea perfecto antes de eliminarlo[728]».

En su ensayo para *Tribune*, como era habitual en él, Orwell compensa su elogio de *El cero y el infinito* con una feroz crítica del último libro de Koestler: *Llegada y salida*, una novela «superficial[729]» sobre un refugiado del fascismo. Según Orwell, Koestler combinaba un sombrío cinismo hacia el progreso a corto plazo con una «creencia casi mística[730]» en una utopía lejana, porque era demasiado hedonista (un terrible defecto, en opinión de Orwell) para aceptar la vida como la experiencia dolorosa, caótica y arriesgada que en realidad es. «Puede que cierto grado de sufrimiento sea inevitable en la vida —admite Orwell—, y que debamos elegir entre varios males; incluso es posible que el objetivo del socialismo no sea crear un mundo perfecto sino uno mejor. Todas las revoluciones son fracasos, pero no todos los fracasos son iguales[731]».

Orwell y sus coetáneos formaban un grupo compacto y guerrero. Teniendo en cuenta que Orwell mantenía correspondencia con los escritores a los que reseñaba, y con los que le reseñaban a él, podrían haber creado un agradable circuito de tráfico de influencias. Nada más lejos de la realidad, de hecho, se enorgullecían de su integridad crítica y se lanzaban buenos golpes. Si todas las personas a las que Orwell había criticado por escrito le hubiesen hecho el vacío, su círculo social literario se habría quedado en nada.

Aun así, su honestidad brutal provocaba a veces momentos incómodos. En 1945, Koestler y su pareja, Mamaine Paget, invitaron a Orwell a pasar las Navidades con ellos. El día antes de su llegada, Koestler leyó un número reciente de *Tribune* en el que su amigo describía su nueva obra teatral de ciencia ficción, *Twilight Bar* (El bar del crepúsculo), como «un fiasco indigno[732]». Cuando Koestler fue a recoger a Orwell a la estación de Llandudno estaba furioso.

—Vaya reseña más mala has escrito, ¿no crees?

—Ya —respondió secamente Orwell—. Pero es una obra muy mala, ¿verdad[733]?

Una semana más tarde, en el camino de vuelta a Llandudno, Orwell reconoció que sí, que quizá había sido demasiado duro. Pero ese asunto no echó a perder sus vacaciones. Es muy posible que, a sabiendas de todo lo que había pasado Orwell ese año, Koestler hubiese decidido dejarlo correr.

En febrero de 1945, Orwell por fin tuvo la oportunidad de ser corresponsal de guerra. *The Observer* y *Manchester Evening New* le enviaron al París liberado; Eileen y Richard se quedaron con Gwen O’Shaughnessy en Stockton-on-Tees, en el condado de Durham.

En la novela de suspense de Thurston Clarke, *Thirteen O'Clock* (Las trece en punto), que trata sobre la esposa de un diputado que encuentra los diarios perdidos de Orwell, se cuenta cómo, durante su estancia en Europa, Orwell le sigue la pista a un coronel estadounidense que delató a sus camaradas españoles a la NKVD. La realidad de ese periodo es menos dramática que en la novela, pero tampoco resulta en absoluto aburrida. Cuando el capitán Eric Blair se registró en el hotel Scribe de París el 15 de febrero, se encontró en la capital francesa a tantos escritores como había habido en España. Se hizo amigo del filósofo A. J. Ayer; cenó con P. G. Wodehouse; se encontró a Malcolm Muggeridge, que trabajaba para el MI6; volvió a ponerse en contacto con José Rovira, su comandante en España; se presentó a André Malraux, que ahora era consejero de Charles de Gaulle; y se supone que se encontró con Hemingway[734]. Orwell también organizó un encuentro para conocer a Albert Camus en Les Deux Magots, pero ese día Camus no se encontraba bien debido a la tuberculosis, lo que impidió que tuviera lugar un encuentro que podría haber sido extraordinario, entre dos rebeldes por naturaleza que siempre colocaban sus principios por encima de la conveniencia política y que habían transformado la escritura política en un arte. Más tarde, Orwell le envió a Camus un ejemplar de la traducción francesa de *Rebelión en la granja*.

A finales de marzo, Orwell acompañó a las fuerzas aliadas en su marcha hacia Colonia. «Después de años de guerra es una sensación intensa y extraña encontrarme por fin en suelo alemán[735]», escribió en su única comunicación, ya que luego enfermó y tuvo que ser enviado a un hospital. Allí, no tuvo acceso a las cartas urgentes que Eileen le enviaba al hotel Scribe, las últimas que escribiría. El día 29 de marzo, Eileen tuvo que someterse a una histerectomía de urgencia en Newcastle para eliminar de su útero varios tumores de rápido crecimiento. En sus cartas, se muestra tan humilde que leerlas rompe el corazón («en verdad no creo que yo valga tanto[736]»); es también brusca y poco sentimental sobre la posibilidad de morir en la mesa de operaciones, pero al mismo tiempo inflexible sobre el futuro que desea. Le dice a Orwell que tiene que dejar el periodismo, concentrarse en las novelas y trasladarse al campo lo antes posible. «No creo que puedas imaginar la pesadilla que es para mí la vida londinense. […] Durante todos estos años me he sentido como si estuviera en un campo de concentración algo menos estricto[737]». Al volver a París, Orwell leyó las cartas y telegrafió a Eileen, pero ya era demasiado tarde. Al día siguiente, un telegrama de *The Observer* lamentaba informarle de que su esposa desde hacía nueve años había muerto:

tenía treinta y nueve años. Había sufrido un paro cardiaco durante la anestesia.

Orwell consiguió que un avión militar le llevase a Londres, se presentó ante la puerta de Inez Holden en un estado desesperado y viajó a Stockton-on-Tees para el funeral. El carácter profundamente reservado que había heredado de su padre llevó a algunos amigos a pensar que llevaba la pérdida con estoicismo, pero sus verdaderos sentimientos se reflejan en sus cartas, en las que no se centra tanto en su propio dolor, como en lo injusto de que le hubieran robado a Eileen su futuro. «Es lo más horrible que podía pasar, porque acababa de vivir cinco años miserables, de mala salud y mucho trabajo, y justo las cosas empezaban a arreglarse», le escribió a Anthony Powell[738]. Se sentía tremendamente culpable por sus infidelidades y egoísta por no haberse dado cuenta de la gravedad de su enfermedad y haber estado ausente cuando ella más le necesitaba. La conmoción y la soledad le acompañaron durante los cuatro años siguientes. «Creo que no la cuidaba mucho, pero la quería —dijo la amiga y colega de Eileen, Lettice Cooper—. Creo que no sabía cómo cuidar de nadie, ni siquiera de sí mismo[739]».

Como de costumbre, Orwell se sepultó bajo una montaña de trabajo. Unos días después del funeral ya estaba otra vez en Europa. En París, tras la rendición de Alemania, fue testigo de las celebraciones que ocuparon las calles durante dos días enteros, llenas de personas entonando «*Avec Nous!*» y cantando «La Marsellesa». A continuación, visitó Stuttgart, Núremberg y Austria para ver por sí mismo las consecuencias inmediatas del colapso de una dictadura. La devastación le provocó horror y pena: «Caminar por las ciudades en ruinas de Alemania genera dudas sobre la continuidad de la civilización[740]».

En un campo de prisioneros de guerra, al ver cómo golpeaban y humillaban a los oficiales de las SS derrotados, sintió que «la idea misma de venganza es una fantasía infantil[741]». Claro que para él, que nunca había vivido la ocupación nazi, era fácil decirlo. Le preocupaba que las heridas de Europa fuesen aún más difíciles de sanar por los juicios de los crímenes de guerra y la división de Alemania, que esto sirviese solo para calmar la sed de sangre de la población. Si se llevase a los criminales de guerra al estadio de Wembley para que se los comieran los leones o los aplastaran los elefantes, pensaba Orwell, no quedaría ni un asiento libre[742]. Esa imagen se le ocurrió un día de enero en Londres, mientras visitaba una exposición titulada «Los horrores de los campos de concentración»; se marchó de allí con la sensación de que era algo en cierta medida pornográfico. En la Franja Aérea Uno, la

iglesia de San Martín del Campo se ha transformado en una exposición de atrocidades y los ahorcamientos públicos de los criminales de guerra son una excursión ideal para toda la familia. Le parecía una «barbaridad[743]» que, una vez acabada la guerra, ese tipo de ejecuciones hubiese vuelto a Núremberg y Járkov y censuraba la forma en la que el público británico, como Winston Smith, «participa de segunda mano al ver las nuevas películas[744]». Esto es «una vuelta más en la espiral descendente en la que nos encontramos desde 1933[745]».

Otro problema que mantenía ocupado a Orwell en 1945 era el de la discriminación. En *1984* el antisemitismo se plantea solo de forma implícita, a través del personaje de Emmanuel Goldstein, y el racismo ni siquiera se menciona. De hecho, el libro de Goldstein insiste en que no hay discriminación racial en Oceanía porque lo que une al Partido es la ideología, no la sangre. No obstante, en un principio Orwell había considerado la posibilidad de hacer del racismo una característica del Socing. En su primer esquema para la novela se habla de antisemitismo y «propaganda antijudía[746]». En los primeros borradores, el barco de refugiados que Winston ve en el noticiario del cine ha sido atacado por estar lleno de judíos y también aparece un relato horripilante de un linchamiento televisado en la parte americana de Oceanía[747].

Por lo tanto, sería un error concluir que Orwell pensaba que la discriminación racial no tenía importancia. Ya en *El camino de Wigan* Pier, afirma que las distinciones nacionalistas son todas «totalmente infundadas[748]». En «A mi antojo», condena los insultos racistas y la humillación a la que son sometidos los soldados negros en Londres y critica la forma en la que los afroamericanos han sido privados del derecho al voto, «excluidos de los trabajos cualificados, segregados e insultados en el Ejército, así como la discriminación y las agresiones que reciben por parte de policías y magistrados blancos[749]». En «Antisemitismo en Inglaterra», el ensayo que escribió en 1945 para *Contemporary Jewish Record*, dice: «El caso es que algo, alguna vitamina psicológica, falta en la civilización moderna, y como consecuencia de ello todos estamos más o menos sujetos a la locura de creer que todos los pueblos o naciones son misteriosamente buenos o misteriosamente malvados[750]».

Orwell llamaba a esta locura «nacionalismo», un término que para él abarcaba todas las formas de partidismo, desde el fascismo al sionismo. Está claro que no creía que todas fueran igual de malas, pero todas manifestaban

los mismos hábitos mentales. En su opinión, el patriotismo era en gran medida inconsciente y benigno: un sentimiento, no una ideología. En «Notas sobre el nacionalismo», que escribió mientras estaba en Europa, explica que el nacionalismo «es sed de poder mitigada con autoengaño. Todo nacionalista es capaz de incurrir en la falsedad más flagrante, pero, al ser consciente de que está al servicio de algo más grande que él mismo, también tiene la certeza inquebrantable de estar en lo cierto[751]». Orwell cita un montón de ejemplos de personas que creen en mentiras que les satisfacen a nivel emocional, que rechazan las verdades inconvenientes, aplican un doble rasero intolerable y reescriben los hechos. Nos encontramos ante los ingredientes psicológicos del doblepiensa o «control de la realidad», que se define en *1984* como «la capacidad de sostener dos creencias contradictorias de manera simultánea y aceptar ambas a la vez. […] Decir mentiras descaradas creyendo sinceramente en ellas, olvidar cualquier hecho que se haya vuelto incómodo, y luego, cuando vuelva a hacerse necesario, sacarlo del olvido el tiempo que haga falta, negar la existencia de la realidad objetiva y al mismo tiempo reparar en la realidad que uno niega[752]».

Para Orwell, el nacionalismo era la teoría unificadora de la psicología política: una llave maestra para desbloquear todo tipo de prejuicios, falacias y hábitos mentales dañinos. Los hilos de pensamiento que llevaría al extremo en *1984* crecían por todas partes, como malas hierbas. Y el único herbicida efectivo era hacer un «esfuerzo moral[753]» para admitir nuestros verdaderos prejuicios y observarlos de cerca. Orwell defendía que «cualquier tipo de persona que sepa que no es inmune a esta emoción» (es decir, al antisemitismo) debe prestar especial atención[754]. Él era una de ellas. Durante la década de 1930, sobre todo en *Sin blanca en París y Londres*, había hecho algunos comentarios hostiles hacia los judíos, como era habitual entre las personas de su generación y clase social. Solo con la llegada de la guerra hizo un esfuerzo real por analizar sus prejuicios; en cambio, nunca se replanteó su homofobia instintiva, ni su rechazo irreflexivo del feminismo. Se dio cuenta de que el consenso general de que el antisemitismo era inaceptable no llevaba, como sería de esperar, a que la gente examinase sus propios prejuicios; lo que se solía hacer era reescribir la definición para dejar en buen lugar al hablante y presentar ejemplos del mal comportamiento judío. «Resulta obvio que dichas acusaciones son el resultado de prejuicios hondamente arraigados. Tratar de argumentar con hechos y estadísticas es inútil, y a veces incluso peor que inútil[755]». De hecho, una de las características del antisemitismo es

«la capacidad para creer historias que en modo alguno pueden ser ciertas[756]».

En la visión de Orwell, los prejuicios raciales son como un nervio, del que no somos conscientes hasta que nos da un pinchazo. Las ideologías como el nazismo tocaban ese nervio para conseguir sus fines, pero una dictadura solo puede tener éxito con el apoyo de las masas, aunque dicho apoyo venga por malicia, apatía o miedo. Orwell confiaba en la autocrítica, tanto a nivel personal como nacional, y eso implicaba aceptar que el totalitarismo no era una enfermedad exclusiva de Alemania y Rusia, sino que tenía el potencial de infectar a cualquier sociedad del mundo. Todo el mundo está programado para pensar que es honrado y defender sus posturas, aunque para ello tenga que recurrir a la hipocresía o el autoengaño. En la Franja Aérea Uno, una vez la infección ha tenido lugar, no importa si el Hermano Mayor existe o no, si la Policía del Pensamiento está observando en un momento concreto, porque las mentiras más poderosas son las que nos contamos a nosotros mismos. En una columna que escribió en 1944, Orwell señala que en todo el espectro político «nadie busca la verdad, todo el mundo expone sus “hechos” con una falta de consideración absoluta por la imparcialidad y la precisión, y los hechos más evidentes pueden ser ignorados por aquellos que no quieren verlos. […] Admitir que un oponente puede ser honesto e inteligente se percibe como algo intolerable[757]».

Al leer «Notas sobre el nacionalismo» hoy en día, podemos añadir a su colección de prejuicios cognitivos algunas etiquetas que no existían entonces: sesgo de confirmación, filtro burbuja, *backfire effect* (efecto retroceso), pensamiento de grupo[758]. Lo que le interesaba a Orwell no era la personalidad de Hitler y Stalin, sobre los que escribió sorprendentemente poco, sino los motivos que llevaban a la gente común a apoyarlos. Uno de ellos era el deterioro de la realidad del consenso. Orwell describió cómo los lectores de los periódicos, al enfrentarse a una confusión genuina y una falta de honestidad flagrante, asumían que la verdad era inalcanzable: «La incertidumbre general sobre lo que realmente está pasando hace que sea más fácil aferrarse a creencias disparatadas[759]».

El 4 de junio de 1945, el primer discurso radiofónico de Winston Churchill en la campaña para las elecciones generales fue como una pieza de ficción distópica sobre un Estado policial unipartidista. «No cabe duda de que el socialismo está inseparablemente vinculado al totalitarismo y a un culto abyecto al Estado —dijo—. Ningún Gobierno socialista que gestione la vida e

industria del país puede permitir que el descontento público se exprese libre, clara o violentamente. Tendría que recurrir a alguna forma de Gestapo que, sin duda, en un principio se gestionaría de forma muy humana[760]».

El líder laborista Clement Attlee acertó al identificar el discurso de Churchill como «una versión de segunda mano» del libro de Hayek *Camino de servidumbre*[761]. La opinión pública, por su parte, no conseguía vincular esta imagen inquietante con la del hombre tímido, firme e incorruptiblemente honesto que llevaba cinco años trabajando codo con codo con Churchill en la coalición que gobernó durante la guerra. Aunque Attlee, como señaló Orwell, tuviera cierto parecido con Lenin, a nadie se le ocurriría identificarlo como un hombre fuerte sediento de poder, sobre todo por su voz seca y suave y su comportamiento modesto. No es que la opinión pública británica estuviese deseando la llegada del socialismo (en una encuesta de 1943, lo menciona solo el tres por ciento de las personas que esperaban «grandes cambios» después de la guerra[762]), pero sí le interesaba esa sociedad más justa que el Partido Laborista proponía en su manifiesto *Let Us Now Face The Future* (Hagamos frente al futuro ahora).

Cuando, tras su vuelta de París, Orwell se dedicó a cubrir las elecciones, su intención era informar desde el punto de vista de las personas de a pie, pero ellas no estaban por la labor. En los *pubs* y en los autobuses, apenas se hablaba de las elecciones. «Se enfrentan a peligros aterradores y oportunidades políticas irrepetibles, pero la gente se limita a seguir tirando, en una especie de sueño crepuscular», refunfuñaba[763]. Mal informado por políticos frustrados con la campaña y encuestas de opinión deficientes, Orwell predijo que el partido de Churchill ganaría por poco las elecciones del 5 de julio. Pero se equivocó y el Partido Laborista consiguió 393 de los 640 escaños del Parlamento, lo que supuso un aumento sin precedentes del doce por ciento. «Estaba equivocado en varios puntos —admitió Orwell en su posterior análisis para *Partisan Review*—, pero, hasta donde yo sé, todo el mundo estaba equivocado[764]». Incluso los vencedores. Al día siguiente a la publicación de los resultados, la embajada de Estados Unidos en Londres mandó un telegrama a Washington para decir que «los primeros sorprendidos habían sido los líderes del Partido Laborista[765]». Al final de ese «día atípico, dramático e irreal[766]», la corresponsal en Londres de la revista *The New Yorker*, Mollie Panter-Downes, cubrió la celebración en el Central Hall de Westminster, donde los miembros del Partido Laborista cantaron «Jerusalén[767]» y el presidente del partido, Harold Laski, se presentó en broma como «el director temporal de la Gestapo socialista[768]».

Podemos perdonar a Orwell que no fuese un gurú de las elecciones, pero fue más decepcionante que solo mostrase un débil entusiasmo hacia un Gobierno que, a partir de entonces, hizo más para convertir el socialismo democrático en una realidad que ninguna otra administración laborista del pasado o del futuro. El estilo de socialismo de Attlee era patriótico, pragmático, antiimperialista y antiestalinista, se basaba en «la honestidad fundamental de la vida[769]» y se había inspirado, en su juventud, en el utopismo amigable de William Morris y Edward Bellamy. Attlee insistía en que el socialismo tenía que reconfigurarse «de acuerdo al carácter propio de la población de cada país[770]», un eco de lo que se afirma en *El león y el unicornio*. De hecho, la agenda laborista coincidía en muchos aspectos con el programa de seis puntos que Orwell planteó en dicho ensayo.

A pesar de todo, Orwell se sentía más cerca de la izquierda laborista y estaba de acuerdo con ella en que las habilidades políticas de Attlee no eran las más adecuadas. Bevan, ahora ministro de Sanidad, había dicho poco antes que Attlee «aporta a la fiera lucha política el entusiasmo de una perezosa tarde de verano en un partido de críquet[771]». *Tribune*, en un guiño a H. G. Wells, le llamaba «el hombre invisible[772]». El propio Orwell había comparado una vez al líder laborista con «un pez muerto justo antes de que se ponga rígido[773]», así que estaba siendo en cierta medida amable al llamarle «soso» y decir que «no tiene el magnetismo que un hombre de Estado necesita hoy en día[774]». No obstante, aunque le preocupaba la capacidad del Gobierno para resolver los enormes problemas dentro y fuera del país, pensaba que su sorprendente y aplastante triunfo era una prueba bienvenida de que los británicos no habían perdido del todo la cabeza. Orwell escribió para la revista estadounidense *Commentary* que «al tratarse de un signo de la vitalidad de la democracia y de la capacidad de los pueblos de habla inglesa para avanzar sin *führers*, el resultado de estas elecciones nos debería alegrar, incluso si los hombres que han llegado al poder fracasan estrepitosamente[775]». Como observó Orwell, los carteles electorales con el rostro de Churchill eran (menos mal) más pequeños que los de Stalin o De Gaulle.

Cuando todavía estaba en Europa, Orwell solicitó a Secker & Warburg en el último momento cambiar una palabra de *Rebelión en la granja*, de la descripción del autocrático Napoleón, para reflejar el hecho de que Stalin no hubiese huido de Moscú ante el avance alemán. «Pensé que el cambio sería justo para con I. S.», escribió[776]. Puede que «I. S.» fuese un tirano asesino,

pero eso no era motivo para llamarle cobarde. «En mi opinión, es la frase que más luz arroja sobre el carácter de Orwell», dijo Warburg[777].

Dos años más tarde, Orwell afirmó que el tiempo que había pasado en España había sido el detonante para la escritura de la novela, ya que allí se convenció de que «la destrucción del mito soviético era esencial si queríamos resucitar el movimiento socialista[778]». Y viceversa. Después de haber sido testigo en Barcelona de la destrucción del idealismo revolucionario, le parecía esencial crear una alternativa viable al estalinismo. En su opinión, para eso era necesario un libro que se entendiese universalmente en cualquier lengua.

A pesar de ciertas licencias artísticas con la cronología, *Rebelión en la granja* es una meticulosa alegoría de la historia de Rusia, desde la Revolución hasta la Conferencia de Teherán. Cada animal representa a un individuo (Napoleón es Stalin, Bola de Nieve es Trotski, el señor Frederick es Hitler, etc.) o un tipo común. Al mismo tiempo, y a pesar de su humor, la historia puede hacer llorar a un lector que no sepa nada sobre Rusia. «Es una fábula triste —escribió Graham Greene—, y el hecho de que sea tan triste, y no solo un eco lejano de las deficiencias humanas, demuestra el gran talento del señor Orwell[779]». Cuando envían al matadero a Boxeador, el caballo de tiro trabajador e ingenuo, el lector llora por el caballo, no por un símbolo ocurrente del proletariado ruso.

Orwell dijo que *Rebelión en la granja* era «una especie de cuento de hadas, una verdadera fábula con un significado político[780]». Le encantaban los cuentos: adaptó *El traje nuevo del emperador* y *Caperucita roja* para la radio y sopesó hacer una versión de *Cenicienta*, que él consideraba «lo máximo[781]». Un niño puede percibir de forma profunda la tragedia que tiene lugar en la granja: las esperanzas rotas, la verdad traicionada, la mentira impune. Eso fue lo que le ocurrió a Margaret Atwood cuando tenía nueve años. «Si dijese que este libro me horrorizó, me quedaría corta —recuerda—. El destino de los animales de la granja resultaba tan desalentador, los cerdos eran tan malos, mentirosos y traicioneros, las ovejas, tan estúpidas. Los niños tienen un fuerte sentido de la justicia y eso es lo que más me molestaba: que los cerdos fuesen tan injustos[782]».

Rebelión en la granja puede leerse como una precuela de *1984*: primero, se traiciona la Revolución; luego, triunfa la tiranía. Aunque en *1984* hay alguna referencia a una revolución y una guerra civil en Oceanía, seguidas de una breve guerra nuclear, nunca se describe en detalle la forma en la que Socing llega al poder y se afianza, pero *Rebelión en la granja* sugiere cómo pudo haber sido: Bola de Nieve sería una versión más joven del «siniestro

taumaturgo[783]» Goldstein, transformado por la paranoia en «una especie de influencia invisible que impregnaba el aire y los amenazaba con todo tipo de peligros[784]». De hecho, uno de los primeros bocetos de *1984* le hace un guiño a *Rebelión en la granja*, cuando O'Brien compara la improbabilidad de una revuelta de los proles con «la posibilidad teórica de que algún día los animales se rebelen contra la humanidad y conquisten la Tierra[785]».

Ambos libros comparten también una obsesión con la erosión y la corrupción de la memoria. La palabra «recuerda» sale ciento diez veces en la edición original inglesa de *1984*, «memoria», cuarenta y siete, y «olvidar» u «olvidado», cuarenta y seis. Mientras que en Oceanía la manipulación del pasado es un elaborado proceso industrial, en *Rebelión en la granja* se describe con una ambigüedad inquietante, como si fuera un sortilegio: «Todos recordaban, o creían recordar…»[786]. El lector es el único que puede ver con claridad cómo poco a poco se borran los recuerdos de los animales.

Para ello, primero se falsifica la evidencia. Paso a paso, los siete mandamientos de la revolución se modifican hasta quedar reducidos a un famoso oxímoron: «TODOS LOS ANIMALES SON IGUALES, PERO ALGUNOS ANIMALES SON MÁS IGUALES QUE OTROS[787]». Cuando los otros animales protestan, Chillón, el lugarteniente de Napoleón, pregunta: «¿Estáis seguros de que no lo habéis soñado, camaradas? ¿Tenéis algún registro de esa resolución? ¿Está escrita en alguna parte?»[788]. Evidentemente no y, por tanto, deben estar equivocados. Si Chillón tiene estadísticas que «demuestran» que su vida es mejor ahora, entonces debe serlo. Winston Smith recuerda que ya había aviones en su infancia, por lo que no puede haberlos inventado el Partido, «pero era imposible demostrarlo. Nunca había pruebas[789]».

Segundo, el líder se considera infalible. Cuando Boxeador jura que Bola de Nieve había sido un héroe de guerra y no un traidor desde el principio, Chillón cita a Napoleón como autoridad última: «¡Ah, eso es diferente! —admite Boxeador—. Si lo dice el camarada Napoleón, debe de ser cierto[790]». El poeta propagandista Mínimus lo glorifica como una figura omnisciente, como un dios (o un Hermano Mayor): «*tú velas por todos, / camarada Napoleón*[791]».

Tercero, se modifica el lenguaje. Solo los cerdos, los que «trabajan con el cerebro», saben escribir, por lo que son los únicos que controlan la historia. Al reducir el vocabulario, reducen también el alcance del pensamiento («cuatro patas, sí; dos patas, no[792]» son los primeros pasos de la nuevalengua). Los balidos de las ovejas y sus eslóganes ahogan las demás

ideas o hacen que sean imposibles de articular. Trébol sabe que los animales no habían luchado y trabajado para eso: «Tales eran sus pensamientos, aunque le faltaran las palabras para expresarlos[793]». De forma similar, en nuevalengua, no se puede disentir «porque faltaban las palabras necesarias[794]».

Y, por último, los recuerdos se borran con el paso del tiempo. Los viejos revolucionarios se marchan o mueren, mientras que nacen o se compran nuevos animales: una generación de Gletkins de cuatro patas que no tienen nada que olvidar. Winston Smith reflexiona sobre el hecho de que al cabo de a lo sumo veinte años «la pregunta sencilla y crucial "¿Era la vida antes de la Revolución mejor que ahora?" habría dejado de tener respuesta[795]». Entonces la guerra contra la memoria habría llegado a su fin.

En junio de 1945, Orwell le dijo a Warburg que había escrito doce páginas de su siguiente novela y contrató a una niñera para ayudarle a cuidar de Richard. Susan Watson adoraba a su nuevo empleador y él apreciaba cómo su vivacidad llenaba de luz una casa ensombrecida por la pena. Además, le gustaba la tarta de chocolate que ella hacía. «Una vez se me hundió la tarta en el centro —recuerda ella—, pero le gustaban así. Le gustaban las cosas que no estaban perfectas[796]».

Así era. A un nivel profundo, Orwell pensaba que era un fracasado, que su lugar era la derrota. Warburg era consciente de que «Orwell nunca quiso estar asociado con nada muy poderoso o que tuviera mucho éxito[797]». Pero muchos de los amigos de Orwell, en cambio, pensaban que estaba destinado a grandes cosas. En septiembre de 1941, Inez Holden asistió a la comida del congreso internacional del PEN junto a Koestler, Cyril Connolly y Stevie Smith, y Koestler se apostó cinco botellas de vino de Borgoña a que en cinco años Orwell sería el autor más vendido[798].

Koestler ganó la apuesta con un año de margen. Tras su publicación el 17 de agosto, *Rebelión en la granja* vendió enseguida todos los ejemplares que había conseguido imprimir Secker & Warburg ese año, cerca de veinte mil entre la primera edición y algunas reediciones en otoño. Orwell estaba orgulloso de poder, por fin, pagar la cuenta después de comer con su editor. Le sorprendió gratamente, después de todas las dificultades para conseguir un editor, el coro de alabanzas de los críticos (excepto los de *Daily Mail* y *The New Statesman*, pero eso era inevitable). Las traducciones a otras lenguas trajeron consigo más elogios[799], aunque muchas veces las únicas palabras que entendía de las reseñas eran «Swift» y «Gulliver». «Me sorprendieron las

reacciones hostiles que nunca hubo», le dijo al fundador de *Partisan Review*, Philip Rahv[800]. El único motivo de queja que encontró Orwell fue que algunas librerías colocaron el libro por error en la sección infantil, así que se dedicó a recorrer librerías para cambiarlo al estante adecuado[801].

Además, *Rebelión en la granja* fue todo un éxito entre personas a las que él nunca había pretendido impresionar. El hijo de Churchill, Randolph, leyó un ejemplar prestado; se decía que la reina también lo había leído; lord Beaverbrook, el beligerante barón de la prensa de derechas al que Orwell había descrito memorablemente diciendo que «se parecía tanto a un mono en un palo que no resultaba creíble que no lo estuviese haciendo a propósito[802]», le invitó a comer. Al poco tiempo, Orwell se vio obligado a recordar a sus admiradores que, en realidad, él seguía siendo socialista. Cuando la duquesa de Atholl le invitó a hablar en un encuentro de la League for European Freedom (Liga por la Libertad Europea), de tendencias derechistas, Orwell le explicó que no podía sentir ningún respeto por una organización que defendía la libertad en Europa, pero no en la India. «Pertenezco a la izquierda y trabajo por ella —le contestó—, por mucho que odie el totalitarismo ruso y su nociva influencia en este país[803]».

En París, Orwell le había comentado a A. J. Ayer que le preocupaba halagar a sus enemigos políticos[804]. William Empson expresó una preocupación similar en una carta amigable: «el peligro de este tipo de perfección es que significa cosas muy distintas para lectores distintos. […] Pienso que vale la pena advertirte […] de que en gran medida debes esperar ser "malentendido" con respecto a este libro; tiene una forma que, en sí misma, significa más de lo que el autor quiere decir, cuando se maneja con la suficiente destreza[805]». El autor de *Seven Types of Ambiguity* (Siete tipos de ambigüedad) tenía toda la razón y por partida doble: todo lo que dijo sobre *Rebelión en la granja* se podría aplicar, y con creces, a *1984*.

Los elogios de la derecha provocaron el rechazo de la izquierda, sobre todo porque no estaba claro lo que Orwell estaba diciendo sobre la Revolución[806]. Algunos de los amigos neoyorquinos de Dwight Macdonald, antiguo editor de *Partisan Review*, pensaban que el mensaje del libro era «al diablo con todo y viva el *statu quo*[807]». Kingsley Martin, un viejo enemigo de Orwell, le acusó de haber «agotado el idealismo y acercarse a la banalidad del cinismo[808]» y veía al autor reflejado en Benjamín, el viejo y arisco burro que considera que la vida es «hambre, miseria y decepción[809]», sin importar quién esté al mando. Pero Benjamín suena como un conservador mucho más pesimista que Orwell, quien dejó claro en su ensayo sobre Koestler que se

puede rechazar la posibilidad del paraíso terrenal sin abandonar la idea de que se puede mejorar la vida.

Vale la pena destacar que no hay un sustituto de Lenin en *Rebelión en la granja*. Orwell otorga las mejores cualidades de Lenin al personaje visionario del Viejo Comandante y las más vulgares al de Napoleón, con lo que no especifica su opinión sobre él, aunque poco después de la publicación del libro escribió que «todos los gérmenes del mal estaban ahí desde un principio y […] las cosas no habrían sido muy diferentes si Lenin o Trotski hubiesen mantenido el control[810]». Aun así, leer *Rebelión en la granja* solo como una obra antirrevolucionaria es como pensar que Orwell prefería al señor Jones. La retórica del Viejo Comandante es muy inspiradora y el éxtasis posrevolucionario de los animales está justificado. «El hecho más alentador de la actividad revolucionaria es que, aunque siempre fracasa, siempre continúa —escribió Orwell en 1948—. La imagen de un mundo de seres humanos libres e iguales, que viven juntos en hermandad […] nunca se materializa, pero parece que la fe en ella nunca desaparece del todo[811]».

Para Orwell, el punto de inflexión de la historia es cuando los otros animales dejan que los cerdos monopolicen la leche y las manzanas, un episodio que representa la represión de la rebelión de Kronstadt en 1921, la última manifestación de socialismo democrático en Rusia. «Si la gente piensa que defiendo el *statu quo* creo que se debe a que se han vuelto pesimistas y asumen que no hay alternativa a la dictadura o el capitalismo liberal», le dijo a Macdonald[812]. *Rebelión en la granja* no sería tan triste si no supiésemos que las cosas podrían haber sido de otra forma.

Rebelión en la granja se publicó, por los pelos, en un mundo de posguerra. Orwell había escrito a David Astor desde París en el mes de abril para ofrecerse a viajar en noviembre a Birmania, para documentar las últimas etapas de la guerra contra Japón para *The Observer*, pero el conflicto acabó antes de lo esperado. El 14 de agosto, tres días antes de la publicación de *Rebelión en la granja*, Orwell estaba en Fleet Street y oyó la noticia de que Japón estaba a punto de rendirse. Los oficinistas cortaron tiras de papel y las lanzaron como si fueran confeti sobre las personas que lo celebraban en las calles. Orwell reaccionó con irritación: «En Inglaterra es imposible encontrar papel para imprimir libros, pero parece que hay papel de sobra para este tipo de cosas[813]».

El júbilo duró poco. El racionamiento, la grave escasez de vivienda y el repentino cese del programa estadounidense de ayuda provocaron una

sensación generalizada de anticlímax y tristeza. Una encuesta realizada por el instituto Mass Observation en junio llegó a la conclusión de que solo uno de cada siete londinenses estaba «feliz o entusiasmado» por el fin de las hostilidades, y el cuarenta por ciento estaba «preocupado o deprimido[814]». «Me parece que el estado de ánimo de esta ciudad es menos revolucionario, menos utópico e incluso menos esperanzador que en 1940 o 1942», escribió Orwell en su última «London Letter[815]». Le daba hasta vergüenza llevar a comer a Ignazio Silone, que estaba de visita, en una ciudad en un estado tan deplorable, hasta que Silone comentó que, en comparación con Roma, Londres no estaba nada mal.

En la revista *The New Yorker*, Mollie Panter-Downes escribió que los británicos estaban asimilando la realidad de un «enorme bombardeo económico»: «Casi la única cosa de la que parecen tener certeza absoluta ahora mismo es de que sobrevivir a la paz va a ser casi tan difícil como sobrevivir a la guerra[816]». El sabor de la victoria también se vio ensombrecido por las implicaciones de las dos bombas atómicas que Estados Unidos había lanzado en Hiroshima y Nagasaki. «En Inglaterra, como en todas partes —continúa Panter-Downes—, la sombra de la energía atómica, ese monstruoso Frankenstein potencial, cayó sobre las banderas de la victoria y golpeó casi todos los corazones[817]».

Orwell pensaba que estos acontecimientos estremecedores hacían que la última novela de C. S. Lewis, *Esa horrible fortaleza*, sobre un malvado grupo de científicos que conspiran para esclavizar el mundo, resultase «demasiado tópica[818]» y que el último libro de H. G. Wells, el abatido y apocalíptico *Mind at the End of Its Tether* (Mente al límite de su paciencia), resultase más creíble de lo que habría sido en otro momento. «Hemos llegado a un punto en el que no podemos ignorar sin más la afirmación de que la humanidad está condenada —declara Orwell en su reseña—. Es muy posible que realmente esté condenada[819]».

En una clarividente pieza para *Tribune* titulada «La bomba atómica y usted», Orwell sugiere que es el arma que podría darle la razón a Burnham, al meter a Estados Unidos y la URSS (en cuanto esta desarrollase su propia bomba) en un callejón sin salida largo y paranoico. Ahora sí era capaz de visualizar «el tipo de visión del mundo, el tipo de creencias y la estructura social que es probable que se imponga en un Estado inconquistable y en constante situación de “guerra fría” con sus vecinos[820]». El pequeño intercambio nuclear que se aprecia de fondo en *1984* resulta mucho menos convincente que la sugerencia de Orwell, expresada dos años más tarde, de

que «el miedo que inspiran la bomba atómica y otras armas todavía por inventar llegue a ser tan grande que todos se abstengan de utilizarlas[821]». Igual que inventó la expresión «guerra fría», también anticipó la doctrina de la destrucción mutua asegurada.

En medio del malestar de posguerra, los amigos de Orwell pensaban que estaba más demacrado y agotado de lo habitual. Necesitaba desesperadamente un cambio. Llevaba cinco años soñando con esconderse en una de las islas Hébridas. David Astor, que tenía muy buenos contactos, le recomendó la isla de Jura, en las Hébridas Interiores, donde él tenía una casa. Robin Fletcher y su mujer, Margaret, tenían una granja apartada, llamada Barnhill, y buscaban un inquilino para evitar que se convirtiese en una ruina. Orwell ya había hecho planes para mudarse allí cuando Eileen aún vivía. En el mes de septiembre de ese año, hizo solo el largo viaje al norte y pasó dos semanas en la casa en la que iba a escribir *1984*.

08

Todo libro es un fracaso

Orwell 1946-1948

«*Marcar el papel era el acto decisivo*».

GEORGE ORWELL, *1984*[822]

Orwell dijo una vez que *1984* «no habría sido tan sombrío si yo no hubiera estado tan enfermo[823]». Pero los indicios cuentan otra historia. En los últimos días de 1945, los lectores del periódico *Tribune* se encontraron con un artículo desalentador titulado «Old George's Almanac» (El almanaque del viejo George). El título buscaba darle un giro semicómico a las predicciones que había hecho Orwell para 1946: crisis económica, resurgimiento del fascismo, «guerras civiles, terribles bombardeos, ejecuciones públicas, hambre, epidemias y renacimiento religioso[824]». ¡Feliz año nuevo! «Se podría objetar que mis pronósticos son excesivamente pesimistas —concluía—. Pero ¿de verdad lo son? Me temo que al final se demostrará que he sido demasiado optimista[825]». En esa misma época, tras una comida con Orwell, el poeta y crítico Herbert Read, que tampoco es que fuera precisamente un hombre muy optimista, exclamó: «¡Dios mío, este Orwell es un ave de mal agüero!»[826].

Esta anécdota da la impresión de que Orwell era el hombre más agorero de todo Londres, pero no tenía ni mucho menos el monopolio del pesimismo. En su introducción a la edición de 1946 de *Un mundo feliz*, Aldous Huxley predijo una epidemia mundial de totalitarismo, que esclavizaría a los hombres por medio de drogas, promiscuidad sexual e ingeniería genética. Decidió que había sido demasiado optimista al predecir que la distopía ocurriría seiscientos años más tarde, como consta en la novela: «Hoy parece posible que tal horror se implante entre nosotros en el plazo de un solo siglo. Es decir, en el supuesto de que sepamos reprimir nuestros impulsos de destruirnos en pedazos en el entretanto[827]». Ese mismo año, Albert Camus escribió: «Nuestro siglo XX es el siglo del miedo[828]».

Es decir, Orwell estaba dando voz a una sensación generalizada de inquietud provocada por la bomba, y no proyectando una extravagante aflicción privada. Como escribió en una «London Letter» de 1946: «No conozco a ninguna persona que piense y tenga una imagen esperanzadora del futuro[829]». Aun así, siguió siendo una muy buena compañía. Michael Meyer, que solía almorzar con él, dijo que era «el comentarista político mejor informado y más instructivo que he conocido nunca. Sus conversaciones son como sus escritos: sinceras, lúcidas, ocurrentes y humanas[830]». Otro escritor, Christopher Sykes, recuerda que siempre que se encontraban «hablábamos de temas melancólicos, y me alegraba el día[831]».

Después de la guerra, había algo frenético en la actividad de Orwell. Podría deberse a que era su último adiós como londinense y periodista a tiempo completo, o quizá llenaba sus días al máximo para no dejar espacio al dolor. Trabajaba como un estajanovista y socializaba más que nunca: una cena ligera en Canonbury Square con viejos amigos como Fyvel y Potts, comidas en Fleet Street con conocidos del mundo literario, como Malcolm Muggeridge, Julian Symons y Anthony Powell (el primer grupo de amigos que nunca le habían llamado Eric, para ellos era solo George). Aunque adoraba al hombre común, pasaba la mayor parte de su tiempo con individuos poco comunes. Muggeridge recuerda una animada comida con Orwell, Symons y otro escritor: «Todos éramos anticomunistas, pero por distintos motivos, y resultaba interesante ver cómo, a pesar de estar de acuerdo, estábamos en desacuerdo[832]».

Pese a su aversión hacia los grupos y comités, Orwell aceptó el cargo de vicepresidente del Comité de Defensa de la Libertad, organizado por George Woodcock. Sus miembros, muy diversos en términos políticos, entre los que se encontraban E. M. Forster, T. S. Eliot, Bertrand Russell y Victor Gollancz, defendían la amnistía para cualquiera que hubiese sido condenado con la draconiana legislación del periodo de guerra, ya fueran un anarquista, un comunista o un fascista. Un lector de *Tribune* acusó a Orwell de sentir «una atracción irresistible por las causas impopulares solo por el hecho de serlo[833]», pero Orwell llevaba años defendiendo que algo es bueno o malo al margen de quién lo haga. En su opinión, si suprimes los derechos de tus enemigos políticos, puedes estar seguro de que algún día ellos eliminarán los tuyos. Por eso mismo, le enorgullecía decir que durante la guerra había defendido los derechos de Oswald Mosley (cuando dejó de ser peligroso) y *The Daily Worker*, a pesar de que no le gustaba ninguno de los dos. Como le

dijo a Woodcock: «nadie debería ser perseguido por expresar sus opiniones, por antisociales que sean, y ninguna organización política debería suprimirse, a menos que se pueda demostrar que supone una amenaza sustancial para la estabilidad del Estado[834]».

Orwell también intentó llenar el vacío emocional que le había dejado la muerte de Eileen haciendo una serie de propuestas de matrimonio desesperadas y torpes a mujeres jóvenes como Celia Paget (la hermana gemela de la compañera de Koestler, Mamaine, y prima de Inez Holden), Sonia Brownell (la conocida y atractiva protegida de Cyril Connolly en *Horizon* Magazine) y Anne Popham (la historiadora de arte que vivía en el piso de abajo). «Lo que pasa es que a veces me siento desesperadamente solo —le dijo a Popham cuando le pidió disculpas por haberla puesto en ese apuro —. Tengo cientos de amigos, pero ninguna mujer que se interese por mí y me anime[835]». Aunque parezca poco romántico, es toda una declaración de amor comparada con la triste y pragmática propuesta de matrimonio de su siguiente carta: «Lo que en verdad estoy preguntando es si te gustaría ser la viuda de un escritor[836]». Como era de esperar, Popham no cayó rendida a sus pies.

Así que lo que le quedaba era su trabajo. Orwell escribía de media dos o tres textos a la semana para más de media docena de publicaciones. En febrero se tomó una semana libre, pero solo porque empezó a toser sangre por una hemorragia tuberculosa sin diagnosticar. En casi todas sus cartas se queja de la carga de trabajo («asfixiado por el periodismo»)[837] y promete dejarlo todo para centrarse en su libro. «Es probable que al principio sea un trabajo infernal, pero creo que en seis meses intensos habré hecho lo más gordo», le dijo a Popham[838].

Cuando leemos todo lo que escribió Orwell entre octubre de 1945 y mayo de 1946, destacan dos aspectos. Por un lado, su estilo había madurado hasta tal punto que es difícil encontrar en su trabajo signos de estrés o prisas. Por otro lado, en retrospectiva, casi toda su producción parece de alguna forma relevante para *1984*, incluso escribió algunas imágenes o frases concretas que utilizaría en la novela. Orwell no tenía ningún problema en usar dos veces una buena frase. El libro se había instalado en su cabeza de forma permanente. «En diversas cenas y comidas, o cuando nos tomábamos una copa, le oí exponer casi todas las ideas de *1984* —recuerda George Woodcock—, pero no tenía ni idea del argumento hasta que se publicó el libro[839]».

Orwell no podía evitar explorar las peores implicaciones de cualquier cosa nueva. Le preocupaba que los complejos residenciales (tan necesarios) que

estaban construyéndose por todo el país se convirtieran en «colonias donde [la gente] pierda gran parte de su privacidad[840]» y describía los campamentos de vacaciones, como los de Butlin, como si fuesen Estados policiales con el mismo tipo de recreo comunitario obligatorio y ejercicios reglamentados que afligen a Winston en la Franja Aérea Uno. «Uno nunca está solo[841]», se quejaba el hombre que consideraba la privacidad y la soledad como uno de los derechos fundamentales del hombre. En «The Prevention of Literature» (La prevención de la literatura), una brillante síntesis de sus ideas sobre el arte, la política y las mentiras como pilar del totalitarismo, usó los dibujos animados de Disney como ejemplo para ilustrar el «proceso casi industrial[842]» por medio del cual el entretenimiento masificado podría producirse de forma mecánica en un futuro. Es posible que su ejemplo fuese injusto para con los creadores de los dibujos, pero le sirvió para imaginar el Departamento de Ficción del Ministerio de la Verdad.

Por otro lado, sus elegantes y breves artículos sobre una buena taza de té, el *pub* ideal y el encanto meditativo del apareamiento del sapo común expresan valores que vale la pena arrancar de las garras de la política: «Las bombas atómicas se amontonan en las fábricas, la policía patrulla las ciudades, las mentiras brotan a chorro de los megáfonos, pero la Tierra sigue girando alrededor del Sol, y ni los dictadores ni los burócratas, por mucho que desaprueben el proceso, son capaces de detenerlo[843]». La descripción que hace de una típica tienda de viejo en una columna del periódico *Evening Standard* parece un borrador de la tienda del señor Charrington[844], incluyendo el pisapapeles de coral que le gusta a Winston porque, igual que una pluma, el nombre de Shakespeare o la canción «Naranjas y limones», es una prueba irrefutable de la vida antes del Socing.

Todos los hilos empezaban a unirse. En «Delante de las narices», Orwell cartografía el proceso de doblepiensa o «esquizofrenia política»: «el poder de albergar simultáneamente dos creencias que se anulan la una a la otra. Estrechamente vinculado a este poder, está el de ignorar hechos que son obvios e inalterables, y a los que habrá que hacer frente antes o después[845]». Se dio cuenta de que, incluso cuando se demostraba que alguien se había equivocado, este tendía a retorcer los hechos o abandonar sus viejas opiniones, para dar la impresión de que tenía razón desde un principio. «Ver lo que uno tiene delante de las narices precisa una lucha constante[846]». Orwell estaba analizando las formas en que las personas se engañan a sí mismas, sin necesidad de que ningún Estado totalitario las obligue a ello. La tiranía no funciona sin cómplices.

Woodcock se dio cuenta de que otra de las preocupaciones de Orwell era «cómo se había debilitado el sentido de la libertad y de la verdad en la conciencia popular[847]». En «Freedom of the Park» (La libertad del parque), Orwell llamaba la atención de los lectores de *Tribune* sobre la detención de cinco personas que vendían periódicos pacifistas en la puerta de Hyde Park: un incidente menor, pero al mismo tiempo un recordatorio inquietante de algo que los ciudadanos de las democracias avanzadas suelen olvidar. «La cuestión es que la libertad relativa de la que disfrutamos depende de la opinión pública. Las leyes no suponen ninguna protección[848]». El razonamiento de que las personas solo disfrutarán de la libertad de expresión, o de cualquier otra libertad, si les importa lo suficiente como para exigirla se repite en los proles de *1984*, que tienen un poder inmenso pero no hacen uso de él.

El derecho a expresarse le parecía fundamental, pero también le importaba la calidad del discurso. El ensayo que Orwell escribió para *Horizon* Magazine titulado «Politics and the English Language» (La política y la lengua inglesa) se viene utilizando desde hace generaciones para enseñar a los alumnos a escribir con claridad. A decir verdad, el ensayo es un poco confuso, un revoltijo de poderosos ejemplos de los «engaños y perversiones[849]» de una mala prosa y una colección estrafalaria de manías personales. La relación entre el deterioro de la política y la corrupción del lenguaje tampoco es tan sencilla como él la pinta: también es posible mentir con palabras cortas (la guerra es la paz) e ilustrar una gran verdad con un cliché. Sin embargo, lo que a menudo se pasa por alto es la humildad de Orwell. Él admite que sus «reglas» (que son en verdad aspiraciones) no son vinculantes y, aunque lo fueran, él mismo desobedece algunas de ellas. Aun así, casi todo el mundo estará de acuerdo en que «la ortodoxia, del tipo que sea, parece exigir un estilo que no tiene vida y solo imita[850]», o que reflexionar sobre las palabras que utilizas hace que tus pensamientos sean más agudos. Solo si nos deshacemos del desorden verbal podemos entender con claridad lo que pensamos, pero también cómo lo pensamos. El objetivo es escribir de tal forma que no puedas engañarte a ti mismo sin ser plenamente consciente de que lo estás haciendo.

«Por qué escribo», un artículo que le encargó la revista trimestral *Gangrel*, ayudó a Orwell a definir sus prioridades justo cuando se preparaba para empezar a escribir *1984*. Defiende que hay cuatro grandes motivos que luchan por la supremacía en la mente de todo escritor (egoísmo, entusiasmo estético, impulso histórico y propósito político) y concluye que sus mejores obras desde 1936 han surgido por el último de ellos. Escribe porque «existe

alguna mentira que aspiro a denunciar, algún hecho sobre el cual quiero llamar la atención, y mi preocupación inicial es hacerme oír[851]». Cuando no tiene una misión, su prosa se apaga, desprovista de vida, pero para su próxima novela, promete, tiene una misión. «Seguro que será un fracaso —todo libro es un fracaso—, pero sé con toda claridad qué clase de libro aspiro a escribir[852]».

Las últimas piezas periodísticas que escribió Orwell antes de su interrupción autoimpuesta reflejan un deseo de cambio. Dos hermosos textos sobre la necesidad de prestar atención a la naturaleza contrastan con una improvisación llena de humor negro sobre la aplastante rutina de un crítico literario. En su última «London Letter» observa que, a pesar de la llegada de la primavera, Londres estaba «tan sucio y desaliñado como de costumbre[853]». Había llegado la hora de partir.

El viaje de Orwell a la isla de Jura se retrasó porque el 3 de mayo su hermana mayor, Marjorie, murió de forma inesperada debido a una enfermedad renal. En poco más de tres años había perdido a su madre, a su mujer y a una hermana. Orwell desembarcó en la isla a finales de mes, acompañado por su hermana menor, Avril.

En Jura se consolidó el mito de *1984*: la imagen irresistible de un hombre triste y enfermo que se encierra en una roca dejada de la mano de Dios en medio de un mar embravecido y, desesperado por su propio futuro y el del mundo, escribe la novela que le llevará a la tumba. Entre otras cosas, ese cliché le hace un flaco favor a Jura, que tiene un clima templado (aunque húmedo) y una belleza virgen y deslumbrante. Barnhill, situado en la zona norte de la isla y con una población de menos de trescientos habitantes, era un lugar sin duda remoto: a once kilómetros del pueblo más cercano, Ardlussa, por una carretera muy mala y a treinta y dos de Craighouse, el principal asentamiento de la isla. La granja de cuatro habitaciones era muy básica y no tenía teléfono ni servicio postal. El suministro de agua y combustible no siempre estaba garantizado. El hospital más cercano estaba en Glasgow (había que coger un taxi, dos barcos, un autobús y un tren), por lo que Jura era una elección temeraria para alguien enfermo. A pesar de todo, a Orwell le encantaba, sobre todo desde que Susan Watson llegó con Richard. Debido a su carácter de asceta, la austeridad formaba parte del encanto. Jura le ofrecía la vida que Eileen le había pedido en sus últimas cartas: aire fresco, familia y ficción.

Orwell no pretendía convertirse en un eremita, por lo que invitó a muchos de sus amigos a visitarle. Entre los que hicieron el largo viaje estaban el escritor indio Mulk Raj Anand, al que conocía de la BBC, e Inez Holden, recién llegada de cubrir los juicios de Núremberg. Se hizo amigo de su casero, Robin Fletcher, que le contó sus experiencias en un campo de concentración japonés. Paul Potts, el poeta que había sido su compañero habitual en los bares de Islington, se quedó un par de meses, para luego marcharse indignado porque Watson utilizó por error su último manuscrito para encender el fuego. Otro visitante complicado fue el novio de Watson, un joven exsoldado comunista llamado David Holbrook, que pensaba que Orwell era un «viejo miserable y hostil. […] Era desagradable ver cómo ese hombre se apartaba cada vez más de la humanidad y hablaba sin parar de su amarga desesperación[854]».

Esa no es para nada la impresión que uno tiene al leer las cartas y los diarios de Orwell, en los que se muestra encantado con su nueva rutina rústica: plantar fruta y verdura, cazar conejos, criar ocas y pescar caballas, abadejos y langostas. En cierto momento incluso llegó a tener un cerdo, que le sirvió para confirmar la mala opinión que ya había expresado en *Rebelión en la granja*: «Son los animales más irritantes y destructivos, y es difícil mantenerlos alejados de cualquier sitio porque son muy fuertes y astutos[855]». Les dijo a sus amigos que su ubicación remota y su independencia alimentaria serían útiles en caso de guerra nuclear, porque Jura «no vale ni una bomba[856]». No parecía que lo dijese en broma.

Y la novela a la que estaba deseando hincarle el diente…, bueno, cuando se liberó de las cadenas del periodismo, Orwell se dio cuenta de que no tenía tantas ganas de escribir. Los procrastinadores crónicos disfrutaréis de una serie de cartas en las que Orwell explica alegremente por qué aún no ha empezado a escribir y va retrasando la fecha en la que espera terminarla: hasta finales de 1947, como pronto. Solo a finales de septiembre, en una carta a Humphrey Slater, el editor de *Polemic*, dice que se ha puesto a ello: «Por fin he empezado mi novela sobre el futuro, pero solo llevo unas cincuenta páginas y quién sabe cuándo la terminaré. Al menos ya está empezada[857]». Cuando se sentía bien y el tiempo era templado, escribía en el salón; cuando no era así, trabajaba en su habitación, en medio de una nube de humo de cigarro y queroseno. Es probable que las primeras personas que leyeron fragmentos de *1984* fuesen Watson y Holbrook, que se colaban en su habitación para echar un vistazo a algunas páginas. «Parecía deprimente y desesperanzadora, como todo lo que tenía que ver con él»: esa fue la

valoración de Holbrook, cegado por sus prejuicios[858]. Lo más probable es que entre esas primeras páginas estuviese el borrador del libro de Goldstein. A algunos lectores les puede resultar largo e indigesto, pero explica los motivos que llevaron a Orwell a escribir la novela. Llegó a ella a través de las ideas, no del argumento.

El único artículo que Orwell consiguió escribir ese verano en Jura hace pensar que estaba trabajando en cuestiones relacionadas con la novela. El título de «Política frente a literatura: un análisis de *Los viajes de Gulliver*» refleja la contradicción entre el placer que le producía *Los viajes de Gulliver* y el principal punto de desacuerdo entre Orwell y Swift (un misántropo y reaccionario, «una de esas personas incitadas a abrazar una especie de conservadurismo *tory* perverso por las locuras de la facción progresista del momento[859]»). Esa es una idea que le obsesiona en los *Critical Essays* (Ensayos críticos), publicados a principios de 1947. Orwell defiende que el hecho de que Kipling fuese un vulgar imperialista, Yeats, un protofascista y Dalí, un maníaco no afecta a la calidad de sus obras. Aunque son hechos relevantes: «Debemos ser capaces de tener en cuenta simultáneamente ambos hechos: que Dalí es un buen pintor y que es un ser humano repugnante. Una cosa no invalida ni, en cierto modo, afecta a la otra[860]». Cuando los valores políticos o morales chocan con nuestro juicio literario, escribió más tarde, podemos vernos tentados a decir: «Este libro es de mi bando y, por tanto, tengo que hallar mérito en él[861]». De la misma forma, se suele quitar importancia a los méritos de un libro que no es de tu bando. Orwell se esforzaba por hacer justo lo contrario. Su deber como crítico implicaba exponer su juicio tanto estético como moral con una franqueza sin concesiones, y no confundir ambos juicios.

Orwell concluye que Swift apela a esa parte oscura de la naturaleza humana que sospecha que la humanidad está atrapada en la corrupción, la locura y la inmundicia y le encanta verse expuesta a lo peor, siempre que sea algo temporal. Lo que Swift describe está muy lejos de la verdad, pero no es tampoco una mentira. Eso es lo que Orwell tenía en mente durante aquel primer verano en Jura: la técnica satírica de «elegir una sola verdad oculta y, después, magnificarla y distorsionarla[862]». Sí, eso podría funcionar.

H. G. Wells murió solo en su casa el 13 de agosto de 1946, unas pocas semanas antes de cumplir ochenta años. En su travieso «My Auto-Obituary» (Mi autoobituario), escrito unos años antes, se había imaginado que en 1948 los fascistas le daban una paliza, la «breve dictadura comunista de 1952[863]»

lo metía en la cárcel y moría en 1963. Pero, como suele suceder, el destino tenía otros planes.

Al día siguiente, el *Manchester Evening News* publicó un obituario que Orwell había escrito nueve meses antes. Aunque decepciona porque vuelve a insistir en sus viejos juicios (que las décadas que Wells pasó abogando a gritos por un Estado mundial habían empañado el brillo de sus primeras novelas), también expresa una ternura y un respeto que no se vieron alterados en lo más mínimo por su mala relación con Wells: «Era una figura tan importante, desempeñó un papel tan trascendental para nuestra concepción del mundo que, al buscar el acuerdo o el desacuerdo con sus ideas, tendemos a olvidar sus logros puramente literarios**[864]**».

En su cómico prefacio a la edición de 1941 de *The War in the Air* (La guerra en el aire), Wells ya había propuesto su propio epitafio: «Os lo dije, tontos del culo**[865]**».

Cuando Orwell volvió a Londres para pasar el invierno, el dios del dinero por fin le sonrió desde el otro lado del Atlántico. «En Estados Unidos hay más dinero, más papel y más tiempo libre**[866]**», escribiría más tarde en un estudio sobre literatura estadounidense: buenas noticias para su edición de *Rebelión en la granja*. En un principio se imprimieron 50 000 ejemplares (más de diez veces la primera edición de Warburg, de 4500 ejemplares) y el Book-of-the-Month Club (Club del Libro del Mes) seleccionó la novela en septiembre de 1946 e imprimió 540 000 ejemplares más. Uno de los miembros del Club dijo de forma anónima que era «*La cabaña del tío Tom de nuestra época***[867]**», un cumplido de doble filo para Orwell, que consideraba que la novela de Stowe era el típico libro «malo bueno**[868]**»: ridículo y conmovedor al mismo tiempo. Edmund Wilson, de la revista *The New Yorker*, lo elogió al compararlo con Voltaire y Swift**[869]**, pero George Soule, de *The New Republic*, consideró que Orwell no estaba a la altura: «la sátira no trata de algo que haya vivido el autor, sino de ideas estereotipadas sobre un país que probablemente no conoce muy bien. […] Debería intentarlo de nuevo, pero esta vez con algo más cercano**[870]**». El público estadounidense no pensaba igual: *Rebelión en la granja* estuvo ocho semanas en la lista de libros más vendidos de *The New York Times*.

Acostumbrado a ganar tan poco que ni siquiera se molestaba en abrir las cartas de la Hacienda Pública, ahora Orwell, analfabeto financiero, tuvo que preocuparse por primera vez en su vida por el impuesto sobre la renta. En 1947, fundó su propia empresa, George Orwell Productions, por

recomendación de sus contables, Harrison, Son, Hill & Co. («Nadie es patriótico con los impuestos», escribió una vez[871]). Este dinero caído del cielo le dio tantos quebraderos de cabeza con los impuestos que lo llamaba el «oro de hadas[872]» (oro de hadas para un cuento de hadas). A pesar de todo, le quedó suficiente dinero para hacer unas generosas donaciones al Comité de Defensa de la Libertad y ayudar a unos cuantos escritores en una situación menos afortunada que la suya. El prestigio en Estados Unidos trajo consigo ofertas de trabajo de publicaciones como *The New Yorker*, el interés de Walt Disney para hacer una película de *Rebelión en la granja* e incluso un breve perfil en *Vogue*. «Bastante de izquierdas, George Orwell es un defensor de la libertad —escribió Allene Talmey—, aunque la mayor parte del tiempo discrepe violentamente con aquellos con los que lucha[873]». No está nada mal como descripción concisa.

La existencia de Orwell se transformó gracias a un país que nunca visitó (para cuando tuvo la oportunidad, en 1948, estaba demasiado enfermo para viajar) y al que miraba con desdén y desconfianza. En sus escritos, retrata sistemáticamente a Estados Unidos como un adolescente vivaz pero vulgar e indisciplinado, propenso a romperlo todo. En *Que no muera la aspidistra* Comstock dice que «los norteamericanos eran los mejores diciendo sandeces, ya fuera sobre los helados, el crimen organizado o la teosofía[874]» y Orwell no dio muchas señales de haber moderado esa opinión a lo largo de la década siguiente.

Estados Unidos era el gran punto muerto de Orwell. Cyril Connolly pensaba que era «antiestadounidense, excepto con los trotskistas de la *Partisan Review*[875]». Aunque tenía sensibilidad para escribir sobre la cultura popular británica (las postales playeras, los cómics de los niños, las novelas policiacas, los teatros de variedades), a Orwell no le interesaban ni el *jazz*, ni el *blue*, ni las obras de Broadway, ni la música popular estadounidense, mantenía una aversión puritana a la literatura barata y los cómics estadounidenses y tenía una pésima opinión de Hollywood. Tampoco les prestaba mucha atención a los logros del New Deal de Roosevelt. Respecto a su influencia en la lengua inglesa, «debemos darnos cuenta de que, en general, el inglés americano es una mala influencia que ya ha tenido un efecto empobrecedor[876]».

A Orwell le encantaba Mark Twain e incluso propuso escribir una biografía suya en 1934, pero no solía relacionarse con escritores estadounidenses vivos, a excepción de Henry Miller y Richard Wright, ya que consideraba que su novela *Hijo nativo* era «un libro realmente notable que

debería leer cualquiera que quiera entender la naturaleza del odio racial[877]». Aunque era consciente de la esclavitud y de la masacre de los nativos americanos, sentía que el Estados Unidos del siglo XIX, tal como aparecía en las obras de Whitman y Twain, representaba, al menos en el imaginario, un mundo de democracia, de oportunidades, de aventura e inocencia, posible gracias a los abundantes recursos sin explotar; un mundo que había desaparecido hacía mucho tiempo. En 1940 escribió: «El mundo del novelista estadounidense es un caos, tanto físico como moral. No hay ni rastro de solidaridad, ni más patrón que el del éxito, que a menudo se disfraza de "expresión personal". […] No hay profundidad emocional. Todo está permitido y, por consiguiente, nada importa[878]». Podía hacer generalizaciones ridículas como esta porque conocía a muy pocos estadounidenses. Aunque conocer a algunos tampoco ayudaba. En una columna de «A mi antojo» publicada en 1943 se muestra tan hostil hacia las tropas estadounidenses estacionadas en Gran Bretaña («Resulta complicado moverse por Londres sin tener la sensación de que Gran Bretaña es ahora un territorio ocupado»)[879] que varios lectores se quejaron. Uno de ellos escribió: «Este anglófilo se ha sorprendido bastante al descubrir que George Orwell sigue sabiendo tan poco sobre los estadounidenses como antes[880]».

La mayor parte de los críticos estadounidenses de *1984* no conseguía ver a su país reflejado en Oceanía, a pesar de que Orwell hubiese elegido los dólares como moneda y un himno nacional titulado «*Por ti, Oceanía*». Los carteles y eslóganes de la Franja Aérea Uno (es decir, del Territorio Ocupado) están en deuda con la publicidad estadounidense, igual que la propaganda totalitaria. «Los nazis, sin reconocerlo, aprendieron tanto de las organizaciones gangsteriles americanas como su propaganda, reconocidamente, aprendió de la publicidad comercial americana», escribió Hannah Arendt[881].

Sin embargo, desde el final de la guerra, parece que Orwell avanza hacia una tregua intelectual con Estados Unidos, precisamente cuando la mayor parte de la izquierda británica se volvió más hostil. «Está claro que en los asuntos que más afectan a Gran Bretaña a día de hoy —defendía la revista *The New Statesman*—, Estados Unidos demuestra casi la misma hostilidad hacia las aspiraciones de la Gran Bretaña socialista que hacia las de la Unión Soviética[882]». Nadando a contracorriente, como era habitual en él, Orwell se quejó del creciente antagonismo de *Tribune* («Hoy en día ser antiamericano es como gritar junto a la muchedumbre[883]»), y acusó al historiador socialista Douglas Goldring de «americanofobia[884]». Le parecía hipócrita demonizar

el país del que dependía la recuperación de la economía británica y pensaba que la guerra fría exigía una decisión binaria. «No quiero que estalle una guerra, bien lo sabe Dios —le escribió a Victor Gollancz—, pero si nos vemos obligados a elegir entre Rusia y Estados Unidos (y me imagino que esa es la elección que quizá tengamos que hacer), yo siempre elegiré Estados Unidos[885]».

Hacia el final de los «Principios de nuevalengua», el prefacio a la Declaración de Independencia de Estados Unidos se usa como ejemplo de lenguaje elegante e ideales nobles escrito en viejalengua en la era pretotalitaria. El invierno de 1946-1947 fue brutal. Desde el mes de enero, Gran Bretaña tuvo que lidiar con unas enormes nevadas y unas temperaturas siberianas. Las provisiones de carbón se helaban en las minas o languidecían en los almacenes porque muchas carreteras y vías ferroviarias estaban cortadas por la nieve, lo que obligó a un racionamiento del combustible y al cierre temporal de muchas fábricas. Las raciones de comida cayeron por debajo de los niveles de los años de la guerra, porque las verduras se congelaban en la tierra y miles de pollos morían de frío y, por primera vez en la historia, hubo escasez de pan. En tan solo cuatro semanas el desempleo se disparó de 400 000 personas a 1,7 millones. La escasez de papel y combustible llevó a los editores, incluyendo al *Tribune*, a parar las imprentas. Se suspendieron los programas televisivos. Durante febrero, el peor mes, el suministro eléctrico se limitaba a cinco horas al día. El Gobierno también se quedó congelado. Para el periódico *Financial Time*, la crisis de combustible era equivalente a los acontecimientos que habían acabado con Chamberlain en 1940. «En Inglaterra, todo el mundo estaba tiritando de frío[886]», observó el novelista británico Christopher Isherwood, que vivía en Hollywood, durante una visita. Algunos de sus amigos londinenses le dijeron que la situación era aún peor que durante la guerra.

Más tarde, Orwell achacaría el comienzo del periodo final de su enfermedad al efecto que tuvo ese duro invierno en sus pulmones. A principios de año hizo un breve viaje a Barnhill para plantar unos árboles y bulbos, pero, quitando ese viaje, pasó desde noviembre a abril en Londres, donde en realidad hacía más frío y había menos combustible que en la isla de Jura. En los primeros capítulos de *1984* se aprecia algo de ese último invierno «insoportable[887]» en un Londres bombardeado y hundido: los cortes de luz, las medidas colectivas de ahorro, los remiendos en los edificios, las cuchillas de afeitar desafiladas, la mala comida, los cupones de ropa, los montones de escombros, la arenilla en el aire. En el 27b de Canonbury Square, Orwell

tenía que subir siete pisos a pie para llegar a su apartamento: Winston sube otros siete en las Casas de la Victoria. El distrito de los proles, «al norte y al este de lo que una vez había sido la estación de Saint Pancras[888]», se corresponde con la zona de Islington.

En esta época, Orwell retomó su columna «A mi antojo» (comenzó con un artículo típicamente ecléctico en el que hablaba de las revistas de moda, de servir de jurado en un tribunal, del racionamiento del pan y de la seguridad vial) y escribió dos de sus últimos grandes ensayos: «Cómo mueren los pobres» y «Lear, Tolstói y el Bufón». También se ocupó de su carrera literaria, que por fin estaba en marcha. Habló con Warburg sobre la posibilidad de reimprimir algunos de sus primeros libros en una edición uniforme y convenció a Gollancz de renunciar a su derecho contractual para la publicación de *1984*. *Rebelión en la granja* estaba haciendo el agosto con las traducciones (en Japón nada más y nada menos que cuarenta y ocho editoriales competían por su publicación) y había debutado en la radio en un nuevo programa de la BBC llamado *Third Programme*, con un guion de Orwell editado por su antiguo compañero de piso Rayner Heppenstall. «Tenía la sensación de que lo habían echado a perder —le dijo a Mamaine Paget—, pero eso es lo que ocurre casi siempre cuando escribes algo para la radio[889]».

En marzo de 1947, Orwell volvió a analizar a James Burnham, que seguía a la deriva hacia la derecha. En *La lucha por el imperio mundial*, las tres superpotencias gerenciales, como era de esperar, se han reducido a dos, que representan el comunismo y la democracia. La nueva Doctrina Truman apostaba por una política de contención del comunismo soviético, pero Burnham opinaba que la Tercera Guerra Mundial ya había comenzado y que Estados Unidos debería prepararse para dar un golpe preventivo antes de que los rusos consiguieran desarrollar su propia bomba atómica: una sugerencia que hizo que un congresista estadounidense comparase el libro con *Mein Kampf*. «Le gustan demasiado las visiones apocalípticas, está demasiado dispuesto a creer que los confusos procesos de la historia tienen lugar de manera lógica y tajante[890]». Orwell, que era un lector culto y voraz sobre todo lo que tuviera que ver con Rusia (en una carta de 1947 a Dwight Macdonald le recomienda cerca de veinte libros[891]), pensaba que el llamamiento de Burnham a la supresión de los partidos comunistas de Occidente se basaba en una fantasía hiperbólica: «un gran ejército secreto de guerreros fanáticos en cada país, completamente desprovistos de miedo y

escrúpulos y sin otro pensamiento que vivir y morir por los trabajadores de la patria[892]».

Como socialista democrático, Orwell se sentía como «un médico que ha de tratar a un paciente que apenas tiene esperanzas de curación[893]». La «enfermedad mental[894]» que había afectado al mundo en la década de 1930 aún no había sido diagnosticada, ni mucho menos curada. Igual que Attlee, que proponía combinar «la libertad individual con una economía planificada, la democracia con la justicia social[895]», Orwell buscaba una tercera vía que no estuviera dominada ni por Estados Unidos, ni por Rusia. Deseaba la creación de unos Estados Unidos de Europa socialistas: «Si alguien pudiera mostrar en alguna parte el espectáculo de la seguridad económica sin los campos de concentración, el pretexto de la dictadura rusa desaparecería y el comunismo perdería buena parte de su atractivo[896]». Pero los obstáculos eran inmensos. El futuro era «muy oscuro[897]».

En retrospectiva, sabemos que Orwell estaba siendo demasiado pesimista. De haber seguido con vida, pocos años más tarde habría sido testigo de la recuperación de la economía británica, gracias en parte al Plan Marshall, a pesar del desmantelamiento del Imperio. También habría visto cómo Francia y Alemania serían capaces de juntarse para sentar las bases de una Europa Occidental unida, aunque no fuese la federación de repúblicas socialistas que él tenía en mente. La desolación extrema de *1984* es tanto una estrategia como la expresión de sus propios miedos. En su reseña de *In Darkest Germany* (En la Alemania más oscura), un reportaje de posguerra escrito por Victor Gollancz, Orwell muestra preocupación por el hecho de que las descripciones del sufrimiento han dejado de conmover al público británico: «A medida que pasa el tiempo y los horrores se acumulan, la mente parece segregar una especie de ignorancia protectora y es necesaria una conmoción cada vez mayor para atravesarla, igual que el cuerpo se acostumbra a un medicamento y necesita dosis cada vez mayores[898]». Pensaba que, para provocar esta conmoción imparable, era «necesario perfeccionar una nueva técnica literaria[899]».

Orwell, Avril y Richard volvieron a la isla de Jura el 11 de abril, justo cuando la nieve empezaba a derretirse y la primavera se abría paso. El jardín de Barnhill estaba lleno de narcisos. A finales de mayo ya había conseguido escribir un tercio de la novela, aunque la consideraba un «caos espantoso[900]». «No me gusta hablar de los libros antes de haberlos escrito —le dijo a Warburg en una carta—, pero lo que puedo decirte es que es una

novela sobre el futuro, en el sentido de que se trata de una fantasía, pero con la forma de una novela naturalista. Eso es lo que dificulta la tarea, si hubiese sido un libro de premoniciones habría sido relativamente fácil de escribir[901]». Durante los dos meses siguientes, Orwell envió casi todo el libro por correo a Miranda Christen, una amiga de Anthony Powell que le alquilaba el piso de Canonbury Square y se había ofrecido a pasar el manuscrito a máquina, todo menos el último capítulo y el apéndice. Christen había pasado la guerra en la isla de Java, ocupada por los japoneses, y el texto «atrajo su atención desde un principio. Veía muchas analogías con lo que acababa de vivir[902]». Los invasores japoneses que rebautizaron a los países ocupados como la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental «habrían estado como pez en el agua en el Ministerio de la Verdad[903]».

Barnhill estuvo muy concurrido ese caluroso verano. Richard Rees, albacea literario de Orwell, fue a Jura a pintar y se quedó varias semanas. Inez Holden también volvió para una larga estancia. Bill Dunn, un exsoldado herido recién llegado a la isla, les ayudaba con el mantenimiento y empezó una relación con Avril que, tras la muerte de Orwell, acabó en matrimonio y con la adopción de Richard. El viudo de Marjorie, Humphrey Dakin, fue con sus hijos ya mayores a pasar unas vacaciones que casi acaban en tragedia. La barca a motor de Orwell, en la que iban Henry y Jane Dakin junto a Richard, fue arrastrada al famoso remolino del golfo de Corryvreckan, unas de las aguas más peligrosas de Gran Bretaña, y consiguieron escapar por los pelos. Desde su periodo en España, Orwell no había vuelto a estar tan cerca de la muerte, pero Henry se dio cuenta de que no mostró ni un atisbo de pánico: «Casi pareció celebrarlo[904]».

¿Era esta despreocupación un indicio de valor, temeridad o fatalismo? ¿Estaba demasiado acostumbrado a la posibilidad de una muerte prematura? Su salud empeoró en otoño, frustrando un plan optimista para hacer un reportaje sobre la vida en el sur de Estados Unidos y un encargo de *The Observer* para pasar tres meses en Kenia y Sudáfrica. No iría a ninguna parte. Llevaba todo el año enfermo y había perdido mucho peso, le dijo a Fyvel, pero «como un tonto[905]» decidió continuar con la novela, en vez de buscar un médico que, sospechaba, le mandaría reposo. Acabó el primer borrador de *1984* en la cama el 7 de noviembre. Poco antes de Navidad cedió ante los consejos médicos y viajó al hospital de Hairmyres en East Kilbride, cerca de Glasgow, para un tratamiento. No podría regresar a Jura, ni a su novela, hasta siete meses más tarde. En ese momento, admitió ante Celia Paget, «de verdad me sentí como si estuviera acabado[906]».

Orwell soñaba con la muerte. Las pesadillas le acompañaron durante el resto de su vida, sobre todo cuando le faltaba el aire y se despertaba sin aliento, temiendo no recuperarse nunca. En sus sueños caminaba junto al mar o entre torres de imponentes edificios, siempre hacía sol y siempre, escribió en su cuaderno del hospital, «sentía una extraña felicidad[907]». A Orwell no le asustaba la muerte en sí, solo el dolor que la precede. Pensaba que era preferible «morir violentamente y no demasiado viejo», escribió en «Cómo mueren los pobres[908]», porque la única alternativa era «algo lento, pestilente y doloroso[909]».

Leer *1984* como el angustiado testamento de un hombre moribundo no es muy acertado porque Orwell nunca pensó que de verdad se estuviera muriendo, o no más de lo habitual. Había tenido problemas pulmonares desde la infancia y llevaba tanto tiempo enfermo de forma intermitente que no tenía motivos para pensar que esta sería la última vez. En Hairmyres le diagnosticaron fibrosis pulmonar crónica en la parte alta de ambos pulmones, sobre todo del izquierdo. Según James Williamson, uno de sus médicos, probablemente Orwell «ya casi se había olvidado de lo que era sentirse bien del todo[910]», pero aún podía vivir mucho tiempo.

Winston Smith también sueña con aguas profundas y ruinas soleadas, y tampoco siente miedo. Lo que no puede soportar, lo que le destruirá, es el dolor, «porque el cuerpo llena el universo[911]». A pesar de tener solo treinta y nueve años, Winston se siente como un viejo y encarna el horror que sentía Orwell ante su deterioro físico. En el hospital, Orwell hizo un recuento de los síntomas de su desintegración: opresión en el pecho, dolor de espalda, debilidad en las rodillas, dolor de encías, pelo canoso, ojos llorosos y escalofríos constantes[912]. Gracias a los contactos de David Astor, Orwell pudo conseguir estreptomicina, el nuevo medicamento milagroso contra la tuberculosis que venía de Estados Unidos, pero al final una fuerte e inesperada reacción alérgica obligó a los doctores a suspender el tratamiento. Se le caían trozos de piel y uñas, matas de pelo. Le salían sarpullidos, úlceras y ampollas. Por la noche, la sangre de las ampollas que tenía en la garganta le borboteaba, se le coagulaba en los labios y tenía que limpiársela con agua para poder abrir la boca. «Supongo que con todas estas medicinas de lo que se trata es de hundir el barco para librarse de las ratas», le escribió a Julian Symons[913].

La diferencia crucial entre Orwell y Winston es que, desde el momento en el que escribe por primera vez en su diario, Winston sabe que está condenado.

Orwell, en cambio, nunca dio a entender que pensase que no se iba a recuperar. Hasta sus últimos días, mantuvo la fe en el futuro.

Lo que Orwell más odiaba de su enfermedad era el efecto que tenía en su cerebro. Podía pensar, hablar y leer con normalidad, pero cuando intentaba trasladar sus pensamientos al papel, el lenguaje se estancaba, los argumentos resultaban poco convincentes. Se preguntaba si habría alguna explicación médica para ello: ¿era posible que llegara la suficiente sangre al cerebro para producir textos obvios y aburridos, pero no la suficiente para inspirar algo que valiese la pena[914]? Para alguien que no se sentía completo cuando no escribía, era una situación angustiosa.

A pesar de ello, consiguió acabar un artículo sustancial. «Los escritores y el Leviatán» resuelve el enigma que no había conseguido descifrar en su ensayo «En el vientre de la ballena»: ¿cómo puede un escritor tratar de política sin comprometer su integridad sobre el papel? Ocho años antes, Orwell había abogado por una especie de cuarentena intelectual. Ahora insistía en que es imposible e indeseable esconderse en el vientre de la ballena y que el escritor debe participar en la política como ciudadano, siempre que sus escritos no se vean contaminados por la falta de honestidad ni la autocensura. Se trata de su argumento final a favor del poder profiláctico de una rigurosa conciencia de uno mismo: en una época en la que todo lo que uno lee o escribe está marcado por la política, es inevitable que surjan pensamientos contradictorios y es esencial afrontar esa disonancia de forma abierta, en vez de «empujar la pregunta sin respuesta a un rincón de la mente[915]». El resumen que escribió en su cuaderno lo captura en pocas palabras: «Conclusión: hay que meterse en política. Hay que separar ambas cuestiones. No hay que involucrarse en política como escritor. Reconocer los prejuicios propios es la única forma de controlarlos[916]».

En mayo, Orwell ya estaba lo suficientemente bien para recuperar su máquina de escribir y retomar el trabajo en serio. Además de tomar notas para la revisión de la novela, escribió algunos breves artículos sobre Wilde, Attlee y Graham Greene, así como un ensayo decente sobre George Gissing, el buen amigo de H. G. Wells que, igual que Orwell, murió de una enfermedad pulmonar a los cuarenta y seis años. En sus notas para dicho ensayo, Orwell escribió: «Las novelas de Gissing son una de esas cosas que te hacen sentir que el mundo ha ido a mejor (enfatizar melancolía[917])». Cuesta creer que Orwell tuviese que recordarse a sí mismo que tenía que enfatizar la

melancolía. Los pasajes descriptivos más sórdidos de *1984* están en deuda con Gissing, «el cronista de la vulgaridad, el fracaso y la miseria[918]».

Orwell también consiguió terminar «Ay, qué alegrías aquellas», unas hirientes memorias sobre sus años en el colegio St. Cyprian. Empezó a pensar en ellas (y quizá a escribirlas) diez años antes y en 1947 le había enviado a Warburg un primer borrador, pero le llevó todo ese tiempo dar el texto por concluido. Era tan difamatorio que no pudo publicarse hasta después de su muerte e incluso entonces se utilizó un seudónimo para el nombre del colegio: Crossgates[919]. Orwell retrata St. Cyprian-Crossgates como «un mundo donde primaban la fuerza, el fraude y el secreto[920]», donde se atormentaba a los niños con «terrores irracionales, presa de malentendidos lunáticos[921]».

No cabe duda de que Orwell de verdad odiaba el colegio, pero sus antiguos compañeros pensaban que «Ay, qué alegrías aquellas» era exagerado e injusto. Parece como si *1984* se hubiese colado en los recuerdos de Orwell y hubiese transformado una escuela privada no más desagradable de lo normal en una pesadilla totalitaria llena de crueldades e injusticias. O'Brien se compara en varias ocasiones con un maestro de escuela y, en una frase del primer borrador que Orwell luego eliminó, Parsons en el Ministerio del Amor parece «un colegial gordo y grande que espera ser castigado[922]». A la inversa, la descripción que hace Orwell de cómo le castigan por mojar la cama suena como cuando a Parsons le arrestan por decir en sueños una herejía: «Era por consiguiente posible que cometiera un delito, un pecado, sin saber siquiera que lo había cometido, sin deseo de cometerlo, sin ser capaz de evitarlo[923]».

Esto hace pensar que la novela había corrompido sus recuerdos, ya que si no sería un claro ejemplo de psicología de diván. Anthony West (hijo de H. G. Wells y Rebecca West) escribió tras la muerte de Orwell un influyente artículo en *The New Yorker* en el que defendía que «lo supiera o no, lo que hizo en *1984* fue enviar a todas las personas de Inglaterra a un enorme Crossgates para que sufriesen lo que él había sufrido[924]». Demasiado simplista. Orwell no fue ni mucho menos el único escritor en describir un internado como una tiranía en miniatura. Sin ir más lejos, Sonia Brownell, educada en un convento, tildaba a las monjas católicas de «totalitarias» empeñadas en «controlar, completamente, incluso los pensamientos y los sentimientos[925]». Orwell no sería un gran escritor si su novela definitiva no hubiera sido más que una sátira vengativa de su colegio.

A Orwell le dieron el alta en Hairmyres el 28 de julio. Avril siempre pensó que se podría haber recuperado del todo si hubiese ido entonces a un

sanatorio, pero el canto de sirena de la novela era irresistible. Volvió a Jura y la reescribió línea a línea entre agosto y noviembre, en compañía de Rees, Avril y Bill. Sus vecinos estaban encantados de verle de vuelta, empeñado en recuperar el jardín. «Me sorprendió mucho leer *1984* por primera vez —recuerda un pescador de langosta—. No me podía creer que el hombre que había escrito eso fuese el mismo Eric Blair que yo conocía. No encajaban para nada[926]».

Para Orwell, «un libro no existe hasta que se termina[927]». No compartía sus borradores con sus amigos, ni hablaba sobre el contenido excepto en términos muy vagos. Le había pedido a Rees que si moría en el hospital destruyese el manuscrito inacabado, que aún se titulaba *El último hombre en Europa*. O lo terminaba o lo tirarían por un agujero de la memoria y acabaría reducido a cenizas.

Teniendo en cuenta el temor que le provocaba a Orwell que alguien viese su obra en proceso, es sorprendente que las primeras versiones de *1984* hayan sobrevivido. Algunas páginas de cuatro borradores, equivalentes al cuarenta y cuatro por ciento de la novela, acabaron en manos de Daniel G. Siegel, un coleccionista de Massachusetts, que accedió a publicar un facsímil en 1984. Este *collage* de fragmentos, aunque no esté completo, da una idea del proceso de trabajo y las prioridades de Orwell. Era un autoeditor implacable, que reescribía párrafos enteros varias veces; las páginas eran casi ilegibles por la enorme cantidad de correcciones con las que buscaba eliminar cualquier formulación imprecisa y reforzar las ideas cruciales. Por ejemplo, la primera frase de la novela, famosa y desconcertante, decía en un principio: «Era un día frío y ventoso de principios de abril y un millón de radios estaban dando las trece[928]». Es el sexto de sus libros que comienza dando la hora.

Las notas detalladas que Orwell tomó en Hairmyres ponen de manifiesto sus prioridades: clarificar el papel de los proles, la falsificación de la historia y la represión sexual en Oceanía, y escribir el capítulo final. No descartó mucho de lo que ya había escrito. Abrevió la visita al apartamento de O'Brien, minimizó el papel de Martin, su siniestro criado, y eliminó un posterior encuentro con Julia. Orwell redujo de forma drástica las alusiones geográficas al mundo real, las referencias raciales (también en la escena del linchamiento) y cualquier ironía que resultase excesiva. Sigue habiendo un humor seco que recorre la novela (como las «manifestaciones espontáneas[929]» organizadas o las «subscripciones voluntarias[930]» obligatorias), pero a Orwell le pareció un poco excesivo lo de los «pacifistas

cristianos[931]» que piden que se entierren vivos a veinte mil prisioneros eurasiáticos. Ninguna de estas correcciones altera en esencia la narrativa, ni las intenciones del libro. Al contrario, los primeros borradores constatan que, durante esos tres años, Orwell estuvo muy centrado y sus ideas eran consistentes.

La salud recuperada se fue perdiendo a lo largo del verano. Su estado empeoró de forma tan dramática que en octubre ya estaba convencido de que tenía que marcharse a un sanatorio, pero decidió seguir trabajando. Incluso consiguió sacar tiempo para escribir unos textos cortos sobre Jean-Paul Sartre y T. S. Eliot y un artículo más largo en el que dejaba claro de lo que no trataba su novela.

En retrospectiva, es posible que Orwell se hubiera arrepentido del nombre que eligió para su régimen totalitario. La espantosa contracción en nuevalengua da a entender que el Socing era tan socialista como el nacionalsocialismo. En un libro en el que los Ministerios de la Verdad, del Amor y de la Abundancia se dedican justo a lo contrario de lo que dicen, sería raro interpretar «Socing» de forma literal, como socialismo inglés. En la novela, el Partido Laborista ha dejado de existir y el libro de Goldstein explica con todo lujo de detalles la mentira del nombre de Socing: «Por eso el Partido rechaza y vilipendia los principios defendidos por el socialismo en sus inicios y además lo hace en nombre del propio socialismo[932]». A pesar de todo ello, como veremos, muchos admiradores estadounidenses asumieron que era una sátira del Gobierno de Attlee. La forma en la que utiliza el escenario físico del Londres de posguerra para darle autenticidad a la Franja Aérea Uno refuerza esa falsa impresión. En un principio, antes de ser consciente de su error, incluso Warburg interpretó el libro como «un ataque sádico y deliberado contra el socialismo y los partidos socialistas en general[933]». En su informe sugiere que el libro les iba a encantar a Churchill y a la prensa de derechas y conseguiría «un millón de votos para el Partido Conservador[934]». Y eso que él conocía a Orwell. ¿Cómo no iban a cometer el mismo error los lectores que no sabían nada de ese hombre?

Desde el punto de vista estadounidense, la Gran Bretaña del Partido Laborista podía parecer una pesadilla. El corresponsal de *The New York Times* en Londres, Anthony Bower, describió a los británicos como «un poco malnutridos, muy cansados, racionados, limitados y en una lucha desesperada por la recuperación económica[935]». Un sondeo de opinión realizado en la primavera de 1948 concluyó que el cuarenta y dos por ciento de los habitantes de Gran Bretaña había considerado la opción de emigrar[936]. No obstante,

Orwell siguió siendo un defensor del Gobierno laborista hasta el final, aunque quizá demasiado exigente. Irritado porque los laboristas no habían conseguido eliminar de inmediato la Cámara de los Lores, los títulos de nobleza y la educación privada (los tres grandes símbolos del privilegio de clase) y aburrido por otras reformas más burocráticas, le propuso a Tosco Fyvel, de *Tribune*, escribir un artículo. En él, pensaba quejarse de que Bevan se había distraído con la construcción de casas y con el Servicio Nacional de Salud. De haberlo hecho, habría menospreciado por escrito dos de los logros más importantes de ese gobierno. Por suerte, Fyvel rechazó la propuesta[937].

«The Labour Government After Three Years» (El Gobierno laborista tres años después), escrito para *Commentary* en 1948, ofrece la imagen de un Gobierno que lucha para resolver unos problemas tremendos, pero no la de una dictadura latente. «De momento, a pesar de los gritos de agonía de la prensa de lord Beaverbrook, el Gobierno apenas ha abusado de la libertad individual —recalca Orwell—. Apenas ha usado su poder y no ha hecho nada que se pueda tildar realmente de persecución política[938]». También se pregunta si sería posible que en algún momento el Partido Laborista diese un giro autoritario, por ejemplo, si después de varios años la economía seguía por los suelos, pero no detectó ninguna tendencia autoritaria en el Gobierno de Attlee, compuesto por un grupo de hombres pragmáticos. Más que autoritarios, le parecían demasiado precavidos, sobre todo en lo relativo a la comunicación pública. Las medidas de austeridad y la inmigración polaca, escribió, han «despertado más resentimientos de los necesarios, habría sido necesario explicar mejor los hechos subyacentes[939]». A Orwell le horrorizaba la hostilidad pública hacia los refugiados polacos y judíos y defendía que «no está claro que estemos en condiciones de resolver nuestros problemas sin promover la inmigración europea[940]». No obstante, seguía confiando en que todo saldría bien y consideraba que el éxito de un Gobierno socialista democrático era el mejor antídoto contra el estalinismo.

El último ensayo importante que escribió Orwell fue «Reflexiones sobre Gandhi», una compleja evaluación del hombre que había sido asesinado ese mismo año, pocos meses después de que la India consiguiera la independencia a la que él tanto contribuyó. Orwell admiraba el valor de Gandhi, su franqueza y su honestidad intelectual, pero rechazaba su abstinencia y su religiosidad. Una vida sin sexo, carne, alcohol y tabaco le parecía poco humana. ¿Quién quiere ser un santo? «La esencia de ser humano es que uno no busca la perfección —escribió—, que uno a veces está dispuesto a cometer pecados por lealtad, que uno no lleva el ascetismo hasta

el punto en el que se vuelve imposible la convivencia amistosa, y que uno está preparado para ser finalmente derrotado y despedazado por la vida, lo cual es el precio inevitable de depositar su amor en otros seres humanos[941]». Esa es, sin duda, la esencia de ser Orwell.

¿En serio Orwell destrozó su salud sin remedio por no tener a alguien que le mecanografiase los textos? Eso pensaba Fredric Warburg[942]. Cuando dio por terminado su último borrador, en el mes de noviembre, Orwell le pidió a su editor que buscara a alguien que fuese a Barnhill a mecanografiar de nuevo el manuscrito; era tan caótico y estaba tan lleno de correcciones garabateadas que le parecía imposible que se pudiera descifrar sin su ayuda. Pero Christen había vuelto al lejano Oriente, no era fácil encontrar a alguien dispuesto a marcharse de inmediato a la isla de Jura y Orwell estaba impaciente. Lo mecanografió él mismo a un ritmo estricto de unas cuatro mil palabras al día, siete días a la semana, incorporado en la cama todo el tiempo que conseguía aguantar, entre subidas de fiebre y ataques de tos con sangre. En la primera semana de diciembre tecleó las últimas palabras, bajó al salón, compartió la última botella de vino con Avril y Bill y volvió a la cama, derrengado por el esfuerzo.

El 2 de enero de 1949, Orwell se marchó de Barnhill por última vez, en un largo viaje hasta el sanatorio Cotswold, en Cranham (Gloucestershire). Le dolía marcharse de un lugar tan lleno de vida. Como le comentó taciturno a Astor: «Aquí todo florece, menos yo[943]».

09
El reloj da las trece
Orwell 1949-1950

«*Mi último libro es una Utopía con forma de novela. La he liado, en parte porque estaba muy enfermo mientras la escribía, pero creo que algunas de las ideas pueden ser de tu interés. Aún no tenemos un título definitivo, pero creo que se llamará “1984”*».

GEORGE ORWELL, carta a Julian Symons, 4 de febrero de 1949[944]

Y bien, ¿por qué *1984*?

Circula una teoría muy popular (tan popular que muchos ni siquiera se dan cuenta de que es solo una teoría) que afirma que el título de Orwell es solo la inversión de las últimas cifras de 1948, pero no hay ninguna evidencia que la sustente. Esa idea, sugerida por primera vez por el editor estadounidense de Orwell, es demasiado tierna para un libro tan serio, por no decir limitante: una broma unidimensional. Los estudiosos han encontrado otras posibilidades. Eileen había escrito un poema para el centenario de su antigua escuela titulado «End of the Century: 1984» (Fin de siglo: 1984[945]). La sátira política *El Napoleón de Notting Hill*, escrita en 1904 por G. K. Chesterton, que parodia el arte de las profecías, comienza en el año 1984. Ese año también es una fecha importante en *El talón de hierro*. Sin embargo, al ver los primeros borradores de la novela que Orwell seguía llamando *El último hombre en Europa*, queda claro que todas estas conexiones no son más que coincidencias: al principio puso «1980», luego, «1982» y solo más tarde, «1984». La fecha más trascendental de la literatura fue un cambio de última hora.

Lo importante es que se trata de un futuro no muy cercano. Las novelas distópicas solían situarse o bien a más de un siglo del presente, o bien a la vuelta de la esquina. Lo suficientemente cercana a 1949 para que fuese palpable, pero lo suficientemente lejana para resultar creíble, la fecha escogida por Orwell cumple la misma función que su ubicación en Londres: que quede claro que podría pasar aquí, y dentro de poco. Cuando comienza la

novela, Winston tiene treinta y nueve años y sabe que nació en 1944 o 1945, lo que le convierte en coetáneo de Richard Blair. No es descabellado pensar que Orwell estaba imaginando el mundo en el que su hijo alcanzaría la madurez. Pueden pasar muchas cosas en treinta y cinco años. Treinta y cinco años antes de la publicación de la novela aún nos encontrábamos en el glorioso verano de 1914. El archiduque Francisco Fernando seguía vivo, Orwell estaba a punto de cumplir once años y los campos de exterminio y las bombas atómicas eran ciencia ficción.

Parte del humor negro de la novela es que puede que ni siquiera sea 1984. Cuando Winston se sienta a escribir su diario, se da cuenta de que no está seguro, porque «era imposible fijar una fecha sin una imprecisión de uno o dos años[946]». Así que es posible que la primera línea que escribe no sea cierta. Desde el principio, Orwell le dice al lector que se trata de un libro en el que no te puedes fiar de nada ni de nadie, ni siquiera del calendario.

Durante los meses previos a la publicación de la novela, Orwell se dedicó a despotricar de ella. En las cartas a sus amigos la llamaba «el libro abominable[947]», «un libro verdaderamente espantoso[948]» y «una buena idea echada a perder[949]». Escribió a Warburg para decirle: «No estoy satisfecho con el libro, aunque tampoco estoy del todo insatisfecho, […] creo que la idea es buena pero el resultado habría sido mejor si no lo hubiera escrito con tuberculosis[950]». Preocupado por su incapacidad para ganar dinero (hablaba con ironía de la tuberculosis como «un pasatiempo caro[951]»), esperaba conseguir con ella unas quinientas libras: «no apostaría que un libro así va a vender mucho[952]».

¿Debemos tomarnos en serio la afirmación de Orwell de que «la había liado»? Siempre quitaba valor a sus novelas por una mezcla de modestia, gestión de expectativas y verdaderas dudas respecto a su talento: *Los días de Birmania «me da ganas de vomitar[953]»; La hija del clérigo «era una buena idea, pero me temo que la estropeé[954]»; Subir a por aire era «un desastre[955]».* El hombre que defendía que todo libro, y toda revolución, es un fracaso, también escribió que «cualquier vida vista desde dentro no es más que una sucesión de derrotas[956]». En su cuaderno del hospital repasa veintiún años de tiempo perdido y promesas incumplidas. Incluso cuando estaba ocupado, que era lo habitual, le preocupaba que se le estuvieran acabando la energía y el talento, «que estaba holgazaneando, que siempre iba tarde con el trabajo que me traía entre manos y que mi producción total era miserable y pequeña[957]». Para Orwell, la vida era una rutina obsesiva. En

realidad, nadie pensaba que Orwell fuese un fracaso excepto esa vocecita en su cabeza; sin ella quizá no habría conseguido lo que consiguió.

Sentado en la cama, después de una agotadora lucha de tres años para terminar el libro, no es de extrañar que pensase que *1984* podría haber sido mejor. Sin embargo, exceptuando cierta confusión sobre la cronología de la detención de Winston, el editor Roger Senhouse, de Secker & Warburg, no identificó errores importantes en la etapa de las pruebas tipográficas. Orwell solo se arrepintió de un aspecto relacionado con la escena de la habitación 101, que le llevó a decirle a Julian Symons que tenía razón al acusarle de «sensacionalismo infantil[958]». En efecto, esa escena tiene el mismo toque sensacionalista que M. R. James y Edgar Allan Poe, escritores que adoraba en la infancia. Puede que la novela no sea perfecta, pero no tiene defectos importantes que se puedan atribuir a la enfermedad ni a la prisa. Su pesimismo es vigoroso e intenso, nunca lo contrario.

Warburg se cayó de culo al leer el manuscrito. Su informe de lectura, concebido para guiar a su equipo en la promoción del libro, estaba lleno de elogios y estupefacción: «Es uno de los libros más aterradores que he leído. […] Orwell ha perdido la esperanza, o al menos no deja ni un resquicio de esperanza a sus lectores, ni siquiera una llama temblorosa. Se trata de un estudio del pesimismo absoluto, excepto quizá por el hecho de que, si un hombre puede concebir *1984*, tiene que tener también el deseo de evitarlo[959]». El primer lector de la novela fue también el primero en malinterpretarla, ya que Warburg hizo dos conjeturas erróneas que luego repetirían muchos de los lectores. Una, como ya hemos visto, fue llegar a la conclusión de que Orwell había perdido la fe en el socialismo. La segunda fue afirmar que el desolador final de la novela era consecuencia directa de la enfermedad de Orwell: «No puedo evitar pensar que este libro solo puede haberlo escrito un hombre que, aunque sea temporalmente, ha perdido la esperanza[960]». Eso no empañó su entusiasmo ni el de David Farrer, colega de Warburg en la editorial, que opinaba igual: «Orwell ha hecho lo que Wells nunca consiguió: crear un mundo fantástico que es tan espantosamente real que consigue que te importe lo que les pasa a los personajes que lo habitan[961]». No tenía ninguna duda de que podía convertirse en un superventas y si no conseguían vender por lo menos quince mil ejemplares «se merecían que los fusilaran[962]».

En Secker & Warburg se dieron prisa. Antes incluso de que Orwell se marchara de Jura, tuvo la oportunidad de rechazar el texto que Senhouse le propuso para la cubierta, que hacía que la novela pareciese «un *thriller*

mezclado con una historia de amor», en lugar de un intento serio de «señalar, por medio de la parodia, las implicaciones intelectuales del totalitarismo[963]». Por supuesto, el libro era todo eso y mucho más. Por suerte, el manuscrito no necesitaba reescritura, ya que Orwell no habría sido capaz. Lo único que pudo hacer fue revisar las pruebas tipográficas que le llegaron en febrero y marzo y hacer una lista de amigos y coetáneos que debían recibir ejemplares antes del lanzamiento, entre ellos Aldous Huxley y Henry Miller. Le sugirió a Warburg que tal vez Bertrand Russell estuviese dispuesto a escribir un texto para la contracubierta, y así fue. De haber sido informado, seguramente no habría estado de acuerdo con la decisión de sus editores estadounidenses, Harcourt Brace, de pedirle a J. Edgar Hoover, el antiizquierdista director del FBI, que escribiese un comentario para la contra: «Esperamos que le interese ayudarnos a llamar la atención del público estadounidense hacia este libro y de ese modo, quizá, contribuir a detener el avance del totalitarismo[964]». Siempre perseguido por la paranoia, Hoover rehusó y, en vez de escribirlo, le abrió un expediente a Orwell.

Orwell se opuso a todos los intentos de «hacer el tonto[965]» con el libro. Se negó a que el Book-of-the-Month Club (Club del Libro del Mes) de Estados Unidos publicase una edición sin el apéndice y sin el libro de Goldstein, a pesar de que se arriesgaba a perder, según estimación de Warburg, unas cuarenta mil libras en ventas[966]. Si alguien pensaba que esas partes ensayísticas se podían desechar porque no contribuían al avance de la historia era porque no había entendido en absoluto el propósito de Orwell. Incluso antes de que se publicase, todo el mundo parecía decidido a malinterpretarlo.

Cranham, un sanatorio privado en lo alto de las colinas de Cotswold, era una institución mucho más privilegiada que Hairmyres. En el alojamiento de Orwell, la principal molestia acústica no era el murmullo constante de la radio, sino los fatuos rebuznos de los pacientes de clase alta instalados en los alojamientos vecinos: «No me sorprende que todo el mundo nos odie tanto[967]». Lo que más le entristecía era no estar con Richard; como le aterraba la posibilidad de infectar a su hijo, se separaba de él durante largas temporadas. Poco a poco, Orwell estaba empezando a aceptar que esta hospitalización no era como las otras, que no le curarían para pasar otro verano en Jura. A pesar de eso, esperaba seguir vivo entre cinco y diez años y le pidió a Warburg que buscara una segunda opinión que le dijese con honestidad cuánto tiempo de vida le quedaba: «No creas que estoy pensando

en morirme. Al contrario, tengo razones muy poderosas para querer seguir con vida[968]».

El doctor Andrew Morland, un amigo de Warburg y especialista de renombre, le dijo a Orwell que si quería seguir vivo tenía que dejar de trabajar durante un año, por lo menos. Malas noticias para este escritor incansable, al que solo le quedaba leer, hacer crucigramas y escribir cartas que chisporroteaban con el humor, los chismorreos y los análisis que no tenía dónde meter. Su carrera como periodista autónomo acabó con unas breves reseñas de la autobiografía de Churchill y de una biografía de Dickens. En esta última mencionaba la teoría de que la gira de lecturas que hizo al final de su vida «dejó a Dickens completamente exhausto» y, por tanto, «en realidad se suicidó» a base de tanto trabajar[969]. ¿Sería Orwell capaz de escribir alguna vez sobre Dickens sin describirse a sí mismo?

Orwell miraba hacia el futuro. Hizo un nuevo testamento. Sopesó la posibilidad de pasar los inviernos en algún sitio agradable junto al mar, quizá Brighton, y los veranos en Jura. Cuando pudiera volver a trabajar, en 1950, tenía la intención de acabar una nueva colección titulada *Essays and Sketches* (Ensayos y esbozos), en la que habría un ensayo sobre Evelyn Waugh («casi tan buen novelista como el que más […] y al mismo tiempo con unas opiniones insostenibles»)[970] y otro sobre Joseph Conrad, en concreto sobre sus novelas políticas *El agente secreto* y *Bajo la mirada de Occidente*. En su opinión, Conrad, otro escritor aventurero fascinado por la psicología del nacionalismo, del poder y del idealismo que se tuerce, tenía «una especie de madurez y comprensión política prácticamente imposibles para cualquier otro escritor nativo inglés de esa época[971]». Igual que *El hombre que fue jueves*, de G. K. Chesterton, *El agente secreto* surge a raíz de la ola de bombas y asesinatos anarquistas que sacudieron Europa a finales de siglo, y podemos encontrar los rastros de ambas novelas en las partes de *1984* en las que O’Brien recluta y traiciona a Winston: ese mundo tenso y secreto de códigos, señales y maletines que se intercambian. En el primer borrador de Orwell, Winston y Julia fantasean con volverse terroristas: «Conseguirían cinco kilos de dinamita y un detonador, se abrirían paso entre una multitud de miembros del Partido Interior y harían que todos saltaran por los aires, incluidos ellos mismos[972]».

En 1949, Orwell tenía en mente otras dos novelas, ambas muy alejadas de Oceanía. Una se iba a desarrollar en 1945, la otra, en la década de 1920: «una novela de personajes y no de ideas, con el trasfondo de Birmania», según Warburg[973]. Solo ha sobrevivido un breve fragmento, «A Smoking-Room

Story» (Un relato del salón de fumadores). Alegre y juguetón, hace pensar que, como se aprecia también en su diario, Orwell había conseguido por fin librarse de la obsesión con el totalitarismo y que *1984* suponía el final de una etapa, no de su carrera.

Mientras Orwell estaba en cama, el orden de posguerra fue tomando forma. En abril, una decena de países occidentales fundaron la OTAN. En agosto, Rusia detonó con éxito su primera bomba atómica en la estepa kazaja. En octubre, Mao Zedong proclamó la creación de la República Popular China.

Oceanía, Eurasia, Esteasia.

En el periodo que pasó en Cranham, Orwell casi siempre estuvo acompañado. Además de los sospechosos habituales (Warburg, Muggeridge, Powell, Fyvel, Potts, Holden, Connolly), le visitaron Evelyn Waugh y sus opiniones insostenibles, el historiador socialista R. H. Tawney y Charles Curran, un entrevistador bastante agobiante del *Evening Standard* que le dejó agotado con sus discusiones sobre política y sus continuas quejas por sus «asquerosos cigarrillos[974]». Las visitas más frecuentes y estimulantes eran las de Sonia Brownell, de veintinueve años, que había vuelto a entrar en su vida en el mes de mayo. Como todo el mundo sabía, era una muy buena compañía.

Sonia iba a vivir durante treinta y un años junto a *1984*. Una mujer compleja, les debe su fama (de cazafortunas, esnob e indigna administradora del legado de Orwell) a los muchos biógrafos, productores y guionistas a los que se opuso y que, por tanto, no tenían ningún interés en ser amables con ella. Su obsesión neurótica por proteger el legado de su difunto marido la condenó a una vida de enemistades.

Igual que Orwell, Sonia había nacido en la India, donde su padre era comerciante, y había crecido en Inglaterra. Fue a un internado católico, que detestaba incluso más de lo que él odiaba St. Cyprian. En opinión de un admirador, su rechazo hacia su educación era «un combustible inagotable[975]». Cuando dejó el colegio, pasó nueve meses magníficos en Suiza, que acabaron de golpe con un accidente de barco en el que murió uno de sus amigos suizos. Ella lo empujó, en medio de la desesperación, para que no la hundiese a ella también, pero quedó traumatizada por el sentimiento de culpa.

Sonia se lanzó en brazos de la vida bohemia londinense y se hizo amiga, musa y, a veces, amante de los pintores de la escuela de Euston Road. Stephen Spender recuerda a «la Venus de Euston Road» así: «Una cara

redonda de Renoir, ojos claros, boca de piñón, pelo rubio, quizá un poco pálida, daba la impresión de estar en una lucha constante por superarse a sí misma: escapar de su clase social, del convento en el que la educaron y adentrarse en un mundo pagano y esteta de artistas y genios literarios que la salvarían[976]». Los hombres se enamoraban locamente de su risa deslumbrante y vivaz, y de esa tristeza que no conseguía ocultar. Aunque era muy inteligente, de humor afilado y rápido, dudaba de su propio talento y le fascinaba la brillantez de los demás, sobre todo de los hombres mayores. «Mi padre murió cuando yo tenía seis meses, mi padrastro se volvió loco, en mi vida nunca hubo nadie que “me cuidase”», escribió más tarde[977].

Cuando Cyril Connolly y el coleccionista de arte Peter Watson lanzaron la revista *Horizon*, en abril de 1940, Sonia no tardó en convertirse en una pieza indispensable del equipo y así es como su camino se cruzó por primera vez con el de Orwell. Extremadamente sincera y eficiente, con poca paciencia para las imposturas, sabía cómo hacer las cosas. Pasó la mayor parte de la guerra en el Ministerio de Transporte y Guerra y volvió a la revista *Horizon* en 1945, convertida en un personaje aún más formidable. Conoció mejor a Orwell en esta época, durante sus días de soledad desesperada, y se acostó con él al menos en una ocasión: un acto de caridad por su parte. Se volvieron a encontrar en Londres durante el invierno de 1946-1947 y le regaló una botella de coñac para que se la llevase a Jura. Él le envió una carta en la que la invitaba a visitar la isla (algo que ella nunca hizo), una carta fría y pragmática con una sola nota afectuosa: «mientras tanto cuídate y sé feliz[978]».

Sonia lo intentaba. Pasaba temporadas en París en la embriagadora y loca compañía de los existencialistas Sartre, De Beauvoir, Camus y el superencantador y supercasado Maurice Merleau-Ponty. Igual que Sartre, Merleau-Ponty era marxista; le propuso a Sonia escribir un ensayo para la revista *Horizon* en el que pretendía atacar el «supuesto humanismo[979]» de Orwell, pero ella lo rechazó. (Orwell, por su parte, consideraba que Sartre era «una bolsa de aire[980]»). Sonia y Merleau-Ponty se embarcaron en una aventura larga y turbulenta, que la dejó devastada cuando él puso punto final, en 1948. De forma que, cuando se volvieron a encontrar, tanto Sonia como Orwell habían sufrido y se sentían vulnerables, e identificaban en el otro profundas reservas de tristeza. Como le dice Julia a Winston: «Se me da bien identificar a quienes no acaban de encajar[981]».

El título de la empática biografía que escribió Hilary Spurling, *The Girl from the Fiction Department* (La chica del Departamento de Ficción), apoya

la famosa teoría de que Sonia sirvió de modelo para Julia: «su juventud y su belleza, su determinación, sobre todo su vitalidad radiante», escribe Spurling[982]. Además, ambas mujeres son bruscas, directas y prácticas. ¿Pero es eso suficiente para vincularlas? Orwell también tenía una relación cercana con Inez Holden y Celia Paget y las vio más a menudo que a Sonia mientras escribía *1984*. Sonia y la morena Julia no se parecen físicamente y tampoco piensan de forma parecida.

En apariencia, Julia es una ciudadana modelo que produce en serie novelas baratas y pornografía para los proles, participa activamente en la Liga Juvenil Antisexo y en los Dos Minutos de Odio y transmite una sensación puritana de «campos de hockey, baños fríos, excursiones comunitarias[983]», y lo hace de forma tan convincente que Winston asume en un principio que es una espía de la Policía del Pensamiento y fantasea con partirle el cráneo con un adoquín. En privado es una aprovechada más que una hereje y utiliza su ingenio considerable para conseguir cosas en el mercado negro y seducir a miembros del Partido. Ingeniosa pero no intelectual (no le gusta leer), es «una rebelde solo de cintura para abajo[984]». Pero por encima de todo es realista, tiene capacidad de supervivencia y ha conseguido descubrir cómo jugar sin cuestionar las reglas. Esta frase de uno de los primeros borradores pone de manifiesto la diferencia entre ellos: «Es característico que, aunque era Winston el que soñaba con derrocar al Partido por medio de una insurrección violenta, era Julia la que sabía cómo comprar café en el mercado negro[985]».

En términos filosóficos, Julia representa una tercera forma de vivir la vida en los tiempos del Socing. O'Brien defiende que la verdad objetiva no existe; Winston insiste en que sí; Julia afirma que no importa. Como no puede recordar el pasado y no le importa el futuro, vive por completo en el presente, que es justo lo que quiere el Partido. De hecho, la sociedad que le rodea le produce tan poca curiosidad que se queda dormida mientras Winston le lee en voz alta el libro de Goldstein. En cierto sentido, es más perspicaz que Winston e intuye que es probable que Goldstein y la Hermandad sean ficciones elaboradas por el Partido, pero su inteligencia es cínica, incluso nihilista. Ha dicho tantas veces cosas en las que no cree, que no se cree nada que no pueda tocar. Cuando Winston la obliga a recordar que Oceanía una vez estuvo en guerra con Esteasia, ella no puede entender qué importancia tiene eso: «¿Qué más da? Tanto da una puñetera guerra como otra y lo que cuentan las noticias es una sarta de mentiras[986]».

Los estados totalitarios dependían de las Julias. Poco después de la guerra, durante una discusión con Orwell en las páginas de la revista *Polemic*, el

escritor comunista Randall Swingler comentó que las tropas estadounidenses habían entrevistado a algunos antiguos simpatizantes de los nazis en la Alemania ocupada y habían constatado que «los nazis habían explicado al pueblo que, como toda verdad es relativa, resulta imposible saber o entender nada, […] lo que absolvía al hombre de a pie del esfuerzo de entender y le daba, al mismo tiempo, conciencia de una honestidad desencantada[987]».

Hannah Arendt confirma esta impresión en *Los orígenes del totalitarismo*: «El objeto ideal de la dominación totalitaria no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino las personas para quienes ya no existen la distinción entre el hecho y la ficción (es decir, la realidad empírica) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, las normas del pensamiento[988])». Arendt concluye que los alemanes ya estaban preparados para sentirse así debido a la incertidumbre caótica que precedió al ascenso de Hitler:

> En un mundo siempre cambiante e incomprensible, las masas llegaron a un punto en el que, al mismo tiempo, creían en todo y no creían en nada. Pensaban que todo era posible y que nada era cierto. […] La propaganda de masas descubrió que su audiencia estaba dispuesta al mismo tiempo a creer lo peor, por absurdo que fuera, y que no se resistía especialmente a ser engañada, puesto que, por otra parte, sostenía que cualquier declaración era una mentira[989].

Ahí tenemos un eslogan político a la altura de los de Orwell: «Todo es posible y nada es cierto».

Es increíble que gran parte del esquema que Orwell escribió en 1943 o 1944 se mantuviera hasta el manuscrito final. El Socing, la nuevalengua, los «patrones duales de pensamiento[990]», los tres superestados, los contradictorios eslóganes del Partido, la falsificación de la historia, los Dos Minutos de Odio, los tres traidores, los proles: todo aparece ya en su cuaderno. También algunos elementos clave de la trama. «El escritor» (Winston) mantiene una conversación importante con «X» (probablemente O’Brien) y una breve aventura con «Y» (Julia). Desde un principio, la intención era que la segunda parte del libro incluyese detención, tortura, confesión y, como todas sus novelas, «la conciencia final de fracaso[991]».

No obstante, Orwell sí añadió más tarde algunos elementos cruciales. Uno de ellos fue la telepantalla de doble sentido. Orwell no tenía televisor, casi

nadie tenía uno. En junio de 1948, solo había cincuenta mil licencias de televisión para un país de cincuenta millones de habitantes[992] (aunque la cifra aumentaba exponencialmente) y tampoco había mucho que ver[993]. Había personas que de verdad temían que esos nuevos aparatos se utilizaran para espiarlas. Cuando el director general de Correos, sir Kingsley Wood, anunció la llegada de la televisión, en 1935, se vio obligado a añadir: «Quiero tranquilizar a cualquier oyente preocupado porque, por maravillosa que sea, la televisión no puede, por suerte, usarse de ese modo[994]». Pero era lógico asumir que algún día la tecnología estaría en condiciones de satisfacer el deseo político de un Estado de vigilancia. El oficial nazi Robert Ley se jactó una vez de que «el único hombre que en Alemania es todavía una persona particular es alguien que está dormido[995]». En la Franja Aérea Uno, entre la telepantalla, la Policía del Pensamiento, los informantes, los helicópteros, los micrófonos ocultos y la inquietante intensidad de los ojos del Hermano Mayor, el ciudadano tiene la sensación de ser observado siempre, «dormido o despierto[996]», y actúa en consecuencia.

El «infalible y todopoderoso[997]» Hermano Mayor fue otra innovación posterior. El dirigente ubicuo e intangible de Oceanía es una mezcla entre el Número Uno de Koestler, el Benefactor de Zamiatin, Hitler y, sobre todo, el «tío Joe» Stalin, del que André Gide había dicho: «Su retrato está en todas partes, su nombre, en boca de todos y es alabado en todos los discursos públicos. ¿Es eso consecuencia de la veneración, del amor o del miedo? ¿Cómo saberlo?»[998]. A Stalin se le solía llamar «el misterio irresoluble», «el Enigma» o «la esfinge comunista[999]», y su círculo más cercano se encargaba de ocultárselo a las masas. Cuanto menos parecía un ser humano real y, por tanto, imperfecto, más poderoso se volvía. «La calificación principal de un líder de masas —escribió Arendt— ha llegado a ser una interminable infalibilidad; jamás puede reconocer un error. […] Los líderes de masas en el poder tienen una preocupación que domina a todas las consideraciones utilitarias: la de lograr que sus predicciones lleguen a cumplirse[1000]».

Nadie de Oceanía sabe dónde vive el Hermano Mayor, ni siquiera si está vivo.

—¿Existe del mismo modo en que existo yo? —le pregunta Winston a O’Brien.

—Tú no existes —responde O’Brien[1001], evitando la pregunta con ese cambio drástico en la conversación.

1984 está llena de preguntas como esa. ¿El Hermano Mayor fue una persona de carne y hueso? ¿Y Goldstein? ¿Quién escribió «el libro»? ¿Existe

realmente la Hermandad? ¿Es la propia Oceanía la que lanza los misiles que caen en la Franja Aérea Uno? ¿La vieja del Ministerio del Amor es la madre de Winston? ¿Julia es al final parte de la Policía del Pensamiento? ¿Qué año es? ¿Cuánto tiempo ha pasado? No sorprende que la novela tenga tanto éxito entre los paranoicos, ya que describe un mundo inestable en el que las teorías conspirativas son muy válidas. Como le dice O'Brien a Winston, para evitar responder a su pregunta sobre la Hermandad: «mientras vivas, será un enigma para ti[1002]». Casi todo lo que sabe Winston sobre el funcionamiento del mundo viene del libro de Goldstein (que podría ser un engaño escrito por el Partido) y de lo que le cuenta O'Brien durante su interrogatorio (que podría ser todo mentira, también la afirmación de que el libro de Goldstein es un engaño escrito por el Partido). Hay muy poco que sea definitivamente verdad.

Esta ambigüedad constante hace que *1984* sea una sofisticada obra de ficción y no un ensayo al que se le ha cosido una historia. La reputación de Orwell como ejemplo de claridad, con su prosa transparente y su aprecio por los hechos, oculta su destreza y lleva a la gente a leer el libro de forma literal, aunque el propio texto indique lo contrario. Llena de sueños, alucinaciones, vagos recuerdos, información falsa y referencias a enfermedades mentales, la novela es una narración inestable a un nivel muy profundo, algo que ya estaba presente en el primer borrador de Orwell: «Efecto fantasmagórico, rectificaciones, cambio de fechas, etc., dudas sobre su propia cordura[1003]». Por su falta de control y la incomprensibilidad de su amenaza es al mismo tiempo una verdadera pesadilla y una estimación bastante acertada de cómo es la vida en un Estado totalitario. «Todo se fundía en una neblina[1004]», piensa Winston, o «todo se difuminaba en un mundo de sombras[1005]».

Solo hay una cosa que Winston sabe con seguridad. Es posible que *1984* no sea una profecía, pero contiene una: la premonición de la derrota y la muerte. Todos los protagonistas de Orwell son derrotados, pero Winston es el único que sabe que será derrotado. Siete años antes, O'Brien le dijo en un sueño que se encontrarían «donde no hay oscuridad», que resulta ser el incesante brillo eléctrico del Ministerio del Amor. «Winston ignoraba qué quería decir con eso, pero sabía que de un modo u otro se haría realidad[1006]». Esa premonición le persigue todo el tiempo. En el momento en el que empieza a escribir su diario, sabe que tarde o temprano le encontrará la Policía del Pensamiento. Hay varias referencias al «horror predestinado[1007]», «la inminencia de la muerte[1008]» y «la puesta en práctica de un proceso que había empezado hacía años[1009]». Tiene premoniciones acerca de la habitación 101 e incluso de algunos argumentos que expondrá

O'Brien. En la mente de Winston, la frontera entre los recuerdos y las profecías, entre el pasado, el presente y el futuro, se tambalea y se difumina: «El final estaba implícito en el principio[1010]».

Por eso, el famoso giro de la novela, cuando Charrington y O'Brien revelan su verdadera naturaleza, no es en realidad un giro. Es lo que iba a pasar desde un principio, fuera como fuese. Orwell escribe varias veces que «daba igual[1011]» lo que hiciese Winston y que «no había servido de nada[1012]». La novela en su totalidad es una crónica de una muerte anunciada (peor que la muerte: la vaporización, la no personificación), aunque acaba justo antes de que Winston reciba la inevitable bala. No queda claro si la determinación con la que Winston sigue avanzando es un signo de inmenso coraje o de fatalismo indiferente, pero conoce y acepta las consecuencias de sus actos. «En este juego que estamos jugando no podemos ganar —le dice a Julia, y continúa con una de las frases de Orwell por excelencia—: Ciertos tipos de fracaso son preferibles que otros, eso es todo[1013]».

O'Brien le dice a Winston en el Ministerio del Amor: «No te engañes. Lo sabías… Siempre lo has sabido[1014]». Pero ¿cómo sabe O'Brien lo que sabe Winston? ¿Quién es O'Brien? Orwell nos revela que es fornido pero cordial, feo pero cautivador, con un aire de inteligencia excepcional, sutil ironía y misteriosa invencibilidad. Como instrumento del poder estatal es infinitamente más interesante que el frío Gletkin de Koestler y, por eso mismo, más peligroso. «Él había sido el torturador, el protector, el inquisidor y el amigo[1015]».

«Inquisidor» hace referencia al catolicismo, igual que el nombre de O'Brien y sus retorcidas versiones del catequismo y la comunión. En el apartamento de O'Brien, Winston siente «una oleada de admiración, casi de adoración[1016]» por este «sacerdote del poder[1017]». Orwell tenía una relación complicada con la religión: era un ateo que, a pesar de ello, creía que el totalitarismo solo podía haberse desarrollado en medio de un vacío espiritual y sentía cierto apego emocional hacia el protestantismo. En la Franja Aérea Uno, una antigua iglesia es el lugar en el que se practica sexo a escondidas y se exhibe la propaganda, o no es más que un nombre en esa antigua y extraña canción «*Naranjas y limones*». No obstante, Orwell era un crítico sistemático del catolicismo, al que comparaba a menudo con el fascismo y el comunismo como ejemplo supremo de dogma tiránico. La fusión de pensamiento, palabra y obra que encontramos en la oración del «Yo confieso» podría incluso entenderse como el fundamento lógico sobre el que se asienta el concepto de *crimental*.

Es posible que O’Brien tuviese poderes divinos. Sabemos que ha leído el diario de Winston (de ahí la forma en que usa 2 + 2 = 5 como un arma), pero también utiliza frases como «te sacaremos sin más de la corriente histórica[1018]» y «somos los muertos[1019]», que Winston nunca escribió. Parece conocer hasta el último pensamiento de Winston y hasta le habla en sueños. La primera vez que Winston le ve, siente «como si sus mentes se abrieran y sus pensamientos pasaran del uno al otro a través de los ojos[1020]». Más tarde, tiene la sensación de que «estaba escribiendo el diario para O’Brien… se lo estaba escribiendo a O’Brien[1021]». Es al mismo tiempo la única persona de la que se fía del todo desde un principio y la última de la que debería fiarse. Es al mismo tiempo alguien real y una parte de Winston: su yo en la sombra. «No había nada que Winston hubiese pensado, o que pudiera ocurrírsele, que O’Brien no hubiese considerado y descartado hacía mucho tiempo. Su inteligencia contenía la de Winston[1022]».

Una vez Winston está dentro del Ministerio del Amor es imposible entender la novela de forma literal. Aunque creas que O’Brien es un verdadero telépata (se dice que los científicos del Socing estaban trabajando en «cómo descubrir, contra la voluntad del interesado, lo que piensa otra persona[1023]»), ¿por qué se pondría a vigilar a un insignificante miembro del Partido Exterior siete años antes de que se rebele? E incluso entonces, la rebelión de Winston consiste en escribir unas cuantas anotaciones confusas en un diario (que sirven sobre todo para mostrar una mente deformada por la propaganda) y practicar algo de sexo al aire libre. Solo se molesta en leer un capítulo y medio del libro de Goldstein y, cada vez que una frase promete explicar la verdadera motivación del Partido, deja de leerla antes de llegar al final. Menudo revolucionario.

Así que Winston no es en realidad «el último hombre», es solo la última víctima simbólica, destruida y reconstruida. «La tragedia que hemos interpretado estos siete años se representará una y otra vez, generación tras generación, de formas cada vez más sutiles[1024]», afirma O’Brien. Ha habido Winstons antes y habrá Winstons después. Al igual que el régimen de Stalin durante la Gran Purga, el Partido no teme a los herejes; los necesita, porque su poder se renueva cada vez que los aplasta. Malcolm Muggeridge lo denominó el «ejercicio continuo» del poder: «Un Gobierno basado en el terrorismo necesita demostrar de forma constante su poder y su propósito[1025]».

Orwell criticaba a los estalinistas por defender que el fin justifica los medios, pero en Oceanía los medios se justifican por sí solos. De lo que se

trata es de romper los huevos, pero no hacer luego una tortilla. El ciudadano perfecto es un caso aburrido y cerrado; el reto consiste en desarmar una mente libre. Es la única forma de conseguir «victoria tras victoria[1026]» en las entrañas del Ministerio del Amor: victoria sobre el pasado, sobre el individuo y sobre la propia realidad. Como escribió Orwell en «The Prevention of Literature», el totalitarismo «a largo plazo probablemente necesita que no se crea en la existencia de la verdad objetiva[1027]».

Y ahora llegamos a la hazaña satírica más importante de Orwell: el desenlace lógico de la guerra del totalitarismo contra la realidad. Cuando O'Brien afirma que podría elevarse flotando como una pompa de jabón, o apagar las estrellas como quien apaga una vela, o demostrar que el Sol gira alrededor de la Tierra, no estamos ante un loco, sino ante un filósofo. Frente a la subjetividad sin límites de O'Brien, las protestas de Winston de que hay cosas que son verdad y cosas que son mentira son como castillos de arena cuando sube la marea. «Controlamos la materia porque controlamos la mente —dice O'Brien, llevando hasta el extremo la impostura—. La realidad está en el interior del cráneo[1028]». Antes de conseguir que Winston diga que dos más dos son cinco, tiene que destruir la idea de que cuatro y cinco son realidades independientes. Son cinco porque O'Brien dice que son cinco. Si dijese que son √-1, serían √-1.

> —¿Cuántos dedos tengo extendidos, Winston?
> —No lo sé. No lo sé. Si vuelves a hacer eso me matarás. Cuatro, cinco, seis… La verdad es que no lo sé.
> —Mejor —dijo O'Brien[1029].

Dicho con otras palabras: todo es posible y nada es cierto.

Aunque no haga reír, una sátira sigue siendo una sátira; de lo que se trata es de llevarla lo más lejos posible. O'Brien no es un hombre, es un experimento mental: una propuesta modesta. A grandes rasgos, los dos primeros tercios de la novela explican por medio de la exageración lo que ya había ocurrido en Europa y el último tercio sugiere lo que podría pasar si se eliminasen todos los límites imaginables. Stephen Spender lo llama «una especie de progresión aritmética [*sic*] del horror[1030]». Cuando nos preguntamos «¿Qué es lo peor que podría pasar?», la respuesta es «O'Brien». Es Hitler y Stalin despojados de las retóricas con las que se justificaban. Es la bota en el rostro. «El objetivo de las persecuciones son las persecuciones. El de la tortura, la tortura. Y el del poder, el poder[1031]».

Si Orwell presenta un supuesto tan extremo como algo cuando menos

imaginable, no es movido por la desesperación, pero tampoco exactamente por la esperanza. «La moraleja que podemos sacar de esta pesadilla peligrosa es simple —explicó en una nota de prensa tras la publicación del libro—. NO DEJE QUE OCURRA. DEPENDE DE USTED[1032]».

Secker & Warburg publicó *1984* el 8 de junio de 1949. El Partido Laborista celebraba su encuentro anual en Blackpool. En París, los ministros de Exteriores habían llegado a un punto muerto respecto al futuro de Alemania. En Washington, el presidente Truman reafirmaba el apoyo estadounidense a Corea del Sur. La portada de la edición matinal del *The Times* londinense era un artículo sobre una conferencia de prensa del general Jan Smuts, antiguo primer ministro de Sudáfrica y un conocido defensor de la Organización de Naciones Unidas: «La humanidad vivía un ocaso espiritual y nadie sabía si después vendría el amanecer o el crepúsculo[1033]».

No cabe duda de que Orwell había aplicado ese tratamiento de choque que ya había mencionado en su reseña de *In Darkest Germany*, de Gollancz. *The New York Times* Book Review informó de que la reacción crítica hacia *1984* era en su mayor parte positiva, aunque «entre los aplausos se elevan gritos de terror[1034]», y comparaba el «nerviosismo» con la conmoción que había provocado *La guerra de los mundos*, de Orson Welles. El libro se comparó con un terremoto, un fardo de dinamita o la etiqueta de una botella de veneno. «Mientras lo leía, sentí unos escalofríos que no había vuelto a sentir desde que era niño, al leer lo que escribió Swift sobre los yahoos», escribió Dos Passos a Orwell y le confesó que había tenido pesadillas con la telepantalla[1035]. Varios libreros le dijeron a Warburg que no habían podido dormir después de leer los ejemplares de divulgación[1036]. Para E. M. Forster, era «una novela demasiado espantosa para leerla de un tirón[1037]».

Llegaron a Cranham elogios de Arthur Koestler desde París («un libro glorioso[1038]»), de Aldous Huxley desde California («extremadamente relevante[1039]»), de Margaret Storm desde Pittsburgh («la novela que debería representar nuestra época»)[1040] y de Lawrence Durrell desde Belgrado («leerla en un país comunista es una verdadera experiencia, ya que es lo que te rodea[1041]»). Al cabo de unas pocas semanas, el diputado conservador Hugh Fraser ya la había mencionado en el Parlamento británico, puesto que veía en la Europa del Este «el tipo de Estado que el señor Orwell acaba de describir en su libro *1984*[1042]». Pero no todos los lectores estaban impresionados. A Jacinth Buddicom, que acababa de descubrir que el famoso escritor George Orwell y su amigo de infancia Eric Blair eran la misma

persona, le horrorizó hasta tal punto que dejaron de tener contacto. «Me parecía que *1984* era un libro aterrador, horrible, pesimista —recuerda—, y no podía entender por qué lo había escrito, así que dejé de escribirle[1043]».

Los críticos más astutos fueron aquellos que entendieron el mensaje de Orwell de que el germen del totalitarismo existe en «nosotros» igual que en «ellos». En el libro de Goldstein, «apenas hay diferencias[1044]» entre las ideologías supuestamente irreconciliables de los tres superestados y sus estructuras sociales son exactamente iguales. «Detrás de Stalin acecha el Hermano Mayor —escribió Forster—, algo que quizá nos parezca apropiado; pero el Hermano Mayor también acecha desde detrás de Churchill, Truman, Gandhi y cualquier líder utilizado o inventado por la propaganda[1045]». Golo Mann, del *Frankfurter Rundschau*, resume el tema de Orwell como «el peligro totalitario que duerme en nuestro interior[1046]». En su reseña filosófica para *The New Leader*, Daniel Bell observa que «Orwell en realidad no está escribiendo un tratado sobre política, sino sobre la naturaleza humana[1047]».

Pero no todos los críticos fueron conscientes de este aspecto esencial. Era un libro que tocaba con fuerza la sensibilidad política de los lectores y ponía de manifiesto sus prejuicios. Los críticos conservadores pensaban que era una denuncia categórica no solo de la Unión Soviética, sino de todas las formas de socialismo, incluida la de Attlee. *Life*, la revista ferozmente anticomunista de Henry Luce, le dedicó ocho páginas ilustradas con caricaturas de Abner Dean, en las que se decía que «el libro refuerza la sospecha cada vez más extendida de que una parte de los laboristas británicos están encantados con la austeridad, y les gustaría mantenerla[1048]». El *Evening Standard* de lord Beaverbrook sugirió con malicia que debería ser una «lectura obligatoria» para los delegados que se dirigían al encuentro del Partido Laborista en Brighton[1049].

Los críticos comunistas también lo entendieron como un ataque al socialismo. Samuel Sillen, editor de la revista *Masses and Mainstream*, escribió una denuncia histérica de la «enfermedad[1050]» de Orwell, provocada en gran parte por el asco que le daba que el libro tuviese tanto éxito. *1984*, escribió, no es solo una «basura cínica[1051]», sino también una propaganda a favor del mercado libre a la altura de Hayek. *Pravda* aseguró que era un «libro indecente», escrito «por órdenes de Wall Street[1052]». El novelista comunista Arthur Calder-Marshall atacó con rabia la obra y el personaje de Orwell, y el diputado laborista Woodrow Wyatt coincidió con él

en que la «desesperanza absoluta» de Orwell no estaba en línea con «los objetivos y las creencias del Partido Laborista[1053]».

Orwell se tomó en broma la reseña de Calder-Marshall («si mi objetivo fuese calumniar a alguien, lo haría mejor[1054]»), pero le conmocionó que los conservadores le caricaturizasen como un antiguo izquierdista desilusionado que ondea la bandera de un capitalismo sin restricciones. Es probable que se estuviese refiriendo a esto cuando menciona en una carta a Rees «cierta publicidad que da vergüenza[1055]». Cuando Warburg le visitó en Cranham el 15 de junio, Orwell le dictó una declaración en la que explicaba claramente el argumento de la novela y recalcaba que el totalitarismo podía surgir en cualquier parte y las superpotencias rivales «fingen que su oposición es mucho mayor de lo que en realidad es[1056]».

Redactó una segunda declaración al día siguiente, después de que Francis A. Henson, oficial del sindicato de los trabajadores de la industria automotriz de Detroit, le escribiese preguntando si *1984* era una lectura recomendable para los miembros del sindicato. Orwell respondió que «NO era un ataque al socialismo ni al Partido Laborista británico (del que soy simpatizante)», sino una advertencia de que «si no se lucha contra él, el totalitarismo podría triunfar en cualquier parte[1057]». El condicional establece una distinción esencial. «No creo que vaya a llegar inevitablemente una sociedad como la que he descrito, pero sí creo (teniendo en cuenta, por supuesto, que el libro es una sátira) que podría llegar algo parecido[1058]». Para rematar, el sindicato se equivocó al transcribir su nota manuscrita y en vez de «podría llegar» puso «llegará», por lo que, cuando *Life* le pidió permiso para publicar la aclaración de nuevo, tuvo que estar pendiente de que no cometieran el mismo error. Incluso su aclaración necesitó una aclaración.

Orwell habló muy poco sobre *1984* antes de morir, por lo que esas dos declaraciones son una valiosa evidencia de sus intenciones, pero en el momento en que se publicaron «no hicieron ningún bien», o eso pensaba Warburg[1059]. La realidad es que la ambigüedad sobre la postura política de Orwell disparó las ventas. En seis meses se habían vendido más de 250 000 ejemplares del libro en el Reino Unido y Estados Unidos y estaban deseando adaptarlo a otros medios. Orwell mantuvo correspondencia con el guionista y dramaturgo Sidney Sheldon, ganador de un Óscar, para una posible versión teatral (que nunca se hizo) con un punto de vista antifascista. Martin Esslin, antiguo colega de Orwell, hizo una adaptación para la BBC y Milton Wayne escribió una sobria versión para el programa *University Theater*, de la NBC, con David Niven como Winston Smith y un interludio del novelista James

Hilton: «Tras leer *1984* puede que no sienta ganas de conocer personalmente a ninguno de sus personajes, pero sin duda querrá conocer al señor Orwell, aunque solo sea para discutir con él[1060]».

Esta prisa por adaptar *1984* puede deberse a que se consideraba que era un libro muy ligado a su época, que no iba a perdurar. En *The New York Times* Book Review, Mark Schorer sugirió que su genialidad «cinética puede implicar que su grandeza es inmediata, que su impacto solo nos afecta a nosotros, ahora, a esta generación, en esta década, de este año, que [la novela] está condenada a ser un títere del tiempo[1061]».

O tal vez no.

Después de visitar a Orwell en Cranham el 15 de junio, Warburg escribió un informe sobre su «alarmante» estado de salud[1062]. En su opinión, si no se recuperaba en un año, nunca se recuperaría, pero el optimismo de Orwell era contagioso.

En julio, Orwell le propuso matrimonio a Sonia con su habitual discreción. A diferencia de Celia Paget y Anne Popham, ella aceptó. Algunos de sus amigos pensaban que era una idea funesta. «Orwell no estaba en condiciones de casarse con nadie. ¡Pero si apenas estaba vivo!», dijo David Astor[1063]. Muggeridge pensaba que esa boda era «algo macabro e incomprensible[1064]». Pero Orwell creía firmemente que le daría un motivo para seguir con vida. Como dice Winston de Julia, «su cuerpo pareció verter parte de su vigor y juventud en el suyo[1065]».

Nadie creía que Sonia le quisiese de verdad. Algunos de los que la conocían decían que era una mujer despiadada y egoísta que se casaba con él por el dinero y el prestigio, porque la revista *Horizon* estaba en las últimas y ella iba a perder su trabajo. Otros pensaban que era un acto de sacrificio cortés, motivado por la pena y el respeto. «Decía que se pondría mejor si me casaba con él —le dijo a Hilary Spurling veinte años más tarde—, así que, ya ves, no tuve elección[1066]». Lo más probable es que los motivos de Orwell y Sonia coincidiesen: él la necesitaba y ella necesitaba que la necesitasen. Muchos años antes, mientras escribía sobre la vida amorosa de Thomas Carlyle, Orwell había reflexionado sobre «el sorprendente egoísmo que reside en el amor más sincero[1067]».

El 2 de septiembre, Orwell se trasladó del sanatorio de Cranham a una habitación privada en el hospital del University College de Londres. Sus amigos dudaban que pudiese salir con vida de allí. Es muy posible que ya no tuviera cura cuando, el 13 de octubre, se casó con Sonia en la habitación del

hospital, delante de media docena de invitados. A Astor le hizo pensar en Gandhi: «piel y huesos[1068]». El banquete de bodas se celebró en el Ritz sin la presencia del novio.

La salud y el humor de Orwell mejoraron tras la boda (decía que tenía cinco nuevos libros en mente y que no podía morirse hasta terminarlos), pero no por mucho tiempo. Para los muchos amigos que le visitaban a finales de ese año (Symons, Spender, Fyvel, Potts y muchos más) cada conversación podía ser la última. Le seguía gustando hablar de libros y de política, pero cada vez estaba más inmerso en el pasado, en sus recuerdos de Eton, Birmania, España y la Home Guard, de una forma que ninguno de sus amigos había visto nunca. Cuando se acercó a visitarle, el día de Navidad, Muggeridge no vio en el rostro de Orwell ni aceptación, ni paz: «Su expresión era fiera, como si la muerte le enfureciese[1069]».

Sonia tenía intención de encargarse de la correspondencia y de los aspectos comerciales de Orwell, de entretener a sus amigos y de cuidarle mientras escribía, pero su estado exigía un cambio drástico, por lo que la pareja decidió trasladarse a un sanatorio en Montana-Vermala, en los Alpes suizos. Reservaron un avión ambulancia para el 25 de enero de 1950; el pintor Lucian Freud, un buen amigo de Sonia, les acompañaría como enfermero. Siete días antes del viaje, Orwell modificó su testamento y nombró a Sonia su única heredera y, junto a Rees, albacea de su legado literario. No tenía ni idea de lo difícil que sería ser la «viuda de un escritor», como le había dicho a Anne Popham.

Orwell pidió que le llevaran su caña, con la intención de pescar en los lagos alpinos. Estaba apoyada en una esquina de su habitación cuando, al amanecer del 21 de enero, se le rompió un vaso sanguíneo del pulmón y se desangró.

George Woodcock estaba en una fiesta en Vancouver cuando otro invitado le dijo que acababan de anunciar en la radio la muerte de Orwell. «La habitación quedó en silencio —recuerda Woodcock—, y me di cuenta de que ese hombre amable, modesto e irascible se había convertido en una figura mítica en todo el mundo[1070]».

Orwell tenía amigos y admiradores muy elocuentes, cuyas sonoras frases tuvieron una influencia enorme e inmediata sobre su reputación póstuma, sobre todo para aquellos lectores que solo conocían sus dos últimas novelas. En *The New Statesman*, el crítico y escritor de relatos V. S. Pritchett definió a Orwell en pocas palabras: su integridad, su independencia, su excentricidad,

su rebeldía, su austeridad, su culpa, su «prosa ágil, clara, gris[1071]». Fue «la cruda conciencia de su generación, […] una especie de santo[1072]». En *The Observer*, Koestler afirmó que «la grandeza y la tragedia de Orwell fueron su rechazo total de cualquier tipo de compromiso[1073]» y que había «una coherencia excepcional entre el hombre y la obra[1074]». Al leer los obituarios, Muggeridge se dio cuenta «de cómo se estaba creando la leyenda de un ser humano[1075]». Así vio la luz la imagen del santo rebelde que no podía mentir, al igual que la falacia de que *1984* era un grito desde su lecho de muerte. Hasta entonces, ninguna de las reseñas había mencionado la salud de Orwell, pero su muerte marcó su última obra para siempre. Sonia le agradeció a Koestler su obituario porque «todos los demás (sobre todo Pritchett) habían escrito unos disparates deprimentes[1076]».

La pena de Sonia fue tan sincera y explosiva que convenció incluso a los más escépticos. Según la mujer de Stephen Spender, Natasha, «se había convencido a sí misma de que lo amaba de una forma intelectual, por sus escritos, pero se dio cuenta de que lo amaba realmente[1077]». Stephen era de la misma opinión: «Se culpaba a sí misma y pensaba que se había equivocado, y por eso abrazó la causa de George Orwell el resto de su vida y, en verdad, nunca se recuperó[1078]».

Muggeridge organizó el funeral en la iglesia de Cristo en Albany Street, en el distrito de Camden, donde fueron a despedirle personas de todos los rincones de su peculiar y compartimentada vida: de Eton, de España, del Partido Laborista Independiente, de la BBC, de la Home Guard, del *Tribune*, de los círculos literarios londinenses, de la diáspora europea, de las calles de Islington y de los círculos sociales de sus dos esposas. Aunque era ateo, Orwell era lo suficientemente tradicional para querer que le enterraran en un cementerio rural y David Astor movió sus hilos por última vez para conseguirle sepultura en la iglesia de Todos los Santos de Sutton Courtenay, en Berkshire. Solo Sonia y él estuvieron presentes cuando bajaron el cuerpo, enterrado bajo una lápida sencilla en la que solo ponía su nombre y las fechas de nacimiento y muerte. El nombre era aún Eric Arthur Blair, nunca llegó a cambiarlo oficialmente.

La vida de Orwell coincidió con la vida pública de su última novela tan solo durante doscientos veintisiete días.

SEGUNDA PARTE

10

Milenio negro

1984 y la Guerra Fría

«*Si así es como va a ser el mundo, más nos valdría meter la cabeza en el horno ahora mismo*».

Queja de un espectador a la BBC, diciembre de 1954[1079]

La noche del domingo 12 de diciembre de 1954 estaba siendo dura para George Orwell, un empleado de una compañía naviera del sur de Londres. A las ocho y media, justo después del famoso concurso *What's my line?* (¿Cuál es mi profesión?), más de siete millones de británicos se sentaron a ver una adaptación de la BBC de *1984*, de dos horas de duración. Era la mayor audiencia desde la coronación de la reina Isabel II en el mes de junio del año anterior. Incluso el príncipe Felipe de Edimburgo comentó que la había visto con la reina y les había gustado «la producción y el mensaje[1080]». Con sus veintidós actores, sus veintiocho escenografías y una serie de extractos innovadores pregrabados, *1984* era la producción más ambiciosa y cara de la televisión británica hasta la fecha. También, en palabras de *The New York Times*, era «objeto de la mayor controversia en los anales de la televisión británica[1081]». Por eso mismo, el único George Orwell que aparecía en la guía telefónica se pasó toda la noche defendiéndose de los espectadores enfadados que le llamaban por culpa de esa «obra espantosa[1082]». Su mujer, Elizabeth, le pidió al *Daily Mirror* que dejase las cosas claras: «POR FAVOR, díganle a todo el mundo que mi marido no ha escrito esa obra».

El guionista, Nigel Kneale, y el director, Rudolph Cartier, ya habían colaborado en el *thriller* de ciencia ficción *The Quatermass Experiment* (El experimento Quatermass). Su inteligente interpretación de la obra de Orwell, con Peter Cushing en el papel de Winston Smith, resultaba aún más impactante por su creciente atmósfera de terror y su horrible clímax en el Ministerio del Amor. Cartier pensaba que tenía una fuerza única gracias a la combinación de televisión y telepantalla. Cuando salía el Hermano Mayor,

comentó, «sus fríos ojos miraban al espectador a través de la pequeña pantalla, de forma que este sentía los mismos escalofríos que los personajes de la obra al oír la voz [del Hermano Mayor] a través de sus telepantallas[1083]».

Cientos de espectadores se quejaron a la BBC y a los periódicos por la inusual cantidad de violencia y sexualidad. «Era tan horrible que me dieron ganas de golpear el televisor con un martillo», se quejaba uno de ellos[1084]. «Hasta ahora nunca se había mostrado en televisión algo tan vil y repugnante —afirmaba otro—, ni en ningún otro tipo de pantalla[1085]». Algunos críticos de prensa pensaban lo mismo y dijeron que era «una historia nauseabunda que no dejaba espacio a la esperanza[1086]» y «una imagen de un mundo que no quiero volver a ver[1087]». El titular del periódico *Daily Express* era: «Un millón de PESADILLAS[1088]».

El plan era retransmitirla de nuevo el jueves siguiente y eso mantuvo viva la controversia. Tras recibir una amenaza de muerte, la BBC le puso un guardaespaldas a Cartier; Cushing tuvo que desconectar su teléfono para evitar llamadas agresivas. En el programa sobre temas de actualidad *Panorama*, Muggeridge participó en un debate con un concejal de Tunbridge Wells que afirmaba que ese tipo de retransmisiones podían provocar una ola de crímenes. El miércoles, la controversia llegó al Parlamento: un grupo de diputados conservadores, aprovechándose del pánico moral que provocaban en ese momento los cómics de terror, presentaron una moción en la que se condenaba la tendencia de la BBC a «complacer los gustos sexuales y sádicos[1089]»; otro grupo replicó que la obra ofrecía un valioso punto de vista sobre los métodos totalitarios.

La retransmisión consiguió que tanto la novela como el autor se hiciesen famosos a nivel nacional. Durante ese año, Secker & Warburg había vendido de media ciento cincuenta ejemplares de tapa dura a la semana. La semana después de la retransmisión, las ventas aumentaron hasta el millar y la nueva edición en tapa blanda de Penguin vendió la sorprendente cifra de dieciocho mil ejemplares en una semana. De repente, la historia era tan conocida que los cómicos de *The Goon Show* grabaron una parodia llamada *1985*, en la que Harry Secombe, en el papel de Winston Seagoon, se mata a trabajar en la Big Brother Corporation (Corporación del Hermano Mayor), es decir, la BBC. «¡Oyentes! —anuncia Secombe—. Os lo advierto. ¡Este programa no debe ser escuchado!»[1090]. Orwell habría apreciado los chistes sobre la exasperante burocracia y la pésima comida de su antiguo lugar de trabajo.

La versión de la BBC produjo en muchos espectadores una impresión distorsionada de la obra de Orwell y llevó a un crítico a predecir que «probablemente conseguiría la inmerecida reputación de ser el primero de una nueva generación de autores de literatura de terror[1091]». No obstante, como le dijo Cartier al *Express*, «si alguien hubiera escrito una novela en 1910, la hubiese titulado *1954* y en ella hubiese anticipado la existencia de los gobiernos totalitarios, el "lavado de cerebros[1092]", los campos de exterminio, los trabajos forzados, los horrores de la bomba atómica y la bomba de hidrógeno, es probable que le hubieran acusado de ser un exagerado y tener pensamientos macabros y retorcidos[1093]».

La película resaltó la importancia política de la novela. El *Express* empezó a publicar por entregas una versión abreviada y el *Daily Mail* alabó su denuncia de «las bestialidades del comunismo[1094]». Los aplausos de la derecha se mezclaban con los abucheos de la izquierda, que, en algunos casos, empezaron sospechosamente pronto. Alguien de la BBC le dijo a la prensa que las llamadas telefónicas habían comenzado a los pocos minutos del inicio de la retransmisión, lo que indica que «probablemente se trataba de prejuicios políticos[1095]». El apartado de cartas de los lectores de *The Manchester Guardian* se convirtió en un campo de batalla entre los admiradores de Orwell y R. Palme Dutt, seguidor de la línea dura del Partido Comunista de Gran Bretaña. Dutt alegaba que *1984* era «la habitual propaganda conservadora y antisocialista, condensada y escrita por un antiguo policía colonial educado en Eton[1096]». Además, se regodeaba en las malas críticas: «Las autoridades han intentado que el público se trague a Orwell, pero el público lo ha escupido». Las respuestas publicadas una semana más tarde expresaban un desacuerdo unánime y una de ellas sugería incluso que la influencia de la obra se veía confirmada por «una típica carta lavacerebros del mismísimo Hermano Mayor de Gran Bretaña: el señor R. Palme Dutt[1097]».

Esta disputa es representativa del destino que le esperaba a *1984* durante la década de Corea, Hungría, Mao y McCarthy. En ese contexto febril, tanto liberales como socialistas luchaban por alzarse en defensa de las intenciones más complejas de Orwell, mientras que la derecha vitoreaba la novela y la extrema izquierda la acusaba de no ser más que propaganda de la Guerra Fría. Para el historiador marxista Isaac Deutscher, *1984* se había convertido en «una superarma ideológica[1098]», sin importar lo que Orwell hubiera pensado al respecto.

El periódico *The Time* de Londres describió como «marginal» el impacto cultural que había tenido *1984* hasta la emisión de la obra de la BBC[1099]. Esa afirmación podría ser cierta en comparación con los siete millones de espectadores que la vieron en televisión, pero desde cualquier otro punto de vista el libro ya había alcanzado un éxito rotundo. La edición en tapa dura de Secker & Warburg vendió cincuenta mil ejemplares en los dos primeros años y la edición de bolsillo de Penguin no tardó en superar esa cifra. En Estados Unidos, donde se mantuvo durante veinte semanas en la lista de los libros más vendidos de *The New York Times*, vendió 170 000 ejemplares en tapa dura, 190 000 a través del Book-of-the-Month Club (Club del Libro del Mes), 596 000 en una edición resumida del *Reader's Digest* y 1,21 millones en la edición de bolsillo de la editorial New American Library[1100]. Por lo que el impacto no era muy marginal que se diga.

Una de las claves que explican la popularidad de la novela es la genialidad de Orwell a la hora de inventar neologismos brillantes. En 1942, escribió que «Kipling es el único escritor inglés de nuestro tiempo que ha aportado frases hechas a la lengua en la que escribe[1101]», pero a día de hoy sería justo que se incluyese también a sí mismo. A los periodistas les encanta encontrar nuevas palabras con las que jugar, sobre todo si simplifican fenómenos complejos. Como dijo Nigel Kneale en la revista *The Radio Times*: «Algunas de las palabras acuñadas en el proceso (*crimental, doblepiensa, nopersona, crimenfacial, nuevalengua*, entre otras) se han incorporado como una advertencia al lenguaje de la década de 1950[1102]».

Según el *Oxford English Dictionary, newspeak*, (nuevalengua) se utilizó por primera vez de forma independiente a la novela en 1950; *Big Brother* (Hermano Mayor) y *doublethink* (doblepiensa), en 1953; *thoughtcrime* (crimental) y *unperson* (nopersona), en 1954. Mary McCarthy acuñó el adjetivo *orwellian* (orwelliano) en un ensayo de 1950 sobre revistas de moda, nada menos[1103]. También en 1950, Hugh Gaitskell, canciller de la Hacienda del Reino Unido, acusó a la oposición conservadora de aquello «que el difunto George Orwell, en su libro titulado *1984*, que puede que los honorables diputados hayan leído o no, denominó *doublespeak (doblelengua*[1104]*)*». En realidad, esa palabra no aparece en la novela de Orwell, pero desde entonces se ha hecho un hueco en el vocabulario político. El propio Winston Churchill consideraba que *1984* era «un libro notable[1105]».

El término «Hermano Mayor» ha demostrado ser especialmente popular. Durante la década de 1950, se aplicó en el Parlamento a temas tan dispares como el Gobierno conservador, la izquierda laborista, el presidente Eisenhower, lord Beaverbrook, la China de Mao, el califato de Omán, la Cámara de los Lores, los líderes sindicales, la Junta Nacional del Carbón y el servicio postal. No todo el mundo entendía la referencia. Una vez en 1956, durante un debate sobre la política del combustible, un diputado protestó cuando le llamaron Hermano Mayor y el portavoz de la Cámara de los Comunes se quedó desconcertado: «Pensaba que era un término afectuoso[1106]».

Citar a Orwell implicaba adjudicarse parte de su prestigio moral, lo merecieses o no. Ese escritor que hasta el año de su muerte no había merecido aparecer en *Who's Who*[1107], el mismo escritor que solo ganó un premio en toda su vida (un premio literario de *Partisan Review* que ascendía a mil dólares), se había convertido a toda velocidad en símbolo de la honestidad y la decencia. Cada vez que se reeditaba uno de sus libros, los críticos reconocían sus limitaciones como novelista, crítico y pensador político, pero le aplaudían por ser un genio moral que había salido de una época sucia con las manos limpias. «Orwell de verdad era lo que cientos de personas fingen ser —aseguraba Stephen Spender en un número especial de *World Review*—. Era realmente igualitario, realmente socialista, realmente honrado[1108]». En su influyente introducción a la edición de 1952 de *Homenaje a Cataluña*, Lionel Trilling consiguió consolidar a Orwell como un modelo ejemplar, en la tradición de Twain, Whitman y Thoreau: «el hombre que dice la verdad[1109]».

En concreto, la sensación generalizada era que decía la verdad respecto al totalitarismo. Orwell no era politólogo. Con la excepción de unos pocos días que pasó en la Barcelona controlada por los comunistas, no tenía experiencia de primera mano con ningún totalitarismo. Pero era un periodista que leía mucho. Por eso mismo, es extraordinario que la teoría que articuló a base de memorias, biografías, ensayos, novelas y reportajes fuese confirmada por estudios tan rigurosos como *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Dictadura y autocracia totalitarias), de Zbigniew Brzezinski, o *Los orígenes del totalitarismo*, de Hannah Arendt.

Aunque Arendt conocía mejor la situación de Alemania y a Orwell le interesaba más la de Rusia, los dos llegaron a muchas conclusiones parecidas: el totalitarismo era un cruce sin precedentes entre ideología, burocracia, tecnología y miedo. Arendt defiende que el totalitarismo busca materializar

una fantasía y que el espacio entre mito y realidad solo puede eliminarse con un engaño permanente y una crueldad sin precedentes.

> Principalmente en beneficio de este supersentido, en beneficio de una consistencia completa, es por lo que necesita el totalitarismo destruir cada rastro de lo que nosotros denominamos corrientemente dignidad humana. […] Por eso, lo que tratan de lograr las ideologías totalitarias no es la transformación del mundo exterior o la transmutación revolucionaria de la sociedad, sino la transformación de la misma naturaleza humana[1110].

Esta afirmación se hace eco de los peores miedos de Orwell, que ya expresó en 1939: «En el pasado todas las tiranías acababan derrocadas tarde o temprano o, por lo menos, se oponía resistencia, por la "naturaleza humana". […] Pero ya no podemos estar seguros de que la "naturaleza humana" sea constante[1111]». Ambos libros fueron editados en Estados Unidos por la misma persona, Robert Giroux, y han estado vinculados desde entonces.

Otra obra similar era *The God That Failed* (El Dios que falló), la antología de 1949 en la que el diputado laborista Richard Crossman recopiló algunos ensayos desencantados escritos por antiguos comunistas como Arthur Koestler, Stephen Spender, Ignazio Silone, Richard Wright, André Gide y Louis Fischer. El libro resultó ser de interés para muchos de los lectores de *1984* y en él encontramos algunas observaciones en la misma línea. Spender, que cita específicamente el doblepiensa en su ensayo, escribió que los comunistas «deformaron el sentido de los epítetos […] sin darse cuenta en absoluto de que un uso incorrecto de las palabras genera confusión. "Paz" en su idioma podía significar "guerra"; "guerra", "paz"; "unidad", "traición interna"; "fascismo", "socialismo[1112]"». Orwell, en cambio, estaba convencido de que ellos sabían perfectamente lo que estaban haciendo.

Otra diferencia crucial entre Orwell y el grupo de *The God That Failed* (la diferencia que le otorgaba a él una autoridad moral excepcional) era el hecho de que a él nunca le habían engañado. De hecho, algunos de sus admiradores se negaban incluso a aceptar que hubiese formado parte de la izquierda alguna vez. Sin saberlo, cuando Orwell escribió que «Dickens es uno de esos escritores que vale la pena apropiarse. Es lo que han hecho los marxistas, los católicos y, sobre todo, los conservadores[1113]», estaba anticipando su propio destino. Tanto el católico conservador Christopher Hollis como los libertarios de derechas del periódico *The Freeman* defendían que Orwell era uno de los

suyos. El diputado conservador Charles Curran (el antiguo periodista del *Evening Standard* que tanto había irritado a Orwell en Cranham) hizo una afirmación ridícula: que la influencia de la novela «probablemente había sido la causa de la derrota socialista en las elecciones generales de 1951[1114]». Es fácil imaginar cómo habría reaccionado Orwell a una afirmación como esa.

Por otro lado, en la extrema izquierda, el historiador del Partido Comunista británico, A. L. Morton, concluyó su historia sobre la literatura utópica, titulada *The English Utopia* (La utopía inglesa), acusando a Orwell de haber escrito una calumnia feroz contra el socialismo: «recurre a los bulos más repugnantes, a las estratagemas más sucias: *1984* es, al menos en este país, la última palabra hasta la fecha en apologética contrarrevolucionaria[1115]». Tras su veredicto, Morton continúa exaltando de una forma exagerada la «materialización de la utopía[1116]» que había conseguido Stalin. En el mismo tono febril, James Walsh acusa a Orwell en *The Marxist Quarterly* de lanzarse «chillando en brazos de editores capitalistas con un par de obras de terror para conseguir fama y fortuna[1117]». Walsh y Morton compartían ese tono de indignación estridente que, en 1944, Orwell había identificado como «inglés marxista, o panfletés[1118]». Lo parodió en *1984* por medio de la figura del fanático que acusa a los políticos laboristas de ser unos lacayos y unas hienas. No le habrían sorprendido esos ataques.

En comparación con esas acusaciones, el ensayo de 1955 de Isaac Deutscher titulado «El misticismo de la crueldad» resulta ser un elegante asesinato de su reputación, en el que intenta presentar con aparente imparcialidad una serie de acusaciones que apenas se sostienen. Deutscher acusa injustamente a Orwell de plagiar a Zamiatin y a Trotski, de rechazar el socialismo y, basándose en su encuentro en 1945 en Alemania, de ser un paranoico cuya cosmovisión es «una sublimación freudiana de manía persecutoria[1119]». Por último, Deutscher ataca a Orwell por haber producido un melodrama sensacionalista que genera pánico, odio, ira y desesperación:

> *1984* es en realidad, más que una advertencia, un chillido penetrante que anuncia el advenimiento del milenio negro, del milenio de la condenación. […] *1984* ha enseñado a millones de personas a ver el conflicto entre Oriente y Occidente en términos de blanco y negro y, para todos los males que afligen a la humanidad, les ha mostrado un demonio y una víctima propiciatoria monstruosos[1120].

En efecto, había un intento coordinado de presentar *1984* como un libro que trata solo sobre Rusia, sobre todo en la joven nación de Alemania Occidental. En su reseña, Golo Mann había argumentado que es posible que los alemanes, «quizá más que ninguna otra nación, sientan la cruel probabilidad de la existencia de la utopía de Orwell[1121]». Pero en 1949, el anticomunismo ya había eclipsado la desnazificación como política oficial y encajaba muy bien con el deseo emocional de los alemanes de olvidar el pasado reciente. Ejemplo de ello era *Der Monat*, una famosa revista financiada por Estados Unidos que presentaba a Orwell como un profeta antiestalinista y que publicó por entregas tanto *Rebelión en la granja* como *1984*. De este modo, al leer la novela, los lectores alemanes no pensaban en el nazismo y dirigían su mirada solo hacia el este. Eso mismo pensaban los oficiales e intelectuales al otro lado del Telón de Acero. Según el escritor polaco Czesław Miłosz, «como [el libro] es difícil de conseguir y peligroso tenerlo, solo lo conocen algunos miembros del núcleo central del Partido. […] Les asombra que haya escritores en Occidente que comprendan el funcionamiento de esa inusitada maquinaria de la que ellos mismos forman parte[1122]». En 1958, cuando un juez de Alemania del Este condenó a un adolescente a tres años de cárcel por haber leído y discutido el libro, declaró que Orwell era «el escritor más odiado en la Unión Soviética y en los Estados socialistas[1123]».

Durante la guerra, los Gobiernos del Reino Unido y Estados Unidos habían presentado a Stalin como el «tío Joe» o «nuestro gallardo aliado». En 1943, la revista *Life* dedicó un número entero a Rusia, en el que animaba a los lectores a «ser indulgente con ciertas carencias, por lamentables que sean[1124]», y Warner Brothers lavó la imagen de Stalin en *Misión en Moscú*, una película propagandística que Orwell criticó por presentar una imagen distorsionada de la historia. El propio Orwell se había visto obligado a celebrar la valentía militar rusa en sus programas de noticias en la BBC. Ahora, en los albores de la Guerra Fría, Occidente estaba encantado de desmontar esa imagen heroica. «Oceanía estaba en guerra con Eurasia; Oceanía siempre había estado en guerra con Eurasia».

En febrero de 1948, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores del Reino Unido, Ernest Bevin, creó el Information Research Department (Departamento de Investigación e Información, IRD, por sus siglas en inglés), que la historiadora Frances Stonor Saunders denominó «el Ministerio secreto de la Guerra Fría[1125]». Aunque a lo largo de la década de 1950 sus métodos degeneraron hasta convertirse en un juego sucio, en un principio la prioridad

del IRD era contrarrestar la propaganda soviética con informes y artículos (el departamento animaba en secreto a los intelectuales afines a presentarlos como si fuesen obra suya). También promovía las traducciones europeas de libros antisoviéticos como *Rebelión en la granja*, *The God That Failed* y *El cero y el infinito*. Dos de los principales asesores del departamento eran amigos de Orwell: Malcolm Muggeridge y Arthur Koestler.

En la Navidad de 1945, que Orwell pasó con Koestler, los dos hombres habían diseñado junto a la chimenea un movimiento político para promover los derechos humanos y la libertad de expresión. A través de la recién creada Organización de Naciones Unidas, esta «Liga por los derechos de los hombres» fomentaría el diálogo entre Oriente y Occidente por medio de viajes, programas de radio, libros y periódicos. Como escribió Orwell en su ensayo «Notas sobre el nacionalismo», «la indiferencia ante la verdad objetiva es alentada por el hermetismo de una parte del mundo respecto de la otra[1126]». Esperaba que este «desarme psicológico» consiguiera romper esa burbuja. Su plan quedó en agua de borrajas por varios motivos, pero la idea siguió viva en Koestler.

En 1948, Koestler hizo una gira de conferencias por Estados Unidos para el Comité Internacional de Rescate y allí conoció a casi todos los anticomunistas estadounidenses relevantes: extrotskistas como James Burnham, Sidney Hook y Max Eastman; intelectuales liberales como Dwight Macdonald, Mary McCarthy y Lionel Trilling; y a los fundadores de la Agencia Central de Inteligencia, la CIA. Al haber pasado seis años en la década de 1930 trabajando para Willi Münzenberg en la Comintern, Koestler conocía las estrategias del enemigo mejor que ninguno de ellos.

«Comintern» es uno de los ejemplos de proto-nuevalengua que se mencionan en el apéndice de *1984*: «una palabra que puede pronunciarse sin pararse a pensar en ella[1127]». Durante la posguerra, la Comintern fue sustituida por la Cominform como foro de los partidos comunistas europeos. En 1949, financió conferencias de artistas, científicos e intelectuales en París y Nueva York para presentar a Rusia como una fuerza de paz y a los estadounidenses como unos imperialistas belicistas. Con el apoyo de Koestler, las agencias de inteligencia estadounidenses diseñaron un plan para poner en marcha su contraataque cultural: si los rusos se habían apropiado de la «paz», entonces Occidente reivindicaría la «libertad». En junio de 1950, intelectuales de todos los puntos de Estados Unidos y Europa occidental acudieron a Berlín para la inauguración del Congreso por la Libertad de la Cultura, financiado en secreto por la CIA. La lista original de invitados, que se había confeccionado

meses antes, incluía a Orwell. Tras cuatro días de paneles de discusión, cenas y cócteles, el Congreso se cerró con un mitin en el que Koestler presentó un manifiesto de catorce puntos basado en las ideas que había discutido largo y tendido con Orwell en Gales. El punto final se expresó como un emotivo eslogan: «¡Amigos, la libertad ha tomado la ofensiva!»[1128].

Gracias al apoyo de la CIA, el Congreso por la Libertad de la Cultura se convirtió en un órgano permanente con comités nacionales afiliados. A lo largo de los diecisiete años siguientes financió muchas conferencias, festivales, conciertos, exposiciones de arte, seminarios y revistas en más de treinta países. Su éxito dependía de ese grupo informal que el Departamento de Estado estadounidense denominaba «la izquierda no comunista»: se pensaba que los socialistas y liberales podían debilitar el prestigio del comunismo de una forma mucho más efectiva que otros militantes, como Burnham. «La izquierda no comunista ha aportado el grado de esperanza que tenemos en nuestra actual vida política», escribió Arthur Schlesinger Jr. en *The Vital Center* (El centro vital), un libro de 1949 que era en la práctica un manifiesto del grupo[1129]. Schlesinger propone en él una serie de «profetas» entre los que se encuentran Koestler, Silone, Gide y «George Orwell, con su enérgica sensatez y su odio a la hipocresía[1130]».

Casi todos los escritores que, durante la década de 1940, fueron amigos de Orwell, publicaron sus escritos, los editaron, mantuvieron correspondencia con él o reseñaron positivamente sus obras, acabaron desempeñando algún papel en esta nueva *Kulturkampf*. *Tribune* y *Partisan Review* consiguieron mantenerse a flote en las aguas turbulentas de la economía de posguerra gracias a los fondos del IRD y la CIA, respectivamente[1131]. Malcolm Muggeridge, Fredric Warburg y Tosco Fyvel (los tres hombres que se reunieron con Sonia tras el funeral de Orwell para hablar de su legado literario) lideraban el Comité británico por la Libertad de la Cultura. Cuando, en 1953, el Congreso por la Libertad de la Cultura y el IRD fundaron juntos una nueva revista llamada *Encounter*, la réplica angloamericana a *Der Monat*, Warburg fue el que la editó, con la coedición de Spender. *Tempo presente*, el equivalente italiano, fue coeditada por Silone y el editor de la española *Cuadernos* era un antiguo miembro del POUM.

Acostumbrados a ser unos parias (Koestler los llamaba «ese grupo de izquierdistas sin techo […] a los que los estalinistas llaman trotskistas; los trotskistas, imperialistas; y los imperialistas, malditos rojos[1132]»), los miembros de la izquierda no comunista ahora estaban muy demandados y nadaban en el dinero del Gobierno. Algunos eran conscientes; otros, no; la

mayor parte se negaba a pensar en ello. Cuando la revista *Ramparts* expuso de forma definitiva en 1967 la financiación encubierta de la CIA, algunos colaboradores dijeron que no habían sospechado nada. «Me convirtieron en un "cómplice" involuntario del trabajo sucio de la CIA —se quejaba Dwight Macdonald—. Me tomaron por tonto[1133]». Se podría decir que nadie le había engañado: se había engañado a sí mismo, por no preguntar.

¿Le habría pasado lo mismo a Orwell, el Galahad de la izquierda no comunista? ¿Habría participado con entusiasmo? No era muy amigo de conferencias y comités, pero es posible que su nombre hubiese aparecido en la cabecera de *Encounter*. En opinión del radical irlandés Conor Cruise O'Brien, Orwell se habría rebelado contra esta nueva ortodoxia anticomunista, igual que en el pasado había rechazado todos los grupos dominantes. Después de las revelaciones publicadas en *Ramparts*, O'Brien escribió que para el Congreso por la Libertad de la Cultura «fue una suerte que Orwell muriese cuando murió. Si hubiese estado vivo no habría sido tan fácil apropiarse de él. Como estaba muerto, pudieron nombrarlo santo patrón y aprovecharse de sus méritos, en una especie de reversibilidad parásita al servicio de ciertas actividades sospechosas[1134]».

Una de esas actividades consistía en mancillar sus dos grandes novelas.

En diciembre de 1951, el equipo de animación formado por el matrimonio John Halas y Joy Batchelor firmó un contrato con el productor Louis de Rochemont para hacer una película de *Rebelión en la granja*. Halas aseguró a *The New York Times* que la película «apenas se alejaría de Orwell» y «mantendría el espíritu del libro[1135]». Lo que la pareja no sabía era que la principal fuente de financiación de Rochemont y la fuerza que impulsaba la película era la Oficina de Coordinación de Políticas (OPC, por sus siglas en inglés), el departamento de la CIA encargado de operaciones encubiertas.

En principio, Orwell no se oponía al uso de la ficción con fines políticos. Como crítico, había recomendado que tanto *El gran dictador* como *Take Back Your Freedom* se promoviesen como propaganda antinazi. Más tarde, fomentó que *Rebelión en la granja* se utilizase para promover el antiestalinismo: renunció a los derechos de autor en las traducciones de Europa del Este, pagó de su bolsillo una edición en ruso de la novela y escribió un prefacio a la edición ucraniana de 1947, para que se distribuyese entre los socialistas antiestalinistas que vivían en campamentos de refugiados en Alemania (aunque al final la mayor parte de los ejemplares fueron interceptados por el ejército estadounidense a petición de Rusia). Si esta

edición existe, se debe en gran medida al escritor ucraniano Ihor Szewczenko, que escribió a Orwell para decirle que había leído algunos fragmentos a los refugiados soviéticos y les habían emocionado profundamente: «el estado de ánimo del libro parece corresponderse con su propio estado mental[1136]».

Sin embargo, la idea de que las agencias gubernamentales se dedicasen a reescribir libros para hacer propaganda era ya otra historia. Cada vez que Batchelor presentaba un nuevo borrador del guion de *Rebelión en la granja*, los «inversores» le pedían algún cambio. ¿Quizá Napoleón y Bola de Nieve podían llevar la misma barba o bigote que Stalin y Trotski? ¿Podía no centrarse tanto en la participación de los granjeros, para que se viera que la culpa era de los cerdos (y evitar de paso ofender a la industria agrícola)? Bola de Nieve era demasiado simpático, ¿podría convertirlo en un «intelectual fanático[1137]»? Y así todo el rato. Uno de los apuntes se quejaba de que Orwell «parece concluir [*sic*] que el comunismo es en esencia bueno, pero que Stalin y compañía lo habían traicionado[1138]». Lothar Wolff, mano derecha de Rochemont, rechazaba algunas de las sugerencias más tontas, pero los inversores eran implacables y solían salirse con la suya[1139]. Además, las restricciones presupuestarias llevaron a eliminar a algunos de los personajes y varios giros argumentales que eran esenciales en la alegoría de Orwell.

Para la OPC, el principal problema de *Rebelión en la granja* era el final. Como todo el mundo sabe, los cerdos y los humanos consiguen una tensa reconciliación entre juegos de cartas y cerveza y los otros animales ya no son capaces de diferenciar a los revolucionarios de los opresores. Desde la perspectiva de la Guerra Fría, se consideraba que centrarse en la perfidia de las democracias capitalistas no era de gran ayuda. En la película, los granjeros desaparecen y la decadencia de los cerdos lleva a los animales a organizar una segunda Revolución. Se podría decir que Orwell dejaba esa posibilidad abierta en el último párrafo del libro: por primera vez los animales se dan cuenta de que la Revolución ha sido traicionada, por lo que pueden hacer algo al respecto. Pero que los animales de las granjas vecinas unan sus fuerzas para matar a Napoleón y a sus compinches es transformar el melancólico final de Orwell en una caricatura. Cuando la cuidada narración de Batchelor, muy cercana a la voz de Orwell, fue reemplazada por una serie de clichés de la Guerra Fría, cuesta creer que Halas y Batchelor no sospecharan de la identidad de los entrometidos inversores.

Sin embargo, cuando la película se estrenó en Nueva York, el 29 de diciembre de 1954, resultó que el tremendo esfuerzo que se había hecho para que *Rebelión en la granja* transmitiese exactamente el mensaje aprobado por

la CIA había sido en vano, porque no podía luchar contra las ideas preconcebidas de los espectadores. Hubo críticos que interpretaron la película como antifascista, subversivamente procomunista, una «amarga sátira del estado de bienestar[1140]» e incluso apolítica. Aunque en el archivo del FBI sobre Orwell se afirma que la película había sido un «premio gordo[1141]», el público no mostró demasiado interés: *Rebelión en la granja* fue un fiasco y solo llegó a una gran audiencia cuando se empezó a proyectar en los colegios. En *Encounter*, David Sylvester afirmó que era «un fracaso en términos estéticos, imaginativos e intelectuales[1142]»; al parecer no era consciente de que tanto la revista como la película habían recibido financiación de la CIA.

El momento elegido para el estreno de la película tampoco fue el más adecuado: solo unas semanas después de la retransmisión de la versión de *1984* de la BBC y la enorme controversia que trajo consigo y que le hizo sombra a *Rebelión en la granja* en las entrevistas promocionales que Sonia concedió a la prensa estadounidense. *Today's Cinema* le preguntó si la interpretación había contado con su aprobación, a lo que Sonia respondió: «Tengo que ser leal a la BBC por su valentía. Pero, en realidad, no[1143]». En Gran Bretaña, los estudios intentaron aprovechar el éxito de la obra televisiva retorciendo el eslogan promocional: «Pig Brother is watching you» (El Hermano Cerdo vela por ti).

Para entonces, Peter Rathvon, antiguo presidente de RKO Pictures, había conseguido los derechos para filmar *1984* y cien mil dólares de la Agencia de Información de Estados Unidos para la producción de «la película anticomunista más devastadora de todos los tiempos[1144]». Le pidió consejo sobre el guion a Sol Stein, del Comité estadounidense por la Libertad de la Cultura, que intentó hacer con esta historia lo que la OPC había hecho con *Rebelión en la granja*. Stein hizo la misma observación sobre la conclusión pesimista de Orwell: «Creo que estaremos de acuerdo en que presenta una situación de desesperanza cuando, en la realidad, sí que tenemos la esperanza […] de que la naturaleza humana no pueda ser alterada por el totalitarismo y de que el amor y la naturaleza puedan sobrevivir hasta los horrendos abusos del Hermano Mayor[1145]». Él propuso una alternativa extremadamente sensiblera en la que Winston huye del Café del Castaño al País Dorado, donde redescubre su humanidad irrefrenable. Por suerte, Rathvon rechazó esa idea.

El guionista, William Templeton, que ya había sido nominado a un Óscar, había escrito en 1953 una aclamada adaptación del libro para *Studio One*, la serie antológica de la CBS, pero esta vez los créditos iniciales («adaptación libre de la novela *1984* de George Orwell»)[1146] ya advertían que se tomarían

más libertades. No se trataba de libertades propagandísticas. Templeton y el director, Michael Anderson, parecían mucho menos interesados en los aspectos políticos que en el romance entre los dos protagonistas (interpretados por actores muy mal elegidos e, inexplicablemente, estadounidenses): el fornido Edmond O'Brien, estrella de películas de gánsteres, en el papel de Winston y la alegre Jan Sterling, en el de Julia. En la novela, justo antes de que la Policía del Pensamiento detenga a la pareja, Winston dice inexpresivamente: «Somos los muertos». En la película, en cambio, Julia trina: «¡Es maravilloso estar viva!». Puede que a la CIA le hubiese gustado la voz en *off* («Se trata, al fin y al cabo, de una historia del futuro. Podría ser la historia de nuestros hijos si no conseguimos preservar su libertad»), pero seguramente el cartel promocional no le gustó tanto. En él, vemos a Winston y Julia dándose un abrazo apasionado mientras un oficial de la Liga Antisexo (que no aparece en la novela) les espía por la telepantalla. «¿Será el éxtasis un crimen… en el terrorífico mundo del futuro? ¡Increíbles maravillas del mañana! ¡Lo nunca visto en la pantalla!»[1147].

Anderson grabó dos finales diferentes. El público estadounidense pudo ver cómo Winston llegaba a adorar al Hermano Mayor, pero los espectadores británicos se sorprendieron al ver a Winston y Julia gritar desafiantes: «¡Abajo el Hermano Mayor!», antes de que les acribillaran a balazos. Es un rasgo de la desolación poco común de *1984* el hecho de que se considere que un final en el que se mata a tiros a los protagonistas sin que hayan conseguido nada es un final «feliz». «Creo que el cambio demuestra que no han entendido el libro en absoluto —protestó Sonia, que estaba tan enfadada que se negó a ir al estreno—. Es terrible[1148]». Rathvon tuvo el descaro de decir que era «el tipo de final que Orwell habría escrito si no hubiese sabido que se estaba muriendo[1149]». Igual que *Rebelión en la granja*, la película no impresionó ni a los críticos ni al público de ninguno de los dos países cuando se estrenó, en 1956. Ni siquiera el Gobierno de Estados Unidos podía hacer que Orwell fuese un taquillazo.

Para muchos de los amigos y admiradores de Orwell, el hecho de que la derecha se apropiase de él de esa forma era una especie de robo de cadáveres; sus críticos, en cambio, pensaban que se lo había buscado él solito. Décadas después de su muerte, el debate se volvió a abrir cuando se descubrió la participación secreta del propio Orwell en las intrigas de la Guerra Fría.

El 29 de marzo de 1949, Orwell recibió en Cranham una visita de su amiga y viejo amor Celia Paget, que le habló de su nuevo trabajo en el IRD.

Según el informe de Paget, Orwell «expresó su aprobación sincera y entusiasta de nuestros objetivos[1150]» y le recomendó algunos escritores apropiados. Una semana más tarde, le envió a Paget una carta en la que se ofrecía a mandarle «una lista de periodistas y escritores que, en mi opinión, son criptocomunistas, compañeros de viaje o presentan esa tendencia, por lo que no se debería confiar en ellos como propagandistas[1151]». Orwell tenía un cuaderno azul claro en el que escribía los nombres de personalidades públicas que creía que simpatizaban con la Unión Soviética, igual que en el pasado había especulado sobre quién se vendería en caso de una invasión nazi (siempre le encantaron las listas). Durante el último año, la Unión Soviética había asumido el control de Checoslovaquia, había intimidado a Yugoslavia, sitiado Berlín y perseguido a los escritores judíos, y Orwell estaba furioso porque Stalin seguía contando con importantes defensores. Paget le respondió entusiasmada y Orwell le envió una lista resumida de 38 nombres, seleccionados entre los 135 de su cuaderno. «No es muy espectacular —escribió— y no creo que les diga a tus amigos nada que no sepan ya[1152]».

El cuadernillo no muestra la mejor cara de Orwell. Muchas de las entradas son cotilleos mezquinos, infames y poco convincentes y su falta de seguridad se refleja en la gran cantidad de signos de interrogación, asteriscos y tachones que cubren las páginas. Si hubiese entregado el cuaderno al IRD, habría sido un gesto insensato y despreciable. Pero no lo hizo y se esforzó por editar y corregir la lista para Paget. «La dificultad reside en dilucidar la postura de cada cual, hay que analizar cada caso individualmente», le dijo a Richard Rees[1153]. Era «muy complicado[1154]» descubrir si alguien era un verdadero creyente, un oportunista, un simpatizante poco entusiasta o un estúpido.

Es muy legítimo sentirse decepcionado por el mero hecho de que enviara una lista así a una agencia gubernamental (aunque fuese de un Gobierno laborista), pero al menos la versión editada resultó ser muy certera. A Orwell le preocupaban sobre todo los compañeros de viaje dentro del grupo parlamentario del Partido Laborista, como Konni Zilliacus y John Platt-Mills, hombres a los que ya había atacado por escrito, acusándolos de ser «agentes publicitarios de la URSS[1155]». En ellos estaba pensando cuando hizo su declaración sobre el mensaje de *1984*: «Los miembros del Gobierno británico actual […] nunca se venderían intencionadamente al enemigo, […] pero la generación más joven resulta sospechosa y es probable que las semillas del pensamiento totalitario estén muy extendidas entre sus miembros[1156]». Cualquiera que le recordase lo más mínimo a aquellos que le habían perseguido en España o intentase censurar sus escritos por motivos políticos

le enfurecía. En 1946, se quejaba de que, por el delito de haber criticado a Stalin, «me he visto obligado a veces a cambiar de editor, a dejar de escribir para publicaciones de las que dependía mi sustento, a ver cómo otras publicaciones boicoteaban mis libros y a verme perseguido por cartas y artículos insultantes […] e incluso amenazado con denuncias por difamación[1157]».

Es importante recordar que Orwell estaba aconsejando a Paget a quién evitar para la tarea específica de colaborar con el IRD. Más allá de eso, no hay evidencia de que la lista perjudicase la carrera de nadie, ni de que fuese esa su intención. El hecho de que el actor Michael Redgrave hiciese el papel de O'Brien en la película de 1956 es prueba de que nunca se utilizó como una lista negra. Además, la única persona que Orwell señaló en su lista como «una especie de agente ruso», el periodista austriaco Peter Smollett, fue expuesto como espía soviético después de su muerte, en 1980[1158]. Es muy probable que Smollett fuese el hombre que desaconsejó a Jonathan Cape la publicación de *Rebelión en la granja* cuando era jefe de relaciones soviéticas en el Ministerio de Información.

Las intenciones de Orwell también deben juzgarse a la luz de su defensa de la libertad de expresión. Para él, cualquier intento de eliminar los partidos comunistas occidentales sería «calamitoso[1159]», por lo que animó a los miembros del Comité de Defensa de la Libertad a organizarse en contra de una iniciativa del Gobierno para expulsar a los comunistas del funcionariado público. Orwell le dijo a Woodcock que, aunque los Gobiernos tienen derecho a luchar contra las infiltraciones, el enfoque laborista era «algo inquietante y el fenómeno en sí me parece que forma parte de un colapso general de la actitud democrática[1160]». Resulta irónico que el propio Orwell hubiese sido vigilado por el Gobierno británico desde su viaje como periodista a París en 1929. Un sargento de la policía, que le vigilaba en la BBC, informó de que tenía unas «opiniones comunistas avanzadas», pero su superior, tras leer sus obras periodísticas, llegó a la conclusión acertada de que «Orwell no está de acuerdo con el Partido Comunista, ni el Partido con él[1161]».

A pesar de ello, cuando en 1996 se publicó la carta de Orwell a Paget, a sus detractores de izquierdas les encantó la ironía de que san George desempeñase el papel de Policía del Pensamiento[1162]. Por fin habían dado con la prueba del delito (por vaga que fuese) que servía para justificar décadas de hostilidad. «Siempre supe que tenía dos caras —dijo el historiador marxista Christopher Hill—. Había algo turbio en Orwell […] y esto confirma mis peores sospechas sobre él[1163]». El periodista Alexander Cockburn no

pudo ocultar su alegría: «El hombre íntegro resulta ser un quejica y, por supuesto, un chivato, un confidente de la policía secreta, la rata de *Rebelión en la granja*[1164]». Más triste que enfadado, Michael Foot, antiguo compañero de Orwell en *Tribune*, expresó su decepción y su sobrino, el periodista Paul Foot, dijo: «Soy un gran admirador de Orwell, pero tenemos que aceptar que adoptó una postura macartista hacia el final de su vida[1165]».

¿Macartista? No, no tenemos que aceptar eso, en absoluto.

Diecinueve días después de la muerte de Orwell, Joseph McCarthy, un senador de Wisconsin de cuarenta y un años, le dijo a un grupo de mujeres republicanas en Wheeling (Virginia Occidental) que estaba en posesión de una lista de decenas de comunistas infiltrados en el Departamento de Estado. Así comenzó uno de los episodios más vergonzosos de la Guerra Fría.

McCarthy era uno de esos monstruos que, de vez en cuando, se abren paso con bombo y platillo desde las profundidades del subconsciente estadounidense para destrozar los valores democráticos que dicen defender. Grandilocuente, narcisista, ávido de poder y mentiroso patológico, podrían haber diseñado a McCarthy en un laboratorio con el objetivo expreso de ofender a Orwell. «No estoy de acuerdo cuando la gente dice que solo podemos combatir el comunismo, el fascismo, o lo que sea, si nos volvemos igual de fanáticos —le dijo Orwell a Richard Rees—. A mí me parece que la forma de vencer el fanatismo es precisamente no siendo fanático[1166]».

Cuando estudiaba Derecho, a McCarthy le gustaban las apuestas y el boxeo y aplicó esas habilidades a la política. Para cuando comenzó su cruzada, ya se había desenmascarado a espías soviéticos como Alger Hiss, se habían purgado los principales sindicatos y la afiliación al Partido Comunista estaba en caída libre. El miedo a la infiltración comunista era mucho mayor que el peligro real, lo que abría un nicho de oportunidad para alguien experto en jugar con el miedo. En pocos meses, McCarthy ya se había convertido en una estrella que salía en las portadas de las revistas y en un orador famoso que conseguía hasta mil dólares al día en donativos. El historiador Ted Morgan definió el macartismo como «el uso de información falsa en la persecución irracional de un enemigo imaginario[1167]». Por decirlo en palabras de Orwell, era fantasmagórico, pero aun así destruyó vidas inocentes. En Hollywood, entre las víctimas de la lista negra de McCarthy se cuentan dos intérpretes de la versión de *1984* de *Studio One*: el protagonista, Eddie Albert, y el narrador, Don Hollenbeck, que se suicidaron pocos meses después de la emisión. El

director, Paul Nickell, consideraba que su versión era una crítica implícita de los métodos macartistas.

Muchos miembros del Congreso por la Libertad de la Cultura aborrecían el macartismo, definido por el senador como «americanismo en traje de faena[1168]». Un propagandista estadounidense en Roma dijo que McCarthy era «la grieta en nuestra brillante armadura, la refutación personificada de todo lo que estoy diciendo[1169]». Como consecuencia, el Comité estadounidense por la Libertad de la Cultura se dividió en dos. Los miembros liberales (Dwight Macdonald, Arthur Schlesinger o Mary McCarthy, que no tiene parentesco con el senador McCarthy) denunciaban la absoluta falta de honestidad del senador, mientras que el ala conservadora (James Burnham, Max Eastman, Irving Kristol) pensaba que la amenaza de la infiltración comunista justificaba sus medidas extremas. El libro *The Web of Subversion: Underground Networks in the US Government* (La red subversiva. Redes clandestinas en el Gobierno estadounidense), de Burnham, presenta un macartismo sin traje de faena. El extremismo de Burnham le llevó a abandonar el Comité, *Partisan Review* y su trabajo como consultor en la Oficina de Coordinación de Políticas. Orwell le había calado desde el principio: «Burnham piensa siempre en términos de monstruos y cataclismos. […] Todo debe suceder súbitamente y llegar hasta las últimas consecuencias, y la elección debe ser entre todo o nada, entre la gloria o la ruina[1170]».

Los macartistas son el ejemplo por excelencia de lo que el historiador Richard Hofstadter llamaría más tarde «el estilo paranoico», obsesionado por «la existencia de una vasta red conspirativa internacional, artera y extraordinariamente efectiva, diseñada para cometer actos perversos[1171]». Hofstadter observó que el anticomunismo había degenerado enseguida en una ortodoxia que era el vivo reflejo del comunismo y solo se diferenciaba de él en su intensidad. De hecho, la mayor parte eran excomunistas que blandían la autoridad de la apostasía. Refugiados del doblepiensa, traumatizados por sus viejas mentiras y excusas, se apoyaban en lo que Orwell denominó «nacionalismo transferido». Louis Fischer lo describe con brillantez en *The God That Failed*:

> Abandona a nivel intelectual el comunismo, pero necesita un sustituto emocional. Es un ser en el fondo débil que necesita seguridad, un dogma reconfortante y el apoyo de un gran batallón, por lo que gravita hacia un nuevo polo de infalibilidad, absolutismo y certeza doctrinal. […] Cuando encuentra un

> nuevo totalitarismo, lucha contra el comunismo con una violencia e intolerancia como la de los comunistas. Es un «comunista» anticomunista[1172].

Orwell nunca tuvo la fe casi religiosa en el comunismo que para muchos se convirtió en una imagen negativa; tampoco le motivaba el «progreso grupal y monopolio cultural[1173]» que, según Mary McCarthy, inspiraba a los fanáticos. Como no le interesaba el poder, nunca buscó ser miembro de la tribu ganadora. «Dentro de cinco años puede que sea tan peligroso alabar a Stalin como era atacarlo —escribió en 1946—. Pero no debo considerar que esto sea un avance. No se gana nada al enseñar a un loro una nueva palabra. Lo que es necesario es el derecho a publicar lo que uno considera que es verdad, sin tener que temer abusos ni chantajes de ninguna parte[1174]».

La carrera de McCarthy acabó en la ignominia porque consiguió enemistarse con la Casa Blanca, la CIA, el Departamento de Estado, el Ejército y sus compañeros del Congreso. El macartismo, que le sobrevivió, era el tipo de tendencia que Orwell había descrito en su declaración sobre la relevancia general de *1984*: «En Estados Unidos los términos “americanismo” y “americanismo al cien por cien” (una expresión que se remonta a la primera histeria anticomunista en 1919) se consideran apropiados y el adjetivo calificativo que lo acompaña puede ser todo lo totalitario que uno quiera[1175]».

Una de las innovaciones más nefastas de McCarthy fue desdeñar la verdad de una forma casi totalitaria, para aprovecharse de las debilidades democráticas. La prensa y él parecían enemigos íntimos. Comparaba a las revistas *Time* y *Life* con *The Daily Worker*, escogía a un reportero y lo insultaba delante de la multitud y una vez despotricó del trato que recibía de la prensa delante de un grupo de escolares perplejos. A pesar de todo, los periodistas le adoraban, le buscaban e incluso le defendían, porque siempre podían contar con él para conseguir una portada jugosa, aunque casi todo lo que les decía careciese de fundamento: McCarthy sabía manipular a la prensa estadounidense mejor que ningún político hasta entonces. Alargaba las historias durante días para conseguir la mayor cobertura posible y organizaba ruedas de prensa una hora antes de la entrega de los periodistas, para que no tuvieran tiempo de verificar sus declaraciones, algo que muchos tampoco habrían hecho aunque lo hubieran tenido.

En 1952, *The New York Times* admitió que había informado mal a sus lectores al publicar las afirmaciones de McCarthy sin verificarlas, pero

negaba su responsabilidad en el engaño: «Es difícil, si no imposible, ignorar las declaraciones del senador McCarthy solo por el hecho de que suelen ser exageradas o falsas. La solución está en manos de los lectores[1176]». De esa forma, al manipular el sistema, McCarthy acabó estableciendo una zona propia de posverdad, en la que podía decir lo que quisiera. Décadas más tarde, el periodista de *The Times* James Scotty Reston explicó el éxito de McCarthy de esta forma: «Él sabía que las grandes mentiras consiguen grandes titulares. También sabía que la mayor parte de los periódicos publicaría casi cualquier declaración hecha en público por un senador de Estados Unidos. […] McCarthy sabía cómo sacar provecho de ese "culto a la objetividad[1177]"». Casi todo el mundo, añadió Reston, «salió del periodo macartista sintiéndose un poco culpable[1178]».

Una de las artimañas más sucias de McCarthy fue enviar, en 1953, a sus jóvenes y fanáticos lugartenientes Roy Cohn y David Schine a una gira para examinar las bibliotecas de la Agencia de Información de Estados Unidos en Europa. Una vez allí irritaron a todo el que se cruzó en su camino y escribieron una lista de libros «rojos» que era necesario eliminar, algunos de los cuales ya habían sido prohibidos antes por Hitler, Stalin y Mao. A algunos bibliotecarios alemanes se les fue de las manos y quemaron los libros de la lista negra, una imagen tan impactante que llevó al presidente Eisenhower a romper su silencio sobre McCarthy: «No se unan a la quema de libros —les dijo a los estudiantes de una clase a punto de graduarse en el Dartmouth College—. No piensen que es posible esconder los errores ocultando las pruebas de su existencia[1179]».

El incidente encajó muy bien con el argumento de una novela a punto de publicarse que se convertiría, en términos culturales y políticos, en una especie de respuesta estadounidense a *1984*: la novela de ciencia ficción de Ray Bradbury *Fahrenheit 451*. «No puedo predecir si mis ideas sobre la censura liderada por el Departamento de Bomberos se habrán pasado de moda dentro de una semana —escribió Bradbury—. Dependiendo de dónde sople el viento, se percibe un leve olor a queroseno que despide el senador McCarthy[1180]». En la sátira de Bradbury sobre los medios de comunicación de masas encontramos a un funcionario alienado de un régimen totalitario, la supresión del conocimiento y la destrucción de la memoria, la amenaza constante de la guerra, un televisor que ocupa paredes enteras y una inversión muy orwelliana: en un mundo de edificios a prueba de incendios, los

bomberos se dedican a encender fuegos en vez de apagarlos, e insisten en que siempre ha sido así.

Es posible que estas similitudes sean una coincidencia. Cuando le preguntaron a Bradbury si Orwell le había influido, dijo que *El cero y el infinito* era el «verdadero padre, madre y hermano loco» de *Fahrenheit 451*[1181]. Pero cualquiera que escribiese ficción distópica tenía que pagar el precio de que se comparase con *1984*. Entre la guerra de Corea y la crisis de los misiles cubanos, se publicaron varias novelas de este género: *La pianola*, de Kurt Vonnegut, *Love Among the Ruins: A Romance of the Near Future* (Amor entre las ruinas. Un romance del futuro cercano), de Evelyn Waugh, *One* (Uno), de David Karp, *Facial Justice* (Justicia facial), de L. P. Hartley, *The Rise of the Meritocracy 1870-2033* (El ascenso de la meritocracia, 1870-2033), de Michael Young, e *Himno*, de Ayn Rand (que por fin hizo su debut en tapa dura en Estados Unidos), así como muchos otros imitadores que han caído en el olvido, y con razón. «Mientras que hace veinte años cualquier sicario del aburrimiento situaba su sociedad autoritaria en Venus o en el siglo XXX, ahora, o eso me parece, prefieren situarla en la Tierra en los próximos cien años», escribió el novelista Kingsley Amis en un estudio sobre ciencia ficción titulado *New Maps of Hell* (Nuevos mapas del infierno[1182]). Con un par de excepciones notables (como *Walden Dos*, de B. F. Skinner, y la obra final de Aldous Huxley, *La isla*, de 1962), a los escritores se les habían quitado las ganas de diseñar utopías.

En Estados Unidos, donde la revista *Famous Fantastic Mysteries* dedicó un número completo a *Himno*, el género distópico empezó a mezclarse con la ciencia ficción. La portada sensacionalista y futurista de la edición de 1950 de *1984*, publicada por Signet («Una sorprendente visión de la vida en 1984. Amor prohibido… Miedo… Traición…»[1183]), pone de manifiesto que el objetivo era llegar a los fans de Isaac Asimov y Robert A. Heinlein. Pero, según Amis, los esnobs literarios se negaron a aceptar que el libro de Orwell formase parte de ese género que, en su opinión, no se merecía su consideración. Ya sea en cuestiones políticas o de género literario, *1984* parece ese territorio de la frontera de Oceanía: hay que luchar por apropiarse de él.

En un artículo demoledor publicado en enero de 1956 en *The Marxist Quarterly*, James Walsh predijo que «*1984* está llegando a su fin. Solo necesitamos darle un empujoncito para librarnos de él para siempre[1184]».

Pero, en realidad, lo que estaba llegando a su fin era la credibilidad del comunismo soviético en Occidente.

En junio, la prensa publicó el texto «Acerca del culto a la personalidad y sus consecuencias», el discurso que el líder soviético Nikita Krushev había pronunciado en febrero y en el que denunciaba muchos de los crímenes de Stalin. Las esperanzas de que fuese el inicio de un deshielo se rompieron cinco meses más tarde, cuando Krushev envió tanques a reprimir un levantamiento popular en Hungría. Ambos acontecimientos provocaron una ola de desencanto, que llevó a miles de miembros a abandonar los partidos comunistas occidentales. Se llegó incluso a decir que una traducción húngara clandestina de *1984* había sido el libro de cabecera de los rebeldes de 1956[1185].

Esto explicaría por qué más tarde la lista de Orwell tuvo tanta importancia para sus detractores de izquierdas. Después de lo ocurrido en Hungría, muchos habían tenido que aceptar que se habían equivocado respecto a la naturaleza del comunismo soviético y que Orwell tenía razón, lo que resultaba muy irritante. El intelectual socialista más leído en la década de 1950 era un acérrimo anticomunista y, además, estaba muerto, por lo que le envolvía un halo de rectitud moral. Por eso mismo, despertaba una especie de admiración teñida de envidia. Y a veces la envidia superaba a la admiración. Reflexionando sobre ello años más tarde, el crítico marxista Raymond Williams llegó a la conclusión de que Orwell había sido una especie de barricada política: «En cualquier discusión socialista, te topabas con una enorme estatua de Orwell que te advertía que te dieses media vuelta. Hasta la década de 1960, las editoriales políticas solían aconsejar a los jóvenes radicales que se leyesen a Orwell para ver a dónde les llevaba todo aquello[1186]».

La primera fase de la Guerra Fría sin duda creó las condiciones adecuadas para que la derecha se apropiase de Orwell en general y de *1984* en particular, pero no de forma permanente. La historia siguió su camino, como cuando un rayo de sol avanza por una habitación y las sombras van cambiando a su paso.

11

Tremendamente asustados
1984 en los años setenta

«*Es difícil imaginar otra época en la que se apreciara una desesperanza tan generalizada a todos los niveles de la vida británica*».

STEPHEN HASELER, *The Death of British Democracy, 1975*[1187]

Un día frío y luminoso de abril de 1973, David Bowie y su percusionista, Geoff MacCormack, se subieron al transiberiano en Jabárovsk. El cantante, que tenía miedo a volar, había comenzado el largo camino de vuelta a casa, en Londres, tras su *tour* por Japón. El viaje, que duraba una semana hasta Moscú, fue pura diversión en un principio, pero a medida que se acercaban a la capital soviética, la atmósfera empezó a ser cada vez más sofocante por la tensión y la desconfianza. En Moscú, Bowie vio desde la ventana de su hotel, situado en la Plaza Roja, un desfile militar que duró un día entero. «En mis viajes por Rusia pensé que el fascismo debió ser algo parecido —afirmó más tarde—. Marchaban igual. Hacían los mismos saludos militares[1188]». Cuando el tren que iba a París atravesó la tierra de nadie entre Berlín Oriental y Occidental, los dos hombres se quedaron aturdidos y mudos al pasar entre las ruinas silenciosas. «Los tristes recuerdos de los fracasos del hombre parecían no terminar nunca, mientras el tren seguía avanzando lentamente —recuerda MacCormack—. Ninguno dijo ni una palabra[1189]».

Este intenso viaje reforzó en Bowie una creciente sensación de miedo y paranoia. En el último tramo de su viaje a casa, le contó a Roy Hollingsworth, de la revista *Melody Maker*, cómo le había transformado. «Sabes, Roy —le dijo, fumando como un loco—, he visto cómo son las cosas y creo que sé quién controla este planeta. Y nunca en mi vida había estado tan asustado como después de ver lo que he visto sobre el estado del mundo[1190]».

No era necesario viajar por la Rusia de Brézhnev para sentir miedo en la Gran Bretaña de la década de 1970. Las bombas del IRA eran tan habituales como los misiles de la Franja Aérea Uno. La economía estaba atenazada por

la estanflación, una palabra horrible que describe un estado horrible en el que se combina la inflación con el estancamiento económico. En octubre de 1973, una huelga de mineros coincidió con un embargo al petróleo árabe y tuvo como consecuencia la mayor escasez de combustible desde febrero de 1947. Volvieron los apagones, el racionamiento de la gasolina, la reducción de los servicios televisivos y los ascensores fuera de servicio: Gran Bretaña volvía a parecerse a las primeras páginas de *1984*. «La sensación de crisis está en todas partes[1191]», escribió el diputado laborista Tony Benn, recurriendo a la palabra de moda. Durante esas fiestas navideñas, John Davies, miembro del gabinete conservador, le dijo a su familia que se divirtiese, «porque creía que no volveríamos a vivir unas Navidades como esas[1192]».

A partir de Nochevieja, para reducir el consumo de combustible, los negocios no esenciales de todo el país adoptaron la semana de tres días. La consiguiente caída de la productividad expuso de una forma despiadada la debilidad subyacente de la economía, una situación que llevó al director del Banco de Inglaterra a predecir una década de austeridad, que terminaría, por tanto, en 1984. Recesión, terrorismo, disturbios sindicales, una sensación de debilidad nacional irreversible: un mar de problemas que parecía que el primer ministro conservador, Edward Heath, no sería capaz de navegar. *The New York Times* señaló que era palpable «un pavor progresivo, un miedo a cosas espantosas[1193]».

Una de esas cosas espantosas, un golpe de Estado militar como el que acababa de dar el general Pinochet en Chile, afloró en un artículo del editor político Patrick Cosgrave, publicado en la edición de Navidad de *The Spectator*. «Un país desgarrado por facciones enfrentadas, ninguna de las cuales cuenta con el apoyo público por su veracidad ni por sus habilidades, está listo para un golpe de Estado», especulaba Cosgrave[1194]. Las conversaciones en los bares y en los pasillos de Westminster se habían vuelto febriles. ¿Podría pasar eso aquí? Sí, concluía, sin duda existía esa posibilidad. «Por supuesto, no hay nada inevitable. Pero si el proceso de desilusión, fracaso y subversión, consciente o inconsciente, que acabo de describir continúa, solo hay un resultado posible[1195]».

Por supuesto, no todo el mundo en Gran Bretaña pensaba que la democracia estuviese agonizando. Esta crisis económica, a diferencia de otras muchas, afectó a los ricos más que a la clase trabajadora, por lo que los inquietos políticos, periodistas y novelistas de clase media estaban proyectando una imagen incompleta. Millones de británicos escuchaban a Slade y The Osmonds, iban al cine a ver *Vive y deja morir* o *Tal como*

éramos, se relajaban con series como *Are You Being Served?* o *Porridge*, disfrutaban de sus días libres y, en general, seguían a lo suyo. Pero las antenas de Bowie sintonizaban frecuencias más estridentes. Su canción «*Life on Mars?*» buscaba una forma de seguir adelante entre los escombros de la década de 1960; «*Five Years*» era una histriónica cuenta atrás hasta el apocalipsis; los agoreros paréntesis de «*Aladdin Sane (1913-1938-197?)*» apuntaban a una Tercera Guerra Mundial. «Soy un pesimista terrible —le confesó Bowie a la revista *New Musical Express*—. Es uno de mis puntos débiles. Soy pesimista ante las cosas nuevas, los proyectos nuevos, las ideas nuevas, y en lo que respecta a la sociedad. Personalmente, creo que hemos tocado fondo. Creo que el fin del mundo ocurrió hace diez años. Eso es todo[1196]». No sorprende en absoluto que tuviese en mente escribir un musical *rock* basado en *1984*.

Bowie tampoco era el único con un estado de ánimo orwelliano. La revista alemana *Merkur* declaró: «1974: der Countdown für 1984 hat begonnen» (1974: la cuenta atrás para 1984 ha comenzado[1197]). Sin duda había comenzado. Por usar una imagen de Orwell, su fatídica fecha ejercía la misma atracción hipnótica en las mentes ansiosas que una boa constrictor sobre un conejo. «Supone una conmoción darte cuenta de que falta solo una década para ese año», escribió Richard N. Farmer en *The Real World of 1984: A Look at the Foreseeable Future (El mundo real de 1984. Una mirada a un futuro previsible)*. «No es algo lejano, situado en un futuro borroso; muchos de nosotros estaremos vivos para ver cómo es en realidad el año 1984[1198]». Como escribió el libertario Jerome Tuccille en *Who's Afraid of 1984? (¿Quién teme a 1984?)*, «es la primera vez en la historia que un año concreto tiene unas connotaciones tan amenazadoras para una parte tan representativa de la humanidad[1199]».

En 1973, las ventas de *1984* habían superado el millón en el Reino Unido y los diez millones en Estados Unidos. El libro se había convertido en una llave multiusos para analizar un futuro desalentador, pero también un presente incierto. «El término “orwelliano” ha acabado aplicándose a cualquier cosa: desde un documento impreso en ordenador hasta la frialdad funcional de un nuevo aeropuerto[1200]», escribió el novelista Anthony Burgess, para llamar la atención sobre el hecho de que ninguna de las dos cosas tiene mucho que ver con la decadencia gris de la Franja Aérea Uno. En el Parlamento británico, *1984* volvió a mencionarse en debates sobre China, Camboya, las libertades

civiles y las cuestiones de privacidad. *The Washington Post* dijo que era «el libro más conocido y más mencionado de los últimos veinticinco años[1201]».

Invocar el fantasma de Orwell estaba a la orden del día. La publicación en 1968 de *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell (Ensayos, artículos periodísticos y cartas de George Orwell)* en cuatro volúmenes contribuyó a que los lectores comprendiesen mejor su personalidad y sus ideas, lo que llevó a otra ronda de «¿qué pensaría Orwell de esto?». Varios críticos se preguntaban qué habría dicho de temas tan candentes como Richard Nixon, Harold Wilson, Adolf Eichmann, Vietnam, Israel, la Primavera de Praga o la Campaña para el Desarme Nuclear; pero nadie podía saberlo con seguridad. Mary McCarthy termina su ensayo en *The New York Review of Books* en un tono crudo e insensible: «Si estuviera vivo, es posible que prefiriese estar en una isla desierta y es probable que fuese una bendición para él haber muerto[1202]». Sonia se ofendió tanto que escribió una réplica de seis páginas en la revista Nova. Al parecer su difunto marido decepcionaba a McCarthy, escribió con aspereza, «por no haber dejado por escrito su opinión sobre los acontecimientos ocurridos después de su muerte[1203]».

Adivinar lo que habría pensado Orwell era una propuesta mucho más arriesgada que decir lo que significaba *1984* para el momento actual. Para la mayor parte de los lectores, con pocas ganas de peinar sus cartas y diarios, la novela era un mundo en sí misma. En los años que habían pasado desde la muerte de Stalin, en 1953, el libro había conseguido librarse de sus ataduras a la propaganda de la Guerra Fría. Ahora casi todas las facciones políticas lo reivindicaban; de hecho, la izquierda cada vez lo reivindicaba más. Sin ir más lejos, la ultramacartista John Birch Society hizo que «1984» fuesen los cuatro últimos dígitos de su número de teléfono[1204], y los Panteras Negras añadieron a Orwell a la lista de lecturas de su escuela comunitaria en Oakland. En la novela de 1970 de Saul Bellow, *El planeta de Mr. Sammler*, un estudiante indignado le dice a un veterano de la izquierda de la década de 1930 que Orwell era «un soplón […], un contrarrevolucionario enfermo. Más valió que se muriera cuando lo hizo[1205]». Por otro lado, Philip Roth cita «Politics and the English Language» (La política y la lengua inglesa) en uno de los epígrafes de *Nuestra pandilla*, su sátira anti-Nixon. El intelectual de la nueva izquierda Bruce Franklin se mofaba diciendo que «esta basura no puede sobrevivir a las tormentas de la revolución ascendente. ¿Quién podría reivindicar que los líderes revolucionarios no son más que cerdos, como hace Orwell, frente a ejemplos como Malcolm X y Ho Chi Minh?»[1206]. En

cambio, Noam Chomsky, que también es de izquierdas, mantenía que Orwell estaba del lado del «hombre común y corriente» y contra los «poderes represivos», por lo que «la idea de que se utilizasen sus escritos como ideología anticomunista le habría horrorizado. A mí, al menos, me horroriza[1207]». Los verdaderos radicales de la revista *International Time* saltaron de alegría cuando Sonia les regaló la máquina de escribir de Orwell. En la misma época, el FBI se dedicaba a monitorear las sociedades universitarias bautizadas en honor a Orwell, por si eran frentes encubiertos de subversión socialista.

Los grupos de *rock* también integraron la novela en sus gritos contraculturales. «Oh, where will you be when your freedom is dead fourteen years from tonight?» (¿Qué harás cuando tu libertad esté muerta dentro de catorce años?), preguntaba Spirit en su single «1984», publicado en las últimas semanas de la década de 1960[1208]. «We don't want no Big Brother scene» (No queremos ni un Hermano Mayor), gritaba John Lennon (cuyo segundo nombre era Winston) en «Only People[1209]». Hacia el final de «Hey Big Brother», el grupo blanco de *soul* Rare Earth advertía a sus oyentes: «If we don't get our thing together, Big Brother will be watching us» (Si no nos espabilamos, el Hermano Mayor velará por nosotros[1210]). En el desdeñoso «Big Brother» de Stevie Wonder, el Hermano Mayor representaba a la administración Nixon. El dictador de Orwell se había convertido en otra forma de llamar a cualquier figura que estuviera en el poder.

Parece apropiado que *1984* fuese también uno de los libros favoritos de Lee Harvey Oswald, el asesino de John F. Kennedy[1211]. Oswald era al mismo tiempo una víctima y un agente de la paranoia, una condición que floreció en la década de 1960 y se hizo viral en la de 1970. El mito soviético se había evaporado casi del todo, pero, con él, también había desaparecido el mito de Estados Unidos como reducto de libertad y justicia, debido a las guerras, los escándalos, las intervenciones clandestinas y los asesinatos, tanto dentro como fuera del país. Nutrido por el miedo del propio Orwell a la vigilancia, *1984* funciona como el texto paranoico por excelencia, en el que los peores miedos están justificados. Sí, te están mintiendo. Sí, te están vigilando. Sí, las figuras paternalistas de autoridad traicionarán tu confianza de la peor manera posible. La extraordinaria serie de televisión *El prisionero,* protagonizada por Patrick McGoohan, aúna a la perfección el estado de ánimo orwelliano y el espíritu de la década de 1960.

McGoohan era un católico irlandés con unos modales rudos e irónicos que siempre daba la impresión de saber más de lo que decía, y de que eso le hacía

mucha gracia. Habría sido un O’Brien perfecto en la pantalla, aunque en términos políticos eran muy diferentes. Él atribuía su fuerte odio a la autoridad a una educación católica parecida a la de St. Cyprian: «era casi imposible hacer algo que no fuese pecado[1212]». En 1966, McGoohan había utilizado su influencia como actor estrella de *Cita con la muerte*, una serie de televisión sobre el espionaje en la Guerra Fría, para negociar un presupuesto sin precedentes y conseguir el control creativo completo en el rodaje de una larga alegoría sobre «cómo nos están convirtiendo en números[1213]».

En *El prisionero,* McGoohan interpreta a un agente secreto que dimite de los servicios de inteligencia. Justo después de su dimisión, le dejan inconsciente con un gas y despierta en un Estado policial muy bonito llamado la Villa, donde descubre que ya no tiene nombre: ahora es solo el Número Seis. La frase de Orwell de que el futuro les pertenece a «los campamentos de vacaciones, las bombas voladoras y la policía secreta[1214]» casi parece un esbozo del totalitarismo muy inglés de la Villa, que esconde su violencia opresiva tras una jovialidad forzada. El eslogan orwelliano «las preguntas son una carga para los demás, las respuestas, una cárcel para uno mismo[1215]» suena como el consejo de una guía de protocolo y etiqueta. Ser rebelde (o «irrecíproco») más que ser un delito es ridículo. La fórmula de despedida en la Villa, donde cada movimiento queda registrado por las cámaras, es: «Nos vemos». Entre un intento de fuga y otro, el Número Seis intenta sacar a los habitantes de la Villa de su cortesía zombi. «¡Aún tienen elección! —grita—. ¡Aún pueden salvar su derecho a ser individuos! ¡Su derecho a conocer la verdad y pensar con libertad! ¡Rechacen este falso mundo del Número Dos!»[1216].

Igual que en el caso del Hermano Mayor, nunca se ve ni se identifica al Número Uno, pero una serie cambiante de Números Dos se empeña en descubrir el motivo que ha llevado al Número Seis a dimitir, no tanto por conseguir la información, como por acabar con él. Para ello, le torturan, le engañan, le seducen, le pegan, le aplican descargas eléctricas, le hacen lavados de cerebro y luz de gas, una y otra vez. «Si insiste en vivir un sueño, es posible que le tomen por loco», le dice un Número Dos[1217]. El grueso filosófico de la serie reside en los crípticos diálogos entre prisionero y captor, en los que las preguntas se esquivan, se rebaten y se dan la vuelta todo el tiempo. El toma y daca de los títulos de crédito («¿Quién es el Número Uno?», «Tú eres el Número Seis») presenta un ritmo evasivo similar al de Winston y O’Brien al hablar del Hermano Mayor. Un diálogo en el segundo episodio de la serie da a entender que la ubicación de la Villa y la lealtad a sus

dirigentes son tan irrelevantes como las diferencias entre Oceanía, Eurasia y Esteasia:

> NÚMERO DOS: No importa qué lado gobierne la Villa.
> NÚMERO SEIS: Tiene que ser uno u otro.
> NÚMERO DOS: ¡Por supuesto! Pero ambos se están volviendo idénticos. De hecho, lo que se ha creado es una comunidad internacional: un modelo perfecto de orden mundial. Cuando los lados contrapuestos por fin se den cuenta de que se están mirando al espejo, verán que ese es el patrón del futuro.
> NÚMERO SEIS: ¿Todo el planeta como la Villa?
> NÚMERO DOS: Eso espero[1218].

McGoohan, un moralista estricto, no era ningún *hippie*, pero la excentricidad psicodélica de *El prisionero*, su paranoia sofocante y su burla a cualquier tipo de autoridad (burocrática, religiosa, educativa, mediática, científica) enseguida se hicieron un hueco en la contracultura. El último episodio puso de manifiesto ese vínculo al llevar a juicio al bromista y anárquico Número Cuarenta y Ocho como representante de la juventud irreverente, anunciada por un estallido festivo de «All You Need Is Love», de los Beatles.

En la película *Privilegio*, de Peter Watkins, estrenada también en 1967, fascistas y roqueros trabajan codo con codo. Para el iracundo y escéptico Watkins, la música pop no representa una maravillosa liberación, sino solo sumisión. Narrado por el propio Watkins a mediados de la década de 1970, el falso documental acompaña a Steven Shorter, una estrella del pop a la que el Gobierno por la Unidad de Gran Bretaña explota para «desviar provechosamente la violencia de la juventud[1219]» con una falsa rutina rebelde: «que sean felices y se mantengan lejos de las calles y de la política». Interpretado por una verdadera estrella del pop, Paul Jones, con una impasividad que pudo o no ser deliberada, Shorter reaparece más tarde como un renacido defensor de Dios y de la bandera nacional. Interpreta himnos de *folk rock* en el Estadio Nacional, donde sus admiradores cantan «¡Nos conformaremos!» entre pancartas rojas y negras y cruces en llamas. Cuando por fin Shorter se rebela, le tiran a él y a su carrera por un agujero de la memoria, «para asegurarse de que no vuelva a abusar de su posición privilegiada con la intención de perturbar la tranquilidad pública[1220]». La película termina con una enérgica promesa del narrador: «Va a ser un año feliz en Gran Bretaña, este año de un futuro cercano».

Watkins no era el único que veía un concierto de *rock* y se acordaba de Núremberg. En octubre de 1973, un documental de la cadena ITV llamado *The Messengers (Los mensajeros)* comparaba a Marc Bolan, estrella del *glam rock*, con Adolf Hitler: «Dos superestrellas de su tiempo […] completamente diferentes pero ambas dependientes de la adulación de las masas[1221]». Si pensamos en Ziggy Stardust, el *alter ego* alienígena que Bowie utilizó para llegar al estrellato, vemos que estaba pensando algo parecido. «Yo podría haber sido Hitler en Inglaterra —le dijo a la revista *Rolling Stone*—. Creo que habría sido un Hitler cojonudo. Sería un dictador excelente. Muy excéntrico y bastante loco[1222]».

En 2013, Bowie incluyó *1984* en una lista de sus cien libros favoritos, en la que también se encontraban *En el vientre de la ballena y otros ensayos* y *El cero y el infinito*. Había estado obsesionado con la novela de Orwell desde su infancia en el Bromley de posguerra, que pasó en una casa situada a menos de un kilómetro del lugar de nacimiento de H. G. Wells. «La gente siempre se sentía como en *1984*. Es el tipo de sociedad pesada e inflexible en la que muchos de nosotros crecimos. […] Un lugar terriblemente represor[1223]».

En noviembre de 1973, Bowie le dijo al escritor William Burroughs que estaba adaptando la novela para televisión y tituló con malicia su especial para la cadena de televisión NBC *The 1980 Floor Show*. Durante el espectáculo presentó una nueva canción titulada «1984/Dodo», una de las veinte que decía haber compuesto para la adaptación de la novela, pero los intentos de escribir un guion con el dramaturgo estadounidense Tony Ingrassia no habían llegado a ninguna parte. Por eso, se puso furioso cuando Sonia Orwell no le dio permiso para hacer su musical *rock*. «Para haberse casado con un socialista con tendencias comunistas, era la esnob de clase alta más arrogante que he visto en mi vida —le dijo a Ben Edmonds, periodista de la revista *Circus*—. “¡Dios mío! ¿Un musical?”. Te juro que se puso así[1224]». No cabe duda de que Sonia odiaba la idea, pero tampoco había aceptado casi ninguna adaptación para casi ningún medio desde el desastre de la película de 1956[1225]. Además, nunca se encontró con Bowie en persona, por lo que debemos tomarnos la anécdota con cierta cautela. Es debatible si una estrella del *rock* hipermoderna, hedonista y bisexual hubiese tenido más suerte con un Orwell de setenta años, sobre todo si le hubiera dicho lo de las tendencias comunistas.

El octavo álbum de Bowie, titulado en un principio *We Are the Dead (Somos los muertos)*, fue por consiguiente una operación de rescate. «A decir

verdad […] todo esto era en origen el dichoso *1984*. Iba a ser un musical, pero ella [Sonia] lo mandó al garete al decir que no. Así que, en el último momento, lo transformé en un nuevo álbum conceptual llamado *Diamond Dog*. Nunca quise hacer de *Diamond Dog* un musical, yo quería hacer *1984*», le dijo a Edmonds[1226].

Diamond Dog era la broma enferma de una mente al límite, retorcida por la decadencia, la enfermedad y el miedo. Bowie dijo que era «una mirada retrospectiva a los años sesenta y setenta del siglo XX y un álbum muy político. Mi protesta[1227]». Surgió de la unión de dos proyectos abandonados (*1984* y el musical de Ziggy Stardust) y una historia vívida pero poco madura sobre un lugar llamado Hunger City (Ciudad del Hambre). En la pista que da nombre al álbum y en la introducción hablada, que se titula «Future Legend», la Ciudad del Hambre se presenta como una distopía muy típica de la década de 1970, en la que unos mocosos salvajes se reúnen en lo alto de los rascacielos abandonados y merodean por las calles en patines (debido a la crisis del combustible) para robar joyas y abrigos de piel. «Tenía en mente este tipo de mundo, una mezcla de *Wild Boy* y *1984*», explicó Bowie y añadió que los miembros de la banda «también salieron a rastras de *La naranja mecánica*[1228]». Los brutales jóvenes de la novela de 1962 de Anthony Burgess y de la versión cinematográfica firmada por Stanley Kubrick en 1971 sin duda fueron una influencia importante: el golpe de colores chillones que a Bowie le faltaba en la Franja Aérea Uno. «Ese era nuestro mundo, no el maldito rollo *hippie*», dijo más tarde[1229]. Aunque Burgess consideraba que «en mi opinión, no es una novela muy buena[1230]», *La naranja mecánica* nos ofrece la sociedad más cautivadora y original de un futuro cercano desde la de Orwell. En ella, escenifica la lucha entre la libertad y el control en la era de los *mods* y los *rockers* británicos. Está narrada en nadsat, una jerga juvenil basada en el inglés y el ruso. El Estado destroza mentalmente a Alex, el violento protagonista de Burgess, para convertirlo en un ciudadano obediente, lo mismo que le ocurre a Winston. «Es mejor tener nuestras calles infestadas de jóvenes matones asesinos que negar la libertad de elección individual», explicó Burgess[1231].

En «Future Legend» habla de «ratas del tamaño de gatos»; sería fantasioso pensar que esa imagen proviene de la vieja canción militar citada en *Homenaje a Cataluña* («ratas grandes como gatos[1232]»), por mucha influencia que Orwell hubiese tenido sobre *Diamond Dog*. Aunque, en verdad, cualquier cosa era posible ahora que Bowie estaba obsesionado con la técnica de escritura *cut up* propuesta por William Burroughs. El anterior disco

de Bowie, *Pin Up*, era un álbum de versiones y, a su manera, *Diamond Dog* es un *cover* irreverente, su sampleado de *1984*, en el que hace un *collage* con sus propias preocupaciones y fragmentos de la novela hasta conseguir un efecto fantasmagórico. Bowie fue el primero en utilizar el libro como un cofre lleno de imágenes e ideas lo suficientemente conocidas para jugar a su aire con ellas.

Algunos de los fragmentos son bastante significativos. En la histeria gótica de «We Are the Dead» se reimaginan los últimos momentos de Winston y Julia antes de su detención: «Oh dress yourself my urchin one, for I hear them on the stairs» (Vístete, niña traviesa, que los oigo en la escalera[1233]). En «Dodo», que no se incluyó en el álbum pero se publicó más tarde, parece que Winston se acabara de despertar de un sueño en el Ministerio del Amor, ya que se mencionan delatores, informes, archivos y una «luz abrasadora» mezclados con un relato sorprendentemente preciso de cómo Parsons fue delatado por su hija. «Big Brother» es una oración extática al poder: «Someone to claim us, someone to follow…» (Alguien que nos rescate, alguien al que seguir…). Como era de esperar, John Lennon y Stevie Wonder odiaban al Hermano Mayor; Bowie era el único que podía imaginarse adorándolo. En el álbum, hay otras referencias más difíciles de identificar. ¿Cuántos oyentes del melodrama *funk 1984* se dieron cuenta de la referencia al año en el que detuvieron a los supuestos traidores de Orwell: Jones, Aaronson y Rutherford («Looking for the treason that I knew in ‘65» [En busca de la traición que sé que ocurrió en el 65])?, ¿cuántos se dieron cuenta de que la referencia a una «room to rent» (habitación de alquiler) hace que «Rock ‘n’ Roll With Me», una canción que en apariencia trata sobre la relación de Bowie con su audiencia, también pueda entenderse como una desesperada canción de amor sobre Winston y Julia? Y cuando en *1984* canta «I’m looking for a party», «party» puede significar tanto una fiesta como un partido político: ¿qué es lo que buscaba Bowie? No tiene por qué estar refiriéndose a la más divertida de las dos. Es como si estuviese dejando un rastro de miguitas de pan para los entusiastas de Orwell.

La pista final, «Chant of the Ever Circling Skeletal Family», es como convertir los Dos Minutos de Odio en un baile infernal y desenfrenado. Acaba (o no acaba del todo) en un bucle metálico como un tartamudeo, «bru, bru, bru, bru», que parece eterno, como una bota que golpea un rostro.

Según el pianista Mike Garson, en las sesiones de grabación de *Diamond Dog*, celebradas en enero y febrero de 1974, había «un ambiente

pesado[1234]». Igual que en Gran Bretaña, atenazada por la semana laboral de tres días y una campaña a las elecciones generales excepcionalmente agitada. En su relato de las elecciones, titulado «Battle of Britan, 1974» (La batalla de Inglaterra, 1974), Richard Eder, un desconcertado escritor de *The New York Times*, afirmó que la crisis del país era psicológica. Son tiempos difíciles, admite, pero no tan difíciles como para justificar «las continuas advertencias de derechas e izquierdas, en la prensa y la televisión, de que el tejido social británico está a punto de desgarrarse[1235]». Eder, que venía de un país destruido por el Watergate y la recesión, se preguntaba cómo era posible que esta nación, famosa por su sensatez, hubiese perdido la cabeza así: «Es muy difícil hablar del futuro en este peculiar clima británico en el que la histeria se mezcla con el humor, la desesperanza y el optimismo[1236]».

En el extraño mejunje de *Diamond Dog* encontramos los mismos cuatro estados. Publicado el 24 de mayo, se presentó como un álbum que «conceptualiza la visión de un mundo futuro con imágenes de la decadencia urbana y el colapso[1237]». Colapso, igual que *crisis*, era una palabra que estaba en la boca de todos los comentaristas. Nadie busca coherencia política en un disco de *rock*, pero hay una diferencia fundamental entre la Franja Aérea Uno y la Ciudad del Hambre: un Estado tiene el control absoluto; el otro no tiene control de nada. Parece que a Bowie le entusiasmaban y asustaban por igual el totalitarismo y la anarquía posapocalíptica, pero el hecho de que la canción más alegre y emotiva del disco fuese la de «Big Brother» da una pista inquietante del cariz que estaba tomando.

Para la gira de *Diamond Dog*, Bowie le dio tres indicaciones al escenógrafo Mark Ravitz: «Poder, Núremberg y *Metrópolis*, de Fritz Lang[1238]». El cantante también hizo bocetos y maquetas para una película sobre la Ciudad del Hambre, que nunca llegó a filmarse, pero cuyas primeras escenas estaban previstas en los bajos del «edificio de la Asamblea Mundial», donde la escoria mutante de la ciudad se dedica a apostar, ver pornografía y meterse unos comestibles sintéticos llamados «comicaína[1239]». Ese término describe muy bien la dieta del propio Bowie en aquella época. Desde que empezó a tomar cocaína el otoño anterior, se había quedado pálido y delgado como un vampiro: una raya blanca humana. Teniendo en cuenta que ya era un hombre paranoico de por sí, no era una muy buena idea.

Bowie se fue a vivir a Estados Unidos. Estaba harto de Inglaterra y del rocanrol. En su siguiente disco, *Young Americans*, exploró un nuevo sonido de influencia negra que él denominaba «*plastic soul*» (alma plástica). La canción más perturbadora, «Somebody Up There Likes Me», es una reflexión

hábil e insinuante sobre el poder, narrada por un personaje que combina los papeles de estrella mesiánica del *rock*, político demagogo y promotor comercial[1240]. «En verdad siempre digo lo mismo —explicó Bowie—. Lo que llevo años diciendo, de distintas formas es: “¡Cuidado, Occidente va a tener su propio Hitler!”. Lo he dicho de mil formas distintas[1241]».

No obstante, poco a poco, en las entrevistas esa afirmación empezó a dejar de parecer una advertencia, a medida que sus obsesiones continuas con el poder, los medios de comunicación de masas, los superhombres nietzscheanos, la magia negra y la mística nazi dieron forma a algo grotesco. Hitler, llegó a afirmar con admiración, era un «artista mediático» que «puso a un país en escena[1242]». La democracia liberal se había vuelto débil y decadente y necesitaba recuperar «una conciencia de Dios muy medieval, estricta y viril, que nos permita salir a arreglar el mundo de nuevo[1243]». La solución era una dictadura fascista temporal. «Necesitamos un frente de extrema derecha que llegue, ponga todo patas arriba y enderece las cosas —dijo un Bowie muy parecido a H. G. Wells en sus peores momentos—. Solo entonces será posible una nueva forma de liberalismo[1244]».

Al leer estas entrevistas a la luz de la posterior postura liberal de izquierdas de Bowie, la explicación evidente es que estaba paranoico y muy confundido, que la cocaína y la falta de sueño le habían trastornado, que estaba buscando respuestas en lugares peligrosos y se divertía lanzando provocaciones casi incoherentes a los periodistas musicales *hippies*. Superó esta fase en cuanto se mudó a Berlín, donde el totalitarismo era una realidad pasada y presente, y no la fantasía balbuceada por una estrella del *rock*. Muchos años después, tras recordar su pasado con un escalofrío, dijo: «Toda mi vida se había transformado en un mundo de fantasía bizarro y nihilista en el que la fatalidad estaba a la vuelta de la esquina, lleno de personajes mitológicos y un totalitarismo inminente. Lo peor[1245]».

Dice mucho de la atmósfera enfervorizada de mediados de la década de 1970 el hecho de que varios miembros de la clase dirigente británica que no habían tocado un narcótico en su vida pensasen cosas parecidas. En un momento dado, Bowie intentó justificar sus excéntricos comentarios como «una observación teatral de lo que yo pensaba que podía ocurrir en Inglaterra[1246]». Es verdad que, por primera vez desde la década de 1940, personas influyentes estaban hablando en serio sobre una posible dictadura.

Los rumores sobre un golpe de Estado se expresaron abiertamente por primera vez en diciembre de 1973, en un artículo de Patrick Cosgrave para

The Spectator. Dos meses más tarde, mientras Bowie estaba inmerso en *Diamond Dog,* el candidato conservador de extrema derecha y antiguo subdirector del MI6, George Kennedy Young, aumentó la tensión al filtrar información a Chapman Pincher, corresponsal de seguridad del *Daily Express*, sobre el Unison Committee for Action. Pincher informó de que empresarios destacados, exmilitares y antiguos agentes de inteligencia habían formado «un formidable grupo de vigilancia para ayudar a proteger la nación de la toma del poder por parte de los comunistas[1247]». También citaba a Young de forma anónima: «No somos fascistas. Somos británicos democráticos que anteponen los intereses de su nación a los de Rusia y sus agentes políticos[1248]». Young dijo más tarde que Unison era «una organización anticaos[1249]».

Young representa una versión extrema de los sentimientos que los conservadores ya habían expresado durante la campaña electoral de febrero. El manifiesto conservador alegaba que en el Partido Laborista de Harold Wilson se habían infiltrado miembros de una línea dura «dispuestos a implementar el programa de izquierdas más peligroso y extremo de toda la historia[1250]». El grupo de presión de derechas Aims of Industry contrató anuncios de página entera en los periódicos, en los que se mostraba una máscara sonriente medio arrancada que debajo revelaba el rostro de Stalin, como un eco de los carteles anti-POUM de 1937. Su hombre del saco eran los diputados laboristas de izquierdas, liderados por Tony Benn, y los líderes sindicalistas como Mick McGahey, el vicepresidente abiertamente comunista del sindicato nacional de los trabajadores del carbón. El miedo se extendió en ambas direcciones. Algunos líderes sindicales, al oír rumores sobre conspiraciones para asesinarlos, exigieron guardaespaldas armados. Como consecuencia, las elecciones terminaron con un Parlamento dividido y Wilson, que había sido primer ministro desde 1964 a 1970, volvió al número 10 de Downing Street el 5 de marzo, al frente de un Gobierno minoritario. Wilson, conocido por su inteligencia y optimismo, estaba ahora decrépito, paranoico y sin rumbo, exactamente igual que su país entre las elecciones de febrero y octubre.

Algunos conservadores compararon a Gran Bretaña con la Alemania de Weimar; otros, con Chile antes del golpe de Estado. El golpe de Pinochet y el subsiguiente «tratamiento de choque» recomendado por el economista Milton Friedman ejercían una fascinación siniestra: el Hermano Mayor de Chile hablaba de «limpiar nuestras mentes[1251]». Tras visitar el país en el mes de mayo por encargo de *The Daily Telegraph*, Peregrine Worsthorne aconsejó a

los lectores hacer «un esfuerzo de comprensión más abierto[1252]», porque a pesar de los asesinatos, las torturas y las desapariciones, la Junta de Pinochet no estaba tan mal. «De acuerdo, una dictadura militar es desagradable y represiva —escribió, carraspeando—, pero si un gobierno socialista minoritario intentara alguna vez, mediante el uso de astucia, duplicidad, corrupción, terror y armas extranjeras, convertir este país en un Estado comunista, espero de todo corazón que nuestras Fuerzas Armadas intervengan para prevenir tal calamidad de forma tan eficiente como han hecho las Fuerzas Armadas de Chile[1253]». Friedman llegó incluso a decir que era «el único desenlace posible[1254]».

Esta forma de pensar febril llevó a espías renegados y a nobles descontentos a reunirse en salones elegantes para comentar los rumores de que el propio Harold Wilson era un topo de la KGB que dirigía una célula comunista desde Downing Street. El miedo a una huelga general avivó las conversaciones sobre comandos especiales en helicóptero que descendían sobre los piquetes colocados a las puertas de las fábricas. En el panfleto de guerra *The 1946 MS.*, de Robin Maugham, el general Pointer justifica el estado de emergencia con estas palabras: «Hoy, debido a las huelgas en todo el país, no hay ni confianza ni seguridad. […] Estoy convencido de que estarán de acuerdo conmigo en que, por consiguiente, debemos dar los pasos necesarios para restaurar la seguridad del país[1255]». En julio de 1974, otro general, sir Walter Walker, hasta hacía poco comandante de la OTAN en el norte de Europa, escribió una carta a *The Daily Telegraph* en un tono parecido que resultaba muy incómodo. En ella, pedía que un hombre fuerte y dinámico salvase a Gran Bretaña porque «el caballo de Troya comunista está entre nosotros[1256]». Según él, la respuesta fue en su mayor parte positiva. Cuando le preguntaron si pensaba que la opinión pública deseaba un Pinochet británico, no lo dudó: «Quizás el país escogería el gobierno de las armas antes que la anarquía[1257]». Oswald Mosley, el fantasma del fascismo pasado, apareció en televisión para apoyar unas opciones similares. Lord Chalfont, un antiguo diputado laborista al que le gustaba citar a Orwell en la Cámara de los Lores, resumió esas siniestras maniobras en un artículo para *The Times* titulado «Could Britain Be Heading for a Military Takeover?» (¿Es posible que Gran Bretaña se dirija hacia un golpe de Estado militar?), en el que regañaba a ambos, tanto a «los militantes de la izquierda neomarxista» como a «los matones de la derecha neofascista[1258]».

El general Walker, un agresivo fanático anticomunista, se convirtió en el dirigente del movimiento de extrema derecha Civil Assistance (Asistencia

Civil), resultado de la fusión de un ala disidente del Unison con el grupo Red Alert (Alerta Roja), de mentalidad parecida. El coronel David Stirling, fundador del Servicio Aéreo Especial (SAS, por sus siglas en inglés), lanzó otra organización más de «patriotas aprensivos[1259]» llamada GB 75 (Gran Bretaña del 75). En cuanto sus planes se filtraron y se divulgaron en la revista *Peace New*, Tony Benn se dio cuenta de cuál era el verdadero objetivo: «Aunque no considero que ninguno de ellos deba tomarse en serio, no cabe duda de que lo que se pretende es dar la sensación de que la anarquía está a punto de estallar y, por tanto, necesitamos un Gobierno fuerte y autoritario[1260]». Benn, que se convertiría en secretario de Industria tras las elecciones de octubre, era el objetivo principal de todos esos esfuerzos por socavar el Gobierno de Wilson y tuvo que soportar una incesante campaña de difamación, persecuciones y amenazas de muerte.

Las nubes de tormenta continuaron presentes a lo largo de todo el año 1975. «Lo que está claro y sabe casi todo el mundo de forma instintiva es que las cosas no pueden seguir así», declaró una de las columnas principales de *The Times* en mayo de 1975, sin especular sobre cuánto podría empeorar la situación antes de que Gran Bretaña consiguiera calmarse: «Cuando has llegado a 1938, a veces tienes que esperar a que llegue 1940[1261]». En enero del año siguiente, lord Chalfont presentó un polémico documental titulado *It Must Not Happen Here (Eso no debe pasar aquí)*, en el que aparecía junto a la tumba de Karl Marx y enumeraba las formas en las que Gran Bretaña ya se había deslizado hacia el comunismo. Desde su casa, Benn tuvo la sensación de estar «viendo los rostros de una Junta militar[1262]».

En 1975 y 1976, el argumento de los intrépidos patriotas que frustran los planes soviéticos para destruir la democracia británica se parodió en la comedia televisiva *The Fall and Rise of Reginald Perrin* (*Ascensión y caída de Reginald Perrin*), fue atacado en la obra de teatro de David Edgar *Destiny* (Destino) y celebrado en novelas de suspense como *The Special Collection* (La colección especial), de Ted Allbeury, y *A Single Monstrous Act* (Un único acto monstruoso), de Kenneth Benton. Tanto Allbeury como Benton habían trabajado para los servicios de inteligencia. Nada ilustra mejor la paranoia que se apoderó de Gran Bretaña a mediados de la década de 1970 como el hecho de que algunos exagentes se dedicasen a novelar escenarios que otros exagentes discutían en serio. Los límites entre la realidad y la ficción eran cada vez más inciertos. Un dosier sobre operaciones clandestinas del MI5 que se filtró a la prensa llevaba el nombre en clave de «La naranja mecánica[1263]».

Más tarde, lord Chalfont atribuiría el éxito de la nueva líder conservadora Margaret Thatcher a «todo ese miedo a la burocracia, al exceso de gobierno, a la erosión paulatina de la libertad individual, al miedo a la anarquía[1264]». Thatcher, dijo, «tocó una fibra sensible que estaba lista para ser tocada». Algunas organizaciones, como Unison, Civil Assistance y la GB 75 desaparecieron tan rápido como habían llegado, pero la Asociación Nacional por la Libertad (NAFF, por sus siglas en inglés) era una operación profesional con fuertes vínculos con Thatcher y la derecha conservadora. Una de las principales figuras de la NAFF, el académico y periodista australiano Robert Moss, publicó a finales de 1975 un espeluznante libro titulado *The Collapse of Democracy (El colapso de la democracia)*, que marca los primeros pasos del grupo. Si hay que elegir entre totalitarismo o anarquía, sugería Moss, es posible que para Gran Bretaña el tipo de autoritarismo que vemos en Chile, España y Brasil sea la opción menos mala: «no se puede enfrentar a Hamlet contra Lady Macbeth[1265]». Describe esa espantosa alternativa en detalle en «Letter from London 1985» (Carta desde Londres, 1985), una incursión asfixiante en la ficción distópica sobre una República británica devastada en términos económicos y atenazada por el Gobierno de los trabajadores. En la pesadilla de Moss, la policía ha cedido ante las «milicias de las fábricas», la Cámara de los Lores ha sido sustituida por el Congreso de los Sindicatos y el Palacio de Buckingham se ha transformado en el Ministerio de la Igualdad. Los miembros del Partido Conservador, ahora ilegal, viven como guerrilleros, escuchan Radio Gran Bretaña Libre e intentan burlar el Estado de vigilancia. «En nombre de la paz y la igualdad nos hemos adentrado en un mundo frío —concluye Moss con solemnidad—, y tengo dudas de que podamos volver atrás, al menos en lo que nos queda de vida[1266]».

Todas las profecías son ficción hasta que se vuelven realidad. Si la novela utópica comenzó como una forma de endulzar los argumentos políticos con personajes y tramas, no nos sorprende que los polemistas serios eligiesen echar algunas especias orwellianas a sus lamentaciones. En *The Death of British Democracy (La muerte de la democracia británica)*, Stephen Haseler, un miembro de la derecha laborista que se describía a sí mismo como un «liberal de la Guerra Fría[1267]», esboza dos escenarios para el futuro inmediato, ambos igual de sombríos: o bien un caos ingobernable de pobreza y violencia, o bien una dictadura liderada por los sindicatos con «toda la jerigonza que encontramos en la pesadilla orwelliana de *1984*[1268]». La colección de ensayos *1985: An Escape from Orwell's 1984: A Conservative Path to Freedom (1985. Una salida al 1984 de Orwell: una propuesta*

conservadora para la libertad) desató el miedo a que el Partido Laborista convirtiese Gran Bretaña en «un miembro nacionalsocialista del Pacto de Varsovia[1269]». En estos ejemplos, lo único que le importaba a los autores era aprovechar la relevancia de la fecha: el nombre de Orwell solo se menciona una vez en las 146 páginas de reflexiones de extrema derecha y no aparece ni una sola cita suya.

Empezaba a resultar difícil diferenciar las predicciones de la ficción. El fantasma de una dictadura sindical consiguió máxima audiencia con el *thriller* televisivo antisocialista *1990*, de Wilfred Greatorex, en el que el héroe periodista interpretado por Edward Woodward se enfrenta al Departamento de Control Público (similar a la KGB) en una Gran Bretaña totalitaria y venida a menos tras una bancarrota nacional. «Resulta mucho más aterradora que *1984* —informó Woodward a *The Radio Times*—, porque nos resulta más cercana de lo que el libro de Orwell le resultaba a su generación. En verdad, es algo que está a la vuelta de la esquina[1270]». *The Churchill Play (La obra de Churchill)*, del dramaturgo socialista Howard Brenton, se desarrolla en un campo de internamiento establecido en 1984 por un Gobierno fascista de unidad nacional. Por usar las palabras orwellianas de Brenton: «Es una sátira que dice: "no permitas que el futuro sea así…"[1271]».

Un nuevo cómic titulado *2000 AD (2000 d. C.)* también basaba sus impresiones futuras en los miedos más irracionales de la época. Concebido por John Wagner y el artista Carlos Ezquerra, el mundo del *Juez Dredd* parece un cruce entre *Diamond Dog*, *Harry el Sucio*, *Cuando el dormido despierte* y una parodia frenética de las fantasías autoritarias del general Walker. Los supervivientes de una guerra nuclear viven en megaciudades patrulladas por agentes del orden de estilo militar con una despreocupada indiferencia hacia los juicios justos. El antihéroe Dredd es un hombre brutal y casi fascista; Ezquerra lo imaginó en base a sus recuerdos de España bajo el mando del general Franco[1272]. La serie de televisión de la BBC *Blake's 7* intercalaba los inventos más crueles de Orwell, Huxley y Wells en una especie de *Star Trek* para los pesimistas crónicos. Patrick McGoohan también estaba asustado. En una entrevista televisiva de 1977 dijo: «Estoy convencido de que el progreso es el peor enemigo que hay, además de uno mismo. […] Creo que en breve vamos a tener que empezar a cuidar mejor de este planeta». Un miembro del público preguntó si la gente se levantaría para enderezar las cosas. «No —respondió McGoohan—, porque nos maneja el Pentágono, nos manejan desde Madison Avenue, nos maneja la televisión y mientras lo

aceptemos sin rebelarnos tendremos que seguir la corriente hasta que se convierta en una avalancha[1273]».

Como señaló en 1978 el novelista Martin Amis, «ya nadie escribe utopías: ahora hasta las utopías del pasado parecen distopías[1274]». Amis (hijo del escritor exsocialista Kingsley Amis, que ahora daba rienda suelta a sus temores en obras de ciencia ficción pesimista y de derechas) escribió esa frase en una reseña de la peculiar obra de Anthony Burgess *1985*. La primera mitad del libro es una crítica idiosincrática de *1984*, motivada por la convicción de Burgess de que la novela era, en esencia, una comedia de humor negro sobre la Gran Bretaña de posguerra. Tras despachar la «improbable tiranía[1275]» de Orwell, Burgess presenta su alternativa. Su «Eruland» parte de la misma premisa básica que la República británica de Robert Moss (ruina económica y un igualitarismo apagado, provocados por unos sindicatos superpoderosos), pero le añade pornografía en el horario de máxima audiencia, bandas callejeras armadas con navajas, la jerga tosca del «inglés de los trabajadores» y árabes ricos y fundamentalistas. Los nuevos nombres de los hoteles de propiedad árabe (los Al-Hiltons y Al-Idayinns) resumen la triste mezcla de sátira plomiza y conservadurismo neurótico de la novela. Cada uno de los guiños explícitos a Orwell supone un acto de autolesión literaria.

Uno de los innumerables problemas del libro es la incapacidad de Burgess a la hora de predecir 1978, mucho menos 1985. Martin Amis suponía que la novela había sido concebida en 1976, cuando «todo parecía listo para una sacudida mortal[1276]», pero, para cuando se publicó, la fiebre ya había remitido. Gran Bretaña estaba debilitada y seguía siendo caótica y violenta (lo que preparaba el terreno para la revolución de Thatcher), pero la aguda crisis existencial ya había pasado. Los ejércitos de milicianos habían desaparecido. El violento Frente Nacional de extrema derecha, que durante un breve periodo había sido el cuarto partido más importante de Gran Bretaña, estaba en retirada. No había pasado aquí.

La afirmación de Burgess de que la «profecía» de Orwell no había sido acertada era irrelevante. «Poco importa si una novela se vuelve realidad o no —escribió Amis—, y Orwell ha resistido la prueba del tiempo en otro sentido[1277]». *1984* se había convertido en un recipiente en el que cualquiera podía verter su visión de futuro. Mientras que la generación de la década de 1960 evocaba la novela por su espíritu de unidad desafiante, los punkis valoraban la sensación de pavor que transmite el libro. «Look, you know what happened to Winston» (Mira, ya sabes lo que le pasó a Winston), gritaba The

Jam[1278]. «Now it's 1984 / Knock-knock at your front door» (Ya estamos en 1984 / Toc, toc, llaman a tu puerta), decían los Dead Kennedys con desdén[1279]. «1977», el primer *single* de The Clash, llega a su clímax cuando Joe Strummer se lanza al futuro gritando las fechas de todos los años venideros hasta detenerse de golpe, como un cuerpo en la horca: «¡Es 1984!»[1280].

12

Orwellmanía

1984 en 1984

«*Orwell estaba en el aire. Yo no había leído* 1984*, pero todo el mundo sabía de qué iba*».

TERRY GILLIAM[1281]

Unos minutos antes de la Nochevieja de 1983, un pequeño grupo de espectadores de Twin Falls, en el estado de Idaho, fueron los primeros en ver el que sería el anuncio televisivo más famoso de la década.

Esto es lo que vieron: una legión de personas grises avanza como autómatas hacia un auditorio para contemplar un rostro que, desde una enorme pantalla, vocifera sobre las «Directivas de Purificación de la Información» que liberarán a la sociedad de las «verdades contradictorias[1282]». De repente, entra corriendo una joven atleta con una camiseta con la imagen de un ordenador y un mazo en la mano. La persiguen con torpeza los antidisturbios. Es la única mujer en la sala y la única fuente de color y vitalidad. Cuando el discurso se acerca a su punto álgido, voltea el martillo por encima de su cabeza y lo lanza contra la pantalla. El rostro del dictador se hace añicos y la habitación se llena de humo y luces. Todos siguen mirando embobados, como sonámbulos que acabaran de despertar. «El 24 de enero, Apple Computer presentará el Macintosh —recita un narrador—. Y entonces verás por qué 1984 no será como *1984*[1283]».

Unos meses antes, el voluble cofundador de Apple, Steve Jobs, le había pedido a la agencia publicitaria Chiat/Day una idea «que resuene como un trueno[1284]» para el lanzamiento de ese producto que podía hacerle triunfar o hundirle en el fracaso. El director creativo, Lee Clow, el director artístico, Brent Thomas, y el redactor creativo, Steve Hayden, propusieron un concepto orwelliano al que llevaban dando vueltas algunos meses. A Jobs, que todavía se veía a sí mismo como un insurgente contracultural, le encantó la idea. Chiat/Day contrató a Ridley Scott, el director de *Blade Runner*, para grabar el

anuncio en los estudios Shepperton de Londres. Contaban con un presupuesto sin precedentes. Scott seleccionó a la lanzadora de disco Anya Major para dar vida a la heroína y a David Graham, un actor de reparto que había dado voz a Daleks en *Doctor Who*, para el papel de Hermano Mayor. El discurso lo escribió Hayden «mezclando frases de varias fuentes, desde Mussolini hasta Mao[1285]».

El único fin de la discreta emisión de Nochevieja era poder presentar el anuncio como una producción de 1983 a premios y concursos. La verdadera presentación sería tres semanas más tarde, en la Super Bowl, que suele ser el evento televisivo más importante de Estados Unidos. Solo había un pequeño problema: el anuncio había causado furor en la conferencia anual de ventas de Apple, pero al consejo de administración le había horrorizado y habían pedido a Jobs que cancelase la emisión. Decían que «era una irresponsabilidad gastar tanto dinero en un anuncio que ni siquiera mostraba un Mac», cuenta Clow[1286]. En Chiat/Day se mostraron reticentes y fingieron que ya no podían revender el espacio reservado en la Super Bowl, que costaba una fortuna. De esta forma consiguieron mantenerlo. Fue un astuto movimiento de resistencia pasiva. El 22 de enero, en el intermedio del partido entre los Washington Redskins y Los Angeles Raiders, 96 millones de estadounidenses vieron «1984». Un publicista de la competencia dijo con admiración que era el primer anuncio de la Super Bowl que había conseguido que «en los bares la gente, en vez de hablar del partido, hablase del anuncio[1287]». Se convirtió en noticia de inmediato, lo que aportó una inestimable publicidad gratuita. Según la revista *Advertising Age*, «no recordamos ningún otro anuncio que haya despertado tal interés en el sector y el público de una forma tan inmediata[1288]».

El anuncio es un ejemplo brillante de *marketing* corporativo anticorporativo, al retorcer la advertencia de Orwell hasta convertirla en una fábula inspiradora de la era digital. La rebelde que lanza el martillo, protagonizada por Major, representaba tanto a Apple como a sus usuarios: aquellas personas indefensas pero intrépidas que recuperan el poder. El 24 de enero, durante el lanzamiento del Mac, Jobs dio una charla en la que presentaba a IBM, la empresa que entonces lideraba el sector, como un malvado Goliat empeñado en machacar a su único competidor serio: «¿Dominará IBM toda la industria informática? ¿Toda la era de la información? ¿Estaba George Orwell en lo cierto?»[1289]. A Chiat/Day, sin embargo, no le importaba IBM. Su objetivo era acabar con la percepción de que los ordenadores son herramientas de vigilancia y control. Dicha

percepción se debía, entre otras cosas, a películas como la del propio Ridley Scott, *Blade Runner*. Lo que el anuncio transmite de forma implícita es que la mejor forma de combatir la tecnología maligna es utilizar tecnología benigna. Si Winston Smith hubiese tenido un mazo…

El anuncio «1984» también demostró que la iconografía distópica estaba tan consolidada que se podía condensar en sesenta segundos: los hombres uniformados y pasivos, la policía militarizada, las pantallas de televisión, la retórica totalitaria genérica, el rebelde solitario, el rostro amenazador. Los espectadores sabían de inmediato dónde estaban. Este escenario de unanimidad mecanizada («somos uno, con una única voluntad, un objetivo, una causa») en verdad tiene más que ver con Zamiatin que con Orwell y la principal referencia visual de Scott fue la película de H. G. Wells *La vida futura*. El director de cuentas de Chiat/Day, Paul Conhune, llegó a decir con franqueza que el anuncio era «una serie B del libro de Orwell», diseñada para «aprovechar el simbolismo que Orwell le había otorgado a ese año[1290]». A pesar de todo su virtuosismo, no hace falta ser un visionario inconformista para darse cuenta de eso.

«¡FALTA SOLO UN AÑO!»[1291], clamaba en enero de 1983 el escaparate de una librería de Greenwich Village, en Nueva York, decorado con temática de Orwell. A unas pocas calles de distancia, más de setenta celebridades internacionales, entre las que se encontraban la artista conceptual Jenny Holzer y el arquitecto Rem Koolhaas, participaban en una exposición llamada *1984: A Preview* (1984. Un adelanto), que pretendía «posar su mirada crítica sobre las profecías orwellianas[1292]». En la prensa, periodistas de todas las tendencias políticas sacaban brillo a sus bolas de cristal y afilaban sus espadas. En una edición especial de *The Village Voice* («HA LLEGADO LA HORA DE PLANTARLE CARA»), Geoffrey Stokes afirmó que el impacto de la novela era «igual de grande a las puertas de 1984 que cuando se publicó, en 1949[1293]». Al parecer, un año no era bastante para el escritor alemán Günter Grass, que defendía que la década de 1980 era «la década de Orwell[1294]».

En diciembre, la orwellmanía ya se había convertido en una pandemia. «Si aún no tienes una opinión formada sobre el retrato que hizo Orwell del Estado totalitario por excelencia, más te vale buscarte una», recomendaba el periódico *San Francisco Chronicle*[1295]. Bernard Crick, biógrafo y defensor incansable de Orwell, alertaba de una «peste negra[1296]» de referencias orwellianas a la altura de la de *La guerra de las galaxias*. Sin duda, Mark Hamilton, albacea del legado literario de Orwell, se estaba ganando el pan. Le

dijo a *The Guardian* que había rechazado solicitudes para el uso de su nombre en camisetas, calendarios, juegos de mesa, un musical y cualquier cosa que pudiera «abaratar» la reputación de Orwell. Cuando el periodista le informó de que había camisetas ilegales con el texto: «1984: doblepiensa sobre ello», Hamilton suspiró: «no podemos controlarlo todo[1297]».

Durante 1983 y 1984, la novela vendió casi cuatro millones de ejemplares en sesenta y dos idiomas. En enero de aquel año, que Penguin apodó «el año del libro», se convirtió en la primera obra de la historia en llegar a lo más alto de la lista de los más vendidos de *The New York Times* años después de su primera publicación. Hubo muchas celebraciones: una nueva edición en Estados Unidos con un epílogo de Walter Cronkite; otra edición con notas de Crick; la publicación de un facsímil del manuscrito conservado; artículos destacados en las revistas *Time*, *Encounter*, *The Radio Times* y *Der Spiegel*; una película; dos dramas televisivos; una adaptación teatral a cargo del disidente checo Pavel Kohout; una figura de cera para el museo Madame Tussaud en la que se ve a Orwell tecleando en su máquina de escribir bajo la mirada vigilante de un policía armado; y un flujo interminable de documentales y conferencias. Los periodistas siguieron los enormes pasos de Orwell por las calles de París, Londres y Wigan. La serie de *Thoughtcrimes* (Crimentales) en el teatro Barbican de Londres presentó obras políticas de Samuel Beckett, Václav Havel y Harold Pinter, cuya obra más reciente, *La última copa*, era una reflexión sobre el lenguaje, la violencia y el poder.

La mayor parte de las celebraciones eran de esperar, pero ¿quién habría imaginado que Steve Martin y Jeff Goldblum saldrían en un *sketch* cómico en el que la meca de la música disco, Studio 54, se transforma en el «Ministerio de la Vida Nocturna[1298]»? ¿O que los eslóganes de Oceanía se utilizarían para anunciar alfombras? «LA GUERRA ES LA PAZ —comenzaba un anuncio de prensa de la tienda minorista Einstein Moomjy—. LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD. LA IGNORANCIA ES LA FUERZA. Y nuestra nueva alfombra de estilo sisal tejida en telar ancho de madera solo cuesta 19,84 dólares por metro cuadrado. Por ese precio vale la pena vigilarla, Hermano Mayor[1299]». El deseo de establecer un vínculo, el que fuera, con san George era cada vez más desesperado. Según *TV Guide*, la empatía que Orwell sentía hacia los trabajadores sin duda habría hecho que le gustase la serie *Cheers*[1300]. «El Hermano Mayor se encuentra con el grupo de los Huevos Mayores», desvariaba la revista *Musician* en una reseña del álbum de Van Halen *1984*, que en realidad no tenía nada que ver con Orwell[1301]. La revista de la Oficina de Turismo de Gran Bretaña los superó a todos con un titular

atrevidamente deshonesto («El Orwell / Las granjas de cría / 1984») para un artículo que trataba de granjas de cría de ganado en los alrededores del río Orwell[1302].

No resulta en absoluto sorprendente que, a principios de año, todo el mundo estuviese ya cansado de Orwell. «¿Podemos olvidarnos de Orwell un minuto o dos?», suspiraba James Cameron en *The Guardian* el 3 de enero[1303]. Paul Johnson, de *The Spectator*, se quejaba de que los excesos de la industria de Orwell se habían convertido «en sí mismos en una especie de pesadilla orwelliana[1304]». El diputado del Partido Liberal Alex Carlile se burlaba de los colegas que recurrían a «analogías manidas por los intentos de George Orwell de predecir lo que ocurriría en 1984[1305]». Hasta Snoopy acabó tumbado en el techo de su caseta en una tira cómica de Charles M. Schulz, agotado «al pensar en todos los chistes sobre George Orwell que tendremos que escuchar en 1984[1306]». Orwell había pasado de ser un héroe literario a una celebridad omnipresente y *1984* había dejado de ser una novela para convertirse en un meme.

Como era inevitable, gran parte de la parafernalia orwelliana se centraba en el supuesto carácter profético de *1984*. Los articulistas de *The Futurist* hicieron cola para darle golpes como si fuera una piñata: «A la hora de predecir el mundo real de 1984, Orwell lo hizo tan mal que corre el riesgo de que lo echen de su empresa de predicciones, ¡o incluso lo conviertan en una nopersona!», se jactaba el editor de la revista[1307]. Isaac Asimov insistía en que podían demostrar que Orwell estaba equivocado en lo que respecta a los ordenadores y los viajes espaciales[1308], algo difícil teniendo en cuenta que ninguna de las dos cosas aparece en la novela. Un anuncio de los ordenadores Olivetti adoptaba una postura igual de absurda: «Según Orwell, en 1984 los hombres y los ordenadores serán enemigos. Pero esta visión pesimista no es cierta[1309]». En realidad, Orwell ni siquiera buscaba predecir el progreso tecnológico en las democracias reales. Pero claro, para saber eso tendrías que haberte leído el libro.

Una de las personas que no lo leyeron fue el pionero del videoarte Nam June Paik. El día de Año Nuevo de 1984 coordinó un espectáculo televisivo multimedia transmitido internacionalmente vía satélite para celebrar el poder de ese medio para promover la comunicación. Entre los participantes estaban Philip Glass, John Cage, Peter Gabriel, Laurie Anderson, Merce Cunningham, Allen Ginsberg, Joseph Beuys y Salvador Dalí (al que Orwell había descrito una vez como «un sucio canalla[1310]»). El sarcástico título del evento era *Good Morning, Mr. Orwell* (Buenos días, señor Orwell). «Big Brother's

screaming but we don’t care / ‘Cause he’s got nothing to say / Think of the future, think of the prophecy / Think of the children of today» (El Hermano Mayor grita, pero no nos importa / Porque no tiene nada que decir / Piensa en el futuro, piensa en la profecía / Piensa en los niños del ahora), cantaba Oingo Boingo en «Wake Up (It’s 1984)[1311]». Paik le dijo a *The New York Times*: «No me he leído el libro de Orwell: es un rollo. Pero él fue el primer profeta de los medios de comunicación[1312]». Al parecer, Paik daba por hecho que *1984* era una novela sobre la televisión.

Un periodista le preguntó al hijo de Orwell, Richard Blair (que acababa de cumplir treinta y nueve años, como Winston Smith), qué habría pensado su padre de la orwellmanía. «Creo que le habría consternado la forma en la que se ha interpretado *1984», respondió Richard*[1313].

¿Cómo puede «equivocarse» una novela?

Orwell nunca dijo mucho sobre *1984*, pero una de las pocas cosas que dijo, y con convicción, fue que no se trataba de una profecía. Una sátira, una parodia y una advertencia, sin duda, pero no una profecía. Como explicó en detalle en la declaración que hizo en 1949 para Francis A. Henson, «no creo que vaya a llegar inevitablemente una sociedad como la que he descrito, pero sí creo […] que podría llegar algo parecido[1314]». Es evidente que no fue así. Occidente se había corrompido y deformado de muchas formas por las maquinaciones de la Guerra Fría, pero no se había convertido en una dictadura como la de *1984*. Por definición, un país en el que existe la libertad para leer *1984* no es el país descrito en *1984*. Dado que no había tenido lugar esa transformación, el lanzamiento del Mac de Apple resultaba irrelevante. Daba la sensación de que cualquiera que quisiera vender un producto en 1984, ya fuese un ordenador o la economía neoliberal, tenía que afirmar que Orwell, la personificación del pesimismo, estaba equivocado; pero eso no es un argumento, no es más que un eslogan. Cuando el *San Francisco Chronicle* le pidió a Ursula K. Le Guin (que había recibido más de cuarenta invitaciones para hablar en eventos relacionados con Orwell) que valorase la capacidad predictiva de Orwell, ella objetó: «No me dedico al negocio de las predicciones[1315]». La ciencia ficción, dijo, utiliza metáforas para explicar «el aquí y ahora», por consiguiente, ¿cómo puede acertar o equivocarse sobre el futuro[1316]?

Vale la pena detenernos un momento a reflexionar sobre el logro extraordinario que supone que un libro defina la trayectoria de un planeta alrededor del Sol. Desde siempre, el año 2000 iba a ser un acontecimiento

importante, pero 1984 se convirtió en un año excepcional solo porque un hombre decidió, a última hora, cambiar el título de su novela. Si Orwell hubiese mantenido *El último hombre en Europa* nada de esto habría ocurrido. Como escribió George Steiner en un excelente e incisivo ensayo para *The New Yorker*, «no ha habido un solo hombre ni un solo trazo que hayan conseguido eliminar un año del calendario de la esperanza. […] ¿Perderá *1984* su relevancia y desaparecerá de la conciencia pública después de 1984? En mi opinión, se trata de una pregunta difícil de responder[1317]».

El 4 de abril de 1984, el día en que Winston Smith empieza su diario, el periódico *The Times* de Londres traía noticias de la huelga de mineros británicos, que había comenzado un mes antes. Las manifestantes habían sido desalojadas del campamento pacifista de mujeres en la base aérea de Greenham Common. Un ingeniero de Silicon Valley había ido a juicio por conspirar e intentar vender datos de la investigación balística a agentes polacos. Una noticia corta hablaba de una proyección de las versiones de 1954 y 1956 de *1984* en el National Film Theatre de Londres, junto a una imagen de un John Hurt de aspecto abatido, en el set de la segunda adaptación.

Sonia Orwell había muerto de un tumor cerebral el 1 de diciembre de 1980, agotada tras una dura batalla jurídica para recuperar el control de George Orwell Productions, la compañía establecida por los contables de Orwell en 1947. Había pasado treinta años agobiantes a la sombra de su difunto marido. Tenía sesenta y dos años. «Me jodí la vida», le dijo a un amigo cuando estaba llegando al final[1318].

Unas semanas antes de su muerte, Sonia conoció a un abogado de Chicago y aspirante a director de cine llamado Marvin Rosenblum, que se había sumergido en la obra de Orwell para intentar convencerla de que le vendiese los derechos cinematográficos y televisivos de la novela. Después de varias conversaciones, en las que «Orwell salía de su boca a borbotones, como si fuese una fuente[1319]», Rosenblum consiguió lo que pretendía. A lo largo de los tres años siguientes, no le costó mucho trabajo encontrar a interesados para hacer una nueva versión de *1984* de cara a 1984, pero no conseguía encontrar a un director y productor dispuestos a respetar la cláusula contractual que prohibía hacer una película de «ciencia ficción al estilo de *La guerra de las galaxias o* 2001: Una odisea en el espacio[1320]». En octubre de 1983, por fin llegó a un acuerdo con el director británico Michael Radford y el productor Simon Perry, que acababan de triunfar con su drama sobre la

Segunda Guerra Mundial *Otro tiempo*, otro lugar. «La película tenía que estar lista antes de finales de 1984, así que teníamos que comenzar de inmediato», me dijo en el verano de 2018 un Radford de setenta y dos años en el Chelsea Arts Club de Londres[1321].

Los cineastas se pusieron las pilas. Para la Navidad de 1983, Radford ya había escrito el guion y Perry había conseguido seis millones de dólares de la nueva empresa de Richard Branson, Virgin Films. Los dos estaban de acuerdo en que el único que podía interpretar a Winston Smith era John Hurt, el actor británico que siempre parecía tener una tos horrible y una conciencia aún peor. «Era el Winston Smith ideal —dijo Radford—. Un personaje afligido y famélico. En realidad, Hurt era muy atlético, pero sabía retorcerse». Por suerte, Hurt era un gran admirador de *1984* y había querido interpretar a Winston desde que leyó la novela en la década de 1950, cuando aún era estudiante. Según Hurt, «lo bueno de Orwell es que respalda lo que sientes de forma instintiva». Suzanna Hamilton, una conocida actriz infantil, fue seleccionada para el papel de Julia y, gracias a un *casting* abierto anunciado en *The Guardian* para buscar al Hermano Mayor, Radford llegó hasta Bob Flag, un cómico que trabajaba en clubes nocturnos y tenía «unos ojos muy penetrantes». No fue tan fácil encontrar a O'Brien: Sean Connery estaba ocupado, Marlon Brando cobraba demasiado y Paul Scofield se había roto una pierna. Ya llevaban semanas de rodaje cuando Radford consiguió convencer a Richard Burton de dejar su retiro en Haití para la que sería su última interpretación antes de su muerte en agosto. Según el director, Burton llevaba el único mono de trabajo que se ha confeccionado jamás en las elegantes sastrerías de Savile Row. «Era un actor extraordinario —dijo Radford—. Lo único que tuve que hacer fue contenerlo, poco a poco». A Burton, la lógica descabellada de O'Brien le empezó a parecer cada vez más convincente, de una forma desconcertante. «De verdad me asusta —le dijo a Hurt—, porque empiezo a creer que lo que estoy diciendo es verdad[1322]».

Cuando Radford leyó el libro por primera vez, de adolescente, supo «con exactitud cómo sería. Hay mucho material con el que trabajar». El libro de Orwell tiene varias escenas inolvidables y su uso de los boletines de noticias y los carteles de propaganda como recurso para hacer avanzar la historia y construir el mundo sigue siendo una herramienta básica de las películas sobre las sociedades de un futuro cercano. «Las telepantallas me impresionaron mucho —dijo el director, que recurrió a la retroproyección para crear la ilusión de unas pantallas colosales—. Lo dominaban todo, igual que la televisión. Pero era genial poder decir dos cosas al mismo tiempo». Tras

sumergirse en la historia de la propaganda, Radford diseñó su propio saludo, una bandera, un logo y un himno, y para uno de los noticiarios que aparecen en la película se basó en un carrete auténtico de los tiempos de guerra, grabado por el poeta Dylan Thomas para el Ministerio de Información. «Solía decir que se trata de un universo paralelo: un 1984 concebido en 1948», así justifica Radford su elección de una tecnología arcaica y una estética retro. Para crear la atmósfera gélida y desaturada de la película, el director de fotografía Roger Deakins utilizó un proceso innovador. Normalmente se elimina el nitrato de plata de los rollos de película para que los colores sean más vivos, pero Deakins decidió mantenerlo. «Para mí, lo importante era construir un mundo que resultase creíble», dijo Radford[1323].

Las noticias acerca de la película reavivaron el interés de Bowie por *1984*. Organizó un encuentro con Radford y Branson para hablar de la posibilidad de escribir la banda sonora, pero Bowie no hacía más que hablar de «música orgánica» y nadie sabía qué quería decir con eso. Lo que estaba claro es que no parecía referirse a los éxitos potenciales que buscaba Branson, así que se echó atrás y eligió en su lugar al dúo pop Eurythmics, que ya formaba parte de su empresa Virgin Records: fue una jugada polémica de la que Radford solo se enteró cuando la cantante Annie Lennox le llamó desde un estudio en las Bahamas para preguntarle por qué no estaba allí. La acalorada discusión entre Radford y Branson sobre si usar el *synth pop* de Eurythmics (que, con su «Sex-sex-s-s-sex-s-sex-sexcrime», no encajaba del todo bien) o la música de Dominic Muldowney acabó llegando a las páginas de noticias, lo que supuso una publicidad excelente para una película que no era fácil de vender.

«En la industria cinematográfica se pensaba que no iba a tener éxito porque no tenía un final feliz —recuerda Radford—. Además, en realidad no era una novela, sino, en esencia, un ensayo gigantesco. Me decían: “Van a ir a verla los que ya tengan más de treinta y cinco años y conozcan a Orwell, un público muy reducido”. Al final fue una bomba y fueron sobre todo chavales de entre quince y veinte años. ¿Por qué? —Se ríe—. Pues porque trata sobre la desesperanza absoluta. A los jóvenes les encanta la desesperanza».

En aquel entonces, Perry dijo que «cargábamos con el peso indescriptible de hacerlo bien, de una vez por todas[1324]». La película de Radford se parece mucho a lo que el lector de *1984* imagina al leerla. Esta fidelidad consigue que, dejando de lado a Eurythmics, la película no haya quedado anticuada, ni siquiera a día de hoy. No obstante, mientras Radford la estaba rodando, había otros artistas que estaban integrando conceptos orwellianos en nuevas

visiones distópicas que encajaban a la perfección con el estado de ánimo de la década de 1980: *V de Vendetta*, *El cuento de la criada*, *Brazil*.

No sería correcto afirmar que el director Terry Gilliam se inspiró en *1984* para rodar *Brazil*, porque aún no había leído la novela. Lo que le inspiró fue la idea de *1984*, tal como había calado en la cultura: «el conocimiento general que estaba en el aire, las cosas que oyes en la escuela y en las conversaciones sobre *1984*[1325]».

Cuando Gilliam empezó a desarrollar su idea, a finales de la década de 1970, uno de los títulos provisionales que eligió fue *El Ministerio*. Otro, *1984 ½*: un doble homenaje a Orwell y Fellini con el que buscaba transmitir la mezcla de miedo y fantasía de la película. «*Brazil* está muy ligado a su época, a ese 1984 que se acercaba —le dijo más tarde Gilliam a Salman Rushdie—. Era algo amenazador. […] Por desgracia, el cabrón de Michael Radford hizo una versión de *1984*… Y me jodió[1326]». El estilo único de la película se refleja también en los otros títulos que barajó Gilliam: *El Ministerio de la Tortura* y *Cómo aprendí a convivir con el sistema, por el momento*. Al final, decidió quedarse con *Brazil*, por la canción de la banda sonora. Parecen títulos para tres películas completamente distintas.

Es evidente que Gilliam había recogido algunas ideas importantes de Orwell, aunque fuese de segunda mano. El burócrata pasivo Sam Lowry (Jonathan Pryce) y la dura camionera Jill Layton (Kim Greist) están cortados más o menos por el mismo patrón que Winston y Julia. Hay un Ministerio de Información que utiliza la expresión «recuperación de la información» como eufemismo para referirse a la tortura. Y el nombre del impreso oficial 27B-6 es una referencia juguetona a la última dirección de Orwell en Londres: el 27b de Canonbury Square. Sin embargo, el tema central de Gilliam no era el totalitarismo. En *Brazil* no hay fanáticos, no hay un dictador, solo chupatintas y burócratas que hacen que la maquinaria del Estado siga rodando. La semilla se plantó cuando Gilliam leyó un documento sobre la quema de brujas en el siglo XVII, en el que se indicaban las cantidades que tenían que pagar los acusados por ser torturados y ejecutados. La absurda crueldad que supone transformar la violencia estatal en un negocio sirvió de inspiración para una sátira sobre la burocracia despiadada y autorreferencial: la trama se desencadena por un error burocrático en el Ministerio.

La sátira de Gilliam se basa en los atentados terroristas, que sustituyen a los misiles de Orwell como medio para mantener a la población en pie de guerra permanente. Los entrevistadores se sintieron frustrados cuando el

director dijo que no sabía si los terroristas eran verdaderos terroristas o agentes del Estado. «El Ministerio necesita terroristas, existan o no —explica el señor Helpmann, el jefe de Sam, en una primera versión del guion escrita por Gilliam y Charles Alverson—. Si no existen, el Ministerio los crea. […] Desde que comenzó a funcionar, el sistema ha demostrado ser totalmente autosuficiente, […] alimentado por una abundante reserva interna de paranoia y ambición[1327]». También Oceanía necesita un suministro continuo de criminales, sean o no culpables, porque «las purgas y las vaporizaciones eran una parte necesaria del funcionamiento del gobierno[1328]». Gilliam transforma esa noción en una broma demente.

El texto al inicio de *Brazil* sitúa la historia «en algún momento del siglo XX[1329]». Igual que *1984*, desdibuja el presente y el futuro y lo mezcla con la década de 1940 por medio de carteles de propaganda, estética *art decó*, tubos neumáticos y una tecnología burda, propia del periodo de la guerra. De hecho, ambas películas utilizaron los mismos buscadores de localizaciones. «Muchas de las localizaciones eran las mismas —recuerda Radford—. Encontrábamos por todas partes huellas de *Brazil*, pero en ese momento yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo Gilliam[1330]». Las dos películas eran como unos gemelos separados al nacer: Suzanna Hamilton se presentó a un *casting* para el papel de Jill, y se pensó en Jamie Lee Curtis para el papel tanto de Jill como de Julia.

Una vez terminado, el pseudohomenaje de Gilliam a Orwell recibió opiniones contradictorias. Frank Price, presidente de Universal Pictures y uno de los editores del guion de la versión de *1984* realizada en 1953 por *Studio One*, pensaba que *Brazil* era una copia ruin. La crítica cinematográfica Judith Crist la apodó «*1985*[1331]» y Pauline Kael, de *The New Yorker*, la describió como «un *1984* bufonesco y delirante[1332]». Es evidente que un *1984* bufonesco y delirante no tiene nada que ver con *1984*. Gilliam estaba vacunado contra el pesimismo, gracias a su arraigada tendencia a rebelarse contra la autoridad, que le llevó a una agria batalla con Universal por el montaje definitivo de *Brazil*. Puede que el final fuese demasiado negativo para los de Universal, pero, para los estándares de Orwell, el hecho de que Sam muera antes de capitular resulta bastante idealista. Gilliam le dijo a Salman Rushdie que Sam se vuelve un héroe cuando deja de ser un eslabón más: «En mi opinión, la esencia de *Brazil* es la responsabilidad, la implicación: no puedes dejar que el mundo siga haciendo lo que está haciendo sin implicarte[1333]». Esa es también la esencia de *V de Vendetta*.

Orwell estaba ligeramente familiarizado con los cómics de superhéroes. En 1945, recibió un paquete de cómics publicados por DC y Timely (el precursor de Marvel), que le pusieron en contacto con tipos como Superman, Batman o la Antorcha Humana. No se convirtió en un gran admirador suyo. «Obviamente, tratan de estimular fantasías sobre el poder, y en los casos más extremos la temática gira en torno a la magia y el sadismo. Difícilmente puede encontrarse una página donde no haya alguien volando por el aire […] o alguno pegándole un puñetazo a otro en la mandíbula, o una chica en paños menores luchando por su honor (y cuyo secuestrador bien puede ser un robot metálico o un dinosaurio de quince metros de altura con aspecto humano). No es más que un derroche sensacionalista carente de sentido», escribió en 1945[1334].

Es posible que Orwell nunca hubiese cambiado de opinión, pero en la década de 1980, como demostró el *Juez Dredd*, los cómics se habían convertido en un vehículo importante de la sátira de izquierdas. En el turbulento año de 1976, al escritor Alan Moore se le ocurrió por primera vez la idea de un terrorista extravagante que lucha contra un Estado totalitario. Seis años más tarde, junto al artista David Lloyd, tan pesimista como Moore, lanzaron *V de Vendetta* en la antología de cómics británica *Warrior*. La trama se desarrollaba quince años más tarde. Moore asumió (equivocadamente) que el impopular Gobierno de Margaret Thatcher perdería las siguientes elecciones generales. Imaginó que el Partido Laborista adoptaba una política de desarme unilateral que salvaba a Gran Bretaña de una guerra nuclear que dejaba la mayor parte del mundo devastada. La guerra causaba también estragos en el medio ambiente y en el suministro alimentario, por lo que Gran Bretaña se convertía en presa fácil de un nuevo movimiento fascista, conocido como Fuego Nórdico, que alcanzaba el poder en 1992. Tanto sus enemigos políticos como las minorías indeseables acababan en campos de concentración. Uno de esos enemigos, transformado por un experimento científico (esta es la única concesión de la serie a las normas de los superhéroes), consigue escapar y se convierte en V, el terrorista anarquista. Lloyd, el creador de la máscara de Guy Fawkes de V, consideraba que era un cómic para «aquellos que nunca apagan las noticias[1335]».

En la larga lista de influencias de Moore, publicada en *Warrior*, se incluye la trinidad distópica: Orwell, Huxley y Bradbury, además de *Juez Dredd*, *El prisionero*, David Bowie y la Nueva Ola de ciencia ficción[1336]. Las ilustraciones de Lloyd de un Londres gris y abatido tienen un toque

orwelliano, igual que los eslóganes del régimen: «Fuerza a través de la pureza; pureza a través de la fe» y (aún más perturbador ahora que entonces) «Make Britain Great Again» (¡Arriba Gran Bretaña!). Igual que ocurre en la Franja Aérea Uno, en el mundo distópico de Moore la herencia literaria y musical también ha sido erradicada: las voces del pasado, de Shakespeare a Motown, solo se escuchan en la galería de las sombras de V. El profundo conocimiento que demuestra tener Moore del género da pie, cuando menos, a alguna broma graciosa. Por ejemplo, la Televisión del Fuego Nórdico emite una exitosa serie dramática, en la que se narran las aventuras racistas de Storm Saxon, un hombre de acción ario en la «Inglaterra de pesadilla[1337]» de 2501. Así que eso es lo que consideran distópico los dirigentes de una distopía.

V de Vendetta quedó en el limbo cuando *Warrior* cerró, en 1985. Para cuando Moore y Lloyd la revivieron y la completaron para DC en 1988, tras nueve años de Thatcher, tuvieron la oportunidad de revisar sus predicciones. Moore decidió que había sido demasiado optimista al pensar que «sería necesario algo tan melodramático como salvarse por los pelos de un conflicto nuclear para que Inglaterra se viese empujada hacia el fascismo[1338]». Ahora le parecía que no era tan difícil, en absoluto.

Margaret Atwood empezó a escribir *El cuento de la criada* en Berlín Occidental en la primavera de 1984. Igual que Orwell cuando comenzó *1984*, tenía cuarenta y pocos años y sabía con exactitud lo que quería decir. La idea de la novela surgió de una serie de recortes de periódico que había empezado a coleccionar cuando vivía en Inglaterra, en los que se trataban temas como la derecha religiosa, las cárceles de Irán, el descenso de la tasa de natalidad, la política sexual nazi, la poligamia y las tarjetas de crédito. Dejó que estas observaciones fermentaran, como el compost, hasta que de ellas salió una historia. Sus viajes por Alemania del Este y Checoslovaquia, donde vivió «la desconfianza, la sensación de ser vigilada, los silencios, los cambios de tema, las formas oblicuas que se utilizan para transmitir información[1339]», también nutrieron la novela, al igual que su obsesión adolescente por las distopías y la Segunda Guerra Mundial. Recuerda haberse sentido identificada con Winston porque «en silencio, estaba en desacuerdo con las ideas y el tipo de vida que se esperaba de él. (Quizá por eso *1984* se lee muy bien de adolescente, porque la mayor parte de los adolescentes se sienten así[1340])». La novela de Orwell la convenció de que realmente podría pasar aquí, incluso en Canadá a principios de la década de 1950. Decía que *El cuento de la criada* no era

ciencia ficción, prefería llamarlo «ficción especulativa al estilo de George Orwell[1341]».

La narradora de la novela es Defred (porque pertenece a Fred), una «criada» cuyo único papel en Gilead, la teocracia fascista que llegó al poder tras una crisis de fertilidad crónica y un golpe de Estado violento, es engendrar hijos para la clase dirigente estéril[1342]. Los arquitectos de Gilead son unos fanáticos utópicos que de verdad piensan que están construyendo un mundo mejor y más feliz. «Hay más de una forma de ser libres —decía a las criadas la Tía Lydia, una vieja burócrata—. Puedes gozar de algunas libertades, pero también puedes liberarte de ciertas cosas. En los tiempos de anarquía, se os concedían ciertas libertades. Ahora se os concede vivir libres de según qué cosas. No lo menospreciéis[1343]». En nuevalengua, la palabra *libre* solo significa ser libre de ciertas cosas; el concepto de libertad ha dejado de existir.

El apéndice de Atwood («Notas históricas sobre *El cuento de la criada*») es en parte un homenaje a los «Principios de nuevalengua» y en parte una traviesa parodia del mundo académico: el título que los académicos del siglo XXII eligen para la narración de Defred es una burlona alusión chauceriana. Este es solo el último rastro (y el más evidente) que encontramos de *1984*. También hay un diario secreto (grabado en cinta en vez de escrito, porque la palabra escrita es tabú para las mujeres de Gilead) que quizá nadie llegue a escuchar. Hay ejecuciones públicas, informantes, libros prohibidos (básicamente todos los libros) y la eliminación de la historia. Hay «No Mujeres» y policías que todo lo ven, llamados «Ojos». Hay un ritual de violencia controlada llamado «Particicución», que se parece mucho a los Dos Minutos de Odio, pero con las manos manchadas de sangre. Por supuesto, todas esas ideas se inspiran tanto en el mundo real como en Orwell. Atwood tenía una regla: «No incluir nada que los seres humanos no hubiesen hecho ya, en alguna época o en algún lugar[1344]». En el apéndice se menciona Irán, Rusia y Rumanía; Atwood también adoptó algunas de las monstruosas innovaciones de los nazis, de los esclavistas estadounidenses, de los dictadores sudamericanos y de las cacerías de brujas de Salem. La genialidad de Gilead, como la de Oceanía, reside en la síntesis.

Volvamos a la cuestión de las influencias. Mucho de lo que encontramos en *El cuento de la criada* proviene de la propia Atwood: el humor mordaz, la prosa rítmica, la presencia de temas como el género, la sexualidad, la racialidad y el extremismo religioso, que apenas aparecen en Orwell. Él era consciente de que el totalitarismo utiliza la maternidad y el puritanismo

sexual como un arma: el «crimensexo» es cualquier actividad que se desvíe de «las relaciones normales entre hombres y mujeres con el único propósito de engendrar hijos, y sin placer físico por parte de la mujer[1345]». Por eso, el abrazo de Winston y Julia se convierte en «un acto político[1346]». A pesar de ello, el interés de Orwell por la vida interior de las mujeres era casi inexistente, lo que le perjudicó como escritor y como persona.

Lo que hace que la Gilead de Atwood resulte tan orwelliana es esa atmósfera de irrealidad paralizante. Defred asume que las noticias de batallas lejanas entre Gilead y otras facciones religiosas rivales pueden ser falsas y que es posible que la organización clandestina Mayday ni siquiera exista, igual que la Hermandad de Orwell. Hasta sus propios recuerdos resultan engañosos: cuando intenta recordar los rostros del marido y la hija que perdió, se retuercen como fotografías en llamas. Ella se considera «una refugiada del pasado[1347]». Las mujeres de la siguiente generación serán más felices, más obedientes, «porque no habrán conocido otro modo de vida[1348]». Defred no es una radical, como no lo es tampoco Winston Smith; solo busca algo a lo que aferrarse, antes de que todo se disipe. Al menos Winston puede mantener su nombre, aunque Inglaterra no pueda: la Franja Aérea Uno también podría haberse llamado Deoceanía.

El cuento de la criada, la primera distopía situada en un futuro cercano que se centra por completo en la opresión de las mujeres, vendió más de un millón de ejemplares en los primeros dos años. A continuación, en 1990, se produjo una película con guion de Harold Pinter. Desde entonces, le han preguntado a menudo a Atwood si el libro era una predicción. Su respuesta también podría aplicarse a *1984*: «Digamos que es una antipredicción: si este futuro puede describirse en detalle, cabe la posibilidad de que no llegue a existir[1349]».

Orwell habría cumplido ochenta y un años en 1984. Todos sus amigos que concedían entrevistas, organizaban conferencias o publicaban memorias por esa época habían cumplido hacía tiempo los setenta[1350]. Incluso sus admiradores más jóvenes, los que se habían peleado por su legado a principios de la década de 1950, ya tenían más de sesenta años. Sus opiniones, por tanto, no solo arrastraban décadas de bagaje, sino que también vivían la presión de que quien ganara esta última batalla por la aprobación imaginada de Orwell habría ganado la batalla definitiva. Luchaban por legitimar sus propios recuerdos y las elecciones que habían tomado, aunque algunos de ellos eran conscientes de lo absurdo que resultaba reivindicar a

Orwell desde cualquier postura política. «Solo le entendí hasta cierto punto —le dijo V. S. Pritchett a la revista *Time*—. No era fácil definirlo, porque cuando por fin veías clara una postura, iba y la contradecía[1351]».

Lo que se solía hacer (y se sigue haciendo a día de hoy) era tomar las citas que respaldaban el argumento en cuestión y tirar por un agujero de la memoria todas aquellas que no lo respaldaran. Lo peor es que, en su cabeza, esos escritores pensaban que solo estaban defendiendo la verdad. Se identificaban de forma tan intensa con la integridad moral y la independencia emocional de Orwell que ver cómo sus oponentes lo «secuestraban» les producía una verdadera herida emocional. Aunque algunos remanentes del comunismo de la década de 1930 seguían deseando librarse de él (el periodista de setenta y cuatro años Alaric Jacob dijo que *1984* era «uno de los libros más repugnantes que se han escrito[1352]»), casi todos los demás comentaristas querían tener a san George de su parte y se acusaban los unos a los otros, con una indignación que parecía genuina, de una intolerable falta de honestidad.

Orwell había dejado bien claro que era un socialista democrático que se oponía tanto a los conservadores como a los comunistas, por lo que resultó muy provocador que un artículo de portada publicado en la revista *Harper's* en 1983 intentase aprovecharse de la reputación de Orwell. Se titulaba «Si Orwell siguiera vivo» y lo firmaba el estadounidense neoconservador Norman Podhoretz. «En general, especular sobre lo que habría dicho un muerto sobre acontecimientos que nunca vivió es un proyecto frívolo[1353]», reconoce, antes de insistir con vehemencia en que un Orwell octogenario le habría dado la razón. Teniendo en cuenta que el *think tank* neoconservador Comité para el Mundo Libre había bautizado «Orwell Press» a su rama editorial, cualquier otra conclusión por parte de Podhoretz habría sido poco apropiada. El beligerante socialista británico Christopher Hitchens contraatacó con su propio arsenal de citas que «demostraban» que, de haber seguido vivo, Orwell seguiría siendo un socialista democrático y miraría con desconfianza hacia «ese tipo de persona adinerada que adora el poder y que, hoy en día, se hace pasar por intelectual[1354]». El tira y afloja continuó durante meses. Por supuesto, nadie podía ganar. *National Review*, una publicación conservadora cofundada por James Burnham, aclamaba a Orwell, al igual que el novelista de izquierdas E. L. Doctorow y los defensores de las libertades civiles responsables de *The 1984 Calendar: An American History* (El calendario de 1984. Una historia de Estados Unidos[1355]). Tanto demócratas como

republicanos citaron *1984* en sus cartas de captación de fondos para la campaña presidencial de 1984.

En las páginas de la prensa británica se abrió otro frente, cuando *Tribune* publicó una serie de ensayos sobre el más famoso de sus antiguos colaboradores. *1984* era claramente antisocialista, insistían los conservadores Peregrine Worsthorne y Alfred Sherman. No, no lo era, respondían Bernard Crick y Tony Benn[1356]. En la víspera de Año Nuevo, los líderes de los tres principales partidos políticos británicos mencionaron el libro en sus mensajes de fin de año. Margaret Thatcher anunció que 1984 sería «un año de esperanza y un año de libertad», por lo que «George Orwell estaba equivocado[1357]», el laborista Neil Kinnock publicó un ensayo en *The Times* de Londres en el que defendía la novela de los «profanadores de tumbas» de la derecha[1358]. *The Sun*, precisamente el tipo de periódico amarillista que Orwell odiaba, replicó que el partido de Kinnock era en realidad un embrión del Socing: si los laboristas hubieran ganado las elecciones generales de 1983 con el «marxista» Michael Foot (antiguo colega de Orwell en *Tribune*) «nos habrían metido hasta tal punto en el Estado corporativo que ya no habría vuelta atrás[1359]». Pero (¡menos mal!) Margaret Thatcher había librado a Gran Bretaña de esa pesadilla orwelliana. En las «veinte cosas que usted no sabía sobre George Orwell», *The Sun* fue capaz de no mencionar ni una sola vez la palabra *socialismo*.

Paul Johnson, de *The Spectator*, comentó que este «exceso ideológico» solo podía acabar en tablas: «dado que todo el mundo, de derechas, izquierdas o centro, se apropia del pobre hombre en nombre de cualquier fin político, el resultado es prácticamente nulo[1360]». A pesar de todo, nadie había considerado nunca la posibilidad de que los propagandistas rusos también se sumaran a las filas de aquellos que se intentaban apropiar de Orwell.

En un esfuerzo evidentemente coordinado, tres importantes publicaciones soviéticas sacaron artículos en los que se defendía que, en realidad, la sátira de Orwell se dirigía contra Occidente, aunque él mismo no fuera consciente de ello. *Novoye Vremya* presentó *1984* como «una seria advertencia a esa sociedad democrático-burguesa que, como él mismo señaló, se basa en el antihumanismo, un militarismo imparable y la negación de los derechos humanos[1361]». Literaturnaya Gazeta explicaba que Ronald Reagan era el Hermano Mayor, la telepantalla era la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos y la Franja Aérea Uno se manifestaba en la existencia de armas nucleares estadounidenses en suelo inglés, en Greenham Common.

Izvestiya afirmaba que la historia había convertido a Oceanía en «una imagen realista del capitalismo-imperialismo contemporáneo[1362]».

Teniendo en cuenta lo que los lectores de estas publicaciones sabían sobre *1984* (ya que solo la élite del Partido tenía acceso legal al libro, igual que solo los miembros del Partido Interior pueden hacerse con el libro de Goldstein, y en el mercado negro un ejemplar costaba el equivalente a dos tercios del salario medio mensual), estos periodistas podían haber dicho que la novela se desarrollaba en Marte. En un ejemplo espectacular de doblepiensa soviético, este revisionismo coincidió con el juicio del traductor letón Gunārs Astra, condenado a siete años en un gulag por «agitación y propaganda antisoviéticas[1363]»; uno de sus delitos fue poner en circulación un ejemplar clandestino de *1984*.

Para Margaret Thatcher o Steve Jobs era fácil decir que *1984* era una hipótesis fallida, pero para algunos lectores el libro era un análisis sorprendentemente detallado de un sistema que conocían bien. «Nadie ha vivido en Liliput —escribió Conor Cruise O'Brien—, pero cientos de miles de personas viven a día de hoy en condiciones políticas muy parecidas a la imagen esbozada por Orwell[1364]». Por ejemplo, en Irán, China y Corea del Norte, entre otros, aunque el libro tenía especial prestigio en el bloque soviético. Durante sus viajes por Europa del Este, el periodista Timothy Garton Ash se encontró con muchos admiradores clandestinos de Orwell que le preguntaban: «¿Cómo era posible que lo supiese?»[1365]. Pues bien, lo sabía porque prestó atención. Observó el comportamiento de los comunistas en España, escuchó a los exiliados, leyó todos los libros que pudo. Y sus esfuerzos obtuvieron el reconocimiento que merecían. En *Utopia in Power* (La utopía en el poder), Mijaíl Heller y Aleksandr Nekrich describieron a Orwell como «probablemente el único autor occidental que entendió la naturaleza del mundo soviético[1366]».

La llegada del año 1984 desató una tromba de recuerdos. El exiliado lituano Tomas Venclova, que leyó un ejemplar clandestino de *1984* a principios de la década de 1960 y les contaba la historia a sus amigos como si fuese un cuento popular, aseguraba que le había cambiado la vida: «Fue el primero en explicarme que una persona normal no puede vivir en una sociedad como esa[1367]». En su introducción a una nueva edición ilegal en checo (leída en voz alta por Pinter en *Thoughtcrimes*), Milan Šimečka recuerda haber vivido una epifanía similar: «Leer la historia de Winston Smith supuso un golpe emocional para mí porque de pronto me di cuenta de que estaba leyendo mi propia historia. […] Allá donde voy, todo lo que veo y

oigo en nuestra televisión y en nuestra radio me recuerda al Londres de *1984*[1368]». De forma que, mientras en Occidente algunos críticos de izquierdas acusaban a Orwell de misantropía y derrotismo, a muchas de las personas que se enfrentaban cada día al totalitarismo el libro les resultaba inspirador, porque se sentían comprendidos: estaban acostumbrados a que los vigilaran, pero no a que los comprendieran. Šimečka compara su experiencia a la reacción de Winston ante el libro de Goldstein: «Los mejores libros son los que te dicen lo que ya sabías[1369]». El húngaro György Dalos publicó una secuela amargamente ingeniosa titulada *1985*, en la que los revolucionarios de la «primavera de Londres» consiguen derrocar al Socing antes de que el movimiento se reprima, como ocurrió con sus predecesores del mundo real, en Hungría y Checoslovaquia.

Entre los intelectuales al otro lado del Telón de Acero *1984* se había convertido en un cliché, por lo que Milan Kundera acabó odiándolo. «La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido[1370]», una famosa frase de Kundera, tiene ecos de Orwell. Pero en realidad Kundera consideraba que la novela animaba a sus amigos checos a ver su vida como «un bloque indiferenciado de horrores[1371]». Ni siquiera la vida bajo el yugo soviético era tan mala como la de Oceanía, insistía. ¿Acaso no habían disfrutado, a pesar de todo, del arte, de los chistes, de la amistad, del amor? «Si hablan, todos, de cuarenta años horribles es porque han "orwellizado" el recuerdo de su propia vida», se quejaba[1372].

Para cuando Kundera publicó esas palabras, en 1993, Eurasia ya había caído.

A menudo se olvida que Orwell no estaba de acuerdo con O'Brien en lo que respecta a la invencibilidad del totalitarismo y que defendía en sus escritos periodísticos que el sistema contenía en sí mismo la semilla de su derrota. El disidente ruso Andréi Amalrik opinaba lo mismo. En 1970, publicó un ensayo muy controvertido titulado «¿Puede la URSS sobrevivir a 1984?». (En un principio había escogido 1980 como fecha del colapso, pero un amigo le convenció de cambiarla por la fecha de Orwell). Por el pecado de haber escrito algo así, Amalrik pasó cinco años en un gulag y luego murió en el exilio. Cuando llegó el año 1984, unos oficiales de la KGB se burlaron de uno de sus amigos en prisión: «Amalrik murió hace tiempo, pero nosotros seguimos muy presentes[1373]». En retrospectiva sabemos que Amalrik tenía razón sobre la debilidad fatal de la URSS, solo fue un poco prematuro. Según el veterano socialista yugoslavo Milovan Djilas, en 1984 el totalitarismo en

realidad ya se había desintegrado y no quedaba más que «un código ritual[1374]». El lenguaje de dicho código se conocía como *Novoyaz: nuevalengua*[1375]. Por mucho que insista O'Brien, el poder sin convicciones no implica perfección, sino decadencia. Para seguir siendo totalitario, el régimen soviético tenía que mantener vivos la ideología y el miedo; y sin el totalitarismo no podía perdurar.

En 1987, el Gobierno reformista de Mijaíl Gorbachov le encargó al experto sociólogo Yuri Levada que dirigiese un estudio sin precedentes sobre la opinión pública rusa. Levada aprovechó la oportunidad para explorar sus propias hipótesis sobre el tipo de ser humano que se había formado tras décadas de aislamiento, paternalismo y conformismo: el *Homo sovieticus*. Para describir los pensamientos contradictorios que se le exigían a un ciudadano ruso medio, obligado a creer en el progreso y en la igualdad sin experimentarlos, Levada echó mano de Orwell y el doblepiensa. Las respuestas a su cuestionario confirmaron su hipótesis de que la mayor parte de los ciudadanos soviéticos solo fingían creer en el comunismo: todo el mundo se sabía tan bien los pasos que seguían bailando aunque no pudiesen oír la música. Treinta años más tarde, el periodista rusoestadounidense Masha Gessen resumió los hallazgos de Levada sobre el *Homo sovieticus* en su libro *El futuro es historia. Rusia y el regreso del totalitarismo*: «Su mundo interior estaba formado por antinomias, su objetivo era la supervivencia, y su estrategia era la negociación constante; la infinita circulación de juegos del doblepensar[1376]». En términos de Orwell, el *Homo sovieticus* era como Julia: «Ella daba por sentado que todo el mundo, o casi todo el mundo, odiaba en secreto al Partido y no dudaría en infringir las normas si estuviese seguro de poder hacerlo con impunidad[1377]».

El arquitecto principal de la glásnost y la perestroika de Gorbachov fue Aleksandr Yakovlev. Uno de sus proyectos fue acabar con la censura y publicar, por primera vez, libros como *1984* o *Nosotros*. En julio de 1991, describió Rusia en unos términos que a los lectores de esos libros les habrían resultado familiares: «Nuestra sociedad está profundamente enferma. Nuestras almas están perennemente vacías. Hemos llegado a suponer a todos culpables en todo momento, creando cientos de miles de guardianes de la moral, de la conciencia, de la pureza de nuestra visión del mundo, del cumplimiento de los deseos de las autoridades. Hemos hecho de la verdad un crimen[1378]».

Cinco meses más tarde, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas dejó de existir oficialmente.

Tal vez habría sido de esperar que la caída del comunismo hubiese transformado *1984* en un relato de una época concreta, como *El cero y el infinito* o *Archipiélago Gulag* de Aleksandr Solzhenitsyn. Sin embargo, las discusiones sobre el libro ya habían pasado a centrarse en el tema de la máquina. Es importante recalcar que Orwell estaba mucho menos interesado en la ciencia que Wells, Zamiatin o Huxley. Aunque la telepantalla se menciona en la novela nada menos que ciento diecinueve veces, apenas se explica su funcionamiento y, como medio de control, es menos efectiva que los métodos tradicionales (los policías y los informantes) o que el poder casi sobrenatural de los ojos del Hermano Mayor. La ciencia en Oceanía no llena ni dos páginas del libro de Goldstein. Como escribió en *Encounter* en 1984 el neoconservador polaco Leopold Labedz: «Para Orwell, el problema era la tecnología del poder más que el poder de la tecnología. […] El Hermano Mayor no es un Dalek[1379]». Esta es la protesta impotente de un viejo soldado de la Guerra Fría. Cuando, en 1982, un profesor de Nueva York mandó leer la novela a sus cuarenta y nueve estudiantes adultos, solo uno la consideró anticomunista; al resto les recordó al FBI, a la CIA, al Watergate, a la televisión y a los ordenadores. El libro resonaba ahora a otras frecuencias.

En una edición especial sobre Orwell organizada por *The Village Voice* se incluía una historia corta de Bob Brewin titulada «Worldlink 2029», en la que un montón de «O'briens» trabajan para una red global de ordenadores que es un término medio entre una telepantalla avanzada y un internet primitivo. Según Brewin, «el peor tipo de Hermano Mayor es una máquina sin alma operada por hombres que casi se han convertido en máquinas[1380]». Ya en 1949, *Tribune* había mencionado en su reseña de *1984* una noticia sobre las amenazadoras implicaciones de un nuevo «cerebro» mecánico que se estaba desarrollando en la Universidad de Mánchester[1381]. En esta época, el papel destacado de los ordenadores todopoderosos en las obras de ficción (Destino en *V de Vendetta*, Skynet en *Terminator*) era un reflejo de la preocupación pública por las bases de datos, los satélites y las cámaras de vigilancia. Esta ansiedad cada vez mayor fue la que llevó a Chiat/Day a «hacer añicos la vieja mentira de que los ordenadores nos esclavizarán[1382]» y proclamar una nueva era de tecnoutopismo liderado por Apple. En este contexto, Walter Cronkite escribió una columna de opinión en *The New York Times* para promocionar el especial de la CBS *1984 Revisited*: «Si el Hermano Mayor pudiera acceder a todas las bases de datos públicas y privadas de Estados Unidos, ya tendría el ochenta por ciento del trabajo hecho[1383]». El crítico televisivo de *The New York Times* estaba, a grandes rasgos, de acuerdo con el diagnóstico de

Cronkite, pero pensaba que había pasado por alto un aspecto importante: «la complacencia, o incluso entusiasmo, con que abrazamos las nuevas tecnologías[1384]».

Estos temores se contraponían a la idea planteada en el anuncio «1984» de Apple. ¿Y si la pérdida de la libertad no dependiese de ningún Hermano Mayor ni de ningún Socing? ¿Y si fuésemos nosotros mismos los que renunciásemos a ella?

13

Oceanía 2.0

1984 en el siglo XXI

«*La obstinación de la realidad es relativa. La realidad necesita que nosotros la protejamos*».

HANNAH ARENDT, 1951[1385]

En 1984, durante una discusión pública sobre *1984*, el crítico cultural estadounidense Neil Postman argumentó que la televisión había transformado de forma radical la cultura, la política y el comportamiento humano en Estados Unidos en un sentido más parecido al de *Un mundo feliz* que al del libro de Orwell. Siguió desarrollando esta teoría en un texto muy polémico titulado *Divertirse hasta morir*: «Orwell temía que lo que odiamos terminara arruinándonos, y en cambio, Huxley temía que aquello que amamos llegara a ser lo que nos arruinara. Este libro trata la posibilidad de que sea Huxley, y no Orwell, quien tenga razón[1386]». En el último capítulo aparece esta impactante frase: «En la profecía de Huxley, el Hermano Mayor no nos vigila por su propia voluntad; nosotros lo observamos a él por la nuestra[1387]». Postman no esperaba que nadie se lo tomara al pie de la letra.

Gran Hermano, el *reality* que se estrenó en los Países Bajos en 1999, surge de la idea de que, aunque algunas personas seguían preocupadas por la vigilancia, muchas estaban encantadas de someterse a ella. En 1996, una estudiante universitaria de Pensilvania llamada Jennifer Ringley instaló una cámara web en su habitación y «retransmitía en vivo» todos sus movimientos en su famosísima página web: JenniCam. Tres años más tarde, el excéntrico empresario de internet Josh Harris fue mucho más lejos al montar un proyecto artístico y experimento social llamado *Quiet: We Live in Public* (Silencio. Vivimos en público). Invitó a más de cien voluntarios a vivir en un edificio de seis pisos de Manhattan, donde tenían acceso a todo tipo de comida, alcohol, drogas y entretenimiento, y les dijo que eran libres de hacer lo que quisieran, conscientes de que, a cambio, todo quedaría registrado por un arsenal de

cámaras. Harris generó una metáfora viva de lo que sería internet: un lugar en el que las personas están encantadas de renunciar a su privacidad a cambio de placer, comodidad y atención. «Me encantaba estar en un mundo en el que no había secretos ni sentido del tiempo —dijo uno de los voluntarios—, éramos como niños pequeños, alguien cuidaba de nosotros[1388]». Los proyectos de Harris y Ringley enseguida se tacharon de «orwellianos».

Si *Quiet* fue la expresión pionera de una idea potente, *Gran Hermano* fue su expresión adaptada a un horario de máxima audiencia: un experimento social que muchas veces acababa siendo un circo voyerista. Fue concebido por el holandés John de Mol Jr., que en un principio no quiso dar pistas sobre el origen del nombre del programa. Cuando el formato llegó a Estados Unidos en el año 2000, el propio nombre de la productora lo delató: Orwell Productions. El abogado William F. Coulson inició un proceso jurídico en nombre de Marvin Rosenblum y los herederos de Orwell, en el que acusaba a los productores estadounidenses de «debilitar y desvalorizar la calidad distintiva de esta marca[1389]». Coulson estaba pensando en el valor de los derechos de pantalla, pero también acabó desvalorizando las ideas de Orwell. En el programa *Gran Hermano*, los compañeros de piso viven bajo una constante vigilancia («dormido o despierto, trabajando o comiendo, en casa o en la calle, en el baño o en la cama», por usar las palabras de la novela)[1390] y se los lleva al confesionario (en países de habla inglesa se suele llamar «the Diary Room») en nombre de un Hermano Mayor inexistente. En casi todas las versiones del programa están prohibidos los libros y los utensilios de escritura. «Orwell entendía la diferencia entre "lo que le interesa al público" y "lo que es de interés público" —escribió indignado el biógrafo de Orwell, Bernard Crick—. Por eso mismo escribió ese libro que se ha transformado en un "prolealimento" y cuya advertencia ha sido recibida con un desdén cínico[1391]». En la misma época, el programa *Room 101* (Habitación 101) de la BBC reconstruyó la cámara de tortura de Orwell y la presentó como un bonito almacén donde guardar todo aquello que les molestaba a los famosos.

No obstante, no todas las referencias a *1984* de la década de 1990 eran tan superficiales. La habitación 101 fue también la dirección del personaje principal de *Matrix*, una película de 1999 que trataba cuestiones como la libertad, la sociedad y la naturaleza de la realidad. Además, las citas de la novela seguían pegando fuerte en «Testify» de Rage Against the Machine y «Faster» de Manic Street Preachers. Aun así, parecía que el libro acabaría trivializado, ironizado y, como Winston Smith, vaciado por completo, algo que solo podía ocurrir en esa década de complacencia del final de la historia,

en la que personas inteligentes afirmaban con convicción que la advertencia de Orwell había tenido éxito. «El mundo de *1984* se acabó en 1989», escribió Timothy Garton Ash en mayo de 2001[1392]. Orwell seguía siendo una guía esencial para entender los engaños y tretas del lenguaje político, admitía Garton Ash, pero su trinidad profana (imperialismo, fascismo y comunismo) ya formaba parte del pasado: «Cuarenta años después de su dolorosa y prematura muerte, Orwell había ganado».

Cuatro meses más tarde, dos aviones de pasajeros se estrellaron contra el World Trade Center en Nueva York.

En 2003, el centenario del nacimiento de Orwell, con todas sus inevitables biografías, reediciones, conferencias y documentales, se celebró en un mundo dividido por la invasión estadounidense de Irak. Puede que eso influyera para que, en una encuesta a los radioyentes de Radio 4 de la BBC, *1984* saliese elegido como el libro inglés por excelencia, por delante de otras obras más amigables de Zadie Smith, Jeremy Paxman, Bill Bryson y Jonathan Coe. «*1984* trata sobre el poder sin control —comentó Bernard Crick—. Es posible que la gente esté horrorizada por estos dos "Grandes Hermanos" fuera de control. Aunque quizá sean tres y debamos incluir a Sadam [Huseín] junto a Bush y Blair[1393]».

Las personas críticas con la guerra se apresuraron a sacar sus ejemplares de *1984*. Paul Foot denunció en *The Guardian* el «doblepiensa» de «Oceanía (Estados Unidos y Gran Bretaña[1394])». El álbum de Radiohead *Hail to the Thief* abría con una canción violenta y nerviosa titulada «2 + 2 = 5», inspirada en los «eufemismos orwellianos[1395]» que el vocalista Thom Yorke había oído en las noticias. En los documentales *Orwell Rolls in Hi Grave* (Orwell se revuelve en su tumba) y *Orwell Against the Tide* (Orwell a contracorriente), las políticas pos-11-S de la administración Bush se presentaban amenazadoras. El polémico *Fahrenheit 9/11*, de Michael Moore, acaba parafraseando un fragmento del libro de Goldstein: «La guerra la lleva a cabo cada grupo gobernante contra sus propios gobernados, y el objetivo de la guerra no es vencer a Eurasia ni a Esteasia, sino conservar intacta la estructura de la sociedad[1396]». La idea de una interminable «guerra contra el terrorismo» sin duda remite a Oceanía, donde cualquier restricción está justificada por el mero hecho de que «estamos en guerra[1397]». La vida se parecía a la ficción de un modo alarmante. Entonces un asesor de alto rango del presidente Bush (identificado más tarde como Karl Rove, aunque él lo negase) declaró a *The New York Times* que el Gobierno estadounidense no

tenía nada que temer de esa «comunidad basada en la realidad […] que cree que las soluciones proceden del estudio racional de la realidad aparente. El mundo ya no funciona así. Ahora somos un imperio y, con nuestras acciones, creamos nuestra propia realidad[1398]». Leer esas palabras es casi como escuchar la voz de O'Brien. Como decía un lema muy famoso, *1984* no tenía la intención de ser un manual de instrucciones[1399].

Al mismo tiempo, Norman Podhoretz y Christopher Hitchens, unidos en la guerra contra el «islamofascismo» veinte años después de su batalla en las páginas de la revista *Harper's*, utilizaban las palabras de Orwell para desacreditar a sus oponentes de izquierdas. Esa táctica no se limitaba a lo referente a la guerra de Irak: los conservadores utilizaban continuamente la expresión «Policía del Pensamiento» contra cualquiera que abogase por un lenguaje «políticamente correcto». La obsesión por imaginar lo que habría dicho Orwell sobre los acontecimientos de la actualidad comenzó a generar resentimiento y fatiga. El politólogo Scott Lucas, autor de dos libros revisionistas sobre el escritor, hacía una distinción entre Orwell, el hombre, y «Orwell», el símbolo: «"Orwell" se ha utilizado como un palo para golpear a aquellos cuyas opiniones se consideran problemáticas o de alguna forma amenazadoras[1400]». Daphne Patai, una de las autoridades más respetadas en el campo de la literatura distópica, compartía la impaciencia de Lucas por librarse de «san George» y ver por fin a Orwell como una figura compleja y contradictoria, en vez de como ejemplo moral. «Shakespeare no tiene la autoridad moral para opinar sobre la invasión de Irak —dijo en 2003—. Nadie esperaría algo así de él, pero parece que de Orwell sí[1401]».

Para muchos escritores de la nueva ficción distópica, *1984* seguía siendo el edificio más alto de la ciudad de las pesadillas; no tenías por qué entrar en él, pero era imposible ignorarlo por completo. En *1Q84*, Haruki Murakami alteró el título de Orwell (*nueve* y *Q* son homófonos en japonés), comenzó su historia en abril de 1984 e hizo una referencia explícita a Orwell en el contexto de los universos paralelos y los cultos religiosos. El protagonista de *Una súper triste historia de amor verdadero*, de Gary Shteyngart, una sátira sobre los excesos corporativos y el declive intelectual, es un hombre de treinta y nueve años que escribe un diario y está enamorado de una mujer más joven. James McTeigue, director de la película de 2005 de *V de Vendetta*, le rindió homenaje al seleccionar a John Hurt para el papel del dictador Adam Sutler (la referencia en el nombre podría haber sido más sutil), que denigra a sus subordinados desde una enorme pantalla. De este modo, transformó al Winston Smith de Michael Radford en un agresivo Hermano Mayor. A pesar

de su falta de madurez a nivel político y de su poco dinamismo visual, la película tuvo una gran repercusión cuando la máscara de Guy Fawkes de V (en una versión de plástico barato) se convirtió en un símbolo global de protesta. «*V* fue concebido para advertir de una posibilidad sombría, como una especie de *1984* hecho cómic —dijo David Lloyd, el artista responsable de su diseño—. E, igual que el mensaje de Orwell llegó a un gran número de lectores porque habla de temas universales que nos importaban a todos, no resulta sorprendente que nuestra versión tuviera la misma recepción[1402]».

No obstante, las más conocidas distopías del siglo XXI llaman la atención por distanciarse de Orwell. Obras diversas como *Nunca me abandones*, de Kazuo Ishiguro, la serie juvenil *Los juegos del hambre*, de Suzanne Collins, la comedia salvaje de Mike Judge *Idiocracia* o la película de Pixar *Wall-E* son todas ellas una sátira de la decadencia del capitalismo, más que del totalitarismo[1403]. Philip Roth opinaba que *La conjura contra América*, su novela sobre una historia alternativa en la que el aviador Charles Lindbergh derrota al presidente Roosevelt en las elecciones de 1940 e instaura el fascismo en Estados Unidos, no tenía mucho en común con *1984*: «Orwell imaginó un enorme cambio en el futuro que tendría terribles consecuencias para todo el mundo; yo intenté imaginar un pequeño cambio en el pasado que habría tenido terribles consecuencias para unos pocos[1404]». La distopía más impactante de la primera década del siglo XXI fue *Hijos de los hombres*, la filosófica adaptación cinematográfica que hizo Alfonso Cuarón de la novela de P. D. James publicada en 1992. La Inglaterra futura que se muestra en la película es miserable, sórdida y violenta, pero no es totalitaria. A pesar de las cámaras de vigilancia y los campos de concentración, el ambiente es caótico, la sensación es de falta de control y el decorado capitalista sigue presente, aunque sea de una forma borrosa y gastada. En un mundo en el que no ha nacido ningún bebé en los últimos dieciocho años, literalmente no hay futuro posible. El panorama de posibilidades agotadas que presenta Cuarón parecía más acorde a las ansiedades de comienzos de siglo, sobre todo después de la crisis financiera de 2008, que la tiranía todopoderosa de Orwell.

Igual de relevante es la serie del guionista británico Charlie Brooker *Black Mirror*, que se convirtió en la distopía por excelencia de la década de 2010, porque fue capaz de expresar la angustia del momento por nuestra dependencia de la tecnología, algo que apenas se había analizado hasta entonces. Cada episodio se centra en una tendencia actual (los *realities*, las redes sociales, la realidad virtual, la política como espectáculo) y la lleva a un extremo digno de Swift. «Cada vez que se inventa algo nuevo se oye por ahí:

“¡Ay, cómo me recuerda a *Black Mirror*!”», dijo Brooker en 2016[1405]. Pero esa no es la cuestión. El tema de *Black Mirror*, como dijo Huxley respecto a *Un mundo feliz*, «no es el progreso de la ciencia como tal, sino el progreso de la ciencia en la medida en que afecta a las personas[1406]». La frase de Neil Postman sobre el libro de Huxley («que aquello que amamos llegara a ser lo que nos arruinara») podría ser el eslogan de esas distopías propuestas por Brooker, que dependen de nuestra complicidad. En la versión de HBO de *Fahrenheit 451*, claramente influida por *Black Mirror*, la tiranía que quema los libros surge de la alianza entre el Gobierno y la industria tecnológica. «No fue el Ministerio el que nos hizo esto —dice uno de los personajes—. Fuimos nosotros. Nosotros pedimos un mundo como este[1407]».

Hay cierta verdad en estas palabras. En el siglo XXI, la moneda de cambio de la industria tecnológica son los datos. Excepto los más desconfiados, todos les contamos de forma rutinaria a empresas como Facebook y Google lo que nos gusta, quiénes son nuestros conocidos o dónde estamos, entre otras muchas cosas. La escritora Rebecca Solnit defiende que Google es un «Hermano Mayor sofisticado». En el treinta aniversario de su anuncio más famoso, Solnit escribió sobre Apple, otra de las grandes tecnológicas: «Es posible que el anuncio “1984” de Apple marque el inicio de esa fantasía según la cual Silicon Valley es parte de la solución y no del problema; un rebelde disidente en vez del nuevo *establishment*[1408]». Tras mencionar la vigilancia gubernamental, la piratería informática, el porno de venganza y la adicción al iPhone, Solnit defiende que el triunfalismo de la década de 1980 y el «Orwell estaba equivocado» fueron, en el mejor de los casos, reacciones precipitadas, cuando no deshonestas. La cibercultura, moldeada por corporaciones poderosas que desprecian la privacidad desde un punto de vista comercial y filosófico, «no ha supuesto una ruptura con el pasado, sino una expansión de lo peor de ese pasado. […] Resulta que, al final, 2014 se parece bastante a *1984*[1409]».

Dave Eggers exploró esos mismos recelos en su novela de 2013 *El Círculo*. Esta historia de una joven llamada Mae Holland y su iniciación en la empresa tecnológica monolítica que da nombre a la novela es una sátira ágil sobre el utopismo de Silicon Valley, llena de astutos guiños a sus predecesores. La famosa tríada de lemas de *1984* se reescribe para la era de las redes sociales: «LOS SECRETOS SON MENTIRAS / COMPARTIR ES QUERER / LA PRIVACIDAD ES UN ROBO[1410]». El *refusenik* con los pies en la tierra al que una multitud voyerista lleva a la muerte nos recuerda a John, el Salvaje, al final de *Un mundo feliz*. El objetivo último del Círculo, la

«transparencia» (vivir toda tu vida en público, en «una apertura nueva y gloriosa, un mundo de luz perpetua[1411]»), hace que las casas de vidrio de Zamiatin y las telepantallas de Orwell parezcan primitivas. La mayor parte de la novela es, en esencia, una exageración de las tendencias actuales. En el último capítulo es cuando de verdad se transforma en una distopía en la que la «vidapropia» se ha abolido sin necesidad de recurrir a la fuerza: Mae demuestra su amor hacia el Hermano Mayor convirtiendo su propia vida en una casa de *Gran Hermano*. «¿Qué implicaría para nosotros la obligación de estar todo el tiempo conectados? —se pregunta Margaret Atwood en su reseña—. Que nos encontraríamos veinticuatro horas al día bajo los focos de la cárcel de la vigilancia. Pasar toda la vida en público es una forma de confinamiento solitario[1412]». *El Círculo* es una nueva encarnación del lugar donde no hay oscuridad.

El libro de Eggers se publicó por casualidad en un momento muy oportuno. El 5 de junio de 2013, unos pocos meses antes de su lanzamiento, *The Guardian* y *The Washington Post* revelaron la existencia de un programa de vigilancia electrónica masiva de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSA, por sus siglas en inglés), basándose en los documentos filtrados por el informático Edward Snowden. Más tarde, Snowden dijo que Orwell ya «nos había advertido de los peligros de este tipo de información», pero el aparato de vigilancia de Oceanía no era «nada comparado con lo que está a nuestra disposición ahora[1413]». El presidente Obama defendió a la NSA de las comparaciones con el Hermano Mayor[1414], el senador Bernie Sanders dijo que era «muy orwelliano[1415]», *The New Yorker* se preguntó: «¿Qué pasa, es que estamos en 1984?»[1416] y las ventas de *1984* se dispararon en Amazon, uno de los gigantes tecnológicos hambrientos de datos[1417].

George Orwell no predijo la invención de internet (aunque es posible argumentar que E. M. Forster sí) y tenía un conocimiento tecnológico muy rudimentario, pero desde la década de 1980 cada vez que se habla de este tipo de temas, se le menciona. Los más optimistas, como Nam June Paik, el creador de *Good Morning, Mr. Orwell*, veían internet como una fuerza imparable que imposibilitaría la tiranía: «Así que al final George Orwell se equivocó en *1984*[1418]». Peter Huber reescribió *1984* en un tono irreverente en *Orwell's Revenge: The 1984 Palimpsest* (La venganza de Orwell. El palimpsesto de 1984); en su opinión, Orwell «estaba completa, irremediable y escandalosamente equivocado[1419]» sobre la telepantalla porque la comunicación en línea, como la entonces emergente World Wide Web, traerá

consigo un mundo «en el que los que velan son los proles y el Partido no puede hacer nada más que someterse[1420]».

Por el contrario, en su prólogo a la edición de 2003 de *1984*, el novelista Thomas Pynchon escribió que internet era «un avance que permite un control social a una escala que esos pintorescos tiranos del siglo XX con sus estúpidos bigotes ni siquiera podían imaginar[1421]». Las revelaciones de Snowden inclinaron la balanza hacia el análisis de Pynchon. El optimismo sobre el potencial de internet para controlar el poder gracias a la luz perpetua de la información ilimitada comenzaba a parecer ridículo.

1984 y *Un mundo feliz* solían entenderse como distopías mutuamente excluyentes. Sin embargo, en 1984, mientras Neil Postman escribía *Divertirse hasta morir*, Sybille Bedford, biógrafa de Aldous Huxley, llegó a una conclusión diferente. Ella describió esa elección como un falso binario: «Hemos entrado en la era de las tiranías mixtas[1422]». Con ello, se refería a que los que buscan el poder en la actualidad están dispuestos a recurrir a cualquier combinación de coerción, seducción y distracción que demuestre ser efectiva.

La «eficacia» es uno de los lemas de la tiranía mixta de Vladímir Putin, también denominada «democracia dirigida». Desde que se convirtió en presidente de Rusia en el año 2000, gracias al ansia de poder y estabilidad que trajeron consigo las angustiosas turbulencias de los años noventa poscomunistas, el antiguo agente de la KGB ha reintroducido poco a poco ciertos rasgos del antiguo régimen, como el culto al líder, los desfiles militares, las detenciones masivas, los juicios espectáculo, los prisioneros políticos, las agresiones territoriales, el Estado unipartidista, la censura, la nuevalengua y una paranoia endémica. En 2012, Putin expresó su sueño de establecer un sustituto a la Unión Europea, que estuviese liderado por Rusia y se extendiese «desde Lisboa a Vladivostok[1423]», un espacio libre de conceptos molestos como los derechos humanos o las elecciones libres y justas. Inspirado por el pensador fascista Aleksandr Dugin, lo llamó Eurasia. En 2014, en Rusia Stalin alcanzó póstumamente un índice de aprobación del cincuenta y dos por ciento, lo que demuestra a ciencia cierta que el *Homo sovieticus* había sobrevivido a la Unión Soviética.

Por supuesto, la justificación de Putin no es igual que la de Stalin (nacionalismo y conservadurismo cultural en vez de ideología marxista) y su ejecución es menos tosca, mantiene al menos una apariencia de libertad de expresión y oposición política. El objetivo de este tipo de autoritarismo no es

el control total, sino el control «efectivo». En su última entrevista importante antes de su muerte, en 2005, el gran reformador Aleksandr Nikolaevich Yakovlev dijo que la debilidad rusa por los líderes fuertes era una «enfermedad» y se lamentó de que el país hubiera vuelto a un Estado centralizado a costa de una sociedad sana. «Si el Estado así lo desea, la sociedad será civil, o semicivil, o un mero rebaño —dijo—. Véase en Orwell una buena descripción de esto[1424]». Por supuesto, pero también en Huxley.

Cuando el periodista y cineasta Peter Pomerantsev empezó a trabajar para la televisión estatal rusa, en 2006, no tardó en ser consciente de que en ella se mezclaban «espectáculo y propaganda, las audiencias con el autoritarismo[1425]». En ese momento, el asesor de Putin sobre los medios de comunicación era Vladislav Surkov, antiguo director de teatro y relaciones públicas con un rostro afable y anodino y una mente como una trampa de acero, encargado de definir «el mismísimo lenguaje y las categorías en que el país piensa y siente[1426]». Surkov fue pionero de la política de la posverdad y generó una bruma desestabilizadora de mentiras, bulos y contradicciones ante la cual la respuesta natural era un cinismo nihilista que cuestiona la existencia misma de los hechos. El título del libro de Pomerantsev sobre Putin y la Rusia de Surkov es una paráfrasis de la memorable frase de Arendt sobre el totalitarismo y la verdad: *Nada es verdad y todo es posible*. Luke Harding, experto en Rusia, lo denomina «Versionlandia[1427]».

Estamos ante un nuevo tipo de orwellianismo. La generación de Orwell vivió las consecuencias de Grandes Mentiras tan absurdas que solo se podían sustentar con el control extremo del totalitarismo. Sin embargo, los autoritarios del siglo XXI no necesitan ir tan lejos. «No es necesario que nadie crea en una ideología concreta y, por eso, no es necesario recurrir a la violencia ni al terror policial —escribió la historiadora Anne Applebaum en un ensayo de 2018 para *The Atlantic*—. No se obliga a la gente a pensar que el blanco es negro, que la guerra es la paz, ni que las granjas estatales han alcanzado el mil por ciento de la producción prevista[1428]». Los autoritarios actuales dependen, en cambio, de «mentiras medianas»: «todos ellos animan a sus seguidores a participar, al menos parte del tiempo, en una realidad alternativa[1429]».

Internet ha permitido que esta mentalidad se expanda mucho más allá de las fronteras rusas, a medida que el principal productor de desinformación ha ido exportando su realidad alternativa a unas democracias que no tenían ni idea de lo vulnerables que eran.

* * *

Cuando Kellyanne Conway, consejera del presidente Trump, usó por primera vez la expresión «hechos alternativos» el 22 de enero de 2017, *1984* volvió con bombo y platillo a las listas de los más vendidos. *The Hollywood Reporter* dijo que la novela, cuyos derechos cinematográficos estaban entonces en manos del director Paul Greengrass, era «la propiedad literaria más valiosa del sector[1430]». Decenas de cines de todos los rincones de Estados Unidos anunciaron la proyección de *1984* de Michael Radford el 4 de abril porque «los relojes ya están dando las trece[1431]». Los productores teatrales Sonia Friedman y Scott Rudin les pidieron a los dramaturgos Robert Icke y Duncan Macmillan que llevasen lo antes posible su exitosa obra *1984* a Broadway. «Pasó de cero a cien en cuestión de cinco días —me dijo Icke cuando hablé con él y con Macmillan en el teatro londinense Almeida un año más tarde—. Nos dijeron: "Creemos que es importante que esta obra esté en Broadway ahora[1432]"».

Un personaje se pregunta al principio de la obra: «¿Cómo empiezas a hablar de una de las cosas más importantes que se han escrito nunca?»[1433]. Un régimen totalitario como el Socing es una especie de escenario teatral en sí mismo: tiene un guion, unos papeles asignados, escenarios, utilería y señales para los aplausos. Cuando, en 2011, Icke y Macmillan empezaron a pensar en llevar *1984* a los escenarios, querían evitar los lugares comunes. «Me acuerdo de decir que no queríamos un tipo con un mono azul caminando junto a un cartel enorme, porque resulta tan familiar que ya no transmite nada —dijo Icke—. Para conseguir que te impliques de verdad en la historia son necesarias cierta distancia y cierta confusión: ¿en serio la conoces tan bien como pensabas?». Leyeron *1984* una y otra vez, buscando una «puerta de atrás» que las otras adaptaciones no hubiesen encontrado. Esa puerta fue la teoría del apéndice, que convierte el resto del libro en un documento histórico estudiado y editado por alguien desconocido. Cuando te adentras por ese camino, la novela se transforma en un laberinto desconcertante de acertijos, paradojas y misterios. «Cuando se lee de forma adecuada, cada persona la entiende de una manera distinta —dijo Macmillan—. Todo es al mismo tiempo verdad y mentira. Es el doblepiensa como recurso estructural».

Mientras que la película de Michael Radford aclara el texto de Orwell, haciendo una clara distinción entre lo que es real y lo que no lo es, la obra de teatro se sumerge en su ambigüedad. Entre las principales influencias de Icke y Macmillan encontramos a David Lynch, *El resplandor, ¡Olvídate de mí!* y los sueños comatosos de Tony Soprano en *Los Soprano*: obras que exploran

el submundo que se extiende entre la realidad, la fantasía y la memoria. Pidieron a los actores que ejercitasen una forma propia de doblepiensa, que interpretasen a los personajes de manera que no estuviera claro qué es real ni de quién te puedes fiar. La obra termina cuando un lector del mundo futuro, de una época posterior al apéndice, hace una pregunta final: «¿Cómo podemos saber que el Partido fue derrocado? ¿No sería de su interés estructurar el mundo de tal forma que pensemos que ya no está…?»[1434].

«No queríamos darles a los espectadores el puzle ya hecho —dijo Macmillan—. Queríamos intentar presentarlo en toda su complejidad. Fue muy interesante leer las reseñas y escuchar al público, que cada noche salía del teatro discutiendo sobre lo que acababa de ver. —Se ríe—. Por los comentarios en Twitter durante la función en Broadway parecía que todo el mundo pensaba que los demás no se estaban enterando de nada».

Icke temía que su enfoque experimental hacia el libro fuera «una fiesta a la que nadie quería acudir, excepto nosotros», pero cuando *1984* se estrenó en el teatro Playhouse de Nottingham, en septiembre de 2013, tres meses después de las filtraciones de Snowden, fue todo un éxito. Sus tres siguientes temporadas en el West End de Londres se desarrollaron en tres contextos políticos muy diferentes: la tercera temporada arrancó en junio de 2016, durante la campaña para el referéndum del Brexit y poco antes del asesinato de la diputada laborista Jo Cox a manos de un terrorista de extrema derecha. Durante las representaciones en el teatro neoyorquino Hudson, que comenzaron el 18 de mayo de 2017, los directores se dieron cuenta de que la reacción de la audiencia cambiaba cada noche en función de lo que hubiese hecho Donald Trump ese día. La noche después de que Trump tuiteara una palabra sin sentido («covfefe»), el público tenía tantas ganas de reírse que un actor se sintió desconcertado: «He actuado en comedias en las que el público no se reía tanto». Otra noche, las noticias eran tan malas y el estado de ánimo, tan intenso que algunas personas se desmayaron. En una tercera representación, cuando O'Brien preguntó: «¿En qué año estamos?»[1435], una mujer respondió a gritos: «¡En 2017 y estamos jodidos!». Aunque Icke y Macmillan incluyeron el fragmento sobre la Declaración de Independencia del apéndice de Orwell en la producción para Broadway, se resistieron, a pesar de las presiones, a transformar la obra en algo más tópico y actual, e incluso eliminaron algunas frases que habían empezado a ser demasiado obvias. Más tarde, Icke llegó a preguntarse si el momento en que fueron a Broadway fue demasiado oportuno: «La ciudad parecía avergonzada y triste, además de furiosa. No estaban listos para enfrentarse a eso». La otra

producción de Broadway en ese momento era *Hello, Dolly!*, una obra de Scott Rudin que era pura evasión. Según Icke, Julia habría elegido *Hello, Dolly!*

Durante su temporada en Broadway, una cita increíblemente profética de *1984* se hizo viral: «Nadie se va a rebelar. Nadie va a levantar la vista de las pantallas durante el tiempo suficiente para darse cuenta de lo que está pasando en realidad[1436]». Sin embargo, esa cita no es de la novela: la escribieron para la obra. Icke y Macmillan estaban encantados por la ironía de haber reescrito la historia sin que nadie se diera cuenta.

«Creo que a mi padre le habría hecho gracia Donald Trump en un sentido irónico —comentó Richard Blair en 2017—. Tal vez habría pensado: "Ahí está el tipo de hombre sobre el que escribí hace tanto tiempo[1437]"».

Es necesario recordar que Donald Trump no es un Hermano Mayor. Y, a pesar de haber revivido frases tóxicas como «América primero» y «enemigo del pueblo», tampoco nos lleva de vuelta a la década de 1930. Tiene la crueldad y las ansias de poder de un dictador, pero le falta la disciplina, la inteligencia y la ideología para ello. Sería más adecuado compararlo con Buzz Windrip, el torpe populista de *Eso no puede pasar aquí*, de Sinclair Lewis, o, en el mundo real, con Joseph McCarthy, un demagogo que hizo alarde de unos niveles similares de narcisismo, falta de honestidad, resentimiento y ambición pura y dura, junto a una habilidad asombrosa, como la de Trump, de conseguir que los periodistas bailen al ritmo de su canción, por mucho que le odien[1438].

Por supuesto, encontramos precedentes en la obra de Orwell. Durante la campaña de Trump contra Hillary Clinton, era casi imposible ver al candidato animando a sus seguidores a gritar «¡que la encierren!» y no pensar en los Dos Minutos de Odio y la descripción que hace Orwell de la mentalidad del Partido: «un continuo frenesí de odio a los enemigos y los traidores internos, de triunfalismo ante las victorias y de humillación ante el poder y la sabiduría del Partido[1439]». El lema de Trump («Make America Great Again» [¡Arriba Estados Unidos!)] está muy cerca de la referencia de Orwell al «americanismo al cien por cien[1440]». El presidente cumple casi todos los criterios de la definición de fascismo que propuso Orwell en 1944: «cruel, sin escrúpulos, arrogante, obscurantista, antiliberal y en contra de la clase trabajadora, […] casi cualquier persona inglesa aceptaría "abusón" como sinónimo de "fascista[1441]"».

Orwell sostenía que este tipo de hombres solo puede llegar a lo más alto cuando el *statu quo* no ha conseguido satisfacer las necesidades de justicia,

seguridad y dignidad de los ciudadanos, pero para la victoria de Trump fue necesario otro ingrediente crucial. No llegó al poder por medio de una revolución, ni de un golpe de Estado. No aprovechó una recesión ni una atrocidad terrorista, ni mucho menos una guerra nuclear o una crisis de fertilidad. Su camino a la Casa Blanca atravesó la «Versionlandia» propia de Estados Unidos.

Si algunos radioyentes de *La guerra de los mundos* de Orson Welles se creyeron la retransmisión sin comprobar otras fuentes, fue por una fe excesiva en la autoridad de los medios de comunicación. Los modernos difusores de desinformación, en cambio, dependen precisamente de una falta de confianza en dicha autoridad. Como arguyó la escritora de ciencia ficción Marta Randall en 1983, el colapso de la confianza en el discurso establecido, provocado por escándalos como el Watergate o los papeles del Pentágono, quizá tenga como consecuencia un país en el que los ciudadanos «podrían dejar de confiar por completo en las noticias “oficiales[1442]”», hasta un punto que va mucho más allá de un escepticismo sano.

Durante las dos décadas previas a las elecciones de 2016, grupos como los negacionistas del cambio climático, los antivacunas, los creacionistas, los pertenecientes al movimiento *birther*, que no aceptan que Obama sea estadounidense, los que rechazan el relato oficial del 11-S y los conspiracionistas de todo tipo han hecho gala de un desprecio feroz hacia cualquier evidencia factual que contradiga sus creencias. En ese proceso, a menudo han recibido el apoyo de medios de comunicación de derechas, como Fox News, de emisoras amarillistas y conservadoras y de la caja de resonancia de internet. Esa mentalidad, cada vez más habitual, es una mezcla tóxica de cinismo y credulidad. Personas que se enorgullecen de desconfiar de la CNN o *The New York Times* están encantadas de aceptar al pie de la letra publicaciones de Facebook sin referencias o teorías pseudocientíficas; dudan de la BBC, pero aceptan con los brazos abiertos la propaganda de Putin o del sirio Bashar al Asad.

Puede que la escena más reveladora de *1984* sean los Dos Minutos de Odio. En la pantalla, Goldstein está diciendo la verdad, grita «histéricamente que habían traicionado la revolución[1443]», para que todo el mundo pudiera oírlo y creerlo, pero nadie lo hace, excepto Winston. El Partido no proyectaría algo así sin censurar a menos que estuviese seguro de que sería ignorado; si ni siquiera crees en la existencia de Goldstein, entonces el cinismo es aún más obsceno. De igual forma, la eficacia de las noticias falseadas que Winston

elabora en el Ministerio de la Verdad depende de la ignorancia, la pereza y los prejuicios de los lectores, en la misma medida que depende del poder estatal.

Las consecuencias de que tantos estadounidenses hayan abdicado de la realidad han sido desastrosas. Durante la campaña electoral de 2016, la Agencia de Investigación de Internet, una fábrica de troles rusa, inundó las redes sociales con historias falsas que buscaban crear confusión, cinismo y división. Uno de los memes más populares de dicha agencia decía: «La gente cree lo que los medios le dicen que crea: George Orwell[1444]». Era una cita inventada. Orwell jamás utilizó la expresión «los medios», una fórmula que no se empleó de forma habitual hasta después de su muerte, y nunca habría hecho una alegación tan simplista. Es asombrosa la ironía de que los propagandistas rusos hablen por boca de Orwell para aprovechar su prestigio como defensor de la verdad y así reducir la confianza en el periodismo.

Algunas de las cuentas de redes sociales que difundieron historias y memes como estos eran falsas (nombres falsos, fotos falsas, biografías falsas), pero muchas eran verdaderas, porque los arquitectos de la *dezinformatsiya* se dieron cuenta de que estaban empujando una puerta entreabierta. Al presentar un análisis sobre la epidemia de bulos en los tableros de Reddit, el director ejecutivo de la empresa, Steve Huffman, declaró: «Estoy convencido de que el mayor riesgo al que nos enfrentamos los estadounidenses es a nuestra capacidad para diferenciar la realidad del sinsentido. Ojalá la solución fuese tan sencilla como prohibir toda la propaganda, pero no es tan fácil[1445]». El expresidente Barack Obama afirmó algo parecido: «Uno de los desafíos más complicados a los que se enfrenta nuestra democracia es que, en gran medida, no compartimos una base común. Los rusos se han aprovechado […] del hecho de que operamos en universos de información completamente diferentes[1446]». La crisis epistemológica de Estados Unidos fue una oportunidad de oro para Trump. Si consiguió ganar las elecciones de 2016 fue solo porque un número significativo de estadounidenses vivía *de facto* en una realidad paralela.

Las redes sociales facilitaron en gran medida este proceso cuando se convirtieron en la principal fuente de información de millones de estadounidenses, sin la supervisión editorial de los medios de comunicación tradicionales. En 2017, en respuesta a las críticas, Alex Stamos, jefe de seguridad de Facebook, defendió que utilizar el burdo instrumento del aprendizaje automático para eliminar las noticias falsas podría convertir a la plataforma en «el Ministerio de la Verdad con un sistema de aprendizaje automático[1447]». Lo que está claro es que, al no actuar a tiempo, Facebook

permitió que actores perjudiciales (como la Agencia de Investigación de Internet) difundiesen con libertad información no contrastada. Es probable que el problema se agrave. La síntesis de imágenes conocida como *deepfake* o «ultrafalso» que se está desarrollando en la actualidad (en la que se combinan gráficos computacionales con inteligencia artificial para crear imágenes que solo pueden ser identificadas como artificiales tras un análisis por parte de expertos) tiene el potencial de construir un laberinto de paranoia en el que, en función de los prejuicios de los espectadores, ciertas imágenes falsas serán consideradas verdaderas y ciertas imágenes verdaderas serán consideradas falsas. Gracias al *deepfake*, el ficticio camarada Ogilvy, inventado por Winston, podría caminar y hablar, mientras que la fotografía crucial de Jones, Aaronson y Rutherford podría considerarse un bulo. No existe una solución tecnológica, el problema reside en la naturaleza humana.

Es realmente orwelliano que Trump y sus compañeros autoritarios le hayan dado la vuelta a la expresión «fake news» o «noticias falseadas» y ahora se utilice para designar una noticia real que no les gusta, mientras que las mentiras flagrantes han pasado a ser «hechos alternativos». En marzo de 2019, *The Washington Post* calculó que Trump había hecho 9014 afirmaciones falsas durante sus primeros 773 días como presidente en funciones; la media había aumentado de unas 6 al día durante el primer año a 22 al día en 2019[1448]. Trump crea su propia realidad y mide su poder en función del número de personas que se lo permite: cuanto más rudimentaria sea la mentira, más poder denota el hecho de que la gente se la crea. El abogado de Trump, Rudy Giuliani, creó sin querer un lema de la Versionlandia estadounidense, al gritar en una entrevista: «¡La verdad no es verdad!»[1449]. La realidad se encuentra en nuestro cerebro.

Las viejas pesadillas distópicas resurgieron en el Estados Unidos de Trump con fuerzas renovadas. Gracias a la adaptación para televisión que hizo Hulu de *El cuento de la criada*, la novela de Atwood vendió otros tres millones y medio de ejemplares, inspiró una nueva ola de distopías feministas y consiguió que el uniforme de las criadas, con sus mantos rojos y sus cofias blancas, tuviese tanto éxito entre los manifestantes como la máscara de V. Una manifestante que protestaba en la investidura de Trump llevaba un cartel que decía: «¡QUE MARGARET ATWOOD VUELVA A SER FICCIÓN!». Atwood anunció que iba a publicar una segunda novela sobre Gilead, *Los testamentos*, en 2019; a diferencia de Orwell, ella sí había vivido el tiempo suficiente para escribir su propia secuela. El trumpismo era el telón de fondo tanto de *El cuento de la criada* de Hulu, como de *Fahrenheit 451* de HBO y de *Sueños*

eléctricos, una serie de Channel 4-Amazon Video basada en los relatos cortos de ciencia ficción de Philip K. Dick. Dee Rees, su directora y guionista, reveló que su radical adaptación del relato «The Hanging Stranger» (El extraño colgado), que se transforma en un comentario mordaz sobre la paranoia política, surgió a raíz de la campaña electoral de 2016. «Se expresaron y alimentaron muchas ideas peligrosas y se permitió que se propagasen. […] "Esto no está pasando de verdad", decían. "Lo que ves no es lo que realmente ves", decían. "Lo que estás escuchando no es lo que en realidad se quería decir", decían[1450]».

Durante un discurso en julio de 2018, el propio Trump afirmó: «Lo que veis y lo que leéis no es lo que está pasando[1451]». También se hizo viral otra frase de *1984*, pero esta vez sí era de la novela: «El Partido instaba a negar la evidencia de tus ojos y oídos. Era su orden última y más esencial[1452]».

Es muy posible que sintamos nostalgia de esa época hace veinte años, cuando el Hermano Mayor era una broma y Orwell había «ganado». En una época plagada de populismos de extrema derecha, nacionalismos autoritarios, desinformación desenfrenada y una confianza menguante en la democracia liberal, no es fácil descartar sin más el mensaje de *1984*. Eso, claro está, los que podemos leer dicho mensaje: en China, donde se aplica el régimen de censura más sofisticado del mundo, cualquier referencia al libro de Orwell se elimina de internet, igual que cualquier otra mínima expresión de desacuerdo.

Orwell fue al mismo tiempo demasiado pesimista y no lo suficientemente pesimista. Por un lado, Occidente no sucumbió al totalitarismo; el consumismo (y no una guerra interminable) se convirtió en el motor de la economía global. Pero no supo valorar la tenacidad del racismo y del extremismo religioso. Tampoco fue capaz de anticipar que los hombres y mujeres comunes y corrientes abrazarían el doblepiensa con el mismo entusiasmo que los intelectuales y, sin necesidad de recurrir al miedo ni a la tortura, elegirían creer que dos más dos es lo que quisieran que fuera.

1984 trata de muchas cosas y son las preocupaciones de sus lectores las que determinan cuál es primordial en cada momento de la historia. Durante la Guerra Fría, era un libro sobre el totalitarismo. En la década de 1980 se transformó en una advertencia sobre la tecnología invasiva. Hoy en día, es sobre todo una defensa de la verdad. Al final de la primera semana de la presidencia de Trump, Adam Gopnik, de la revista *The New Yorker*, se disculpó por haber pensado que la advertencia de Orwell era demasiado rudimentaria para el mundo moderno: «nos recuerda lo que Orwell

comprendió acerca de este tipo de autoritarismo salvaje: en esencia, que se basa en mentiras repetidas tantas veces que luchar contra ellas no es solo más peligroso que repetirlas, también es mucho más agotador. […] La intención no es que la gente se las crea, sino que se sienta intimidada por ellas. La mentira no es una declaración sobre unos hechos concretos; la demencia es una forma deliberada de desafiar la idea misma de la cordura[1453]». De este modo, volvemos al punto de partida: Orwell en España. Es probable que «Recuerdos de la guerra civil española» se haya citado más en los últimos tres años que en los sesenta y tres años anteriores:

> Estoy dispuesto a creer que la historia es en su mayor parte inexacta y sesgada, pero lo peculiar de la época en que vivimos es la renuncia total a la idea de que la historia podría escribirse con arreglo a la verdad. En el pasado, se mentía adrede o se coloreaba de manera inconsciente lo que se escribía, o bien se esforzaban los autores por precisar la verdad, aun a sabiendas de que habían de incurrir en no pocos errores. En todo caso, esos autores creían que existían «realidades», y que estas eran más o menos fáciles de descubrir. […] Es ese fundamento común del acuerdo, con su implicación de que todos los seres humanos pertenecen a una misma especie animal, lo que destruye a conciencia el totalitarismo. […] El objetivo implícito en esta línea de pensamiento es un mundo pesadillesco en el que el Jerarca Máximo, o el reducido grupo que detente el gobierno, controle no ya el futuro, sino también el pasado[1454].

El temor de Orwell era que «el concepto mismo de verdad objetiva va desapareciendo poco a poco del mundo[1455]»; ese es el núcleo oscuro de *1984*. Esa era su principal preocupación mucho antes de inventar el Hermano Mayor, Oceanía, la nuevalengua o la telepantalla y es más importante que cualquiera de ellos. En su reseña original de 1949, la revista *Life* identificó la esencia del mensaje de Orwell: «Mientras los hombres sigan creyendo en hechos que se pueden probar y venerando el espíritu de la verdad en la búsqueda del conocimiento, nunca serán esclavos[1456]». Setenta años más tarde, ese condicional cada vez parece más difícil de preservar.

Epílogo

Todos sabemos cómo acaba *1984*. Devastado por lo ocurrido en la habitación 101, Winston Smith está sentado en una mesa del Café del Castaño, anestesiado por la ginebra de la Victoria y distraídamente escribe una ecuación en el polvo de la mesa. Pero ¿qué escribe exactamente? En la primera edición y en todas las ediciones desde 1987, escribe: «2 + 2 = 5»[1457]. Pero, durante casi cuarenta años, la edición de bolsillo de Penguin omitió el cinco: «2 + 2 =».

Hasta ahora nadie ha encontrado pruebas para explicar dicha omisión. Una hipótesis afirma que es solo una errata, aunque se trate de una sospechosamente importante. Otra, que un cajista rebelde, incapaz de aceptar la derrota absoluta, eliminó ese cinco. Una tercera posibilidad es que el propio Orwell hiciera una modificación poco antes de su muerte. Sea como fuere, esa grieta en el texto deja pasar un rayo de esperanza para Winston y eso altera de forma radical el mensaje de Orwell. En la película de Michael Radford, John Hurt escribe «2 + 2», y se detiene. «Creo que esa pausa es necesaria —dijo Radford—. Puede que consiga encontrar una salida. Me habría afectado mucho poner "2 + 2 = 5". Es demasiado sombrío. Se pierde la conexión humana[1458]».

Igual que la teoría del apéndice, el asunto del cinco omitido revela un fuerte deseo de creer que la historia de Winston no es tan lúgubre como parece y que Orwell dejó un resquicio de esperanza para los lectores atentos: el «espíritu del Hombre[1459]» sobrevive a pesar de todo. En mi opinión, sí hay esperanza en el libro. Inspirados el uno por el otro, un cobarde y una cínica se convierten en héroes, hasta el punto de arriesgarlo todo y, al final, a Winston lo destruyen solo porque un hombre inmensamente poderoso se empeña en acabar con él, cueste lo que cueste. También vale la pena recordar que los alardes de O'Brien sobre la inmortalidad del Socing y la imposibilidad de resistencia no deben tomarse al pie de la letra. Estoy

convencido de que la fuerza de la advertencia de Orwell reside en el hecho de que el lector sienta que, en 1984, para Winston y Julia ya era demasiado tarde, para recordarnos así que en el mundo real todavía estamos a tiempo.

Desde el primer día, las críticas hostiles hacia *1984* han acusado a Orwell de haber perdido la esperanza en la humanidad: el futuro será espantoso y no puedes hacer nada al respecto. Sin embargo, no hay nada ni en la vida ni en la obra de Orwell que respalde esa imagen desesperanzada. Al contrario, exceptuando una breve vacilación en «En el vientre de la ballena», él siempre utilizó su «capacidad para afrontar los hechos menos agradables[1460]» para inspirar una mayor conciencia, y autoconciencia, y así erradicar las mentiras y falacias que asolan la vida política y ponen en peligro la libertad. No se habría esforzado tanto (y a qué coste) en escribir *1984* solo para informar a sus lectores de que estaban condenados. Quería provocar, mover a la acción, no paralizar, como recalcó Philip Rahv, de *Partisan Review*, en su reseña de 1949: «Si leemos esta novela solo como una simple predicción de lo que vendrá, nos estamos equivocando. No se trata de una sentencia fatídica que busca paralizar nuestra voluntad. […] Al contrario, lo que busca es empujar al mundo occidental hacia una resistencia más consciente y militante frente al virus del totalitarismo al que se encuentra expuesto[1461]». Dicho de otra forma: el futuro podría ser espantoso si no haces nada al respecto.

No cabe duda de que el setenta aniversario de *1984* coincide con una época sombría para la democracia liberal. Aun así, en todo el mundo, millones de personas de esa «comunidad basada en la realidad» siguen luchando contra las mentiras, para reafirmar que los hechos sí que importan, para defender y preservar la honestidad y la integridad y exigir la libertad de decir que dos más dos son cuatro. Para esas personas, este libro aún tiene mucho que ofrecer. Dado que a Orwell le interesaba más la psicología que los sistemas, *1984* es un compendio de todo aquello que descubrió sobre la naturaleza humana en lo que se refiere a la política (los sesgos cognitivos, los prejuicios sin analizar, las concesiones morales, las trampas lingüísticas y los mecanismos de poder que permiten que la injusticia gane la partida) y sigue siendo una guía incomparable de todo aquello con lo que debemos tener cuidado. Orwell escribía para su época pero, como Winston, también «para el futuro, para los que aún no habían nacido[1462]». Como escribió en su prefacio a *Rebelión en la granja*, los valores liberales «no son indestructibles, y es necesario hacer un esfuerzo consciente para que sigan con vida[1463]».

1984 fue la contribución definitiva y esencial de Orwell a ese esfuerzo colectivo. En la declaración que le dictó a Fredric Warburg desde su cama en

el sanatorio de Cranham, cuando solo le quedaban unos meses de vida, explica el motivo fundamental que le llevó a escribir ese libro: no busca paralizar nuestra voluntad, sino fortalecerla. «La moraleja que podemos sacar de esta peligrosa pesadilla es simple. No deje que ocurra. Depende de usted[1464]».

Agradecimientos

«Escribir un libro es un combate horroroso y agotador, como si fuese un brote prolongado de una dolorosa enfermedad», afirmó George Orwell en «Por qué escribo». Aun a riesgo de decepcionarle, tengo que decir que escribir este libro ha sido una de las experiencias más gratificantes y placenteras de mi vida. Eso se debe en gran medida al hecho de que no me he sentido solo.

Mis agentes, Antony Topping y Zoë Pagnamenta, creyeron en mí y en mi proyecto cuando estaba de capa caída. Sin su trabajo, apoyo y consejo, este libro no existiría. Mis editores, Gerald Howard, de Doubleday, y Ravi Mirchandani, de Picador, entendieron desde el principio a dónde quería llegar; sus buenos consejos y su buen humor me permitieron hacerlo. También les doy las gracias a sus compañeros, en especial, a Nora Grubb, de Doubleday, y Paul Martinovic, de Picador. Gracias a David Pearson y Michael Windsor por sus impresionantes diseños para la cubierta, a Amy Stackhouse por su rigurosa edición del texto y a Alexandra Dao por hacerme una foto de autor que necesitaba desde hacía años.

Dan Jolin, Lucy Jolin, John Mullen, Alexis Patridis, Padraig Reidy y Jude Rogers leyeron los primeros borradores de algunos capítulos (todos, en el caso de Lucy) y me hicieron comentarios muy valiosos. Hablé de mi idea con Dan antes de haber escrito ni una sola palabra de la propuesta y él me ayudó a transformar algo deshilachado e incoherente en un proyecto bien articulado. Muchos amigos me apoyaron durante la escritura del libro y me transmitieron la convicción de que la gente lo querría leer. Las reflexiones y comentarios entusiastas en Facebook también me fueron de ayuda. Un agradecimiento especial para Joshua Blackburn, Matt Blackden, Jude Clarke, Sarah Ditum, Sarah Donaldson, Tom Doyle, Ian Dunt, Paul Hewson, Caitlin Moran, Brídín Murphy Mitchell, Richard Niland, Hugo Rifkind, mi madre, Tola, y mi hermana, Tammy.

Estoy enormemente agradecido a Robert Icke, Duncan Macmillan y Michael Radford por haberse tomado el tiempo de hablar conmigo sobre sus adaptaciones de *1984* y sus teorías personales sobre el libro. Emma Pritchard, del Almeida Theatre, y Alice Phipps, de United Agents, hicieron posibles esas entrevistas. Helen Lewis fue muy amable al presentarme a Robert. Tony Zanetta, Chris O'Leary y Paul Trynka respondieron a mis preguntas sobre la relación de David Bowie con *1984*. Susie Boyt se ofreció con mucha generosidad a enseñarme unas cartas sin publicar que Orwell le había escrito a su suegro, David Astor. Michaelangelo Matos compartió conmigo su investigación para el libro que estaba preparando sobre la música en el año 1984 (que estoy deseando leer). Ewan Pearson me envió una pieza escurridiza de material de investigación. John Niven me aconsejó que descartara el título provisional; solo tardé un año en hacerle caso. Espero que le guste el nuevo título.

Como periodista autónomo, dependí de que mis editores me dieran un descanso de mis compromisos habituales y me dejaran una puerta abierta para volver. Gracias a Ted Kessler, Niall Doherty y Chris Catchpole, de la revista *Q*, Bill Prince, de *GQ*, Helen Lewis, de *The New Statesman*; Nick de Semlyen, de *Empire*, Rob Fearn, Laura Snapes y mis editores de *The Guardian* y Andrew Harrison y mis compañeros del pódcast *Remainiacs*. Gracias también a los oyentes de *Remainiacs*, que acabaron bombardeados por una cantidad inadmisible de referencias a Orwell. ¿Qué puedo decir? No había quien me lo sacara de la cabeza.

Lo mismo me pasó con algunas de las personas que escribieron sobre Orwell. Nunca conocí personalmente a ninguno de ellos, pero se podría decir que disfruté de su compañía, sobre todo de Robert Colls, Peter Davison, Jeffrey Meyers, John Rodden, William Steinhoff, D. J. Taylor y el difunto Bernard Crick. Estoy en deuda con sus obras. También estoy muy agradecido al personal del archivo Orwell en el University College de Londres y de la British Library, donde investigué y escribí la mayor parte de este libro. En mi opinión, después del Servicio Nacional de Salud, la British Library es la institución pública más preciada de Gran Bretaña. Escribir un libro sobre la importancia de la verdad objetiva intensificó mi respeto hacia todos aquellos periodistas, eruditos y verificadores de información que se esfuerzan por aclarar los hechos en una era en la que proliferan las mentiras, los bulos, los rumores y las equivocaciones. Destacan entre ellos los editores y colaboradores de Wikipedia y Snopes, incansables comunidades en línea que

renuevan mi fe en la determinación de las personas por ver las cosas como son.

Si este libro no ha sido un combate horroroso y agotador ha sido sobre todo gracias a Lucy Aitken, que me ha acompañado en cada paso del camino, desde la primera corazonada hasta la edición final. Además de leer los borradores de varios capítulos y aportar su profundo conocimiento de la industria de la publicidad al apartado sobre el anuncio «1984» de Apple, me ha ofrecido su aliento constante, su curiosidad y su amor. Les dedico este libro a ella y a nuestras hijas, Eleanor y Rosa. Que todos vivamos para ver tiempos mejores.

APÉNDICE

UNA SINOPSIS DE *1984*

Parte primera

Capítulo 1

Era un día frío y luminoso de abril y los relojes daban las trece. Winston Smith, de treinta y nueve años, volvía a su apartamento en las Casas de la Victoria, Londres, Franja Aérea Uno, Oceanía, para empezar un diario secreto. Se trata de una tarea peligrosa en un Estado unipartidista en el que la Policía del Pensamiento, los helicópteros y las telepantallas, que reciben y transmiten información al mismo tiempo, han creado una cultura de continua vigilancia. Los ubicuos carteles del misterioso líder de Oceanía dicen: «EL HERMANO MAYOR VELA POR TI». Winston fabrica propaganda en el Departamento de Archivos del Ministerio de la Verdad, un enorme edificio blanco aterrazado y decorado con las consignas del Partido: «LA GUERRA ES LA PAZ / LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD / LA IGNORANCIA ES LA FUERZA». Los nombres de los Ministerios del Amor, la Paz y la Abundancia resultan igual de irónicos. Lo que motivó a Winston a comenzar el diario fueron los Dos Minutos de Odio de aquella mañana, un ritual celebrado contra Emmanuel Goldstein, presunto traidor, autor de un libro de herejías y líder del movimiento clandestino de resistencia conocido como la Hermandad. Durante el ritual, Winston se fijó en dos personas que le parecieron importantes: un carismático miembro del Partido Interior del Socing llamado O'Brien y una joven de pelo negro que trabaja para el Departamento de Ficción y que podría ser agente de la Policía del Pensamiento. El recuerdo le anima a escribir «ABAJO EL HERMANO MAYOR». Desde ese instante, Winston sabe que está condenado.

Capítulo 2

La esposa de Parsons, vecino de Winston y compañero suyo en el Departamento de Archivos, le pide que le ayude a desatascar el fregadero de la cocina. Los hijos de los Parsons son Espías: el Partido los anima a denunciar a cualquier sospechoso de *crimental*, incluso a sus propios padres. Mientras arregla el fregadero, Winston recuerda un sueño que tuvo siete años antes en el que O'Brien le prometía que se encontrarían en el lugar donde no hay oscuridad. Cuando vuelve a su apartamento, dedica la entrada de su diario al futuro y al pasado.

Capítulo 3

Winston sueña con su madre y su hermana, desaparecidas en la década de 1950, y se siente terriblemente culpable, aunque no sabría decir por qué. Pasa entonces a soñar con la muchacha morena, que se despoja de sus ropas en un paraíso rural que él llama el «País Dorado». Mientras realiza los Ejercicios Gimnásticos obligatorios frente a la telepantalla, Winston se pone a pensar en la forma en la que el Partido reescribe la historia: «Quien controla el pasado controla el futuro. Quien controla el presente controla el pasado». No se puede decir públicamente, por ejemplo, que Oceanía estuvo una vez en guerra con Esteasia, en vez de con Eurasia. Es un buen ejemplo de *doblepiensa*, el hábito mental de mantener simultáneamente dos opiniones contradictorias y creer en ambas, tal como exige el Partido. Winston no se puede fiar ni de sus propios recuerdos.

Capítulo 4

Winston vuelve al trabajo en el Ministerio de la Verdad, donde rectifica copias antiguas del *Time* para que reflejen la línea política más actual e incinera las versiones previas en los *agujeros de la memoria*. Se para un momento a observar a sus colegas: un hombre pequeñito y nervioso llamado Tillotson y un poeta soñador llamado Ampleforth. Winston reescribe un discurso reciente del Hermano Mayor con el objetivo de eliminar a Withers, un héroe de guerra que cayó en desgracia y fue transformado en *nopersona*; lo reemplaza por el Camarada Ogilvy, una invención suya. Cuando acaba, Ogilvy existe y Withers, no.

Capítulo 5

Winston almuerza en el comedor con Parsons, un esclavo servil, y el filólogo Syme, que se entusiasma hablando de los avances de la nuevalengua, un léxico abreviado diseñado para limitar el alcance del pensamiento. Winston vuelve a ver a la chica morena y sigue sospechando que se trata de una espía del Partido.

Capítulo 6

Winston recuerda su breve e infeliz matrimonio con Katharine, tan leal al Partido, hace ya una década, así como una visita a una prostituta tres años antes. Los recuerdos le hacen reflexionar sobre la supresión del instinto sexual en Oceanía.

Capítulo 7

Winston piensa en la situación de los proles y la destrucción de la historia. Recuerda haber visto a los supuestos traidores Jones, Aaronson y Rutherford en el Café del Castaño y haber encontrado, años más tarde, una fotografía que demostraba su inocencia, aunque la destruyó de inmediato. Promete aferrarse a su cordura y su creencia en la verdad objetiva, ejemplificada en la ecuación 2 + 2 = 4.

Capítulo 8

A pesar de la prohibición del individualismo, o *vidapropia*, Winston se adentra en el barrio prole, donde pregunta sin éxito a un viejo sobre la vida antes del Socing. Visita también la tienda donde consiguió su diario y compra un pisapapeles de coral. El dueño, el señor Charrington, le habla de una vieja canción llamada «Naranjas y limones». De camino a casa, vuelve a ver a la chica morena. Piensa que inevitablemente será torturado hasta la muerte.

Parte segunda

Capítulo 1

La chica morena le pasa una nota a Winston en la que pone: «Te quiero». Acuerdan encontrarse en la plaza de la Victoria durante un convoy de prisioneros euroasiáticos; allí organizan una cita en la zona rural al oeste de Londres.

Capítulo 2

Winston se encuentra con la chica morena en una zona de campiña que es casi igual que el País Dorado de sus sueños. Le dice que se llama Julia y le revela que ella también odia al Partido. Hacen el amor entre las campanillas azules.

Capítulo 3

Mayo. A medida que se desarrolla la aventura de Winston y Julia, él va descubriendo más sobre su rebelión privada y apolítica contra el Partido. «Somos los muertos», le dice él.

Capítulo 4

Winston alquila la habitación que se encuentra encima de la tienda del señor Charrington para usarla como nido de amor. Desde la ventana escucha a

una prole cantar una canción producida por el Departamento de Música. Tiene una fuerza inesperada.

Capítulo 5

Junio. Syme desaparece. Los preparativos para la Semana del Odio van en aumento. Winston y Julia comparan su visión del mundo.

Capítulo 6

O'Brien invita a Winston a pasar por su casa para recoger un ejemplar de la última edición del *Diccionario de nuevalengua*.

Capítulo 7

En un sueño, Winston recuerda haber traicionado a su madre y su hermana por un trozo de chocolate el mismo día que desaparecieron. El sueño le recuerda que los proles, a diferencia de los miembros del Partido, han seguido siendo humanos. Winston y Julia prometen que nunca se traicionarán.

Capítulo 8

Winston y Julia visitan el apartamento de O'Brien para solicitar unirse a la Hermandad. Ante su criado, Martin, O'Brien les hace prometer que harán enormes sacrificios y cometerán crímenes terribles en nombre de la Hermandad. Asegura que le hará llegar a Winston una copia del libro de Goldstein, en el que se explica la verdadera naturaleza del Socing. Los dos hombres intercambian versos de «Naranjas y limones».

Capítulo 9

Agosto. Cuando se está llegando al momento álgido de la Semana del Odio, se declara que Oceanía está en realidad en guerra con Esteasia: Oceanía siempre ha estado en guerra con Esteasia. En la manifestación, le entregan a Winston el libro de Goldstein: *Teoría y práctica del colectivismo oligárquico*. En la cama junto a Julia lee la mayor parte de dos capítulos en los que se explican los motivos de la guerra constante, las similitudes entre los tres superestados, la estructura del Partido y el ejercicio del doblepiensa. Deja de leer en un momento crucial porque Julia se ha quedado dormida.

Capítulo 10

Winston se despierta convencido de que el futuro les pertenece a los proles. Su optimismo se resquebraja cuando una voz metálica anuncia desde una telepantalla escondida que están detenidos. El señor Charrington se revela

como un agente de la Policía del Pensamiento. El pisapapeles se rompe en mil pedazos.

Parte tercera

Capítulo 1

Winston se despierta en una celda blanca y sin ventanas del Ministerio del Amor. En la misma celda se encuentran, entre otros, Parsons (que ha sido denunciado por su propia hija), Ampleforth y una mujer vieja que podría ser su madre. A algunos se los llevan a un lugar llamado la habitación 101. Viene O'Brien y le dice que siempre ha trabajado para el Partido.

Capítulo 2

Durante semanas torturan a Winston y este confiesa todo tipo de crímenes imaginarios. Un día, le atan a una camilla y O'Brien le interroga; cada vez que su respuesta es incorrecta, recibe una descarga eléctrica. O'Brien le dice que está loco y que tienen que curarle antes de matarle.

Capítulo 3

Los interrogatorios continúan. O'Brien afirma que colaboró en la redacción del libro de Goldstein, junto a otros miembros del Partido Interior. Le explica que el Partido ambiciona el poder en sí mismo y que este debe demostrarse por medio del terror constante y del control de la realidad. Cuando Winston protesta e insiste en que el espíritu del Hombre acabará venciendo, O'Brien le obliga a mirarse en un espejo y enfrentarse a su deterioro físico. Está quebrantado, tal como él sabía que iba a pasar, excepto en un aspecto: no ha traicionado a Julia, aunque O'Brien asegura que ella sí le ha traicionado a él.

Capítulo 4

Han pasado semanas o meses. Winston se encuentra mucho mejor tras haber capitulado y aceptado el doblepiensa y la sabiduría del Partido. Pero sigue queriendo a Julia y, para su sorpresa, sigue odiando al Hermano Mayor. O'Brien le dice que ha llegado el momento de ir a la habitación 101.

Capítulo 5

En la habitación 101 está lo peor del mundo. Para Winston, son las ratas. Cuando le amenazan con dejar que unas ratas hambrientas le mordisqueen la

cara, traiciona a Julia. Le han derrotado por completo.

Capítulo 6

Winston está solo y borracho en el Café del Castaño, esperando noticias. Oceanía está en guerra con Eurasia: Oceanía siempre ha estado en guerra con Eurasia. Recuerda haberse encontrado a Julia en el parque, en un estado similar al suyo. Ya no sienten nada el uno por el otro. Recuerda por última vez a su madre y a su hermana. Las noticias de una victoria militar en África le llenan de alegría, igual que pensar en la bala atravesando su cerebro. Ama al Hermano Mayor.

Apéndice: «Principios de nuevalengua»

Un análisis académico de la nuevalengua en el que se analizan en retrospectiva los acontecimientos de 1984. No se facilitan ni la fecha ni el autor del apéndice.



Dorian Lynskey. Periodista musical de *The Guardian* y escritor especializado en la intersección entre cultura popular y política. Ha colaborado también con *The Observer, GQ, Q, Empire, Billboard* y *The New Statesman*. Es el presentador del popular podcast sobre el Brexit «Remainiacs». Es autor del aclamado libro *33 revoluciones por minuto. Historia de la canción protesta* (2015), una historia cultural de la música como herramienta de participación política a lo largo del siglo XX. Ganó el premio New Musical Express (NME) al mejor libro del año y fue reconocido como el mejor libro de música de 2011 por el *Daily Telegraph*. Recientemente, ha publicado *El ministerio de la verdad*, que ha sido incluido en la *longlist* del Baillie Gifford Prize y del Orwell Prize of Political Writing.

Notas

[1] Atwood, Margaret, «Writing Utopia», en *Curious Pursuits: Occasional Writing 1970-2005*, Londres: Virago, 2005, p. 89. <<

[2] Orwell, George, *1984*, Barcelona: Debolsillo, 2001, trad. de Miguel Temprano, p. 230. <<

[3] Conferencia de prensa de la Casa Blanca, 21 de enero de 2017. <<

[4] *Meet the Press*, NBC, 22 de enero de 2017. <<

[5] Burgess, Anthony, *1985*, Barcelona: Minotauro, 2021, trad. de Juan Pascual Martínez, p. 38. <<

[6] La traducción más extendida de *Big Brother* en España es «Gran Hermano»; se ha utilizado también en el doblaje de las películas de *1984* y ha dado nombre al programa de televisión. Sin embargo, dado que mantiene el sentido original del término, a lo largo de este volumen hemos optado por utilizar «Hermano Mayor», tal como propone Miguel Temprano García en su traducción de *1984. (N. de la T.).* <<

[7] Warburg, Fredric, *All Authors Are Equal: The Publishing Life of Fredric Warburg 1936–1971*, Londres: Hutchinson & Co., 1973, p. 115. <<

[8] Rorty, Richard, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona: Paidós, 1991, trad. de Alfredo Eduardo Sinnot, p. 188. <<

[9] Orwell, George, «Charles Dickens», 11 de marzo de 1940, trad. de Miguel Temprano, en *Ensayos*, Barcelona: Debolsillo, 2013, p. 175. <<

[10] *Arena: George Orwell* (serie documental de cinco episodios, BBC, 1983-1984). <<

[11] Orwell, George, «Por qué escribo», *Gangrel*, n.º 4, verano de 1946, trad. de Miguel Martínez-Lage, en *Ensayos*, p. 784. <<

[12] Hitchens, Christopher, *Why Orwell Matters*, Nueva York: Basic Books, 2002, p. 211 [trad. cast.: *Por qué es importante Orwell*, Barcelona: Página Indómita, 2016, trad. de Luis González]. <<

[13] Orwell, George, «El león y el unicornio: El socialismo y el genio de Inglaterra», trad. de Miguel Martínez-Lage, en *Ensayos*, p. 272. Citado en el discurso de John Major al Conservative Group for Europe, 22 de abril de 1993. <<

[14] Kundera, Milan, *Los testamentos traicionados*, Barcelona: Tusquets, 1994, trad. de Beatriz de Moura, p. 146. <<

[15] Véanse Runciman, David, *Así termina la democracia*, Barcelona: Paidós, 2019, trad. de Albino Santos; Albright, Madeleine, *Fascismo. Una advertencia*, Barcelona: Paidós, 2018, trad. de María José Viejo; Snyder, Timothy, *El camino hacia la no libertad*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018, trad. de María Luisa Rodríguez; y Kakutani, Michiko, *La muerte de la verdad*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2019, trad. de Amelia Pérez de Villar. <<

[16] Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid: Taurus, 1998, trad. de Guillermo Solana. **<<**

[17] Lewis, Sinclair, *Eso no puede pasar aquí*, Madrid: Antonio Machado Libros, 2013, trad. de Amaya Bozal. **<<**

[18] Hulu, *El cuento de la criada* [serie de televisión], 2017. <<

[19] Orwell, George, *El camino de Wigan* Pier, Barcelona: Destino, 1976, trad. de Esther Donato, p. 215. <<

[20] Entrevista del autor a Michael Radford, Londres, 9 de agosto de 2018. <<

[21] Icke, Robert y Duncan Macmillan, *1984*, Londres: Oberon Books, 2013, p. 21. <<

[22] *Backlisted* [pódcast], 20 de agosto de 2018. <<

[23] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 173. <<

[24] Crick, Bernard, *George Orwell. La biografía*, Alicante: Ediciones El Salmón, 2020, trad. de Salvador Cobo y Sebastián Miras, p. 259. <<

[25] Orwell, George, «Recuerdos de la guerra civil española», en *Matar a un elefante y otros escritos*, Madrid: Turner, 2006, trad. de Miguel Martínez-Lage, p. 176. <<

[26] Orwell, George, «Ay, qué alegrías aquellas», en *El león y el unicornio* y otros ensayos, Madrid: Turner, 2006, trad. de Miguel Martínez-Lage, p. 227. <<

[27] *Ibid*., p. 226. <<

[28] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 125. **<<**

[29] *Idem*. <<

[30] *Ibid*., p. 141. <<

[31] *Idem*. <<

[32] Orwell, «Ay, qué alegrías aquellas», p. 231. <<

[33] Carta de Orwell a Stanley J. Kunitz y Howard Haycraft, 17 de abril de 1940, en *The Complete Works of George Orwell XI: Facing Unpleasant Facts, 1937–1939*, Londres: Secker & Warburg, 2000, 613, p. 147. [De aquí en adelante, citada como *CW XI*]. Esta edición de las obras completas de George Orwell consta de veinte volúmenes y fue editada por Peter Davison con la ayuda de Ian Angus y Sheila Davison. <<

[34] Wilkes, John, citado en Wadhams, Steven, *Remembering Orwell*, Londres: Penguin, 1984, p. 11. <<

[35] Eastwood, Christopher, citado en *ibid*., p. 17. <<

[36] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 148. <<

[37] *Ibid.*, p. 151. <<

[38] *Ibid.*, p. 152. <<

[39] Branthwaite, Jack, citado en Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 84. <<

[40] Crick, *George Orwell*, p. 187. <<

[41] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 153. <<

[42] *Ibid.*, p. 159. <<

[43] Rees, Richard, *George Orwell: Fugitive from the Camp of Victory*, Londres: Secker & Warburg, 1961, p. 29. <<

[44] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 127. <<

[45] Orwell, George, *Que no muera la aspidistra*, Barcelona: Debolsillo, 2021, trad. de Cristina Salmerón, p. 12. <<

[46] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 22. <<

[47] Orwell, *1984*, p. 71. <<

[48] *Ibid.*, p. 283. <<

[49] Carta de Orwell a Jack Common del 5 de octubre de 1936, en *The Complete Works of George Orwell X: A kind of compulsion, 1903-1936*, Londres: Secker & Warburg, 2000, 327, p. 507. [De aquí en adelante, citada como *CW X*]. <<

[50] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 140. <<

[51] *Ibid*., p. 174. <<

[52] *Ibid*., p. 217. <<

[53] *Ibid.*, p. 221. <<

[54] El Left Book Club (Club del Libro de Izquierdas) fue un club de lectura con orientación política de izquierdas creado en 1936. *(N. de la T.)*. **<<**

[55] Laski, H. J., *The Left News*, marzo de 1937, reeditado en Meyers, Jeffrey (ed.), *George Orwell: The Critical Heritage*, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1975, p. 104. <<

[56] Gollancz, Victor, prefacio a la edición del Left Book Club de *El camino de Wigan* Pier. <<

[57] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 95. <<

[58] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 220. **<<**

[59] *Ibid.*, p. 217. <<

[60] Rees, *George Orwell*, p. 146. <<

[61] Beevor, Antony, *La guerra civil española*, Barcelona: Crítica, 2005, trad. de Gonzalo Pontón, p. 8. <<

[62] Orwell, George, *Homenaje a Cataluña*, Barcelona: Debolsillo, 2013, trad. de Miguel Temprano, p. 209. <<

[63] *Ibid.*, p. 210. <<

[64] *Ibid.*, p. 209. <<

[65] Gurney, Jason, citado en Beevor, *La guerra civil española*, p. 242. <<

[66] Véase *ibid.*, pp. 717-718. <<

[67] Crossman, Richard (ed.), *The God That Failed: Six Studies in Communism*, Londres: Hamish Hamilton, 1950, p. 245. <<

[68] Muggeridge, Malcolm, *The Thirties: 1930–1940 in Great Britain*, Londres: Hamish Hamilton, 1940, p. 249. <<

[69] *The Paris Review*, n.º 28, verano-otoño de 1962. <<

[70] Borkenau, Franz, *El reñidero español*, Barcelona: Backlist, 2010, trad. de Editorial Planeta, p. 55. <<

[71] Connolly, Cyril, *The Condemned Playground: Essays: 1927–1944*, Londres: Routledge, 1945, p. 186. <<

[72] Crick, *George Orwell*, p. 262. <<

[73] Orwell, George, «Mi país, a derechas o a izquierdas», *Folios of New Writing*, n.º 2, otoño de 1940, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 266. **<<**

[74] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 49. <<

[75] *Ibid.*, p. 65; y «nunca pasaba nada», en Orwell, *Que no muera la aspidistra*, p. 52. <<

[76] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 59. <<

[77] *Ibid*., p. 108. <<

[78] *Ibid.*, p. 205. <<

[79] Fyvel, T. R., *George Orwell: A Personal Memoir*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1982, p. 136. <<

[80] Taylor, D. J., *Orwell: The Life*, Nueva York: Vintage, 2004, p. 214. <<

[81] Orwell, «Recuerdos de la guerra civil española», p. 173. <<

[82] Véase el relato de Bob Edwards en Coppard, Audrey y Crick, Bernard, *Memoria y evocación de George Orwell*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1989, trad. de José Andrés Pérez, p. 222. <<

[83] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 85. <<

[84] *Ibid.*, p. 221. <<

[85] Rees, *George Orwell*, p. 147. <<

[86] Borkenau, *El reñidero español*, p. 192. <<

[87] *Ibid.*, p. 141. <<

[88] *Ibid*., p. 191. <<

[89] Beevor, *La guerra civil española*, p. 295. <<

[90] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 112. <<

[91] Dos Passos, John, *The Theme Is Freedom*, Nueva York: Dodd, Mead & Company, 1956, p. 141. <<

[92] *Ibid*., p. 145. <<

[93] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 245. <<

[94] *Ibid.*, p. 144. En el siglo XX, la policía secreta rusa ha recibido muchos nombres: la Cheka, la OGPU, el NKVD, la KGB y el FSB, entre otros. La mentalidad de la organización se ha mantenido extremadamente constante a pesar de los cambios. <<

[95] *Ibid*., p. 149. <<

[96] Orwell, George, *Los días de Birmania*, Barcelona: Debolsillo, 2016, trad. de Manuel Piñón, p. 156. <<

[97] Taylor, *Orwell*, p. 205. <<

[98] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 229. <<

[99] Carta de Orwell a Victor Gollancz, 9 de mayo de 1937, en Orwell, George, *Escritor en guerra*, Barcelona: Debate, 2014, trad. de Miguel Temprano, p. 41. <<

[100] Beevor, *La guerra civil española*, p. 356. <<

[101] Crossman (ed.), *The God That Failed*, p. 253. <<

[102] *Ibid*., p. 254. <<

[103] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 90. <<

[104] Puede que incluso le salvase la vida, al sacarle del frente antes del asalto republicano a Huesca unas semanas más tarde, un terrible fracaso que acabó con la vida de unos nueve mil anarquistas y miembros del POUM. <<

[105] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 161. <<

[106] Taylor, *Orwell*, p. 230. <<

[107] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 65. <<

[108] Conquest, Robert, *The Great Terror: A Reassessment*, Bournemouth: Pimlico, 2008, p. 410. <<

[109] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 172. <<

[110] *Ibid.*, p. 169. <<

[111] Caute, David, *Politics and the Novel During the Cold War*, Piscataway: Transaction, 2010, p. 47. <<

[112] Carta de Orwell a Rayner Heppenstall, 31 de julio de 1937, en *Escritor en guerra*, p. 45. <<

[113] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 96. <<

[114] *Ibid*., p. 93. <<

[115] Preston, Paul, *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Barcelona: Debate, 2007, trad. de Beatriz Ansón y Ricardo García, p. 15. <<

[116] Orwell, «Por qué escribo», p. 785. <<

[117] Orwell, «Descubriendo el pastel español», *The New English Weekly*, 29 de julio y 2 de septiembre de 1937, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 87. <<

[118] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 267. <<

[119] Orwell, George, «A mi antojo», en *Orwell en España*, Barcelona: Tusquets, 2009, trad. de Antonio-Prometeo Moya, p. 434. <<

[120] Warburg, *All Authors are Equal*, p. 9. <<

[121] Citado en Gross, Miriam (ed.), *The World of George Orwell*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1971, p. 144. <<

[122] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 247. <<

[123] Orwell, «Por qué escribo», p. 786. <<

[124] Crick, *George Orwell*, p. 297. <<

[125] Orwell, reseña de *The Communist International*, de Franz Borkenau, *The New English Weekly*, 22 de septiembre de 1938, en *CW XI*, 485, p. 204. **<<**

[126] *Idem*. <<

[127] Borkenau, *El reñidero español*, p. 204. <<

[128] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 42. <<

[129] Orwell, «Arthur Koestler», *Tribune*, 11 de septiembre de 1944, trad. de Miguel Temprano, en *Ensayos*, p. 534. <<

[130] Orwell, reseña de *The Mysterious Mr. Bull*, de Wyndham Lewis, y *La escuela de los dictadores*, de Ignazio Silone, *The New English Weekly*, 8 de junio de 1939, en *CW XI*, 547, p. 355. <<

[131] Orwell, George, «En el vientre de la ballena», trad. de Miguel Martínez-Lage, en *Ensayos*, p. 228. <<

[132] Orwell, reseña de *La Guerra Civil en España*, de Frank Jellinek, *The New Leader*, 8 de julio de 1938, en *CW XI*, 462, p. 174. <<

[133] Entrada en el diario de Orwell, 16 de marzo de 1936, en *CW X*, 294, p. 456. Lo que no quiere decir que Orwell pensase que Mosley era inofensivo, de hecho, en *El camino de Wigan* Pier dice; «aunque no conviene olvidar el peligro que representa Mosley, pues la experiencia demuestra (*vide* la carrera de Hitler o la de Napoleón III) que a un escalador político puede resultarle ventajoso el hecho de no ser tomado muy en serio al principio de su carrera» (Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 213). **<<**

[134] Orwell, «En el vientre de la ballena», p. 225. <<

[135] Orwell, *1984*, p. 218. <<

[136] Lyons, Eugene, *Assignment in Utopia*, Londres: George G. Harrap & Co., 1938, p. 240. <<

[137] Orwell, reseña de *El poder. Un nuevo análisis social*, de Bertrand Russell, *The Adelphi*, enero de 1939, en *CW XI*, 520, pp. 311-312. <<

[138] Lyons, *Assignment in Utopia*, p. 628. <<

[139] *Ibid.*, p. 635. <<

[140] Orwell, reseña de *My Life: The Autobiography of Havelock Ellis, The Adelphi*, mayo de 1940, en *The Complete Works of George Orwell XII: A patriot after all*, *1940-1941*, Londres: Secker & Warburg, 2000, 617, p. 155. [De aquí en adelante, citada como *CW XII*]. <<

[141] Wilde, Oscar, *El alma del hombre bajo el socialismo y notas periodísticas*, Madrid: Diario Público, 2010, trad. de Ricardo Baeza y Julio Gómez, p. 35. <<

[142] Orwell, George, «¿Pueden ser felices los socialistas?», *Tribune*, 24 de diciembre de 1943, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 447. <<

[143] *Ibid*., p. 452. <<

[144] *Ibid*., p. 453. <<

[145] Orwell, George, «Política frente a literatura: un análisis de *Los viajes de Gulliver*», *Polemic*, n.º 5, septiembre-octubre de 1946, trad. de Osmodiar Lampio, en *Ensayos*, p. 805. <<

[146] Orwell, George, *Sin blanca en París y Londres*, Barcelona: Destino, 1983, trad. de José Miguel Velloso, p. 128. <<

[147] Orwell, «El arte de Donald McGill», *Horizon* Magazine, septiembre de 1941, trad. de Miguel Martínez-Lage, en *Ensayos*, p. 369. <<

[148] Willard, Frances Elizabeth, «An Interview with Edward Bellamy», *Our Day*, vol. 4, n.º 24, diciembre de 1889. <<

[149] Bowman, Sylvia E., *Edward Bellamy*, Woodbridge: Twayne Publishers, 1986, p. 62. <<

[150] Bellamy, Edward, «Letter to the People’s Party», *The New Nation*, 22 de octubre de 1892, citado en Roemer, Kenneth M., *The Obsolete Necessity: America in Utopian Writings 1888–1900*, Kent: Kent State University Press, 1976, p. 21. <<

[151] Citado en Bellamy, Edward, *Looking backward 2000-1887*, Oxford: Oxford University Press, 2007, p. XXXI [trad. cast.: *El año 2000*, Madrid: Capitán Swing, 2011, trad. de Jorge A. Sánchez]. <<

[152] Citado en Rosemont, Franklin, «Bellamy's Radicalism Reclaimed», en Patai, Daphne (ed.), *Looking Backward, 1988–1888*, Amherst: University of Massachusetts Press, 1988, p. 158. <<

[153] MacCarthy, Fiona, *William Morris: A Life for Our Time*, Londres: Faber & Faber, 1994, p. 584. <<

[154] Tolstói, Lev, entrada en su diario, 30 de junio de 1889, en *Diarios (1847-1894)*, Barcelona: Acantilado, 2002, trad. de Selma Ancira, p. 306. <<

[155] LeMaster, J. R., y James D. Wilson (eds.), *The Mark Twain Encyclopaedia*, Nueva York: Garland Publishing, 1993, p. 69. <<

[156] Pfaelzer, Jean, *The Utopian Novel in America, 1886–1896*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1984, p. 48. <<

[157] Bew, John, *Citizen Clem: A Biography of Attlee*, Londres: Riverrun, 2017, p. 390. <<

[158] Scherman, Harry, citado en una carta de Eugene Reynal a J. Edgar Hoover, 22 de abril de 1949. <<

[159] Bellamy, Edward, *El año 2000*, Madrid: Capitán Swing, 2011, trad. de Jorge A. Sánchez, p. 124. <<

[160] Bellamy, Edward, «How I Came to Write *Looking Backward*», *The Nationalist*, mayo de 1889. <<

[161] Pfaelzer, *The Utopian Novel in America*, p. 44. <<

[162] En 1863, Jules Verne escribió una historia parecida (*París en el siglo XX*), pero su editor la rechazó diciendo: «Has intentado lo imposible» (citado en Roberts, Adam, *The History of Science Fiction*, Londres: Palgrave Macmillan, 2006, p. 132). <<

[163] Bellamy, «How I Came to Write *Looking Backward*». <<

[164] Bellamy, *El año 2000*, p. 269. <<

[165] *Ibid*., p. 111. <<

[166] Orwell, «¿Qué es el socialismo?», 31 de enero de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 705. <<

[167] Orwell, reseña de *An Unknown Land*, del vizconde Samuel, *The Listener*, 24 de diciembre de 1942, en *The Complete Works of George Orwell XIV: Keeping Our Little Corner Clean, 1942–1943*, Londres: Secker & Warburg, 2001, 1768, p. 254. [De aquí en adelante, citada como *CW XIV*]. **<<**

[168] Bellamy, *El año 2000*, p. 261. <<

[169] *Idem*. <<

[170] Morris, William, *Commonweal*, vol. 5, n.º 180, 22 de junio de 1889. <<

[171] Citado en Cantor, Milton, «The Backward Look of Bellamy's Socialism», en Patai (ed.), *Looking Backward*, p. 21. **<<**

[172] Bowman, *Edward Bellamy*, p. 4. <<

[173] Pfaelzer, *The Utopian Novel in America*, p. 46. <<

[174] Bowman, *Edward Bellamy*, p. 6. <<

[175] *Ibid.*, p. 8. <<

[176] Bellamy, *El año 2000*, p. 38. <<

[177] Citado en Cantor, «The Backward Look of Bellamy’s Socialism», p. 33.
<<

[178] Carta de Edward Bellamy a William Dean Howells, 17 de junio de 1888, citada en Pfaelzer, *The Utopian Novel in America*, p. 43. <<

[179] Bellamy, *El año 2000*, p. 210. <<

[180] *Ibid*., p. 264. <<

[181] Orwell, «Los escritores y el Leviatán», *Politics and Letters*, verano de 1948, trad. de Osmodiar Lampio, en *Ensayos*, p. 884. <<

[182] Pfaelzer, *The Utopian Novel in America*, p. 121. <<

[183] Citado en Rosemont, «Bellamy’s Radicalism Reclaimed», pp. 162-163. <<

[184] Citado en Pfaelzer, *The Utopian Novel in America*, p. 36. <<

[185] Bellamy, Edward, *Equality*, Portsmouth: William Heinemann, 1897, p. 14 [trad. cast.: *Igualdad*, Barcelona: Grupo Enciclo, 2012]. <<

[186] Citado en Rosemont, «Bellamy’s Radicalism Reclaimed», p. 191. <<

[187] *The Literary World*, 19 de julio de 1890, citado en Roemer, *The Obsolete Necessity*, p. 7. <<

[188] Turner, Frederick Jackson, «The Significance of the Frontier in American History», 1893. <<

[189] Citado en Wagar, Warren W., «Dreams of Reason», en Patai (ed.), *Looking Backward*, p. 113. <<

[190] MacCarthy, *William Morris*, p. 584. <<

[191] Almacenes de Londres en los que se vendían los diseños de William Morris, autor de la novela y fundador del movimiento Arts and Crafts (Artes y Oficios). *(N. de la T.)*. <<

[192] Orwell, «¿Pueden ser felices los socialistas?», p. 448. <<

[193] Attlee, C. R., *The Social Worker*, Londres: G. Bell & Sons, 1920, p. 141.
<<

[194] Jerome, Jerome K., «The New Utopia», en *Diary of a Pilgrimage*, Bristol: J. W. Arrowsmith, 1891, p. 265 [trad. cast.: Jerome, J. K., *Diario de un peregrinaje*, Barcelona: Miguel Arimany, 1951, trad. de A. Brunet]. <<

[195] *Ibid*., p. 276. <<

[196] Bellamy, Edward, *Dr. Heidenhoff's Process*, Nueva York: D. Appleton, 1880, citado en Rosemont, «Bellamy's Radicalism Reclaimed», p. 151. <<

[197] Bellamy, Edward, «To Whom This May Come», en *The Blindman's World and Other Stories*, Boston: Houghton Mifflin, 1898, citado en Wagar, «Dreams of Reason», p. 112. <<

[198] Orwell, *1984*, p. 282. <<

[199] Orwell, George, reseña de *El alma del hombre bajo el socialismo*, de Oscar Wilde, *The Observer*, 9 de mayo de 1948, en *El león y el unicornio*, p. 187. <<

[200] *Ibid*., p. 189. <<

[201] Orwell, reseña de *Journey Through the War Mind*, de C. E. M. Joad, *Time and Tide*, n.º 8, 1940, en *CW XII*, 635, pp. 178-179. <<

[202] Carta de Orwell a Jack Common, 22 de mayo de 1938, en *CW XI*, 443, p. 149. Orwell se refiere a «campo de concentración» en el sentido original del término, como campo de internamiento, en este caso, uno británico. <<

[203] Crick, *George Orwell*, p. 300. <<

[204] Carta de Eileen Blair a Norah Myles, 1 de enero de 1938, en *Escritor en guerra*, p. 62. <<

[205] Carta de Orwell a John Sceats, 24 de noviembre de 1938, en *Escritor en guerra*, p. 106. <<

[206] Orwell, reseña de Lewis y Silone, 8 de junio de 1939, en *CW XI*, 547, p. 354. <<

[207] Carta de Orwell a Herbert Read, 5 de marzo de 1939, en *Escritor en guerra*, p. 139. <<

[208] Esta era una creencia habitual en la época. El novelista E. M. Forster pensaba que «si el fascismo gana, estamos perdidos, y tendremos que volvernos fascistas para ganar» (Forster, E. M., *Two Cheers for Democracy*, San Diego: Harcourt, Brace & Co., 1951, p. 23). **<<**

[209] Orwell, reseña de *The Tree of Gernika*, de G. L. Steer, y *Spanish Testament*, de Arthur Koestler, *Time and Tide*, 5 de febrero de 1938, en *CW XI*, 421, p. 113. <<

[210] Carta de Orwell a Geoffrey Gorer, 15 de septiembre de 1937, en *Escritor en guerra*, p. 54. <<

[211] Carta de Orwell a Amy Charlesworth, 30 de agosto de 1937, en *CW XI*, 393, p. 77. <<

[212] Carta de Orwell a Herbert Read, 4 de enero de 1939, en *Escritor en guerra*, p. 128. <<

[213] Orwell, «Diarios de guerra: 8 de junio de 1940», en *Matar a un elefante*, p. 30. <<

[214] Orwell, reseña de *Personal Record 1928–1939*, de Julian Green, *Time and Tide*, 13 de abril de 1940, en *CW XII*, 611, p. 145. <<

[215] Carta de Eileen Blair a Marjorie Dakin, 27 de septiembre de 1938, en *Escritor en guerra*, p. 89. <<

[216] Orwell, *Los días de Birmania*, p. 79. <<

[217] *Ibid.*, p. 80. <<

[218] Orwell, *Que no muera la aspidistra*, p. 185. <<

[219] *Ibid.*, p. 58. <<

[220] *Ibid*., p. 183. <<

[221] *Ibid.*, p. 70. <<

[222] Carta de Orwell a Julian Symons, 10 de mayo de 1948, en *The Complete Works of George Orwell XIX: It is what I think, 1947 – 1948*, Londres: Secker & Warburg, 2002, 3397, p. 336. [De aquí en adelante, citada como *CW XIX*]. **<<**

[223] Orwell, «Notes for My Literary Executor», 31 de marzo de 1945, en *The Complete Works of George Orwell XVII: I belong to the Left, 1945*, Londres: Secker & Warburg, 2018, 2648, p. 114. [De aquí en adelante, citada como *CW XVII*]. <<

[224] Connolly, Cyril, *Horizon* Magazine, septiembre de 1945, reeditado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 199. <<

[225] Orwell, George, *Subir a por aire*, Barcelona: Destino, 2006, trad. de Esther Donato, p. 123. <<

[226] *Ibid.*, p. 37. <<

[227] *Ibid.*, p. 169. <<

[228] *Ibid*., p. 252. <<

[229] *Ibid*., p. 168. <<

[230] Orwell, *1984*, p. 187. <<

[231] Orwell, *Subir a por aire*, p. 180. <<

[232] Véase la exmujer de Winston, Katerina: «Era incapaz de albergar una sola idea que no fuese un eslogan» (Orwell, *1984*, p. 76). **<<**

[233] Orwell, *Subir a por aire*, p. 35. <<

[234] Carta de Orwell a Stanley J. Kunitz y Howard Haycraft, 17 de abril de 1940, en *CW XI*, 613, p. 148. <<

[235] Orwell, *Que no muera la aspidistra*, p. 279. <<

[236] Orwell, *Subir a por aire*, p. 25. <<

[237] *The New York Times*, 31 de octubre de 1938. <<

[238] Citado en Heldenfels, Rich, «“War of the Worlds” still vivid at 75», *Akron Beacon Journal*, 26 de octubre de 2013. <<

[239] Cantril, Hadley, *The Invasion From Mars*, Princeton: Princeton University Press, 1940, p. 154. <<

[240] *Ibid*., p. 158. <<

[241] Orwell, reseña de *The Invasion From Mars*, de Hadley Cantril, *The New Statesman and Nation*, 26 de octubre de 1940, en *CW XII*, 702, p. 279. <<

[242] Citado en Pooley, Jefferson y Socolow, Michael J., «The Myth of the *War of the Worlds* Panic», *Slate*, 28 de octubre de 2013. **<<**

[243] Orwell, reseña de *The Invasion From Mars*, p. 280. <<

[244] Citado en Koch, Howard, *The Panic Broadcast: Portrait of an Event*, Boston: Little, Brown & Company, 1970, p. 93 [trad. cast.: *La emisión del pánico*, Ediciones Universidad de Castilla la Mancha, 2002, trad. de Patricia Sojo]. <<

[245] Hamilton, Patrick, *Gas Light*, Londres: Constable & Company Ltd., 1939, p. 42 [trad. cast.: Luz de gas, Barcelona: Ediciones G. P., 1964, trad. de Luis Ignacio Bertrán]. <<

[246] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 173. <<

[247] Orwell, *1984*, p. 261. <<

[248] De Beausobre, Iulia, *The Woman Who Could Not Die*, Londres: Chatto & Windus, 1938, p. 85 [trad. cast.: *La mujer que no podía morir*, Barcelona: Luis de Caralt, 1947, trad. de Alfonso Banda]. <<

[249] Carta de Orwell a Jack Common, 29 de septiembre de 1938, en *Escritor en guerra*, p. 94. <<

[250] Orwell, reseña de *The Novel To-Day*, de Philip Henderson, *The New English Weekly*, 31 de diciembre de 1936, en *CW X*, 342, p. 534. <<

[251] Orwell, reseña de *Assignment in Utopia*, de Eugene Lyons, *The New English Weekly*, 9 de junio de 1938, en *CW XI*, 451, pp. 160-161. <<

[252] Discurso de Benito Mussolini en La Scala, Milán, 28 de octubre de 1925.
<<

[253] Borkenau, Franz, *The Totalitarian Enemy*, Londres: Faber & Faber, 1940, p. 13. <<

[254] Strachey, John, *The Coming Struggle for Power*, Londres: Victor Gollancz, 1932, p. 266. <<

[255] Orwell, reseña de *The Totalitarian Enemy*, de Franz Borkenau, *Time and Tide*, 4 de mayo de 1940, en *CW XII*, 620, p. 159. <<

[256] Orwell, «Arthur Koestler», p. 535. <<

[257] Orwell, reseña de *Franco’s Rule* (autor anónimo), *The New English Weekly*, 23 de junio de 1938, en *CW XI*, 456, p. 167. <<

[258] Muggeridge, *The Thirties*, pp. 316-317. <<

[259] Carta de Ethel Mannin a Orwell, 30 de octubre de 1939, en *CW XI*, 575, p. 413. <<

[260] Orwell, «Mi país, a derechas o a izquierdas», p. 267. <<

[261] Woodcock, George, *et al.*, «Pacifism and the War: A Controversy», *Partisan Review*, septiembre-octubre de 1942, en *The Complete Works of George Orwell XIII: All propaganda is lies, 1941-1942*, Londres: Secker & Warburg, 1999, 1270, p. 396. [De aquí en adelante, citada como *CW XIII*]. <<

[262] «As I Please», 8 de diciembre de 1944, en *The Complete Works of George Orwell XVI: I have tried to tell the truth, 1943-1944*, Londres: Secker & Warburg, 2015, 2590, p. 495. [De aquí en adelante, citada como *CW XVI*. Se ha publicado una selección en castellano en «A mi antojo», en *Matar a un elefante y otros escritos*, Madrid: Turner, 2018, trad. de Miguel Martínez-Lage]. <<

[263] Carta de Orwell a Victor Gollancz, 8 de enero de 1940, en *Escritor en guerra*, p. 151. <<

[264] Orwell, reseña de *Arrival and Departure*, de Arthur Koestler, 9 de diciembre de 1943, en *CW XVI*, 2389, p. 19. **<<**

[265] Orwell, reseña de *War Begins at Home*, de Tom Harrisson y Charles Madge (eds.), *Time and Tide*, 2 de marzo de 1940, en *CW XII*, 594, p. 17. **<<**

[266] Carta de Orwell a Geoffrey Gorer, 10 de enero de 1940, en *Escritor en guerra*, p. 151. <<

[267] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 113. <<

[268] Orwell, «Notes on the Way», *Time and Tide*, 6 de abril de 1940, en *CW XII*, 604, p. 124. **<<**

[269] Orwell, reseña de *The Thirties*, de Malcolm Muggeridge, *The New English Weekly*, 25 de abril de 1940, en *CW XII*, 615, p. 150. <<

[270] Muggeridge, *The Thirties*, p. 262. <<

[271] Orwell, «Las palabras y Henry Miller», *Tribune*, 22 de febrero de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 737. <<

[272] Orwell, «En el vientre de la ballena», p. 233. <<

[273] *Ibid*., p. 241. <<

[274] *Ibid*., p. 232. <<

[275] Orwell, «Charles Dickens», p. 174 y p. 172. <<

[276] *Ibid*., p. 175. <<

[277] *Ibid*., p. 164. <<

[278] *The Dickensian*, vol. 36, n.º 256, 1 de septiembre de 1940, reeditado en *CW XII*, 627, p. 167. <<

[279] Véase Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 130. <<

[280] Orwell, entrada en su diario de guerra, 10 de junio de 1940, en *Escritor en guerra*, p. 275. <<

[281] Carta de Orwell a James Laughlin, 16 de julio de 1940, en *CW XII*, 659, p. 219. <<

[282] Carta de Orwell al editor, *Time and Tide*, 22 de junio de 1940, en *Escritor en guerra*, pp. 157-158. <<

[283] Warburg, *All Authors Are Equal*, p. 36. <<

[284] *The Daily Worker*, 23 de agosto de 1940. <<

[285] Orwell, entrada en su diario de guerra, 23 de agosto de 1940, en *Escritor en guerra*, p. 305. <<

[286] *Tribune*, 16 de agosto de 1940, en *CW XII*, 655, p. 213. <<

[287] *Ibid*., p. 214. <<

[288] H. G. Wells se adelantó a esta tendencia con *The Autocracy of Mr. Parham* (La autocracia del señor Parham), una caricatura tosca escrita en 1930 que trata de un académico de derechas que se queda dormido durante una sesión espiritista y sueña que se convierte en un dictador que conquista el mundo. «Desde entonces la realidad ha superado a la ficción —escribió en 1934—, y la burla que le hizo Mosley en el Albert Hall con sus camisas negras hace que el gran encuentro soñado por Parham parezca absurdamente sensato» (citado en Wells, H. G., *Experimento en autobiografía*, Córdoba: Editorial Berenice, 2009, trad. de Antonio Rivero Taravillo, p. 467). <<

[289] Citado en Croft, Andy, *Red Letter Days: British Fiction in the 1930s*, Londres: Lawrence & Wishart, 1990, p. 230. <<

[290] *Idem*. <<

[291] Orwell, reseña de *Mein Kampf*, de Adolf Hitler, *The New English Weekly*, 21 de marzo de 1940, en *CW XII*, 602, p. 117. <<

[292] Constantine, Murray, *Swastika Night*, Londres: Gollancz, 2016, p. 11. <<

[293] *Ibid*., p. 121. <<

[294] Orwell, *1984*, p. 284. <<

[295] Constantine, *Swastika Night*, p. 100. <<

[296] *Ibid.*, p. 80. <<

[297] Orwell, reseña de *Take Back Your Freedom*, de Winifred Holtby y Norman Ginsbury, *Time and Tide*, 24 de agosto de 1940, en *CW XII*, 678, p. 243. <<

[298] Holtby, Winifred y Norman Ginsbury, *Take Back Your Freedom*, Londres: Jonathan Cape, 1939, p. 27. <<

[299] Orwell, reseña de *Take Back Your Freedom*, p. 242. **<<**

[300] Holtby y Ginsbury, *Take Back Your Freedom*, p. 58. <<

[301] Muggeridge, *The Thirties*, p. 241. <<

[302] Orwell, reseña de *Take Back Your Freedom*, p. 242. <<

[303] Holtby y Ginsbury, *Take Back Your Freedom*, p. 71. <<

[304] Connolly, Cyril, *The Evening Colonnade*, Londres: David Bruce & Watson, 1973, p. 383. <<

[305] Orwell, «London Letter», *Partisan Review*, verano de 1945, en *CW XVII*, 2672, p. 164. <<

[306] *Idem*. <<

[307] Orwell, entrada en su diario de guerra, 21 de septiembre de 1940, en *CW XII*, 691, p. 267. <<

[308] Holden, Inez, *It Was Different at the Time*, Londres: The Bodley Head, 1943, p. 69. <<

[309] Orwell, entrada en su diario de guerra, 14 de junio de 1940, en *Escritor en guerra*, p. 277. <<

[310] Orwell, entrada en su diario de guerra, 3 de junio de 1940, en *ibid*., p. 272. <<

[311] Orwell, «Our Opportunity», *The Left News*, n.º 55, enero de 1941, en *CW XII*, 737, p. 346. <<

[312] Anuncio de Searchlight Books, citado en Crick, *George Orwell*, p. 326. <<

[313] Orwell, «El león y el unicornio», pp. 284-285. <<

[314] *Ibid*., pp. 274-275. <<

[315] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 120. <<

[316] Carta de Eileen Blair a Norah Myles, 5 de diciembre de 1940, en *Escritor en guerra*, p. 163. <<

[317] Orwell, «The Home Guard and You», *Tribune*, 20 de diciembre de 1940, citado en Crick, *George Orwell*, p. 323. **<<**

[318] Orwell, «El león y el unicornio», p. 324. <<

[319] *Arena: George Orwell*. <<

[320] Bew, *Citizen Clem*, p. 256. <<

[321] Fyvel, *George Orwell*, p. 121. <<

[322] Orwell, *1984*, p. 203. <<

[323] Orwell, «Wells, Hitler y el Estado mundial», *Horizon* Magazine, agosto de 1941, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 357. <<

[324] *Arena: George Orwell*. <<

[325] Buddicom, Jacintha, *Eric and Us: A Remembrance of George Orwell*, Londres: Leslie Frewin, 1974, p. 39. <<

[326] «A Peep into the Future», *Election Time*, n.º 4, 3 de junio de 1918, en *CW X*, 32, pp. 48-50. <<

[327] Buddicom, *Eric and Us*, p. 15. <<

[328] Wells, H. G., *H. G. Well in Love*, Londres: Faber & Faber, 1984, pp. 34-35. <<

[329] Mackenzie, Norman y Jeannie, *The Time Traveller: The Life of H. G. Wells*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1973, p. 400. **<<**

[330] Orwell, «Wells, Hitler y el Estado mundial», p. 357. <<

[331] *Idem*. <<

[332] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 191. <<

[333] Orwell, «En el vientre de la ballena», p. 234. <<

[334] Wells, H. G., *A Modern Utopia*, Londres: Penguin, 2005, p. 13 [trad. cast.: *Una utopía moderna*, México D. F.: Editorial Océano de México, 2000, trad. de Jorge A. Sánchez]. <<

[335] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 101. <<

[336] *Ibid*., p. 99. <<

[337] *Ibid*., p. 272. <<

[338] Citado en Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 87. <<

[339] Citado en *ibid*., p. 108. <<

[340] Gleick, James, *Viajar en el tiempo*, Barcelona: Crítica, 2017, trad. de Yolanda Fontal, p. 7. <<

[341] Hillegas, Mark, *The Future As Nightmare: HG Wells and the Anti-utopians*, Oxford: Oxford University Press, 1967, p. 34. <<

[342] Carta de Wells a Sarah Wells, 13 de octubre de 1895. <<

[343] Citado en Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 116. <<

[344] Citado en *ibid*., p. 117. <<

[345] Orwell, reseña de *Mind at the End of Its Tether*, de H. G. Wells, *Manchester Evening New*, 8 de noviembre de 1945, en *CW XVII*, 2784, p. 360. <<

[346] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 482. <<

[347] Citado en Sherborne, Michael, *H. G. Well: Another Kind of Life*, Londres: Peter Owen, 2012, p. 108. **<<**

[348] Wells, H. G., *La guerra de los mundos*, Madrid: Unidad Editorial, 1999, trad. de Domingo Santos, p. 167. <<

[349] Orwell, reseña de *El talón de hierro*, de Jack London, etc., en *CW XII*, 655, p. 211. <<

[350] Wells, H. G., *Cuando el dormido despierte*, Barcelona: Toribio Taberner Editor, 1905, trad. de La Vida Literaria, p. 56. <<

[351] *Ibid.*, p. 68. <<

[352] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 597. <<

[353] Wells, *Cuando el dormido despierte*, p. 207. <<

[354] *Ibid*., p. 169. <<

[355] *Ibid.*, p. 8. <<

[356] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 203. <<

[357] Wells, *Cuando el dormido despierte*, p. 219. <<

[358] *Ibid.*, p. 81. <<

[359] *Ibid.*, p. 228. <<

[360] *Ibid.*, p. 185. <<

[361] Citado en Sherborne, *H. G. Well*, p. 153. <<

[362] Wells, *Una utopía moderna*, p. 28. <<

[363] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 595. <<

[364] *Ibid.*, p. 597. <<

[365] Citado en Sherborne, *H. G. Well*, p. 147. <<

[366] Citado en Smith, David C., *H. G. Well: Desperately Mortal: A Biography*, New Haven: Yale University Press, 1986, p. 100. <<

[367] Wells, H. G., *Anticipations of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress Upon Human Life and Thought*, Londres: Chapman & Hall, 1902, p. 317. <<

[368] *Idem*. <<

[369] Citado en Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 162. <<

[370] Citado en *ibid*., p. 170. <<

[371] Citado en Sherborne, *H. G. Well*, p. 219. <<

[372] Wells, *Una utopía moderna*, p. 69. <<

[373] *Ibid.*, p. 20. <<

[374] *Ibid*., p. 11. <<

[375] *Ibid.*, p. 117. <<

[376] *Ibid*., p. 174. <<

[377] Orwell, «¿Pueden ser felices los socialistas?», p. 448. <<

[378] Orwell, reseña de *Mein Kampf*, de Adolf Hitler, *The New English Weekly*, 21 de marzo de 1940, en *CW XII*, 602, p. 118. <<

[379] Citado en Smith, *H. G. Well: Desperately Mortal*, p. 167. <<

[380] Attlee, *The Social Worker*, p. 138. <<

[381] Forster, E. M., *The Collected Tales of E. M. Forster*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1947, pp. 7-8. <<

[382] Citado en Furbank, P. N., *E. M. Forster: A Life (1879–1970)*, Londres: Secker & Warburg, 1979, p. 161. <<

[383] Forster, *The Collected Tales*, p. 145. <<

[384] *Ibid.*, p. 156. <<

[385] *Ibid*., p. 186. <<

[386] *Ibid*., p. 183. <<

[387] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 611. <<

[388] Citado en Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 206. <<

[389] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 172. <<

[390] Wells, H. G., *Socialism and the Family*, Londres: A. C. Fifield, 1906, p. 6. <<

[391] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 6 de diciembre de 1946, en *The Complete Works of George Orwell XVIII: Smothered under journalism, 1946*, Londres: Secker & Warburg, 2001, p. 511. [De aquí en adelante, citada como *CW XVIII*]. <<

[392] *Kipps* es el tipo de novela a la que se refería Orwell cuando decía que *Subir a por aire* era «una versión aguada de Wells. Admiro mucho a Wells como escritor y ejerció una influencia temprana en mí» (carta de Orwell a Julian Symons, en *CW XIX*, 3397, p. 336). Ojo, «como escritor». No como pensador. <<

[393] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 619. <<

[394] *Ibid.*, p. 617. <<

[395] Mencken, H. L., «The Late Mr. Wells», en *Prejudices: First Series*, Londres: Jonathan Cape, 1921, p. 28. <<

[396] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 142. <<

[397] Citado en Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 319. <<

[398] Citado en *ibid*., p. 327. <<

[399] Wells, H. G., *Russia in the Shadows*, Londres: Hodder & Stoughton, 1920, p. 138. <<

[400] Citado en Sherborne, *H. G. Well*, p. 259. <<

[401] Wells, H. G., *Men like Gods*, Londres: Cassell & Company, 1923, p. 289.
<<

[402] Wells, H. G., *The Dream*, Londres: Jonathan Cape, 1924, p. 152. <<

[403] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 209. <<

[404] *Ibid*., p. 204. <<

[405] *The Paris Review*, n.º 23, primavera de 1960. <<

[406] Carta de Aldous Huxley a George Orwell, 21 de octubre de 1949, en Smith, Grover (ed.), *Letter of Aldous Huxley*, Londres: Chatto & Windus, 1969, p. 605. <<

[407] Carta de Aldous Huxley a Kethevan Roberts, 18 de mayo de 1931, en *ibid*., p. 348. <<

[408] Carta de Aldous Huxley a Robert Nichols, 18 de enero de 1927, en *ibid*., p. 281. <<

[409] «Spinoza's Worm», en *Do What You Will*, Londres: Chatto & Windus, 1929, citado en Hillegas, *The Future As Nightmare*, p. 115. <<

[410] Huxley, Aldous, *Un mundo feliz*, Barcelona: Plaza y Janés, 1987, trad. de Ramón Hernández, p. 5. <<

[411] Citado en Huxley, Aldous, *Brave New World*, Nueva York: Vintage, 2007, p. XX [en la edición en castellano no aparece esta cita debido a que el prólogo no es el mismo]. <<

[412] Huxley, Aldous, *Jesting Pilate*, Londres: Chatto & Windus, 1926, p. 267. <<

[413] *Ibid*., p. 284. <<

[414] Huxley, *Un mundo feliz*, p. 178. <<

[415] Citado en Bedford, Sybille, *Aldous Huxley: A Biography: Volume One: 1894–1939*, Londres: Chatto & Windus, 1973, p. 92. **<<**

[416] Orwell, «Freedom and Happiness», *Tribune*, 4 de enero de 1946, en *CW XVIII*, 2841, p. 14 [trad. cast. citada en Deutscher, Isaac, «*1984*: el misticismo de la crueldad», en *Herejes y renegados*, Barcelona: Ariel, 1970, pp. 53-54]. <<

[417] Orwell, *El camino de Wigan Pier*, p. 94. <<

[418] Orwell, *1984*, p. 179. <<

[419] *Ibid*., p. 234. <<

[420] *Ibid*., p. 79. <<

[421] El título original es *Brave New World* (Espléndido mundo nuevo), expresión que aparece en el acto V de *La tempestad*, de Shakespeare; la referencia se ha perdido en la traducción del título al castellano. *(N. de la T.)*. <<

[422] Citado en Bew, *Citizen Clem*, p. 236. Por su similitud fonética, «Vague New World» hace un juego de palabras con *Brave New World*, en el que el «espléndido» (*brave*) se sustituye por «confuso» *(vague). (N. de la T.)*. <<

[423] Muggeridge, *The Thirties*, p. 24. <<

[424] Orwell, *Que no muera la aspidistra*, p. 112. <<

[425] Connolly, Cyril, «Year Nine», recopilado en *The Condemned Playground*, p. 158. <<

[426] Carta de Aldous Huxley a Harold Raymond, 19 de marzo de 1932, en Smith, *Letter of Aldous Huxley*, p. 359. <<

[427] Citado en Firchow, Peter Edgerly, *The End of Utopia: A Study of Aldous Huxley's* Brave New World, Nueva Jersey: Associated University Presses, 1984, p. 135. <<

[428] Citado en *ibid*., p. 59. <<

[429] Wells, H. G., *The Shape of Things to Come*, Londres: Gollancz, 2017, p. 354. <<

[430] Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 394. <<

[431] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 736. <<

[432] *Ibid*., p. 743. <<

[433] Malcolm Muggeridge le contó a Orwell que los Webb, sus tíos políticos, habían excluido intencionadamente de su libro *Soviet Communism: A New Civilization?* (Comunismo soviético: ¿una nueva civilización?) ciertos hechos sobre la URSS que no resultaban apropiados, algo vergonzoso. <<

[434] *Ibid*., p. 819. <<

[435] Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 381. <<

[436] *Ibid*., p. 403. <<

[437] En 1929, el término *ciencia ficción* empezaba a reemplazar a *cientificción*, más utilizado hasta entonces. <<

[438] *The New York Times* Magazine, 17 de abril de 1927. <<

[439] *Idem*. <<

[440] Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 391. <<

[441] Orwell, respuesta a J. F. Horrabin, *Tribune*, 19 de mayo de 1944, en *CW XVI*, 2467, p. 186. <<

[442] Orwell, reseña de *Film Stories*, de H. G. Wells, *Tribune*, 21 de junio de 1940, en *CW XII*, 640, p. 191. <<

[443] Carta de Orwell a Brenda Salkeld, junio de 1933, en *CW X*, 176, p. 317. <<

[444] Orwell, *1984*, p. 203. <<

[445] Martin, Kingsley, *Editor: A Second Volume of Autobiography 1931–45*, Londres: Hutchinson & Co., 1968, p. 107. <<

[446] Citado en Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 424. <<

[447] Citado en *ibid*., p. 413. <<

[448] *Ibid*., p. 445. <<

[449] Orwell, entrada en su diario de guerra, 14 de marzo de 1942, en *Escritor en guerra*, p. 372. <<

[450] Se traduciría como «Cosas jóvenes y brillantes», apodo que le dio la prensa sensacionalista a un grupo de aristócratas y artistas que provocó muchos escándalos con sus fiestas extravagantes en la Inglaterra de la década de 1920. *(N. de la T.).* <<

[451] Powell, Anthony, *To Keep the Ball Rolling Volume II: Messengers of Day*, Portsmouth: Heinemann, 1978, p. 24. <<

[452] Orwell, «Wells, Hitler y el Estado mundial», p. 353. <<

[453] *Ibid*., p. 358. <<

[454] Carta de Orwell a Stephen Spender, 15 de abril de 1938, en *Escritor en guerra*, p. 72. <<

[455] Woodcock, George, *Orwell’s Message: 1984 and the Present*, Pender Harbor: Harbour Publishing, 1984, p. 124. <<

[456] Carta de Orwell a Stephen Spender, en *Escritor en guerra*, p. 73. <<

[457] El relato más fiable de la cena es el de los diarios de Inez Holden, citados en Crick, *George Orwell*, pp. 346-347. <<

[458] *Ibid*., p. 348. <<

[459] Orwell, «El redescubrimiento de Europa», *The Listener*, 19 de marzo de 1942, trad. de Jordi Soler, en *Ensayos*, p. 397. <<

[460] Carta de H. G. Wells a *The Listener*, 9 de abril de 1942, en *CW XIII*, 1014, p. 218. <<

[461] Citado en Sherborne, *H. G. Well*, p. 333. <<

[462] Carta de Orwell a Philip Rahv, 9 de diciembre de 1943, en *CW XVI*, 2390, p. 22. <<

[463] Orwell, «English Writing in Total War», *The New Republic*, 14 de julio de 1941, en *CW XII*, 831, p. 530. <<

[464] Morton, H. V., *I, James Blunt*, Londres: Methuen & Co., 1942, p. 58. <<

[465] Maugham, Robin, *The 1946 MS.*, Londres: War Facts Press, 1943, p. 45.
<<

[466] Orwell, «Review of Pamphlet Literature», *The New Statesman and Nation*, 9 de enero de 1943, en *CW XIV*, 1807, p. 301. <<

[467] Orwell, «London Letter», *Partisan Review*, marzo-abril de 1941, en *CW XII*, 740, p. 355. <<

[468] Connolly, *The Condemned Playground*, p. 273. <<

[469] Orwell, reseña de *An Epic of the Gestapo*, de sir Paul Dukes, *Tribune*, 13 de septiembre de 1940, en *CW XII*, 686, p. 258. **<<**

[470] Orwell, reseña de *The Lights Go Down*, de Erika Mann, *Tribune*, 23 de agosto de 1940, en *CW XII*, 676, p. 238. <<

[471] Orwell, reseña de *Never Come Back*, de John Mair, *The New Statesman and Nation*, 4 de enero de 1941, en *CW XII*, 741, p. 359. <<

[472] Orwell, «Confesiones de un crítico literario», *Tribune*, 3 de mayo de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 780. **<<**

[473] Powell, Anthony, *To Keep the Ball Rolling Volume I: Infants of the Spring*, Portsmouth: Heinemann, 1976, p. 139. <<

[474] Orwell, *Time and Tide*, 9 de agosto de 1941, en *CW XII*, 840, p. 542. **<<**

[475] Orwell, *Time and Tide*, 25 de enero de 1941, en *CW XII*, 751, p. 375. <<

[476] Orwell, *Time and Tide*, 21 de diciembre de 1940, en *CW XII*, 727, p. 315.
<<

[477] *Idem.* <<

[478] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 31 de diciembre de 1943, en *CW XVI*, 2398, p. 46. <<

[479] Orwell, «London Letter», en *CW XII*, 740, p. 354. <<

[480] Orwell, entrada en su diario de guerra, 7 de septiembre de 1940, en *Escritor en guerra*, p. 310. <<

[481] Orwell, entrada en su diario de guerra, 19 de octubre de 1940, en *ibid*., p. 318. <<

[482] Orwell, «In Defence of P. G. Wodehouse», *The Windmill*, n.º 2, julio de 1945, en *CW XVII*, 2624, p. 60. <<

[483] Orwell, entrada en su diario de guerra, 6 de julio de 1941, en *Escritor en guerra*, p. 364. <<

[484] Orwell, *1984*, p. 196. <<

[485] Orwell, entrada en su diario de guerra, 18 de mayo de 1941, en *Escritor en guerra*, p. 353. <<

[486] Crick, *George Orwell*, p. 356. <<

[487] Orwell, «La poesía y el micrófono», *The New Saxon Pamphlet*, n.º 3, marzo de 1945, trad. de Jordi Soler, en *Ensayos*, p. 590. <<

[488] Orwell, «Literatura y totalitarismo», 21 de mayo de 1941, trad. de Inga Pellisa, en *ibid*., p. 348. <<

[489] Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 265. <<

[490] Orwell, entrada en su diario de guerra, 28 de agosto de 1941, en *Escritor en guerra*, p. 364. <<

[491] Orwell, «La libertad de prensa (*Rebelión en la granja*)», trad. de Manuel Cuesta, en *Ensayos*, p. 625. <<

[492] Orwell, *1984*, p. 12. <<

[493] *Ibid*., p. 316. <<

[494] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 18 de agosto de 1944, en *CW XVI*, 2534, p. 338. <<

[495] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 4 de abril de 1947, en *CW XIX*, 3208, p. 118. <<

[496] Orwell, «La poesía y el micrófono», p. 590. <<

[497] Orwell, «London Letter», *Partisan Review*, julio-agosto de 1941, en *CW XII*, 787, p. 472. <<

[498] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 105. <<

[499] Clark, J. B., memorando de la BBC, 19 de enero de 1943. <<

[500] Orwell, «As I Please», 7 de abril de 1944, en *CW XVI*, 2450, p. 147. <<

[501] Memorando de Z. A. Bokhari a Orwell, 23 de septiembre de 1941, en *CW XIII*, 846, p. 12. <<

[502] Carta de Orwell a Rayner Heppenstall, 19 de septiembre de 1946, en *CW XVIII*, 3074, p. 400. **<<**

[503] Orwell, George, en West, W. J. (ed.), *The War Broadcasts*, Londres: Gerald Duckworth & Co., 1985, p. 13. <<

[504] Orwell, «La poesía y el micrófono», p. 589. <<

[505] Orwell, «Voice», 11 de agosto de 1942, en *CW XIII*, 1373, p. 459. <<

[506] Orwell, entrada en su diario de guerra, 27 de marzo de 1942, en *Escritor en guerra*, p. 377. <<

[507] Orwell, entrada en su diario de guerra, 14 de marzo de 1942, en *ibid*., p. 372. <<

[508] Orwell, entrada en su diario de guerra, 21 de junio de 1942, en *ibid*., p. 405. <<

[509] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 132. <<

[510] Woodcock, «Pacifism and the War: A Controversy», p. 395. <<

[511] Carta de Orwell a George Woodcock, 2 de diciembre de 1942, en *CW XIV*, 1711, p. 214. **<<**

[512] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 128. <<

[513] *Arena: George Orwell*. <<

[514] Orwell, *Poesía completa*, Madrid: Visor, 2017, trad. de Jesús Isaías Gómez, p. 153. El poema se publicó por primera vez bajo el título «As One Non-Combatant to Another (A Letter to “Obadiah Hornbooke”)» en *Tribune*, 18 de junio de 1943. <<

[515] Orwell, entrada en su diario de guerra, 27 de abril de 1942, en *Escritor en guerra*, pp. 388 y 389. <<

[516] Crick, *George Orwell*, p. 350. <<

[517] Orwell, adaptación de *Macbeth*, Servicio Oriental de la BBC, 17 de octubre de 1943, en 2319, pp. 280-281. <<

[518] Orwell, «¿Pueden ser felices los socialistas?», p. 448. <<

[519] Orwell, «Política frente a literatura: un análisis de *Los viajes de Gulliver*», p. 798. <<

[520] Orwell, «Entrevista imaginaria: George Orwell y Jonathan Swift», trad. de Jordi Soler, en *ibid*., p. 437. <<

[521] *The Observer*, 29 de enero de 1950, reeditado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 298. <<

[522] Orwell, «¿Pueden ser felices los socialistas?», p. 449. <<

[523] Orwell, reseña de *An Unknown Land*, en *CW XIV*, 1768, p. 254. <<

[524] Orwell, programa sobre Jack London, BBC, 5 de marzo de 1943, en *The Complete Works of George Orwell XV: Two wasted years, 1943*, Londres: Secker & Warburg, 2001, 1916, p. 5. [De aquí en adelante, citada como *CW XV*]. <<

[525] *Ibid*., p. 6. <<

[526] Orwell, introducción a *Love of Life and Other Stories*, de Jack London, 1945, en *CW XVII*, 2781, p. 355. <<

[527] Sinclair, Andrew, *Jack: A Biography of Jack London*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1978, p. 108. <<

[528] London, Jack, *En ruta*, Barcelona: Marbot Ediciones, 2009, trad. de Ramón Vilà, p. 270. <<

[529] London, Joan, *Jack London and His Times: An Unconventional Biography*, Nueva York: Doubleday, Doran & Company, 1939, p. 308. **<<**

[530] London, Jack, *El talón de hierro*, Hondarribia: Editorial Hiru, 2003, trad. de María Ruipérez, p. 162. <<

[531] Labor, Earle, *Jack London*, Woodbridge: Twayne, 1974, p. 114. <<

[532] London, *Jack London and His Times*, p. 315. <<

[533] *Idem*. <<

[534] Orwell, «Jack London», Forces Educational Broadcast, Light Programme, BBC, 8 de octubre de 1945, en *CW XVII*, 2761, p. 303. <<

[535] Orwell, introducción a *Love of Life and Other Stories*, p. 354. <<

[536] Orwell, programa de la BBC sobre Jack London, p. 6. <<

[537] *Ibid.*, p. 7. <<

[538] *Idem*. <<

[539] *Idem*. <<

[540] London, *El talón de hierro*, p. 4. <<

[541] Orwell, *1984*, p. 35. <<

[542] *Ibid*., p. 168. <<

[543] *Idem*. <<

[544] Icke y Macmillan, *1984*, p. 13. <<

[545] Ingersoll, Earl G. (ed.), *Waltzing Again*, Ontario Review Press, 2006, p. 116. <<

[546] Kinos-Goodwin, Jesse, «We are reading 1984 wrong, according to Margaret Atwood», CBC, 9 de mayo de 2017. <<

[547] *Idem*. <<

[548] Carta de Wells a George Bernard Shaw, 22 de abril de 1941. <<

[549] Carta de Wells a *The British Weekly*, 26 de junio de 1939, citado en Mackenzie, *The Time Traveller*, p. 420. <<

[550] Carta de Orwell a Rayner Heppenstall, 24 de agosto de 1943, en *CW XV*, 2247, p. 206. <<

[551] Carta de Eileen Blair a Orwell, 21 de marzo de 1945, en *CW XVII*, 2638, p. 99. <<

[552] Carta de Orwell a L. F. Rushbrook Williams, 24 de septiembre de 1945, en *CW XV*, 2283, p. 251. <<

[553] Williams, Rushbrook, informe anual confidencial sobre George Orwell, 7 de agosto de 1943. <<

[554] Véase cómo lo cuenta Elizabeth Knights en la transcripción de su entrevista para *Arena: George Orwell*. **<<**

[555] Orwell, «Recuerdos de la guerra civil española», p. 176. <<

[556] *Ibid*., p. 177. <<

[557] *Idem*. <<

[558] *Ibid*., p. 179. <<

[559] Emperador Hirohito, 26 de octubre de 1943. <<

[560] Orwell, *1984*, p. 285. <<

[561] Orwell, «The Last Man in Europe», en *CW XV*, 2377, p. 368. <<

[562] Orwell, «Recuerdos de la guerra civil española», p. 179. <<

[563] Zamiatin, Evgueni, «Carta a Stalin» (1931), en *Nosotros*, Madrid: Akal, 2021, trad. de S. Hernández-Ranera, p. 8. <<

[564] Carta de Orwell a Gleb Struve, 17 de febrero de 1944, en *CW XVI*, 2421, p. 98. <<

[565] Orwell, «Freedom and Happiness», p. 13. <<

[566] Carta de Orwell a Warburg, 22 de noviembre de 1948, en *CW XIX*, 3495, p. 471. <<

[567] Shane, Alex M., *The Life and Works of Evgenij Zamjatin*, Berkeley: University of California Press, 1968, p. 140. <<

[568] Deutscher, «*1984*: el misticismo de la crueldad», p. 54. <<

[569] Orwell, «As I please», *Tribune*, 24 de enero de 1947, en *CW XIX*, 3158, p. 26. <<

[570] Morris, William, *Commonweal*, vol. 5, n.º 180, 22 de junio de 1889. <<

[571] Zamiatin, «Autobiography» (1922), en *Soviet Heretic*, Londres: Quartet Books, 1991, trad. al inglés de Mirra Ginsberg, p. 4. <<

[572] Zamiatin, «Contemporary Russian Literature» (1918), en *ibid*., p. 44. <<

[573] Zamiatin, *Nosotros*, p. 84. <<

[574] *Ibid.*, p. 277. <<

[575] *Ibid*., p. 279. <<

[576] Zamiatin, «On Literature, Revolution, Entropy, and Other Matters» (1923), en *Soviet Heretic*, pp. 111-112. <<

[577] Shane, *The Life and Works of Evgenij Zamjatin*, p. 92. <<

[578] Zamiatin, *Nosotros*, p. 33. <<

[579] *Ibid.*, p. 43. <<

[580] Este humorista británico era muy famoso en Rusia. Según el historiador Brian Moynahan, «en los quioscos de todas las estaciones de Moscú a Harbin había un ejemplar de *Tres hombres en una barca*, de Jerome K. Jerome» (Moynahan, Brian, *Comrades 1917: Russia in Revolution*, Boston: Little, Brown and Co., 1992, p. 5). <<

[581] Zamiatin, *Nosotros*, p. 183. <<

[582] *Ibid.*, p. 67. <<

[583] Orwell, «Freedom and Happiness», p. 14. <<

[584] Zamiatin, *Nosotros*, p. 233. <<

[585] *Ibid*., p. 294. <<

[586] Orwell, «Freedom and Happiness», p. 13. <<

[587] Zamiatin, «Autobiography» (1922), en *Soviet Heretic*, p. 4. <<

[588] Zamiatin, «Autobiography» (1924), en *ibid*., p. 5. <<

[589] Zamiatin, «Autobiography» (1929), en *ibid*., p. 9. <<

[590] Struve, Gleb, *25 Year of Soviet Russian Literature (1918–1943)*, Londres: George Routledge & Sons, 1944, p. 22. <<

[591] Zamiatin, «Autobiography» (1929), en *Soviet Heretic*, p. 10. <<

[592] Zamiatin, «Autobiography» (1922), en *ibid*., p. 4. <<

[593] San Petersburgo pasó a llamarse Petrogrado en 1914 y Leningrado en 1924, para volver a su nombre original en 1991. <<

[594] Zamiatin, «Moscow–Petersburg» (1933), en *ibid*., p. 144. <<

[595] Zamiatin, «Tomorrow» (1919), en *ibid*., p. 51. <<

[596] *Idem*. <<

[597] Zamiatin, «Scythians?» (1918), en *ibid*., p. 22. <<

[598] Zamiatin, «Maxim Gorky» (1936), en *ibid*., p. 250. <<

[599] Zamiatin, «I am afraid» (1921), en *ibid*., p. 57. <<

[600] Citado en Amis, Martin, *Koba el Temible*, Barcelona: Anagrama, 2004, trad. de Antonio-Prometeo Moya, p. 141. <<

[601] Zamiatin, «I am afraid» (1921), en *Soviet Heretic*, p. 57. <<

[602] Weitzel Hickey, Martha, *The Writer in Petrograd and the House of Arts*, Evanston: Northwestern University Press, 2009, p. 137. <<

[603] Zamiatin, «H. G. Wells» (1922), en *Soviet Heretic*, p. 259. <<

[604] *Ibid*., p. 287. <<

[605] *Ibid.*, p. 290. <<

[606] Orwell, «Freedom and Happiness», pp. 14-15. Orwell lo compara con un personaje de dibujos animados utilizado en los carteles de los transportes londinenses durante la Segunda Guerra Mundial. *(N. de la T.)*. <<

[607] Zamiatin, *Nosotros*, p. 38. <<

[608] *Ibid*., p. 271. <<

[609] Orwell, *1984*, p. 277. <<

[610] Dostoievski, Fiodor, *Memorias del subsuelo*, Madrid: Cátedra, 2006, trad. de Bela Martinova. <<

[611] *Idem.* <<

[612] Orwell, *1984*, p. 91. <<

[613] Orwell, «Freedom and Happiness», p. 15. <<

[614] Carta de Orwell a Warburg, 30 de marzo de 1949, en *CW XIX*, 3583, p. 72. <<

[615] Rand, Ayn, *Himno*, Barcelona: Planeta, 2020, trad. de Verónica Puertollano, p. 81. <<

[616] Mayhew, Robert (ed.), *Essays on Ayn Rand's* Anthem, Washington D. C.: Lexington Books, 2005, p. 119. <<

[617] *Ibid*., p. 56. <<

[618] *Ibid*., p. 24. <<

[619] Rand, *Himno*, p. 85. <<

[620] Lucas, George (director), *THX 1138*, 1971. <<

[621] Citado en Baxter, John, *George Lucas: A Biography*, Nueva York: HarperCollins, 1999, p. 104. <<

[622] *Idem.* <<

[623] Rush, *2112*. Anthem Records, 1976. [*Anthem* es el título original de la novela de Rand. (*N. de la T.*)]. **<<**

[624] Kordosh, J., «Rush. But Why Are They in Such a Hurry?», *Creem*, junio de 1981. <<

[625] Zamiatin, *Nosotros*, p. 45. <<

[626] Mayhew (ed.), *Essays on Ayn Rand’s* Anthem, p. 26. <<

[627] Lord, Phil y Miller, Christopher, *La Lego película*, 2014. **<<**

[628] Carta de Gleb Struve a *Tribune*, 25 de enero de 1946, en *CW XVIII*, 2841, p. 16. <<

[629] *Les Nouvelles littéraires*, n.º 497, 23 de abril de 1932. <<

[630] Citado en Richards, D. J., *Zamyatin: A Soviet Heretic*, Cambridge: Bowes & Bowes, 1962, p. 43 [trad. cast.: Zamiatin, *Los fuegos de Santo Domingo*, Córdoba: Berenice, 2014, trad. de Rafael Torres]. <<

[631] Hillegas, *The Future As Nightmare*, p. 105. <<

[632] Mayhew (ed.), *Essays on Ayn Rand’s* Anthem, p. 139. <<

[633] Zamiatin, *Nosotros*, p. 226. <<

[634] Shane, *The Life and Works of Evgenij Zamjatin*, p. 27. <<

[635] *Ibid.*, p. 59. <<

[636] Orwell, «The Prevention of Literature», *Polemic*, enero de 1946, en *CW XVII*, 2792, p. 378. <<

[637] Zamiatin, «Paradise» (1921), en *Soviet Heretic*, p. 65. <<

[638] Zamiatin, «Moscow-Petersburg», en *ibid*., p. 153. <<

[639] Serge, Víctor, *Memorias de un revolucionario*, Madrid: Traficantes de sueños, 2019, trad. de Tomás Segovia, p. 356. <<

[640] Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 331. <<

[641] Serge, *Memorias de un revolucionario*, p. 356. <<

[642] Shane, *The Life and Works of Evgenij Zamjatin*, p. 74. <<

[643] Citado en Eastman, Max, *Artists in Uniform*, Crows Nest: G. Allen & Unwin, 1934, p. 87. <<

[644] *Ibid.*, p. 85. <<

[645] Struve, *25 Year of Soviet Russian Literature*, p. 130. <<

[646] Shane, *The Life and Works of Evgenij Zamjatin*, p. 75. <<

[647] Zamiatin, «Carta a Stalin», prólogo de *Nosotros*, p. 12. <<

[648] *Ibid.*, p. 11. <<

[649] *Ibid.*, p. 12. <<

[650] Corrieron rumores de que Gorki había sido envenenado por orden de Stalin como preparación para los juicios que marcaron el comienzo de la Gran Purga de agosto de ese año. <<

[651] Wells, *Experimento en autobiografía*, p. 747. <<

[652] Zamiatin, «Maxim Gorky», en *Soviet Heretic*, p. 254. <<

[653] Lyons, *Assignment in Utopia*, pp. 494-495. <<

[654] Serge, *Memorias de un revolucionario*, p. 360. <<

[655] Crossman (ed.), *The God That Failed*, p. 208. <<

[656] Zamiatin, *Nosotros*, p. 123. <<

[657] Orwell, «Notas sobre el nacionalismo», *Polemic*, n.º 1, octubre de 1945, trad. de Juan Antonio Montiel, en *Ensayos*, p. 611. <<

[658] Carta de Orwell a Struve, en *CW XVI*, 2421, p. 99. <<

[659] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 31 de enero de 1947, en *CW XIX*, 3167, p. 38. <<

[660] *Ibid.*, p. 37. <<

[661] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 139. <<

[662] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 12 de mayo de 1944, en *CW XVI*, 2467, p. 183. <<

[663] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 28 de abril de 1944, en *CW XVI*, 2460, p. 172. <<

[664] Orwell, *1984*, p. 271. <<

[665] Kelly, Daniel, *James Burnham and the Struggle for the World: A Life*, Wilmington: ISI Books, 2002, p. 97. <<

[666] Orwell, «Los reformistas cristianos», *Manchester Evening New*, 7 de febrero de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 711. <<

[667] Burnham, James, *La revolución de los directores*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1967, trad. de Atanasio Sánchez, p. 103. <<

[668] *Ibid*., p. 228. <<

[669] Orwell, «As I please», *Tribune*, 14 de enero de 1944, en *CW XVI*, 2404, p. 61. <<

[670] *Idem*. <<

[671] Carta de James Burnham a *Tribune*, 24 de marzo de 1944, en *ibid*., p. 62. <<

[672] Respuesta de Orwell a Burnham, *ibid*., p. 64. <<

[673] Orwell, *1984*, p. 47. <<

[674] Kelly, *James Burnham and the Struggle for the World*, p. 118. <<

[675] Orwell, reseña de *Los maquiavelistas*, de James Burnham, *Manchester Evening New*, 20 de enero de 1944, en *CW XVI*, 2407, p. 74. <<

[676] Orwell, «James Burnham y la revolución de los directores», *Polemic*, n.º 3, mayo de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 764. <<

[677] *Ibid.*, p. 772. <<

[678] Orwell, «As I Please», en *CW XVI*, 2404, p. 61. <<

[679] Orwell, «James Burnham y la revolución de los directores», p. 776. <<

[680] Orwell, *CW XIX*, p. 14. <<

[681] Orwell, «Catastrophic Gradualism», *C. W. Review*, noviembre de 1945, en *CW XVII*, 2778, p. 344. <<

[682] Orwell, *1984*, p. 278. <<

[683] Burnham, James, *The Machiavellians: Defenders of Freedom*, Putnam & Company, 1943, p. 182 [trad. cast.: *Los maquiavelistas*, Santiago de Chile: Ediciones Olejnik, 2021]. <<

[684] Orwell, *1984*, p. 278. <<

[685] *Ibid.*, p. 212. <<

[686] Carta de Orwell a Noel Willmett, 18 de mayo de 1944, en *CW XVI*, 2471, p. 191. <<

[687] *Idem*. <<

[688] Carta de Burnham a *Tribune*, en *CW XVI*, 2404, p. 62. <<

[689] Hayek, Friedrich, *Camino de servidumbre. Textos y documentos*, Madrid: Unión Editorial, 2008, trad. de Carlo A. Caranci y José Vergara, p. 50. **<<**

[690] *Ibid*., p. 175. Veamos este pasaje al estilo de Orwell: «La misma palabra “verdad” deja de tener su antiguo significado. No designa ya algo que ha de encontrarse […] se convierte en algo que ha de ser establecido por la autoridad, algo que ha de creerse en interés de la unidad del esfuerzo organizado y que puede tener que alterarse si las exigencias de este esfuerzo organizado lo requieren» (*ibid*., p. 151). <<

[691] Orwell, reseña de *Camino de servidumbre*, de F. A. Hayek, y *The Mirror of the Past*, de K. Zilliacus, *The Observer*, 9 de abril de 1944, en *CW XVI*, 2451, p. 149. <<

[692] *Idem*. <<

[693] Carta de Orwell a Gollancz, 19 de marzo de 1944, en *CW XVI*, 2437, p. 127. <<

[694] Crick, *George Orwell*, p. 367. <<

[695] *Ibid.*, p. 369. <<

[696] Holden, Inez, citado en *CW XVI*, p. 266. <<

[697] Crick, *George Orwell*, p. 370. <<

[698] Orwell, «La libertad de prensa (*Rebelión en la granja*)», p. 618. <<

[699] Carta de Orwell a Gollancz, 14 de marzo de 1947, en *CW XIX*, 3191, p. 78. <<

[700] Warburg, *All Authors Are Equal*, p. 47. <<

[701] Smith, *H. G. Well: Desperately Mortal*, p. 473. <<

[702] Schimanski, Stefan y Henry Treece (eds.), *Leave in the Storm: A Book of Diaries*, Londres: Lindsay Drummond, 1947, pp. 241-245. <<

[703] Carta de Orwell a T. S. Eliot, 28 de junio de 1944, en *CW XVI*, 2496, p. 269. <<

[704] Véase el testimonio de Rayner Heppenstall en Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 172. <<

[705] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 147. <<

[706] Orwell, «London Letter», *Partisan Review*, invierno de 1944-1945, en *CW XVI*, p. 411. <<

[707] *Ibid*., pp. 413-415. <<

[708] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 1 de diciembre de 1944, en *CW XVI*, 2586, p. 487. <<

[709] Orwell, «Survey of “Civvy Street”», *The Observer*, 4 de junio de 1944, en *CW XVI*, 2484, p. 249. <<

[710] Scammell, Michael, *Koestler: The Indispensable Intellectual*, Londres: Faber & Faber, 2010, p. 160. Nótese la diferencia con su personaje fiel al partido en *El cero y el infinito*: «La verdad es lo que es útil a la Humanidad; la mentira, lo que es nocivo» (Koestler, Arthur, *El cero y el infinito*, Barcelona: Debolsillo, 2013, trad. de Eugenia Serrano, p. 263). <<

[711] Crossman (ed.), *The God That Failed*, p. 82. <<

[712] *Ibid.*, p. 78. <<

[713] Cesarani, David, *Arthur Koestler: The Homeless Mind,* Portsmouth: William Heinemann, 1998, p. 175. <<

[714] Orwell, *1984*, p. 248. <<

[715] *Ibid*., p. 269. <<

[716] Orwell, reseña de *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler, *The New Statesman and Nation*, 4 de enero de 1941, en *CW XII*, 741, p. 358. <<

[717] Koestler, *El cero y el infinito*, p. 38. **<<**

[718] Conquest, *The Great Terror*, p. 113. <<

[719] Orwell, reseña de *El cero y el infinito*, p. 358. <<

[720] Koestler, *El cero y el infinito*, p. 264. <<

[721] Orwell, *1984*, p. 32. <<

[722] *Ibid*., p. 87. <<

[723] Conquest, *The Great Terror*, p. 122. **<<**

[724] Orwell, *1984*, p. 292. <<

[725] Koestler, *El cero y el infinito*, p. 146. <<

[726] *Ibid.*, p. 127. <<

[727] *Ibid*., p. 291. <<

[728] Orwell, *1984*, p. 270. <<

[729] Orwell, «Arthur Koestler», trad. de Miguel Temprano, en *Ensayos*, p. 543. <<

[730] *Ibid*., p. 542. <<

[731] *Ibid*., p. 543. <<

[732] Orwell, reseña de *Twilight Bar*, de Arthur Koestler, *Tribune*, 30 de noviembre de 1945, en *CW XVII*, 2808, p. 406. <<

[733] Scammell, *Koestler: The Indispensable Intellectual*, p. 265. <<

[734] Los dos relatos que hay de este encuentro no concuerdan. Según Hemingway, un Orwell paranoico le pidió prestada una pistola. En la historia que el poeta anarquista Paul Potts afirma haber oído de boca de Orwell hay una ruidosa borrachera, pero sin armas de fuego. Orwell nunca escribió sobre dicho encuentro. La memoria es poco fiable, sobre todo cuando el deseo de contar una buena historia se interpone. (Véanse Hemingway, Ernest, *Al romper el alba*, Barcelona: Planeta, 1999, trad. de Fernando González, y Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 387). **<<**

[735] Orwell, «Creating Order Out of Cologne Chaos: Water Supplied from Carts», *The Observer*, 23 de marzo de 1945, en *CW XVII*, 2641, p. 107. <<

[736] Carta de Eileen Blair a Orwell, 21 de marzo de 1945, en *CW XVII*, 2638, p. 96. <<

[737] *Ibid*., p. 99. <<

[738] Carta de Orwell a Anthony Powell, 13 de abril de 1945, en *CW XVII*, 2656, p. 124. <<

[739] *Arena: George Orwell*. <<

[740] Orwell, «Future of a Ruined Germany: Rural Slum Cannot Help Europe», *The Observer*, 8 de abril de 1945, en *CW XVII*, 2654, p. 122. <<

[741] Orwell, «Revenge Is Sour», *Tribune*, 8 de noviembre de 1945, en *CW XVII*, 2786, p. 362. <<

[742] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 12 de enero de 1945, en *CW XVII*, 2603, p. 19. <<

[743] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 15 de noviembre de 1946, en *CW XVIII*, 3115, p. 483. <<

[744] *Idem.* <<

[745] *Ibid*., p. 484. <<

[746] Orwell, «The Last Man in Europe», en *CW XV*, 2377, p. 269. <<

[747] Davison, Peter (ed.), *George Orwell, Nineteen Eighty-Four: The Facsimile of the Extant Manuscript*, Londres: Secker & Warburg, 1984, pp. 29-31. <<

[748] Orwell, *El camino de Wigan* Pier, p. 115. <<

[749] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 10 de diciembre de 1943, en *CW XVI*, 2391, p. 23. <<

[750] Orwell, «Antisemitismo en Inglaterra», *Contemporary Jewish Record*, abril de 1945, trad. de Jordi Soler, en *Ensayos*, p. 583. <<

[751] Orwell, «Notas sobre el nacionalismo», p. 593. <<

[752] Orwell, *1984*, p. 227. <<

[753] Orwell, «Notas sobre el nacionalismo», p. 612. <<

[754] Orwell, «Antisemitismo en Inglaterra», p. 583. <<

[755] *Ibid.*, p. 576. <<

[756] *Ibid*., p. 577. <<

[757] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 8 de diciembre de 1944, en *CW XVI*, 2590, p. 495. <<

[758] El «pensamiento de grupo», un término acuñado por el psicólogo Irving Janis en 1971 para describir «el deterioro de la efectividad mental, de la capacidad para examinar la realidad y de hacer juicios morales como consecuencia de presiones grupales», es un homenaje explícito a la nuevalengua (Janis, Irving L., «Groupthink», *Psychology Today*, noviembre de 1971). <<

[759] Orwell, «Notas sobre el nacionalismo», p. 602. <<

[760] *Daily Mail*, 5 de junio de 1945. <<

[761] Bew, *Citizen Clem*, p. 333. <<

[762] Kynaston, David, *Austerity Britain 1945–51*, Londres: Bloomsbury, 2008, p. 43. <<

[763] Orwell, «London Letter», *Partisan Review*, verano de 1945, en *CW XVII*, 2672, p. 164. <<

[764] Orwell, «London Letter», *Partisan Review*, otoño de 1945, en *CW XVII*, 2719, p. 246. <<

[765] Bew, *Citizen Clem*, p. 348. <<

[766] Panter-Downes, Mollie, «Letter from London», *The New Yorker*, 4 de agosto de 1945. <<

[767] Este himno, cuyo texto se basa en un poema de William Blake, había sido el lema de la campaña laborista, puesto que el objetivo era fundar una «nueva Jerusalén». *(N. de la T.)*. <<

[768] *Idem*. <<

[769] Bew, *Citizen Clem*, p. 233. <<

[770] *Ibid.*, p. 235. <<

[771] Foot, Michael, *Aneurin Bevan 1897–1960*, Londres: Victor Gollancz, 1997, p. 233. <<

[772] *Tribune*, 30 de marzo de 1945. <<

[773] Orwell, entrada en su diario de guerra, 19 de mayo de 1942, en *Escritor en guerra*, p. 393. <<

[774] Orwell, «London Letter», en *CW XVII*, 2719, pp. 248-49. A pesar de ello, Attlee fue un admirador de Orwell. Tras la muerte de Churchill, en 1965, escribió: «Algunos de los generales de campo pensaban que era como el Hermano Mayor del libro de Orwell, que los observaba todo el tiempo desde la pared» (Lord Attlee, «The Man I Knew», *The Observer*, 31 de enero de 1965). <<

[775] Orwell, «The British General Election», *Commentary*, noviembre de 1945, en *CW XVII*, 2777, p. 340. <<

[776] Carta de Orwell a Roger Senhouse, 17 de marzo de 1945, en *CW XVII*, 2635, p. 90. <<

[777] Warburg, *All Authors Are Equal*, p. 51. <<

[778] Orwell, «Prefacio para la edición ucraniana de *Rebelión en la granja*», p. 849. <<

[779] Greene, Graham, *Evening Standard*, 10 de agosto de 1945, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 196. <<

[780] Carta de Orwell a Leonard Moore, 19 de marzo de 1944, en *CW XVI*, 2436, p. 126. <<

[781] Carta de Orwell a Rayner Heppenstall, 25 de enero de 1947, en *CW XIX*, 3163, p. 32. <<

[782] Atwood, Margaret, «George Orwell: Some Personal Connections», reimpreso en *Curious Pursuits*, p. 333. **<<**

[783] Orwell, *1984*, p. 22. <<

[784] Orwell, George, *Rebelión en la granja*, Barcelona: Debolsillo, 2021, trad. de Marcial Souto, p. 80. <<

[785] Davison (ed.), *Nineteen Eighty-Four: The Facsimile*, p. 309. <<

[786] Orwell, *Rebelión en la granja*, p. 81. <<

[787] *Ibid.*, p. 121. <<

[788] *Ibid*., p. 70. <<

[789] Orwell, *1984*, p. 44. <<

[790] Orwell, *Rebelión en la granja*, p. 82. <<

[791] *Ibid*., p. 91. <<

[792] *Ibid.*, p. 57. <<

[793] *Ibid*., p. 87. <<

[794] Orwell, *1984*, p. 326. <<

[795] *Ibid.*, p. 103. <<

[796] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 159. <<

[797] Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 295. <<

[798] Crick, *George Orwell*, p. 321. <<

[799] Véase Potts, Paul, en Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 253. <<

[800] Carta de Orwell a Philip Rahv, 9 de abril de 1946, en *CW XVIII*, 2966, p. 231. <<

[801] Véase el relato de Susan Watson en Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 331. <<

[802] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 7 de enero de 1944, en *CW XVI*, 2401, p. 55. <<

[803] Carta de Orwell a Katharine, duquesa de Atholl, 15 de noviembre de 1945, en *CW XVII*, 2795, p. 385. <<

[804] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 168. <<

[805] Carta de William Empson a Orwell, 24 de agosto de 1945, citada en Crick, *George Orwell*, p. 397. <<

[806] De alguna forma, Ayn Rand consiguió malinterpretarlo como «el discurso sobre el comunismo más sensiblero […] que he visto en mucho tiempo» (Mayhew [ed.], *Essays on Ayn Rand’s* Anthem, p. 153). <<

[807] Carta de Orwell a Dwight Macdonald, 5 de diciembre de 1946, en *CW XVIII*, 3218, p. 506. <<

[808] Martin, Kingsley, *The New Statesman and Nation*, 8 de septiembre de 1945, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 197. <<

[809] Orwell, *Rebelión en la granja*, p. 118. <<

[810] Orwell, «Catastrophic Gradualism», p. 343. <<

[811] Introducción a *British Pamphleteers*, vol. 1, ed. de Orwell y Reginald Reynolds, 1948, en *CW XIX*, 3206, p. 109. <<

[812] Carta de Orwell a Macdonald, en *CW XVIII*, 3218, p. 507. <<

[813] Orwell, «London Letter», en *CW XVII*, 2719, p. 249. <<

[814] Kynaston, *Austerity Britain 1945–51*, p. 69. <<

[815] Orwell, «London Letter», en *CW XVII*, 2719, p. 246. <<

[816] Panter-Downes, «Letter from London», *The New Yorker*, 1 de septiembre de 1945. <<

[817] *Idem.* <<

[818] Orwell, reseña de *Esa horrible fortaleza*, de C. S. Lewis, *Manchester Evening New*, 16 de agosto de 1945, en *CW XVII*, 2720, p. 250. <<

[819] Orwell, reseña de *Mind at the End of Its Tether*, en *CW XVII*, 2784, p. 359. <<

[820] Orwell, «La bomba atómica y usted», *Tribune*, 19 de octubre de 1945, trad. de Manuel Cuesta, en *Ensayos*, p. 633. **<<**

[821] Orwell, «Hacia la unidad de Europa», *Partisan Review*, julio-agosto de 1947, trad. de Miguel Martínez-Lage, en *Ensayos*, p. 865. <<

[822] Orwell, *1984*, p. 15. <<

[823] Citado en Hollis, Christopher, *A Study of George Orwell: The Man and His Works*, Londres: Hollis & Carter, 1956, p. 207. <<

[824] Orwell, «Old George’s Almanac», *Tribune*, 28 de diciembre de 1945, en *CW XVII*, 2829, p. 462. <<

[825] *Idem*. <<

[826] Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 309. **<<**

[827] Huxley, *Un mundo feliz*, p. 15. <<

[828] Camus, Albert, *Neither Victims nor Executioners*, World Without War Publications, 1972, trad. al inglés de D. Macdonald, p. 19 [trad. cast.: *Ni víctimas ni verdugos*, Buenos Aires: Godot, 2014]. <<

[829] Orwell, «London Letter», *Partisan Review*, verano de 1946, en *CW XVIII*, 2990, p. 288. <<

[830] Meyer, Michael, «Memories of George Orwell», en Gross (ed.), *The World of George Orwell*, p. 133. <<

[831] Sykes, Christopher, *The New Republic*, 4 de diciembre de 1950, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 308. <<

[832] Muggeridge, Malcolm, *Like It Was: The Diaries of Malcolm Muggeridge*, Londres: Collins, 1981, p. 199. <<

[833] Carta de David Cole a *Tribune*, 27 de julio de 1945, en *CW XVII*, 2691, p. 203. <<

[834] Carta de Orwell a George Woodcock, 4 de enero de 1948, en *CW XIX*, 3329, p. 254. Pero Orwell no era tan estricto con las sanciones no oficiales. Cuando se vilipendió a Ezra Pound por las retransmisiones de radio tremendamente antisemitas y profascistas que había hecho durante la guerra, Orwell no corrió en su defensa: «Sencillamente el antisemitismo […] no es la doctrina de una persona adulta. Los que disfrutan de ese tipo de cosas tienen que pagar las consecuencias» (Orwell, «As I Please», *Tribune*, 28 de enero de 1944, en *CW XVI*, 2412, p. 81). <<

[835] Carta de Orwell a Anne Popham, 15 de marzo de 1946, en *CW XVIII*, 2931, pp. 153-154. <<

[836] Carta de Orwell a Anne Popham, 18 de abril de 1946, en *CW XVIII*, 2978, p. 248. <<

[837] Carta de Orwell a Dorothy Plowman, 19 de febrero de 1946, en *CW XVIII*, 2903, p. 115. **<<**

[838] Carta de Orwell a Anne Popham, 15 de marzo de 1946, en *CW XVIII*, 2931, p. 153. <<

[839] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. x. **<<**

[840] Orwell, «On Housing», *Tribune*, 25 de enero de 1946, en *CW XVIII*, 2881, p. 77. <<

[841] Orwell, «Lugares de placer», *Tribune*, 11 de enero de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 688. <<

[842] Orwell, «The Prevention of Literature», p. 378. <<

[843] Orwell, «Algunas reflexiones en torno al sapo común», *Tribune*, 12 de abril de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 750. **<<**

[844] Orwell, «Solo son trastos, pero ¿quién es capaz de resistirse?», *Evening Standard*, 5 de enero de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, pp. 683-685. <<

[845] Orwell, «Delante de las narices», *Tribune*, 22 de marzo de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 743. <<

[846] *Ibid*., p. 745. <<

[847] Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 308. <<

[848] Orwell, «Freedom of the Park», *Tribune*, 7 de diciembre de 1945, en *CW XVII*, 2813, p. 418. <<

[849] Orwell, «Politics and the English Language», *Horizon* Magazine, abril de 1946, en *CW XVII*, 2815, p. 425. <<

[850] *Ibid.*, p. 427. <<

[851] Orwell, «Por qué escribo», p. 785. <<

[852] *Ibid*., p. 786. <<

[853] Orwell, «London Letter», *Partisan Review*, verano de 1946, en *CW XIII*, 2990, p. 289. <<

[854] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 181. <<

[855] Carta de Orwell a David Astor, 9 de octubre de 1948, en *CW XIX*, 3467, p. 450. <<

[856] Carta de Orwell a Tosco Fyvel, 31 de diciembre de 1947, en *CW XIX*, 3322, p. 241. <<

[857] Carta de Orwell a Humphrey Slater, 26 de septiembre de 1946, en *CW XVIII*, 3084, p. 408. <<

[858] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 180. <<

[859] Orwell, «Política frente a literatura: un análisis de *Los viajes de Gulliver*», p. 792. <<

[860] Orwell, «El privilegio del fuero. Algunos apuntes sobre Salvador Dalí», 1 de junio de 1944, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 503. <<

[861] Orwell, «Los escritores y el Leviatán», p. 882. <<

[862] Orwell, «Política frente a literatura: un análisis de *Los viajes de Gulliver*», p. 809. <<

[863] Wells, H. G., «My Auto-Obituary», *The Strand Magazine*, vol. 1041, enero de 1943. <<

[864] Orwell, «The True Pattern of H. G. Wells», *Manchester Evening New*, 14 de agosto de 1946, reimpreso en *The Lost Orwell*, notas de Peter Davison, Brown County: Timewell Press, 2006, p. 139. <<

[865] Wells, H. G., «Preface to the 1941 Edition», *The War in the Air*, Londres: Penguin, 1941, p. 9. <<

[866] Orwell, reseña de *Spearhead*, de James Laughlin (ed.), *The Times Literary Supplement*, 17 de abril de 1948, en *CW XIX*, 3380, p. 316. <<

[867] Citado en Rodden, *The Politics of Literary Reputation*, Londres: Routledge, 2001, p. 44. <<

[868] Orwell, «Libros malos buenos», *Tribune*, 2 de noviembre de 1945, trad. de Manuel Cuesta, en *Ensayos*, p. 639. <<

[869] *The New Yorker*, 7 de septiembre de 1946. <<

[870] *The New Republic*, 2 de septiembre de 1946. <<

[871] Orwell, entrada en su diario de guerra, 9 de agosto de 1940, en *Escritor en guerra*, p. 301. <<

[872] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 151. <<

[873] Talmey, Allene, «Vogue Spotlight», *Vogue*, 15 de septiembre de 1946. <<

[874] Orwell, *Que no muera la aspidistra*, p. 285. <<

[875] Connolly, *The Evening Colonnade*, p. 383. **<<**

[876] Orwell, «El pueblo inglés», trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 487. <<

[877] Orwell, reseña de *Native Son*, de Richard Wright, *Tribune*, 26 de abril de 1940, en *CW XII*, 616, p. 152. <<

[878] Orwell, reseña de *Sun on the Water*, de L. A. G. Strong, *Tribune*, 12 de abril de 1940, en *CW XII*, 610, p. 143. <<

[879] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 3 de diciembre de 1943, en *CW XVI*, 2385, p. 13. <<

[880] Carta de Richard McLaughlin a *Tribune*, 17 de diciembre de 1943, en *ibid*., pp. 14-15. <<

[881] Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 282. <<

[882] *The New Statesman and Nation*, 2 de noviembre de 1946, citado en Kynaston, *Austerity Britain 1945–51*, p. 134. <<

[883] Orwell, «In Defence of Comrade Zilliacus», agosto-septiembre (?) de 1947, en *CW XIX*, 3254, p. 181. <<

[884] Orwell, reseña de *The Nineteen-Twenties*, de Douglas Goldring, *The Observer*, 6 de enero de 1946, en *CW XVIII*, 2843, p. 21. <<

[885] Carta de Orwell a Victor Gollancz, 25 de marzo de 1947, en *CW XIX*, 3200, p. 90. <<

[886] Kynaston, *Austerity Britain 1945–51*, p. 191. <<

[887] Carta de Orwell a Dwight Macdonald, 15 de abril de 1947, en *CW XIX*, 3215, p. 128. <<

[888] Orwell, *1984*, p. 93. <<

[889] Carta de Orwell a Mamaine Koestler, 24 de enero de 1947, en *CW XIX*, 3159, pp. 27-28. <<

[890] Orwell, «La visión de Burnham sobre el conflicto mundial contemporáneo», *The New Leader*, 29 de marzo de 1947, trad. de Jordi Soler, en *Ensayos*, p. 859. <<

[891] Carta de Orwell a Dwight Macdonald, 15 de abril de 1947, en *CW XIX*, 3215, pp. 126-128. <<

[892] Orwell, «La visión de Burnham sobre el conflicto mundial contemporáneo», p. 857. <<

[893] Orwell, «Hacia la unidad de Europa», p. 864. <<

[894] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 29 de noviembre de 1945, en *CW XVIII*, 3126, p. 504. <<

[895] Citado en Lucas, Scott, *The Betrayal of Dissent: Beyond Orwell, Hitchens & the New American Century*, Londres: Pluto, 2004, p. 27. <<

[896] Orwell, «La visión de Burnham sobre el conflicto mundial contemporáneo», p. 860. <<

[897] Orwell, «Hacia la unidad de Europa», p. 870. <<

[898] Orwell, «As I Please», 17 de enero de 1947, en *CW XIX*, 3153, p. 19. <<

[899] *Idem*. <<

[900] Carta de Orwell a Warburg, 4 de febrero de 1948, en *CW XIX*, 3339, p. 264. <<

[901] Carta de Orwell a Warburg, 31 de mayo de 1947, en *CW XIX*, 3232, p. 149. <<

[902] «Mrs. Miranda Wood’s Memoir», *The Complete Works of George Orwell XX: Our Job Is to Make Life Worth Living 1949–1950*, Londres: Secker & Warburg, 2002, 3735, p. 301. [De aquí en adelante, citada como *CW XX*]. **<<**

[903] *Idem*. <<

[904] Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 349. <<

[905] Carta de Orwell a Tosco Fyvel, 31 de diciembre de 1947, en *CW XIX*, 3322, p. 240. <<

[906] Carta de Orwell a Celia Kirwan (de soltera Paget), 27 de mayo de 1948, en *CW XIX*, 3405, p. 345. <<

[907] Orwell, «Notes from Orwell’s Last Literary Notebook», en *CW XX*, 3725, p. 203. <<

[908] Orwell, «Cómo mueren los pobres», *Now*, n.º 6, noviembre de 1946, trad. de Inga Pellisa, en *Ensayos*, p. 815. <<

[909] *Idem*. <<

[910] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 197. <<

[911] Orwell, *1984*, p. 112. <<

[912] «Cosas que en tu juventud no esperas tener al llegar a ser un hombre de mediana edad», entrada en su diario en torno a mayo de 1948, en *CW XIX*, 3402, p. 340. <<

[913] Carta de Orwell a Julian Symons, 20 de abril de 1948, en *CW XIX*, 3386, pp. 321-322. <<

[914] Entrada en su diario, 30 de marzo de 1948, en *CW XIX*, 3374, p. 307. <<

[915] Orwell, «Los escritores y el Leviatán», p. 886. <<

[916] Orwell, notas preparatorias para «Los escritores y el Leviatán», 1948, en *CW XIX*, 3365, p. 294. <<

[917] Orwell, notas preparatorias para «George Gissing», 1948, en *CW XIX*, 3407, p. 353. <<

[918] Orwell, «George Gissing», mayo-junio de 1948 (?), trad. de Jordi Soler, en *Ensayos*, p. 901. **<<**

[919] El ensayo solo se publicó en Estados Unidos. La señora Wilkes, que dirigía St. Cyprian junto a su marido, impidió su publicación en Gran Bretaña hasta su muerte, en 1967. <<

[920] Orwell, «Ay, qué alegrías aquellas», en *Ensayos*, p. 922. <<

[921] *Ibid*., p. 941. <<

[922] Davison (ed.), *Nineteen Eighty-Four: The Facsimile*, p. 223. <<

[923] Orwell, «Ay, qué alegrías aquellas», p. 905. <<

[924] *The New Yorker*, 28 de enero de 1956, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 78. <<

[925] Spurling, Hilary, *The Girl from the Fiction Department: A Portrait of Sonia Orwell*, Londres: Penguin, 2003, p. 68. <<

[926] Transcripción de una entrevista de *Arena: George Orwell*. <<

[927] Carta de Orwell a Julian Symons, 2 de enero de 1948, en *CW XIX*, 3325, p. 249. <<

[928] Davison (ed.), *Nineteen Eighty-Four: The Facsimile*, p. 3. <<

[929] Orwell, *1984*, p. 30. <<

[930] *Ibid.*, p. 65. <<

[931] Davison (ed.), *Nineteen Eighty-Four: The Facsimile*, p. 37. <<

[932] Orwell, *1984*, p. 229. <<

[933] Informe de Fredric Warburg sobre *1984*, 13 de diciembre de 1948, en *CW XIX*, 3505, p. 480. <<

[934] *Idem*. <<

[935] *The New York Times*, 5 de enero de 1948, citado en Bew, *Citizen Clem*, p. 451. <<

[936] Kynaston, *Austerity Britain 1945–51*, p. 248. <<

[937] Véase Coppard y Crick, *Memoria y evocación de George Orwell*, p. 326. <<

[938] Orwell, «The Labour Government After Three Years», *Commentary*, octubre de 1948, en *CW XIX*, 3461, p. 442. <<

[939] *Ibid*., p. 439. <<

[940] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 15 de noviembre de 1946, en *CW XVIII*, 3115, p. 483. En la época en la que Orwell vivía en Islington, Paul Potts y él vieron un cartel en un escaparate que decía: «Habitaciones de alquiler. Todas las nacionalidades son bienvenidas». Orwell se volvió hacia Potts y le dijo: «Mira, ahí tienes un verdadero poema» (véase Potts, Paul, *To Keep a Promise*, Londres: MacGibbon & Kee, 1970, p. 71). <<

[941] Orwell, «Reflexiones sobre Gandhi», *Partisan Review*, enero de 1949, trad. de Osmodiar Lampio, en *Ensayos*, p. 951. <<

[942] Véase Warburg, *All Authors Are Equal*, p. 102. <<

[943] Carta de Orwell a David Astor, 21 de diciembre de 1948, en *CW XIX*, 3510, p. 485. <<

[944] Carta de Orwell a Julian Symons, 4 de febrero de 1949, en *CW XX*, 3541, p. 35. <<

[945] Véase Coniam, Sally, «Orwell and the Origins of *Nineteen Eighty-Four*», *The Times Literary Supplement*, 31 de diciembre de 1999. <<

[946] Orwell, *1984*, p. 15. <<

[947] Carta de Orwell a Jacintha Buddicom, 14 de febrero de 1949, en *CW XX*, 3550, p. 42. <<

[948] Carta de Orwell a Celia Kirwan (de soltera Paget), 13 de febrero de 1949, en *CW XX*, 3549, p. 41. <<

[949] Carta de Orwell a Anthony Powell, 15 de noviembre de 1948, en *CW XIX*, 3488, p. 467. <<

[950] Carta de Orwell a Warburg, 22 de octubre de 1948, en *CW XIX*, 3477, p. 457. <<

[951] Carta de Orwell a George Woodcock, 12 de enero de 1949, en *CW XX*, 3521, p. 16. <<

[952] Carta de Orwell a Warburg, 21 de diciembre de 1948, en *CW XIX*, 3511, p. 486. En comparación, las diversas ediciones de *Rebelión en la granja* le hicieron ganar doce mil libras hasta su muerte, el equivalente a cuatrocientas mil libras esterlinas de hoy en día. <<

[953] Carta de Orwell a Brenda Salkeld, agosto de 1934, en *CW X*, 204, p. 347.
<<

[954] Carta de Orwell a Leonard Moore, 3 de octubre de 1934, en *CW X*, 209, p. 351. <<

[955] Carta de Orwell a Jack Common, 26 de diciembre de 1938, en *CW XI*, 516, p. 259. <<

[956] Orwell, «El privilegio del fuero», p. 498. <<

[957] Orwell, «Notes from Orwell’s Last literary Notebook», en *CW XX*, 3725, p. 204. <<

[958] *The Times Literary Supplement*, 10 de junio de 1949, reeditado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 256. <<

[959] Informe de lectura de *1984* de Fredric Warburg, en *CW XIX*, 3505, p. 479. <<

[960] *Ibid*., p. 481. <<

[961] Informe de lectura de *1984* de David Farrer, 15 de diciembre de 1948, en *CW XIX*, 3506, p. 482. <<

[962] *Idem*. <<

[963] Carta de Orwell a Roger Senhouse, 26 de diciembre de 1948, en *CW XIX*, 3513, p. 487. <<

[964] Carta de Eugene Reynal a J. Edgar Hoover, 22 de abril de 1949. <<

[965] Carta de Orwell a Leonard Moore, 17 de marzo de 1949, en *CW XX*, 3575, p. 67. <<

[966] Véase Warburg, *All Authors Are Equal*, p. 110. <<

[967] Orwell, entrada en su diario, 17 de abril de 1949, en *CW XX*, 2602, p. 92.
<<

[968] Carta de Orwell a Warburg, 16 de mayo de 1949, en *CW XX*, 3626, p. 116. <<

[969] Orwell, reseña de *Dickens: Hi Character, Comedy and Career*, de Hesketh Pearson, *The New York Times* Book Review, 15 de mayo de 1949, en *CW XX*, 3625, p. 115. <<

[970] Notas para «Evelyn Waugh», 1949, en *CW XX*, 3586, p. 79. <<

[971] Carta de Orwell a *Wiadomsci*, 25 de febrero de 1949, en *CW XX*, 3553, p. 47. <<

[972] *Ibid*., p. 95. <<

[973] Informe de Fredric Warburg sobre su visita a Orwell, 14 de junio de 1949, en *CW XX*, 3645, p. 132. <<

[974] *Daily Mirror*, 14 de diciembre de 1954. <<

[975] Lehmann, John, citado en Spurling, *The Girl from the Fiction Department*, p. 53. **<<**

[976] Spender, Stephen, entrada de su diario, 24 de diciembre de 1980, en *New Selected Journals 1939–1995*, Lara Feigel y John Sutherland (eds.) con Natasha Spender, Londres: Faber & Faber, 2012, p. 586. <<

[977] Spurling, *The Girl from the Fiction Department*, p. 27. <<

[978] Carta de Orwell a Sonia Brownell, 12 de abril de 1947, en *CW XIX*, 3212, p. 124. <<

[979] Spurling, *The Girl from the Fiction Department*, p. 77. <<

[980] Carta de Orwell a Warburg, 22 de octubre de 1948, en *CW XIX*, 3477, p. 457. <<

[981] Orwell, *1984*, p. 134. <<

[982] Spurling, *The Girl from the Fiction Department*, p. 93. <<

[983] Orwell, *1984*, p. 17. <<

[984] *Ibid*., p. 168. <<

[985] Davison (ed.), *Nineteen Eighty-Four: The Facsimile*, p. 101. <<

[986] Orwell, *1984*, p. 167. <<

[987] Swingler, Randall, «The Right to Free Expression», *Polemic*, n.º 5, septiembre-octubre de 1946, en *CW XVIII*, 3090, pp. 433-434. **<<**

[988] Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 634. <<

[989] *Ibid*., pp. 522-523. <<

[990] Orwell, «The Last Man in Europe», en *CW XV*, 2377, p. 368. <<

[991] *Idem*. <<

[992] Kynaston, *Austerity Britain 1945–51*, p. 305. <<

[993] Es una coincidencia que el director del servicio televisivo de la BBC entre 1947 y 1950 fuese el novelista Norman Collins, que había editado las obras de Orwell cuando trabajaba con Gollancz (llegó a sugerir que Orwell tenía «algún tipo de inestabilidad mental», como se cita en Bowker, Gordon, *George Orwell*, Londres: Hachette Digital, 2003, p. 162). Sus caminos se volvieron a cruzar en el Departamento de Programas para el Exterior. El mundo de los medios de comunicación británicos era un pañuelo. <<

[994] Moran, Joe, *Armchair Nation*, Londres: Profile, 2013, p. 27. <<

[995] Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 471. <<

[996] Orwell, *1984*, p. 224. <<

[997] *Ibid*., p. 221. <<

[998] Crossman (ed.), *The God That Failed*, p. 191. <<

[999] Souvarine, Boris, *Stalin: A Critical Survey of Bolshevism*, trad. al inglés de C. L. R. James, Londres: Secker & Warburg, 1939, p. XIII. **<<**

[1000] Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, pp. 483-484. <<

[1001] Orwell, *1984*, p. 274. <<

[1002] *Idem*. <<

[1003] Orwell, «The Last Man in Europe», en *CW XV*, 2377, p. 368. <<

[1004] Orwell, *1984*, p. 44. <<

[1005] *Ibid*., p. 50. <<

[1006] *Ibid.*, p. 33. <<

[1007] *Ibid*., p. 152. <<

[1008] *Ibid*., p. 164. <<

[1009] *Ibid*., p. 172. <<

[1010] *Idem.* <<

[1011] *Ibid*., p. 26. <<

[1012] *Ibid*., p. 78. <<

[1013] *Ibid*., p. 147. <<

[1014] *Ibid*., p. 254. <<

[1015] *Ibid*., p. 259. <<

[1016] *Ibid*., p. 188. <<

[1017] *Ibid.*, p. 279. <<

[1018] *Ibid*., p. 268. <<

[1019] *Ibid*., p. 190. <<

[1020] *Ibid.*, p. 24. <<

[1021] *Ibid.*, p. 90. <<

[1022] *Ibid.*, p. 271. <<

[1023] *Ibid*., p. 208. <<

[1024] *Ibid*., p. 283. <<

[1025] Muggeridge, *The Thirties*, p. 208. <<

[1026] Orwell, *1984*, p. 283. <<

[1027] Orwell, «The Prevention of Literature», p. 374. <<

[1028] Orwell, *1984*, p. 280. <<

[1029] *Ibid*., p. 267. <<

[1030] *The New Republic*, 16 de marzo de 1953, reeditado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 315. <<

[1031] Orwell, *1984*, p. 278. <<

[1032] Declaración de Orwell sobre *1984*, en *CW XX*, 3636, p. 134. <<

[1033] *The Times*, Londres, 8 de junio de 1949. <<

[1034] *The New York Times* Book Review, 31 de julio de 1949. <<

[1035] Carta de John Dos Passos a Orwell, 8 de octubre de 1949, en *CW XX*, 3698, p. 194. <<

[1036] Véase Muggeridge, *Like It Was*, p. 331. <<

[1037] Forster, E. M., citado en Warburg, *All Authors Are Equal*, p. 116. <<

[1038] Carta de Arthur Koestler a Orwell, 26 de agosto de 1949, en *CW XX*, 3681A, p. 328. <<

[1039] Carta de Huxley a Orwell, 21 de octubre de 1949. <<

[1040] Storm Jameson, Margaret, citada en Orwell, George, *Nineteen Eighty-Four With a Critical Introduction and Annotations by Bernard Crick*, Oxford: Clarendon University Press, 1984, p. 96. <<

[1041] Citado en «Publication of *Nineteen Eighty-Four*», en *CW XX*, 3643, p. 129. <<

[1042] Informe oficial de los debates parlamentarios del Reino Unido: Hansard, HC Deb, 21 de julio de 1949, vol. 467, col. 1623. <<

[1043] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 205. <<

[1044] Orwell, *1984*, p. 211. <<

[1045] Forster, *Two Cheers for Democracy*, p. 61. <<

[1046] *Frankfurter Rundschau*, 5 de noviembre de 1949, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 281. <<

[1047] *The New Leader*, 25 de junio de 1949, citado en *ibid*., p. 264. <<

[1048] *Life*, 4 de julio de 1949. <<

[1049] *Evening Standard*, 7 de junio de 1949. <<

[1050] *Masses and Mainstream*, agosto de 1949, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 274. <<

[1051] *Ibid*., p. 275. <<

[1052] *Pravda*, 12 de mayo de 1950, citado en *ibid*., p. 282. **<<**

[1053] Citado en «Publication of *Nineteen Eighty-Four*», en *CW XX*, 3643, p. 128. <<

[1054] Carta de Orwell a Shaw, 20 de junio de 1949, en *CW XX*, 3650, p. 139.
<<

[1055] Carta de Orwell a Richard Rees, 28 de julio de 1949, en *CW XX*, 3669, p. 154. <<

[1056] Declaración de Orwell sobre *1984*, en *CW XX*, 3636, p. 134. <<

[1057] *Ibid*., p. 136. <<

[1058] *Idem.* <<

[1059] Warburg, *All Authors Are Equal*, p. 119. <<

[1060] *NBC University Theater: Nineteen Eighty-Four*, NBC, 27 de agosto de 1949. <<

[1061] *The New York Times*, 12 de junio de 1949. <<

[1062] Informe de Fredric Warburg sobre su visita a Orwell, en *CW XX*, 3645, p. 131. <<

[1063] Meyers, Jeffrey, *Orwell: Wintry Conscience of a Generation*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2001, p. 304. <<

[1064] Muggeridge, *Like It Was*, p. 354. <<

[1065] Orwell, *1984*, p. 148. <<

[1066] Spurling, *The Girl from the Fiction Department*, p. 96. <<

[1067] Orwell, reseña de *The Two Carlyles*, de Osbert Burdett, *The Adelphi*, marzo de 1931, en *CW XI*, 103, p. 197. <<

[1068] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 210. <<

[1069] Muggeridge, *Like It Was*, p. 368. <<

[1070] Woodcock, *The Crystal Spirit*, Londres: Penguin, 1970, p. 45. <<

[1071] *The New Statesman and Nation*, 28 de enero de 1950, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 296. <<

[1072] *Ibid*., p. 294. <<

[1073] *The Observer*, 29 de enero de 1950, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 297. <<

[1074] *Ibid*., p. 296. <<

[1075] Muggeridge, *Like It Was*, p. 376. <<

[1076] Citado en Cesarani, *Arthur Koestler*, p. 347. <<

[1077] Spurling, *The Girl from the Fiction Department*, p. 99. <<

[1078] Wadhams, *Remembering Orwell*, p. 211. <<

[1079] *Daily Mirror*, 13 de diciembre de 1954. <<

[1080] Memorando de D. K. Wolfe-Murray al director de programación televisiva, 16 de diciembre de 1954. <<

[1081] *The New York Times*, 17 de diciembre de 1954. <<

[1082] *Daily Mirror*, 16 de diciembre de 1954. <<

[1083] *Films and Filming*, septiembre de 1958, citado en Jacobs, Jason, *The Intimate Screen: Early British Television Drama*, Oxford: Clarendon Press, 2000, p. 138. <<

[1084] *Daily Mirror*, 13 de diciembre de 1954. <<

[1085] *Daily Express*, 14 de diciembre de 1954. <<

[1086] *Daily Mirror*, 13 de diciembre de 1954. <<

[1087] *Daily Mirror*, 17 de diciembre de 1954. <<

[1088] *Daily Express*, 14 de diciembre de 1954. <<

[1089] *Daily Mirror*, 15 de diciembre de 1954. <<

[1090] *The Goon Show*, «Nineteen Eighty-Five», BBC Home Service, 4 de enero de 1955. <<

[1091] Hollowood, Bernard, «On the Air», *Punch*, 22 de diciembre de 1954, citado en Rodden, *The Politics of Literary Reputation*, p. 279. **<<**

[1092] El término «lavado de cerebro» se hizo habitual en 1950, gracias a la guerra de Corea, y se aplicó *a posteriori* a la transformación progresiva de Winston. <<

[1093] *Daily Express*, 14 de diciembre de 1954. <<

[1094] *Daily Mail*, 14 de diciembre de 1954. <<

[1095] *Idem.* <<

[1096] *The Guardian*, 22 de diciembre de 1954. <<

[1097] *The Guardian*, 29 de diciembre de 1954. <<

[1098] Deutscher, «*1984*: el misticismo de la crueldad», p. 50. <<

[1099] *The Times*, Londres, 16 de diciembre de 1954. <<

[1100] En relación con las cifras de ventas, véase Warburg, *All Authors Are Equal*, pp. 114-115. <<

[1101] Orwell, «Rudyard Kipling», *Horizon* Magazine, febrero de 1942, trad. de Miguel Martínez-Lage, en *Ensayos*, p. 387. <<

[1102] Kneale, Nigel, «The Last Rebel of Airstrip One», *The Radio Times*, 10 de diciembre de 1954. <<

[1103] «[*Flair*] es como un salto al futuro orwelliano, una revista sin más contexto ni punto de vista que el de la exaltación propia» (McCarthy, Mary, «Up the Ladder from Charm to Vogue», julio-agosto de 1950, citado en *On the Contrary*, Portsmouth: Heinemann, 1962, p. 187). <<

[1104] Informe oficial de los debates parlamentarios del Reino Unido: Hansard, HC Deb, 2 de noviembre de 1950, vol. 480, col. 353. <<

[1105] Citado en Taylor, *Orwell*, p. 419. <<

[1106] Informe oficial de los debates parlamentarios del Reino Unido: Hansard, HC Deb, 18 de junio de 1956, vol. 554, col. 1026. No obstante, con diferencia, su frase más citada (y a veces mal citada) en el Parlamento era: «Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros». La referencia unas veces era acertada y otras, no tanto. Lord Balfour of Inchrye habló una vez del «libro escrito por el difunto George Orwell, titulado *1980*» (informe oficial de los debates parlamentarios del Reino Unido: Hansard, HL, 7 de febrero de 1951, vol. 170, col. 216). <<

[1107] Directorio que recoge a las personas con un impacto destacado en la vida del país. *(N. de la T.).* **<<**

[1108] Spender, *World Review*, junio de 1950. <<

[1109] Trilling, Lionel, «George Orwell and the Politics of Truth», reeditado en Williams (ed.), *George Orwell*, p. 79. **<<**

[1110] Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, p. 615. <<

[1111] Orwell, reseña de *Russia Under Soviet Rule*, de N. de Basily, *The New English Weekly*, 12 de enero de 1939, en *CW XI*, 524, p. 317. <<

[1112] Crossman (ed.), *The God That Failed*, p. 261. **<<**

[1113] Orwell, «Charles Dickens», p. 163. <<

[1114] Informe oficial de los debates parlamentarios del Reino Unido: Hansard, HC Deb, 21 de julio de 1960, vol. 627, col. 770. <<

[1115] Morton, A. L., *The English Utopia*, Londres: Lawrence & Wishart, 1952, p. 212. <<

[1116] *Ibid*., p. 213. <<

[1117] *The Marxist Quarterly*, enero de 1956, reeditado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 290. **<<**

[1118] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 17 de marzo de 1944, en *CW XVI*, 2435, p. 124. <<

[1119] Deutscher, «*1984*: el misticismo de la crueldad», p. 59. <<

[1120] *Ibid*., p. 60. <<

[1121] Mann, Golo, en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 277. **<<**

[1122] Miłosz, Czesław, *The Captive Mind*, Londres: Penguin Classics, 2001, p. 42 [trad. cast.: *La mente cautiva*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016, trad. de Xavier Farré]. <<

[1123] Rodden, John, *Scenes from an Afterlife: The Legacy of George Orwell*, Wilmington: ISI Books, 2003, p. 71. <<

[1124] *Life*, 29 de marzo de 1943. <<

[1125] Stonor Saunders, Frances, *Who Paid the Piper?: The CIA and the Cultural Cold War*, Londres: Granta, 2000, p. 59. **<<**

[1126] Orwell, «Notas sobre el nacionalismo», p. 602. <<

[1127] Orwell, *1984*, p. 324. <<

[1128] Coleman, Peter, *The Liberal Conspiracy: The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, Nueva York: Free Press, 1989, p. 32. <<

[1129] Schlesinger Jr, Arthur M., *The Vital Center: The Politics of Freedom*, Boston: Da Capo, 1998, p. 148. <<

[1130] *Ibid*., p. 147. Vale la pena citar la introducción de Schlesinger, que recuerda mucho a Edward Bellamy en la década de 1880 y a H. G. Wells en la de 1900: «El hombre occidental a mediados del siglo XX vive tensión, incertidumbre, va a la deriva. Vemos nuestra época como un periodo de adversidades, una era de inquietud. Los cimientos de nuestra civilización, de nuestras certezas, se desintegran bajo nuestros pies y las ideas e instituciones que conocíamos desaparecen cuando las buscamos, como sombras al anochecer» (*ibid*., p. 1). Es posible que todas las generaciones se sientan así en algún momento. <<

[1131] Para más detalles, véase Saunders, *Who Paid the Piper?*, pp. 162-163, 166. <<

[1132] Koestler, Arthur, *The Yogi and the Commissar and Other Essays*, Londres: Jonathan Cape, 1945, p. 107. <<

[1133] Macdonald, Dwight, *Discriminations: Essays & Afterthoughts 1938–1974*, Nueva York: Grossman, 1974, p. 59. <<

[1134] O'Brien, Conor Cruise, *The Listener*, 12 de diciembre de 1968, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, pp. 345-346. <<

[1135] Leab, Daniel J., *Orwell Subverted: The CIA and the Filming of Animal Farm*, University Park: Penn State University Press, 2007, p. 85. <<

[1136] Carta de Ihor Szewczenko a Orwell, 11 de abril de 1946, en *CW XVIII*, 2969, p. 236. <<

[1137] *Ibid.*, p. 79. <<

[1138] *Ibid.*, p. 83. <<

[1139] Podría haber sido peor. El primer guionista de la película sugirió incluir una escena en la que Napoleón manda a un cerdo a México para asesinar a Bola de Nieve, con la esperanza de atraer a los espectadores trotskistas. <<

[1140] Citado en Sylvester, David, «Orwell on the Screen», *Encounter*, marzo de 1955. <<

[1141] Citado en Hencke, David y Rob Evans, «How Big Brothers Used Orwell to Fight the Cold War», *The Guardian*, 30 de junio de 2000. **<<**

[1142] Sylvester, «Orwell on the Screen». <<

[1143] *Today's Cinema*, 28 de diciembre de 1954. <<

[1144] Saunders, *Who Paid the Piper?*, p. 459. <<

[1145] *Ibid.*, p. 297. <<

[1146] Anderson, Michael (director), *1984*, 1956. <<

[1147] Cartel de la película *1984*. <<

[1148] *The Daily Mail*, 27 de febrero de 1956. <<

[1149] *Idem.* <<

[1150] Kirwan, Celia, informe sobre su visita a Orwell, 30 de marzo de 1949, en *CW XX*, 3590A, p. 319. <<

[1151] Carta de Orwell a Celia Kirwan, 6 de abril de 1949, en *CW XX*, 3590B, p. 322. <<

[1152] Carta de Orwell a Celia Kirwan, 2 de mayo de 1949, en *CW XX*, 3615, p. 103. <<

[1153] Carta de Orwell a Richard Rees, 2 de mayo de 1949, en *CW XX*, 3617, p. 105. <<

[1154] Carta de Orwell a Richard Rees, 17 de abril de 1949, en *CW XX*, 3600, p. 88. <<

[1155] Orwell, «London Letter», en *CW XIII*, 2990, p. 291. <<

[1156] Declaración de Orwell sobre *1984*, en *CW XX*, 3636, p. 135. <<

[1157] Swingler, Randall, «The Right to Free Expression», con comentarios de Orwell, *Polemic*, n.º 5, septiembre-octubre de 1946, en *CW XVIII*, 3090, p. 442. <<

[1158] *The Lost Orwell*, pp. 147-148. <<

[1159] Orwell, «La visión de Burnham sobre el conflicto mundial contemporáneo», p. 860. <<

[1160] Carta de Orwell a George Woodcock, 23 de marzo de 1948, en *CW XIX*, 3369, p. 301. <<

[1161] Bates, Stephen, «Odd Clothes and Unorthodox Views: Why MI5 Spied on Orwell for a Decade», *The Guardian*, 4 de septiembre de 2007. <<

[1162] La historia de la lista se filtró poco a poco. En 1980, un biógrafo de Orwell, Bernard Crick, reveló con una sola frase la existencia del cuaderno, pero al parecer nadie prestó mucha atención. En 1996, la Oficina de Registro Público publicó la primera carta de Orwell a Paget. En 1998, se publicó la lista de su cuaderno. El Ministerio de Relaciones Exteriores esperó hasta la muerte de Paget, en 2003, para publicar la lista editada que había enviado Orwell. Esto supuso que, durante varios años, tanto los críticos como los defensores sacaron conclusiones equivocadas. <<

[1163] Wynne-Jones, Ros, «Orwell's Little List Leaves the Left Gasping for More», *The Independent on Sunday*, 14 de julio de 1996. <<

[1164] Prefacio de Alexander Cockburn a Reed, John, *Snowball’s Chance*, Nueva York: Roof Books, 2002, p. 7. <<

[1165] Wynne-Jones, «Orwell’s Little List». <<

[1166] Carta de Orwell a Richard Rees, 3 de marzo de 1949, en *CW XX*, 3560, p. 52. <<

[1167] Morgan, Ted, *Red: McCarthyism in Twentieth-Century America*, Nueva York: Random House, 2004, p. 566. <<

[1168] Rovere, Richard H., *Senator Joe McCarthy*, Londres: Methuen & Co., 1960, p. 12. <<

[1169] Fried, Richard M., *The McCarthy Era in Perspective*, Oxford: Oxford University Press, 1990, p. 136. <<

[1170] Orwell, «La visión de Burnham sobre el conflicto mundial contemporáneo», p. 863. <<

[1171] Hofstadter, Richard, *The Paranoid Style in American Politics*, Nueva York: Vintage, 2008, p. 14. <<

[1172] Crossman (ed.), *The God That Failed*, pp. 224-225. <<

[1173] Brightman, Carol (ed.), *Between Friends: The Correspondence of Hannah Arendt and Mary McCarthy, 1949–1975*, Londres: Secker & Warburg, 1995, p. 5. <<

[1174] Swingler y Orwell, «The Right to Free Expression», en *CW XVIII*, 3090, p. 443. <<

[1175] Declaración de Orwell sobre *1984*, en *CW XX*, 3636, p. 134. <<

[1176] Citado en Oshinsky, David M., *A Conspiracy So Immense: The World of Joe McCarthy*, Oxford: Oxford University Press, 2005, p. 187. <<

[1177] Reston, James, *Deadline: A Memoir*, Nueva York: Random House, 1991, p. 215. <<

[1178] *Ibid*., p. 219. <<

[1179] Citado en Morgan, *Red*, p. 447. <<

[1180] Citado en Bradbury, Ray, *Fahrenheit 451: 60th Anniversary Edition*, Nueva York: Simon & Schuster, 2012, p. 189 [la edición en castellano no incluye el mismo prólogo: *Fahrenheit 451*, Barcelona: Debolsillo, 2021, trad. de Marcial Souto]. **<<**

[1181] *Ibid*., p. 167. <<

[1182] Amis, Kingsley, *New Maps of Hell: A Survey of Science Fiction*, Londres: Penguin, 2012, pp. 70-71. <<

[1183] Orwell, George, *Nineteen Eighty-Four*, Nueva York: Signet Books, 1950. <<

[1184] Walsh, citado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 293. <<

[1185] Véase Rodden, *The Politics of Literary Reputation*, p. 211. <<

[1186] Williams, Raymond, *Politics and Letters: Interviews with New Left Review*, Londres: Verso, 1981, p. 384. <<

[1187] Haseler, Stephen, *The Death of British Democracy: A Study of Britain's Political Present and Future*, Londres: Paul Elek, 1976, p. 221. <<

[1188] Buckley, David, *Strange Fascination: David Bowie: The Definitive Story*, Londres: Virgin, 2005, p. 252. <<

[1189] MacCormack, Geoff, *From Station to Station: Travels With Bowie 1973–1976*, Londres: Genesis, 2007, p. 93. <<

[1190] Hollingsworth, Roy, «Cha-Cha-Cha-Changes: A Journey with Aladdin», *Melody Maker*, 12 de mayo de 1973. <<

[1191] Benn, entrada en su diario, 7 de diciembre de 1973, en *Against the Tide: Diaries 1973–76*, Hutchinson, 1989, p. 220. <<

[1192] Citado en Dorril, Stephen y Robin Ramsay, *Smear!: Wilson and the Secret State*, Londres: Fourth Estate, 1991, p. 230. <<

[1193] Eder, Richard, «Battle of Britain 1974», *The New York Times*, 24 de febrero de 1974. <<

[1194] Cosgrave, Patrick, «Could the Army Take Over?», *The Spectator*, 22 de diciembre de 1973. <<

[1195] *Idem.* <<

[1196] Murray, Charles Shaar, «Tight Rope Walker at the Circus», *New Musical Express*, 11 de agosto de 1973. <<

[1197] *Merkur*, vol. 28, n.º 10, 1974. <<

[1198] Farmer, Richard N., *The Real World of 1984: A Look at the Foreseeable Future*, Filadelfia: David McKay Co., 1973, p. VII. <<

[1199] Tuccille, Jerome, *Who’s Afraid of 1984*?, Nueva York: Arlington House, 1975, p. 3. En realidad ambos libros son profundamente antiorwellianos: visiones casi utópicas de un futuro más limpio, más libre y más rico. Igual que en el caso de *Halfway to 1984* (A medio camino de 1984), de lord Gladwyn, y *Britain 1984: Unilever’s Forecast* (Gran Bretaña, 1984. La previsión de Unilever), de Ronald Brech, ambos publicados en la década de 1960, usar la fecha de Orwell no era más que un buen truco promocional. <<

[1200] Burgess, *1985*, p. 18. <<

[1201] Von Hoffman, Nicholas, «1984: Here Today, Here Tomorrow?», *The Washington Post*, 17 de junio de 1974. <<

[1202] McCarthy, Mary, «The Writing on the Wall», *The New York Review of Books*, 30 de enero de 1969. <<

[1203] Orwell, Sonia, «Unfair to George», *Nova*, junio-julio de 1969. <<

[1204] Véase Lucas, *The Betrayal of Dissent*, p. 39. <<

[1205] Bellow, Saul, *El planeta de Mr. Sammler*, Barcelona: Debolsillo, 2005, trad. de Rafael Vázquez. <<

[1206] Franklin, Bruce, «The Teaching of Literature in the Highest Academies of the Empire», en Kampf, Louis, y Paul Lauter (eds.), *The Politics of Literature: Dissenting Essays on the Teaching of English*, Nueva York: Pantheon Books, 1972, p. 116. <<

[1207] *Omnibus: George Orwell: The Road to the Left*, BBC, 1971. <<

[1208] Spirit, «1984» [canción], Ode Records, 1969. <<

[1209] Lennon, J., «Only People» [canción], en *Mind Games*, Apple, 1973. <<

[1210] Rare Earth, «Hey Big Brother» [canción], en *Rare Earth in Concert*, 1971. <<

[1211] Véase *The Official Warren Commission Report on the Assassination of President John F. Kennedy*, Nueva York: Doubleday & Company, 1964. <<

[1212] McGoohan, P., *The Prisoner File* [serie de televisión], Channel 4, 1984. <<

[1213] Entrevista de Warner Troyer a Patrick McGoohan para el Ontario Educational Communications Authority, marzo de 1977. <<

[1214] Orwell, reseña de *The Unquiet Grave: A Word Cycle by Palinurus, The Observer*, 14 de enero de 1945, en CW XVII, 2604, p. 21. <<

[1215] McGoohan, P., *The Prisoner* [serie de televisión], ITV, 1967-1968. <<

[1216] *The Prisoner* [serie de televisión], episodio «A Change of Mind». <<

[1217] *Ibid*., episodio «Dance of the Dead». **<<**

[1218] *Ibid*., episodio «The Chimes of Big Ben». <<

[1219] Watkins, Peter (director), *Privilegio*, 1967. <<

[1220] *Idem.* <<

[1221] Citado en Doggett, Peter, *The Man Who Sold the World: David Bowie and the 1970s*, Londres: The Bodley Head, 2011, p. 254. **<<**

[1222] Crowe, Cameron, «Ground Control to Davy Jones», *Rolling Stone*, 12 de febrero de 1976. <<

[1223] Malins, Steve, «Duke of Hazard», *Vox*, octubre de 1995. <<

[1224] Edmonds, Ben, «Bowie Meets the Press: Plastic Man or Godhead of the Seventies?», *Circus*, 27 de abril de 1976. **<<**

[1225] Con dos excepciones en 1965: cuando Nigel Kneale actualizó su adaptación de *1984* para una temporada de programas basados en la obra de Orwell y cuando se hizo una nueva versión para radio en la que Patrick Troughton interpretaba el papel de Winston, justo antes de hacerse famoso como el médico de *Doctor Who*. Casualmente, Troughton ya había aparecido como un presentador de la telepantalla en la película de 1956, aunque no aparecía en los créditos. <<

[1226] *Idem.* <<

[1227] Pegg, Nicholas, *The Complete David Bowie*, Londres: Titan, 2011, p. 333. <<

[1228] *Ibid.*, p. 68. Bowie se refería a la pandilla posapocalíptica de la novela de William Burroughs de 1971 *Los chicos salvajes / El libro de los muertos*. La aparición de Ziggy Stardust mezclaba *Los chicos salvajes* con *La naranja mecánica*. <<

[1229] Du Noyer, Paul, «Contact», *Mojo*, n.º 104, julio de 2002. <<

[1230] Burgess, *1985*, p. 61. <<

[1231] *Ibid.*, p. 62. <<

[1232] Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 80. <<

[1233] Bowie, D., *Diamond Dog*, RCA, 1974. <<

[1234] Buckley, *Strange Fascination*, p. 185. <<

[1235] Eder, «Battle of Britain, 1974». <<

[1236] *Idem.* <<

[1237] Citado en Doggett, *The Man Who Sold the World*, p. 211. <<

[1238] Citado en Pegg, *The Complete David Bowie*, p. 555. <<

[1239] Borrador para la película sobre la Ciudad del Hambre, 1974, reimpreso en *David Bowie Is*, Nueva York: V&A Publishing, 2013, p. 135. <<

[1240] Igual que Comstock en *Que no muera la aspidistra*, Bowie trabajó durante un breve periodo para una agencia de publicidad, que le pareció «diabólica» (Cromelin, Richard, «David Bowie: The Darling of the Avant-Garde», *The Phonograph Record*, enero de 1972). Le fascinaba *Las formas ocultas de la propaganda*, el estudio de Vance Packard sobre la manipulación psicológica en la industria publicitaria. **<<**

[1241] Hilburn, Robert, «Bowie Finds His Voice!», *Melody Maker*, 14 de septiembre de 1974. <<

[1242] Crowe, Cameron, entrevista de Playboy, *Playboy*, septiembre de 1976. <<

[1243] Crowe, «Ground Control to Davy Jones». <<

[1244] O’Grady, Anthony, «Dictatorship: The Next Step?», *NME*, 23 de agosto de 1975. <<

[1245] Buckley, *Strange Fascination*, p. 231. <<

[1246] Citado en *ibid*., p. 253. <<

[1247] *Daily Express*, 1 de febrero de 1974. <<

[1248] *Idem*. <<

[1249] Dorril y Ramsay, *Smear!: Wilson and the Secret State*, p. 285. <<

[1250] «Firm Action for a Fair Britain», manifiesto conservador a las elecciones generales, febrero de 1974. <<

[1251] Beckett, Andy, *Pinochet en Piccadilly. La historia secreta de Chile y el Reino Unido*, Barcelona: Tusquets, 2003, trad. de Victoria Ordóñez, p. 210. <<

[1252] Citado en *ibid*., p. 224. <<

[1253] Citado en *ibid*., p. 225. <<

[1254] Citado en Sandbrook, Dominic, *Seasons in the Sun: The Battle for Britain, 1974–1979*, Londres: Allen Lane, 2012, p. 129. <<

[1255] Maugham, *The 1946 MS*., pp. 31-32. <<

[1256] Citado en Beckett, *Pinochet en Piccadilly*, p. 237. **<<**

[1257] *Idem.* <<

[1258] Lord Chalfont, «Could Britain Be Heading for a Military Takeover?», *The Times*, Londres, 5 de agosto de 1974. <<

[1259] Dorril y Ramsay, *Smear!: Wilson and the Secret State*, p. 265. <<

[1260] Benn, entrada en su diario, 22 de agosto de 1974, en *Against the Tide*, p. 220. <<

[1261] *The Times*, Londres, 8 de mayo de 1975. <<

[1262] Benn, entrada en su diario, 20 de enero de 1976, en *Against the Tide*, p. 501. A Benn le preocupó sobre todo que Woodrow Wyatt (que había recorrido un largo camino en los veintisiete años que habían pasado desde que acusó a Orwell de no ser lo suficientemente prolaborista y ahora era un miembro establecido de la derecha conservadora) dijese que él, Benn, suponía una amenaza. <<

[1263] Véase Dorril y Ramsay, *Smear!: Wilson and the Secret State*, p. 258. <<

[1264] Whitehead, Philip, *The Writing on the Wall: Britain in the Seventies*, Londres: Michael Joseph, 1985, p. 216. <<

[1265] Moss, Robert, *The Collapse of Democracy*, Londres: Temple Smith, 1975, p. 277. <<

[1266] *Ibid.*, p. 35. <<

[1267] Haseler, *The Death of British Democracy*, p. 10. <<

[1268] *Ibid*., p. 199. <<

[1269] Boyson, Rhodes (ed.), *1985: An Escape from Orwell’s 1984: A Conservative Path to Freedom*, Churchill Press, 1975, p. IX. **<<**

[1270] *The Radio Times*, 19 de septiembre de 1977. <<

[1271] Brenton, Howard, *Play: One*, Londres: Methuen & Co., 1986, p. 108. <<

[1272] En 2016, *2000 AD* publicó su número 1984. En la portada aparecía un enorme póster del juez Dredd que decía: «El Departamento de Justicia vela por ti» junto al subtítulo: «¿Orwell con final feliz…?» (*2000 AD*, Prog 1984, 31 de mayo de 2016). <<

[1273] Entrevista de Troyer a McGoohan, marzo de 1977. <<

[1274] Amis, Martin, *The War Against Cliché: Essays and Reviews 1971–2000*, Nueva York: Vintage, 2002, p. 117 [trad. cast.: *La guerra contra el cliché. Escritos sobre literatura*, Barcelona: Anagrama, 2006, trad. de Francesc Roca]. <<

[1275] Burgess, *1985*, p. 67. <<

[1276] Amis, *The War Against Cliché*, p. 116. <<

[1277] *Ibid*., p. 120. <<

[1278] The Jam, «Standards» [canción], en *This Is the Modern World*. Polydor, 1977. <<

[1279] Dead Kennedys, «California Über Alles» [canción], Optional Music, 1979. <<

[1280] The Clash, «1977» [canción], CBS, 1977. <<

[1281] Mathews, Jack, *The Battle for Brazil*, Montclair: Applause, 1998, p. 45.
<<

[1282] Chiat/Day, «1984» [anuncio], 1983. <<

[1283] Isaacson, Walter, *Steve Job. La biografía*, Barcelona: Debolsillo, 2013, trad. de David González-Iglesias, p. 215. <<

[1284] *Ibid*., p. 212. <<

[1285] Hayden, Steve, «“1984”: As Good As It Gets», *Adweek*, 30 de enero de 2011. <<

[1286] Cellini, Adelia, «1984: 20 Years On», *Macworld*, 30 de enero de 2004. <<

[1287] Millman, Nancy, «Apple "1984" Spot: A Love/Hate Story», *Advertising Age*, 30 de enero de 1984. <<

[1288] *Idem.* <<

[1289] Isaacson, *Steve Job*, p. 221. <<

[1290] Millman, «Apple “1984” Spot: A Love/Hate Story». <<

[1291] Hentoff, Nat, «The New Age of No Privacy», *The Village Voice*, 1 de febrero de 1983. <<

[1292] *The Village Voice*, 1 de febrero de 1983. <<

[1293] Stokes, Geoffrey, «The History of the Future», *The Village Voice*, 1 de febrero de 1983. <<

[1294] Grass, Günter, *Partos mentales o los alemanes se extinguen*, Madrid: Alfaguara, 1999, trad. de Genoveva Dieterich. <<

[1295] Robertson, Michael, «Orwell's 1984— Prophecy or Paranoia?», *San Francisco Chronicle*, 19 de diciembre de 1983. <<

[1296] Citado en Labedz, Leopold, «Will George Orwell Survive 1984?», *Encounter*, junio de 1984. <<

[1297] Ezard, John, «Big Brother Looks Ready for Big Business in 1984», *The Guardian*, 28 de diciembre de 1983. <<

[1298] *The New Show*, NBC, 1984. <<

[1299] Reeditado en Rodden, *The Politics of Literary Reputation*, p. 234. <<

[1300] *TV Guide*, 18 de enero de 1984. <<

[1301] *Musician*, marzo de 1983. <<

[1302] Citado en Ezard, «Big Brother Looks Ready for Big Business in 1984».
<<

[1303] Cameron, James, «All Together Now», *The Guardian*, 3 de enero de 1984. <<

[1304] *The Spectator*, 7 de enero de 1984. <<

[1305] Informe oficial de los debates parlamentarios del Reino Unido: Hansard, HC, 25 de enero de 1984, vol. 52, col. 1001. <<

[1306] Reimpreso en Rodden, *The Politics of Literary Reputation*, p. 235. <<

[1307] *The Futurist*, diciembre de 1983. Parece que la revista estaba intentando tirar por un agujero de la memoria un artículo de David Goodman de 1978, en el que identificaba 137 predicciones en la novela y concluía que más de 100 ya se habían hecho realidad. <<

[1308] Asimov, Isaac, «It's Up to the Scientists… to Refute Orwell's *1984*», *Science Digest*, agosto de 1979. <<

[1309] Reimpreso en Rodden, *The Politics of Literary Reputation*, p. 257. <<

[1310] Orwell, «El privilegio del fuero», p. 502. <<

[1311] Oingo Boingo, «Wake Up (It’s 1984)» [canción], A&M, 1983. <<

[1312] *The New York Times*, 1 de enero de 1984. <<

[1313] Booth, Cathy, «1984—The Year of the Book», *UPI*, 1 de enero de 1984. <<

[1314] Declaración de Orwell sobre *1984*, en *CW XX*, 3636, p. 136. <<

[1315] Robertson, «Orwell's 1984— Prophecy or Paranoia?». <<

[1316] *Los desposeídos*, la novela de Le Guin publicada en 1974 (igual que *Mujer al borde del tiempo*, de Marge Piercy), revivió la ciencia ficción utópica con la política contracultural de la década de 1970 y, de esa forma, consiguió evitar por completo la influencia de Orwell. <<

[1317] Steiner, George, «Killing Time», *The New Yorker*, 12 de diciembre de 1983. <<

[1318] Plante, David, *Difficult Women: A Memoir of Three*, Londres: Victor Gollancz, 1983, p. 99. <<

[1319] *Variety*, 25 de abril de 1984. <<

[1320] *Photoplay*, diciembre de 1984. <<

[1321] Entrevista del autor con Michael Radford. Las citas siguientes son también de esta entrevista. <<

[1322] Kieni, Fiona, «John Hurt on *Nineteen Eighty-Four*», *Metro Magazine*, n.º 65, 1984. <<

[1323] Al visitar el plató, Marvin Rosenblum recibió varias llamadas telefónicas en las que le preguntaban si el anuncio «1984» de Apple era un fragmento de la película, lo que le llevó a amenazar a Chiat/Day con emprender acciones legales, pero ya era demasiado tarde. <<

[1324] *The Guardian*, 11 de octubre de 1984. <<

[1325] Gilliam, Terry, Charles Alverson y Bob McCabe, *Brazil: The Evolution of the 54th Best British Film Ever Made*, Londres: Orion Books, 2001, p. 12. <<

[1326] Rushdie, Salman, «An Interview with Terry Gilliam», *The Believer*, marzo de 2003. <<

[1327] Gilliam, Alverson y McCabe, *Brazil: The Evolution of the 54th Best British Film Ever Made*, p. 157. <<

[1328] Orwell, *1984*, p. 54. <<

[1329] Gilliam, Terry (director), *Brazil*, 1985. <<

[1330] Entrevista a Radford. <<

[1331] Mathews, *The Battle for Brazil*, p. 93. <<

[1332] Citado en *ibid*., p. 144. <<

[1333] Rushdie, «An Interview with Terry Gilliam». <<

[1334] Orwell, George, «Notas personales sobre “cientificción”», *The Leader Magazine*, 21 de julio de 1945, trad. de Jordi Soler, en *Ensayos*, p. 613. Ese mismo año la revista *Time* publicó un artículo titulado «¿Son fascistas los cómics?», en el que el profesor y jesuita Walter J. Ong decía que Superman era «el tipo de héroe de una superpotencia con un claro interés por las ideologías de la política del rebaño» («Are Comics Fascist?», *Time Magazine*, 22 de octubre de 1945). <<

[1335] Moore, Alan y David Lloyd, *V for Vendetta*, Burbank: DC, 1990, p. 5 [trad. cast.: *V de Vendetta*, Barcelona: ECC Ediciones, 2020, trad. de Bárbara Azagra]. <<

[1336] Moore, Alan, «Behind the Painted Smile», *Warrior*, n.º 17, 1 de marzo de 1984, reeditado en *ibid*., p. 267. <<

[1337] *Ibid.*, p. 108. <<

[1338] *Ibid.*, p. 6. <<

[1339] Atwood, Margaret, «What *The Handmaid’s Tale* Means in the Age of Trump», *The New York Times*, 10 de marzo de 2017. **<<**

[1340] Atwood, *Curious Pursuits*, p. 335. <<

[1341] Ingersoll (ed.), *Waltzing Again*, p. 161. <<

[1342] La palabra *prole*, como observó Orwell al escribir sobre *El talón de hierro*, viene del latín *proletarii*: aquellos cuyo único valor para el Estado es el procrear y producir descendencia. <<

[1343] Atwood, Margaret, *El cuento de la criada*, Barcelona: Salamandra, 2017, trad. de Enrique de Hériz, p. 53. <<

[1344] Atwood, Margaret, «Haunted by *The Handmaid’s Tale*», *The Guardian*, 21 de enero de 2012. <<

[1345] Orwell, *1984*, p. 322. <<

[1346] *Ibid*., p. 138. <<

[1347] Atwood, *El cuento de la criada*, p. 311. <<

[1348] *Ibid*., p. 160. <<

[1349] Atwood, «What *The Handmaid's Tale* Means in the Age of Trump». **<<**

[1350] Entre los supervivientes estaban Stephen Spender, Tosco Fyvel, Malcolm Muggeridge, Anthony Powell, Julian Symons, Jacinth Buddicom, George Woodcock, David Astor y Paul Potts. Richard Rees, Inez Holden y Jack Common habían fallecido hacía tiempo. Frederic Warburg, Arthur Koestler y Avril Dunn habían muerto hacía poco. <<

[1351] *Time*, 28 de noviembre de 1983. <<

[1352] Norris, Christopher (ed.), *Inside the Myth: Orwell: Views from the Left*, Londres: Lawrence and Wishart, 1984, p. 81. <<

[1353] Podhoretz, Norman, «If Orwell Were Alive Today», *Harper's*, enero de 1983. <<

[1354] Hitchens, Christopher y Norman Podhoretz, *Harper’s*, febrero de 1983. <<

[1355] Véanse De Camara, Robert C., «Homage to Orwell», *National Review*, 13 de mayo de 1983; Doctorow, E. L., «On the Brink of 1984», *Playboy*, febrero de 1983. <<

[1356] Véase *Tribune*, 6, 13, 20 y 27 de enero de 1984. <<

[1357] *The Guardian*, 31 de diciembre de 1983. <<

[1358] Kinnock, Neil, «Shadow of the Thought Police», *The Times*, Londres, 31 de diciembre de 1983. <<

[1359] *The Sun*, 2 de enero de 1984. <<

[1360] Johnson, Paul, *The Spectator*. <<

[1361] Citado en Glenny, Michael, «Orwell’s *1984* Through Soviet Eyes», *Index on Censorship*, vol. 13, n.º 4, agosto de 1984. <<

[1362] Citado en Labedz, «Will George Orwell Survive 1984?». <<

[1363] Glenny, «Orwell’s *1984* Through Soviet Eyes». <<

[1364] *The Guardian*, 8 de enero de 1984. <<

[1365] Garton Ash, Timothy, «Orwell for Our Time», *The Observer*, 6 de mayo de 2001. <<

[1366] Citado en Cushman, Thomas y John Rodden (eds.), *George Orwell Into the Twenty-First Century*, Boulder: Paradigm, 2004, p. 274. <<

[1367] Glenny, «Orwell’s *1984* Through Soviet Eyes». <<

[1368] Šimečka, Milan, «A Czech Winston Smith», *Index on Censorship*, vol. 13, n.º 1, febrero de 1984. <<

[1369] *Idem.* <<

[1370] Kundera, Milan, *El libro de la risa y el olvido*, Barcelona: Seix Barral, 2000, trad. de Fernando de Valenzuela, p. 12. <<

[1371] Kundera, Milan, *Los testamentos traicionados*, p. 90. <<

[1372] *Idem.* <<

[1373] Sharansky, Natan, conferencia de prensa, 29 de enero de 1996. <<

[1374] Djilas, Milovan, «The Disintegration of Leninist Totalitarianism», en Howe, Irving (ed.), *1984* Revisited: Totalitarianism in Our Century, Nueva York: Harper & Row, 1984, p. 140. <<

[1375] En su libro de 1989 *Newspeak: The Language of Soviet Communism* (Nuevalengua: el lenguaje del comunismo soviético), Françoise Thom hace un análisis que coincide con el de Orwell: «[Esa lengua] tiene que mostrar que el poder es al mismo tiempo arbitrario e ilimitado y también debe encarnar la violencia del poder. La nuevalengua lo hace de dos maneras: al pasar por alto cualquier evidencia y al no molestarse siquiera en ocultar las propias contradicciones» (Thom, Françoise, *Newspeak: The Language of Soviet Communism*, Londres: Claridge Press, 1989, trad. al inglés de Ken Connelly, p. 118). <<

[1376] Gessen, Masha, *El futuro es historia. Rusia y el regreso del totalitarismo*, Madrid: Turner, 2018, trad. de José Adrián Vitier, p. 85. <<

[1377] Orwell, *1984*, p. 165. <<

[1378] Citado en Gessen, *El futuro es historia*, p. 108. <<

[1379] Labedz, «Will George Orwell Survive 1984?». <<

[1380] Brewin, Bob, «Worldlink 2029», *The Village Voice*, 1 de febrero de 1983. <<

[1381] *Tribune*, 17 de junio de 1949, en *CW XX*, 3649, p. 139. <<

[1382] Burnham, David, «The Computer, the Consumer and Privacy», *The New York Times*, 4 de marzo de 1984. <<

[1383] Cronkite, Walter, «Orwell's "1984"—Nearing?», *The New York Times*, 5 de junio de 1983. <<

[1384] Corry, John, «TV: 1984 Revisited», *The New York Times*, 7 de junio de 1983. <<

[1385] Citado en Young-Bruehl, Elizabeth, *Hannah Arendt: For Love of the World*, New Haven: Yale University Press, 1982, p. 255. <<

[1386] Postman, Neil, *Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del «show business»*, Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 2001, trad. de Enrique Odell, p. 6. <<

[1387] *Ibid*., p. 163. <<

[1388] Smith, Andrew, *Totally Wired: On the Trail of the Great Dotcom Swindle*, Nueva York: Simon & Schuster, 2012, p. 295. **<<**

[1389] Caso Herederos de Orwell contra CBS, 00-c-5034 (ND Ill). <<

[1390] Orwell, *1984*, p. 35. <<

[1391] Crick, Bernard, «Big Brother Belittled», *The Guardian*, 19 de agosto de 2000. <<

[1392] Garton Ash, «Orwell for Our Time». <<

[1393] *The Independent*, 1 de marzo de 2003. <<

[1394] *The Guardian*, 31 de diciembre de 2002. <<

[1395] Fricke, David, «Bitter Prophet», *Rolling Stone*, 26 de junio de 2003. <<

[1396] Moore, Michael (director), *Fahrenheit 9/11*, 2004; cita original: Orwell, *1984*, p. 213. <<

[1397] Orwell, *1984*, p. 66. <<

[1398] Suskind, Ron, «Faith, Certainty and the Presidency of George W. Bush», *The New York Times* Magazine, 17 de octubre de 2004. <<

[1399] Kurtzman, Daniel, «Learning to Love Big Brother/George W. Bush Channels George Orwell», SFgate.com, 28 de julio de 2002. <<

[1400] Lucas, Scott, *Orwell*, Londres: Haus Publishing, 2003, p. 138. <<

[1401] Rodden, John, *Every Intellectual’s Big Brother: George Orwell’s Literary Siblings*, Austin: University of Texas Press, 2006, p. 159. <<

[1402] Bhanage, Mihir, «Never thought V would become a symbol of global rebellion», TNN, 1 de marzo de 2017. Alan Moore, escritor de *V de Vendetta*, volvió a *1984* en su novela gráfica de 2007 *La Liga de los Hombres Extraordinarios: Dossier Negro*, que comienza en Londres tras el colapso del Socing. <<

[1403] Igual que ya había hecho en 1973 Woody Allen con su película *El dormilón, Idiocracia* retoma la tradición de *El año 2000* y *Cuando el dormido despierte,* con una trama en la que un hombre normal despierta tras un sueño de quinientos años. <<

[1404] Roth, Philip, «The Story Behind “The Plot Against America”», *The New York Times*, 19 de septiembre de 2004. <<

[1405] Entrevista del autor con Charlie Brooker para *Empire*, Londres, 7 de julio de 2016. <<

[1406] Huxley, *Un mundo feliz*, p. 6. <<

[1407] Bahrani, R., *Fahrenheit 451*, HBO, 2018. <<

[1408] Solnit, Rebecca, «Poison Apples», *Harper’s*, diciembre de 2014. <<

[1409] *Idem.* <<

[1410] Eggers, Dave, *El Círculo*, Barcelona: Literatura Random House, 2014, trad. de Javier Calvo, p. 278. <<

[1411] *Ibid*., p. 445. <<

[1412] Atwood, Margaret, «When Privacy Is Theft», *The New York Review of Books*, 21 de noviembre de 2013. <<

[1413] Snowden, Edward, «Alternative Christmas Message», Channel 4, 25 de diciembre de 2013. <<

[1414] Conferencia de prensa, California, 7 de junio de 2013. <<

[1415] *All In With Chris Hayes* [programa de televisión de noticias], MSNBC, 10 de junio de 2013. <<

[1416] «So, Are We Living in 1984?», Newyorker.com, 11 de junio de 2013. <<

[1417] Otra coincidencia: Radio 4 de la BBC retransmitió hace poco una serie de adaptaciones de las obras de Orwell. Christopher Eccleston participó en la de *1984* y se convirtió en el cuarto actor (tras Peter Cushing, Patrick Troughton y John Hurt) en haber interpretado tanto a Winston Smith como al médico de *Doctor Who*. <<

[1418] Baumgaertel, Tilman, «“I am a communication artist”: Interview with Nam June Paik», Rhizome.org, 5 de febrero de 2001. <<

[1419] Huber, Peter, *Orwell’s Revenge: The 1984 Palimpsest*, Nueva York: Free Press, 1994, p. 235. <<

[1420] *Ibid*., p. 228. <<

[1421] Orwell, *1984*, p. 341. <<

[1422] Huxley, Aldous, *Brave New World and Brave New World Revisited*, Londres: Chatto & Windus, 1984, p. XXI [en la edición en castellano no aparece esta cita debido a que el prólogo no es el mismo]. <<

[1423] Citado en Snyder, *El camino hacia la no libertad*, p. 82. <<

[1424] Citado en Gessen, *El futuro es historia*, p. 287. <<

[1425] Pomerantsev, Peter, *La nueva Rusia. Nada es verdad y todo es posible en la era de Putin*, Barcelona: RBA, 2017, trad. de Ana Isabel Sánchez, p. 17. <<

[1426] *Ibid.*, p. 90. <<

[1427] *The Guardian*, 15 de septiembre de 2018. <<

[1428] Applebaum, Anne, «A Warning from Europe: The Worst is Yet to Come», *The Atlantic*, octubre de 2018. <<

[1429] *Idem.* <<

[1430] *The Hollywood Reporter online*, 3 de abril de 2017. <<

[1431] Variety.com, 21 de marzo de 2017. <<

[1432] Esta cita y las siguientes provienen de la entrevista del autor a Robert Icke y Duncan Macmillan que tuvo lugar en Londres el 5 de julio de 2018. <<

[1433] Icke y Macmillan, *1984*, p. 17. <<

[1434] *Ibid*., p. 95. <<

[1435] *Ibid.*, p. 80. <<

[1436] *Ibid*., p. 89. <<

[1437] *Daily Record*, 26 de febrero de 2017. <<

[1438] El pupilo de McCarthy, Roy Cohn, se convirtió en mentor de Trump en la década de 1970, como quien transmite un virus. <<

[1439] Orwell, *1984*, p. 225. <<

[1440] Declaración de Orwell sobre *1984*, en *CW XX*, 3636, p. 134. <<

[1441] Orwell, «As I Please», *Tribune*, 24 de marzo de 1944, en *CW XVI*, 2441, p. 133. <<

[1442] Robertson, «Orwell’s 1984— Prophecy or Paranoia?». <<

[1443] Orwell, *1984*, p. 20. <<

[1444] Thompson, Nicholas e Issie Lapowsky, «How Russian Trolls Used Meme Warfare to Divide America», Wired.com, 17 de diciembre de 2018. <<

[1445] Marantz, Andrew, «Reddit and the Struggle to Detoxify the Internet», *The New Yorker*, 19 de marzo de 2018. <<

[1446] Letterman, D., *No necesitan presentación con David Letterman*, episodio 1 [programa de entrevistas], Netflix, 2018. <<

[1447] Twitter, @alexstamos, 7 de octubre de 2017. <<

[1448] Disponible en https://www.washingtonpost.com/graphics/politics/trumpclaims-database. <<

[1449] *Meet the Press*, NBC, 19 de agosto de 2018. <<

[1450] Dee Rees en Philip K. Dick, *Philip K. Dick's Electric Dreams*, Londres: Gollancz, 2017, p. 54. <<

[1451] Discurso de Trump en la convención de Veteranos de Guerras Extranjeras, 24 de julio de 2018. <<

[1452] Orwell, *1984*, p. 90. <<

[1453] Gopnik, Adam, «Orwell’s “1984” and Trump’s America», Newyorker.com, 27 de enero de 2017. <<

[1454] Orwell, «Recuerdos de la guerra civil española», p. 162. <<

[1455] *Ibid.*, p. 177. <<

[1456] *Life*, 4 de julio de 1949. <<

[1457] Orwell, *1984*, p. 307. <<

[1458] Entrevista del autor con Michael Radford. <<

[1459] Orwell, *1984*, p. 285. <<

[1460] Orwell, «Por qué escribo», p. 781. <<

[1461] *Partisan Review*, julio de 1949, reeditado en Meyers (ed.), *George Orwell*, p. 270. <<

[1462] Orwell, *1984*, p. 15. <<

[1463] Orwell, «La libertad de prensa», en *Rebelión en la granja*, p. 16. <<

[1464] Declaración de Orwell sobre *1984*, en *CW XX*, 3636, p. 134. <<